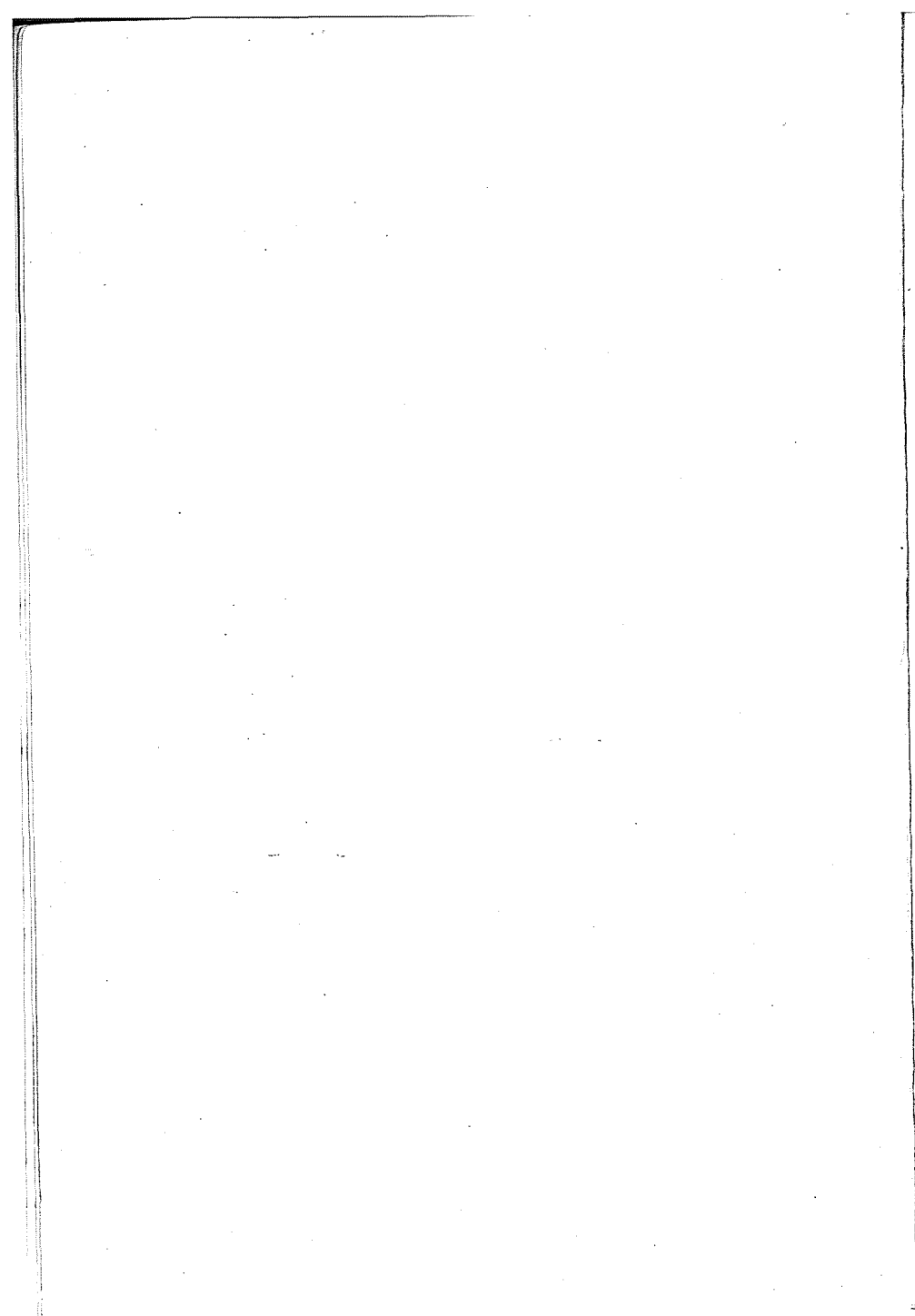


George Lichtheim



El marxismo
Un estudio histórico
y crítico

EDITORIAL ANAGRAMA

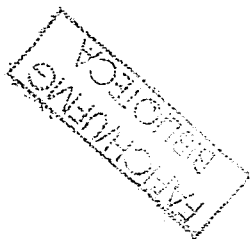


George Lichtheim , 1912

335.411
L669m.Ec
1971

El marxismo

Un estudio histórico y crítico

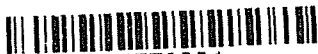


EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

0286-93260
U.F.M.G. - BIBLIOTECA UNIVERSITÀRIA

06
03
06



44370004

04

Título de la edición original:

Marxism. An Historical and Critical Study

Frederick A. Praeger, Inc., Publishers
New York, 1961, 1965 (2.ª edición revisada)

Traducción:

José Cano Tembleque

Maqueta de la colección:

Argente y Mumbrú

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
22.03.2005

443700-04

© George Lichtheim, 1961, 1964

© EDITORIAL ANAGRAMA

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 49337-1971

GRÁFICAS DIAMANTE, Zamora, 83 - Barcelona

PRÓLOGO

Un estudio que trata de presentar una exposición integral de la teoría marxista desde su primera formulación, y del movimiento marxista desde sus inicios en 1848 hasta su petrificación un siglo más tarde, no puede confiar en satisfacer a quienes buscan una disección estricta de los problemas planteados. Tampoco pretendemos competir con las obras de los especialistas que hayan examinado con detalle determinada parcela del tema. La reunión de tantos elementos distintos de historia social e intelectual bajo un título común impone limitaciones de las que el autor es muy consciente. En la Introducción se consideran algunas de las dificultades consiguientes. Sin embargo, quizá sea oportuno advertir desde un principio que con este trabajo no nos proponemos hacer otra cosa que indicar el sentido general del movimiento y el período analizados. Esto no puede realizarse sin rebasar el ámbito que normalmente se atribuye a los especialistas (a quienes todo autor debe sentirse agradecido), ellos, a su vez, deben reconocer el interés que ofrece tratar de plantear en su conjunto lo que habitualmente se plantea por separado. Por su parte, el autor se atribuye únicamente el grado de conocimiento del tema necesario para distinguir lo importante en medio de una inmensa acumulación de datos. Acaso pueda pensarse que el imperativo de la selección y las exigencias de espacio han dado lugar a un punto de condensación infrecuente en una obra dirigida al lector no especializado. Si así fuera, aduciré como descargo que no es posible el estudio de un tema tan complejo sin una concentración rigurosa en los aspectos esenciales y un desprecio absoluto de los meros detalles. En cuanto al punto de vista de que aquí se parte, bastará con decir que no existe más

compromiso que el método crítico inherente al ejercicio del pensamiento racional.

Aunque la redacción efectiva de este libro no me ha ocupado mucho tiempo, el tema es de tal naturaleza que durante muchos años ha sido objeto de discusiones constantes con amigos y conocidos que compartían idénticas inquietudes. Al citar unos pocos nombres, me doy cuenta de las múltiples deudas intelectuales contraídas durante el período de su elaboración. Probablemente, el finado Franz Borkenau tuvo la influencia de mayor peso en el enfoque general mantenido en esta obra, aunque él estaría muy lejos de hallarse de acuerdo con todas sus conclusiones. Aprovecho esta oportunidad para rendir tributo a la memoria de una de las mentes más originales y agudas de nuestro tiempo, un argonauta del espíritu, osado y hasta temerario en la conquista de nuevos objetivos. Mis otras deudas se saldan con mayor facilidad. Leyeron varios capítulos del manuscrito algunos amigos entre los que deseo mencionar especialmente al Dr. Francis Carsten, de la Universidad de Londres; Leo Labedz y Morris Watnick del *Russian Research Centre* de Harvard. También estoy en deuda con Richard Lowenthal por el préstamo de material y por sus estimulantes monólogos; con el profesor S. F. Bloom, del Brooklyn College de New York, y con el profesor J. L. Talmon, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, por los beneficios que he obtenido de las prolongadas conversaciones mantenidas con ellos; con el Congress for Cultural Freedom por una dotación para la investigación que facilitó extraordinariamente mi labor; con el Internationaal Institut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam y el Instituto Giangiaco-mo de Milán, por la bibliografía suministrada con Marion Bieber por su generosa ayuda al procurarme material de investigación; con Linda Hamilton y Ruth Sharon por su colaboración como secretarías; y en último lugar, pero no con menor consideración, con Mrs. Esther Howell, que tan pacientemente llevó la pesada tarea de mecanografiar una y otra vez el manuscrito.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

A esta obra no se ha añadido ninguna bibliografía formal. Proceder así, hubiera supuesto alargar hasta límites intolerables la lista de obras a que se hace referencia en el texto o las que se presupone básicas para la exposición del tema. Lo que hubiera significado una lista realmente compendiada puede deducirse del hecho de que la valiosa *Bibliographie des Oeuvres de Karl Marx* (París, 1956), de Maximilien Rubel, llega a las 258 páginas y sólo de Marx contiene 885 títulos, sin contar una selección de 151 de Engels. Una bibliografía exhaustiva de la literatura marxista —por no decir del socialismo en general— excedería ciertamente las dimensiones de la presente obra. Respecto al movimiento socialista en su conjunto, la más completa bibliografía escogida que el autor conoce es la que se incluye como apéndice en los cinco volúmenes de la *Historia del pensamiento socialista* (Londres, 1955-60), del profesor G. D. H. Cole. Aunque sea una selección, comprende casi todos los estudios generales sobre el tema, sobre todo en inglés y francés y también, pero en menor grado, en alemán. En esta última lengua, una de las listas mejor seleccionadas, acompañada de comentarios es la contenida en las notas a la biografía en dos volúmenes sobre Engels de Gustav Mayer (La Haya, 1934), no obstante, se centra forzosamente en la historia del socialismo alemán. Respecto a la Revolución rusa, y la historia del marxismo ruso, el lector debe dirigirse a las bibliografías dadas por los autores citados a lo largo de este estudio. El citar aquí esas y otras fuentes daría lugar a una repetición totalmente inútil. Por otro lado, nada puede seguirse de confeccionar una lista basada solamente en obras citadas en el texto. Una selección de este género sería de hecho sustan-

cialmente errónea, pues dejaría de considerar determinado número de estudios generales y especializados no mencionados específicamente en el texto, pero que forman la base indispensable de cualquier obra sería sobre la cuestión.

Por razones prácticas, pues, la bibliografía se halla comprendida en las notas. La citada al final se refiere en general a escritos en su lengua original, aunque en los casos de Marx y Engels se ha dado preferencia en lo posible a las traducciones inglesas. Al ser incompletas o inadecuadas algunas de estas últimas, se citan juntas las versiones alemana e inglesa. De aquí que la referencia a MEGA (*Karl Marx-Friedrich Engels: Historisch Kritische Gesamtausgabe*, Marx-Engels Verlag, Frankfurt-Berlín, 1927-32: la incompleta pero indispensable edición en lengua alemana que incluye las obras del período que abarca hasta 1848 y la correspondencia completa entre Marx y Engels) vaya acompañada con frecuencia de una remisión paralela a las Obras Escogidas en dos volúmenes, en lengua inglesa, a las que nos referiremos con las siglas MESW (*Marx-Engels Selected Works*), o al volumen de *Selected Correspondence* (MESCS). Estas son ediciones soviéticas, al igual que ciertos títulos como la edición inglesa del *Anti-Dühring* de Engels (*Herr Eugen Dühring's Revolution in Science*), o la versión publicada más recientemente de los llamados *Paris Manuscripts* de 1844 de Marx. Donde el texto era incorrecto o tendenciosamente traducido, se señala el hecho, pero en general no se ha creído necesario contrastar la traducción con el texto original.

Las referencias al vol. I de *El Capital*, se refieren, por regla general a la edición de Londres, 1938; edición de la traducción original debida a Moore-Aveling, publicada por primera vez en 1887 y dirigida por Engels. A no ser que se diga otra cosa, las citas de los volúmenes II y III se han tomado de la edición de Kerr (Chicago). En la actualidad, se puede disponer de los tres volúmenes, bajo versión autorizada soviética, en inglés, que se ha utilizado aquí de vez en cuando. El texto se refiere en una o dos ocasiones a la nueva edición alemana de 1949, *Das Kapital*, Berlín. Las citas de los publicados póstumamente *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie* se han tomado de la única edición alemana de que se dispone (Berlín, 1953). Las *Theories of Surplus Value*, están tomadas de la selección en un volumen publicada en Londres en 1951 al no poder disponer todavía en versión íntegra de la edición original en tres volúmenes (*Theorien ueber den Mehrwert*, edición Kautsky, 1905-10). La mayor parte de los trabajos menores de Marx está ya traducida, aunque no siempre adecuadamente. Las referencias a los escritos de Lenin

remiten a las *Selected Works*, en dos volúmenes (Londres, 1947), o a las obras publicadas por separado, en versión oficial inglesa: Tal es el caso, por ejemplo, del *Materialism and Empirio-criticism*. Respecto a Trotsky y alguno más, se plantea el problema de que las únicas ediciones reunidas de sus obras con que contamos son las versiones incompletas editadas en Rusia en la década de 1920. Se ha seguido la norma de referirse a las traducciones alemana e inglesa, pero en el caso de algunos de los trabajos más importantes de Trotsky, se cita la versión original rusa. En cuanto a Stalin, de cuyas obras se dispone en todos los idiomas conocidos, no existen semejantes dificultades.

Las obras de importancia secundaria, citadas en el texto, están en inglés, francés o alemán en su mayor parte. Además de las fuentes alemanas ya mencionadas, que se refieren principalmente al siglo diecinueve, el estudioso puede conseguir una lista de lecturas muy completa del ensayo bibliográfico que figura como apéndice a la *German Social-Democracy 1905-1917*, de Carl E. Schorske (Harvard, 1955). Esta no sólo constituye la mejor exposición histórica de las disensiones dentro del movimiento socialista alemán, es también una ayuda considerable para estudios posteriores. El socialismo centroeuropeo de antes y después de 1914 es ya por sí solo todo un mundo y su comprensión requiere por lo menos cierto conocimiento de su voluminosa literatura, sin olvidar sus publicaciones periódicas más importantes. Dada la relativa escasez de citas en el texto, quizá convenga señalar que en las notas a pie de página sólo se cita expresamente una mínima parte de las fuentes consultadas sobre el tema. Lo mismo cabe decir *a fortiori* de la literatura no especializada y en particular de los trabajos históricos sobre el período comprendido entre 1871 y 1914, que son objeto de un capítulo especial. Así pues, hubiera sido imposible respaldar las pocas y breves menciones a la economía británica y al socialismo fabiano con amplias referencias bibliográficas. Esta norma rige también para la historia de la Segunda y Tercera Internacionales en donde se da necesariamente por sentado que el lector conoce ya los hechos fundamentales. Cualquier otra forma de proceder hubiera rebasado los límites de lo que en definitiva este libro pretende ser: una historia crítica de la teoría marxista. Para el vasto campo del marxismo soviético considerado como fenómeno ideológico existe ahora la muy cumplida bibliografía de fuentes rusas que aparece en el *Dialectical Materialism*, de G. A. Wetter (Londres, 1958). Al igual que otros estudiosos del tema me siento deudor de la reciente obra del profesor Marcuse. También he hallado algunas sugerencias en un trabajo aún inédito del doctor

Eugene Kamenka. Sólo de un modo ocasional nos hemos referido a la polémica sobre el marxismo mantenida en Europa occidental después de la guerra. Lo que supondría una lista de lecturas que sólo en lo que a Francia concierne se puede apreciar en la bibliografía de la voluminosa obra de Jean-Yves Calvez, *La pensée de Karl Marx* (París, 1956); en ella se relacionan una serie de importantes trabajos que durante los últimos años sólo han sido los precursores de todo un nuevo aspecto de la erudición científica francesa. En general, conviene que el lector no espere de lo que sigue más que el mero esbozo de un tema cuyo estudio adecuado agotaría los recursos conjuntos de un instituto de investigación especializado.

INTRODUCCIÓN

UNA NOTA SOBRE METODOLOGÍA

El término marxismo ha llegado a significar cosas tan distintas que conviene desde un principio aclarar el sentido en que aquí se emplea. En las páginas siguientes se procurará trazar el desarrollo de la teoría marxista y dar una estimación de la forma en que la tradición así establecida se pone en relación recíproca con otras corrientes para producir esos resultados teóricos y prácticos que han llegado a ser el motivo principal de nuestras preocupaciones presentes. Visto bajo este aspecto, el marxismo puede considerarse como una construcción intelectual entre otras; también puede asignársele un lugar específico entre los movimientos socialistas del siglo diecinueve que surgieron del impacto producido en la sociedad europea por la revolución industrial. Uno y otro enfoque son legítimos, pero mientras el uno lleva a un estudio crítico del sistema, el otro conduce a una exposición histórica del movimiento: en ambos casos figura con el nombre de marxismo.

Definida en estos términos, la síntesis marxiana aparece como el contrapunto histórico al sistema liberal y, en verdad, el liberalismo y el socialismo pueden describirse hasta cierto punto como reacciones de signo distinto a las exigencias planteadas por la revolución industrial. Pero, a menos que se tomen como equivalentes marxismo y socialismo, no cabe hablar de un sistema marxiano opuesto al sistema liberal. Han existido movimientos socialistas distintos al marxismo y, por el contrario, hay elementos comunes al pensamiento liberal y marxiano que faltan de algunos sistemas socialistas típicos —el de Proudhon por ejemplo. Por otra parte, a poco conduce comparar a Marx con alguna figura representativa del liberalismo del siglo diecinueve, de las cua-

les J. S. Mill es el ejemplo más claro. Porque aunque fuera posible conceder a Mill más importancia en cuanto teórico de la sociedad (su posición filosófica es otra cuestión), no puede decirse que haya proporcionado al liberalismo moderno un modelo para la práctica política diaria, en tanto que la «unión de teoría y práctica» es el rasgo distintivo del marxismo; de aquí que no pueda hablarse de Marx exclusivamente en cuanto teórico, sino que debe interpretársele en relación con los cambios históricos que predijo y ayudó a promover.

Se deduce que un estudio del marxismo que intente ser, a la vez, crítico e histórico —es decir, que verse sobre la estructura teórica así como sobre el movimiento histórico que el término abarca— debe mostrar una unidad semejante en su esquema metodológico. El siglo diecinueve fue una gran época de construcción de sistemas; también fue una época rica en corrientes sociales revolucionarias. Pero mientras que en la persona de Marx se aunaban estas dos características, no sucedió lo mismo en los casos de Comte, Mill o Spencer, por mencionar tres de los principales candidatos a la celebridad en el campo de la filosofía social. La evidente aureola de incoherencia que acompaña a figuras como Comte o Spencer (por no referirnos a los más modernos redentores de la sociedad, como Henry George), e incluso la decreciente importancia de Mill, sugieren unas deficiencias acentuadas aun más por la presencia de Marx. El hecho merece destacarse prescindiendo completamente de sus consecuencias históricas, pero por supuesto uno se refiere al segundo aspecto cuando habla del marxismo en su conjunto. Ciertamente, no hay forma aceptable de separar uno de otro, y es esto justamente lo que hace al tema tan importante y al mismo tiempo tan difícil de analizar.

Este modo de proceder marcha de acuerdo en principio, con la perspectiva marxianas, pues uno de sus atractivos intelectuales característicos estriba en su capacidad para considerarse históricamente. Sin embargo, si con el término «marxismo» queremos abarcar todas las modificaciones teóricas y prácticas sobrevenidas en el transcurso del tiempo bajo circunstancias que los padres fundadores no previeron, sólo se legitima el enfoque histórico a costa de privarlo de sentido. Por consiguiente volvemos al punto de partida: hay que explicar el marxismo históricamente, pero explicarlo así, supone descuidar su significación *teórica*.

Una posible salida al problema tal vez resida en atenerse con mayor rigor al entramado histórico. El propio Marx se mostraba propicio a considerar funcionalmente las interpretaciones teóricas, a relacionarlas con el papel que desempeñaban en el período

concreto al que estuvieron vinculadas. ¿Por qué no seguir su ejemplo? Huelga insistir en que semejante enfoque no exime de la tarea de ocuparse de la validez científica de aquellas partes del conjunto que reclaman a todas luces un estudio crítico (contrapuesto al histórico). Por ejemplo, la idea de que el marxismo representa un eslabón —posiblemente el eslabón más importante— entre las revoluciones francesa y rusa supone un elemento teórico concreto, además de sugerir una particular apreciación de la historia europea entre los años 1789 y 1917. Lo que ocurrió en este período se explica más fácilmente a la luz del marxismo que a la proyectada por sus doctrinas rivales. Además, esta reflexión sirve también para «situar» al marxismo en cuanto teoría de un tipo especial de movimiento revolucionario: el que surgió del impacto causado por el naciente industrialismo en la sociedad altamente estratificada de la Europa del siglo diecinueve.

Pero surge una dificultad de método que debemos afrontar desde el comienzo. Aunque adoptar sobre su obra una perspectiva histórica está en total consonancia con la mentalidad de Marx, esa perspectiva presupone una posición de privilegio gracias a las transformaciones acaecidas fuera del período que refleja el sistema marxiano; en otros términos, ese procedimiento supone que las categorías marxianas ya no son plenamente aplicables a la historia actual. Por motivos que saltan a la vista, es este un supuesto que los marxistas ortodoxos difícilmente aceptan, en tanto que quizá otros se asombren de que este escrúpulo se sitúe en primer plano. Su aparición se debe al hecho de que Hegel y, a continuación, Marx adoptaron una visión de la historia que difiere de la interpretación positivista. Concebían la historia como un proceso cuyo sentido se revela por estadios; la aparición del último de estos estadios refleja la consciencia creciente del hombre de su papel de creador del mundo histórico. Para comprender su pasado, la humanidad debe elevarse a un nivel superior; de ahí que, nuestra capacidad para conocer a nuestros antecesores indica que hemos alcanzado una nueva altitud. Esta reflexión se la planteó originalmente Hegel como consecuencia de su descubrimiento de que los sistemas filosóficos tienen tendencia a envejecer: se revelan históricos, no sólo en el sentido de estar condicionados por las circunstancias (lo que nadie dudó jamás), sino en el sentido más radical de que tienden a desaparecer con las circunstancias que ayudaron a su nacimiento. Hegel trató de enfrentarse a la dificultad establecido un nexo esencial entre la filosofía de la historia (la suya propia) y la historia de la filosofía: su sistema, si bien no garantizaba contrarrestar el flujo del tiempo, accedió a una gran altura gracias a su aptitud

para explicar el proceso que sustituyó a los anteriores. Una filosofía que trazaba el despliegue del *logos* a través de todos sus estadios, desde la naturaleza inanimada, pasando por la historia humana, hasta el reino del espíritu, podía mostrar la verdadera importancia de los distintos sistemas filosóficos, incluyendo aquél en que, finalmente había culminado el proceso: el propio sistema de Hegel. Las categorías de la lógica coincidían con las de la historia, es decir, el proceso histórico revelaba el progreso de la razón: prescindiendo de cómo lo expresara, el filósofo mantuvo su dominio sobre la totalidad del sistema que se identificaba con el mundo. Según la filosofía de Hegel —indiscutiblemente la máxima construcción especulativa de todos los tiempos— la historia de la lógica y la lógica de la historia tienen el mismo objeto: el despliegue gradual de la Idea Absoluta llega a su climax en el instante mismo en que la mente humana descubre la identidad de espíritu y materia. El universo cede su secreto a la Razón, porque él mismo no es más que la obra de la Razón¹.

Hoy día se acepta ya ampliamente que la desaparición gradual de esas certezas metafísicas ha introducido un elemento relativista en la filosofía de la historia, en esta interpretación frecuentemente definida de «historicismo» por una influyente escuela científica². Aun cuando no siempre queda claro si el blanco a que apuntan esos autores es al absolutismo hegeliano, o a la adopción poshegeliana de una actitud puramente humanista, es de todos modos evidente que no se sienten a gusto con una perspectiva que busca comprender la historia y la lógica de los fenómenos intelectuales. Puesto que esta crítica va dirigida contra pensadores tan divergentes en su concepción política como Hegel, Marx y Croce, refleja claramente una oposición filosófica real. Quienes adoptan una distinta perspectiva de la que representa la filosofía de la historia tienen, pues, la obligación de definir su propio punto de partida. Sin embargo, la mejor forma de hacerlo es dejando hablar a los hechos por sí mismos. En cualquier caso, la tesis de este estudio es que el marxismo ha de ser concebido como un fenómeno histórico, frente al estereotipado análisis actual de la teoría marxista que trata de hacerlo compatible con el pensamiento moderno. No se trata de que tales investigaciones carezcan de valor, pues son pocos los empeños científicos completamente inútiles y un enjuiciamiento debidamente fundamentado del «historicismo», a pesar de lo poco convincente que

1. Para un análisis de este aspecto del pensamiento de Hegel, cf. Herbert Marcuse, *Reason and Revolution*, Nueva York y Londres, 1941, segunda ed. 1955, pp. 224-48 (ed. castellana, *Razón y revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1971).

2. Cf. K. R. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1957, *passim*.

parezca a los no-empiricistas, puede, no obstante, contribuir a aclarar la cuestión. Pero cualquiera que sea el beneficio que se pueda obtener de semejantes estudios, su fin es distinto del de la presente investigación, que pretende extraer la significación de un cuerpo de pensamiento de su función histórica; establecer el vínculo que une la revolución francesa —a través de la filosofía y la historia alemanas— con el cataclismo de la Europa Oriental de nuestro tiempo; y llevar esto a efecto en calidad de análisis que se refiere al movimiento de ideas y acciones humanas, sin trazar una separación entre lo que la gente piensa y lo que la gente hace. Porque, aun siendo cierto que nos hallamos ante una transformación social de la que el marxismo es el reflejo teórico y el actor político, no hay motivo para confinar la discusión a su aspecto histórico o teórico. Lo que tal vez se precisa es un esfuerzo por descubrir la manera en que los dos confluyen para provocar la situación a la que ahora nos enfrentamos.

Sin embargo, hay que intentar relacionar el marxismo con el pensamiento contemporáneo en general, o dicho de otra forma, proceder a su crítica. Porque al tratar de una estructura teórica la perspectiva genética es, naturalmente, inadecuada en sí misma. Lo cual no significa que carezca de interés. La opinión simplista de que las doctrinas son verdaderas o falsas y que no cabe ningún otro juicio, no da debida cuenta del significado práctico de la teoría: su relación con las circunstancias que pretende explicar. No se trata de conclusiones acertadas extraídas por casualidad de premisas erróneas, por el contrario, el problema consiste en procurar descubrir aquellos elementos teóricos que en un determinado momento son los que verdaderamente facilitan una visión profunda. Se acostumbra a subsumir la cuestión bajo la rúbrica general del progreso intelectual, como si sólo se tratase de que cada generación marchara adelante por el mismo camino, corrigiendo al unísono los errores de sus predecesores. En realidad la interconexión entre análisis y experiencia real es bastante más compleja. Así, por citar un ejemplo bien conocido, la teoría del mercado de trabajo y la del valor del trabajo aparecieron aproximadamente por las mismas fechas, a finales de los siglos dieciocho y principios del diecinueve; y aunque es ya un lugar común en los estudios actuales que la teoría del trabajo ha sido superada como instrumento de análisis económico, puede todavía admitirse que, para el fin al que se destinó originalmente, resultó adecuada en su conjunto. Por consiguiente, sería absurdo proclamar que la teoría fue «verdadera» cuando Smith y Ricardo la sugirieron, menos verdadera cuando Marx la elaboró, y totalmente errónea medio siglo después. En cierto

sentido, la fijación del valor por el trabajo incorporado siempre ha descansado en una tautología; con todo, en cuanto herramienta intelectual destinada a desempeñar una labor concreta, su importancia residió antaño en que a grande rasgos hizo posible un análisis correcto de la forma en que se distribuía el producto social entre las diversas clases. Que ello fuera posible incurriendo en equivocaciones que más tarde plantearon dificultades, es otro asunto. El progreso intelectual reside en gran parte en la sustitución de un juego imperfecto de herramientas por otro.

Metodológicamente, la dirección de marcha indicada con este ejemplo significa un alejamiento de la acostumbrada distinción entre juicios de hecho y juicios de valor. Las preguntas que se suele uno formular respecto al autor de un cuerpo sistemático de pensamiento son: 1) ¿Qué enseña? y 2) ¿Es cierto lo que enseña? No es seguro que este enfoque sea siempre de gran ayuda, y emplearlo con Marx es completamente inútil, tanto más cuanto que sus teorías surgieron como respuesta a los fenómenos que él fue el primero en identificar. No podemos descubrir lo que dijo sin considerar los problemas que trató de resolver, y no podemos analizar los problemas sin juzgar la validez de las soluciones que intentó. Y supuesto que según Marx un problema nunca consistía en un asunto puramente teórico, no podemos considerar su solución sin pronunciarnos sobre las cuestiones ligadas a él. Esta es la razón de que todos los intentos de discutir el marxismo dentro de una atmósfera moralmente neutral estén condenados al fracaso desde un principio.

Nos resta todavía indicar brevemente la línea general de enfoque que hemos seguido. Nuestro punto de partida no es el del «materialismo dialéctico», u otra abstracción semejante, sino la Revolución Francesa y su impacto sobre Alemania a comienzos del siglo diecinueve; juntamente con la revolución industrial y sus repercusiones en la esfera teórica, esto es, entre los escritores británicos y franceses de finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, que estaban empeñados entonces en elaborar los instrumentos analíticos necesarios para el estudio de la nueva sociedad. A partir de este instante la discusión sigue su curso a través del tiempo y, en el espacio, hacia el Este, siendo su primer emplazamiento la Europa Central, y su estación temporal el fallido levantamiento de 1848-49 que anticipó el cataclismo máximo de 1917-19. Sigue a continuación un período caracterizado por la formación gradual del sistema marxista y su contrapartida política, la social-democracia centroeuropea, sistema y movimiento que se remontan al fracaso de la revolución de 1848. La evolución completa de esta ortodoxia, aproximadamente desde

1890 a 1914, resulta ligada al equilibrio inestable de factores políticos de la Europa Central, cuya desaparición durante la primera guerra mundial y después de ella liberó las fuerzas explosivas (hasta entonces ocultas bajo la superficie de las aparentemente inocuas disputas teóricas entre interpretes «revisionistas» y «radicales») de la síntesis ortodoxa elaborada por los teóricos de la era prerrevolucionaria: Engels, Kautsky y Plejanov. Como consecuencia de esta doble evolución —pues las escisiones políticas y conmociones fueron el producto y el reflejo de las divergencias teóricas— el curso posterior supone un giro más hacia el Este, fuera de las sociedades industrial y políticamente desarrolladas de Europa Central y Occidental, que eran hasta entonces las principalmente interesadas en el crecimiento del movimiento socialista. La disolución del socialismo marxista tal como se formuló antes de 1914, y la aparición del marxismo soviético (o «marxismo-leninismo»), discurre paralelamente al declive de la influencia alemana (y austríaca), en la Europa Central y del Este.

Frente a este traslado oriental se hace finalmente necesario considerar aquellos elementos de la síntesis marxista original que parecen haber mantenido su significación en la sociedad moderna: en especial la crítica de la economía liberal y la primera aproximación hacia una teoría unitaria del Estado. Aquí se intenta trazar la línea de desarrollo desde los clásicos de la economía política, pasando por Marx, hasta la economía del momento presente, y la línea paralela que enlaza a los teorizadores de la política del siglo dieciocho con la sociología de hoy. Para averiguar si esto puede ser una empresa necesaria, basta con considerar lo que sería una historia del liberalismo que no mencionara a Locke, Turgot, Smith y los autores de la constitución americana, por un lado, y la posterior evolución de su pensamiento hasta Russell, Dewey, Keynes y los teóricos del Estado de bienestar, por el otro. No existe en realidad una clara línea divisoria entre la historia de la teoría social y la historia de la sociedad en general, aunque puedan existir distintas concepciones sobre su interacción¹.

Es por supuesto, imposible estudiar un asunto tan complejo sin hacer un gran número de afirmaciones sobre cuestiones de

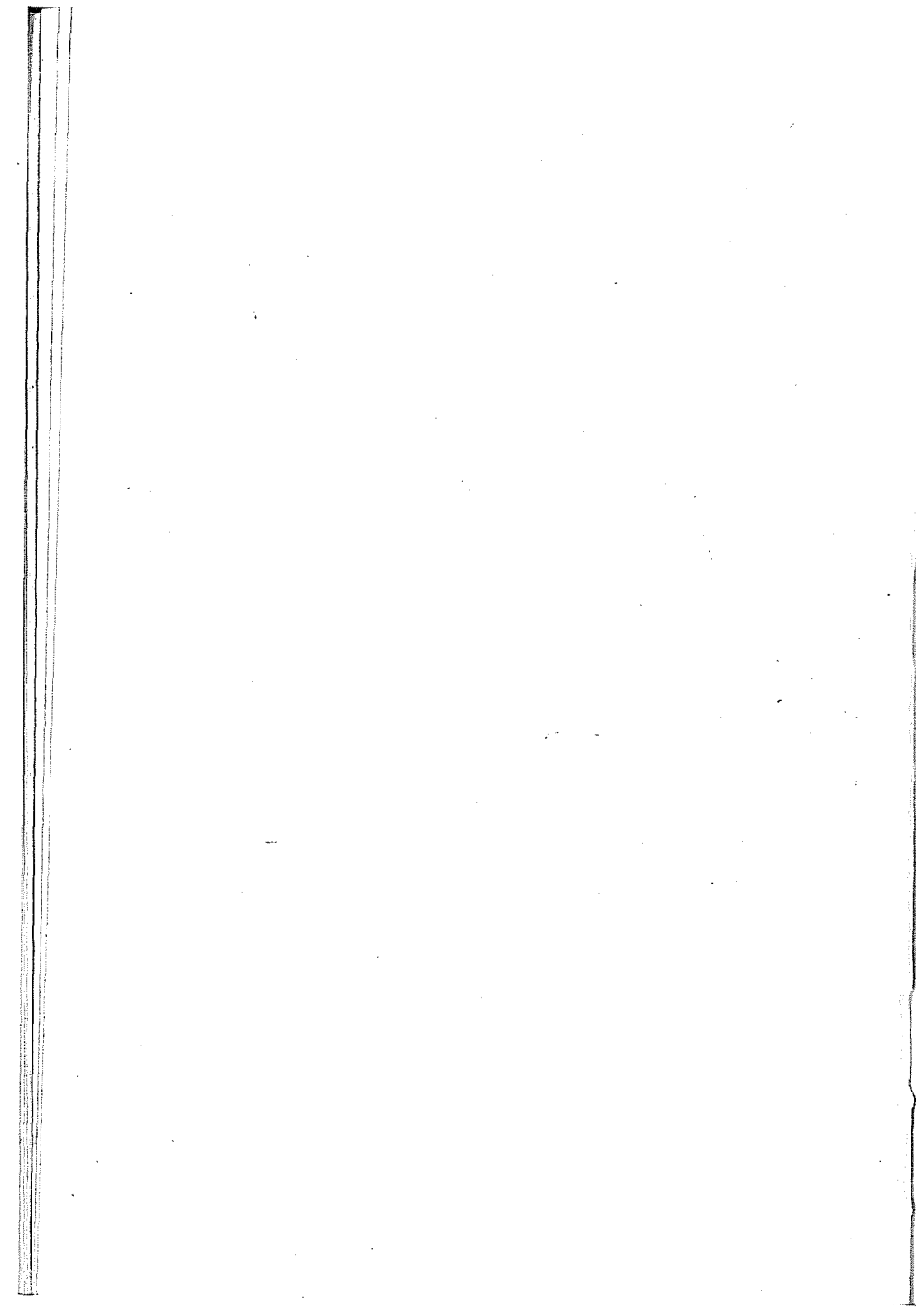
1. Teniendo en cuenta la finalidad de este razonamiento, puede ignorarse la distinción entre el marxismo y el socialismo en general. Después de todo, el marxismo constituye el elemento predominante en el movimiento socialista, y evidentemente durante el período que se analiza; y por el contrario, existen variantes no clásicas del liberalismo, verbigracia, los fisiócratas, por no mencionar a Rousseau y a su progenie jacobina.

hecho; algunas de las cuales serán necesariamente polémicas. El autor sólo puede alegar que esta necesidad le ha sido impuesta por su método, que por lo demás debe justificarse por los resultados que obtenga. Como el punto de vista aquí utilizado es histórico, en el sentido que comparten Hegel, Marx y Croce, por no mencionar una relación de filósofos, sociólogos e historiadores contemporáneos, que fácilmente podría alargarse hasta englobar en su interior a conservadores y radicales, no será posible complacer a los críticos que consideran aborrecible el «historicismo». Ni tampoco se espera que estén de acuerdo aquellos que tengan intereses creados en las interpretaciones tradicionales del asunto. En general, se presupone aquí que la sociedad moderna ha pasado ya el estadio en que el análisis de Marx estaba interesado primordialmente. En este sentido puede decirse que el impacto marxista ha sido ya absorbido en buena parte a través de la instrumentalización del propio movimiento socialista. Esos resultados paradójicos constituyen el objeto de la historia. Sólo ellos hacen posible interpretar el pasado por el presente, con el que se ensambla por medio de aquellas convulsiones semi-conscientes que llamamos revoluciones y que nunca dejan de acarrear sus propias tergiversaciones. Si esta conclusión suena a escepticismo, también sugiere (al menos para el autor), la verdad del dicho de Hegel de que la verdadera comprensión sólo llega tras el acontecimiento: el mochuelo de Minerva despliega sus alas al anochecer. Somos capaces de entender a Marx porque hemos llegado a un punto en donde ni su propio modo de pensar ni el de sus adversarios del siglo diecinueve son en conjunto adecuados a las realidades.

PRIMERA PARTE

La herencia

1789-1840



EL IDEALISMO ALEMÁN

Se ha definido a la filosofía clásica alemana como una forma secularizada de protestantismo; también se la ha llamado la teoría de la revolución francesa. No es preciso aducir los respectivos méritos de esas interpretaciones. Ambas son compatibles pues el efecto de la revolución francesa sobre la Ilustración alemana consistió en acentuar ciertos rasgos que echaban sus raíces en la Reforma: principalmente la disociación radical del alma individual y, con ello, el reino de la libertad, de las desdichas de la existencia terrena. La filosofía idealista alemana, como antes la teología protestante alemana, transforma los fines de los hombres en valores espirituales; de esta suerte, renuncia, por imposible, a la tarea de fijarlos en la realidad material.

En sus orígenes, la Ilustración alemana del siglo dieciocho partía de motivaciones comunes a cualquier movimiento escéptico y deísta de Europa hasta que en la persona de Kant produjo un pensador que aunaba esas fibras intelectuales con la herencia de la Reforma y las primeras conmociones del movimiento romántico, éste pasando por Rousseau cuya influencia creciente entre la élite culta de Alemania preparó el terreno para una favorable acogida de la revolución francesa en su fase inicial prererrorista. De esta forma, la Ilustración llegó a basarse en un asentimiento intelectual a los cambios acaecidos más allá de sus fronteras no superando una aceptación teórica de los sucesos que no habían tenido correspondencia en Alemania. Esta actitud (que conforme transcurría el tiempo se vio modificada por las censuras a la dictadura jacobina primero y luego al Imperio napoleónico), no llevaba aparejado cambio alguno en la postura contemplativa de la élite que se había erigido a sí misma en

responsable de la custodia de los valores intelectuales. Como antes, la vida del espíritu se concebía como un reino autónomo desconectado de las sórdidas circunstancias de la existencia material. Indiferentes respecto a la esfera pública, debido a su impotencia para moldearla conforme a sus ideales, los estratos sociales cultivados que alrededor de 1800 patrocinaron el florecimiento del renacimiento alemán en la cultura clásica de Weimar, se atrincheraron en las inaccesibles regiones de la filosofía, la literatura y el arte. Al obrar así, desarrollaron una conciencia de libertad personal y una forma de vida que se situaban en agudo contraste con las realidades que les circundaban. Simultáneamente, se hicieron para sí mismos más difícil la ruptura de su aislamiento y el retorno a la comunidad humana ordinaria, a la sociedad y al Estado¹.

En este contexto, hay que dar cuenta de la consumación de las tendencias en la sociedad alemana desde la Reforma, tendencias que señalaron la subsiguiente incapacidad para poner la esfera pública en consonancia con los objetivos de los intelectuales liberales, cuando bajo el ímpetu de los cambios sociales y económicos descendieron finalmente a la arena política. Al preparar la abortada revolución de 1848 el camino para su frustración, los liberales echaron también los cimientos para la justificación teórica de sus repetidos fracasos: desde ese instante, cada nueva derrota serviría como una prueba más de que la humanidad, ni merecía salvarse ni era capaz de hacerlo. Sólo unos pocos espíritus selectos tenían acceso al reino de la libertad, verdad y belleza y únicamente para ellos tales valores supremos tenían una concreta existencia. Para la masa del pueblo quedaba el consuelo de la religión, de cuyo carácter ilusorio Goethe y Hegel abrigaron tan pocas dudas como Feuerbach, Schopenhauer o Nietzsche. De este modo, el renacimiento alemán, resultado en un principio de la tradicional cultura protestante del Norte de Alemania, acabó en una filosofía idealista que evolucionó gradualmente de una secreta doctrina de elegidos a un culto de la élite abiertamente proclamado².

En este proceso, la filosofía de Hegel representó un paso decisivo, pues señalaba el apogeo del movimiento idealista y el punto en donde sus tensiones internas amenazaron con reventar

1. Marcuse, *op. cit.*, passim; Ernst Tröltch, "Der deutsche Idealismus", en *Aufsätze zur Geistgeschichte und Religionssoziologie*, Tübinga, 1925, pp. 532 y ss.

2. Karl Barth, *Die protestantische Theologie im 19. Jahrhundert*, Zurich, 1947, passim; del mismo autor, "Mensch und Mitmensch", en *Die kirchliche Dogmatik*, vol. III, 2; publicado separadamente, Zurich, 1954; cf. Karl Loewith, *Von Hegel zu Nietzsche*, Stuttgart, 1950, pp. 33 y ss.

el tegumento filosófico. Hegel se situó en una vía equidistante de la doctrina racionalista formulada por Kant y Fichte, y de la reacción derivada de la incapacidad por parte de la revolución francesa para convertir en realidad los objetivos de la Ilustración. Opuesto conjuntamente a la intransigencia doctrinaria de los jacobinos, y a la reacción conservadora imperante en el período de la Restauración después de 1815, mantuvo una posición intermedia, que acabó haciéndole volver a una matizada aceptación de su luteranismo original y su sanción política: el Estado absolutista. Pero, el conservadurismo en aumento del Hegel de la madurez se superponía a un sistema racionalista incompatible con la ortodoxia religiosa y la ideología de la monarquía prusiana. El conflicto, que nunca se resolvió mientras él estuvo vivo, estalló tras su muerte. Entonces se puso de manifiesto que las contradicciones que acabaron desgarrando el sistema habían sido dominadas por voluntad de Hegel. Cuando en 1831 desapareció de escena, sus seguidores derivaron hacia posiciones inconciliables que confluyeron en definitiva con la naciente formación política al borde de la crisis de 1848. La mayoría, de conformidad con la atracción gravitatoria que sirve de trasfondo a la historia alemana, se decantó por el lado conservador¹.

La desintegración del hegelianismo, por tanto, discurría en sentido paralelo a la gradual constitución de un movimiento hostil al absolutismo y a la ortodoxia religiosa. Esta coincidencia de inquietudes filosóficas y políticas, es un índice del atraso de Alemania a mediados del siglo diecinueve. En Europa no era ya posible organizar un partido radical bajo lemas que atacaran directamente la «unión del trono y el altar», mientras en los años 1840, Alemania todavía estaba luchando contra el legado del absolutismo, por no decir de la Edad Media. En Prusia, al igual que en Austria, la iglesia —luterana en un caso y católica en el otro— constituía la principal salvaguardia de la autoridad y su justificación ideológica. En este aspecto, como en tantos otros, los dos Estados alemanes principales se hallaban más cerca de Rusia que de la Europa occidental. Este contraste era ya perceptible durante la era napoleónica y se hizo más patente con la desintegración de la monarquía borbónica en Francia durante la revolución de 1830, suceso que coincidió con el término de la época clásica de la literatura y filosofía alemanas².

1. Sobre el conservadurismo de Hegel, cf. Loewith, *op. cit.*, págs. 39-42; Marcuse, *op. cit.*, pp. 169 y ss. Respecto a la incompatibilidad de la filosofía de la religión de Hegel, con la ortodoxia protestante, cf. Barth, *Die protestantische Theologie...* pp. 343-78.

2. La muerte de Goethe en 1832, tanto como la partida de Hegel un año antes,

La filosofía de Hegel debe situarse en este ambiente de insatisfacción paulatina y creciente por la perpetuación del Antiguo Régimen después que éste había sido eliminado de Francia y otras partes de Europa Occidental. La tendencia de su pensamiento se encaminaba a incluir todos los antagonismos posibles dentro de la unidad de un sistema que permite el conflicto sólo en cuanto motor de la marcha gradual hacia un fin predeterminado. Lo real y lo racional son idénticos. En definitiva, se trata de una concepción teológica y la tendencia final de la filosofía de Hegel es la de quedar sustituida por la religión. En el plano político refleja la reconciliación del pensamiento (crítico) con la realidad (inmutable) que es el rasgo común a todas las formas del idealismo alemán. Como la cultura clásica de Weimar, de la que constituye su paralelo filosófico, el sistema hegeliano proporciona un refugio trascendental a ideales que no llegaron a realizarse. No ofrece a los hombres la promesa de libertad, sino la idea de libertad; no prevee el imperio efectivo de la razón en los asuntos humanos, sino el reconocimiento de la marcha de la razón a través de la historia. Por consiguiente, incorpora los fines últimos de la humanidad —libertad y racionalidad— a la vez que su renuncia.

Hegel se encuentra a mitad de camino entre el racionalismo de la Ilustración, que aspiraba a una edad de oro de libertad ordenada, y el radicalismo de la generación posterior a 1830, resuelto a continuar los avances en donde se había obligado a detenerse a la revolución francesa. Su fallecimiento en 1831 concluye el medio siglo del período clásico alemán que se había iniciado con la publicación de la *Crítica de la razón pura* de Kant, en 1781. El carácter equívoco de las declaraciones de Hegel sirvió por un instante para ocultar el hecho de que su sistema incorporaba, si bien en forma oscura y misticadora, algunos de los objetivos por los que se había batido la revolución francesa. Con todo, los radicales que se separaron de él tras su muerte tenían buenas razones para denunciar la propensión conservadora y contemplativa de su filosofía. La «reconciliación de idea y realidad» constituye el tema central del pensamiento de Hegel, como el de Marx es el de la transformación de la realidad. De aquí que la dialéctica hegeliana en su forma ortodoxa no pudiese servir como instrumento de cambio, aunque habían de llegar los tiem-

señala el fin de una época. Para una interpretación conservadora de este momento crítico, cf. Loewith, *op. cit.*, pp. 28 y ss.; para una visión marxista-leninista tradicional, cf. G. Lukács, *Der junge Hegel*, Zurich, 1948, págs. 27-45 (ed. castellana, *El joven Hegel y los problemas de la Sociedad capitalista*, Grijalbo, México, 1963, Barcelona, 1970).

pos en que Herzen la acogiera como el «álgebra de la revolución», la invocara Bakunin en apoyo de la revolución radical, y la aclamara Engels como la doctrina esotérica de la revolución¹.

Pese a ser una idea muy extendida, la tríada tesis-antítesis-síntesis no es esencial al sistema de Hegel, cuyo motor ha de verse sobre todo en la dialéctica del todo y sus partes. La leyenda de que intentó deducir la sucesión empírica de los acontecimientos reales según el proceso ternario de las categorías lógicas carece de fundamento, aunque esta crítica pueda ser legítimamente aducida contra el pseudohegelianismo de Lassalle, o Lorenz von Stein, ninguno de los cuales entendió a Hegel y ni siquiera supo manejar conceptos lógicos².

El método dialéctico se propone conformarse a la verdadera estructura de la realidad, concebida como un proceso en el que el sujeto lógico se manifiesta a sí mismo en sus propios predicados. El estudio, de este tema extraordinariamente denso, efectuado por Hegel en el prólogo a la *Fenomenología del espíritu* es, sin embargo, demasiado prolijo y complejo para permitir una exposición sumaria. Para nuestro propósito baste decir que (en un dominio en donde el contenido y el método de la indagación

1. Cf. F. Engels, *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy*, en las *Selected Works* de Marx y Engels, Moscú 1951, II, págs. 324 y ss.; citadas de aquí en adelante como MESW. Respecto a las ideas de Bakunin, cf. M. Bakunin: "Reaktion in Deutschland", en *Deutsche Jahrbuecher*, vol. 17, del 21 de octubre de 1842, especialmente en la pág. 1009: "Pongamos nuestra esperanza, pues, en el eterno espíritu que sólo despedaza y destruye porque es una fuente de vida inagotable y eternamente creadora. El deseo de destruir es en sí mismo un deseo creador". (Citado en D. Chizhevsky, *Hegel bei den Slawen*, Reichenberg, 1934, pág. 203). Para una opinión más ponderada de un discípulo polaco de Hegel, cf. August von Cieszkowski, *Prolegomena zu einer Historiosophie*, Berlín 1938. Existen pruebas de que también Marx sintió su influencia; cf. Auguste Cornu, *Karl Marx, l'homme et l'oeuvre. De l'hégélianisme au matérialisme historique*, París, 1934.

2. Para un breve informe sobre la tradicional confusión acerca de la pretendida dependencia de Hegel respecto a la "tríada", cf. Gustav E. Mueller, "The Hegel Legend of 'Thesis-Antithesis-Synthesis'", en *Journal of the History of Ideas*, Nueva York, junio 1958, vol. XIX, n.º 3, págs. 411-14. El autor exagera la contribución de Marx al aumento del equívoco y no menciona las frenéticas polémicas de Schopenhauer que todavía se citan como críticas válidas de Hegel; cf. K. R. Popper, *The Open Society and its Enemies*, vol. II, pág. 30 y ss. Los términos "tesis, antítesis, síntesis" los emplea Fichte; no aparecen en ninguno de los escritos de Hegel. Esto no quiere decir que esta falsa idea no haya tenido efecto alguno sobre escritores posteriores que creyeron hallarse en la tradición hegeliana. Fue la crítica a que Marx sometió a tales escritores la que contribuyó involuntariamente a fomentar la difusión de la leyenda. Cf. sus observaciones sobre Stein, en una carta a Engels de 8 de enero de 1868, contenida en *Marx-Engels Gesamtausgabe* (de aquí en adelante citadas como MEGA), Sección III, vol. 4, pág. 5. Véase esta carta en, *Cartas sobre "El Capital"*, Edima, Barcelona, 1968, pág. 183.

filosófica se consideran coincidentes) rompe con la lógica formal, con su aparato de categorías fijas adaptadas a las hueras certezas de las matemáticas. El resultado de su indagación es demostrar que la realidad no es como se presenta a la percepción empírica, sino como lo revela la reflexión filosófica. Esta certidumbre constituye la esencia más profunda del idealismo alemán, y la fuente de su infranqueable oposición a cualquier forma de empiricismo. Hasta el punto en que el marxismo encarna una convicción similar, particularmente respecto a la historia, todavía se halla dentro de la tradición de la filosofía clásica alemana.

Desde el momento en que para Hegel la verdad de una proposición filosófica se demuestra por lo que efectivamente sucede al sujeto de la proposición —por ejemplo, la verdad de que la libertad es esencial a los hombres en el curso de la historia humana—, no existe, según él, un vacío entre el objeto del pensamiento y el dominio de la realidad. La reflexión filosófica revela a la razón como la última esencia del mundo de que se preocupa la filosofía, y la razón es como el instrumento por el que, a lo largo del tiempo, esta verdad aparece en el nivel de la conciencia humana. Este es el núcleo de lo que se ha denominado panlogismo de Hegel, o su redescubrimiento de la ontología de Aristóteles. Es también el punto de partida de todos los ataques posteriores a su sistema por parte de Feuerbach, Marx y los demás jóvenes hegelianos, y en último término por parte de Kierkegaard¹.

El esquema hegeliano es operativo porque en definitiva para Hegel no existe distinción entre la mente y su objeto. Ambos tienen un común denominador, que Hegel llama Razón y que aparece en el mundo histórico bajo la forma de Espíritu. El Espíritu es subjetivo y objetivo y sus «contradicciones internas» se resuelven en el proceso dialéctico por el que las potencialidades de todas las cosas se despliegan en un modelo de trascendencia de sí hasta una unidad más elevada. El progreso dialéctico, aunque reflejado en el pensamiento, es la historia objetiva del mundo real, que llega a la autoconciencia con la filosofía. La crítica tradicional a esta forma de idealismo consiste en que subordina la existencia a la lógica. Pero esta no capta la intención, pues según el sistema filosófico de Hegel, la cognición posee una cualidad existencial que permite al individuo rescatar su esencia, que es la razón. Sin embargo, era precisamente esta identificación de pensamiento y realidad, el blanco contra el que Feuerbach

1. Respecto al paralelismo entre la rebelión marxista y kiekegaardiana contra Hegel, cf. Loewith, *op. cit.* págs 125 y ss.; Marcuse *op. cit.* págs. 262 y ss.

y Marx —y desde un punto de vista distinto, Kierkegaard— dirían sus dardos. Esos ataques procedían de cada uno, por separado. Marx nada sabía de Kierkegaard, y no hubiera considerado importante su crítica de Hegel, salvo en donde subrayaba la naturaleza extraterrena del cristianismo.

Los pensadores a que nos referimos, Marx inclusive, operaban en el contexto de una cultura protestante secularizada. La significación de este hecho no se limita a la circunstancia accidental de que la filosofía de Hegel se convierta por un tiempo en la sanción del Estado prusiano. Alcanza al núcleo del sistema hegeliano y a la ulterior rebelión contra él. Hegel concibió la identidad de lo racional y lo real desde un prisma de consideración que procedía de la teología cristiana. Tras el despliegue del Espíritu en el universo se halla agazapada la idea de creación. El Espíritu crea el mundo exteriorizándose y, después de haber llegado a su autoconciencia, vuelve finalmente a sí. En este proceso median la fatiga y el sufrimiento, que Hegel simboliza en la imagen de la Cruz. La reconciliación —la unión de la idea y la realidad— sólo se produce tras haber padecido la idea el dilatado esfuerzo de pasar a través de las sucesivas encarnaciones en un medio —realidad— que le es ajeno, pero que gradualmente se funde con el espíritu que lo penetra. La identidad concreta de lo real y lo racional es el concepto (noción) que abarca la esencia de las cosas, no como aparecen en forma inmediata, sino como son en realidad. El concepto es la forma lógica de lo universal, es decir, aquello que determina la existencia de lo particular —así, por ejemplo, el Hombre es lógicamente anterior a los hombres particulares que existen como tales sólo en virtud de lo que es común a todos ellos. De esta manera, el concepto media entre la realidad (espiritual) y la apariencia (material), de la misma forma que Cristo media entre Dios y el mundo. Por tanto, el concepto —*logos*— es Cristo, y la filosofía, que conoce la identidad de la realidad y la idea absoluta (Dios), se hace teología. Mas, puesto que la idea (*logos*) se despliega en los estadios sucesivos de naturaleza e historia, la filosofía debe interesarse por la realidad y convertirse en ciencia. Pero no en ciencia empírica, que nunca se eleva por encima de los meros datos de la existencia, sino en conocimiento de la realidad esencial que se manifiesta en el mundo a través de la marcha de los acontecimientos.

Ya que no nos concierne aquí la filosofía de Hegel —de la cual el más breve esquema ocuparía todo un volumen— sino el papel que desempeñó en Alemania en vísperas de la revolución de 1848, bastará con indicar su relación con los sucesos que

pronto iban a arrancarle su rango de ideología semioficial del Estado prusiano, aunque incorporase alguno de sus elementos en una ideología de la revolución total.

Se ha hecho notar que, debido al carácter peculiar de la dialéctica hegeliana del sujeto-objeto, el sistema de Hegel refleja su mismo objeto. Otra forma de expresarlo sería diciendo que a la vez que la filosofía proporciona las categorías generales para la comprensión de la historia, también aparece como poseedora del secreto de la historia ya que ésta se muestra como la razón encarnada, traída ahora a la autoconciencia. En principio, le hubiera bastado a Hegel declarar esto como un axioma de pensamiento; de hecho, lo postuló como un hecho ya acaecido: la historia había alcanzado su meta señalada (en el *statu quo*), y se presumió que había tenido lugar la reconciliación de la idea y la realidad —el principal objetivo de Hegel desde la crisis espiritual que cerró su joven fase revolucionaria. Esta idea, no sólo fue inaceptable para Feuerbach y los jóvenes hegelianos de la generación inmediata por razones políticas: había algo totalmente inadmisibles, a saber la pretensión de que con el verdadero «sistema de ciencia», es decir, el de Hegel, se había conseguido la identidad de sujeto y objeto, pensamiento y realidad. Esta conclusión no se sigue de la concepción de la historia en cuanto marcha de la humanidad en pos del dominio de la naturaleza y la posesión del mundo por medio de la razón; pero se derivaba necesariamente de la creencia de Hegel en que su sistema reflejaba la totalidad del mundo. Admitido esto, la filosofía quedaba reducida a la contemplación de la idea de progreso a través de la historia, llegada ahora a su término con la comprensión de la necesidad que había dado nacimiento al propio sistema de pensamiento de Hegel, entre otros. Por el contrario, si se aceptaba que la filosofía no podía ir más allá de la comprensión de la necesidad y racionalidad del actual estado de cosas, quienes deseaban alterar las condiciones existentes se veían forzados a superar el estadio contemplativo¹.

1. Sobre la crisis intelectual de Hegel durante su período de Frankfurt (1797-1800), o sea, antes de la primera tentativa de elaboración de su pensamiento en Jena (1801-1802), en conjunción con Schelling, cf. Lukács, *op. cit.*, págs 131 y ss. Aunque la interpretación dada por L. es trivial y falsa, plantea los hechos fundamentales. Sobre el esquema conceptual de Hegel, cf. Marcuse *op. cit.*, páginas 121 y ss. Entre la bibliografía reciente sobre el tema, Georges M.-M. Cottier, *L'Athéisme du jeune Marx: ses origines hégéliennes*, París, 1959, presenta la crítica más completa de Hegel y Marx desde una concepción tomista. Para una interpretación de Hegel que combina puntos de vista marxistas y existencialistas, cf. Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, París, 1947. Cf. también Jean Hypolite, *Etudes sur Marx et Hegel*, París, 1955.

La exposición tradicional de este capítulo de la historia de la filosofía alemana se contenta con anotar la disolución de la escuela hegeliana en grupos opuestos, entre los cuales los izquierdistas —principalmente D. F. Strauss, Bruno Bauer y Feuerbach— prepararon finalmente el camino a Marx. Este planteamiento difícilmente explica las complejidades de la situación en la que un crítico radical de la teología tradicional como Strauss podía figurar como el líder del ala izquierda allá por 1836-8, para convertirse sólo una década después en una figura decididamente conservadora en el terreno político. Lo que se discutía en un principio entre los seguidores de Hegel, después de su muerte (1831), era la filosofía de la religión, y concretamente la verdad literal de las Escrituras. El «ala derecha» y el «centro» se definían por sus actitudes respectivas frente a la iconoclasia teológica de Strauss, para quien el enemigo era la ortodoxia luterana más que el Estado prusiano; mientras, algunos «viejos hegelianos» típicos mantuvieron su fidelidad al sistema durante la segunda mitad del siglo, mucho después de que los «jóvenes hegelianos» habían abandonado la lucha filosófica. Para ser un miembro ortodoxo de la escuela, bastaba con mantenerse neutral en materia religiosa, de acuerdo con el propio ejemplo de Hegel. En un país donde el gobierno se hallaba ocupado entonces en promover una unión un tanto artificial de las iglesias luterana y reformada, con la intención de proporcionar una sólida base evangélica al Estado, tal neutralidad significaba tanto como un apoyo masivo al *statu quo*; empero, en la década de 1830, no todos los miembros de la escuela se daban necesariamente cuenta de este hecho. Strauss fue la excepción, lo cual fue precisamente causa de la costumbre de referirse públicamente a un ala «derecha» e «izquierda» hegelianas, conforme a la nomenclatura (entonces innovadora y alarmante), de la política francesa.

Estrictamente hablando, antes de los años 1840, no existía grupo «joven hegeliano» alguno. Por entonces la agitación por la crítica de la teología de Strauss había cedido a la conmoción todavía mayor producida por la arremetida de Feuerbach contra la religión en cuanto tal, mientras por aquel mismo tiempo, Arnold Ruge, Moses Hess y los Bauers (Bruno y Edgar), realizaron su primer intento de incursión el campo crítico. Incluso entonces, todavía se conducía el debate parcialmente en un tono metafísico. No podía ser de otro modo, puesto que la doctrina de Hegel sobre el derecho (término en el que incluía el campo político), tenía como base su filosofía de la historia, que a su vez se esforzaba por demostrar la esencial armonía de la razón y el mundo real. Sus categorías se detenían en las condiciones exis-

tentes que en Prusia se caracterizaban por la alianza del Estado y la Iglesia luterana contra el liberalismo, es decir, contra la vertiente moderna de la Ilustración. Pero la Ilustración era algo así como la fuente de aquella corriente del pensamiento de Hegel que afirmaba la universalidad de la razón y la consiguiente racionalidad del universo. Esas contradicciones hubieran hecho estallar el sistema incluso si el accidente del cambio dinástico en Prusia, en 1840, no hubiera precipitado el conflicto hacía tiempo pospuesto entre el gobierno —incondicionalmente apoyado por la Iglesia del Estado— y el movimiento radical naciente. Como representantes de aquel movimiento los «jóvenes hegelianos» se vieron acosados por la ortodoxia «cristiano-germánica», ortodoxia que hacía poco había descubierto un programa en el medievalismo romántico, y un dirigente en el nuevo rey Federico Guillermo IV. Si los años 1840 constituyen el período más apasionante de la historia intelectual alemana del siglo diecinueve, la razón deriva de que asistieron a la primera confrontación de importancia del *Ancien Régime* con los herederos alemanes de la revolución francesa. A lo largo de todo un siglo, las ideas que partieron de esta encrucijada iban a estampar su sello en cada movimiento surgido en circunstancias parecidas. En este punto conviene subrayar que el ataque al absolutismo y al conservadurismo comenzó en un tiempo en que la clase media era todavía políticamente pasiva, y apenas había aparecido el proletariado industrial. Los intelectuales radicales que adoptaron la nueva concepción no eran sólo los heraldos de una próxima tempestad; su descontento con el orden existente cristalizó en un enfoque que había venido perfilándose desde algunas décadas en Europa Occidental. Pretérito y futuro aparecen combinados curiosamente en la ideología de un nuevo estrato social que todavía no había encontrado su rumbo y cuyos confusos tanteos podían ser formulados alternativamente en términos liberales tradicionales, o en los socialistas recién inventados. En la víspera de la seudorrevolución alemana, que había de satisfacer las ansias nacionalistas en tanto dejaba insatisfechas las aspiraciones democráticas, encontramos un grupo nuevo potencialmente importante: la *intelligentsia*.

EL RADICALISMO FILOSÓFICO

Si definimos el siglo diecinueve europeo como la era situada entre la revolución francesa y la rusa, el papel desempeñado por la filosofía alemana durante este período presenta una faz contradictoria. Alemania hizo frente al impacto de ambas conmociones, y sin embargo creó el eslabón esencial entre ellas, el marxismo. Más aún, este nexo se estableció con la ayuda de la síntesis hegeliana: una filosofía de contemplación y reconciliación expresamente encaminada a la tarea de hacer de mediadora entre el liberalismo de la Ilustración y el conservadurismo de la Restauración. El problema se complicó todavía más por la circunstancia adicional de que el hegelianismo había tenido un efecto turbador sobre los intelectuales de la Europa Oriental de extracción aristocrática y conservadora, mucho antes de que Marx hiciera su aparición¹.

El carácter general de la evolución política alemana de todo este período es la reacción negativa frente a las perturbaciones que, primero en Francia y luego en Rusia, trajo consigo la aplicación a la sociedad de las doctrinas del radicalismo filosófico. Ya nos hemos referido a la fatal pasividad de las escasas capas de alemanes simpatizantes con la primera fase de la revolución francesa. El hecho no sólo reflejaba la debilidad material de la clase media alemana, sino su estado de ánimo que hasta media-

1. Cf. Gustav A. Wetter, *Dialectical Materialism*, Londres 1958, pág. 8. Además de los aristócratas rusos y polacos que se hallaban entre los hegelianos de Berlín, debemos mencionar aquellos con los que Marx entró posteriormente en contacto personal; cf. su correspondencia con P. V. Annenkov en *Marx-Engels Selected Correspondence*, Moscú, 1954 (citada de aquí en adelante como MESC), págs. 39-51.

dos del siglo diecinueve siguió consistiendo en un tímido conservadurismo. La corta efervescencia revolucionaria de 1848-9 resultó en seguida ser un falso despertar. Conforme avanzaba el siglo, el liberalismo alemán se fue haciendo paulatinamente menos combativo y cuando llegaron los tiempos de después de 1871 se vio cada vez más absorbido por la ideología semioficial del liberalismo nacional. De esta suerte, siguió desempeñando el papel tradicional de la clase media alemana: el de auxiliar socialmente influyente pero políticamente pasivo en la autocracia.

Aunque esta singular constelación no era todavía claramente perceptible la víspera de 1848, asomaba la tras la debilidad de la *intelligentsia* radical y su aislamiento de la masa del público educado integrado por la clase media. Los intelectuales —al igual que sus congéneros de Francia durante la Restauración y después de ella— compensaron en parte esta falta de ascendiente, con la intransigencia de sus formulaciones teóricas. Pero mientras los ideólogos franceses de la «izquierda» formaban una capa social coherente que resistió las presiones oficiales y acabó imponiendo sus concepciones a la sociedad, en Alemania el radicalismo filosófico —encarnación de las ideas y valores defendidos por los adversarios del dominio autocrático— se fue descomponiendo paso a paso a lo largo de la segunda mitad del siglo y dejó un vacío que el materialismo científico y el positivismo no llenaron debidamente. Con el paso del tiempo todo el sistema de ideas ligado a la revolución francesa —ideas que en los años 1840 se habían convertido en el credo de los jóvenes hegelianos y, a través de ellos, de la oposición liberal, si bien respecto a esta última en una forma más desdibujada— desapareció de la conciencia de las clases ocultas. Llegó a ser habitual afirmar la existencia de una barrera insalvable entre el radicalismo «occidental» (como si Kant no hubiera existido) y la filosofía verdaderamente «alemana» del romanticismo. Este corolario proyecta una luz esclarecedora sobre la situación existente antes de 1848 y en particular sobre la significación de Feuerbach como filósofo de la abortada revolución democrática de Alemania.

Por razones ajenas a su posición dentro de la historia de la filosofía, se ha venido considerando a Feuerbach principalmente como un precursor de Marx, o, lo que aún es más extraño, del «materialismo dialéctico». Esto supone ignorar su función de crítico de la religión y del sistema hegeliano en la medida que éste incorporaba todavía ciertos residuos de una visión teológica de la vida. Desde una perspectiva formal, la doctrina de Feuerbach puede definirse como un hegelianismo vuelto al revés. Puede defenderse que su inversión del idealismo hegeliano (así, su con-

cepción del espíritu como la negación de la materia) anticipa alguno de los principios del «materialismo dialéctico». Pero a nosotros nos interesa por de pronto su papel de allanador del camino por el que aparecerá una concepción arreligiosa de la vida, es decir, la realización de la Ilustración en tierra alemana. La comprensión de esta cuestión no se facilita subrayando las peculiaridades formales de la filosofía de Feuerbach. Lo que importa son las consecuencias de su enseñanza, encaminada a emancipar a los intelectuales radicales del dominio de la religión institucionalizada y de su último bastión: la metafísica hegeliana¹.

Feuerbach empieza y acaba como crítico de la religión y del idealismo filosófico que, en su opinión, es una modalidad desdibujada del idealismo teológico. La «alienación» religiosa (el término, aunque no su empleo, procede de Hegel) se considera la fuente de la alienación filosófica de la que el sistema de Hegel constituye la última y máxima expresión². Estrictamente hablando Feuerbach, aparte de la crítica del idealismo religioso y especulativo, no tiene otro propósito más importante en perspectiva. Su ataque al sistema hegeliano, que comienza con cierta vacilación y asciende gradualmente hasta un climax en que el exdiscípulo rechaza las enseñanzas del maestro, se centra por entero en la destrucción de la especulación «ultramundana». Él mismo era perfectamente consciente del hecho de que el núcleo de su pensamiento consistía en que la antropología sustituyera a la teología³.

Este pensamiento posee una cualidad apasionada, casi lírica, ausente en Hegel, pero bastante corriente en el movimiento ro-

1. Cf. Engels, *Ludwig Feuerbach, etc.*, MESW II, págs. 331 y ss. El grado de confianza de Engels en el naturalismo optimista de la Ilustración, que Feuerbach aportó a la polémica poshegeliana, está mediatizado por sus severas críticas a las insuficiencias del pensamiento de Feuerbach. Ambos creían en la unificación de la filosofía y la ciencia (natural), aunque a un nivel superior al de los "materialistas vulgares" a los que se opusieron Feuerbach y Engels. El "materialismo dialéctico" (al que Plejanov fue el primero en calificar así), había de ser la realización concreta de este programa positivista. Cf. Engels, *op. cit.*, págs 337 y ss.

2. Cf. *Vorläufige Thesen zur Reform der Philosophie*, en Ludwig Feuerbach, *Saemtliche Werke*, Stuttgart, 1904, vol. II, pág. 249; dice: "La filosofía hegeliana ha alienado al hombre de sí mismo, descansando todo su sistema en... abstracciones". "El 'espíritu absoluto' es el 'espíritu separado' de la teología que en la filosofía de Hegel lleva una existencia fantasmal." (Ibid.) "La teología es la creencia en fantasmas. La teología vulgar tiene sus espectros en la imaginación sensoria; la teología especulativa, en la abstracción no sensoria". (Ibid.)

3. "El secreto de la teología es la antropología" (*op. cit.*, pág. 247.) "Dios fue mi primer pensamiento, la razón el segundo, y el hombre el tercero y último." (*Fragments Filosóficos*, en *Saemtliche Werke*, vol. II, pág. 338.) "...todos mis escritos... tienen uno y el mismo objeto... uno y el mismo tema. Este tema es la religión y la filosofía y todo lo que con ellas se relaciona." (*Vorlesungen ueber das Wesen der Religion*, pág. 6; en *Saemtliche Werke*, vol. VIII, págs. 28 y ss.)

mántico. Fue mérito particular de Feuerbach poner la fibra romántica al servicio del humanismo. Su defensa de la naturaleza, el hombre, la vida de los sentidos recuerda a Rousseau, con el que comparte asimismo un cierto sentimentalismo; en cambio su repulsa radical del cristianismo anticipa a Nietzsche. Al mismo tiempo se halla totalmente a salvo de la historia de Nietzsche, que anuncia la posterior caída del humanismo ateo en el nihilismo. En el camino de la emancipación de la teología del pensamiento alemán, Feuerbach representa el estadio del futuro en un momento en que el racionalismo todavía tenía un eco optimista. Si la religión aparece como una ilusión, también se la ve en calidad de creación humana que habla en favor de su creador, puesto que los atributos de Dios son de hecho los del Hombre. «El ser divino no es más que el ser humano, o mejor, la naturaleza humana purificada, liberada de las limitaciones del hombre individual, objetivada, es decir, contemplada y reverenciada como un ser aparte y distinto»¹.

Feuerbach —al igual que Hegel y casi todos los demás representantes de la filosofía clásica alemana, protestante en su ética, aunque no en sus creencias teológicas— intenta rescatar la pepita religiosa de la cáscara metafísica. El resultado es un sistema de «ateísmo religioso» que tiene al hombre por su único centro de interés.

¿Quién, pues, es nuestro Salvador o Redentor? ¿Dios o el Amor?, el Amor; porque Dios en cuanto Dios no nos ha salvado, sino el Amor, que trasciende la diferencia entre la personalidad divina y la humana. Como Dios ha renunciado a sí mismo por amor, así nosotros, por amor, debemos renunciar a Dios; porque si no sacrificamos Dios al amor, sacrificamos el amor a Dios, y, a despecho de la afirmación del amor, tenemos al Dios —el ser malo— del fanatismo religioso².

Ha llegado el momento de transformar la teología en antropología. «La religión sólo confiesa dentro de la Encarnación lo que reflexionando sobre sí misma, como teología, no puede admitir; a saber, que Dios no es más que un ser humano». La afirmación «Dios ama al hombre» es un «orientalismo» porque «el amor del hombre es lo supremo». Feuerbach no necesita de un Dios que no es más que el paterfamilias oriental de amplias atribuciones, pero su crítica avanza desde esta objeción un tanto

1. L. Feuerbach, *Das Wesen des Christentums*, en *Saemtliche Werke*, vol. VI, pág. 17.

2. *Op. cit.*, pág. 53.

sentimental a la demostración de que «Dios» es un sustituto imaginario del mundo real. La religión ha sacrificado el hombre a Dios. Ahora «sólo necesitamos... invertir la relación religiosa —considerar como un fin lo que en la religión no es más que un medio—, exaltar como primario lo que en la religión se halla subordinado... inmediatamente hemos destruido la ilusión y la diáfana luz de la verdad se derrama sobre nosotros»¹.

La liberación de la ilusión religiosa conduce directamente al reconocimiento de que la filosofía, para cumplir su misión, debe promover la emancipación de la humanidad de todos los obstáculos que obstaculizan el libre desarrollo de las facultades humanas. El contenido positivo de la filosofía consiste en el estudio de la existencia real del hombre; no del hombre en abstracto, sino de los seres humanos empíricos cuya libertad y felicidad están en juego:

Quien se limita a decir de mí que soy un ateo, nada dice ni sabe de mí. La cuestión de la existencia o no existencia de Dios, la oposición entre teísmo y ateísmo, pertenece a los siglos dieciséis y diecisiete, no al diecinueve. Yo, niego a Dios. Pero eso significa para mí que niego la negación del hombre. Yo sustituyo la posición ilusoria, fantástica, divina, del hombre, que en la vida real lleva, por necesidad, a la degradación del hombre, por la posición tangible, real y consiguientemente también, social y política de la humanidad. La cuestión relativa a la existencia o no existencia de Dios, no representa para mí más que la cuestión relativa a la existencia o no existencia del hombre².

Con la religión, el hombre se «aliena» de sí mismo, adora una imagen de perfección concebida por él mismo y se hace miserable inútilmente. La verdadera filosofía rompe este encantamiento y devuelve el hombre a sí mismo. Esto lo lleva a efecto iluminando las causas de la ilusión religiosa. «El progreso histórico de la religión consiste en esto: lo que una religión más temprana tenía por objetivo, se considera ahora subjetivo; esto es, lo que primeramente se reveló y adoró como Dios, se percibe ahora como algo humano»³.

Feuerbach creía que su filosofía era la realización de todos los sistemas precedentes —en esto se identifica con Hegel. Pero rechazaba el procedimiento de Hegel, incluida su identificación

1. *Ibíd.*, pág. 271.

2. Prólogo al Ier. vol. de *Saemtliche Werke*.

3. *Op. cit.*, pág. 12.

de lo real y lo racional. La filosofía no tiene que partir de la «idea» abstracta de Hegel, sino de la naturaleza concreta y de la realidad histórica: Debe describir las condiciones naturales de la libertad humana y ver al hombre como un ser cuya relación con la naturaleza se establece por mediación de los sentidos. Debe percatarse de que el «sufrimiento precede al pensamiento», y que la cognición sólo entra en escena tras haber sido moldeado el hombre por la naturaleza. Ante todo, debe dejar de juzgar a los hombres con arreglo a los ídolos que produce, en especial el ídolo religioso que le extraña de su propia naturaleza. Feuerbach expresa aquí las consecuencias de la concepción panteísta de Goethe que hacia los años 1840 se había convertido en la doctrina esotérica de la élite intelectual. Pues a pesar de todo su conservadurismo político y la deliberada ambigüedad de sus manifestaciones públicas, el «espíritu de Weimar» siempre había sido radicalmente perturbador de la ortodoxia religiosa.

Pero existe un reparo claramente perceptible: ¿Por qué experimenta el hombre la necesidad de proyectar de esta forma peregrina la parte «espiritual» de su naturaleza? No es preciso ser teólogo ni filósofo idealista para observar que hasta cierto punto Feuerbach ha dado por sentado lo que se trataba precisamente de demostrar. Pero las deficiencias filosóficas de una doctrina nunca impidieron que fuera socialmente importante. Para el historiador, el problema reside en averiguar por qué la influencia de Feuerbach en el ulterior desarrollo del pensamiento alemán fue mucho menor que la de un pensador como Nietzsche que compartía su ateísmo, pero no su humanismo, o dicho de otro modo, ¿por qué aquellos elementos de la vida nacional alemana que seguían siendo partidarios de las concepciones de Feuerbach se convirtieron en socialistas? Esta cuestión nos reconduce al campo de la política y, concretamente, al fracaso de la democracia alemana en lo que por un instante prometía ser un *annus mirabilis*: 1848.

En conjunto, la posición de Feuerbach corresponde a la de los materialistas y racionalistas franceses de antes de 1789, cuando los intelectuales radicales entraron en la escena política. En el marco alemán aquellas tendencias se reflejaron necesariamente con una faz deformada. El lugar de los girondinos (por no citar los jacobinos, de los que no existían casos en Alemania, exceptuando a Marx y sus amigos) lo ocuparon aquellos demócratas que en 1848-9 integraban el ala izquierda de la Asamblea Nacional y que lógicamente mostraron una resistencia cada vez más desesperada a la alianza entre el Estado prusiano y los nacional-liberales del Norte de Alemania. A su vez, esta oposición contenía un

elemento republicano todavía más insignificante y débil, concentrado en su mayor parte en el Sur y activado por una antipatía hacia Prusia de carácter particularista. Feuerbach es el filósofo de esta oposición republicano-democrática, y su fracaso constituyó su propio fracaso. Con su progresiva eliminación de la vida pública, disminuyó su propia influencia, hasta que cerca ya de su muerte (1872), se encontró aislado y sumido en un olvido casi completo. No obstante, su obra quedó incorporada al cuerpo de la doctrina marxista o semimarxista que por aquel entonces comenzaba a impregnar el movimiento obrero naciente. Esta revitalización de su influencia avanzaba *pari passu* con la difusión de un materialismo científico vulgarizado entre el público de la clase media, entonces políticamente inactiva, pero todavía anticlerical y vagamente liberal. Como había sido de los primeros en pedir la unificación de la filosofía y la ciencia, retrospectivamente podía considerársele como un precursor del positivismo y del marxismo. En la práctica, la importancia de una u otra dirección dependía mucho de alianzas políticas inestables. Dentro de la ideología de la socialdemocracia, como expresaba Engels hacia 1880, los dos elementos se avinieron a coexistir en paz y tranquilidad, si bien a expensas de la herencia hegeliana que Feuerbach jamás había repudiado por completo. Se dio entonces por supuesto que el «materialismo» de Feuerbach, es decir, su humanismo naturalista, representaba la corrección que la metafísica de Hegel necesitaba. A la vez se dio la bienvenida al desarrollo de la ciencia (natural), como disolvente del idealismo especulativo y el más seguro puntal de la nueva concepción positivista.

Todo ello, era un eco lejano de la situación existente antes de 1848 cuando el humanismo era el credo combativo de un pequeño pero determinado grupo de intelectuales que esperaban tomar la dirección de la revolución inminente. A ésta se la concebía en términos semejantes a los de la experiencia francesa y los intelectuales radicales se decantaron por el materialismo de Feuerbach, desprendiéndose de sus tradicionales amarras idealistas dado que la lucha contra la Iglesia y el Estado había empezado a reproducir algunos de los rasgos del anterior levantamiento en Francia contra el *ancien régime*. La extraordinaria fe en la victoria de que los radicales, Marx y Engels incluidos, hicieron gala en 1848-9, se debía a su convencimiento de que la historia iba a repetirse¹.

1. Engels, *op. cit.*, pág. 332: "El cuerpo principal de los jóvenes hegelianos más decididos, por las necesidades prácticas de la lucha contra la religión organizada, volvieron sus miradas hacia el materialismo anglofrancés. Esto les hizo

Entre paréntesis, cabe observar la extraordinaria semejanza entre el pensamiento de Feuerbach y el de la escuela saintsimoniana de Francia. Sea o no coincidencia, ambos hacían hincapié en la transformación de la teología en antropología: había que traer el reino del cielo a la tierra. Cuando Feuerbach proclama como objetivo personal «la realización de la filosofía hegeliana —y la de toda la filosofía anterior»¹, no sólo se anticipa a Marx, sino que se hace eco de un tema que ya había sido aireado por los «socialistas utópicos» franceses². La secularización de la religión, es decir, la transformación de los móviles religiosos en móviles humanistas era un objetivo común a los movimientos radicales de ambos lados del Rin, abriendo paso generalmente los franceses, en tanto los más pedestres alemanes cerraban la marcha, si bien ahondaban mientras tanto en las ideas francesas y las convertían en una crítica sistemática de la teología y la metafísica. Para obtener una visión clara del ambiente de Marx hay que tener en cuenta que su lugar de nacimiento, la Renania, se hallaba en la encrucijada de todos esos movimientos. Parece probable que ya hubiera tenido contacto con el saintsimonismo antes de abandonar sus estudios. Todavía era un alumno de enseñanza media en Tréveris cuando un propagandista saintsimoniano residente se granjeó en 1835 la animosidad de las autoridades debido a un panfleto sobre «Las clases privilegiadas y las clases trabajadoras»: acaso la primera ocasión en que se había oído en tierra alemana esta llamada a la lucha hoy tan familiar³.

entrar en conflicto con el sistema de su escuela." Cf. también Lukács, *Der Junge Hegel*, pág. 342: "Die Grundlinie der klassischen deutschen Philosophie ist ein Kampf gegen den philosophischen Materialismus." (La nota fundamental de la filosofía clásica alemana es una lucha contra el materialismo filosófico). Para L. este reconocimiento es embarazoso puesto que su tendencia general es la de describir el pensamiento clásico alemán como el reflejo ideológico de la revolución francesa; con lo que ignora su derivación del protestantismo luterano que, desde un principio, le prestó un tinte conservador y lógicamente llevó a sus partidarios más influyentes a preferir el modelo político inglés, al modelo francés.

1. *Grundsätze der Philosophie der Zukunft*, en *Sämtliche Werke*, vol. II, par. 20.

2. Para un análisis completo de esta cuestión, cf. H. J. Hunt, *Le socialisme et le romantisme en France*, Oxford, 1955. Respecto a la influencia saintsimoniana sobre los pensadores alemanes de la época, cf. E. M. Butler, *The Saint-Simonian Religion in Germany*, Londres, 1926, pássim.

3. El autor en cuestión, Ludwig Gall, parece haber estado en contacto con un círculo liberal "avanzado" del que el padre de Marx y el director de su escuela eran miembros: cf. B. Nicolaevsky y O. Maenchen-Helfen, *Karl Marx: Man and Fighter*, 1936, págs. 9 y ss. Hay razones para creer que el futuro suegro de Marx, Ludwig von Westphalen, se sintiera asimismo atraído por el saintsimonismo; cf. *Karl Marx: Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, eds. T. B. Bottomore y M. Rubel, Londres, 1956, pág. 9.

EL SOCIALISMO INCIPIENTE

La revolución francesa, cuyo impacto en la conciencia europea ha venido siendo discutido hasta el momento en términos sólo adecuados a la historia de la filosofía, se considera hoy por lo general como la fuente del moderno movimiento socialista¹. Aunque incontrovertible, esta interpretación de los hechos carece un tanto de la indiscutible certeza que poseía necesariamente en aquellos tiempos. A la distancia que nos hallamos de los hechos, la sugerencia de que el socialismo puede muy bien haber venido al mundo en diferentes circunstancias tiene, cuando menos, el crédito de una hipótesis científica. Para cualquier europeo que viviera entre los años 1830 y 1870, una idea semejante le habría parecido grotesca, exactamente como le hubiera parecido manifiestamente absurdo asociar el radicalismo democrático con cualquier otro país que no fuera Francia y con cualquier otra tradición que no fuera la de los jacobinos. (Suiza era republicana, pero se hallaba lejos de ser radical.) En 1848 y durante algunas décadas anteriores y posteriores a este hito decisivo, la precedencia francesa del socialismo era tan palmaria como para nosotros lo es el origen ruso del comunismo moderno. Perseguir objetivos socialistas era pensar conforme a las pautas sugeridas por la evolución de Francia desde 1789. Esta afirmación es aplicable a todos los primeros grupos socialistas, sin excluir los socialistas owenistas de Inglaterra, cuyo pensamiento se hallaba

1. Cf. J. L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, 1952, parte III, págs. 167 y ss.; Elie Halevy, *History du socialisme européen*, Paris, 1948, pássim; G. D. H. Cole, *Socialist Thought*, vol. I, *The Forerunners, 1789-1850*, Londres, 1955, págs. 11 y ss. Ed. castellana, *Historia del pensamiento socialista*, vol. I, *Los precursores (1789-1850)*, F. C. E., México, 1957.

completamente condicionado por la forma en que la revolución francesa había planteado el problema social, o sea, como un problema que exigía la reorganización racional de la sociedad. Nada había en la tradición intelectual de Alemania o Inglaterra antes de 1789 por no mencionar otros países europeos que abonara un enfoque semejante. Ni había allí, antes de 1830, fecha en que cristalizó en París el socialismo «utópico», ninguna formulación consciente de un programa general socialista. Tras 1830 la situación se había alterado, ya que Francia exportaba entonces ideas y tendencias socialistas en vez de mantenerlas dentro del país; pero en 1848 todavía no había fuera de Francia ningún movimiento socialista de importancia, e incluso en los años 1870-1 el destino de la Primera Internacional quedó decidido por la catástrofe de la Comuna de París¹.

Para nuestros fines —puesto que no nos interesamos aquí en la historia del socialismo más temprano sino en el elemento socialista de la síntesis que representa el marxismo—, el período crucial es el comprendido entre las fechas 1830-48. Eran aquéllos los años en que el socialismo se transformó de doctrina en movimiento. Que ocurriera así en Francia y no en Inglaterra, en donde había una sociedad mucho más avanzada, debería haber bastado para frustrar todo intento de establecer una relación mecánica de causa y efecto entre economía y política. Finalmente se extendió a otras áreas una especie de movimiento obrero socialista, por ejemplo, a Bélgica, en donde circunstancias parecidas no habían dado lugar a formar semejantes de pensamiento u organización. Pero la desvinculación original ocurrió en Francia, y sólo en Francia. A menos que se capten las consecuencias de este hecho, la historia posterior del movimiento socialista quedará sumida en el misterio. Lo que sobre todo se torna incomprensible es que la revolución rusa hubiese tenido que ir a inspirarse hasta Francia, a través del marxismo y de Alemania. Sin embargo, un hecho es innegable: hasta el presente Rusia y Francia siguen en-

1. C. F. Halévy, *op. cit.*, pássim. Se ha intentado descubrir, sin demasiado éxito, rasgos socialistas en el programa del ala de extrema izquierda de la revolución inglesa de 1640-60; pero aún cuando se designe con este término al radicalismo democrático de la época, difícilmente puede mantenerse que previera los trastornos de la revolución industrial. No hubo anticipación de *cartismo*, aun con todas sus insinuaciones agrarias primitivistas. El caso de Alemania es todavía más claro. La obra de Fichte, *Geschlossener Handelsstaat* (1800), es más reaccionaria que utópica, pero quienes ponen el énfasis en su originalidad tienen que hacer frente la dificultad de explicar por qué habría elaborado un sistema cuando su interés por la revolución francesa era máximo. Por lo demás, Weitling sigue siendo el primer obrero socialista alemán, y en su caso queda fuera de toda duda que recibió sus enseñanzas políticas en el París de los años 1830. Cf. Thilo Ramm, *Die grossen Sozialisten*, Stuttgart, 1955, vol. I, págs. 475-514.

lazadas por la experiencia común de una trágica ruptura con el antiguo régimen (un capítulo que falta en la historia de Alemania). Se hallan unidas entre sí por encima de esa fortaleza imbatida de una tradición distinta; y esto ha sido así a pesar de que el impulso de la revolución francesa llegó a Rusia a través de Alemania, y aunque la filosofía alemana fuera la fuente inmediata de toda teorización rusa, por lo menos desde 1917, si no antes.

El misterio cesa de existir si se juzga la revolución francesa como el punto de partida del pensamiento político moderno, por lo menos en el continente europeo, cuando no en el mundo angloamericano con sus tradiciones algo distintas. Hacia 1830 este reconocimiento se ha hecho lo bastante general como para inspirar a todos los gobiernos establecidos un miedo totalmente exagerado a nuevas erupciones volcánicas, aun cuando los revolucionarios iban naturalmente a instruirse a la misma fuente. Las fechas de 1830 y 1848 son decisivas, pues durante este período el movimiento socialista naciente —entonces en conjunción con el republicanismo democrático, es decir, con el neojacobinismo— llegó a impregnarse por completo de la tradición revolucionaria tal como entonces era entendida. Esta interacción iba a mostrar efectos más duraderos que la simultánea infiltración de tendencias jacobinas dentro del movimiento liberal europeo. Este último siempre contó con un modelo de turno para la Inglaterra de los *whigs* dominada por el parlamento, mientras los socialistas sólo podían mirar a Francia, o mejor aún, a la revolución que había transformado parcialmente a Francia. Por esta razón la literatura del socialismo anterior a 1848, sin acepción de autor, sugiere tan a menudo una vuelta consciente al punto de partida de la Convención y la Comuna de 1793-4¹.

Pero aunque la formulación decisiva de la nueva doctrina tuvo lugar en Francia, la génesis social de la que nació el movimiento era ya común al conjunto de Europa Occidental. No hay utilidad alguna en exponer una vez más las consecuencias producidas por el impacto del naciente capitalismo industrial en el continente europeo al día siguiente de las guerras napoleónicas. La combinación de esos dos trastornos fue decisiva para el giro dado entonces a la mente europea, o en términos más precisos, al pensamiento de los intelectuales. A menos que recordemos que las revoluciones industrial y política avanzaban en buena armonía interrelacionadas la una con la otra, y ayudando a la

1. Halévy, *op. cit.*, págs. 48 y ss.; Edouard Dolléans, *Histoire du Mouvement Ouvrier*, París, 1946-7, vol. I, págs. 51 y ss.; Th. Ramm (ed.), *Der Fruehsozialismus*, Stuttgart, 1956, pássim.

aceleración recíproca, no se logra una visión adecuada del período, o, en lo que aquí respecta, de la «concepción materialista de la historia» que, como es natural, surgió en ese preciso instante y en la intersección de esas nuevas corrientes. El marxismo es también en cierto aspecto una teoría de la revolución industrial, cuando menos en su marco europeo¹.

Quizá la manera más simple de formular la cuestión doctrinal —puesto que aquí nos interesa qué pensaban los teóricos de la nueva situación— consista en decir que la visión liberal fue combatida en el preciso momento en que había dejado de ser completamente utópica, es decir, cuando iba a descender de los cielos de la filosofía al firme terreno de las relaciones económicas. En términos reales, liberalismo —entonces y después— significa sociedad burguesa, o por lo menos sus bases descansaban sobre esa sociedad. Habiendo dado nacimiento la sociedad burguesa al capitalismo industrial (trascendiendo por consiguiente con toda seguridad sus propios orígenes no industriales), se hizo urgentemente necesario decidir si el prometido adelanto en libertad y bienestar merecía en realidad los monstruosos dolores de parto del nuevo orden social; o si la promesa misma no era un fraude. Como todo el mundo sabe, fue en este momento cuando se puso de manifiesto una división en el ejército, hasta entonces unido, que marchaba adelante desde las posiciones ocupadas por la revolución francesa: los socialistas progresivos se separaron de los liberales progresivos, en ocasiones acompañados de los gritos de guerra que en conjunto no se diferenciaban de las desesperadas quejas de los conservadores agrarios y los religiosos tradicionalistas. El conocido espectro político tripartito del siglo diecinueve europeo —conservadores, liberales, socialistas— se hallaba pronto a aparecer. Todo esto tuvo lugar en medio de un tumulto de demandas y afirmaciones confusas, pero en lo esencial la protesta socialista era ya bastante patente. Se refería a la pieza clave del sistema liberal: propiedad privada y mercado; y al núcleo del programa liberal: un desaforado individualismo. Ambos fueron rechazados como potencialmente destructores de la solidaridad social y del bienestar humano².

Dicho, pues, descarnadamente, la cuestión aparecía más simple de lo que realmente era. A lo que se enfrentaban los de la época era a una revolución que no solamente alteraba la estructura política, sino toda la cultura de la sociedad. En particular, la vida

1. Cf. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Londres, 1944, para algunas de las consecuencias sociales; véase también E. Halévy, *A History of the English People*, Londres, 1961, v. III, págs. 119 y ss.

2. Polanyi, *op. cit.*, cap. 11; Dolléans, *op. cit.*, vol. I, págs. 11 y ss.

social iba haciéndose rápidamente insensible a los valores de la existencia comunitaria. Hoy, con la crisis a nuestras espaldas, podemos contemplar esta desintegración como un paso en el camino hacia nuevas formas de colectividad, pero a principios del siglo diecinueve la situación se presentaba lo suficientemente alarmante para los conservadores y aquellos radicales que trataban de desprenderse de lo que les parecía el ciego optimismo de los liberales. Existía una sensación muy real de disolución cultural que llevaba al paroxismo de las aterradoras condiciones sociales creadas por el primer capitalismo, circunstancia que la ideología liberal en boga negaba, o despreciaba en cuanto coste que forzosamente había que pagar por el progreso. En ambos casos, los socialistas opuestos al nuevo orden mostraron la misma alarma que ya habían expresado los críticos del individualismo liberal¹. En esta fase se hace difícil muchas veces distinguir las protestas conservadoras de las socialistas. Los saintsimonianos, aunque se hallasen dentro de la tradición de la revolución francesa, criticaban su individualismo y no sólo acabaron proponiendo una nueva integración social, sino una nueva fe religiosa. De una a otra parte del Rin el «verdadero socialismo» del que se burlaban Marx y Engels en el *Manifiesto* tomó de los románticos (y de Feuerbach) su llamamiento, en tanto sentimental, a una restauración de la solidaridad social. Un «comunista primitivo» como Weitling utilizaba, poco más o menos, razonamientos idénticos a los de los discípulos afectados de Saint-Simon en Francia, o los «socialistas cristianos» de Inglaterra; la civilización moderna enfrentaba a la gente entre sí, atomizaba la sociedad e introducía un individualismo contrario a los preceptos de la moralidad tradicional. A un nivel más elevado, encontramos el mismo razonamiento en Comte².

Tras la protesta social habría de experimentarse un miedo cada vez mayor por el inminente aislamiento del individuo en una sociedad atomizada en la que la religión comunitaria había dejado de ser operante y nada había venido a reemplazarla. Este asunto se convirtió en un tema vulgar ante el que se tendía a

1. Cf. Max Beer, *A History of British Socialism*, Londres, 1919 (ed. revisada, 1929, 1940, 1953).

2. Cf. Cole, *op. cit.*, págs. 37 y ss. La literatura saintsimoniana es demasiado abundante para citarla. Sus principales alegatos se contienen en *Saint-Simon: Oeuvres choisies*, 3 vols., Bruselas, 1859. Cf. también S. Charléty, *Histoire du Saint-Simonisme*, París, 1931. En cuanto a Weitling, cf. *Garantien der Harmonie und Freiheit*, Zurich, 1842, *pássim*. El *Evangelium eines armen Suenders* (1843 — nueva ed. en *Der Fruehsozialismus*, 1956) es significativo por su ingenuo intento de dar un giro socialista a la tradición cristiana, si bien no es el primero ni el último esfuerzo en esta dirección.

encogerse de hombros. A comienzos del siglo diecinueve representaba una situación original a la que no podían enfrentarse la mayoría de los intelectuales, dado que percenaba su sensación recién descubierta de haberse liberado de las sanciones tradicionales (religiosas y sociales). Las quejas socialistas se podían confundir fácilmente con la lamentación romántica, y ambas, con los proyectos utópicos de resucitar formas medievales de vida. Antes de que pudiera oponerse a la escuela liberal entonces dominante y al todavía fuertemente atrincherado, conservadurismo del antiguo orden, el socialismo había de formular su crítica de manera que preservara el patrimonio racionalista de la revolución francesa. Esta tarea se había llevado a término aproximadamente hacia 1840 y el movimiento político pudo ponerse en marcha¹.

Sin embargo no podía ir muy lejos sin una doctrina económica ni una perspectiva coherente acerca de la sociedad. La primera se fue elaborando gradualmente con ayuda de la teoría del valor del trabajo en su versión simplificada, es decir, la doctrina de que el trabajo es el solo creador de la riqueza de la sociedad; la segunda requería un enfoque más filosófico. Si había de superarse el individualismo, tenían que ponerse de manifiesto las deficiencias de sus representaciones sociales. Sobre todo, había que aclarar el papel del individuo. En un principio esta tarea corrió a cargo de escritores que lo eran todo excepto neutrales políticamente —los contianos de Francia y los owenistas de Inglaterra— aunque al cabo su crítica de la ética liberal quedó integrada en el seno de la filosofía académica comúnmente admitida. En Inglaterra este importante movimiento de ideas alejado del «individualismo desmedido» e inclinado hacia un colectivismo moderado, inició el lento desgaste de la ortodoxia benthamiana. La figura clave en este proceso es John Stuart Mill —contemporáneo de Marx y en cierto sentido su único rival serio, en cuanto que fue uno de los antecesores del fabianismo y del socialismo del estado de bienestar en general. Nos interesa sólo señalar el lugar de Mill en el debate del siglo diecinueve acerca del papel del individuo, una controversia en la que la nueva noción socialista del hombre como una creación de la sociedad se enfrentó por primera vez a la tesis liberal de que la sociedad existe en beneficio de los individuos en cuya suma consiste aquella².

1. J. L. Talmon, *Political Messianism*, Londres-Nueva York, 1960, *passim*; Emile Durkheim, *Le Socialisme*, París, 1923.

2. En lo que se refiere a Gran Bretaña, la formulación efectiva de la posición posliberal pertenece a los años 1890, pero ya se vislumbra en los últimos escritos de Mill, con su creciente hincapié en los vínculos del individuo dentro de la sociedad.

Estos primeros escritores socialistas analizan la relación en que el individuo se halla respecto a la sociedad desde un punto de vista crítico que no pone en duda los presupuestos del liberalismo sino que trata de trascenderlos. Se admite que desde que la libertad es históricamente posible, la sociedad existe para la causa del avance y la protección de su desarrollo. Como en el caso de la concepción religiosa tradicional, se da igualmente por sentado que la libertad no debe entenderse como la posesión ilusoria de un dominio espiritual «interior» conciliable con una esclavitud actual, sino como una libertad individual concreta, es decir el derecho a la autonomía. El choque sobreviene respecto a la insistencia socialista acerca de la responsabilidad de la sociedad para asegurar el bienestar de todos sus miembros. El individuo es un producto social. Dado que no puede desarrollarse fuera de la sociedad, sus características individuales son, al menos en parte, atribuibles a la comunidad. Esta es por consiguiente moralmente responsable del destino de sus miembros. Aun cuando esas conclusiones se proponen en interés de corrientes reformadoras —especialmente el socialismo owenista de Inglaterra y las corrientes similares de Francia— llevan aparejada una sociología embrionaria llamada a producir una nueva disciplina académica; no fue, en efecto, obra de la casualidad, el éxito de un escritor que había iniciado su carrera en el joven movimiento socialista¹.

Hay igualmente implícita una sociología rudimentaria en la obra de aquellos economistas que tras 1815 pretendieron ofrecer una apreciación crítica de la nueva economía de mercado. Aquí es obligado mencionar a Sismondi, de quien no necesita decirse más que merecía mejor trato del que le dio Marx en el *Manifiesto Comunista*². Si bien se ha discutido si se le podía definir como socialista³, se mostró lo suficientemente contrario al *lais-*

1. H. B. Acton, "Comte's Positivism and the Science of Society", *Philosophy*, Londres, octubre de 1951, vol. XXVI, n.º 99 págs. 291-310. Es evidente que la sociología de Comte no puede disgregarse del movimiento saintsimoniano, pero aunque Comte (a diferencia de Saint-Simon) no ejerció influencia en Marx, nos limitamos aquí a registrar el hecho. Al parecer, Marx lo leyó por primera vez en 1866, y sus comentarios sobre el "positivismo superficial" distan mucho de ser elogiosos. Esto no excluye la posibilidad de que Comte haya podido anticipar algunas nociones sociológicas que después aparecieran en Marx— aunque no parece que haya sucedido realmente así.

2. Cf. J. A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Nueva York, 1954, págs. 493 y ss. Los *Nouveaux Principes d'économie politique* de Sismondi (1819-27), merecen sin género de duda un lugar dentro de la historia del socialismo; pero aunque sus opiniones sobre el pauperismo, el subconsumo, etc., hallaron un débil eco en toda la literatura socialista del período, hasta el *Manifiesto Comunista* no puede decirse que ejercieran una influencia efectiva en Marx y nos vemos obligados a pasarlo por alto.

3. Cole, *op. cit.*, pág. 84.

sez-faire como para justificar su inclusión entre los oponentes a la nueva ortodoxia. No puede decirse evidentemente lo mismo de aquellos saintsimonianos anteriores cuyo entusiasmo tecnológico fue convirtiéndolos paulatinamente en adelantados del liberalismo¹. En general, la dificultad de este período reside en que los escritores socialistas carecían de conocimientos de economía, mientras que los economistas vivía en la más feliz ignorancia de la sociología. Esto es igualmente cierto respecto a Francia, a pesar de la proliferación de literatura socialista después de 1830. Lo es menos en el caso de Inglaterra, en donde la conjunción del socialismo owenista y la economía ricardiana alentaron por un momento la esperanza de una síntesis genuinamente teórica. Que ello no se realizara ni por parte de los owenistas, ni de los ricardianos, ni siquiera por escritores como Mill que se hallaban equidistantes entre los dos, sino que hubiesen de esperar la llegada de Marx, constituye una de esas desconcertantes circunstancias de las que la historia está llena. El paso siguiente consiste en exponer la posición teórica establecida por los «socialistas ricardianos», dejando para un capítulo posterior un examen más detallado de la economía ricardiana y su influencia sobre Marx.

Todos los escritores en cuestión seguían la teoría del valor del trabajo; es éste prácticamente su único lazo con Ricardo y la única razón válida para presentarlos como precursores de Marx². Por supuesto, constituye un eslabón estremadamente importante puesto que la teoría del trabajo, cuando va acompañada de la idea de que el mismo trabajo constituye una mercancía, lleva directamente a una doctrina sobre la explotación, que es, como mínimo, implícitamente socialista³. Sin embargo, Owen se las arregló sin una teoría de la explotación, en tanto que algunos de los socialistas ricardianos no compartían la antipatía owenista por la competencia y su defensa de la cooperación⁴. La reclamación obre-

1. Cf. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 496-7, para una apreciación sobre Michel Chevallier.

2. Cf. Mark Blaug, *Ricardian Economics. A Historical Study*, Yale University Press, 1958, págs. 140-50.

3. Cf. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 479.

4. Blaug, *op. cit.*, págs. 142-3. Ricardo no parece haber tenido conocimiento de que Ravenstone, comúnmente considerado como el más antiguo "socialista ricardiano" era un seguidor de Owen. Contrariamente, los owenistas al principio trataban un tanto ingenuamente de asegurarse el apoyo de Ricardo, sin preocuparse por establecer una conexión entre su doctrina y la de ellos. En 1820 el owenismo significaba filantropía u hostilidad a la competencia y a las ataduras dinerarias. Un "socialista ricardiano" cual Hodgskin, que se mostraba indiferente a este asunto en tanto que subrayaba la explotación del trabajo, parecía no captar (según los owenistas) la enorme importancia de sustituir la economía de mercado por una orden cooperativo.

ra de «todo el producto» del trabajo podía en principio proponerse sin necesidad de entrar en la cuestión de cómo habría de organizarse la industria. Los owenistas sí tenían, en cambio, una respuesta a esta cuestión, mientras que aquellos radicales que desarrollaban las ideas de Ricardo sobre el trabajo en cuanto fuente de riqueza iban imperceptiblemente separándose de él e inclinándose hacia la concepción de Owen sobre la sociedad. Todo lo que tenían que hacer era desarrollar los elementos que encerraba la teoría del trabajo; de aquí a la crítica de un orden social que garantizaba al capitalista la parte del león no había más que un paso. Hodgskin, que enervaba a los owenistas por su indiferencia para con la jerga cooperativista, estaba completamente convencido de que la verdadera salida era la propiedad privada de los medios de producción: «La opresiva naturaleza de las exigencias del capital, sancionada por las leyes de la sociedad y por las costumbres de los hombres, reforzada por el cuerpo legislativo, y calurosamente defendida por los portavoces de la economía política, mantiene, siempre ha mantenido, y siempre mantendrá al *trabajador* en la pobreza y la miseria en tanto se las permita y se condescienda con ellas»¹.

Esas conclusiones se derivaron de la teoría del valor del trabajo tal como fue moldeada por Ricardo. Un buen número de escritores de la época no parecen haberse dado cuenta de que en este punto se habían adelantado a Ricardo, A. Smith, e incluso Locke. En todo caso, la afirmación de que se explotaba el trabajo llegó a estar asociada con el ricardismo, y contribuyó a motivar la pérdida del favor del sistema de Ricardo entre los economistas profesionales a los pocos años de su muerte en 1823. Pero aún había más: los *Principios de Economía Política* de Ricardo aparecieron en 1817, en una época en que el conflicto entre terratenientes y fabricantes era lo bastante agudo como para promover una polémica sobre las relaciones económicas en términos de intereses de clase divergentes². En su forma clásica, la doctrina de Ricardo supone una identidad de intereses entre los

1. Thomas Hodgskin, *Labour Defended Against the Claims of Capital*, Londres, 1825; reimpresión en Londres, 1932, pág. 80; cf. también J. F. Bray, *Labour's Wrongs and Labour's Remedy*, Londres, 1839 (reimpresión en Londres, 1931).

2. Blaug, *op. cit.*, pág. 148. "No es casual que los escritores que criticaban efectivamente a los socialistas ricardianos —Read, Scrope y Longfield— no sólo fueran adversarios a las teorías de Ricardo, sino que estuviesen entre los primeros en promover la supresión de la teoría del beneficio". La fórmula más corriente de trato con los economistas radicales era ignorarlos, una práctica seguida incluso por J. S. Mill, al menos en lo que respecta a los owenistas. Mill parece haber pensado que los únicos socialistas con los que merecía la pena discutir eran los franceses; cf. su *Autobiografía*.

fabricantes y los obreros, si bien no alimenta perspectivas de mejora muy halagüeñas para los últimos. No obstante, este pesimismo nace de una aceptación de las condiciones, que los socialistas pronto llegaron a estimar como históricas y transitorias. El reverso de esta medalla es el estudio realista de Ricardo del antagonismo entre los propietarios del suelo y los productores industriales —el último término comprende tanto a fabricantes como a trabajadores— exactamente como hace Saint-Simon. Un enfoque semejante parecía inquietante a sus contemporáneos, y con el ascenso del influjo socialista después de 1830, se hizo totalmente intolerable a escritores cuyas inclinaciones políticas eran conservadoras. Por el contrario, la valiente aceptación de Ricardo de un antagonismo de intereses entre las principales clases de la sociedad fue de enorme importancia para aquellos radicales que se hallaban ya tanteando la posibilidad de una nueva doctrina política. Después de todo, no había necesidad de compartir su pesimismo, que derivaba en parte de su semiaceptación de la doctrina malthusiana sobre la población. Si se hubiese podido dar a su teoría un aspecto más esperanzador sin merma de su carácter científico, podía haberse integrado en la incipiente concepción socialista del mundo¹.

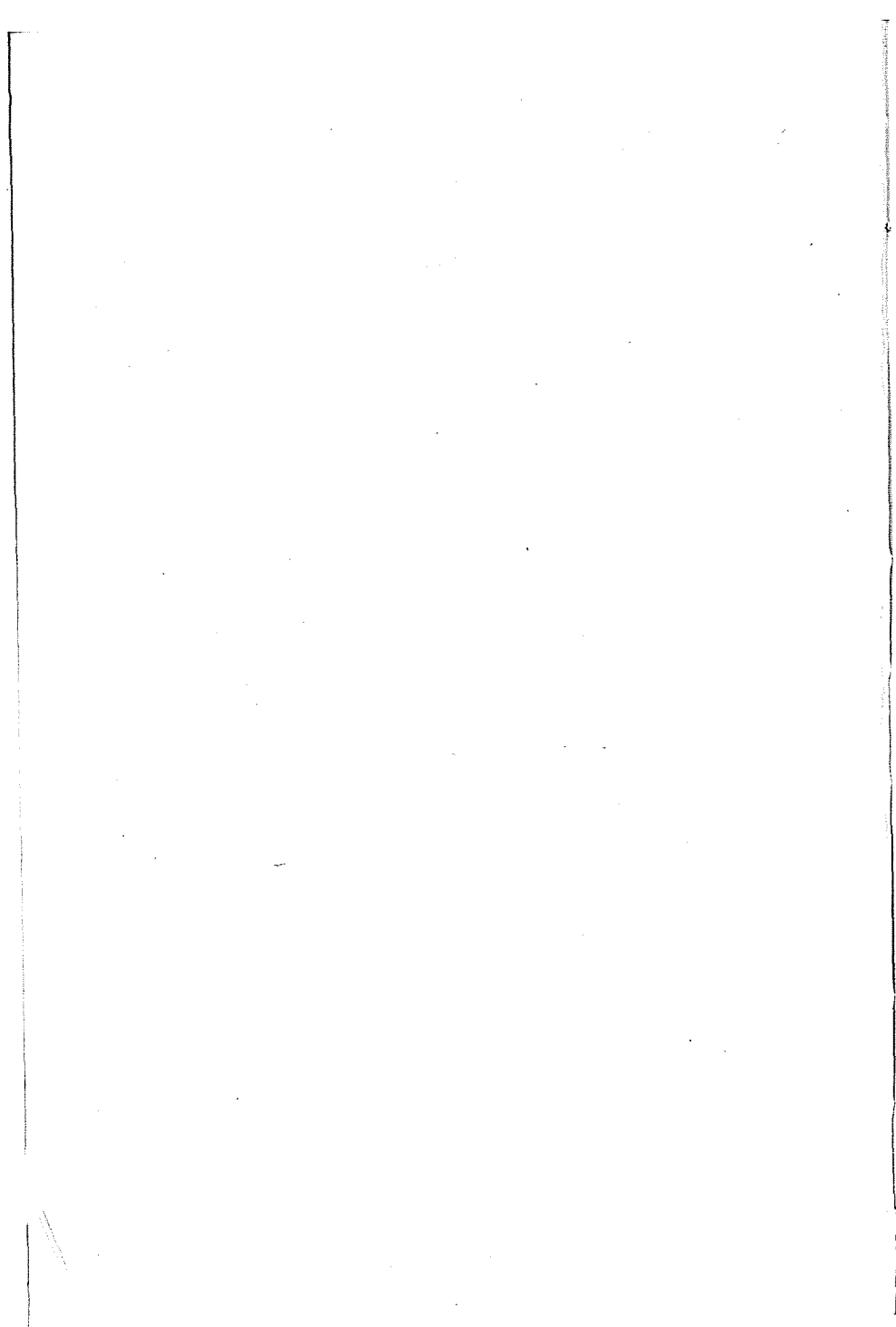
Considerando la cuestión retrospectivamente, observaríamos que lo que privaba a los primeros socialistas de Gran Bretaña —quienes hacia 1840 se habían fundido en la corriente general de owenismo— de dar este paso no fue tanto la incapacidad teórica como la carencia de imaginación histórica y la negligencia para elevar sus generalizaciones a un nivel filosófico; mientras que los socialistas franceses, de Louis Blanc a Proudhon, no lo lograron por desconocimiento de la economía. En cualquier circunstancia, es un hecho histórico que el escritor encargado de poner el socialismo ricardiano al servicio de una nueva visión de la sociedad no fue ni un economista británico ni un historiador francés, sino un filósofo alemán.

1. Cole, *op. cit.*, págs. 106-7; Blaug, *op. cit.*, pág. 149. Hay diferencias de opinión sobre la importancia de este factor en el fomento de la reacción creciente contra la escuela ricardiana; pero los más anti-ricardianos, al menos de palabra, no dudaban que los elementos de la doctrina de Ricardo eran políticamente peligrosos, aun cuando no fuesen interpretados en un sentido socialista. Para una detallada exposición de los puntos de vista mantenidos y de los escritos publicados por los primeros socialistas británicos, cf. Beer, *op. cit.*, vol. I, págs. 182 y ss. ed. (1953); sobre los críticos conservadores y socialistas-cristianos, del nuevo orden social, cf. vol. II, págs. 175 y ss.

SEGUNDA PARTE

La síntesis marxista

1840-1848



LA LÓGICA DE LA HISTORIA

El tránsito de Hegel a Marx representa en todos los aspectos una quiebra radical de la continuidad histórica del siglo diecinueve. Aunque las repercusiones a largo plazo de esta ruptura sólo se han puesto de manifiesto por completo en años recientes, quienes fueron testigos presenciales de la disolución del sistema hegeliano contaban ya con un atisbo de lo que este acontecimiento auguraba. Tenemos pruebas suficientes de que los contemporáneos más previsores advirtieron las dimensiones del fracaso de este último intento grandioso de reconciliar la teología con la filosofía, y a ambas con la conciencia moderna. Después de 1830, y *a fortiori* de 1848 —cuando la sociedad europea se vio violentamente desgarrada por conflictos que hasta el momento sólo se habían entablado en las páginas de los periódicos cultos— se abandonó paulatinamente la creencia en la posibilidad de establecer principios válidos que enlazasen las cosas entre sí. La política, la ciencia, la filosofía, y la religión, marcharon por caminos distintos, en nombre de la libertad pero bajo la tutela de regímenes autoritarios cuyos poderes se invocaron a menudo para evitar que la libertad degenerara en lo que las clases propietarias consideraban una amenaza de la democracia, cuando no de la anarquía, tendiendo ambas a verse cada vez más unidas en la ideología conservadora que se extendió entre la clase media alemana tras el fracaso de la revolución de 1848-9¹.

1. Franz Schnabel, *Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert*, Friburgo, 1951, vol. IV, págs. 529-77; K. Barth, *Die protestantische Theologie, etc.*, págs. 343 y ss.; Loewith, *op. cit.*, págs. 78 y ss.; Marcuse, *op. cit.*, págs. 258 y ss.; Ludwig Landgrebe, "Hegel und Marx", en *Marxismusstudien*, Tuebingen, 1954, vol. I, págs. 39-53.

El universalismo del sistema de Hegel correspondía a un estado de cosas que Comte tenía presente cuando urgía a sus contemporáneos a abandonar la metafísica por la ciencia. El carácter conservador de la sociología de Comte y la trivialidad de su aparato conceptual no debe impedir la observación de que su positivismo se halla en la misma dirección de marcha bosquejada en primer lugar por la Ilustración francesa; hasta su falta de originalidad refleja la circunstancia de que está en la tradición de los Turgot y d'Alambert, quienes casi un siglo antes habían anticipado la búsqueda de «leyes invariables» de la naturaleza y la sociedad. La evolución francesa, contrariamente a lo que los estudiosos de la «psicología nacional» podían esperar, se había mostrado más gradual que la alemana. El proceso de racionalización había comenzado tan temprano que el liberalismo francés de mediados del siglo diecinueve poseía una visión del mundo muy desarrollada, que incluía un sistema de gobierno constitucional y una doctrina de economía liberal; mientras tanto, Alemania luchaba todavía por salir de la Edad Media sin demasiado éxito. En cambio, el hecho de que Alemania tuviera que emanciparse súbitamente de las tradiciones políticas e ideológicas que en occidente habían ido desapareciendo gradualmente, contribuyó a un mayor radicalismo en el campo teórico. La frenética producción de «sistemas» filosóficos por los jóvenes hegelianos entre 1840 y 1847, pierde su viso cómico cuando se descubre que anuncia la próxima tormenta. La desconcertante rapidez con que esos productos intelectuales se sucedían uno tras otro —preteniendo cada uno de ellos representar la consumación de todas las demás— iba de acuerdo con el curso acelerado de las fases históricas anteriores al estallido de 1848, cuando Alemania intentó de pronto realizar el paso del particularismo a la unificación de la vida nacional; en el terreno político, del dominio autoritario al liberalismo; y en el campo de la moral, del medievalismo al modernismo. que esta tentativa fuera un fracaso, que anticipaba ya las grandes hecatombes de 1918 y 1938, no le priva de su importancia¹.

El carácter «total» de la crisis de la sociedad alemana de 1848 debe de tenerse en cuenta al considerar los antecedentes y

1. Marx, Introducción a 'Feuerbach', en *Die deutsche Ideologie*, ed. Adoratskij, Moscú, 1932, págs. 7 y ss. (Ed. castellana, *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, y Pueblos Unidos, Montevideo, 1970.) El placer con que insiste Marx en este tratado polémico sobre la frenética actividad intelectual desplegada por Bauer, Hess, Stirner *et al.*, su reticencia a abandonar su monótona nebulosidad metafísica y buscar una sólida base, etc., tiende a ocultar el hecho de que en aquel tiempo (1845-46) él mismo estaba todavía en vías de desprenderse de sus antiguos aliados.

consecuencias del cataclismo revolucionario. Estos acontecimientos se discutirán en otro lugar. Lo que nos interesa ahora es la interrelación de filosofía y política que dio origen al marxismo como teoría y a la práctica de esa teoría. Es cierto que hasta llegado 1848 la única *praxis* sobre la que Marx podía reflexionar era la de los jacobinos y sus sucesores entre las sectas radicales de París; en cambio, su economía (y la de Engels), era ya la de los socialistas ricardianos y owenistas de Gran Bretaña. Pero el arsenal de instrumentos conceptuales que puso en contribución para el conocimiento de los hechos comprendía un elemento que no podían aportar el racionalismo francés ni el empiricismo británico; la filosofía de la historia de Hegel y —tras ella— el convencimiento de que la totalidad del mundo forma un conjunto ordenado que el intelecto puede comprender y dominar. El ataque de Feuerbach a Hegel no había hecho zozobrar esta fe; sólo había obligado a los jóvenes hegelianos a desechar los restos teológicos del sistema y a situar al hombre en el centro del universo, del que a partir de entonces no habría de desalojar la metafísica espiritualista. Le restaba a Marx ahora deducir la conclusión adecuada. Esta posición debía mucho al materialismo rebelde de Feuerbach: su defensa de los sentidos y la vida natural contra las abstracciones de la metafísica idealista; en cambio, debía poco a sus sentimientos positivos, pues por la época en que Marx empezó a formular sus ideas se había apartado de Feuerbach hacia la fuente más remota de la doctrina naturalista y atea de éste: la fase radical de la Revolución Francesa y los escritores que la prepararon.

Existía aquí un motivo de desacuerdo potencial con Feuerbach y con los «jóvenes hegelianos» en cuya compañía el joven Marx había aprendido a convertir la dialéctica hegeliana en un instrumento de crítica radical; sobre todo con Bruno Bauer, su jefe confesado, y primer maestro de Marx. A diferencia de esos primeros aliados, Marx no había recurrido al «ateísmo religioso» de Feuerbach, que incluso con su tinte heterodoxo todavía arrastraba nubes trascendentales ultramundanas; ni a su religión de la humanidad que apelaba imparcialmente a todos, quienesquiera que fuesen, y que en consecuencia carecían del impulso revolucionario que brotaba en Marx de la convicción de que los hombres sólo podían liberarse a sí mismos subsistiendo el orden establecido.

Al retroceder Marx hasta la Revolución Francesa, iba también, sin advertirlo, a remontarse —pasando por Feuerbach— hasta el joven Hegel, cuyos primeros escritos (que no se publicaron en vida sino después de un siglo), habían esbozado un plan

de liberación de tanto alcance como todo lo que estaba previsto en el *Manifiesto Comunista*, o *La crítica del Programa de Gotha*. En 1795-6, cuando París todavía era la sede de una revolución victoriosa, Hegel había expresado en forma que no dejaba lugar a dudas: «...la aureola que ha circundado a los principales opresores y dioses de la tierra ha desaparecido. Los filósofos muestran la dignidad del hombre: el pueblo aprenderá a sentirla, y no se limitará a pedir sus derechos pisoteados, sino que se los tomará por sí mismo haciéndolos suyos. La religión y la política han desempeñado idéntico papel. La primera ha enseñado lo que quería enseñar el despotismo, el desprecio de la humanidad y la incapacidad del hombre para realizar el bien y alcanzar algo con su propio esfuerzo»¹. Y lo que es más sorprendente:

Demostraré que así como no existe idea de máquina, tampoco existe idea de Estado; porque el Estado es algo mecánico. Sólo lo que es objeto de libertad puede llamarse idea. Por consiguiente, debemos trascender el Estado. Porque cada Estado está obligado a tratar a los hombres libres como engranajes de una máquina. Y esto es justamente lo que no debería hacerse; por lo tanto, el Estado debe perecer².

Era este un aspecto de Hegel que Marx no llegó a conocer. Es muy destacable que sus propios escritos de juventud reflejen el espíritu de rebeldía que había abandonado el Hegel de la madurez, pero al que el Marx primitivo rindió tributo en el prólogo a su tesis doctoral (1841), cuando escribía: «Prometeo es el santo y mártir principal del calendario filosófico». Prometeo es el héroe de todos los jóvenes rebeldes, pero se necesita más que rebeldía natural —o incluso el efecto conjunto de una herencia judía y una educación clásica— para mantener vivo este espíritu. Marx mantuvo su visión a costa de no lograr integrarla en un sistema científico. El sociólogo que había en él podía haber descubierto una amplia base para desechar, como un sueño imposible, la idea de libertad total de cualquier restricción exterior; pero haber procedido así hubiera supuesto abandonar el concep-

1. Carta a Schelling, abril de 1795, en *Briefe von und an Hegel*, ed. Karl Hegel, Leipzig, 1887.

2. Hegel, *Erstes Systemprogramm des deutschen Idealismus en Dokumente zu Hegels Entwicklung*, ed. J. Hoffmeister, Stuttgart, 1936, págs. 219 y ss. Respecto a la diferencia radical entre el pensamiento de Hegel y el de Marx que discurre por debajo de la similitud de sus primeras ideas, cf. Ludwig Landgrebe, "Das Problem der Dialektik", en *Marxismusstudien*, Tuebingen, 1960, vol. III, páginas 1-65.

to vigoroso y decisivo que transformó en la década de 1840 al joven Marx en un revolucionario: mucho antes de que hubiera tropezado con el socialismo o previsto la posibilidad de un levantamiento proletario que renovara todas las cosas.

De hecho Marx se une a Hegel —especialmente al Hegel primitivo— al considerar poco importante y «meramente empírica» cualquier forma de realidad que presente un obstáculo al despliegue de la esencia íntima del hombre. Esta argumentación está ya presente en su tesis doctoral, que es hegeliana en su máxima expresión, y se desarrolla con un énfasis cada vez más creciente en las obras semifilosóficas (1842-4) que anuncian su ruptura final con Hegel. Esta ruptura viene motivada por el descubrimiento de que el sistema de Hegel de comprensión total lleva a la reconciliación del espíritu con el mundo tal cual es; en vez de convertir el pensamiento en un medio para transformar el mundo de acuerdo con los principios de la filosofía. «El mochuelo de Minerva extiende sus alas cuando descienden las sombras del anochecer», había escrito Hegel en el prefacio a la *Filosofía del Derecho*: una advertencia hecha a sus discípulos para que permanecieran fieles a la concepción de la filosofía como una actividad del espíritu que sólo puede aparecer cuando la conciencia ha comprendido la necesidad de lo que ha sucedido antes. Marx rechazaba esta interpretación; con todo, permaneció lo bastante fiel a las enseñanzas de su maestro para repudiar con igual intransigencia el tradicional dualismo entre la realidad y lo ideal. No había que transformar el mundo recurriendo a principios «eternos», sino a través de un despliegue progresivo de su propia esencia, que era la libertad. Debido a que el joven Marx, siguiendo a Hegel, pero también a Kant, a Rousseau y a la Ilustración en general, considera que la libertad es consustancial a la verdadera naturaleza del hombre, confía en ser capaz de disolver todas las estructuras existentes y discutir toda autoridad tradicional, formulando la demanda de que se permitiera al hombre gobernarse por sí mismo¹.

Marx polemiza con Hegel sobre la base de que su sistema contradice su propia visión profunda sobre la condición de la existencia humana. La libertad exige autodeterminación, pero Hegel ha llegado a justificar el estado de cosas existente que descan-

1. "La libertad es hasta tal punto la esencia del hombre que sus mismos enemigos lo advierten luchando contra su realidad... Ningún hombre combate la libertad; como máximo combate la libertad de otros. Por tanto, toda forma de libertad ha existido desde tiempo inmemorial, ya como un privilegio especial, o como un derecho general". Marx, "Debate sobre la libertad de prensa", *Rheinische Zeitung*, 12 de mayo de 1842, MEGA, I/1, pág. 202.

saba sobre la imposición de una autoridad exterior ejercida sobre jerga filosófica, logran señalar bastante bien el hecho —ya apun- individuos no libres. Marx desarrolla esta tesis en sus primeras obras (1842-4) que, a pesar de su prolijidad y su inclinación a la tado por Feuerbach— de que el Estado en la filosofía de la socie- dad civil de Hegel constituye el único sujeto real, mientras que los hombres individuales, las clases sociales y la sociedad misma aparecen como sus predicados. Marx aún seguía aquí por Feuer- bach, de quien pronto iba a emanciparse; su posición es la de un demócrata radical típico del período: no la de un socialista, ni mucho menos la de un comunista. La crítica socialista de la sociedad burguesa no entró dentro de su horizonte hasta después de haberse trasladado a París en 1843.

En este punto la filosofía y la política coincidían una vez más. La rebelión contra el sistema hegeliano así como la defensa teórica del *statu quo* trascendieron desde un principio los límites del discurso filosófico. Era la obra de personas que consideraban que su objetivo era una crítica radical de todas las instituciones exist- tentes, con vistas a la destrucción final. En este punto todos los hegelianos de izquierda estaban de acuerdo, independientemente de lo que pudiera diferir respecto a fines y medios. Feuerbach, Ruge, Hess, Stirner, Bakunin, Marx y Engels (por no mencionar las numerosas figuras menores), formaban en realidad un ver- dadero partido, aunque pasaran gran parte de su tiempo ajustan- do cuentas y disputándose entre sí el derecho a la jefatura del próximo levantamiento: la revolución que destruiría al viejo ré- gimen disolvería la religión, renovaría la sociedad, unificaría Alemania, liberaría Europa y emanciparía al proletariado¹.

Lejos de ser más utópico que los demás miembros del grupo, Marx se distinguía por su mayor realismo. Porque si era quimé- rico confiar en que se produjeran todos esos resultados del pró- ximo giro de la rueda revolucionaria de París, era a todas luces absurdo suponer que las posiciones de la autocracia se derrumba- rían ante el simple sonido de las trompetas críticas. No obstante, los jóvenes hegelianos todavía mantenían su fe en la eficacia de la crítica teórica —sobre todo crítica de la religión revelada— en una época en que Marx había descubierto ya la economía y el

1. Sin duda el *locus classicus* es la "Introducción a una crítica de la filosofía del derecho de Hegel", contenida en los *Deutsch-Französische Jahrbuecher*, febrero de 1844 (MEGA, I/1, págs. 607 y ss). La importancia de este ensayo se deriva del hecho de que se escribiera antes de que Marx hubiera roto con Ruge y los demás liberales y se volviera hacia el comunismo; en aquel momento todavía era una especie de jacobino alemán para quien el proletariado existía primor- dialmente en cuanto instrumento de la revolución.

proletariado. Es cierto que vivían en Berlín —que entonces era ya una ciudad en crecimiento, aunque no una metrópolis— o en pequeñas ciudades universitarias, en donde sus energías las acaparaba la lucha entre las facultades filosóficas y teológicas. Tanto entonces como en días posteriores, Alemania, se hallaba lejos de ser un campo formativo ideal para revolucionarios. La teoría, al igual que la práctica del próximo levantamiento, había de elaborarse en París. Afirmar esto, sin embargo, supone subrayar la contradicción fundamental del marxismo: ¿qué permitió a Marx concebir la alianza entre la filosofía alemana y el proletariado francés en forma de una doctrina revolucionaria, que por un instante unió a los elementos más explosivos de la situación? ¿Por qué triunfó donde otros fracasaron? ¿Y cómo hay que interpretar la fatal síntesis que él construyera a la luz de su intento ulterior —y de Engels— por restablecer el concepto original en una forma más científica (y consiguientemente menos revolucionaria)?

Suele responderse a esta pregunta señalando a la radical inversión que hizo Marx de la filosofía de Hegel con ayuda de las doctrinas materialistas francesas, cuyos representantes del momento eran los socialistas revolucionarios que encontró durante su estancia en París (1843-5). Hombres como Blanqui y sus seguidores, o escritores como Cabet, habían alcanzado ya una postura a la que Marx sólo llegaría a partir de 1845. Evidentemente no precisaban que se les dijera que el humanismo materialista llevaba directamente al socialismo¹. Ese era su descurrimiento, como suya fue la desilusión por los logros sociales de la Revolución Francesa que les había impulsado a ir más allá de la demanda jacobina de igualdad política. Aunque el encuentro con esos hombres transformó a Marx de un demócrata radical en un comunista, no requiere *per se* interpretar el comunismo como la realización de la historia. Ni tampoco el humanismo de Feuerbach conducía a esas conclusiones. Fue Hegel quien facilitó el eslabón que faltaba. Pero de haber dependido de la herencia del idealismo alemán, la «concepción materialista de la historia» nunca habría venido al mundo.

1. "No se requiere una gran penetración para percatarse de que las doctrinas materialistas de la bondad original, los dones individuales, la suma importancia de la experiencia, costumbre, educación... etc., están necesariamente ligadas al comunismo y al socialismo. Si el hombre deriva todo su conocimiento... del mundo sensible, y de su experiencia del mundo sensible, se sigue que la tarea consiste en ordenar el mundo empírico de tal manera que el hombre encuentre en él lo que es verdaderamente humano... lo que él experimenta humanamente". *La Sagrada Familia*, MEGA I/3, pág. 307.

La aparente paradoja empieza a esfumarse cuando se reflexiona sobre que lo fundamentalmente compartido de Marx con Hegel era la creencia de que existe un sentido objetivo en la historia. Según Hegel éste viene constituido por la evolución progresiva del espíritu hacia la libertad, mientras para Marx aquél se halla ligado con el dominio del hombre sobre la naturaleza, incluyendo su propia naturaleza. Puesto que para Hegel la libertad y la autoconciencia se unen en la idea absoluta, es decir, Dios, la historia deviene la autobiografía de Dios, y este aspecto de su sistema provocó inevitablemente una reacción, que en algunos casos llevaba directamente a un empiricismo radical. Con todo, es un error suponer que Marx había abandonado la tentativa de concebir el proceso histórico como un todo. En su opinión, la historia era el relato de la autocreación del hombre. Era un solo proceso que se mantenía unido gracias a una lógica interna cuyo cauce quedaba por descubrir, una vez que se hubiera arrinconado la mistificación idealista. No era una serie de acontecimientos que se reflejasen pasivamente en la inteligencia, como tampoco era el despliegue de la idea separada de la materia a través del tiempo y del espacio. La influencia de Feuerbach había permitido a Marx deshacerse del idealismo neoplatónico de Hegel con el que «introduce la intervención de una historia especulativa, esotérica, ...dentro del marco de la historia empírica esotérica»¹. Esto no le llevó a dudar de que la historia poseyera su propia lógica. Ni se mostraba inclinado lo más mínimo hacia la posición nominalista escéptica de autores para los que la teoría no facilitaba verdadera información sobre la estructura intrínseca de la realidad, sino tan sólo una especie de esbozo intelectual. La lógica de la historia era enteramente objetiva y comunicable. Podía captarla el intelecto, y al mismo tiempo —puesto que se trataba de la historia del hombre— era susceptible de modificación desde el momento en que los hombres entendiesen la naturaleza del proceso en el que se hallaban envueltos: un proceso en el que sus propias creaciones habían cobrado el aspecto de leyes aparentemente exteriores e inevitables. La historia, pues, no culminaba en la contemplación intelectual del pasado, sino en el moldeamiento deliberado del futuro. La edad moderna se distinguía en particular precisamente por esta realización. La Revolución Francesa en la esfera política, y la filosofía alemana dentro de la teoría, eran aspectos distintos de la ruptura que

1. *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos*, Grijalbo, México, 1958; cf. Sidney Hook, *From Hegel to Marx*, Nueva York, 1950, cap. I.

acababa de empezar. Su consumación era el verdadero humanismo, es decir, el socialismo. La revolución del porvenir no sólo representaba la negación del orden social existente, sino el triunfo de la racionalidad sobre la existencia bruta. Marx, de conformidad con Feuerbach y con los «filósofos radicales» en general, mantenía que la humanidad había llegado a su madurez. La constitución de una sociedad racional no tenía por qué verse relegada al reino de la utopía ¹.

1. Hook, *op. cit.*, págs. 36 y ss.; Marcuse, *op. cit.* págs. 258 y ss. Es discutible hasta qué punto se apartó Hegel de su posición aristotélica en dirección al neoplatonismo. Existen menos razones para dudar sobre la actitud de Marx: evidentemente no es ni un nominalista como Hobbes, ni cree que los universales sean anteriores a su ejemplificación en la realidad concreta, o en la abstracción llevaba a cabo a partir de ella. En resumen, su posición es en esencia la de Aristóteles.

LA CRÍTICA DE LA SOCIEDAD

Decir que la historia es lógica supone afirmar que existe una lógica del desarrollo social. Marx no era tributario de Hegel a este respecto: los pasos decisivos los habían dado ya los teóricos de la ilustración francesa, de Montesquieu a Linguet y Condorcet, y los historiadores escoceses de la misma época¹. Lo que Marx extrajo de Hegel fue la idea de que la historia es la autocreación progresiva del hombre, un proceso cuyo motor lo constituye la actividad social práctica, es decir, en última instancia el trabajo humano. Hegel desarrolló esta tesis en su acostumbrado estilo oscuro, pero su sentido podía descifrarse sin excesivas dificultades gracias a su hábito incurable de atribuir el movimiento real de la historia al desarrollo de las categorías preexistentes. «Lo grandioso de la Fenomenología de Hegel... es que Hegel concibe la autogeneración del hombre como un proceso, la objetivación como... alienación y como superación de esta alienación; y que por tanto capta la esencia del *trabajo* y comprende al hombre objetivo... como resultado de *su propio trabajo*»². El hombre se produce a sí mismo y a su mundo, y lo hace mediante la actividad práctica que modifica su propia naturaleza, a la vez que transforma la naturaleza exterior. «(Puesto que)... para el hombre socialista el conjunto de *lo que se denomina historia universal* no es otra cosa que la producción del hombre

1. Adam Ferguson, *Essay on the History of Civil Society*, 1767, John Millar, *Observations Concerning the Distinction of Ranks in Society*, 1771. Respecto a la opinión de Marx sobre Linguet cf. su comentario sobre Proudhon, MSW I, página 396.

2. Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos* (1844), citados a partir de ahora bajo las siglas EPM; cf. MEGA I/3, pág. 156.

por el trabajo humano y el emerger de la naturaleza para el hombre, tiene pues la prueba evidente e irrefutable de su *autocreación*, de sus propios *origenes*»¹. La cuestión todavía se prolonga más en los manuscritos de París y Bruselas de 1844-6, algunos de los cuales no se publicaron hasta 1931-2 y siguen siendo todavía insuficientemente conocidos². Considerando en su conjunto los *Manuscritos económicos y filosóficos* (1844), *La Sagrada Familia* (1845), las *Tesis sobre Feuerbach* (1845) y *La ideología alemana* (1845-6), se puede afirmar que comprenden una filosofía de la historia plenamente desarrollada y una sociología rudimentaria, derivada ésta en su mayor parte de los enciclopedistas franceses y sus sucesores del siglo diecinueve, los saintsimonianos y demás escuelas del socialismo francés. Lo que se llama erróneamente la concepción materialista de la historia representa una fusión de esos elementos; el sistema social visto como un todo gira en torno al proceso histórico, y por el contrario éste manifiesta su esencia humana y social tan pronto como se descubre que la «esencia» del hombre consiste en su capacidad para producir los medios de su existencia, y por consiguiente transformar la naturaleza en naturaleza «humana». La antropología es aquí, como en Feuerbach, la clave de la historia; pero mientras este último había postulado una esencia humana inmutable, Marx destacaba que había que contemplar al hombre históricamente, lo que le hace depender de la interacción de sus fuerzas con el ambiente, incluyendo las instituciones de la sociedad debidas al hombre³. Sin embargo no hay que calificar a Marx de positivista, aunque la tentación sea grande cuando se considera solamente su crítica a la anticuada forma idealista de escribir la historia⁴. Por muy científica e intencionalmente empírica

1. EPM, MEGA, I/3, págs. 125-6. (Literalmente "...de su nacimiento de sí mismo, de su proceso de originación". La versión oficial soviética conserva la terminología hegeliana concomitante a costa de cierta oscuridad).

2. Cf. Bottomore y Rubel, *op. cit.*, págs. 1-48; los *Manuscritos económicos y filosóficos* están ahora al público en la edición soviética a que nos hemos referido ya, aunque con un prefacio impropio. Además también existe ahora una edición alemana (Colonia y Berlín, 1950), con un dilatado prólogo crítico de E. Thier, basada en el texto de la MEGA.

3. "Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión, o por lo que queramos. El mismo empieza a diferenciarse de los animales desde el momento en que empieza a *producir* sus medios de subsistencia, paso éste que se halla determinado por su constitución física. Al producir sus medios de subsistencia, el hombre produce indirectamente su propia vida material". *La ideología alemana*, MEGA, I/5, págs. 10-11.

4. Cf. *La ideología alemana*, MEGA I/5, págs. 27-9. "Esta concepción de la historia estriba en la exposición del proceso real de producción, que parte de la producción material de la vida misma y de la comprensión del modo de intercambio vinculado a este modo de producción y generada por él, es decir, la

que era y pese a la consideración metódica de los problemas, su sociología consiste, en definitiva, en una idea de la esencia humana de carácter filosófico. La crítica marxista de la sociedad viene motivada por la incapacidad de la sociedad para realizar las posibilidades del hombre. En efecto, mientras el hombre da realidad a su ser en la vida social, también constituye una traba para él. El hombre es social por naturaleza. Uno debe «...evitar ante todo volver a postular la "sociedad" como una abstracción que se enfrenta al individuo. El individuo es un ser social... La vida individual y la vida de las especies no son cosas diferentes...»¹. Pero precisamente por esta razón la sociedad puede convertirse en un impedimento del pleno desarrollo de las facultades del hombre. El motor de este desarrollo es el trabajo, que, lejos de constituir simplemente una categoría económica es la «actividad existencial» del hombre, su «actividad consciente libre», y su medio principal de desarrollar todas las potencialidades de su «esencia universal»². Ahora bien, el hombre no puede desarrollarse plenamente a menos que sea libre, pero esto no debe llevarse a efecto a costa de los demás, como en la antigüedad clásica, en donde el trabajo lo ejecutaban los esclavos; pues ambas partes se deshumanizaban inevitablemente dentro de esa relación. La libertad, para ser verdadera, ha de ser universal; de aquí que el individuo sólo sea libre cuando los demás hombres son libres, y capaces de desarrollarse como «seres universales». Sólo cuando se ha alcanzado esta condición la existencia de los hombres individuales realizará las posibilidades consustanciales a las especies³.

Este discurso remite a la filosofía de la historia esbozada por Hegel así como a la antropología materialista de Feuerbach y de los saintsimonianos. La fusión opera a dos niveles. Por un lado, Marx incorpora la dialéctica hegeliana del sujeto-objeto, a fin de eliminar la «unilateralidad» de un materialismo «mecánico» que sitúa al hombre como receptor pasivo de una esencia inmu-

sociedad civil en sus diferentes estadios, como el fundamento de toda la historia... Hasta ahora todas las concepciones de la historia han hecho caso omiso de esta base real de la historia, o la han considerado como una cuestión secundaria desligada del proceso histórico... De esta forma, se excluye de la historia la relación del hombre con la naturaleza y se establece la antítesis de naturaleza e historia... La filosofía hegeliana de la historia es la consecuencia... última de toda esta historiografía alemana."

"Allí donde termina la especulación en la vida real empieza también la ciencia real y positiva, la manifestación de la acción práctica del proceso práctico del desarrollo de los hombres". (Ibíd. pág. 16).

1. EPM, MEGA I/3, pág. 117.

2. Ibíd., págs. 87-8.

3. Ibíd., pág. 89.

table. Por otro lado, se considera que la «autogeneración del hombre» representa las necesidades reales de los seres humanos empíricos que Hegel había abandonado. La deducción muestra que el hombre sólo es él mismo verdaderamente en la medida en que se muestra capaz de reconocerse en el universo humanizado que le rodea¹. La incapacidad para lograr esta autorrealización se define como «alienación» (otro concepto tomado de Hegel, quien a su vez lo había tomado de Rousseau), y la última meta del proceso histórico que «realiza» todas las posibilidades de la esencia del hombre se describe como la supresión de la alienación². A este respecto hay que advertir dos cosas. La primera que la idea de esa consumación es metafísica y en definitiva religiosa; representa el elemento utópico del pensamiento de Marx, que le fue transmitido a través de la filosofía de la razón de Hegel y de la concepción de la esencia humana de Feuerbach. En segundo lugar constituye evidentemente el reflejo de la «unión» marxista «de la teoría y la práctica». Se postula ésta para provocar la revolución «total» de las cosas humanas que la filosofía no puede por sí misma aportar, porque dado su carácter intelectual en un mundo, que en realidad no está regido por el intelecto, tiene que avenirse necesariamente con la realidad tal cual es.

De este modo la filosofía se convierte en un aspecto de la «alienación» del hombre, en cuanto que representa un reino ilusorio de las esencias separado del mundo de la existencia material. Incluso una filosofía crítica compartía este defecto fundamental —el último refugio de los jóvenes hegelianos— independientemente de la circunstancia de que con Bauer *et al.* no acostumbraba a ir más allá de una crítica de la teología. Para alcanzar sus fines, la filosofía debía hacerse práctica o, lo que es lo mismo, dejar de ser filosofía. Debía convertirse en la teoría de la revolución total. La «realización de la filosofía» no ha de conseguirse sin lucha. Al objeto de satisfacer las necesidades que todos los hombres comparten en teoría es necesario enfrentarse contra algunos hombres en la práctica³.

1. EPM, MEGA, I/3, págs. 85 y ss.

2. *Ibid.*, págs. 114 y ss.

3. La bibliografía sobre este tema amenaza con ahogar los demás aspectos del sistema marxista; quizá el estudio crítico más completo (desde una posición tomista) puede hallarse en Jean-Yves Calves, *La Pensée de Karl Marx*, París, 1956, *passim* (ed. castellana, *El pensamiento de Carlos Marx*, Taurus, Madrid, 1958). Cf. también Cottier, *op. cit.*, págs. 153 y ss.; para un análisis heterodoxo cf. Henri Lefebvre, *Pour connaître la pensée de Karl Marx*, París, 1948; cf. del mismo autor *Problèmes actuels du Marxisme*, París, 1958; en cuanto a la literatura alemana reciente, cf. *Marxismusstudien*, *passim*; Heinrich Popitz, *Der entfremdete Mensch: Zeitkritik und Geschichtsphilosophie des jungen Marx*, Basilea, 1953; Erich Thier, *Die Anthropologie des jungen Marx nach den Pariser oekono-*

La sociología de Marx es el anverso de su filosofía de la historia. No es independiente de ella, ni emplea una base historiográfica con el propósito de extraer generalizaciones a la manera del positivismo. En sus escritos de 1844-1846, Marx desarrolla una crítica de la sociedad cuyo carácter teórico no se halla en contradicción con su fin práctico. El concepto de «trabajo enajenado» se utiliza como un instrumento analítico para definir el papel efectivo de la clase trabajadora en la sociedad moderna, es decir, en la sociedad burguesa. El trabajo aparece como algo parecido a una categoría política en el marco de la revolución que entonces se gestaba destinada naturalmente a ser una revolución «burguesa», por lo menos en Alemania. Se ha advertido con razón que el proletariado hace su primera aparición en las obras de Marx como la fuerza social que necesitaba alcanzar los fines de la filosofía alemana en su última fase, la feuerbachiana: se necesitaba una clase «con cadenas radicales» que provocara en la sociedad (alemana) un cambio radical¹. Este concepto podía interpretarse aún de acuerdo con el sistema «jacobino» tradicional de tender la mirada hacia la revolución democrática que Francia había conocido y de la que Alemania estaba destinada a carecer; y muy probablemente así fue como la interpretase el hegeliano liberal Arnold Ruge, bajo cuya protección aparecieron entonces (1844) los escritos de Marx². Pero Marx comenzaba ya a apartarse de Ruge y de Feuerbach. Si su posición política es todavía democrática en 1844-6, su crítica de la sociedad apunta progresivamente más a la tesis socialista. Y es precisamente esta crítica la que le impele a ver la sociedad como un todo, es decir, a desarrollar una teoría de cómo funciona. Feuerbach había buscado en la antropología el secreto de la «alienación»; Marx lo busca en la sociología, o mejor dicho, se ve obligado a delinear una sociología rudimentaria con objeto de explicar ciertos fenómenos —religión, división en clases, el Estado— que seguían siendo incomprensibles puesto que los pensadores radicales no habían logrado captar su carácter histórico y social. Feuerbach era el prototipo de todos aquellos pensadores. «En la medida en que es ma-

mischphilosophische Manuskripten, Colonia, 1950. Los escritos filosóficos publicados en Polonia a partir de 1955 por L. Kolakowski y otros pueden considerarse como la contrapartida de este interés creciente por las bases humanistas del marxismo. Cf. Kolakowski, *Der Mensch ohne Alternative*, Munich, 1960.

1. MEGA I/1, pág. 619.

2. Cf. Frang Mehring, *Karl Marx: Geschichte seines Lebens*, Leipzig, 1933, págs. 82 ss. (ed. castellana, *Carlos Marx*, Grijalbo, México, Barcelona, 1957). *Gesammelte Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels 1841-50*, ed. Mehring, Stuttgart, 1913, vol. I, págs. 331 y ss.

terialista no existe para él la historia, y en la medida en que toma en consideración la historia, no es materialista»¹.

Dos son las condiciones necesarias: hay que ver a la sociedad históricamente, y hay que verla como un todo. Proceder así supone percatarse de que el sistema social está impulsado por contradicciones internas que son esenciales a su funcionamiento y no pueden eliminarse aunque se puedan superar «a un nivel más alto», o sea, una vez que la historia haya alcanzado el estadio de una sociedad sin clases. Hasta entonces los antagonismos de clase son el motor del desarrollo (social) histórico. El progreso depende de ellos. Al mismo tiempo son responsables de la incapacidad de la filosofía humanista —y de su contrapartida, el socialismo utópico— para alterar las condiciones en las cuales están obligados a vivir y trabajar los hombres. Esta incapacidad tiene un aspecto teórico y un aspecto práctico. Teóricamente se manifiesta en la incapacidad de la doctrina materialista humanista para ofrecer una explicación del verdadero proceso social; en el aspecto práctico queda demostrada por la impotencia de los movimientos de reforma que parten del supuesto de que la sociedad es el material plástico del intelecto crítico (al que se suele considerar encarnado en las clases educadas que constituyen «la opinión pública»).

La doctrina materialista en lo referente a la alteración de las circunstancias y a la educación olvida que las circunstancias las cambian los hombres y que el educador necesita a su vez ser educado. Tiene, pues, que dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una es superior a la otra. La coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana, o cambio de los propios hombres, sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. (*Praxis*)².

Aquí no se considera que la unión de la teoría y la práctica suponga una merma para la revolución. Pero incluso cuando Marx teoriza sobre una estructura social dada, como en sus obras posteriores, la teoría de la sociedad se ve acompañada siempre de

1. *La ideología alemana*, MEGA I/5, pág. 34; cf. también la tercera "Tesis sobre Feuerbach" (original en los *Marx-Engels Archiv*, Moscú-Frankfurt, 1926, vol. I, págs. 227 y ss.; cf. MEGA I/5, págs. 533-5).

2. Bottomore y Ruber, *op. cit.*, págs. 67 y ss.; respecto al texto original cf. *Karl Marx der historische Materialismus*, ed. S. Landshut y J. P. Mayer, Leipzig, 1932, vol. II, págs. 3 y ss. La versión que hace Engels de las *Tesis* se aparta en algunos casos del original; cf. Ryazanov, *Marx-Engels Archiv*, vol. I, páginas 205 y ss.

una crítica radical del orden existente. Esto no supone decir que se puede deducir de las manifestaciones de Marx una sociología políticamente neutral y «no valorativa», sino que él mismo no creía que esto pudiera hacerse sistemáticamente mientras el orden social no se hubiese transformado. Antes de que las relaciones sociales pudieran tornarse lo bastante transparentes para que fuese factible una verdadera ciencia de la sociedad, los hombres habrían de hacerse con el control consciente de sus circunstancias. Esto es ciertamente la esencia misma del socialismo:

El punto de vista del materialismo antiguo es la «sociedad civil»; el del materialismo moderno, la sociedad humana o la humanidad socializada¹.

La acostumbrada versión errónea del término hegeliano «sociedad civil» (literalmente *buergerliche Gesellschaft*) como «sociedad burguesa» tiende a oscurecer el hecho de que Marx se enfrenta en esta ocasión a Feuerbach y Hegel. Este último empleaba el término para designar la suma total de relaciones sociales que ligan el individuo a la sociedad. Por otra parte, los «filósofos radicales» —incluyendo a Bentham y sus precursores franceses— estaban obsesionados por el «egoísmo inteligente» del individuo: un concepto que desempeñaba un papel fundamental en su sistema. En última instancia, la teoría política quedaba reducida en su opinión al interés por la psicología, mientras que para Hegel culminaba en una doctrina autoritaria del Estado que se supuso existía en interés del individuo. En su forma europea occidental, hedonista y utilitaria, el materialismo era perfectamente compatible con la ortodoxia política de la época. En realidad suministraba al liberalismo gran parte de su bagaje intelectual tanto en la lucha del país contra el viejo orden, como en sus tentativas por disolver a escala mundial las estructuras autoritarias. En los años 1840 no estaba claro todavía que Alemania llegara a identificarse por reacción con la visión conservadora, romántica y autoritaria del mundo, pero la cuestión ya había sido planteada al menos en una forma ideológica por Hegel y sus partidarios conservadores de la burocracia prusiana, y los radicales necesitaban por desgracia de una contraideología. Yendo más

1. "Décima tesis sobre Feuerbach", *loc. cit.*; cf. también EPM. MEGA I/3, pág. 121: "La solución de las contradicciones *teóricas* sólo es posible por medios *prácticos*, sólo mediante la energía práctica del hombre. Su solución no es por ello en modo alguno tarea exclusiva del conocimiento, sino un problema real de la vida que la filosofía no pudo resolver precisamente porque concebía el problema como un problema *puramente* teórico".

allá de Feuerbach, Marx señalaba también su convicción de que el movimiento radical debería evitar el «antiguo materialismo» en su forma benthamiana vulgarizada, puesto que aceptarlo suponía situarse por debajo del nivel teórico logrado por los críticos alemanes del utilitarismo: era imposible desalojar a Hegel recurriendo a Bentham, o a Owen. Había que superar la herencia metafísica idealista y no sólo excluirla; y el primer paso consistía en advertir que Hegel había hecho bien en rechazar el dualismo del hecho empírico y el propósito normativo. Los valores se encarnan en la historia, y su realización depende de la actividad histórica. El hombre transforma su propia esencia mediante el trabajo, y la historia es el relato de esta transformación. La solidaridad humana se consigue derribando las barreras sociales que se erigen durante este proceso. Para Marx esto no era un «ideal» en el sentido kantiano; mantuvo que se había alcanzado un estadio en donde el hombre podía construir una verdadera comunidad y superar así la alienación que el esfuerzo anterior por dominar la naturaleza exterior le había impuesto a su propia existencia. Precisamente por esta razón podía abandonarse el viejo interés por la psicología que consideraba la naturaleza humana como un dato; si la naturaleza humana era una categoría social, también podía transformársela. Sin embargo, esa transformación no podía llevarse a cabo en una sociedad desgarrada por los antagonismos de clase, una sociedad, además, en la que los ejecutores de la mayor parte del trabajo quedaban excluidos del poder político y de la cultura oficial. «La humanidad socializada» era inconcebible sin una verdadera solidaridad; de aquí que una sociedad socialista debiera ser una sociedad sin clases. La filosofía que constituía el trasfondo de esta conclusión queda expresada en los manuscritos de París. Lo que sigue es un breve resumen de la argumentación principal, aunque sin ninguna pretensión sistemática¹.

La economía política, aunque interesada principalmente por abstracciones tales como capital, trabajo, o tierra, tiene por objeto real —si bien no reconocido— la relación del hombre con el mundo humanizado de objetos, en que se mueve, y que refleja su esencia como un ser genérico (*Gattungswesen*). Se trata de

1. Respecto a lo demás cf. EPM, Moscú, ed. 1959, págs. 67 y ss. No hemos seguido en todos sus aspectos el texto de esta traducción. Así, por ejemplo, «*Gattungswesen*» se ha vertido por «ser genérico» en vez de «ser de la especie». Valdría la pena señalar que el término alemán «*Wesen*» puede traducirse como «ser» o «esencia», dependiendo ello del contexto y de la filosofía del autor. En sus primeros escritos, hasta los manuscritos de París de 1844, e incluidos éstos, Marx todavía se halla suficientemente influenciado por Hegel como para referirse a «esencia» o «ser esencial» cuando habla de «*Wesen*».

la *esencia* del hombre rodeada por un universo hecho a semejanza del hombre. Al hacerlo así se pierde a sí mismo. «La realización del trabajo es su objetivación». Esta pérdida puede llegar a radicalizarse hasta el punto de suponer la anulación del productor. «La realización del trabajo supone tal desrealización que el trabajador llega a morir de inanición». «La apropiación del objeto supone un extrañamiento tal que cuantos más objetos produce el trabajador menos son los que posee y queda más sometido a la dominación de su producto, el capital». Esta circunstancia ilustra una ley más general. «Lo mismo ocurre con la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, menos guarda en sí mismo». En la sociedad, esta dialéctica se hace más pronunciada, hasta el punto de que el individuo se halla extrañado de su propia creación, de tal forma que «la vida que ha conferido al objeto se le enfrenta como algo hostil y ajeno». La economía política, lejos de aclarar este estado de cosas, lo oscurece considerando el capital, trabajo, etc., como realidades independientes, en vez de considerarlos como manifestaciones de la actividad humana. «La economía política oculta el extrañamiento que es consustancial a la esencia del trabajo porque no considera la relación inmediata entre el trabajador (el trabajo), y la producción. Es cierto que el trabajo produce maravillas para el rico, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas... Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los trabajadores a un trabajo brutal, y convierte en máquinas a los demás. Produce inteligencia, pero estupidez y cretinismo para el trabajador»¹.

El trabajo enajenado también tiene que ver con la naturaleza genérica del hombre en cuanto ser que produce espontáneamente objetos en los que él mismo se contempla. «Pues él... se contempla a sí mismo en un mundo que él ha creado. Por tanto, al arrancar al hombre el objeto de su producción, el trabajo enajenado le arranca su vida genérica... y transforma su ventaja respecto del animal en la desventaja que supone ser privado de su cuerpo inorgánico; de su esencia. Del mismo modo, al degenerar la actividad natural, la actividad libre, a la condición de un medio, el trabajo enajenado transforma la vida genérica del hombre en un instrumento de su existencia física».

La enajenación del hombre de su propio producto lleva a su

1. *Op. cit.*, pág. 71. Estrictamente hablando, habría que distinguir entre *Entfremdung* (enajenación o extrañamiento), y *Entaeusserung* (objetivación), es decir, el proceso mediante el cual el hombre externaliza su ser. Pero la distinción juega un papel más importante en el pensamiento de Hegel que en el de Marx, quien emplea ambos términos como sinónimos. Cf. *Gottier, op. cit.*, págs. 34 y ss.

enajenación respecto a los demás hombres. «Por consiguiente, en la relación del trabajo enajenado cada hombre considera a los demás de acuerdo con la medida y la posición en que se encuentra como trabajador». En esto reside el germen de la división en clases. «Toda enajenación del hombre respecto de sí mismo y de la naturaleza aparece en la relación en que se sitúa él mismo respecto de la naturaleza y los otros hombres distintos de él. Por eso, la alienación religiosa aparece necesariamente en la relación del laico con el sacerdote, o también con un mediador, etc. ... En el mundo real, práctico, el extrañamiento de sí sólo puede manifestarse mediante la relación real, práctica, con otros hombres. El medio por el que se opera la enajenación es un medio práctico... Mediante el trabajo extrañado, enajenado, pues, el trabajador crea la relación de este trabajo con un hombre ajeno al trabajo y situado fuera de él. La relación del trabajador con el trabajo engendra la relación de éste con el capitalista, o como quiera llamarse al patrono del trabajo. La *propiedad privada* es, pues, el producto, el resultado, la consecuencia necesaria, del *trabajo enajenado*, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo»¹.

La propiedad privada de los medios de producción y el dominio de clase ejercido por una minoría propietaria y privilegiada, se hallan históricamente conectados; ambos representan las dos caras de la misma moneda. La propiedad privada subordina al productor respecto del no productor (y en ocasiones convierte a la mujer en esclava del hombre). El comunismo, pues, al abolir, simultáneamente la dominación de clase y la explotación humana, aparece como «la superación positiva de la propiedad privada, de la autoenajenación humana, y, por tanto, como la apropiación real de la esencia humana por el hombre y para el hombre». «El comunismo constituye la resolución del enigma de la historia, y la constituye conscientemente». Puede llegar a esta posición porque no representa un mero ideal, sino un proceso efectivo consustancial a la esencia de las cosas. La sociedad moderna, al engendrar el proletariado, ha acabado obligando a los hombres a percatarse del hecho de que la realidad que sirve de base a todas sus luchas viene constituida por la enajenación del trabajo.

1. EPM, págs. 74-6, 77-80. Cf. Proudhon, *Système des contradictions économiques*, vol. I, págs. 388-9: «Dieu en religion, l'Etat en politique, la Propriété en économie, telle est la triple forme sous laquelle l'humanité, devenue étrangère à elle-même, n'a cessé de se déchirer de ses propres mains». [Dios en la religión, el Estado en política, la Propiedad en economía; de esta forma triple la humanidad, que ha llegado a ser una extraña a sí misma, no ha dejado de desgarrarse con sus propias manos.]

En las condiciones modernas esta relación aparece ligada a la división de la sociedad en clases hostiles entre sí. «La división del trabajo es la expresión, dentro de la economía política, del carácter social del trabajo en la enajenación». Bajo el capitalismo, el propio trabajo, que es la condición previa de toda existencia humana, se transforma en una mercancía y el trabajador en un proletario que nada posee y que de hecho (aunque no formalmente), viene a ser propiedad de otro. La división de la sociedad refleja la división del individuo, que ha sido extrañado de los productos de su esfuerzo, o lo que es lo mismo, de su propia naturaleza. La propiedad privada, en cuanto forma de autoenajenación, produce el comunismo como su antítesis necesaria. Por consiguiente, su sustitución trae aparejado el término de los conflictos sociales y la reinstauración de la armonía existente entre el hombre y su propia esencia. Partiendo de estas bases, Marx puede aseverar que el comunismo no representa sólo la consumación de la libertad, sino también «la resolución del conflicto entre hombre y naturaleza». Una sociedad en la que los hombres no se hallen ya extrañados más respecto a sí mismos es también aquella que puede definirse por primera vez como verdaderamente humana¹.

1. EPM., págs. 102 y ss., 129 y ss.

LA DOCTRINA DE LA REVOLUCIÓN

Después de lo dicho no creemos que sorprenda a nadie que haya que volver del campo de la sociología al de la filosofía hegeliana, y de Francia a Alemania para referir la doctrina de la revolución contenida en los escritos de Marx anteriores a 1848, fecha del *Manifiesto Comunista* y del abortado levantamiento democrático europeo. Se ha solido considerar el *Manifiesto* como la expresión teórica de esa «revolución proletaria» que se supuso que había triunfado en Rusia, en 1917, tras algunas experiencias prometedoras previas ocurridas en territorio francés entre 1848 y 1871. Nos tendremos que extender más sobre el nexo existente entre la experiencia francesa y la rusa. Por de pronto la pregunta que se nos plantea es el significado de «la revolución» según Marx (y Engels) antes de 1848. Y a este respecto la primera observación que debemos señalar es su primordial interés por Alemania. Esto podría parecer evidente, teniendo en cuenta que se hallaban a la vanguardia del movimiento radical alemán que por un corto período ocupó la escena política en 1848-9. Sin embargo, suele pasarse por alto; mayor razón, pues, para destacar ahora la circunstancia.

La revolución posible en Alemania durante ese estadio era una revolución «democrático-burguesa», lo que era absolutamente evidente para Marx y Engels —aunque no para sus asociados— hacia 1847 a lo sumo¹. Con la visión que proporciona el conoci-

1. Cf. Engels, *Sobre la historia de la Liga Comunista*, MESW II, págs. 306-23. En "Der Status Quo in Deutschland" (MEGA, I/6, págs. 231-49), escrito en marzo de 1847, pero no publicado antes de 1932, Engels subraya la perentoriedad de esa revolución desde el punto de vista de la clase media alemana. Ante la gran insistencia puesta de manifiesto en este importante ensayo sobre la necesidad de fomentar en Alemania una revolución burguesa en interés del desarrollo nacional del país, no puede extrañar que la literatura comunista moderna tienda a silenciar el hecho.

miento de los hechos efectivamente acaecidos, es fácil percibir que la revolución nunca salió realmente de la esfera teórica, pero en los años 1840 este resultado no era fácilmente previsible. Vistas las cosas retrospectivamente, cabe discernir respecto a este punto una diferencia de matiz entre Marx y Engels, mostrándose el primero menos esperanzado respecto a una rebelión democrática triunfante contra el régimen absolutista que preparado para un desarrollo normal conforme a las pautas occidentales. En realidad Marx nunca parece haber creído probable tal resultado en suelo alemán, mientras que Engels insistía a menudo en que era inevitable, añadiendo que era deber de los comunistas fomentarla y no dejarse engañar por las invectivas anticapitalistas y antiliberales de aquellos «verdaderos socialistas» cuyo sentimental deseo de una asociación entre la monarquía y la clase trabajadora no servía más que para prolongar la agonía del antiguo régimen¹. En lo que ambos se mostraban de acuerdo era en mantener que si hubiese de producirse en Alemania una revolución triunfante, se necesitaría movilizar a las masas; pero esto dejaba en pie la cuestión sobre quién habría de ponerse al frente de ella. Durante algunos años no se puso de manifiesto que la clase media alemana era incapaz de promover una ruptura radical con el pasado, y cuando ello ocurrió las diferencias teóricas y tácticas entre Marx y Engels dejaron automáticamente de ser relevantes.

Pero esto es anticiparse a los hechos. En 1844-7, y *a fortiori* antes de que Marx constituyera su asociación de por vida con Engels en el otoño de 1844, aquél estaba ocupado con el problema de adecuar la inminente revolución alemana al sistema conceptual que acababa de elaborar, y su lectura de la reciente historia francesa sugiere una solución posible. Paradójicamente el gran atraso de Alemania parecía dar pie a la suposición de que los alemanes no se contentarían con el tipo de revolución que había conocido la Europa occidental.

Ciertamente Alemania, en muchos aspectos, sólo acababa de alcanzar un estadio al que ya habían llegado Francia y Gran Bretaña, en especial en la esfera de la economía². Pero precisamente

1. Engels, "Der Status Quo in Deutschland", MEGA I/6, pág. 233; cf. también los importantes pasajes del *Manifiesto Comunista*, MEGA I/6, págs. 549 y ss. Una comparación de los textos muestra que los pasajes que destacan el carácter progresivo de un desarrollo capitalista en Alemania, y la naturaleza reaccionaria de todas las tendencias contrarias, entre las que cabe incluir las socialistas, se toman de los manuscritos de 1847 de Engels todavía sin publicar, incluyendo su *Gundsätze des Kommunismus*. Respecto a la probada hostilidad de Engels hacia Hess, Grün, y en general los "verdaderos socialistas", cf. MEGA I/6, págs. 33-116.

2. "Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie" (1844), MEGA I/1, pág. 611.

a causa de que su país de origen se encontraba situado tan por debajo, pensaba Marx que la próxima revolución podría resultar todavía más radical. Superaría el nivel sociopolítico conseguido en Europa occidental y por primera vez el proletariado participaría en la historia.

Lo que para Alemania constituye un sueño utópico no es la revolución *radical*, la emancipación humana universal, sino la revolución parcial, meramente política que deja intactos los cimientos del edificio. ¿Cuál es el fundamento de una revolución parcial, meramente política? Simplemente este: *una parte de la sociedad civil* se emancipa y logra la dominación *general*; una clase particular toma a su cargo desde su *situación particular* la emancipación general de la sociedad... Pero en Alemania no sólo carecen todas las clases de la solidez, penetración, valor, dureza, requeridas para erigirse en el representante negativo de la sociedad, sino de la generosidad necesaria para identificarse, aunque sólo fuera por un momento, con el espíritu popular... La clase media apenas si se atreve a concebir la idea de emancipación desde su propio punto de vista, y el desarrollo de las condiciones sociales y el progreso de la teoría política declaran ya a este punto de vista anticuado o cuanto menos discutible.

En Francia la emancipación parcial es la base de la emancipación completa. En Alemania la emancipación universal es la *conditio sine qua non* de cualquier emancipación parcial. En Francia es la realidad, en Alemania la imposibilidad, de una emancipación paso a paso la que debe dar nacimiento a la libertad completa... ¿Dónde reside, pues, la posibilidad real de la emancipación alemana? En la formación de una clase con *cadena radical*... una clase que representa la disolución de todas las clases, una esfera de la sociedad que posee un carácter universal porque sus sufrimientos son universales, y que no pretende ningún *derecho particular* porque la injusticia que se le ha inferido no es una *injusticia particular*, sino la injusticia *como tal*... Cuando el proletariado declara la *disolución del orden social existente* no hace más que proclamar el *secreto de su propia existencia*, puesto que constituye la disolución *efectiva* de este orden... Como la filosofía halla sus armas *materiales* en el proletariado, así el proletariado descubre sus armas *intelectuales* en la filosofía, y una vez que la idea luminosa ha penetrado este suelo popular elemental la emancipación

de la *humanidad* por parte de los *alemanes* se hará realidad... La emancipación del *alemán* es la emancipación del *hombre*. La *filosofía* es la cabeza de esta emancipación, y el *proletariado* su *corazón*. La filosofía no puede realizarse sin abolir el proletariado, y el proletariado no puede emanciparse sin realizar la filosofía¹.

Suele citarse este célebre pasaje en calidad de prueba de que en 1844 Marx no era todavía marxista: en otros términos, que todavía no había desarrollado la visión «materialista» que después de 1850 y en particular de los años 1870 en adelante habría de convertirse en la marca de ley de la ortodoxia. Parece ésta una forma curiosa de enfocar el tema. Con todo lo que se diga sobre la evolución de la doctrina, no existe ningún «marxismo» aparte de los propios escritos de Marx, y el pasaje antes citado constituye en verdad una de las primeras manifestaciones más características. Por otra parte, lejos de constituir una aberración pasajera, representa la verdadera esencia de su teorización anterior a 1848 respecto a la revolución próxima. Es cierto que en los últimos años adoptó una idea menos exaltada sobre el papel que el pensamiento había de desempeñar en la transformación del mundo, de la misma forma que la concepción de una revolución social que hubiera de superar la filosofía mediante la «realización» de sus fines, desaparecería también de sus obras. Pero nunca la rechazó, ni podía haberlo sido porque representaba precisamente lo que él quería decir con la «unión de la teoría y la práctica». Sin esta idea central, el marxismo no sería más que otra especie de determinismo materialista, y esto es lo que el movimiento socialista posterior consiguió hacer de él en buena parte. Pero la transformación nunca fue completa; en el núcleo del sistema, independientemente de lo mucho que pudiera haberlo dulcificado su propio autor y otros para adecuarse a las fórmulas positivistas de la última parte del siglo diecinueve, seguía existiendo algo que evocaba la visión original de un mundo rejuvenecido por el acontecimiento único de fundir el pensamiento y la acción, la teoría y la práctica, la filosofía y la revolución, en un drama creador de la liberación humana. Es textualmente cierto que prescindiendo de este semi-metafísico *tour de force* toda la historia posterior del movimiento marxista resultaría incomprensible.

Cabe advertir que aunque en su ensayo de 1844 mantuvo Marx en su mente la filosofía conservadora del Estado de Hegel, pro-

1. *Ibid.*, págs. 617-21.

cedió así conduciendo hasta sus últimos extremos el modo de pensar racionalista de Hegel. Aunque el estilo del extenso pasaje que acabamos de citar constituye una reminiscencia feuerbachiana —en especial el énfasis sobre la «emancipación del hombre»— la lógica que le respalda es hegeliana: el orden de cosas presente queda condenado porque es irracional. En algún otro lugar del mismo ensayo se declara que el estado de cosas existente se halla «por debajo del nivel de la historia», y «por debajo de la crítica», de lo que se deduce que su disolución es a la vez inminente y perentoria. Marx dudaba tanto como Hegel de que lo que era irracional fuese también irreal. El estado de cosas más irracional y consiguientemente el menos real de todos los fenómenos posibles, era el existente en la Alemania anterior a 1848, que, a diferencia del *ancien régime* de 1789, no podía siquiera pretender la representación del orden social tradicional, sino que era un puro anacronismo debido al atraso de Alemania y a su falta de desarrollo social. Criticar este estado de cosas —poner al desnudo sus contradicciones— suponía mostrar por qué no podía mantenerse por más tiempo esa situación de hecho.

Pero con el objeto de hacerse eficaz, la crítica tenía que abandonar su condición puramente teórica y convertirse en un instrumento de la revolución. Si el joven Hegel había desarrollado de forma general la idea de que la Razón debía manifestarse en el mundo y trabajar, como si dijéramos, por su existencia en orden a encontrarse a sí misma, Marx llega hasta postular una crítica teórica que ponga remate a la filosofía en el sentido tradicional del término, mediante la «realización» de sus fines. Una crítica semejante no es ya filosofía, si con ese término quiere significarse la contemplación, y apoyándose en ello se ha dicho a veces que Marx dejó de ser un filósofo a partir de aquel entonces. Esta indicación no explica dos hechos: en primer lugar Marx nunca había escrito más que críticas, aunque no fue hasta 1844 cuando amplió su crítica de las instituciones hasta el punto de fundir la teoría con la práctica; en segundo esta fusión no era menos filosófica —metafísica en realidad— porque fuese dirigida contra las ideas dominantes de la época. Afirmar que la revolución próxima pondría término a la filosofía cumpliendo sus fines últimos —libertad e igualdad— era formular una pretensión tan grandiosa como cualquiera de las que se hubiesen propuesto desde que Hegel y Schelling inauguraran en los años 1790 el idealismo alemán. Marx se aparta del plan idealista al situar el pensamiento dentro de un contexto material: la filosofía no puede transformar por sí misma el orden social sosteniendo simplemente un modelo de perfección o una imagen conceptual de la «ver-

dadera» realidad; necesita un aliado, y sólo puede hallarlo en una clase cuya existencia proclama «la disolución efectiva de este orden». Esto es una inversión radical de la concepción idealista, pero difícilmente un rechazo de la filosofía como tal. La «teoría crítica» de 1844 sigue siendo esencialmente filosófica; su criterio de juicio es la irracionalidad de la religión —desarrollada extensamente en el mismo ensayo— y la irracionalidad más profunda que refleja la necesidad de consuelo religioso. En ningún punto se sugiere que a la revolución futura ha de acogérsela por la simple razón de que es inevitable. Antes bien, su inevitabilidad se deduce del conflicto intolerable entre las exigencias de la razón y la sinrazón del *statu quo*.

Esas consideraciones generales encuentran su réplica en una doctrina de la revolución detrás de la cual no es difícil percibir el modelo general de jacobinismo lo bastante modificado y puesto al día como para adaptarse a las necesidades teóricas de la década de 1840. La «teoría crítica» se pone en marcha como la teoría de una revolución política modelada conforme al patrón de la de 1789-94 si bien con la diferencia siguiente: en vez de «el pueblo» encontramos ahora —casi por primera vez— «el proletariado».

La condición esencial previa de la esperada revolución alemana aparece definida como «la formación de una clase con *cadena*s radicales... una clase que representa la disolución de todas las clases». Marx casi admite que hasta el momento no existía ese estrato al este del Rin, aunque comenzara a formarse, por lo que eleva a la atrasada Alemania al nivel europeo occidental. Se espera que su crecimiento inevitable nutra a la «filosofía», es decir, a los intelectuales radicales, con el instrumento preciso para revolucionar el orden existente. Eso fue sustancialmente lo que ocurrió en Francia en 1789, con la importante diferencia de que en el intervalo el proletariado industrial había sustituido a la plebe urbana tradicional. Además, la cuestión de por qué la revolución francesa no había conseguido finalmente alcanzar los objetivos fundamentales de sus representantes más avanzados podía ahora responderse finalmente a la luz de la reciente literatura socialista comunista; los jacobinos se habían mostrado incapaces de superar el marco de la sociedad burguesa. Sin embargo, «la emancipación parcial» (el hundimiento del *ancien régime*), había quedado asegurada, y a ella iba a seguir con toda seguridad la «emancipación completa» (el socialismo). En la atrasada Alemania, que todavía quedaba muy por detrás, había que trastocar este orden: sólo el proletariado revolucionario, dirigido por la vanguardia intelectual, podía llevar a cabo incluso

la «emancipación parcial» implícita en la revolución «meramente política» que había obtenido ya en Francia la victoria; sólo una clase cuya condición inhumana proclamaba «la disolución del orden social existente» podía permitir que la «filosofía» realizase sus objetivos. Puesto que esa clase estaba obligada a rechazar el orden social de pies a cabeza, la «filosofía halla sus armas materiales en el proletariado». La revolución futura sería total porque su meta no consistía en otra cosa que en la transformación radical de la existencia del hombre en la tierra.

Pero aun con todos sus resquicios utópicos —por no referirnos a la forzada conjunción de conceptos hegelianos y feuerbachianos— el ensayo de Marx de 1844 manifiesta una visión bastante clara de que la burguesía alemana no realizaría de hecho la revolución que se requería a su juicio para situar a Alemania al nivel europeo occidental. Y si fracasaba, la misión recaía necesariamente sobre la clase que ya se estaba formando en el seno de la sociedad burguesa que aún no había logrado expresión política. De aquí que la revolución, aunque de origen «burgués», había de ser acaudillada por el proletariado. Tres cuartos de siglo después un razonamiento similar permitió fortalecer a Lenin en su esperanza de que a Rusia le había llegado la hora de proclamar la revolución mundial: y no *aunque*, sino *porque* era la más atrasada de las grandes naciones europeas. Al hacerlo así no sólo se vio obligado a repudiar la ortodoxia social democrática, sino también el marxismo posterior a 1850; sin embargo, no se había mostrado infiel al espíritu del primer Marx, aunque la reflexión podría haber llevado a la duda de si los manifiestos políticos se proponen para seguirlos al pie de la letra y utilizarlos como faros políticos. En 1844 Marx todavía no se había emancipado de Feuerbach ni de Hegel, e incluso el *Manifiesto Comunista* de 1847-8 (aunque escrito con una comprensión mucho más amplia de la historia y la economía), presenta una síntesis demasiado abstracta de la filosofía y estrategia revolucionaria para utilizarlo como manual político. Todo esto pertenece no obstante a un capítulo distinto. En los años 1840 no había posibilidad real de ningún otro tipo en Europa, y menos que en ningún otro sitio en Alemania, para adoptar esas formulaciones al pie de la letra. En realidad el proletariado alemán invocado con tanta fe por Marx apenas si existía. El verdadero *locus* histórico de la política revolucionaria era París, y en París estaba acabándose la era de las insurrecciones proletarias al servicio de la democracia burguesa¹.

1. Cf. Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (prólogo de Engels),

Si había que abandonar la extrapolación de la filosofía de Feuerbach —y hacia 1847, cuando el *Manifiesto* se hallaba en fase de preparación, Marx ya había desechado una parte de su bagaje ideológico de juventud— se presentaba una nueva dificultad: afirmar que la futura revolución alemana sólo podía ser una revolución burguesa¹ equivalía a decir que llevaría los liberales al poder. Esta conclusión desgraciada podía matizarse asegurando que la revolución proletaria seguiría inmediatamente después de este primer levantamiento², pero persistía la tarea de hacer admisibles esas contradicciones a aquellos que se situaban fuera del estrecho círculo del liderazgo comunista. Ya se había planteado el problema de inducir a las «masas» a que siguieran las directrices de una «vanguardia» cuya amplitud de miras era posible porque encarnaba la ciencia de la revolución. En 1848-9 esas preocupaciones iban a ahogarse en un torrente de sucesos que no lograron ni cumplir siquiera la modesta fase inaugural del levantamiento en dos fases, previsto en el *Manifiesto*. Consecuentemente, la aparición de la socialdemocracia y el abandono virtual de la vieja estrategia en que incurrió el propio Marx, sirvieron para oscurecer la importancia de la solución con la que los fundadores del marxismo habían jugueteado por cierto tiempo en esos años turbulentos. Una vez más incumbiría a la revolución rusa resucitar un planteamiento adormecido que los socialistas occidentales habían creído muerto durante muchos años.

Mientras el *Manifiesto* había omitido fases enteras del sacrosanto proceso histórico al objeto de acortar dos revoluciones distintas en una sola, al menos sus autores podían señalar el ejemplo que brindaban las sectas socialistas y comunistas del período. Al igual que ellos, Marx y Engels reflexionaban en términos de la experiencia revolucionaria de 1789-94, cuando las facciones más radicales desplazaron a las facciones moderadas hasta que todo el movimiento democrático había avanzado mucho más allá de su punto de partida inicial. Más difícil era justificar el supuesto implícito de que el capitalismo europeo estaba ya anticuado en 1847 y maduro para la socialización. Esto era confundir los dolores del alumbramiento del nuevo orden con la agonía de su muerte; una falsa interpretación que sólo era posible en una época en que el recuerdo de la revolución francesa había acostum-

MESW I, págs. 118 y ss. (Ed. castellana incluido en *Obras Escogidas*, dos vols., Progreso, Moscú.) Tras el fracaso del movimiento de 1848-9, Marx fue perdiendo gradualmente su fe en los atajos históricos, pero su negación jamás fue completa y abierta. Engels fue más lejos, como veremos.

1. *Manifiesto*, MESW, I, pág. 65.

2. *Ibid.*

brado a la gente a esperar el derrumbamiento inminente del orden social de entonces. Que este último era todavía precapitalista en buena parte y por ello necesitada urgentemente de medidas *burguesas* radicales, era una circunstancia que no acababa de escapársele a Engels, quien conocía lo bastante a Inglaterra como para poder corregir cualquier falsa idea que Marx pudiera haber mantenido sobre este punto. No obstante fue Engels quien en 1844-5 convenció paradójicamente a Marx de que considerara a Gran Bretaña como el laboratorio en que habría de fraguarse la primera revolución proletaria genuinamente socialista¹. Hacia 1847, estando ya el *Manifiesto* en preparación se hizo urgente formular las bases teóricas de esta anticipación, y aquí de nuevo era Engels quien llevaba la batuta.

Lo hizo así en un documento que no ha recibido la atención debida a pesar de la circunstancia de haberlo utilizado Marx para redactar el texto final del *Manifiesto*². Considerado juntamente con sus primeros escritos puede tenerse por el esbozo de una concepción de la historia y una doctrina de la revolución notablemente distinta a la de Marx. Que no es esta una cuestión puramente académica se demuestra cuando se comparan esos primeros escritos con las obras de madurez de Engels, que de los años 1870 en adelante se convirtieron en el fundamento teórico de la socialdemocracia alemana. Sobresale la solidez interna; lo mismo ocurre con la presencia constante de ciertas ideas guía que no aparecen en Marx y que en ciertos aspectos incluso discurren en sentido contrario a la tendencia general de su pensamiento. Así pues, Engels recurre con mucha frecuencia a la idea de «revolución industrial», un concepto que Marx todavía no había comenzado a emplear³. Desde otro punto de vista, sin embargo, el tenor de este razonamiento es en buena parte más tecnocrático que el del *Manifiesto*. Aún a riesgo de cierta simplificación, puede

1. Cf. Engels, "Umrisse zu einer Kritik der Nationaloekonomie", en *Deutsch Franzoösische Jahrbuecher*, 1844, MEGA I/2, págs. 379 y ss. Fue este ensayo el que primero unió a los dos hombres. Al año siguiente, *La condición de la clase trabajadora en Inglaterra* de Engels presentaba la solución socialista como salida necesaria a la situación británica, sobre la base de que se estaba gestando una revolución que llevaría al poder a los cartistas y precipitaría así la transformación social.

2. Engels, "Grundsätze des Kommunismus", MEGA I/6, págs. 503-22. El texto lo publicó Eduardo Bernstein por primera vez el año 1913. Cf. también Gustav Mayer, *Friedrich Engels*, La Haya, 1934, vol. I, págs. 283-5, en donde se le despa cha definiéndolo simplemente como un "apunte de circunstancias". Para un análisis exhaustivo del documento y sus consecuencias, cf. H. Bollnow, "Engels' Auffassung von Revolution und Entwicklung", en *Marxismusstudien*, Tubinga, 1954, vol. I, págs. 77-144.

3. Engels, *loc. cit.*, pág. 503; cf. también Bollnow, *loc. cit.*, pág. 79.

definirse la diferencia como la existente entre un concepto sociopolítico derivado de la experiencia política francesa, y una doctrina fruto de la observación de las corrientes industriales de la primitiva Inglaterra victoriana. Por tanto, se descubre claramente al leer a Engels que su interés principal reside en el papel que desempeña el proletariado en la «revolución industrial», y que tras esta tesis asoma ya la noción de que la «revolución proletaria» está llamada a poner en libertad las «fuerzas productivas» contenidas por las instituciones de la sociedad burguesa. Los ecos de este entusiasmo tecnológico se repiten en el *Manifiesto* al igual que el acento sobre el papel revolucionario del capitalismo al arrinconar las formas preindustriales de la sociedad. Pero allí donde Marx subraya el carácter catastrófico del proceso, Engels tiende a destacar su lado liberador y progresivo: la emancipación de las fuerzas productivas puesta ya en marcha por la «revolución industrial» sigue incompleta bajo el capitalismo porque la propiedad privada le cierra el camino. El comunismo representa su consumación, y se contempla fundamentalmente a la revolución proletaria como el acto por el que la *revolución industrial escapa del control burgués*¹.

Si esta idea estaba destinada a convertirse en un concepto clave del leninismo, otro aspecto del pensamiento de Engels penetra una generación antes en la ideología de la socialdemocracia alemana, especialmente su acento puesto en la inevitabilidad de la futura transformación sociopolítica. Esta última, en cuanto consecuencia necesaria de la revolución industrial en su continuo desarrollo dentro del seno de la sociedad burguesa, dependía principalmente en su ritmo del grado de desarrollo económico que se hubiera alcanzado bajo el capitalismo. Cuanto más industrializado se halle un país tanto más numerosa será su clase trabajadora, y más cercana la fecha de socialización, bien en forma pacífica, o violenta. En 1847 Engels opinaba aún que Gran Bretaña abriría el camino, siguiéndole Alemania muy a lo lejos, y con los países agrarios atrasados esperando ser transformados a través del ejemplo de los más avanzados². Una generación más tarde esta perspectiva se había ampliado a Alemania y luego a Europa en general. Engels, pues, es en un sentido muy concreto

1. Engels, *ibid.*, págs. 510-15. En sus primeros escritos Marx y Engels emplean indistintamente los términos "Produktionskraefte" y "Produktivkraefte"; en esto seguían el ejemplo de los economistas franceses del periodo que acostumbraban a hablar de "forces productives" o "forces productrices". Cf. el empleo de Marx de esos términos en el texto original francés de su *Miseria de la filosofía* (1847): *Misère de la philosophie. Response à la philosophie de la misère de M. Proudhon* (MEGA I/6, págs. 117-238).

2. Engels, *loc. cit.*, pág. 516.

el padre de la ortodoxia socialdemocrática y de la fe leninista en la industrialización; incluso podía considerarse como un precursor lejano del socialismo fabiano, de no ser por su escepticismo respecto a la verosimilitud de un tránsito pacífico y por su antipatía hacia los «socialistas» anteriores a 1848 quienes (a diferencia de los «comunistas»), exigían medidas que se detenían ante la supresión de la propiedad privada de los medios de producción¹. Pudiera ser que el gradualismo no fuese una consecuencia necesaria del determinismo. Es innegable el predominio de este último en el pensamiento de Engels, y no sólo ayuda a explicar sus divergencias más palpables con Marx sino también el hecho de que con el desarrollo posterior del movimiento socialista fue Engels, antes que Marx, quien aportó la orientación en el nivel táctico.

Como si se enfrentara a la compleja dialéctica de existencia y esencia, realidad y «enajenación» desarrollada por Marx en sus escritos de 1843-1848, Engels delinea un cuadro más simple y armónico. Ni *La condición de la clase trabajadora* (1845), ni el fragmentario *Grundsätze* (1847), se hundan por el peso del lastre filosófico. De conformidad con la adhesión que de por vida profesó el autor a la visión optimista del mundo de la Ilustración², se vislumbra la emancipación de la sociedad a través del «comunismo» (es decir, mediante la abolición de la propiedad privada de los medios de producción), en cuanto un proceso unilineal en el que el hombre moderno —el hombre tal como está modelado por la revolución industrial y el triunfo adicional de la ciencia sobre la superstición religiosa— alcanza la completa realización de sí mismo. En contraste con Marx, el énfasis descansa aquí sobre la satisfacción de las necesidades humanas más que en la transformación de la esencia (humana y social). La revolución por llegar está llamada a derribar las barreras que cierran el paso a la libertad y la igualdad; su inevitabilidad surge del conflicto entre las fuerzas productivas liberadas por la nueva tecnología y la inadecuación de las instituciones existentes. En este cuadro, el *complexio oppsitorum* marxista de burguesía y proletariado no tiene cabida real; aunque mencionado incidentalmente, es exterior al propósito real del razonamiento de Engels que opera con los conceptos de la Ilustración en su fase más reciente y positivista. En estrecha semejanza con esos supuestos metodológicos, el papel del «factor subjetivo» queda casi reducido a un

1. *Ibid.*, págs. 519-21. En los años 1840 se solía contemplar el socialismo como un movimiento filantrópico de clase media; de aquí la predilección mostrada por Marx y Engels por el término «comunismo».

2. Cf. Gustav Mayer, *Friedrich Engels*, *passim*; Bollnow, *loc. cit.*, págs. 101 y ss.

punto imperceptible; el determinismo lo preside todo, los agentes activos del progreso son entidades despersonalizadas como por ejemplo la tecnología, la ciencia, o la revolución industrial como tal. Otras abstracciones desplegadas con fruición comprenden la sociedad, la maquinaria, las fuerzas productivas, el capital, la industria, la lucha de clases, y finalmente la nueva sociedad, donde todos esos factores se combinarán en una nueva y superior armonía¹.

En vísperas del levantamiento de 1848, esta doctrina optimista y positivista no era más que uno de los ingredientes de la explosiva mezcla teórica que Marx estaba preparando por medio del *Manifiesto*. Todavía no había llegado el momento para que el movimiento socialista se desviara de la herencia liberal. En 1848 la mayoría de los radicales acostumbraban a emplear la terminología jacobina. Para la reducida minoría de la Liga Comunista, por entonces próxima a hacerse con el control parcial de los movimientos radicales de Alemania, la filosofía de la revolución total de Marx, con sus tintes milenarios ya conocidos por los lectores educados en la tradición judeo-cristiana, era más apropiada que las esperanzadas anticipaciones acariciadas por Engels. No es que los dos hombres fueran conscientes de las importantes diferencias de visión. Cuando llegó la hora de redactar el *Manifiesto* Engels se plegó como era de suponer a la indiscutible autoridad de su aliado de más edad. El primer documento publicado del comunismo alemán llevaba, pues, la impronta del pensamiento revolucionario francés, hasta en cuestiones de estilo y fraseología, cuyos ecos jacobinos y babuvistas eran probablemente inconfundibles. Independientemente del alcance concreto de la deuda de Marx para con sus predecesores saintsimonianos y fourrieristas, entre los que requiere una mención especial Victor Considérant por su *Manifeste de la démocratie au XIXème siècle* (1847), que adelanta algunas de las formulaciones del *Manifiesto Comunista*; este último es evidentemente tan francés como alemán, y su incomparable capacidad retórica debe más a la síntesis de esas dos tradiciones europeas de lo que han sido capaces de admitir los críticos tradicionales. Por la misma razón no puede traducirse bien al inglés; en esta circunstancia aparentemente exterior e insignificante cabe discernir el elemento latente de un

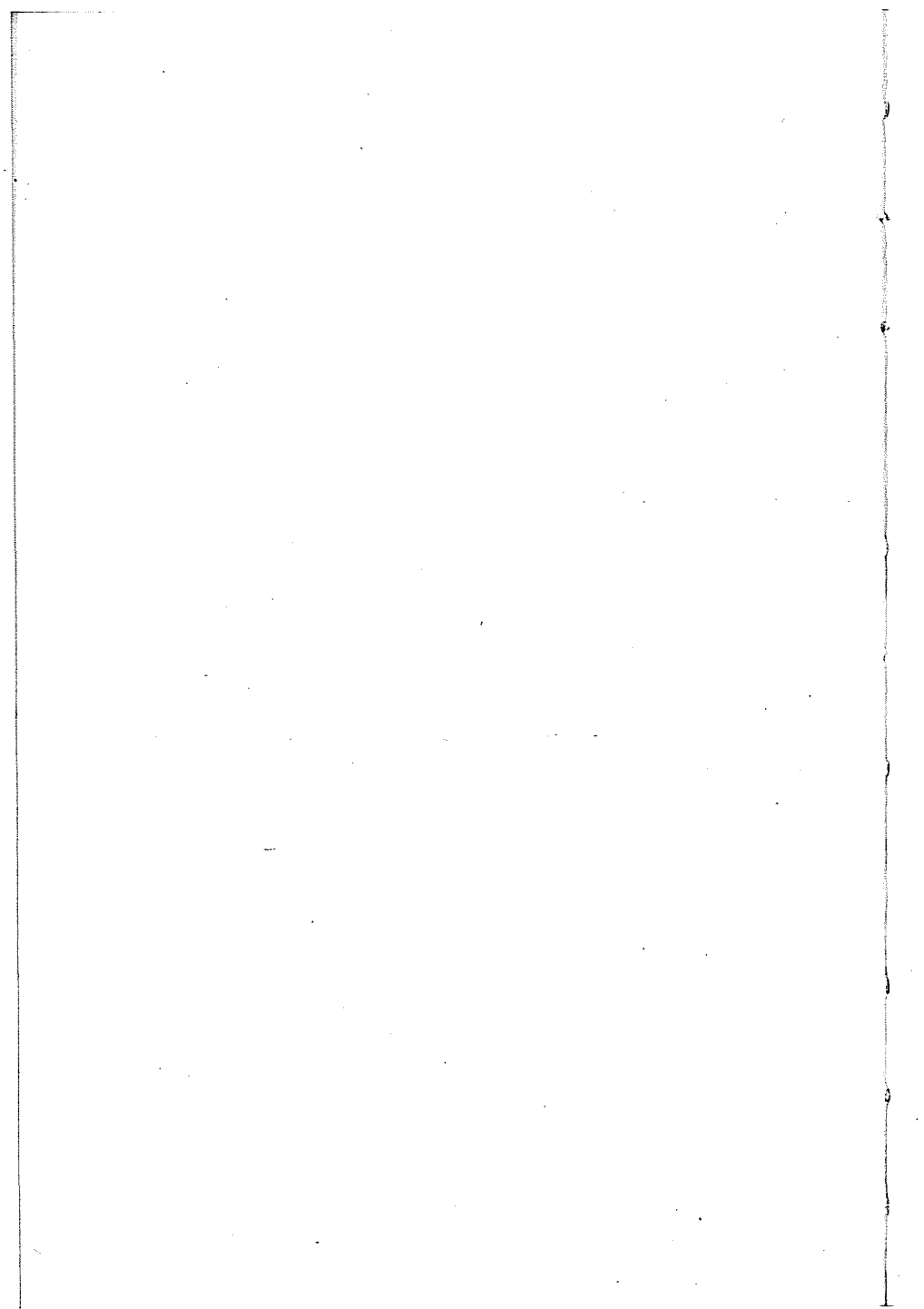
1. Sobre las peculiaridades del estilo de Engels, cf. Bollnow, *loc. cit.*, páginas 105-14. A cualquiera que se halle familiarizado con los textos originales tiene que resultar evidente que sus construcciones de frases manifiestan un estilo distintivo en la armonización de una visión optimista del mundo con una filosofía determinista de la revolución. No puede ser en modo alguno accidental que este estilo (incluso las peculiaridades de construcción gramatical y sintáctica), reaparezcan luego en Bernstein y Kautsky.

problema que iba a hacerse importante cuando el marxismo dejó de ser una doctrina continental europea, y trató de acomodarse a las tradiciones de los pueblos de habla inglesa. En la época de la revolución democrática, que alcanzó su apogeo en Europa occidental en 1848, era natural que la primera generación de socialistas imaginara la próxima transformación al estilo de sus propias experiencias políticas. En el continente europeo esas experiencias se hallaban determinadas por la lucha contra el absolutismo que discurría paralelamente al nuevo conflicto de clases. Los dolores del alumbramiento de la revolución industrial agravaron así una tensión que no tenía reflejo exacto en Gran Bretaña, por no referirnos a Norteamérica. Sin embargo, el movimiento cartista, la «revolución social», son cosas diferentes para los demócratas continentales que todavía luchaban por desterrar el peso muerto que había legado la autocracia y para los radicales ingleses que no soportaban el lastre de este problema concreto. El «republicanismo rojo» quedaba limitado a Europa, y dentro de Europa se centraba en Francia, en donde se había desarrollado y ganado en las calles de París la primera batalla de la democracia. La Liga Comunista de 1848 fue la heredera de esta tradición, y el *Manifiesto* expresa lo que supone una concepción del mundo que debía más a los recuerdos de 1789-94 de lo que sus autores habrían estado dispuestos a admitir.

TERCERA PARTE

La prueba de la realidad

1848-1871



LA CUESTIÓN ALEMANA

El *Manifiesto Comunista*, como todo el mundo sabe, hizo su aparición en Europa la víspera de un levantamiento; una sublevación abortada que sirvió de prólogo a una era de guerra y revolución. La consecuencia de ello ha sido la tendencia a considerar a Marx como el «hombre de 1848» y a su doctrina como una respuesta a problemas peculiares de la Europa Central. Aunque la verosimilitud de esta posición aparece un tanto mermada por el carácter predominantemente «francés» del *Manifiesto*, incluso en su estilo, y la escasa relación de sus ideas principales con las condiciones entonces prevalecientes en Alemania, hay algo de real en ella, siempre que uno no llegue a suponer que el alboroto europeo de 1848-9 presenta un estrecho parecido con la revolución social prevista en el *Manifiesto* inmediatamente antes de esas insurrecciones. Ni siquiera fue ésta la situación en París, en donde la revolución de febrero y la subsiguiente insurrección proletaria de junio estuvieron más próximas de cumplir las condiciones expuestas por Marx para la toma de poder. No existía base para una amenaza real al orden burgués en ninguna parte de Europa; ni siquiera en la región del Rin a la que se trasladaron en la primavera de 1848 los dirigentes de la Liga Comunista esperando mantener bajo su control al incipiente movimiento democrático. E incluso levantamientos como el que tuvo lugar en febrero en París, que desalojó a Luis Felipe de su trono y proclamó la república, se situaba en su conjunto más allá del horizonte de los demócratas alemanes, por no hablar del de los liberales. La principal preocupación de estos últimos, desde el momento mismo en que el poder cayó en sus manos como resultado de la insurrección popular de la primavera de 1848, fue la

de lograr la adhesión de los monarcas —especialmente la del rey de Prusia— a la causa nacional¹.

Este temprano intento de los liberales para hacerse con la jefatura del movimiento nacional alemán recurriendo a una política de compromiso se viene considerando actualmente como un signo de debilidad que anticipaba ya la capitulación posterior del liberalismo durante la época bismarckiana. Aunque esa estimación sea bastante fiel, tiende a simplificar el complejo de problemas a los que se enfrentaba la Europa central en general y Alemania en particular. Era ésta una zona en la que los fracasos históricos del pasado habían dejado una herencia particularmente llena de problemas por resolver. Si el liberalismo demostró su incapacidad en 1848, el luteranismo lo había hecho a su vez tres siglos antes, sin referirnos ya a los abortados intentos medievales de establecer una autoridad central efectiva. El presente esconde el pasado; en el caso de la Alemania del siglo diecinueve albergaba toda una historia de desgracias que no tenía paralelo en Europa².

Estos antecedentes no sólo determinaron el curso efectivo de los acontecimientos de 1848-9 y años posteriores, sino también el modo en que se percibían esos acontecimientos. Desde las autocracias amenazadas pasando por los liberales constitucionales, hasta los revolucionarios nacionaldemocráticos, para concluir con los dirigentes del embrionario partido comunista, cada grupo tenía su propia fórmula que explicaba el pasado y modelaba el futuro. Si hubo alguna vez una región en donde las filosofías de la historia tuvieron una importancia política inmediata fue ésta la de Europa central, porque en ella todo dependía de una correcta interpretación de los defectos estructurales enclavados en el campo político. Esas estructuras eran evidentemente de origen antiguo y por consiguiente de frágil entramado³.

Es una equivocación suponer que Marx y Engels eran los únicos en desempeñar su tarea provistos de un arsenal de conceptos históricos en la cabeza. El recurso a la historia era el rasgo co-

1. G. Barraclough, *Factors in German History*, Oxford, 1946, págs. 110 y ss.

2. G. Barraclough, *Origins of Modern Germany*, Oxford, 1946, passim. Para una apreciación alemana autorizada de la situación anterior a 1848 escrita desde una postura moderadamente conservadora, cf. F. Schnabel, *Deutsche Geschichte im Neunzehnten Jahrhundert*, 4 vols., Friburgo, 1948-51, especialmente vol. I.

3. Schnabel, *Deutsche Geschichte*, vol. I, págs. 80 y ss. Cf. Engels a Mehring, 14 de julio 1893, en MESC, págs. 543-4; "Estudiando la historia alemana —la narración de un estado permanente de desdicha— siempre he considerado que una comparación con los correspondientes períodos de Francia facilita una idea acertada de las proporciones, porque lo que sucede es exactamente lo contrario de lo que ocurre en nuestro país. Allí, una rara lógica objetiva a lo largo de todo el proceso; entre nosotros, una desmembración cada vez más lamentable".

mún de teóricos conservadores, liberales y radicales, sin recordar a los representantes de unas dos docenas de nacionalidades sometidas que en 1848-9 quedaron repentina y trágicamente lanzadas a la arena política. En verdad, la cuestión nacional pronto llegó a adquirir prioridad sobre todas las demás, hasta que la rivalidad entre las potencias europeas —y entre los dirigentes de las sectas revolucionarias en conflicto— quedó reducida a la búsqueda de medios para movilizar el apoyo popular en favor de un nuevo trazado de fronteras. Naturalmente, la cuestión alemana ocupaba el centro de la escena, pero Polonia, Hungría, Bohemia e Italia le seguían de cerca. Era una muestra de cataclismo mayor que habría de sobrevenir en 1918-19 y de los reajustes todavía más drásticos de 1945-8. Algunos de los problemas aún por resolver llevados entonces por primera vez al paroxismo, siguen planteados hoy.

Alemania condicionaba todos los demás problemas y en Alemania todo giraba en torno a la posición que ocupaba Prusia. Puesto que la derrota del liberalismo alemán iba a convertirse más tarde en el elemento más importante del panorama europeo, este asunto requiere de alguna consideración.

En 1848 la autocracia prusiana atravesó una crisis que anticipaba su violenta disolución ocurrida setenta años más tarde con la seudorrevolución alemana de 1918. La primera fase fue la insurrección de Berlín del 18-19 de marzo de 1848, cuando una población rebelde se lanzó contra el ejército odioso y obligó al rey a contemporizar durante un tiempo con las exigencias democráticas. Por debajo de este choque latía la progresiva descomposición de la estructura autocrática heredada del siglo dieciocho y modificada sólo en su superficie por la sedicente era reformista de 1807-19¹.

Tras el levantamiento de 1848-49, Prusia fue transformándose gradualmente en un Estado semiconstitucional, aunque el cambio continuaba siendo incompleto y la componenda resultante constituida por las reformas democráticas y las instituciones semiparlamentarias desprovistas de poder real, complicó a los liberales en una serie de compromisos que al final se llevaron a cabo a costa de la pérdida del respeto de sí mismos y de su ascendiente popular. Su desconcierto quedó consumado en la década de 1860, cuando Bismarck unificó Alemania sin contar con ellos y en contra de su opinión. El liberalismo nunca se recuperó de este revés moral. La historia posterior de Alemania hasta los desastres

1. Gordon A. Craig, *The Politics of The Prussian Army 1640-1945*, Oxford, 1955, págs. 65-81; Schnabel, *Deutsche Geschichte*, vol. II, págs. 272 y ss.

de 1918, 1933 y 1945, e incluyendo a cada uno de ellos, viene determinada en parte por el fracaso de la revolución de 1848. Esta hilación debe sin embargo enjuiciarse dentro del contexto de una historia nacional que convertía en improbable cualquier otro resultado. Decir que los liberales prusianos —y más generalmente los liberales alemanes— no cumplieron con su misión no supone otra cosa que afirmar que siguieron los pasos de anteriores generaciones que no habían logrado crear instituciones políticas de acuerdo con el modelo europeo occidental. Desde la perspectiva de un partido genuinamente revolucionario, las deformaciones adicionales eran simplemente una desventaja más que superar en la reconstrucción democrática de Alemania; pero un partido semejante, aunque no era del todo inexistente en 1848 o después, era demasiado débil para emprender desasistido esta reconstrucción. La iniciativa partió de los liberales que entonces contaban con el respaldo de la mayoría de la clase media y del campesinado; y los liberales, por razones que pronto se hicieron patentes, buscaron un compromiso con la autocracia; el resultado —puesto que el gobierno no tenía intención de llegar a un compromiso de forma que pusiera en peligro su control del ejército y de la administración— fue un punto muerto que persistió durante algunos años, y se rompió cuando Bismarck encauzó el flujo nacional ascendente hacia el campo reaccionario.

En 1848 aún aparecía velado este final de la lucha constitucional. El liberalismo y el nacionalismo habían marchado juntos durante décadas y parecía improbable que la alianza pudiera quebrarse. En realidad los liberales prusianos se mostraban tan confiados de su inmovible influencia sobre el movimiento nacional que durante su breve triunfo de la primavera de 1848 no procedieron a ningún intento serio para situar al ejército bajo su control. Incluso el *coup d'état* de matiz monárquico de noviembre de 1848, y la subsiguiente imposición de una pseudoconstitución, lograron hundir su fe en que la historia estaba de su parte. Nunca se les ocurrió que la autocracia podía establecer vínculos con la nación prescindiendo de ellos, ni que el ejército podía obtener una popularidad que le permitiría librarse del control parlamentario¹. Esas falsas interpretaciones tenían su base en una situación que no tenía contrapartida en Europa occidental, aunque en más de un aspecto se pareciesen a la que se daba en Rusia. La derrota de los liberales constitucionalistas no cabe imputársela tan sólo a una jefatura incompetente. Algo pasaba en Prusia que burlaba tanto a sus enemigos como a sus partidarios.

1. Barraclough, *Factors in German History*, págs. 118 y ss.

rios. En último término sólo podían ampararse en la afirmación de que el Estado prusiano era único, como único era en verdad en cierto sentido. Así pues, a pesar de las evidentes semejanzas con Rusia por un lado y con Suecia por el otro, no había en Europa nada semejante a aquél¹.

El carácter único de Prusia no reside simplemente en el papel preponderante de los militares, sino en el hecho de que el reino dsempeñaba en Alemania el principal papel político sobre la base de una estructura social que era en esencia europeo-oriental. Ya en el siglo quince se habían separado los rumbos sociales de Europa oriental y occidental, y en este momento crítico los territorios que luego formarían Prusia habían empezado a seguir el modelo ruso-polaco². En una época más tardía tampoco se dio marcha atrás de forma efectiva respecto de esta tendencia. El absolutismo del siglo dieciocho no realizó la «Ilustración» hasta el punto de abolir la servidumbre o de arremeter contra los privilegios de la nobleza terrateniente que controlaba el ejército y reproducía la relación entre el Junker y el siervo con el despotismo del funcionario respecto a los ciudadanos³. Lo más curioso es que ni siquiera el hundimiento de Prusia en la primera guerra contra Napoleón (1806-7) condujo a una reconstrucción radical. La modernización del gobierno emprendida durante el período ulterior de reformas se detuvo ante los cambios estructurales que ponían en peligro el poder del señorío terrateniente. Estos últimos obtuvieron los principales beneficios de la abolición tardía de la servidumbre en 1807-10, siendo el principal efecto de la reforma legislativa la creación de un proletariado agrícola desprovisto de tierra. Cuando finalmente llegó en 1848 algo parecido a una verdadera emancipación campesina, era ya demasiado tarde. La masa del campesinado había quedado arruinada, y la clase de los Junker, que había adquirido ya el control militar y el poder administrativo, poseía ahora también una base económica inatacable⁴.

1. F. L. Carsten, *The Origins of Prussia*, Oxford, 1954; W. O. Henderson, *The State and the Industrial Revolution in Prussia 1740-1870*, Liverpool, 1958; Walter M. Simon, *The Failure of the Prussian Reform Movement 1807-1819*, Cornell, 1955.

2. Carsten, *op. cit.*, págs. 135, 147-8, 149-64.

3. Carsten, *pág. 273*. Para la diferencia entre el absolutismo de los Hohenzollern y los Borbones, cf. del mismo autor "Prussian Despotism at its Height", *History*, Londres, febrero y junio 1955, págs. 42-67.

4. J. H. Clapham, *The Economic Development of France and Germany 1815-1914*, Cambridge, 1951, 4.ª ed., págs. 37-49; cf. también Simon, *op. cit.*, págs. 20-37, 88-104; Schnabel, *Deutsche Geschichte*, vol. II, págs. 291-5. La naturaleza discutible de la llamada reforma legislativa aprobada bajo Hardenberg y Shoen en 1810-19, quedó, en lo que concierne a los campesinos más humildes y a los jornaleros sin tierra, oculta durante mucho tiempo por la leyenda liberal que creó principal-

Si la servidumbre campesina y el predominio del señorío rural eran rasgos que Prusia compartía con Rusia y Polonia, la monarquía militar prusiana era verdaderamente única. Polonia carecía de gobierno central efectivo —de aquí su desaparición del mapa en la última parte del siglo dieciocho— y el absolutismo zarista carecía de la eficacia burocrática que era el signo distintivo de la administración prusiana. Fue la burocracia la que permitió sobrevivir a la derrota a la monarquía prusiana durante el período napoleónico, y sustituir en adelante una verdadera renovación política por mejoras administrativas. La reforma de la legislación instituida después de 1807 fue obra de burócratas ilustrados, siendo su conversión al liberalismo económico la responsable de la adopción gradual a partir de 1815, de las medidas sobre tarifas que facilitaron la posterior unificación de Alemania bajo la jefatura prusiana¹. Aproximadamente hacia 1848 esas tendencias habían avanzado lo suficiente respecto al sector principal de opinión de la clase, como para favorecer una política de construir una Alemania unificada centrada en Prusia. Sin embargo, la misma eficiencia burocrática que permitió a Rusia tomar las riendas del desarrollo económico, dotó también al gobierno de un grado considerable de control directo e indirecto de la economía, reforzando así la autocracia en el momento mismo en que entraba en conflicto con la burguesía².

Para comprender lo que sucedió entre 1848 y 1871 es necesario tener presente que mientras la monarquía prusiana se apoyaba sobre las dos bases paralelas del cuerpo de oficiales y la burocracia civil, el control del primero constituía su verdadero cimiento y seguía siendo esencial a su funcionamiento. En cada crisis de carácter mayor el gobierno adoptaba la faz de un despotismo militar en el que el ejército prevelece sobre la admi-

mente el mito de Stein-Hardenberg con el fin de vincular el período de reformas con el levantamiento nacional de 1813-15 contra los franceses. Sólo en época reciente se ha desmontado este montaje mítico con la ayuda de los historiadores meridionales alemanes de tendencia conservadora, como Schnabel, que no tienen ningún interés en la perpetuación de la leyenda prusiana.

1. Henderson, *op. cit.*, págs. 76-95.

2. *Ibíd.*, XIII-XXIII. En realidad, la burocracia prusiana nunca abandonó la tarea de regulación y control de la economía, mientras en Europa occidental los gobiernos, tras haber sido los avanzados del desarrollo industrial entre las épocas de alrededor de 1600 a 1750, se fueron retirando paulatinamente de la escena dejando el campo libre a la empresa privada. En Prusia el proceso se hizo más lento por la pobreza del país, pero todavía más por las tradiciones absolutistas del gobierno. Por ello, cuando la lucha constitucional llegó a su apogeo en los años 1860 (y quedó decidida a su debido tiempo en favor de la burocracia), ésta pudo pretender con toda legitimidad haber tenido la participación principal en el desarrollo industrial del país.

nistración civil. En tiempos de calma, la última tenía peso suficiente para dar a Prusia la apariencia de un Estado semiconstitucional; pero todo ataque a la autocracia real, a los intereses básicos de la nobleza y el señorío territorial que ejercía el control del ejército por medio del cuerpo de oficiales dominado por los Junkers, ponía en acción un mecanismo contra el que los movimientos de oposición democrática se batían en vano. En 1848 esos movimientos aún podían mirar al ejército de defensa territorial, el *landwehr*, como un baluarte contra la dominación total de los Junkers. En consecuencia, su eficacia quedó mermada y la oposición de la clase media perdió su única defensa. A cambio obtuvo una pseudoconstitución y un parlamento electo según un sistema de sufragio que aseguraba una mayoría permanente para los grandes propietarios. Conseguida esta posición segura, los liberales dedicaron desde entonces su principal energía a instar al gobierno a que desarrollara una política «alemana», o lo que es lo mismo, la política de utilizar el ejército prusiano sin reformar al servicio de la causa nacional¹.

La cuestión nacional en la forma en que terminaría por dominar la política alemana, y en definitiva la europea hasta 1933-45, no estaba en un principio ligada intrínsecamente con la política interna de Prusia. La circunstancia de que sus territorios se diseminaran entre las cinco corrientes paralelas que discurren por el norte de Alemania ayudó lógicamente a hacer de Prusia el foco natural del movimiento nacional, una vez que quedó claro que Austria era incapaz de llevar a efecto la alternativa distinta de ser ella la que unificase Alemania. Pero la medida suponía cierta vacilación incluso por parte de los liberales alemanes del norte, y ni que decir tiene de los demócratas alemanes del sur, quienes se decantaron por la idea de que era posible una solución federal y republicana, o alternativamente republicana o federal, con o sin Austria. El conflicto respecto a esta cuestión dominó el período 1848-71 y ejerció una profunda influencia sobre la actitud de los partidos políticos entonces en proceso de formación, así como del movimiento obrero que en la década de 1860 se habían dividido (como los liberales), en facciones pro-prusiana y contraria Prusia. En 1848 todo esto aún estaba oculto por el velo del futuro. Una reorganización democrática de Alemania no parecía imposible después de que los insurgentes de Viena y Berlín había arrojado al ejército de las dos grandes capitales y forzado a los gobiernos a celebrar elecciones parlamentarias sobre

1. Para detalles sobre esta funesta asociación, cf. Graig, *op. cit.*, págs. 65 y ss.; Simon, *op. cit.*, págs. 197 y ss.

la base del sufragio universal (que pronto habría de ser anulado). Era lógico suponer que la revolución podía entrar en su fase republicana, como había sucedido en Francia, o forzar al menos a los diversos gobiernos alemanes a federarse sobre una base más o menos democrática. La frustración de esas esperanzas iba a motivar en breve la perniciosa alianza entre el nacionalismo alemán y el militarismo prusiano del que partieron todas las desventuras posteriores de Alemania; pero en 1848 la pelota estaba todavía en el alero. Pronto iba a decidirse por qué lado iba a caer, sucediendo de tal forma que aumentó el antagonismo entre Alemania y el mundo occidental sin mejorar las relaciones alemanas con los eslavos¹.

La compleja interrelación de los movimientos nacionalista y democrático que actuaban en este período por toda Europa central, ha de considerarse sucintamente en conjunción con el desarrollo de las ideas de Marx y Engels sobre la cuestión nacional. A este respecto es oportuno recordar que en 1848 ambos pudieron asociarse pública y privadamente con la causa de la unificación nacional alemana, a la vez que permanecían fieles a los principios expresados en las publicaciones de la Liga Comunista. En las condiciones alemanas, el nacionalismo era una parte integrante del programa democrático, al que el grupo comunista se entregó en cuanto representante de la extrema izquierda del movimiento democrático; ese movimiento estaba complicado entonces en lo que prometía convertirse en una lucha por la reconstrucción radical de Europa central, y la presencia dentro de sus filas de un «grupo rojo» reducido pero activo, no causó sorpresa ni consternación. Se trataba de una situación que en años posteriores había de hallar su reverso en los numerosos levantamientos democráticos, con la diferencia importante de que la experiencia de Europa central en 1848-9 constituyó un fracaso, tanto desde la posición de los radicales como en la opinión de quienes se situaban más a la derecha. Ambos grupos estaban unidos por la convicción de que la cuestión nacional postulaba una solución democrática, aunque Marx y Engels tenían su propia visión de lo que esa solución habría de ser en definitiva. Tras la derrota, cuando se hizo patente que la clase media alemana era incapaz de ponerse al frente de una revolución democrática nacional, esas diferencias se acentuaron por la creciente inclinación de la mayoría de los demócratas a aceptar soluciones tibias. Pero en 1848 nadie pensaba todavía de tal forma. El más probable de todos

1. Barraclough, *Factors in German History*, págs. 110 y ss.; Graig, *op. cit.*, págs. 106-35; Simon, *op. cit.*, págs. 4-5; A. J. P. Taylor, *The Habsburg Monarchy 1809-1918*, Londres, 1948, págs. 57-82.

los finales parecía una solución parcial de la cuestión nacional conseguida bajo el mando prusiano apoyado por la masa principal de la opinión de clase media.

Visto a distancia, se pone de manifiesto que todos los que estaban mezclados en el asunto subestimaron la fuerza de la posición prusiana. No sólo poseía Prusia la organización militar más eficiente de Alemania¹, sino que su política económica le había garantizado el apoyo tácito de la burguesía industrial que estaba transformándose con toda celeridad en el elemento más importante del movimiento de unificación nacional. Las tendencias proteccionistas y, en consecuencia, las tendencias antiliberales de este grupo, ya podía advertirse antes de 1848, al igual que su antipatía por Inglaterra y un cierto antagonismo velado hacia aquellos elementos liberales de la sociedad alemana que defendían el libre comercio y la adopción de las «instituciones inglesas». En las décadas de 1830 y 1840 esas tendencias nacionalistas y proteccionistas fueron combinadas con habilidad por propagandistas influyentes como List de cara a la construcción de un sistema coherente que anticipaba muchos de los rasgos posteriores del liberalismo nacional bismarckiano de los años 1880, aunque el propio List fuera por su parte un alemán del sur y *gross-deutsch*, es decir, resuelto a englobar los territorios de los Habsburgo. Mientras Alemania se conmocionaba en una sucesión de crisis políticas, el gobierno prusiano y los intereses manufactureros del norte fueron acercándose gradualmente a un entendimiento hasta que el fracaso de la oposición parlamentaria liberal de 1866 y la posterior unificación bismarckiana del Reich les permitió concluir una unión permanente².

Es típico de las alianzas confusas del período el que la oposición a este bloque de intereses de Alemania del norte alentara en todos los grupos desde los «particularistas» conservadores de Alemania del sur, hasta el grupo comunista embrionario encabezado por Marx y Engels. La defensa de los «derechos de los Estados» desempeñaba un papel destacado en el conflicto sobre la unificación alemana que en definitiva no hizo más que llevar la Asamblea Nacional a un punto muerto en 1848-9, mientras que

1. Craig, *op. cit.*, págs. 136-74.

2. Clapham, *op. cit.*, págs. 97-102, 150-7; Henderson, *op. cit.*, págs. 144-7; Simon, *op. cit.*, págs. 229-40; Schnabel, *op. cit.*, III, págs. 330-71. Sobre el antisemitismo de List y su enemistad con Inglaterra y la «escuela manchesteriana», cf. Schnabel, *op. cit.*, págs. 346-51. Es discutible hasta qué punto anticipó List las tendencias que luego manifestaría el nacionalsocialismo. De todos modos, sí puede asegurarse que fue el precursor de la idea nacionalista de que el mercantilismo, pacifismo, filosemitismo, y anglofilia van invariablemente juntos.

entre los diversos intereses que se ocultaban tras este útil lema la Iglesia católica era el más poderoso. Sus seguidores raramente se descubrían, aunque fuesen los más activos tras el telón¹. El abismo entre el norte protestante y el sur católico en su mayoría dividía Alemania con la misma efectividad que el choque tradicional de intereses entre la Prusia agraria del este del Elba y la región industrial del Rin, en donde el radicalismo de la clase media protegía la revolución. Para hacer más difícil la situación, la región renana pertenecía formalmente a Prusia, y los radicales renanos —Marx y Engels entre ellos— aún con toda su antipatía por el régimen de Berlín se vieron obligados a operar dentro de un marco político que cargaba a Prusia con la tarea de unificar si no a Alemania en su totalidad, sí al menos su mitad norte. Se planteaba la alternativa de una reconstrucción radical que habría hecho tabla rasa de todos los gobiernos existentes y reorganizado a toda Alemania sobre una base republicana-democrática. Pero aunque se pregonaron esas demandas en 1848-9 por una fracción bastante considerable del Partido Demócrata, no existían «políticos prácticos» en la ausencia de un movimiento de masas que nunca llegó a materializarse más que en dos capitales, Viena y Berlín, y en unos pocos distritos aislados del sudoeste. Un movimiento semejante todavía tenía menos posibilidades de obtener el poder en Colonia, en donde la Liga Comunista tenía su estado mayor. Sus dirigentes, pues, se concentraron hábilmente en la tarea de la «infiltración», constituyendo el ala izquierda del partido democrático de la Asamblea Nacional la base de manobra más evidente².

Para comprender lo que suponía esta estrategia hay que tener en cuenta que la adhesión a la causa nacionaldemocrática significaba en la práctica la solución *grossdeutsche* de la cuestión alemana, es decir, la incorporación de los territorios de los Habsburgo en un *Reich* unificado. Las consecuencias de esta alineación atormentaron durante años a Marx y Engels; entre varios otros, eran parcialmente responsables de la querrela con Lassalle sostenida en la década de 1860 y de la incapacidad para fundar un movimiento obrero unificado antes de 1875. Inmediatamente la cuestión les puso en conflicto con los nacionalistas eslavos de Austria y con Bakunin; tal conflicto era un reflejo trivial de la circunstancia todavía más trivial de que el nacionalismo alemán de 1848-9 celebró su aparición en la escena europea declarando

1. Wilhelm Mommsen, *Groesse und Versagen des deutschen Buergerturns. Ein Beitrag zu Geschichte der Jahre 1848-1849*, Stuttgart, 1949, págs. 172-9.

2. Mommsen, *op. cit.*, págs. 129-36; Mehring, *Karl Marx*, págs. 152-90.

la guerra a los eslavos occidentales¹. Al igual que List, que a este respecto se comportaba como un demócrata alemán meridional típico, la mayoría de los radicales de la Asamblea de Frankfurt no eran sólo *grossdeutsch*, sino también anexionistas. Si los conservadores católicos se sentían a disgusto con Prusia por razones religiosas, y porque sus dirigentes preferían los Habsburgo a los Hohenzollern, los demócratas —con la única excepción de una pequeña minoría genuinamente partidaria del principio de las nacionalidades— se sintieron arrebatados por una mezcla de patriotismo y sueños añejos de un *Reich* restaurado que en la práctica anticipaba la *Mittleuropa* de la política del siglo veinte. En comparación, los liberales moderados, que sólo deseaban conquistar Alemania con ayuda prusiana y construir a continuación una marina para intimidar a los daneses y para impresionar a los británicos, eran figuras ejemplares de realismo y sentido político².

Por debajo de esta inmadurez chauvinista existe un vacío social entre los radicales democráticos, que en su conjunto representaban los elementos más ilustrados de la clase media provinciana, y los liberales que procedían de los estratos superiores cultivados y que en consecuencia utilizaban menos la retórica patriótica. Por formación y educación Marx y Engels pertenecían a este grupo, aunque políticamente se situaban muy a la izquierda de ambos. Si a pesar de ello mantenían una alianza táctica con la democracia, al tiempo que ridiculizaban sus lemas y a sus dirigentes, ello se debía a su convicción de que los liberales no podían dar un paso a menos que les empujara un movimiento popular. Esto se revelaría bien cierto, pero la Liga Comunista, sin embargo, pagó un alto precio por la relación de sus líderes con un partido que primero arruinó la causa democrática con la profusión de su retórica y su ineptitud política, y luego transmitió su programa de la *grossdeutsch* a una generación que ya no creía en la democracia. En conjunto, Marx y Engels probablemente no tuvieran otra opción, puesto que el movimiento obrero era todavía virtualmente inexistente; la alternativa a la táctica

1. Mommsen, *op. cit.*, págs. 182-3, 208-11. Respecto a las ideas de Marx y Engels sobre la cuestión nacional, remitimos a lo que se dirá después. El texto completo de sus escritos entre marzo y diciembre puede hallarse en MEGA I/7. Sin embargo, no influyen algunas de las declaraciones más importantes sobre el problema nacional.

2. Mommsen, págs. 82-91, 210-11. Algunos de los demócratas de la Asamblea Nacional anticiparon el pangermanismo de 1914. Además de fundar un imperio *grossdeutsch* que incluyera los territorios de los Habsburgo (y Alsacia-Lorena), trataban de embarcarse en una política de expansión por Europa oriental y los Balkanes hasta el Mar Negro.

que adoptaron hubiera podido consistir en abandonar la arena política juntamente con los demócratas; una postura que no cabía esperar de los autores del *Manifiesto Comunista*. Puede responderse que al instar a una revolución democrática, la alianza con la república francesa, los italianos y los polacos, y una guerra revolucionaria contra la Rusia zarista, la *Neue Rheinische Zeitung* (al cargo de cuya edición estaban ambos) hizo lo mejor que podía esperarse dadas las circunstancias (exceptuadas unas cuantas humoradas nacionalistas de Engels sobre la cuestión eslava); el hecho cierto es que en 1848-9 los líderes de la Liga Comunista (que hacía poco habían proclamado el fin inminente de toda política nacional), sólo podían obtener una audiencia haciendo sonar la trompeta patriótica con la mayor fuerza posible. Con el transcurso de los años podrían defender esas tácticas en base a que el atraso de Alemania no les dejó otra posibilidad, pero el ejemplo ya se había dado y los demás podían seguirlo.

1. Solomon F. Bloom, *The World of Nations: A Study of the National Implication in the Work of Karl Marx*, Nueva York, 1941, especialmente págs. 134-50. Respecto a las muestras de pangermanismo de Engels en 1848-9, cf. Gustav Mayer, *Friedrich Engels*, vol. I, págs. 325-30. Los dos importantes artículos sobre paneslavismo publicados en la *Neue Rheinische Zeitung* los meses de enero y febrero de 1849, incorporados al volumen III del *Nachlassausgabe* de Mehring de 1902 (págs. 233-64), se sabe que fueron escritos por Engels. (Cf. Mehring, *op. cit.*, pág. 269; Mayer, *op. cit.*, vol. I, pág. 326.) Esos artículos contienen la mayoría de las peculiaridades doctrinarias de las naciones minoritarias eslavas —exceptuando siempre a los polacos— a las que la literatura marxista posterior descuidó explícitamente. Cf. Carlos Marx y Federico Engels, *The Russian Menace to Europe* (P. W. Balckstock y B. F. Hoselitz eds.), Londres, 1953, págs. 246 y ss.

NACIONALISMO Y DEMOCRACIA

Cualquier tentativa de discutir el flujo y reflujo de la revolución y reacción que tuvo lugar entre los años 1848 y 1871, debe concentrarse forzosamente en la interconexión de los acontecimientos internos y exteriores. La época era particularmente rica en convulsiones revolucionarias, y fue testigo de la unificación de Alemania e Italia, y por lo tanto de la consumación del sistema estatal europeo del siglo XIX. De siempre se ha visto la necesidad de tener en cuenta el nexo evidente entre esa serie de acontecimientos paralelos; y toda vez que el nacionalismo y el liberalismo se habían hecho respetables, la escuela de historiografía dominante se vanagloriaba de esgrimir la tesis de que la clase media liberal había estado a la vanguardia de la lucha nacionalista. Aunque en el mejor de los casos suponía una verdad a medias, este planteamiento sirvió como un faro guía para el análisis de cualquier movimiento nacional. Asimismo permitía a los recién incorporados —principalmente Alemania e Italia— asegurar una orientación política definida, aunque, en cualquier caso, la integración nacional liberal pronto se rebeló impotente para contener las energías populares. En nuestro contexto presente es importante averiguar qué efecto tuvieron esos acontecimientos para la conciencia del nuevo movimiento trabajador que pronto iba a caer bajo la influencia de las doctrinas marxistas. Se ha observado que en 1848-9 y durante algún tiempo después, Marx y Engels actuaban dentro del ala radical del movimiento democrático que en Europa central era todavía predominantemente «burgués» en el sentido de que no era socialista. Si con esto se insinúa que contemporizaban con uno y otro campo, esta falsa impresión tiene que corregirse aquí, por lo menos al efecto

de mostrar en qué aspecto la «democracia burguesa» de 1848-71 significaba algo muy distinto al abusivo término en que habría de convertirse dentro de la literatura leninista dos o tres generaciones más tarde.

La revolución de 1848-9 supuso un verdadero cambio, diferenciándose de los demás por cuanto que desbarató la alianza entre la clase media, los campesinos y los trabajadores urbanos, que había sido en Europa la base del movimiento democrático desde la revolución francesa¹. Una vez producida esta ruptura, se dejó que se enfrentaran entre sí como enemigos el liberalismo y el socialismo, y se hizo factible (aunque sin ser cierto) afirmar que burguesía y proletariado eran los únicos agentes activos del proceso histórico. Antes de 1848 esas afirmaciones habrían sonado como un disparate incluso en París, en donde pronto las dos clases iban a encontrarse en las barricadas. Fuera de Francia y más especialmente en Alemania, en donde las dos terceras partes de la población se dedicaban todavía a la agricultura, y apenas si había aún nada que se pareciera a la industria moderna², esa doctrina que carecía incluso del grado de persuasión que pudiera haber encerrado para los socialistas franceses, hizo que se despertara su atención. Todavía era demasiado profunda la creencia en el poder de la democracia para solucionar todos los problemas sociales, y demasiado radical el lema de la democracia, para que nadie, salvo un puñado de comunistas, supusiera que el «proletariado» pudiera representar algo más que las capas más humildes del «pueblo»; es decir, de la coalición burguesía-campesinado-clase trabajadora, que había hecho la gran revolución en Francia y ahora (en 1848) se esperaba que señalara incluso un triunfo mayor en toda Europa. La frustración de esas esperanzas, y la consiguiente disolución del gran movimiento democrático en un conjunto de sectas en conflicto, llevaron por primera vez a un número notable de revolucionarios a dudar de la eficacia de las antiguas panaceas jacobinas y jeffersonianas³.

Pero antes de que hubiera comenzado esta desintegración, la coalición democrática clásica se aseguró un triunfo final: su paso victorioso de la primavera de 1848 por amplias áreas de Europa central permitió al campesinado (o lo que de él quedaba), deshacerse de las reminiscencias de la servidumbre y convertirse en propietarios libres. Hecho esto y disuelta la coalición, los campesinos se hicieron conservadores; y los radicales urbanos hubie-

1. Arthur Rosenberg, *Democracy and Socialism*, Londres, 1939, págs. 13-15.

2. Rudolf Stadelmann, *Soziale und politische Geschichte der Revolution von 1848*, Munich, 1948, págs. 9-28.

3. Rosenberg, *op. cit.*, págs. 125-33.

ron de luchar sin ayuda o con el único apoyo de los obreros, que todavía no constituían un proletariado industrial en la acepción moderna de la palabra, sino en su mayoría una masa fluida de artesanos recientemente empobrecidos dispuestos a luchar por la democracia; aunque existía también un núcleo de verdaderos obreros industriales, que en conjunto tendían a mostrarse prudentes y «reformistas». De aquí que el levantamiento político provocó un importante reagrupamiento social, del que iban a ser los beneficiarios el liberalismo burgués y el socialismo obrero¹.

Tal resultado, aunque satisfactorio para los liberales —quienes durante esos años lograron en todas partes una participación en el poder— y en cierta medida para los socialistas, para quienes constituía una prueba de su doctrina del conflicto de clases, se hallaba lejos de complacer a los radicales democráticos. En 1848-9 este partido hubo de soportar la cólera del momento y estaba ahora derrotado, perseguido en todas partes, lanzado al exilio, o llevado ante tribunales militares, despreciado además por socialistas y reaccionarios juntos como el despojo de una causa irremediabilmente desacreditada. Esta desintegración de la democracia europea (en la acepción clásica del término), ocurrida durante los años 1848-9, ha sido superada y oscurecida por catástrofes de mucha mayor entidad cuya importancia puede pasarse por alto peligrosamente. De una forma inmediata significó el fin de toda esperanza de reconstruir la Europa central con arreglo a directrices democráticas, posiblemente un objetivo utópico pero un propósito que había animado a la élite intelectual antes de 1848. Desde una perspectiva un tanto más amplia aportó la principal fuerza motriz que respaldaba al naciente movimiento socialdemocrático, que era en buena parte el antiguo movimiento sobre una nueva base social. Asimismo obligó a Marx y Engels a romper con sus antiguos aliados democráticos, y trasladó el centro de atención de su actitud hacia el movimiento trabajador. Este aspecto ha atraído naturalmente la atención de los historiadores socialistas, quienes no han logrado muchas veces advertir que a la vez que esto ocurría los fundadores del marxismo se vieron obligados a deshacerse de parte de su bagaje teórico. Ni la teoría marxista de la democracia, ni la doctrina marxista de la evolución nacional, son plenamente compren-

1. Stadelmann, *op. cit.*, págs. 76-82; L. B. Namier, *1848: The Revolution of the Intellectuals*, Londres, 1944, págs. 7-24. Se hace difícil secundar a Namier en su sugerencia de que en la Francia y Alemania de 1848 las clases medias "comprendían con probabilidad la mitad de la nación" (pág. 7), a menos que incluya en ellas la totalidad de los campesinos propietarios. Estos últimos, sin embargo, se mantuvieron totalmente aparte del marco político de la clase media.

sibles a menos que se recuerde que tomaron forma inmediatamente después de la derrota más dura que la democracia y el nacionalismo hayan sufrido en Europa¹.

La informal pero efectiva «Internacional» republicano-democrática de 1830-48, que contaba con su cuartel general extraoficial en París, se había mantenido cohesionada por la lealtad y creencias que en última instancia reconducían al logro cumbre de la Revolución Francesa: la «dictadura democrática» de 1793-4. Para los seguidores de esta tradición, el republicanismo y la democracia significaban ni más ni menos que la realización de los objetivos proclamados en aquel momento crucial de la historia. En este aspecto el partido democrático no sólo incluía las sectas socialistas de la época, sino la sección de izquierda del movimiento cartista, y aquellos revolucionarios nacionalista (por ejemplo, los elementos radicales que había entre los polacos emigrados), que defendían una solución drástica del problema agrario. Se consideraba a los trabajadores de París como la vanguardia del movimiento, por la justa razón de que eran quienes parecían más llamados a provocar una sublevación triunfante, pero los fines de la revolución se planteaban de tal forma que podían albergar a las tendencias «liberal» y «socialista» juntas. Si la mayoría de los radicales creían que la democracia resolvería automáticamente lo que iba a conocerse con el nombre de «problema social», quienes discrepaban (verbigracia, Marx y sus aliados, pero igualmente Proudhon y sus seguidores en Francia y Bélgica), no abandonaron por este motivo su lealtad al movimiento democrático que en la víspera de 1848 se unió en la lucha contra todas las autoridades existentes. De aquí que en 1847 Marx y Engels pasaran gran parte de su tiempo estableciendo contactos entre los cartistas de Gran Bretaña y lo que se conoció generalmente por partido democrático-socialista de Francia. La unidad básica de esta «Internacional» quedó bien patente el 29 de noviembre de 1847 cuando los «demócratas fraternos» celebraron en Londres el aniversario de la insurrección polaca de 1830 en una reunión a la que acudieron delegados ingleses, franceses, polacos alemanes, suizos, etc., y en la que Marx expresó la adhesión en nombre de una sociedad similar de Bruselas, en realidad, el grupo local de la Liga Comunista alemana².

1. Rosenberg, *op. cit.*, págs. 145-70; Gustav Mayer, *op. cit.*, I, págs. 323 y ss., 351-5, 362-8.

2. Rosenberg, *op. cit.*, págs. 73-75 Para una estimación del encuentro (publicado por primera vez en la *Northern Star*, órgano cartista, en diciembre de 1847, bajo el título: *The Polish Revolution. Important Public Meeting*), cf. MEGA I/6, págs. 625-31.

Merece destacarse que incluso el grueso de quienes se conocían con el nombre de demócratas en la Europa central de 1848-9 —es decir, el ala izquierda de la Asamblea de Frankfurt y sus partidarios de Austria y Alemania meridional— permanecieron al margen de la «Internacional» democrática, así definida. El «jabobinismo» tenía pocos seguidores en Alemania, y los pocos que había se encontraban entre las sectas socialistas ilegales. En su conjunto, el país estaba demasiado atrasado, y la oposición democrática era demasiado conservadora y reaccionaria para fomentar una forma de radicalismo popular de tinte socialista. Pero esas distinciones eran fluidas, y parecía probable que también Alemania se sumara al movimiento, como en realidad sucedió hasta cierto punto en 1848-9 bajo la presión de los acontecimientos. «Los republicanos rojos» que apelaron a los campesinos frente a los terratenientes —en aquel momento el tipo más extremo de actividad revolucionaria en la Europa central, fuera de las pocas grandes ciudades— pudieron preparar el camino, y así lo hicieron, a los socialdemócratas, que en la próxima generación se volverían hacia los obreros industriales. Pero la mutación tardó varias décadas en llevarse a cabo, y éste fue precisamente el período intermedio que contempló la frustración de las esperanzas democráticas¹. Con la ulterior evolución del movimiento socialista europeo, se hizo costumbre achacar el resultado del levantamiento 1848-9 a la debilidad y falta de visión de la clase media, que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas. Marx y Engels dieron el tono², y sus partidarios repetían que la clase media alemana había fracasado donde la burguesía francesa triunfara en 1789, y la inglesa un siglo antes. Este análisis aún carecía de la agudeza con que lo dotaron en años posteriores, después de que una nueva reflexión les había llevado a revisar su primitiva apreciación de la burguesía liberal en cuanto fuerza «revolucionaria». Hacia la década de 1860, Engels estaba ya conforme en definir la democracia liberal como una causa perdida, y en describir al bonapartismo como «la verdadera religión de la burguesía moderna»³. Marx no llegó tan lejos, aun-

1. Ronsenberg, *op. cit.*, passim; Stadelmann, *op. cit.*, págs. 83-99. Hay que destacar que el *Manifiesto Comunista*, aunque se publicó a principios de 1848, se había redactado en realidad el otoño anterior, es decir, antes del estallido de la revolución.

2. Cf. Marx, *La burguesía y la contrarrevolución*, MESW I, págs. 66-9. (El texto íntegro en MEGA I/7, págs. 484-530.) Véase también Mehring, *Nachlass*, vol. III, págs. 206-29.

3. Engels a Marx, 13 de abril de 1866. Cf. MESC, págs. 214-15: «Se me hace cada vez más evidente que la burguesía carece de sustancia para gobernar directamente por sí misma, y que por tanto en donde no existe oligarquía que por una

que sólo fuera porque estaba ligado a la idea de que la república democrática era la forma normal de organización política burguesa, y Engels acabó adoptando la misma posición, aunque en gran parte sobre la base de que la democracia se había convertido ahora (en la década de 1890), en una salvaguarda contra el socialismo y el proletariado¹.

Aquí es posible perfilar una equivocación que iba a convertirse en años posteriores en la causa de una enorme confusión teórica y práctica. La «revolución burguesa» a la que se hace referencia en el *Manifiesto* es la revolución radical democrática configurada de acuerdo con el modelo jacobino de 1793-4, según el cual la clase media se apodera del poder político con la ayuda de un campesinado emancipado y de la población trabajadora urbana. En cambio, la «república burguesa» de las obras posteriores de Marx y Engels se refiere a las instituciones políticas del tipo de las de la Tercera República en Francia después de 1871. Finalmente, existían países, como por ejemplo la Alemania bismarckiana, en donde en ausencia de un partido burgués democrático poderoso correspondió al movimiento obrero promover aquellos objetivos que en cierta ocasión habían sido patrimonio común de liberales y socialistas radicales. Se supuso que ésta era la principal tarea de la socialdemocracia hasta que hubiera conseguido el poder, cuando fuese capaz de introducir medidas socialistas con el respaldo de la mayoría. Esas ideas sobre el tema se distinguen con claridad en las observaciones dispersas de Marx y Engels, pero las distinciones nunca fueron sistematizadas y las ambigüedades resultantes desempeñaron su papel al permitir a grupos rivales reclamar la herencia de la ortodoxia.

La significación de esas disputas para el movimiento obrero naciente será considerada luego, contrastándola con la estructura de la experiencia francesa de 1848 a 1871, o sea, desde los «días de junio» a la Comuna de París. Por de pronto, hemos de volver sobre nuestros pasos con el fin de determinar la relación entre la democracia y el nacionalismo en el modelo doctrinal elaborado por Marx y Engels (con alguna colaboración de Lassalle), en las décadas de 1850 y 1860. La consideración de este tema supone una traslación geográfica de la Europa occidental a la Europa central —excepto en lo que respecta a Italia, cuya tardía unificación nacional en 1859-70 le confió una posición equívoca entre la experiencia alemana y la francesa. Italia, al contrario que Fran-

buena paga se haga cargo de la dirección del Estado y la sociedad en interés de la burguesía, la forma normal es una semidictadura bonapartista”.

1. MESC, págs. 454-7, 534-5.

cia, no constituía aún una nación, pero a diferencia de Alemania no sufría en la misma proporción el lastre de su curso imperial. Su movimiento nacional podía discurrir, pues, conforme a una trayectoria directa, mientras que el nacionalismo alemán se apartó de sus verdaderos objetivos por el espejismo del *Reich* medieval y la tensión consiguiente entre las miras genuinamente nacionales y las imperiales espúreas. Asimismo, a diferencia de sus iguales alemanes (con la excepción del pequeño grupo de radicales renanos), los nacionalistas italianos no eran en su mayoría hostiles a Francia ni desatendieron la circunstancia de que la Revolución francesa era el origen de casi todas las corrientes progresivas de Europa. También en este aspecto mantenían la unidad fundamental del liberalismo europeo occidental contra el que el movimiento nacional alemán naciente de la época napoleónica y posnapoleónica se hallaba lógicamente en lucha¹.

Se ha hecho notar que la nueva división entre liberalismo y democracia provocada por la revolución alemana de 1848-9 se correspondía con la línea divisoria entre el norte y el sur, y por consiguiente reflejaba también en parte las diferencias religiosas, aunque algunas regiones del sur eran a la vez protestantes y liberales; asimismo reflejaba el creciente antagonismo social entre la moderna burguesía industrial y comercial que apoyaba cada vez con más decisión la «solución prusiana» y la masa de habitantes de las ciudades, artesanos y campesinos en áreas a las que aún no había afectado la revolución industrial. La homogeneidad social de este medio ambiente sureño proporcionó a la democracia de 1848 un impulso que la hizo irresistible mientras no fue cuestión de superar sus límites regionales. De haber reunido toda Alemania el sudoeste agrario, el movimiento nacional democrático sin duda habría aprovechado el momento unificando todo el país bajo la bandera negra, roja y oro. Que se mostrara incapaz de alcanzar esta meta completamente razonable no se debía simplemente al reaccionarismo provinciano de sus dirigentes, sino —en opinión de Marx y Engels— a su carácter de clase: mientras el partido liberal con su respaldo de Alemania del norte y su cada vez mayor identificación con la burguesía industrial se atrajo la mayoría de los elementos influyentes de la sociedad alemana, y finalmente se extendió por el sur hasta lograr una amplitud de alcance verdaderamente nacional, la democracia seguía ligada a sus orígenes agrarios y en consecuencia confinada a ser un grupo permanente de oposición. La unificación nacio-

1. Mommsen, *op. cit.*, págs. 215-26; H. Holldack, "Probleme des Risorgimento", *Historische Zeitschrift*, Munich, junio de 1952, págs. 505 y ss.; Schnabel, *Deutsche Geschichte*, II, págs. 234 y ss.

nal, ya fuese *grossdeutsch* o *kleindeutsch* (es decir, excluyendo Austria), sólo podía tener éxito sobre una base industrial, y una vez que la burguesía liberal se había hecho a la idea de secundar la solución prusiana, la causa democrática estaba condenada al fracaso: tanto más cuanto que sus adictos tendían a ser partidarios de los Habsburgo y pro franceses (según que sus dirigentes fueran conservadores o radicales), mientras que el norte protestante por sólidas razones económicas y políticas dirigía su mirada a Inglaterra. El sistema británico se había erigido en el modelo liberal admirado: excluía del poder a la mayoría de la población, en tanto que satisfacía sus necesidades materiales y promovía un índice de desarrollo económico desconocido en el resto de Europa¹.

Es típico del sombrío realismo de Marx —que en sí mismo constituía un rasgo *grand bourgeois* incomprensible para un aliado como Wilhelm Liebknecht que procedía de la democracia de Alemania del sur— que desde el momento en que captara esta situación rompiera los últimos vínculos que ligaban su grupo a la causa democrática en decadencia. A partir de entonces, independientemente de lo que él y Engels pudieran opinar sobre la trayectoria política de Prusia, no sólo aceptaban la solución de Prusia a la cuestión alemana, sino su lógico corolario: la derrota de la democracia en su antigua forma, y la necesidad consiguiente de imponer al movimiento obrero alemán en germen la tarea agobiante de transformar el imperio de Bismarck en una nación conforme al modelo occidental. Se piense lo que se quiera sobre al forma en que posteriormente desempeñó el movimiento socialdemócrata su tarea, no se puede acusar a sus padres espirituales de haber puesto sus miras demasiado bajas. En todo caso, habría errado en otra dirección².

1. Respecto a los prejuicios pro-británicos y antifranceses del liberalismo del norte de Alemania entre los años 1840 y 1870, cf. Schnabel, *op. cit.*, II, págs. 181 y ss. Respecto al choque entre el liberalismo y la democracia en 1848, cf. Mommsen, *op. cit.*, págs. 149 y ss. Había un elemento ideológico en la solidaridad protestante desplegada por los liberales británicos y alemanes, así como por las fuerzas conservadoras prusianas que se sentían atraídas por la monarquía británica y los *tories*; pero el hecho significativo es que la extensión del liberalismo nacional por el sur de Alemania durante los años 1860 vino acompañada por un movimiento de rechazo a Francia. Los demócratas podían diferir del republicanismo y bonapartismo, pero su constante orientación pro-francesa delataba un prejuicio social en favor de un orden agrario y de un campesinado próspero, y en contra del interés liberal por las tarifas y las manufacturas; cf. H. Gollwitzer, "Der Caesarismus Napoleons III, im Widerhall der öffentlichen Meinung Deutschlands", *Historische Zeitschrift*, Munich, febrero de 1952, págs. 23 y ss. *passim*.

2. Gustav Mayer, *Friedrich Engels*, vol. II, págs. 160 y ss.; correspondencia entre Marx y Engels, 25-7 de julio de 1866, 15 de agosto de 1870, 1 de septiem-

Esas experiencias colaboraron en gran medida a la formulación de la meditada visión que Marx —secundado por Engels— adoptó sobre la democracia y el Estado nacional. Nada de lo que ocurrió desde la publicación del *Manifiesto* se apartaba aún de su definición del «ejecutivo del Estado moderno» como «una junta para la administración de los intereses conjuntos de la burguesía»¹. En cualquier caso, el curso de los acontecimientos en Francia tras la caída de Luis Felipe (a cuyo régimen se ha hecho referencia al principio de este texto), parecía confirmar su realidad. Aunque la dictadura bonapartista se apoyó directamente en el ejército a partir de 1851, e indirectamente en los campesinos, su función social principal fue lisa y llanamente la defensa de la propiedad contra los desposeídos². Los aplausos que se granjeó el régimen en toda Europa dejaron pocas dudas de que fue precisamente este rasgo el que le hizo aceptable incluso para los liberales, pese a su militarismo y el carácter equívoco de sus principales figuras³. Simultáneamente, el creciente afecto dispensado por la clase media alemana a Prusia, y la capitulación final de los liberales nacionales ante Bismarck⁴, apuntaban a una dirección similar. En cuanto a Gran Bretaña, el sistema de representación parlamentaria todavía excluía a la clase trabajadora, y cuando se admitió su estrato superior en 1867 se llevó a efecto sobre las bases manifiestas de que desde el hundimiento del cartismo en los años 1850, los objetivos del trabajo no representarían por más tiempo una amenaza al orden social. Si alguna duda quedaba sobre el carácter burgués del gobierno británico, se derivaba más bien del hecho de que la aristocracia se las había ingeniado para mantener, gracias a la cámara de los liores, una desproporcionada participación en el poder. En opinión de Marx, esto se debía sobre todo al atrozamiento con que tenían sometida a Irlanda, «la primera colonia de Inglaterra», y entre los objetivos que sugirieron Marx y Engels a sus aliados ingleses —cartistas y sindicalistas juntos— se hallaba en lugar destacado el fomento de un gobierno irlandés autónomo y la reforma agraria⁵.

bre de 1870 (cf. MESC, págs. 219-21, 297-301); Marx-Engels, "Circular Letter", 17-18 septiembre 1879 (MESC, págs. 388-95).

1. MESW I, pág. 36.

2. Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, MESW I, págs. 243 y siguientes.

3. Cf. Gollwitzer, *loc. cit.*, pássim.

4. Craig, *op. cit.*, págs. 174-9.

5. MESC, págs. 234-7, 244-5, 256, 276-81. Cf. Marx a Kugelmann, 29 de noviembre de 1869, MESC, págs. 277: "Aquí la primera condición para la emancipación —el derrocamiento de la oligarquía territorial inglesa— sigue siendo imposible

En contraposición a Gran Bretaña y Francia, el cuadro centro-europeo aparecía complicado por la circunstancia de que no había aparecido todavía el Estado nacional, al tiempo que la clase media no mostraba deseo alguno de promover las instituciones democráticas, ni siquiera dentro del reducido círculo dado ya por sentado en Europa occidental. Además, esta misma clase media acababa de dividirse en dos secciones antagónicas, encaminándose su ala económicamente más potente hacia un compromiso con el régimen autoritario, mientras la masa retrógrada de pequeños comerciantes, campesinos y artesanos derivó hacia el concepto rousseauiano o jeffersoniano de la democracia que estaba plenamente anticuado, cuando no buscó la salvación en el bonapartismo. Apenas existía todavía un movimiento obrero moderno, y sus primeros movimientos estuvieron acompañados de los acostumbrados esquemas utópicos respecto de la superación de la realidad del capitalismo industrial recurriendo a cooperativas de productores. No es extraño que Marx y Engels hicieran gala de considerable habilidad para la tarea de mantener el contacto con este primitivo movimiento cuyas posibilidades no eran demasiado grandes. Ciertamente, estuvieron casi aislados a lo largo de algunos años¹.

Este punto muerto se resolvió en la década de 1860 por la guerra civil americana, la fundación de la I Internacional, y la agitación de Lassalle en Alemania, que constituyó el núcleo de una especie de movimiento obrero independiente. Mientras ocurrían esos acontecimientos los dos exilados confiaron más en sus relaciones con los nacionalistas italianos, polacos y húngaros que se hallaban entre los refugiados, que en sus camaradas socialistas. De esos tres movimientos sólo el italiano podía pretender la ortodoxia liberal democrática. El movimiento nacional polaco era democrático, pero no liberal; el húngaro —una rebelión de los señores territoriales contra Viena— no era ni lo uno ni lo otro. Su único mérito desde el prisma revolucionario de 1848-9 residía en su lucha decidida contra la monarquía de Habsburgo y en el hecho de que había sido reprimido por las armas rusas. Los polacos, que tenían una visión política más avanzada, fueron du-

porque su situación no puede ser amenazada mientras mantenga sus posiciones fuertemente atrincheradas en Irlanda". Habiendo adoptado con ciertos reparos el punto de vista de que la emancipación nacional de Irlanda debía adelantarse a la revolución democrática en Inglaterra y no viceversa, Marx continuó abogando por una relación federal entre los dos países y no por una separación completa; este último fue el típico enfoque socialdemócrata en lo que respecta a las cuestiones de nacionalidad, que incluso en el leninismo tuvo escasa resonancia.

1. Mehring, *Karl Marx*, págs. 238-88; Gustav Mayer, *op. cit.*, II, págs. 42 y ss.

rante algún tiempo los revolucionarios preferidos de Marx y Engels; y en realidad fueron la vanguardia de todas las luchas domésticas en el continente hasta la Comuna de París de 1871; su nacionalismo romántico representaba una adecuada contrapartida al socialismo francés utópico que dominó el período. Tampoco sobrevivió a la catástrofe de 1871, cuando Francia acabó por convertirse en una república burguesa, tras abjurar de su pasado revolucionario en una orgía de sangre que eclipsó hasta los días de junio de 1848¹.

Esas alianzas fueron episódicas. Ni Polonia ni Hungría podían erigirse en sustitutos de un gran ejército democrático, derrotado y dispersado por todo el globo. Ya en 1850 consideraba Marx que la suerte de sus luchas en pro de la independencia nacional había sido señalada por el aplastamiento de la insurrección proletaria en las calles de París. «Ni los húngaros, ni los polacos, ni los italianos, serán libres mientras el trabajador siga siendo un esclavo»². Pero aunque fuera éste el tema favorito del nuevo internacionalismo socialdemócrata, que se desarrollaba lentamente a partir de 1864, no incitaba inmediatamente a una revisión de los conceptos políticos que se habían conformado en 1848. Mientras tanto, Engels se negaba a retractarse de su postura contraria a los eslavos occidentales, aunque tanto él como Marx abrigasen gradualmente mayores esperanzas en los rusos³.

Desde un punto de vista teórico, la primera ventaja de la confusa polémica de este período estriba en una leve aclaración del concepto de «clase nacional» expuesto vagamente por Marx en el *Manifiesto*, y dejado luego en el aire. Puesto que este aspecto de su teorización habría de adquirir importancia principal con la victoria del leninismo y la subsiguiente extensión del comunismo ruso a países atrasados, merece cierta atención tanto más cuanto que en la literatura occidental se había descuidado en beneficio de alguna de las nociones de contenido más amplio, pero menos operativas, bosquejadas en el *Manifiesto*: en especial, la aseveración muy conocida de que los trabajadores no

1. Namier, *op. cit.*, págs. 57 y ss.; Taylor, *op. cit.*, págs. 51 y ss.; MESC, págs. 114-16, 173-4, 183.

2. *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, MESW, I, pág. 163.

3. S. F. Bloom, *The World of Nations*, págs. 39 y ss.; cf. Ryazanov, "Karl Marx und Friedrich Engels über die Polenfrage", *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, VI, págs. 175 y ss. Aunque Engels, al igual que Lassalle, siguió oponiéndose al austroeslavismo, se mostró muy dispuesto a predecir que los eslavos del sur se sacudirían un día del yugo turco y formarían un "Estado cristiano (sic) libre e independiente, de las ruinas del imperio musulmán en Europa". ("What is to become of European Turkey?", *N. Y. Tribune*, 21 de abril, 1853; cf. *Gesammelte Schriften von Marx und Engels*, 1852-62, ed. Ryazanov, Stuttgart, 1920, vol. I, págs. 165-170.)

tienen patria. Este era precisamente el tipo de afirmación que en las vísperas de 1848 les gustaba formular a los jóvenes influidos por el socialismo francés. Constituía un lema espléndido (también abrigaba una idea importante completamente al margen de los hechos efectivos), pero carecía en absoluto de trascendencia salvo si se la considera como protesta frente a la enajenación de la sociedad del proletariado industrial. En contraste con él, el concepto de la «clase nacional» de Marx es plenamente original y extremadamente significativo para la teoría y la práctica del comunismo moderno. Lo más sorprendente es que haya permanecido ignorado¹.

Para comprender lo que supone es necesario recordar la contradicción planteada en los cuatro textos decisivos en que Marx formuló su doctrina de los conflictos de clase: *El Manifiesto Comunista* (1847-8), *La lucha de clases en Francia* (1850), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) y *La guerra civil en Francia* (1871). Los cuatro vienen determinados por la experiencia francesa y el pensamiento político francés, a pesar de que, de alguna forma, trataran de plantear una teoría general del Estado. La tensión así impuesta al sistema conceptual sólo remitió ligeramente gracias al supuesto de que Francia constituía la nación europea modelo, y que su política presentaba en una forma química pura lo que en los demás países todavía estaba parcialmente confuso o velado por las supervivencias medievales. A diferencia de la mayoría de los teóricos políticos alemanes de su tiempo, los liberales sobre todo², Marx prefería considerar a Inglaterra más que a Francia en cuanto excepción de la regla general europea. Francia era el ejemplo «clásico», de la misma forma que en la época medieval había sido el centro del feudalismo, así, entonces, su vida nacional facilitaba la idea más clara posible de los conflictos de clase que estaban descoyuntando la sociedad, aunque en el plano económico siempre estuviera Gran Bretaña más adelantada. Pero Francia era también el «modelo» en cuanto que sus instituciones políticas habían sido modeladas por la mayor y más victoriosa de las «revoluciones burguesas». Aquí más que en ninguna otra parte se hacía evidente que la burguesía había actuado en una ocasión en cuanto «clase nacional», es decir, la clase que representaba el interés de toda la sociedad frente a sus miembros retrógrados³. Ahora bien, aspi-

1. Bloom, *op. cit.*, págs. 57 y ss.

2. Cf. Schnabel, *op. cit.*, II, págs. 184 y ss.; Mommsen, *op. cit.*, págs. 21 y ss.; Stadelmann, *op. cit.*, págs. 35 y ss.

3. «La burguesía prusiana no era, como la francesa en 1789, la clase que representaba al conjunto de la sociedad moderna frente a los representantes de la

rar al poder político significaba para el proletariado que debía demostrar su capacidad para asumir el papel de la burguesía en cuanto clase socialmente progresiva, y a este fin tenía que tomar las riendas de la reorganización de la sociedad. La incapacidad para alcanzar este nivel serviría como prueba de que la clase trabajadora no estaba preparada para desempeñar el papel que la historia le había asignado¹.

En la forma, casi jacobina, que dio Marx a su doctrina en 1848-50, la «dictadura del proletariado» era la respuesta evidente a la «dictadura» (real o supuesta) «de la burguesía». Esta conclusión no se sigue necesariamente del concepto de «clase nacional», y posteriormente Marx la modificó para tomar debida cuenta del ascenso de la socialdemocracia. El núcleo de la doctrina no resultó afectado por esta evolución, porque se configurara como democrática o pacífica la transición al socialismo, el marxismo siempre supuso que el ascenso al poder de la clase obrera provocaría una reorganización total de la sociedad. El supuesto fundamental radicaba en que el movimiento obrero representaba una forma de organización social más elevada, hecha posible por el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de lo que permitía el capitalismo. Porque la sociedad (la nación)², no sólo estaba dividida en clases antagónicas; incorporaba asimismo modos antagónicos de producción, algunos de ellos heredados del pasado y otros en proceso de aparición. Llegados a este punto, el concepto de clase prevalece sobre el de nación. La «clase nacional» era aquel estrato que incorporaba las tendencias

sociedad antigua: la monarquía y la nobleza. Había degenerado en una especie de Estado, que se oponía tanto a la corona como al pueblo..." MESW I, pág. 69. Este juicio posrevolucionario aparece en agudo contraste con la afirmación del papel potencialmente revolucionario de la burguesía alemana contenida en el *Manifiesto*. Antes del levantamiento de 1848, Marx consideraba todavía a la burguesía alemana como la "clase nacional".

1. *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, MESW I, pág. 162. "El proletariado de París fue arrastrado a la insurrección de junio por la burguesía. Esto bastó de por sí para señalar su ruina. Sus necesidades confesadas inmediatas no le llevaban a comprometerse en una lucha para el derrocamiento violento de la burguesía ni era proporcionado a su misión. El *Moniteur* hubo de informarle oficialmente de que había pasado los tiempos en que la República consideraba necesario rendir tributo a sus ilusiones, y sólo la derrota le convenció de la verdad de que la mínima mejora de su posición dentro de la República burguesa seguía constituyendo una utopía, una utopía que se convierte en un crimen tan pronto como intenta transformarla en realidad". (Texto conforme al original, "Die Classenkämpfe in Frankreich", *Neue Rheinische Revue*, 1850; cf. *Karl Marx und Friedrich Engels, Ausgewählte Schriften*, Berlín Oriental, 1952, vol. I, pág. 145. La traducción de las MESW carece de fuerza y precisión.)

2. Marx emplea ambos términos indistintamente; cf. Broom, *op. cit.*, páginas 17 y ss.

que miraban al futuro, es decir, aquellas tendencias que en un momento determinado permitían a la sociedad acceder a un nivel tecnológico, económico y social más elevado. La burguesía había sido en cierto momento una clase semejante, pero Marx consideraba que su papel histórico llegaba entonces a su término. En el *Manifiesto* se aseguraba incluso que este hecho quedaba demostrado por el aumento de la depauperación, de lo que se deducía que «la burguesía es incapaz de ser por más tiempo la clase dominante de la sociedad»¹. Esta singular afirmación —un producto retórico típico de los «hambrientos cuarenta»— fue calladamente abandonada luego por Engels después de que Marx la hubiera ya dulcificado considerablemente en *El Capital*. Pero el razonamiento que le servía de base no sólo mantenía su importancia para Marx sino para sus seguidores; en particular para los que la conservación de la «democracia burguesa» no aparecía como inquietante.

En la actualidad es evidente que al concepto de «clase nacional» puede dársele una interpretación conservadora. Puede utilizarse para defender un orden social que, aunque de dominación de clase y antidemocrático, se distingue por un crecimiento económico rápido. También puede transformarse en un instrumento políticamente neutral de análisis sociológico, una vez que se ha advertido que la cooperación entre las clases sociales es un fenómeno por lo menos tan frecuente y normal como los fenómenos de conflicto. Sin embargo, no es menos cierto que la idea encierra consecuencias revolucionarias, puesto que la jefatura nacional ejercida por una nueva clase en ascenso puede resultar de crucial importancia cuando un país se halla en la encrucijada de la unificación nacional y en el momento de su industrialización, o bien en su fase de unificación nacional. Y es precisamente en este sentido en el que Marx lo veía cuando trataba de aplicar su doctrina «francesa» a la Alemania de 1848-71. Pues la clase media alemana no había seguido el ejemplo de sus predecesores holandeses, ingleses, americanos y franceses; en lugar de procurar hacerse con el poder político se había contentado con apoderarse del mercado, dejando el ejercicio de la autoridad del Estado a otros; tampoco el movimiento obrero alemán podía llenar este vacío. No obstante, Alemania se transformó en un país moderno, pero llegó a ello con una diferencia que se evidenciaría como fundamental cuando sus gobernantes se embarcaron (una generación después) en una carrera de rivalidad con las potencias occidentales. Marx no vivió para contem-

1. MESW I, pág. 45.

plar el resultado, pero dejó un legado doctrinal que tanto los socialistas demócratas como los comunistas podían interpretar a su gusto.

Afirmar que los orígenes de esta divergencia histórica hay que situarlos en los textos marxistas citados es significativo sólo cuando se recuerda que esas mismas obras forman parte de una tradición que remite a algunos de los episodios más críticos de la Gran Revolución: la dictadura jacobina de 1793-4, la reacción thermidoriana de 1794-5, y el abortado alzamiento de Babeuf en 1796 contra el régimen burgués que acababa de consolidarse. Marx hizo generalizaciones a partir de circunstancias que estaban profundamente marcadas por la herencia intelectual y política de este breve pero trascendental período. Los herederos de la tradición jacobino-babuvista eran en la Francia de 1848-71 los blanquistas; y Augusto Blanqui (1805-81) era el líder indiscutido de la conspiración clandestina y el vínculo más importante entre el «antiguo» y el «nuevo» movimiento revolucionario. Marx nunca ocultó su admiración por Blanqui, sin compartir totalmente por ello su fe en el papel providencial de París en cuanto capital de la revolución. Sin embargo, era consciente de que la situación alemana difería profundamente de la francesa. Habría sido ridículo hablar de un «proletariado revolucionario» en la Alemania de 1848, y ninguna ciudad alemana —ni siquiera la de Viena, por no referirnos a la de Berlín— se asemejaba a París en importancia estratégica para el movimiento revolucionario, ya fuera de clase media o proletaria. Lo más significativo es que la labor panfletaria de Marx en 1848-52 se relacionaba, en su mayor parte, con Francia y no con Alemania. A Engels quedaría encomendada la labor de relatar —en una serie de artículos del *New York Tribune* aparecidos con la firma de Marx— la tragicomedia de la abortada revolución alemana¹.

1. En cuanto al fundamento socioeconómico de la política francesa, cf. Jean L'Homme, *La grande bourgeoisie au pouvoir 1830-1880*, París, 1960. Respecto a Blanqui, cf. Alan B. Spitzer, *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957, pássim. Sobre la historia y la significación general del babuismo cf. Talmon, *Origins*, págs. 167 y ss. El principal aliado de Babeuf, Felipe Buonarroti (1761-1837), sobrevivió a la catástrofe del babuismo, convirtiéndose en la "vieja gran figura" de las sectas radicales de las décadas de 1820 y 1830. La continuidad de la tradición revolucionaria se mantuvo gracias al vínculo existente entre Buonarroti —durante algún tiempo (1794) colega de su compatriota Bonaparte— y el más joven Blanqui, que fue el último jacobino y el primer comunista.

EL SOCIALISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Con las observaciones finales del capítulo anterior el tema se ha ido desplazando insensiblemente hacia la cuestión de la estrategia de la socialdemocracia en la época liberal y alejándose de las cuestiones que prevalecían en las mentalidades conservadora y radical de 1848-9. Esta circunstancia ofrece de por sí una clave para la comprensión de la época que se inició en los años 1860 y concluía en 1914. En lo fundamental sus problemas nos interesarán luego, en relación con el surgimiento del movimiento socialdemócrata que al menos formalmente fue marxista. Por lo pronto advertiremos que esta fusión representaba una especie de matrimonio a la fuerza. La socialdemocracia era más antigua que el marxismo, y sus primeras manifestaciones no lograron los aplausos ni tan siquiera de Engels. Una lectura cuidadosa de su correspondencia basta para mostrar qué opinión tan poco lisonjera les merecían sus líderes y programas. Incluso les irritaba el término «socialdemócrata»; no sólo olía éste a socialismo reformista, sino a respetabilidad de baja clase media, y nada había que les disgustara tanto como ello¹. Por otra parte, las bases de todo el movimiento —al menos según Marx— estribaban en la derrota que el proletariado había sufrido en la insurrección parisina de junio de 1848, y en la posterior reconciliación del partido de oposición democrática (la «Montaña»), con los clubs de trabajadores revolucionarios. Esta coalición democrático-socialista al frente de la cual se hallaban los demócratas burgueses se mostró incapaz a su vez de impedir el acceso al poder de Luis Bonapar-

1. Cf. Engels a Marx, 16 de noviembre de 1864, MEGA III/3, pág. 293.

te¹. La herencia que dejó —una alianza formada por la democracia y los trabajadores bajo el lema del socialismo reformista— no era de su gusto. Su éxito temporal de 1849 lo atribuía a las peculiaridades de la situación francesa: los reaccionarios triunfantes, habiéndose deshecho de los políticos republicanos que dominaban el gobierno y el parlamento tras la caída de Luis Felipe se habían sentido libres para dar rienda suelta a sus anhelos monárquicos: «se declaró inconstitucional el lema 'larga vida a la república socialdemócrata'; se persiguió judicialmente el lema 'larga vida a la república' como socialdemocrático»². Esto bastó para investir al nuevo partido de una aureola revolucionaria que en puridad no le pertenecía. Además, Francia comparada con Inglaterra estaba económicamente atrasada, y esta circunstancia viciaba su política:

«En Inglaterra —y los más importantes fabricantes franceses son pequeñoburgueses comparados con sus oponentes ingleses— los fabricantes, un Cobden, un Bright, se hallan a la cabeza de la cruzada contra la aristocracia bancaria y de valores comerciales. ¿Por qué no ocurre esto en Francia? En Inglaterra predomina la industria; en Francia la agricultura. En Inglaterra la industria requiere el libre comercio, en Francia la protección, el monopolio nacional además de los otros monopolios. La industria francesa no domina la producción francesa, de aquí que los industriales franceses no dominen a la burguesía francesa. Con el fin de asegurar el fomento de sus intereses frente a las demás facciones de la burguesía, no pueden, como los ingleses, encabezar el movimiento y llevar sus intereses de clase al primer plano; están obligados a seguir la marcha de la revolución y servir intereses que se oponen a los intereses conjuntos de su clase... En Francia el pequeñoburgués hace lo que normal-

1. Marx, *La lucha de clases en Francia*, MESW I, págs. 164 y ss. "El partido social y el democrático, el partido de los trabajadores y el de la pequeña burguesía, se unieron para formar el partido socialdemócrata, esto es, el partido rojo" (ibíd., pág. 191). En opinión de Marx este color era engañoso, y el pánico que inspiraba el partido entre las secciones conservadoras de la sociedad francesa era atribuible a la propaganda de sus enemigos más que a sus verdaderos fines.

2. Marx, *op. cit.*, pág. 203. Conviene recordar que en 1848-50 los partidarios de Blanqui no eran los únicos en identificar el republicanismo con la dictadura. Así pues, en agosto de 1848 tres discípulos de Comte presentaron a la Sociedad Positivista un proyecto para una dictadura revolucionaria a instaurar en París. Pero los comtianos se hallaban lejos de ser socialistas, y mucho menos comunistas. Por el contrario, no existía ningún defensor más celoso de la propiedad privada y de la libre empresa. A los blanquistas sólo les unía —y no sólo con ellos— la opinión tradicional de que correspondía a París decidir la suerte política del país. En cuanto a las raíces históricas de esta actitud, cf. Talmon, *Origins*, págs. 209 y ss.

mente debería hacer el burgués industrial; el trabajador lo que normalmente sería misión del pequeño burgués; y ¿quién cumple la misión del trabajador? Nadie. En Francia no se cumple, se proclama. En ningún sitio del ámbito nacional se resuelve; la lucha de clases de la sociedad francesa se convierte en una guerra mundial en la que las naciones se enfrentan entre sí; la solución se inicia en el momento en que el conflicto mundial empuja al proletariado hasta la vanguardia de la nación que domina el mercado mundial, Inglaterra»¹.

Con esta idea en sus mentes, es comprensible que Marx y Engels se hallaran lejos de mostrarse entusiastas cuando el único movimiento radical de Alemania —el fundado por Lassalle— se decidió en 1864 por un nombre que en 1849 sólo había parecido revolucionario tras la derrota de la verdadera revolución. Ello equivalía al anuncio de que se habían descartado la «revolución proletaria» y el «comunismo» en beneficio de una alianza entre el movimiento obrero naciente y lo que quedó de la democracia tras las derrotas y frustraciones de los años 1850. Pronto se hizo evidente que éste era el propósito del nuevo movimiento, incluso después de haberse dividido en dos grupos rivales, uno de los cuales estaba dirigido por hombres que se consideraban discípulos de Marx y Engels. Para los últimos esta relación apenas podía dudarse. La única explicación que podían hallar a la confusión resultante era que Alemania estaba más atrasada incluso que Francia. Pero Inglaterra, que se hallaba económicamente más adelantada, no pudo, tras el hundimiento final del cartismo ocurrido en la década de 1850, jactarse de tener un partido obrero al estilo continental, ni un movimiento sindical. Dadas las circunstancias, nada quedaba por hacer sino utilizar todas las organizaciones existentes con la esperanza de que los residuos pre-socialistas acabaran desprendiéndose gradualmente; una labor que duraría casi una generación y cuya conclusión no llegaría a ser vista por Marx².

El problema inmediato consistía en cómo hacer frente a la influencia de la labor de agitación realizada en Alemania por

1. Marx, *op. cit.*, pág. 211. (Conforme al texto de la edición alemana, Berlín, 1952, vol. I, págs. 191-2). A primera vista esta afirmación parece difícil de compaginar con el cuadro de Francia como modelo político, pero es posible eludir la dificultad arguyendo que Francia planteaba el problema social en su forma más descarnada, si bien la solución se dejaba a las naciones más avanzadas económicamente.

2. Mehring, *Karl Marx*, págs. 316 y ss.; Mayer, vol. II, págs. 120 y ss.; Rosenbarg, *op. cit.*, págs. 154 y ss. Para los escritos de Lassalle durante este período, cf. *Ferdinand Lassalle, Auswahl von Reden und Schriften*, ed. Karl Renner, Berlín, 1923. (La referencia a Mehring concierne a la edición inglesa de su obra.)

Lassalle y que se centraba en la demanda popular de sufragio democrático en Prusia, a la vez que trataba de arrastrar al movimiento obrero, en gestación, lejos de los liberales de clase media, entonces comprometidos en otro de sus objetivos periódicos de pseudo-oposición al gobierno prusiano¹. La historia es ya muy familiar en sus líneas mayores, aunque el énfasis que se pone frecuentemente en el antagonismo personal entre Marx y Lassalle ha tendido a oscurecer la disputa. No se trataba de una cuestión de «reformismo» contra «revolución» —aunque Lassalle se inclinaba más que Marx a forzar el ritmo— y de todas formas ninguno de ellos se preocupó de semejantes chiquillerías que no iban a ninguna parte. La disputa concernía al papel que el joven movimiento obrero iba a desempeñar durante la próxima fase de la revolución nacional democrática de Alemania, es decir, en el intento de transformar Alemania de una hermandad de pequeños Estados en una nación moderna. No se planteaba la cuestión de la lucha política, pero no quedaba claro en absoluto que pudieran resucitarse las tácticas de 1848-9. En aquellos días el grupo comunista embrionario había operado en calidad de la extrema izquierda de una amplia coalición que en principio incluía a la burguesía liberal. Lassalle proponía ahora romper con esta política; en vez de tratar de empujar adelante a la oposición liberal decidió abandonarla. El movimiento obrero dirigido por él había de ponerse al frente de la lucha política con la intención de lograr un más amplio derecho de sufragio en Prusia. Finalmente, el movimiento habría de convertirse en nacional y democrático, siendo guerra y revolución la receta de Lassalle para la unificación de Alemania. Por otro lado, sus objetivos socialistas había de realizarlos, al menos en parte, el gobierno prusiano en especial a través de la ayuda estatal a las asociaciones de productores. Lassalle parece haber pensado que podría desencadenar un movimiento de masas que forzaría a Bismarck a introducir el sufragio universal como único medio de obtener el apoyo popular. Mientras tanto, la imposibilidad manifiesta de unificar Alemania por medios pacíficos y la mala disposición burguesa a adoptar un programa revolucionario, le brindó la oportunidad de acusar a los liberales de traición a la causa nacional².

1. Rosenberg, *op. cit.*, págs. 156 y ss.; Ferdinand Lassalle, págs. 10 y ss.; Kurt Brandis, *Die deutsche Sozialdemokratie bis zum Fall des Sozialistengesetze*, Leipzig, 1931, págs. 9-26; Horst Lademacher, "Zu den Anfängen der deutschen Sozialdemokratie 1863-1878", en *International Review of Social History*, Amsterdam, 1959, vol. IV, parte 2, págs. 239 y ss.; Thilo Ramm, "Lassalle und Marx", *Marxismusstudien*, III, págs. 185-221.

2. Lassalle, ed. Renner, págs. 31 y ss. Lassalle fue una de esas figuras que

Al enjuiciar esas tácticas y el efecto que produjeron en Marx y Engels es necesario no perder de vista el hecho de que Lassalle comprendió la situación existente en Prusia mucho mejor de lo que aquéllos lo hicieron. Él no incurriría en el error en que cayó Engels en 1866 cuando en la víspera del decisivo triunfo militar de Prusia sobre Austria predijo confiadamente una victoria austríaca y la rebelión del ejército prusiano¹. Volviendo la vista atrás se hace evidente que estuvo acertado al negarse a conceder a los liberales el crédito respecto a su capacidad o su deseo de dirigir un movimiento popular para la democratización del derecho de sufragio prusiano, o para la defensa de la constitución considerando el flagrante desprecio de Bismarck frente al parlamento en 1862-6. Cabe incluso ir más lejos. Al fin y al cabo es un hecho que Bismarck introdujo el derecho de sufragio universal en el Reich (aunque no en Prusia), luego de la muerte de Lassalle en 1864, y que esta ampliación del sufragio permitió a los socialdemócratas convertirse en el partido alemán de más efectivos, aunque difícilmente gozara de mayor influencia. Para terminar, los sucesores de Bismarck se vieron obligados en 1918 a dejar el sitio a los herederos de Lassalle. Es, pues, tentador concluir que la visión política de Lassalle en 1863-4 era en conjunto superior a la de los dos teóricos que se hallaban entonces en Inglaterra².

desesperan a los historiadores. En cuanto fundador de la socialdemocracia alemana constituye obviamente una figura importante. También suscita cierto interés en razón de su intervención personal en la mayoría de los movimientos más característicos de su tiempo, desde el romanticismo literario (fue, entre otros, un dramaturgo sin éxito), hasta en hegelianismo. Con todo, sus voluminosos escritos políticos, aunque extremadamente eficaces como propaganda, no llegan a formar un todo coherente; aunque como economista no es insignificante, no puede considerarse como tal. Al lector que dude esto se le invita a consultar su discurso sobre impuestos indirectos y la condición de la clase obrera del 12 de octubre de 1863, en *Lassalle*, Ed. Renner, págs. 221 y ss.

1. Engels a Marx, 25 de mayo de 1866; MEGA III/3, pág. 335; para sus escritos más propiamente militares, cf. *Engels as Military Critic*, ed. Chaloner y Henderson, Manchester, 1959, págs. 121 y ss. (Existe una recopilación en castellano, *Escritos militares*, Equipo Editorial, San Sebastián.)

2. Cf. Mehring, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, Stuttgart, 1897, vol. I, págs. 520 y ss. El estudio que realiza Mehring de este tema litigioso está mediatizado por su preocupación por la unidad del partido. Su opinión de que la acción nacionaldemocrática de Lassalle era en realidad plenamente compatible con la estrategia defendida por Marx y Engels no resiste el más leve análisis. El hecho es que la única revolución que Lassalle tenía en su cabeza era una revolución democrática que habría de dotar a la clase trabajadora de la *igualdad de derechos*; mientras que la cuestión principal que dividía a sus partidarios respecto al grupo obrero contrario, el llamado de "Esenach", organizado por W. Liebknecht y Bebel en 1869 surgió del compromiso con el *republicanismo* democrático y del odio a Prusia; en resumen, en ambos bandos resultó decisiva

La dificultad que encierra este argumento es que ignora lo que era más importante para Marx y Engels, a saber, el efecto que a largo plazo iban a tener probablemente las tácticas de Lassalle sobre la visión del movimiento obrero. Apartar a los obreros de los liberales era una cosa, pero entrar en una desgraciada alianza con Bismarck era una cuestión completamente distinta y potencialmente desmoralizadora para un movimiento cuya naturaleza política estaba todavía por definir. Las fantasías de Lassalle respecto a la ayuda estatal a las cooperativas de productores eran bastante lamentables, pero lo que hizo que Marx y Engels se mostraran cada vez más hostiles fue su silencio, y tras su muerte el de sus seguidores, respecto a los medios con que la nobleza y los señores prusianos mantenían su dominación del campo¹. Finalmente, las tácticas lassallianas rezumaban *Realpolitik*, es decir, sujeción al principio de la oportunidad, mientras que Marx opinaba muy meditadamente que esta clase de oportunismo había sido la ruina de la oposición democrática de 1848. Resucitarlo ahora con la promesa de que era posible obtener concesiones de Bismarck, le parecía el colmo de la insensatez². Una circunstancia que venía a agravar el cuadro era la de que tanto Bismarck como Lassalle parecían estar coqueteando con el bonapartismo. No era ésta una opinión exclusiva de Marx; los contemporáneos alemanes de Lassalle también advertían que se estaba moviendo en esta dirección³. Al principio Marx no hacía más que burlarse en buena ley de que Lassalle fuera un «bonapartista ilustrado»⁴. Posteriormente terminó sospechando que Lassalle se habría vendido por completo de no haber mediado su muerte repentina.

Por una coincidencia este suceso ocurrió unas cuantas sema-

la cuestión nacional, pues fue su posición antiprusiana la que llevó a Liebknecht y Bebel a postular una alianza con la oposición liberal-democrática del sur. Cf. Brandis, *op. cit.*, págs. 25 y ss.

1. Marx a Engels, 18 de febrero de 1865, MESC, págs. 198 y ss.; Marx a Kugelmann, 23 de febrero de 1865; MESC, págs. 202 y ss.

2. Cf. Marx a Kugelmann, *loc. cit.*, págs. 205 y ss.: "Considero que Schweitzer y los otros albergan buenas intenciones, pero son 'políticos prácticos' (*Realpolitiker*). Quieren tomar en consideración las *circunstancias existentes*... Saben que la prensa de los obreros y el movimiento de los trabajadores en Prusia (y por tanto en el resto de Alemania) existen exclusivamente por gracia de la policía. Así pues, quieren tomar las cosas como son, y no irritar al gobierno, exactamente igual que nuestros políticos 'republicanos' prácticos que están dispuestos a soportar un emperador Hohenzollern... Es el tipo de practicismo (*Realpolitik*) que coloca a Alemania tan por detrás de otros países civilizados". (Ibíd., texto conforme al original.)

3. Cf. Gustav Mayer, *Bismarck und Lassalle*, Berlín, 1928, pássim.

4. Marx a Engels, 30 de julio de 1862; cf. MEGA III/3, pág. 83.

nas antes de la reunión inaugural de la que iba a conocerse como I Internacional. Unos meses después moría Proudhon, el antiguo enemigo de Marx, librándole por consiguiente de otra preocupación. De aquí que la época 1864-5 constituya un momento histórico decisivo: por primera vez Marx podía ejercer una influencia directa sobre el movimiento obrero internacional. Si no obstante hay que fechar la aparición de la socialdemocracia marxista a partir de 1871 en vez de 1864 se debe a que hasta el momento ni los sindicatos británicos ni el movimiento socialista francés habían sentido la necesidad de revisar sus tradiciones nacionales.

La década de 1860 constituyó asimismo un momento crucial en otros aspectos. Hasta 1848 el «problema social» había sido prácticamente sinónimo en Europa central del problema de la tierra¹. Hasta cierto punto esto era auténtico incluso en Francia, aunque en este país los campesinos se habían vuelto ya conservadores, circunstancia observada ya por Marx en su estudio del bonapartismo². En consecuencia los movimientos democráticos habían de satisfacer las demandas campesinos y en donde no lo lograban —especialmente en Hungría y Polonia, países donde el movimiento estaba dominado por los hacendados, aunque en cierto grado también sucedía lo mismo en Italia— se hallaban en peligro de ser corrompidos por los gobiernos³. Inmediatamente antes de 1848 el ala radical del movimiento, que luego se convertiría en el núcleo de la socialdemocracia, denunció como un absurdo manifiesto cualquier tentativa de diferenciar entre los intereses del campesino y los del trabajador: las dos clases estaban siendo explotadas por la «aristocracia del dinero» y oprimidas por los gobiernos sometidos a su control⁴. Hacia los años 1860 esta visión simplista había originado un análisis más complejo pero menos esperanzador: se estimaba ahora que los campesinos constituían una fuerza conservadora, mientras los artesanos empobrecidos que ocuparon la mayoría de las barricadas en 1848-9 habían perdido toda fe en la democracia, emigrado a América, o se habían convertido en obreros de fábricas. Sólo en este último caso suponían nuevos elementos de interés para el movimiento socialdemocrático naciente. En cuanto que todavía

1. Clapham, *op. cit.*, págs. 1-5, 29 y ss.; Stadelmann, *op. cit.*, págs. 22 y ss.; Namier, *op. cit.*, págs. 17 y ss.

2. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, MESW, I, págs. 333 y ss.

3. Respecto a la opinión de Marx sobre la táctica de Mazzini cf. MESW, págs. 67-71.

4. Mehring, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, vol. I, págs. 36 y ss. Un jefe del movimiento socialdemócrata alemán tan influyente como Wilhelm Liebknecht procedía ideológicamente de las luchas agrarias de los años 1830 mantenidas en su Hesse natal; cf. Mehring, *op. cit.*, pág. 63.

confiaban en permanecer desligados del nexo industrial-capitalista, era más probable que favorecieran las quimeras conservadora, clerical, o utópica, antes de que dieran su apoyo al nuevo movimiento socialista¹.

Este, por tanto, tenía que empezar explicando a las masas recientemente proletarizadas de las regiones industriales que la revolución económica era irreversible: con todo lo que pudiera lamentarse la desaparición del antiguo artesanado independiente, el pollo no podía ser devuelto al huevo. Lo que estaba de acuerdo con la ortodoxia liberal prevaleciente, pero no hacía más factible una alianza política con el liberalismo, pues las condiciones existentes en la Europa central comenzaban ahora aproximarse a aquel abismo entre burguesía y proletariado que Marx postulara algunos años antes en el *Manifiesto*. Si Lassalle se cuidaba de no citar a Marx en público, era sin embargo su discípulo y estaba al corriente de los hechos. Al mismo tiempo, era un político lo bastante realista como para estructurar su programa de forma que representara un atractivo para los nuevos trabajadores industriales y los artesanos empobrecidos que todavía confiaban en escapar de la fábrica. Este era el aspecto de su acción que tanto irritaba a Marx. Sus bases teóricas estaban mejor asentadas, pero Lassalle tenía mejor instinto político. La ayuda estatal a las cooperativas de producción quizá representara un absurdo económico, así como la Prusia de Bismarck suponía un absurdo político, pero ello era exactamente lo que quería oír el movimiento de la clase obrera un tanto amorfo de Leipzig, Frankfurt y otras ciudades alemanas. El pronunciamiento socialista original de Lassalle de 1 de marzo de 1863 había de ser dirigido forzosamente a hombres que eran socialistas «utópicos» sucesores de Weitling, el primer comunista alemán, aunque todavía un artesano de la vieja escuela. Su éxito momentáneo se debió al hecho de que aunaba el viejo fervor radical con el reciente parloteo sobre ciencia económica, esta última interpretada de forma que se volviera contra los fabricantes y sus apologistas liberales. Intelectualmente, era lo que sus oyentes pedían. Un análisis puramente marxista les habría resultado incomprensible².

1. Mehring, *op. cit.*, vol. I, págs. 440-1, 455 y ss.; vol. II, págs. 1-17. Los partidarios de Lassalle se opusieron al principio a la actividad sindical, puesto que su maestro les había enseñado que las "leyes salariales de hierro" no podían modificarse mediante la contratación colectiva; pero esa certidumbre doctrinaria (que ratificó Marx en su opinión de que los lassallianos eran una secta impotente), no duró demasiado.

2. Cf. Lassalle, "Offenes Antwortschreiben etc", en *Auswahl von Reden und Schriften*, ed. Renner, págs. 295 y ss. Se ha comparado el efecto de este panfleto con la explosión de una bomba. Sea como fuere, produjo una conmoción

Al apelar a los gobiernos existentes para que ayudaran a resolver el problema social, Lassalle se encuadraba también en el campo tradicional. Ese enfoque convenía al punto de vista de la burocracia prusiana y al clima intelectual de un país que no se había deshecho de la veneración por el Estado que constituía la *bête noire* principal de Marx en relación con Alemania. Siempre que Marx aprovecha la oportunidad para airear su irritación con el Estado en general y con el Estado prusiano en particular, recuerda más a un liberal que a un socialista; sin duda, habría negado que existiese algún conflicto o contradicción fundamental; una idea desgraciadamente insostenible por más tiempo¹. Ni siquiera la campaña de Lassalle en favor del sufragio universal reconcilió a Marx con su táctica; sostuvo que, dadas las condiciones de Alemania, un sufragio más amplio sería más favorable al bonapartismo que a la democracia. Esto no suponía un apoyo al programa liberal de gobierno, mediante un parlamento elegido con arreglo a un sufragio restringido, proyectado en beneficio de los propietarios, programa que brindó a Lassalle su mejor oportunidad de denunciar a los liberales como enemigos de la democracia y de la clase obrera; exigía, sin embargo, que esas denuncias fueran acompañadas de una negativa a comerciar con el apoyo de los trabajadores a Bismarck a cambio de un sufragio más amplio. Pero la idea de esa estratagema era la baza del triunfo de Lassalle. Sobre esta cuestión no cabía ningún acuerdo entre él y Marx².

En los últimos años, cuando Marx se encontró envuelto en disputas doctrinales con los proudhonianos y con Bakunin sobre la naturaleza del Estado, se vio obligado a formular sus ideas en una forma algo más sistemática; y procedió de esta forma con referencia a Francia, más particularmente tras la Comuna de París de 1871, que en su opinión fue la primera «dictadura proletaria» de la historia. Esas materias quedan fuera de su querrela con Lassalle por la excelente razón de que en Alemania

política; en unos pocos años casi todo organizador obrero alemán dispuesto había vuelto su espalda a los liberales, y se había sumado a la causa de un movimiento obrero independiente. Respecto al vínculo entre la actuación socialista de Weitling en la década de 1840 y el movimiento lassalleano de los años 1860, cf. Mehring, *op. cit.*, vol. I, págs. 168 y ss.; vol. II, págs. 6, 17 y ss.

1. Cf. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, MESW, II, págs. 29 y ss.

2. Mehring, *op. cit.*, vol. II, págs. 68 y ss.; Ramm, *loc. cit.*, págs. 208 y ss. Mehring, que por regla general adopta una posición favorable a Lassalle, advierte sin embargo que sorprendió a una parte considerable de sus seguidores potenciales al ponerse del lado de Bismarck en contra de los liberales. En Berlín, donde la élite de obreros cualificados apoyaba la oposición liberal, su campaña fue un fracaso y la ayuda le vino de los artesanos pobres.

la única cuestión importante quedaba planteada en el análisis de hasta qué punto el bisoño movimiento obrero había de acudir en apoyo de la oposición liberal. Este problema táctico quedó solucionado por sí mismo cuando los liberales dejaron bien sentado que, puestos en la alternativa de escoger entre gobierno autoritario y democracia, preferían mucho más el primero. Un movimiento liberal democrático —es decir, un gobierno que, aun dirigido por la clase media, respaldara realmente la petición de un sufragio más amplio— habría constituido un serio compromiso para Lassalle y el mismo Marx. Pero ese movimiento jamás llegó a materializarse. Bismarck introdujo el sufragio universal en el parlamento federal del norte de Alemania el año 1867, tras haber ganado su combate contra la oposición liberal; y ésta no llevaba a cabo intento alguno de presionar para que se introdujera un cambio similar en Prusia, donde el viejo sufragio antidemocrático siguió vigente hasta el hundimiento general de 1918.

Por una coincidencia 1867 fue también el año en que la segunda *Reform Bill* concedió el voto a los estratos superiores de la clase obrera británica, y como en este país el parlamento tenía un poder efectivo, la presión sindical sobre los dos partidos políticos llevó a resultados prácticos. De los comentarios de Marx sobre el asunto resulta evidente que esos nuevos fenómenos echaron los cimientos de su ulterior creencia en la posibilidad de una evolución pacífica británica hacia el socialismo¹. Pero por entonces Inglaterra ejercía un constante influjo dulcificador sobre él. Ya en 1850, sus informes sobre la vida parlamentaria británica, que habían de insertarse en los periódicos americanos y alemanes, no sólo mostraban su familiaridad con el juego de partidos, también esbozaban su inclinación a creer que para obtener el poder político a la clase trabajadora le bastaba con obtener el derecho de sufragio².

Es importante advertir este cambio gradual en la actitud de Marx frente a la democracia, pues su intervención en los asuntos de la Internacional se torna incomprensible si se parte del manido supuesto de que entonces no hubo ningún cambio en su visión teniendo en cuenta que se había opuesto desdenosamente a las primeras manifestaciones del socialismo democrático en Francia,

1. G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, II, págs. 92 y ss.

2. *Gesammelte Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels 1852-62*, ed. Ryazanov, Stuttgart, 1920, vol. I, pág. 9. "Para la clase trabajadora británica el sufragio universal representa el poder político, pues el proletariado forma la gran mayoría de la población..." (Carta al *New York Tribune*, 25 de agosto de 1852). Cuando Marx escribía esto, el cartismo se estaba desvaneciendo, aunque hasta después de 1850 nunca abandonó realmente la posición democrática en lo que a Inglaterra se refiere. Otra cosa distinta era la política continental.

de 1849-52, calificándolas de «coalición de obreros y pequeñoburgueses» que por su naturaleza no podían hacer nada por eliminar el antagonismo entre el capital y el trabajo. El Marx de 1864 era el teórico de un movimiento del *trabajo* y *por consiguiente* empeñado en el socialismo democrático independientemente de lo mucho que esta circunstancia quedó empañada en su mente por la continua lucha por derrocar el antiguo régimen.

LA PRIMERA INTERNACIONAL

Juzgamos conveniente, antes de volver sobre la I Internacional y la Comuna de París, hacer algunas observaciones generales. A primera vista ni una ni otra tienen mucho que ver con el marxismo. La Internacional surgió de un intercambio de opiniones entre los líderes obreros ingleses y franceses, mientras la Comuna estuvo dirigida por hombres que se mostraban indiferentes u hostiles a la posición teórica de Marx¹. Pero en su formulación final la doctrina marxista del conflicto de clases refleja el impacto que tales acontecimientos causaron en él, y viceversa, él ayudó a formular el programa del primer movimiento obrero internacional². Es, pues, importante preguntarse cuáles fueron los presupuestos teóricos con los que emprendió su labor. La respuesta no es fácil en modo alguno, pues al relacionarse con un movimiento internacional centrado en Londres —y luego con un estallido revolucionario situado en París— Marx se quiaba, en parte, por consideraciones tácticas que exigían prudencia en la manifestación de sus verdaderas ideas. Tenía que llenar el vacío entre la «democracia burguesa» y la «democracia socialista», pues la Internacional no se limitaba en absoluto al socialismo, y mucho menos a la revolución. Tenía asimismo que aclarar ciertas ambigüedades de su propio pensamiento. Este último extremo es el que nos interesa ahora.

1. Cole, *op. cit.*, II, págs. 88 y ss., 134 y ss. La bibliografía sobre ambos temas es demasiado voluminosa, incluso para realizar el esbozo más simple.

2. Del que no formaron parte en un principio los socialdemócratas alemanes. Se quedaron aparte por la legislación que les prohibía afiliarse a grupos internacionales, aunque de todas formas Marx no quería lassalleanos en "su" Internacional. Esta es otra razón para tratar el tema separadamente.

Cuando Marx surgió de la semioscuridad el año 1864 para participar en la elaboración del programa de la Internacional¹, había pasado quince años en Londres y estaba suficientemente familiarizado con la vida política británica como para advertir que una estrategia trazada según los patrones continentales no serviría para Inglaterra. Este convencimiento se expresó de dos formas. Si, por una parte, excluía la posibilidad de cierto resurgimiento del cartismo, indicaba por otra que el movimiento obrero inglés podía prescindir de alguna de las fases por las que atravesaba el movimiento continental. Gran Bretaña era nacionalmente homogénea y estaba altamente industrializada; en realidad el único país de Europa verdaderamente capitalista. Aparte de Irlanda no existía problema nacional ni campesino que difundiría los límites entre las clases, y hemos visto ya que Marx confiaba en una revolución agraria en Irlanda que liberase la democracia británica de la carga que pesaba sobre ella. Esta consideración estaba ligada sin embargo a una circunstancia que le confundía sobremanera, a saber: el hecho de que aunque la sociedad británica era burguesa, el *gobierno* británico no lo era: aunque el Parlamento no era ya el coto cerrado de la nobleza terrateniente, todavía lo controlaba de forma notable, dominando por completo la Cámara de los Lores. El problema inmediato, pues, era apartar la aristocracia del poder, incluyendo a la aristocracia *whig* (liberal), que aunque hasta cierto punto deseaba poner en práctica los programas de la burguesía se hallaba constitucionalmente incapacitada para hacerlo, y recientemente había evidenciado esta incapacidad durante la guerra de Crimea².

A comienzos de la década de 1850 aún tendía Marx a considerar a los *tories* (conservadores), *whigs* y *peelites** como partidos que pertenecían esencialmente al pasado, mientras que los librecambistas cobdenianos** y los artistas representaban el futuro³. Por ello resultó enojoso que los cobdenianos no lograran obtener un mayor poder político a la vez que los artistas perdían constantemente fuerza. Por el contrario, los *whigs* iban transfor-

1. MESW I, págs. 377 y ss.; Cole, *op. cit.*, II, págs. 91 y ss.

2. Cf. *Gesammelte Schriften*, ed. Ryazanov, vol. II, págs. 321 y ss. El grupo que más disgustaba a Marx aparte de los *whigs* era el de los *peelites*: también ellos eran esencialmente burgueses, y sin embargo ayudaban a perpetuar el monopolio del poder político de la aristocracia. Es evidente que subestimaba la importancia de este grupo; cf. el comentario de Ryazanov, *op. cit.*, vol. I, págs. 447 y ss.

* Facción de los conservadores que apoyó a Sir Robert Peel, cuando presentó su proyecto para derogar las leyes del trigo, en 1864. (N. del E.).

** Seguidores de Richard Cobden, partidario del mercado libre y la cooperación internacional. (N. del E.)

3. *Gesammelte Schriften*, vol. I, págs. 6 y ss.

mándose en el núcleo del partido liberal, al que el grupo cobdeniano prestó de mala gana su apoyo, mientras los sindicatos cerraban la marcha. Incluso los *tories* continuaban existiendo a pesar de la abolición de las Leyes del Trigo, que Marx había considerado como fatales para sus esperanzas (opinión que compartía Cobden). Aproximadamente hacia los años 1860 esta transformación había progresado lo suficiente como para hacer ilusoria toda esperanza de una revolución de la clase media contra la oligarquía; una amenaza que había parecido inevitable en los «hambrientos cuarenta» y estuvo a punto de resurgir por un momento merced a la indignación nacional por el desgobierno aristocrático durante la guerra de Crimea. En el colmo de la lógica tormenta contra el ministro, las esperanzas de Marx aumentaron por un breve espacio de tiempo¹. Cuando la «casta gobernante» salió del paso a duras penas, perdió interés en la cuestión y se volvió a otros problemas. Alrededor de 1860, absorbiéndole la Internacional sus energías, se avino a la idea de que la alianza histórica entre la aristocracia y la burguesía que había caracterizado la sociedad británica desde 1688, presentaba todo el aspecto de continuar; con todo, esto hizo extraordinariamente urgente la tarea de apartar a los sindicatos del partido liberal naciente. En un principio, es decir en 1864, esta estrategia pareció totalmente irresponsable, tanto más cuanto que fueron los *tories*, bajo la hábil dirección de Disraeli, quienes sacaron el mayor beneficio en 1867, al obtener el voto los obreros cualificados. Más tarde la corriente cambió de rumbo: las dificultades, cada vez mayores, con que Marx se encontraba en el Consejo General de la Internacional a partir de 1871, tuvieron su origen en que los dirigentes sindicales ingleses, que hasta entonces le habían concedido lo que suponía un cheque en blanco, tendían a avenirse al *statu quo*, y por tanto se inclinaban poco a asociarse con los socialistas del continente². Estos últimos estaban lejos de ser revolucionarios en su mayoría, especialmente tras la expulsión de Bakunin y sus anarquistas de la Internacional en 1872. Pero incluso los socialdemócratas se situaban ahora muy a la izquierda

1. *Ibid.*, vol. II, pág. 129, "La casta gobernante, que en Inglaterra no coincide en absoluto con la clase dominante, irá de coalición en coalición, hasta que se haya aportado las pruebas suficientes de que ha perdido su capacidad de gobierno". (Artículo en *Neue Oder-Zeitung*, 8 de febrero de 1855). De entre los partidos existentes en este período Marx prefería a los *tories*, que al menos tenían el mérito de ser verdaderamente antirrusos: a diferencia de Cobden y, por supuesto, de Palmerston, de quienes incluso sospechaba que habían favorecido en secreto la expansión rusa. (*Ibid.*, vol. I, págs. 224 y ss.; vol. II, páginas 465 y ss.).

2. Cole, *op. cit.*, II, págs. 104 y ss., 132 y ss.

de los dirigentes sindicales británicos, quienes habían decidido probar fortuna con el partido liberal en el poder, precisamente cuando los trabajadores del continente se encaminaban hacia una ruptura definitiva con el liberalismo.

Aunque no se hubiera producido el cataclismo parisino, habría sido inevitable a largo plazo una ruptura con los sindicatos británicos. Marx podía haber tolerado a los liberales que evitaban quebrar el poder político de la «casta gobernante», pero no podía tener la misma tolerancia con los dirigentes obreros. En Gran Bretaña el problema no era en definitiva más que una cuestión de democracia parlamentaria: nadie había propuesto una medida realmente drástica. Porque una cosa era que la clase media prosiguiera su tradicional simbiosis con la aristocracia gobernante; la entrada de los sindicatos en una relación similar con la coalición burguesa-aristocrática, ahora políticamente dominante, era, en opinión de Marx, equivalente a comprometer los derechos de primogenitura del trabajo. Bajo su influencia y la de Engels esta idea se convirtió en prevaleciente entre los socialdemócratas europeos de la siguiente generación, y la tensión resultante duró hasta que el movimiento obrero inglés se hizo políticamente activo¹.

Teniendo todo esto en cuenta, es curioso que en 1864 los líderes del movimiento sindical británico suscribieran un documento que resucitaba algunos aspectos de la tradición cartista, a la vez que apuntaba a lo que luego se denominaría el socialismo democrático. La *Alocución inaugural* es en cierto sentido la Carta de la Socialdemocracia². Fija un programa político y económico, cuyo aspecto teórico lo consideraremos en conexión con la crítica de Marx a la economía política. Políticamente gira en torno a las tradiciones del movimiento de 1848-9, es decir de la lucha por la democracia; los demócratas radicales podían hallarse y se hallaron satisfechos con lo que la *Alocución* hubo de decir sobre la «Polonia heroica», entonces, como luego, «asesinada por Rusia», y «los abusos desmedidos y sin resistencia de esa potencia bárbara cuya cabeza está en San Petesburgo y cuyas manos se hallan

1. Cole, *op. cit.*, págs. 379 y ss.; Rosenberg, *op. cit.*, págs. 210 y ss. Referente a las ideas de Engels sobre el movimiento obreros británico en la década de 1880, cf. sus observaciones contenidas en una carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, MESC, págs. 422-3.

2. Cf. *Alocución inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. MESW, I, págs. 377 y ss. El texto lo redactó Marx entre los días 21 y 27 de octubre de 1864, y fue publicado por el Consejo General de la Internacional el mes siguiente, habiéndose constituido formalmente la organización en una asamblea pública celebrada el 29 de septiembre de 1864 en el St. Martin's Hall de Londres.

en cada Gabinete de Europa»¹. Todo esto resultaba bastante familiar y claro en la tradición democrática de 1848-1849. La novedad reside en el énfasis puesto en los objetivos del trabajo organizado, actuando en las legislaturas todavía dominadas por las clases poseedoras, así como a través de sus propias organizaciones. La Alocución recordaba a sus lectores que aunque el cartismo se había desvanecido, la clase obrera inglesa «tras treinta años de lucha llevada con la más admirable perseverancia» había logrado una gran victoria (en 1847) llevando la Ley de las Diez Horas al Parlamento. Además, «se contaba con una victoria todavía mayor de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad», a saber, el movimiento cooperativo². «El valor de esas grandes experiencias sociales no puede subestimarse»³. Sin embargo, ni siquiera esos triunfos serían completos pues no cabía esperar mucho más de una Cámara de los Comunes dominada —como Palmerston había proclamado en público no hacía mucho— por los propietarios de la tierra. «Conquistar el poder político se ha convertido por tanto en el gran deber de las clases trabajadoras. Parece que lo han comprendido, pues en Inglaterra, Alemania, Italia y Francia han tenido lugar resurgimientos simultáneos, realizándose esfuerzos comunes en el plano de la reorganización política del partido de los trabajadores»⁴. Aquí el lenguaje se torna claramente ambiguo y no cabe ninguna duda de que Marx no decía todo lo que pensaba⁵. Con todo, sean los que fueren sus *arrière-pensées*, trazó en realidad el programa básico de la socialdemocracia. Cuando los sindicatos británicos retrocedieron unos cuantos años después ante sus consecuencias, fueron ellos y no él quienes abandonaron el programa común, y quienes finalmente volvieron a él.

Se ha hecho notar con cierta justicia que ni Marx ni Engels entendieron nunca cabalmente la naturaleza del movimiento trabajador democrático que surgió en Europa occidental a partir de la década de 1860⁶. Los dos se habían formado en el ambiente de las sectas revolucionarias anteriores a 1848, que aspiraban a una

1. *Ibíd.*, pág. 384.

2. *MESW I*, págs. 382-3.

3. *Ibíd.*, pág. 383.

4. *Ibíd.*, pág. 384.

5. Cf. Marx a Engels, 4 de noviembre de 1864: "Era muy difícil plantear la cuestión de manera que nuestras ideas parecieran aceptables para el actual punto de vista del movimiento obrero. Dentro de unas cuantas semanas la misma gente estará celebrando reuniones con Bright y Cobden para la cuestión del sufragio. Pasará tiempo antes de que el movimiento resucitado permita la vieja claridad de expresión". *MESC*, pág. 182.

6. *Rosenberg, op. cit.*, págs. 222 y ss.

transformación completa de la sociedad y experimentaban alguna dificultad para adaptarse al movimiento obrero moderno que era inevitablemente bastante más reformista que la antigua «Internacional» jacobinosocialista con sus sueños de un nuevo cielo y una nueva tierra. Pero de una u otra forma se las compusieron para dar el paso. En 1864 todavía era posible aproximarse a las fuentes viejas del radicalismo, y así lo hizo Marx con notable maestría, fusionando el credo democrático tradicional con la reaparición del trabajo organizado en una mezcla que parecía bastante explosiva aunque la única explosión real del período, la Comuna de París, nada tuviera que ver con ello. De hecho la Comuna no sólo contribuyó a la destrucción de la Internacional; introdujo un equívoco en el seno mismo del movimiento, pues bajo su influencia Marx abandonó momentáneamente su visión realista de 1864 y retrocedió al utopismo del *Manifiesto Comunista*. Por otra parte, al incorporar el recuerdo del alzamiento de París en el más importante de sus textos políticos¹, obligó al movimiento socialdemócrata en ascenso a aceptar un mito político que no guardaba relación alguna con la experiencia diaria. De aquí en parte la escisión de la personalidad que a partir de 1871 se convirtió en una plaga de todos los partidos socialistas de Europa: no podían limitarse a desconocer la Comuna, pero tampoco podían guiarse con la violenta luz que despedía. Seguía constituyendo un «acontecimiento glorioso» y el contraste más agudo posible con el liberalismo burgués. Pero su valor simbólico superaba con mucho cualquier trascendencia política que encerrase.

Incluso esta matizada toma de postura revolucionaria iba más allá de lo que los dirigentes juiciosos de los sindicatos británicos se hallaban dispuestos a aceptar, y la defensa vehemente que hizo Marx de la Comuna, contribuyó a que su asociación rompiera con el Consejo General. Muchos de ellos nunca se habían sentido totalmente a gusto ante la presencia de tantos extranjeros y sólo un conjunto muy especial de circunstancias les permitió buscar el respaldo de la Internacional en la década de 1860. La cuestión es compleja y cuanto más se estudia mayor impresión produce la importancia que poseía la lucha continua por la democracia para el naciente movimiento obrero². El *Trades Council* de Londres, que tomó la iniciativa por parte británica, había surgido de un

1. *La guerra civil en Francia*, MESW I, págs. 499 y ss.

2. Cole, *op. cit.*, II, págs. 102 y ss. Una relación sucinta escrita desde una perspectiva marxista, pero extraída de toda la literatura del período, la de Ryzanov en "Zur Geschichte der Ersten Internationale", en *Marx-Engels Archiv*, vol. I, Frankfurt, 1926, págs. 119-202.

importante conflicto económico¹. Pero el *Council* intervino también en reuniones públicas apoyando al Norte durante la guerra civil americana y en las grandes demostraciones que dieron la bienvenida a Garibaldi cuando visitó Inglaterra en abril de 1864. Sus líderes se destacaron como los principales firmantes de una Petición a sus colegas franceses sobre el asunto de Polonia que nada tenía que ver con cuestiones sindicales, sino todo lo más con la cruzada democrática contra Rusia². La petición fue el resultado de una reunión pública celebrada en el St. James Hall de Londres el 2 de julio de 1863, cuando los radicales británicos y franceses y los dirigentes obreros protestaron conjuntamente por primera vez contra la opresión rusa de Polonia, que siguió a la insurrección polaca de ese año, e instaron a intervenir a sus respectivos gobiernos³. En una asamblea anterior que tuvo lugar el 28 de abril, donde se instó a ejercer presiones sobre el gobierno británico —ocupado, como el francés, en protestas diplomáticas en beneficio de Polonia— no había estado presente ningún delegado francés, pero las noticias de un semejante movimiento propolaco nacido entre los obreros parisinos sugirió la conveniencia de actuar conjuntamente. Como los dirigentes británicos y franceses ya habían estado en relación durante la Exposición Internacional de Londres de 1862, no hubo ninguna dificultad para el establecimiento de los contactos. Los dos gobiernos no tenían posibilidades para oponerse; Napoleón III se hallaba entonces en su fase «liberal», y además la causa polaca —a diferencia de la italiana— contaba con el apoyo católico, de forma que no había que temer riesgos por ese lado. La opinión pública británica, lo que equivale a decir la opinión liberal de clase media, era igualmente favorable, aunque sus ilusiones sobre la disposición del gabinete británico para ayudar a los polacos no eran compartidas por los dirigentes sindicales más avanzados. En la reunión del 22 de julio, los futuros delegados británicos en

1. La disputa del sindicato de la construcción de Londres, que tuvo lugar en 1859-60, y que duró más de seis meses, se ha considerado como el momento en que se produjo un giro decisivo en la historia del sindicalismo británico; cf. Ryazanov, *loc. cit.*, págs. 125 y ss.

2. "A los trabajadores de Francia de los trabajadores de Inglaterra", publicada por primera vez el 5 de diciembre de 1866 en *Beehive*, el órgano oficial del *Trades Council* de Londres. Su director, Hartwell, era un antiguo cartista, y entre los colaboradores estaban Frederick Harrison y E. S. Beesly, ambos positivistas destacados, es decir, seguidores de Comte y que conocían a Marx (cf. Ryazanov, *loc. cit.*, págs. 133 y ss.). En cuanto a las relaciones de Marx con el pequeño pero influyente grupo positivista, cf. Royden Harrison, "E. S. Beesly and Karl Marx", *International Review of Social History*, Amsterdam, 1959, vol. IV, págs. 22 y ss., 208 y ss.

3. Ryazanov, *loc. cit.*, págs. 166 y ss.

el Consejo General de la Internacional no sólo salieron en apoyo de Polonia, sino que indicaron asimismo que no esperaban que Palmerston y sus colegas —que se habían distinguido no hacía mucho por favorecer a los sureños en la guerra civil americana— movieran un solo dedo en favor de los polacos¹.

El movimiento ha de situarse en el ambiente de agitación democrática de los años 1860 a la que sucedió una década de reacción. El mes de enero de 1863 —fecha de la insurrección polaca que inflamó la vieja animadversión democrática hacia Rusia— fue asimismo la fecha en que se llevó a efecto la proclamación de la emancipación por parte de Lincoln, y los dirigentes sindicales británicos se vieron arrastrados al movimiento gracias a la campaña radical en ayuda del Norte². Para esas personas la lucha contra la esclavitud en América representaba fundamentalmente la misma causa que la de las insurrecciones nacionales italiana y polaca, los intentos de los trabajadores franceses para organizarse en la época del gobierno dictatorial de Napoleón III y su propia campaña en pro del sufragio universal. Lo curioso es que la Petición «a los trabajadores de Francia de los trabajadores de Inglaterra» del 5 de diciembre de 1863 no se encabeza con ninguna referencia a los conflictos industriales, sino con un gran homenaje a «la causa de Polonia». Tras diversas alusiones ofensivas a «reyes y emperadores» que celebran «sus reuniones y saraos» «en regocijo del frívolo y satisfacción de los favorecidos por la fortuna» a la vez que «constituyendo cargas todavía más pesadas que hacen sudar al pobre honrado y trabajador», la petición afirma que «como medio de poner coto al abuso de poder existente, nos hacemos eco de vuestra llamada a la fraternidad de los pueblos»; y luego de nuevas y amplias referencias a Garibaldi, Méjico, Suiza, y la cruel «guerra con China», entablada

1. "(Cremer) no tiene fe en él (sc. el gobierno). Recordó cómo había tratado Palmerston a Hungría, y opinaba que sacrificaría a Polonia de la misma forma si el pueblo de Inglaterra se lo permitía". (*Beehive*, 25 de julio de 1863, citado por Ryazanov, *loc. cit.*, pág. 167). Cremer, uno de los principales miembros del *Trades Council*, iba a figurar entre los representantes británicos más activos del Consejo General de la Internacional.

2. En una reunión celebrada el 26 de marzo de 1863 en el St. James Hall, en apoyo de la causa nortea, siguieron a Bright en la tribuna los jefes del *Trades Council* de Londres quienes tomaron luego la iniciativa de llevar a cabo una campaña en favor de Polonia. Hablaron Howell y Cremer, mientras Odger, Charles Murray, Robert Shaw, y Applegarth, tomaron parte en el comité organizador. El episodio produjo una honda impresión en las gentes de la época, que hasta entonces nunca habían visto a los jefes obreros desempeñar un papel tan destacado. Ésos fueron los hombres que intervinieron después de 1864 en el Consejo General de la Internacional, en el que Marx solía actuar en calidad de portavoz. Cf. Ryazanov, *loc. cit.*, pág. 166; H. Evans, *Sir Randall Cremer*, Londres, 1909, págs. 26-30; A. W. Humphrey, *Robert Applegarth*, Londres, 1914, págs. 4-6.

recientemente por los gobiernos británico y francés, concluye el documento con otra llamada en pro de «un esfuerzo conjunto en favor de la libertad de Polonia», una apelación pronunciada en el auténtico lenguaje del radicalismo popular del período¹.

Después de lo cual apenas puede sorprender hallar los mismos hombres ocupando la posición destacada en la «Asociación Sindical para el sufragio masculino» constituida oficialmente el mes de septiembre de 1864, sólo unas pocas semanas antes de la reunión del St. Martin's Hall que puso en marcha la Asociación Internacional de Trabajadores. Cuando en la «Alocución Inaugural» redactada en su nombre, destacaba Marx los obstáculos que la Cámara de los Comunes, todavía por reformar, suponía para el progreso, hacía generalizaciones partiendo de su reciente experiencia y podía estar seguro de contar luego con su apoyo. Durante los cinco o seis años siguientes fue su representante en los contactos con el continente, a la vez que interpretaba en su interés el movimiento continental. Lo que parece haber ayudado en especial a contener la francofilia un tanto desprovista de sentido crítico profesada por los seguidores británicos de Comte, a cuyos ojos incluso Napoleón III aparecía iluminado con la aureola de la Revolución Francesa².

El otro aspecto de esta actividad fue el renacimiento del movimiento obrero francés que, a pesar de que las actividades sindicales continuaban teniendo carácter semi-legal, en el mejor de los casos³ permaneció constante durante la década de 1860. Es imposible aquí seguir de cerca la polémica mantenida entre los socia-

1. "Afirmamos con vosotros que nuestro primer esfuerzo conjunto ha de ser para la liberación de Polonia; la justicia de su causa lo exige, las obligaciones de los tratados la hacen imperativa, y el deber lo reclama... Debemos proceder así para evitar las intrigas de la diplomacia secreta (ese azote de las naciones) con las que las desgracias del mal se desplegarían de nuevo, serían asesinados los hijos más nobles de Polonia, sus hijas se convertirían en el botín de la brutal soldadesca, transformando una vez más esa buena tierra en un inmenso matadero para vergüenza y desgracia del mundo civilizado". Firmado en nombre de los trabajadores de Inglaterra por: Grant Facey, pintor, como presidente; William Cremer, ebanista; C. Goddard, de la Junta de encuadernadores; John Eglinton, carpintero; George Odger, zapatero, secretario honorífico. (Cf. Ryazanov, *loc. cit.*, págs. 173 y ss.). Durante la consiguiente polémica con el *Trades Council* de Londres sobre la conveniencia de esta intervención en asuntos extranjeros, los críticos de la Petición la calificaron de "documento republicano rojo", poniéndose en duda su utilidad práctica para fomentar la cooperación con los dirigentes obreros franceses, acaso no sin razón. Sin embargo, cuando los dirigentes sindicales acudieron a Marx el año siguiente para la elaboración de la Alocución Inaugural, la "heroica Polonia" figuraba de nuevo en el texto que obtuvo su aprobación.

2. Marx a Engels, 10 de diciembre de 1864, MEGA III/3, pág. 214.

3. Cole, *op. cit.*, págs. 97 y ss.; Ryazanov, *loc. cit.*, págs. 177 y ss.; Dolléans, *op. cit.*, I, págs. 277 y ss.

listas de Francia, que favorecían un movimiento sindical de carácter estrictamente apolítico, y sus oponentes, que buscaban una organización de amplios objetivos políticos. Ambos grupos apoyaron la Internacional, pero con el transcurso del tiempo los «políticos» adquirieron preeminencia, y hacia 1870 controlaban ya la mayoría de las secciones, circunstancia que hizo posible y apenas inevitable la Comuna. Los dirigentes obreros parisinos que llevaron sus seguidores a la Internacional —principalmente Tolain, Fribourg y Varlin— empezaron como discípulos de Proudhon, quien durante años había estado proclamando la abstención de la política. No era este el único punto que lo diferenciaba de Marx, y de hecho el proudhonismo siguió constituyendo el problema principal de Marx a lo largo de todo este período. A finales de los años sesenta los congresos de la Internacional estuvieron ampliamente dominados por debates algo académicos respecto a las panaceas económicas de Proudhon, aunque hacia el fin del período vino a sumarse un nuevo elemento de confusión como fue la intervención de Bakunin que se insertó en el planteamiento proudhoniano, pues los dos eran hostiles al control y la centralización estatales. Todas estas circunstancias hacen de la historia un relato tedioso, de complicados manejos en cuya prosecución se invirtieron muchos talentos y energías. Las líneas principales son no obstante claras y simples, y tienen que recapitularse, si bien con extraordinaria brevedad, si queremos situar en su debida perspectiva los conflictos que provocaron la catástrofe de la Comuna de París¹.

Aparte de ser contemporáneos, Proudhon y Marx tenían pocas cosas en común². Afortunadamente para la Internacional, su histórica disputa acerca de la teoría socialista de 1846-7, no entraba directamente en la cuestión pues Proudhon había muerto en enero de 1865, cuatro meses después de que el movimiento se pusiera en marcha. De haber vivido más tiempo sus congresos probablemente se hubieran visto animados por alguna otra polémica acre,

1. Las disensiones surgidas entre los "mutualistas" partidarios de Proudhon y el grupo "colectivista" constituido en torno a Varlin quedan patentes en Dolléans, *op. cit.*, págs. 306 y ss.

2. Respecto a la meditada opinión de Marx sobre Proudhon, cf. su carta a J. B. Schweitzer, 24 de enero de 1865, MESC, págs. 184 y ss., que constituye una introducción más abreviada y satisfactoria al tema que su bien conocida polémica contra Proudhon contenida en *Miseria de la filosofía*, MEGA I/6, páginas 117 y ss. Cf. también Erich Thier. "Marx und Proudhon", *Marxismusstudien*, vol. II, págs. 120 y ss. No podemos pasar aquí a considerar los numerosos escritos de Proudhon, ni siquiera su *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère* (París, 1846, nueva edición París, 1923) que provocó la réplica tan conocida de Marx.

tanto más desde el momento en que Proudhon no compartía el entusiasmo democrático general por Polonia y el odio al zarismo. Para sus seguidores franceses, y en general para el movimiento trabajador en Francia, 1864 fue una fecha importante, pues fue testigo de cierta legalización tácita de los sindicatos, y también de un resurgimiento del interés político entre los trabajadores de París. Las nuevas tendencias se reflejaban en un Manifiesto publicado a principios de 1864 por Tolain y otros líderes obreros que se mostraron activos en la formación de la Internacional dentro del campo francés. Aunque muy influidos por Proudhon diferían de él al abogar por la participación en las elecciones, y su impaciencia en aumento frente al abstencionismo fue con probabilidad uno de los factores que movió a Proudhon a dar una nueva formulación a sus ideas en la obra, publicada con carácter póstumo, con el título *De la capacité politique des classes ouvrières* (1865), de forma que a sus discípulos franceses les fuera posible conservar su pureza ideológica y tomar no obstante parte en la Internacional, al lado de hombres que adoptaban un punto de vista completamente distinto en cuanto a la conexión entre la lucha económica y la política.

El «Manifiesto de los sesenta» (publicado en la *Opinion Nationale* el 17 de febrero de 1864), lo firmaron la mayoría de las personas que desempeñaron luego el papel principal dentro de la Internacional como representantes del proudhonismo. Su publicación antecedió en unos cuantos meses a la ley del 25 de mayo de 1864 que situó al sindicalismo francés sobre una base semi-legal, si bien sometida a muchas restricciones; a éste siguió inmediatamente la derrota de la candidatura de Tolain acaecida en una elección parcial de París: la primera vez que un representante de los trabajadores se había presentado a unas elecciones parlamentarias bajo el Segundo Imperio. El «Manifiesto» como tal constituye un documento extremadamente moderado que no sólo rehuía toda actividad revolucionaria sino incluso la idea de organizar huelgas. Se consideran como objetivos del trabajo «*La liberté du travail, le crédit, la solidarité*». En el terreno político, la designación de candidatos obreros se define como un medio de «fortalecer, completándola, la acción de la oposición liberal». Esto era situarse a gran distancia de Lassalle, así como también de Proudhon, quien había aconsejado anteriormente la abstención en las elecciones. La alusión al «crédito» constituía, por otra parte, un homenaje a la panacea favorita de Proudhon, un banco de crédito para financiar las cooperativas de los trabajadores.

Desde el punto de vista de Marx esas derivaciones eran con

mucho más importantes que la querrela posterior con Bakunin. Francia era uno de los dos pilares principales del movimiento e Inglaterra el otro, y el movimiento trabajador francés suponía la fuerza principal cuyo resurgimiento prometía socavar la estabilidad del Segundo Imperio. Por consiguiente, tuvo buen cuidado de no permitir que las diferencias doctrinales con los proudhonianos se mezclaran con su dirección del Consejo General, aunque no se entristeció cuando declinaba su influencia conforme el control de las secciones francesas pasaba paulatinamente a sus rivales «colectivistas», de entre los cuales Eugène Varlin (1839-71), fue asumiendo la jefatura gradualmente. Lo que Varlin definía como «comunismo antiautoritario» era lo más próximo a su propia posición entonces posible en Francia. Los «colectivistas» se hallaban asimismo a la cabeza del intento por dotar de un carácter genuinamente político al movimiento trabajador francés. Con todo, Varlin se hallaba en oposición a los blanquistas, quienes por su parte no manifestaban ningún interés por la Internacional. Varlin representaba un nuevo tipo de dirigente: el líder obrero educado políticamente que se había emancipado a sí mismo del fanatismo sectario y del espíritu conspirativo. En 1871 habría de convertirse en una de las figuras centrales de la Comuna, y el «internacionalista» principal en su cuerpo directivo.

Teniendo en cuenta lo que iba a suceder, merece la pena recordar que en opinión de Marx los problemas franceses estaban completamente desconectados de la quiebra posterior abierta por Bakunin. En la cuestión intervino un elemento de carácter personal. Marx tenía en gran consideración a Blanqui, a quien perfiló en más de una ocasión como «la cabeza y el corazón del partido proletario de Francia»¹, también estaba dispuesto a tomar seriamente a Proudhon, aunque no fuera de su agrado. Muy al contrario, Marx no parece haber ido más allá de considerar la intervención de Bakunin como un entorpecimiento inútil². En su opinión, una cosa era polemizar sobre cuestiones teóricas con un hombre como Proudhon, que aunque autodidacta, tenía cierto aire de economista; o mantener divergencias sobre asuntos tácti-

1. Sobre las relaciones de Marx con Blanqui, cf. Spitzer, *op. cit.*, págs. 115 y ss.; Auguste Cornu, *Karl Marx et la Révolution de 1848*, París, 1948, págs. 62-3. En la correspondencia que mantuvieron Marx y Engels entre sí existen una serie de amistosas alusiones a Blanqui. El 1 de marzo de 1869 Marx ponía en conocimiento de Engels que Lafargue había transmitido a Blanqui un mensaje cordial (cf. MEGA III/4, pág. 159).

2. Cf. su mordaz estimación de la personalidad e historial de Bakunin, en *Ein Complot gegen die Internationale Arbeiter-Assoziation*, Braunschweig, 1874: hizo circular la versión alemana del texto tras la expulsión de Bakunin de la Internacional.

cos con Blanqui, el que más estoicamente resistió de los mártires revolucionarios, y otra cuestión totalmente distinta que la labor de uno se viera entorpecida por alguien como Bakunin, quien no sólo sembraba la confusión por donde pasaba sino que en sus ratos perdidos se dedicaba a predicar el paneslavismo¹. Cuestiones personales aparte, difícilmente podría mantenerse que cupieran en el mismo mundo político el movimiento revolucionario en Francia y el puñado de exilados rusos de Ginebra; en la década de 1860 y durante algún tiempo después, Marx no veía razón alguna para tomar en serio a los exiliados rusos.

1. *Ibid.*, págs. 91 y ss. Cf. también *L'Alliance de la Démocratie Socialiste et L'Association Internationale des Travailleurs*, Londres, 1873. Este era la consecuencia de un texto anterior: *Les prétendues scissions dans l'Internationale*, Ginebra, 1872; reimpresso en *Le mouvement socialiste*, n.º 253/4, 1913; el texto alemán se halla ahora en Karl Marx, *Politische Schriften*, ed. Lieber, Stuttgart, 1960, vol. II, págs. 958 y ss. Para detalles respecto a la intervención personal de Marx en la división final dentro de la Internacional y en la composición de esas folletos, véase *Karl Marx-Chronik seines Lebens in Einzeldaten*, Moscú, 1934, págs. 322 y siguientes.

LA COMUNA

Con el transcurso del tiempo el término comunismo ha adquirido significados diversos. En los años 1840 se le asociaba con la *Société Communiste* conspirativa en la que los viejos *montagnards* y los jóvenes conspiradores se unían en base a un programa común¹. En la década de 1870 significaba la Comuna de París de 1871. No deja de representar una ironía el hecho de que la jefatura de la Comuna no incluyera un solo comunista en el sentido actual del término, y que sólo un delegado como máximo pudiera denominarse marxista, y más significativo todavía es que éste fuera un refugiado de Hungría². Tras su caída, Marx iba a imponer la herencia de la Comuna al movimiento socialdemócrata. Incluso en Francia fue este un extraordinario *tour de force*, lugar en donde la masacre llevada a cabo por las fuerzas del «orden» en mayo de 1871 evocaba fácilmente los recuerdos de la carnicería perpetrada en las personas de los obreros parisinos por parte del ejército y la guardia nacional en la insurrección de junio de 1848³. Al otro lado de las fronteras de Francia apenas resultaba posible ver en la Comuna otra cosa que la ruina definitiva del antiguo socialismo romántico francés. Así fue como el propio Marx llegó a considerar la cuestión una década después, cuando se habían enfriado las pasiones. Pero entonces el mito ya se había creado.

La Comuna de París de Marzo-Mayo de 1871 fue en un aspecto la última convulsión revolucionaria que ayudó a consolidar la República después de 1789. Aunque conocía esta circunstancia,

1. Dolléans, *op. cit.*, I, págs. 174 y ss.

2. Cole, *op. cit.*, II, págs. 148 y ss.

3. Marx, *La guerra civil en Francia*, MESW I, págs. 536 y ss.

Marx sostuvo que constituyó asimismo la primera rebelión importante del proletariado industrial moderno. Esta opinión tuvo como corolario natural la creencia de que Francia estaba señalando el camino para la lucha entre el capital y el trabajo. Pero Marx había observado que Francia se situaba económica y socialmente por detrás de Inglaterra, y que sus luchas políticas reflejaban este atraso¹. Tras el fracaso de la Comuna vio con más claridad que las repetidas sublevaciones proletarias constituían la prueba de la inmadurez política, y en la última época de su vida llegó incluso a afirmarlo en una carta que se publicó mucho después². Por consiguiente estuvo muy cerca de hacerse eco del consejo que Proudhon había dado veinte años antes a los trabajadores franceses: no dejarse arrastrar a levantamientos políticos que no resultaran en beneficio de su clase. Pero en los años 1860 Marx había preferido favorecer a Blanqui antes que a Proudhon aun cuando ni él ni Engels albergaban ilusión alguna acerca de la naturaleza anticuada de la doctrina de Blanqui dentro de la cual Francia figuraba como dirigente providencial del género humano. No deja de ser característico que los blanquistas no sintieran ningún interés por la Internacional. Tampoco podía mantener Marx, con Blanqui, que París constituía, en cualesquiera circunstancias, la *véritable représentation nationale* aun cuando el resto del país repudiara su jefatura: «París, el verdadero representante, la esencia concentrada de la nación, domina la asamblea (es decir, la legislatura) que constituye sólo su emanación material y nominal»³. Según Marx este era precisamente el tipo de romanticismo jacobino a la vieja usanza que los trabajadores de París deberían haber superado⁴.

Esas contradicciones fueron incorporadas después en la ideología oficial de la socialdemocracia marxista, término este de dudosa paternidad puesto que socialdemocracia significó en un principio una coalición de obreros, campesinos y baja clase media urbana (conocida globalmente como «el pueblo»), contra «la aristocracia»: incluyendo esta última la antigua nobleza terrateniente y la

1. *La lucha de clases en Francia*, MESW, I, pág. 211.

2. Marx a F. A. Sorge, 5 de noviembre de 1880. "Este (la reciente formación en Francia de grupos socialistas que habían adoptado un programa 'reformista' que les había redactado Marx)... constituye el primer movimiento obrero real en Francia. Hasta el presente allí sólo existían sectas que naturalmente recibían sus consignas del fundador, mientras la masa del proletariado seguía al burgués radical oseudorradical y combatía por ellos en el momento de la verdad, sólo para ser asesinada, deportada, etc., al día siguiente mismo por los compañeros que había aupado al poder". MESC, págs. 404-5.

3. Blanqui, Manuscritos inéditos, 9581, págs. 93, 121; citado por Spitzer, *op. cit.*, pág. 167.

4. Bloom, *op. cit.*, págs. 126-33.

«aristocracia del dinero», por emplear el expresivo término tan en boga en la década de 1840. En este sentido tradicional quizá pudiera mantenerse que la Comuna de París había sido una empresa socialdemocrática, pues ¿no había pretendido representar al pueblo entero, y no existían entre sus líderes jacobinos republicanos a la vieja usanza, juntamente con socialistas proudhonianos, «comunistas» blanquistas e internacionalistas de reciente aparición? Era tanto como decir que la Comuna pertenecía al viejo mundo de la «revolución burguesa», o que representaba como máximo una fase de transición; precisamente lo que en años posteriores llegaron a sugerir Marx y Engels, salvando así al «socialismo científico» del naufragio utópico. Pero antes de echar anclas en este nuevo refugio se sintieron obligados a rendir tributo a las antiguas deidades a las que también ellos, no menos que los obreros parisinos, se mostraban reacios a volver la espalda¹.

En 1871 los trabajadores parisinos no eran «obreros industriales» en el sentido inglés del término, de la misma forma que no lo habían sido en 1848. La mayoría estaban empleados en pequeños establecimientos y en realidad eran artesanos más que proletarios industriales². Este estado de cosas (que Marx conocía perfectamente y nunca dejó de deplorar) explicaba la influencia de Proudhon, desde el momento en que sus planes para el establecimiento de cooperativas de productores estaban pensados para satisfacer los intereses (y las ilusiones) de artesanos que todavía no se habían visto arrastrados por el torbellino industrial. En la *Alocución inaugural* de 1864 Marx había rendido homenaje a la tradición manifestando que la producción cooperativa demos-

1. Los blanquistas, por supuesto, mantuvieron que París tenía el deber de legislar para el resto de Francia; pero en esta convicción participaban sus aliados de la Comuna sin olvidar los discípulos de Augusto Comte, quienes se oponían por principio al socialismo. También creían que los trabajadores, "dado que pertenecían a la clase más numerosa, sus ideas tienen la mayor universalidad, puesto que sus intereses, estando menos ligados a los asuntos locales, son la garantía del mayor desinterés; finalmente, como quiera que son los presionados con mayor dureza por la necesidad de reconstrucción social, constituyen el principal... sector revolucionario. Ante tales consideraciones, es justo que en Francia el poder político haya de pertenecer a París; y también, sobre tales supuestos, el proletariado llega al poder". (E. Sémerie, "*La République et le peuple souverain*", *Mémoire lu au Club Positiviste de Paris*, 3 de abril de 1871. Citado por R. Harrison, "E. S. Beesly and Karl Marx", *loc. cit.*, pág. 210).

2. Clapham, *op. cit.*, pág. 71: "La cantidad de negocios que empleaban a más de cien personas en 1843 era tan insignificante que apenas si podían afectar la media de todo el país. A parte de la minería y la metalurgia casi no existía... Más de veinte años después, de 101.000 personas clasificadas en París como fabricantes, 62.000 trabajaban solas o con un solo ayudante..."

traba la posibilidad del socialismo¹; aunque también había hecho hincapié en que «el trabajo cooperativo debería desarrollarse hasta alcanzar dimensiones nacionales, y en consecuencia... sostenerlo con medios nacionales» que a su vez dependían de la conquista del poder político por parte de la clase trabajadora². Se situaba pues a un nivel inferior al de la socialización de los medios de producción, lema este que Marx no podía incorporar en esta etapa al programa de la Internacional sin granjearse la enemistad de la mayoría de los delegados franceses³. Efectivamente, no sólo Tolain y su grupo, sino casi todos los socialistas franceses de los años 1860, eran «mutualistas» y se mostraban hostiles al «colectivismo»: la sociedad a que aspiraban era una sociedad en la que cada hombre sería propietario y recibiría todo el fruto de su trabajo, bien personalmente o por medio de una asociación cooperativa de productores; asociación cooperativa que habría de financiarse con «crédito gratuito», es decir, con préstamos sin interés que les habría suministrado un gran banco de crédito del pueblo, que sería una institución pública autónoma inscrita en la constitución, pero en modo alguno sujeta a control del gobierno⁴.

Esto representaba para Marx la más lisa y llana fantasía. Sin embargo, no tenía ningún deseo de intervenir en una disputa doctrinaria sobre cooperación y socialización; y no sólo porque hubiera sido tácticamente inoportuna, sino porque en realidad no la consideraba una cuestión perentoria. No formaba parte de sus planes inducir a los gobiernos constituidos a asumir el control de la industria. Sólo a un Estado controlado por los obreros podía confiársele el participar en la socialización de la producción. En este respecto, como se vería más tarde, coincidían con él proudhonianos y colectivistas, mientras en Inglaterra la discusión sobre la ayuda estatal había languidecido, hasta morir, desde los tempranos días de Owen: el movimiento cooperativo se desarrollaba aquí sobre una base puramente voluntaria⁵. Por otra parte, el impulso real dentro de la Internacional procedía del

1. "No puede subestimarse el valor de esas grandes experiencias sociales. Con hechos y no con razonamientos, han mostrado que la producción en gran escala, y de acuerdo con las exigencias de la ciencia moderna, puede mantenerse sin la existencia de una clase de amos que emplee una clase de brazos; que para que den sus frutos los medios de trabajo, no necesitan estar monopolizados como un medio de dominación y extorsión del trabajador..." *Allocución inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, MESW, I, pág. 383.

2. *Ibíd.*, págs. 383-4.

3. Cole, *op. cit.*, II, pág. 94.

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*, pág. 97.

movimiento sindical que lanzaba a los trabajadores industriales contra los empresarios, es decir, que seguía el que Marx consideraba mejor camino para curar a los trabajadores de las ilusiones que les quedaban sobre la armonía de clases. En este aspecto, hasta 1870 había sido capaz de percibir que el tiempo estaba de su parte. De aquí que la confusión provocada a partir de 1868 por la propaganda de Bakunin le pareciera trivial por naturaleza. Cuando Bakunin y sus partidarios consideraban oportuno que la Internacional se pronunciara contra la existencia de Dios, la autoridad del Estado, o la moralidad de la herencia, no hacían, en su opinión, más que incurrir en una chiquillada molesta que con toda seguridad sería superada por el movimiento obrero¹.

Todo esto se vio alterado en un instante por la catástrofe de la Comuna de París. Esta conmoción política no sólo hizo revivir las viejas ilusiones jacobino-blanquistas acerca de la dictadura revolucionaria de París sobre el resto de Francia, sino que fundió el debate de la cooperación contra la colectivización con la hostilidad proudhoniano-bakuniniana hacia el Estado. Casi todos los *communards* principales se habían opuesto a la centralización y habían preferido reorganizar Francia, tras la derrota de 1870-71, sobre la base de una federación de comunas libres. Incluso un «colectivista» como Varlin, que se había apartado paulatinamente del «mutualismo» y del sindicalismo artesanal en la década de 1860, era un «federalista» a toda prueba, la Francia que anhelaba no era una república centralizada al estilo jacobino, sino una federación de comunas autónomas con la autoridad del poder central reducida a su mínima expresión. En pocas palabras, el Estado tenía que «extinguirse». Si los jacobinos y los blanquistas que en conjunto integraban la mayoría del Consejo electo de la Comuna se oponían a una delegación de autoridad tan amplia, por el momento no hicieron de ello un problema, tanto más cuanto que todos los partidos se hallaban de acuerdo en que París debía tomar las riendas de la revolución².

El aislamiento de la Comuna del resto de Francia significa que

1. Marx a Engels, 5 de marzo de 1869, MESC, págs. 265-6.

2. Cole, *op. cit.*, págs. 140 y ss.; Spitzer, *op. cit.*, págs. 154 y ss. Entre los líderes obreros que destacaban en la Internacional, Tolain no tomó parte en el alzamiento. Varlin fue fusilado tras la lucha, junto con unos veinte mil prisioneros que según ciertas estimaciones fueron asesinados en masa por las fuerzas de Versalles. Para promover aún más la confusión, los internacionalistas —principalmente Varlin y el húngaro Leo Frankel, que escapó— formaban parte de los moderados más destacados cuando llegó el momento de las represalias, mientras que el ala terrorista la dirigían los blanquistas y los jacobinos de vieja escuela. Entre éstos estaba Arthur Ranc, que luego se convertiría en un asociado de Gambetta y en una de las figuras más prominentes de la Tercera República.

esas cuestiones no podían ponerse a prueba, mientras que en París la breve experiencia de gobierno semisocialista sólo llevó a unas cuantas medidas inocuas que nada tenían que ver con el socialismo en su forma proudhoniana ni marxista¹. Lo que confiere importancia a la Comuna no fueron sus logros (en realidad irrisorios), ni el clamor de algunos de sus dirigentes en favor de una guerra revolucionaria contra «los prusianos» (que constituía una muestra de anticuado jacobinismo), sino la circunstancia de que a pesar de su inocencia evidente fue bañada en sangre por el gobierno de Versalles, aguijoneado por una frenética legislatura, donde predominaban los monárquicos rurales y el clero. Enfrentado a este despliegue de salvajismo, contra el que el liberalismo burgués alzó sólo la más callada de las protestas, el naciente movimiento socialdemócrata se vio impotente para guardar silencio. Además, la histeria oficial se había transmitido al grueso de la opinión de clase media de toda Europa, lo que tuvo como resultado que la Internacional —que casi nada tenía que ver con el estallido— fue considerada responsable de todas las atrocidades, reales o imaginarias, de los *communards*. Incluso aunque lo hubieran deseado, los socialistas que pertenecieran a aquélla no podrían haberse visto al margen del desastre que había caído sobre sus camaradas. Para que no cupiera duda alguna, se vieron acallados por la vehemente defensa que hacía Marx del levantamiento parisino, que presentaba tan trágica derrota como «el anuncio glorioso de una nueva sociedad»².

La consecuencia inmediata de la sublevación parisina fue la ruina de la Internacional, no tanto porque fuera perseguida por los gobiernos europeos, sino por causa del abandono en que incurrieron los sindicatos británicos, mientras sus seguidores del continente estaban desgarrados por el conflicto entre las facciones dirigidas respectivamente por Marx y Bakunin³. Se suele considerar este conflicto como una lucha entablada entre la socialdemocracia y el anarquismo; pero cabe considerársele más ciertamente como la ocasión para el surgimiento de esos dos movi-

1. Cole, *op. cit.*, págs. 157 y ss. Leo Frankel, que estaba al cargo del trabajo y la industria, hizo cuanto pudo para conseguir la reapertura de los talleres abandonados por sus propietarios en calidad de cooperativas; abolió asimismo la fabricación nocturna del pan. Este era aproximadamente el total de reformas sociales llevadas a cabo durante los dos meses de existencia de la Comuna. En parte, sus actividades fueron financiadas por el Banco de Francia, que siguió operando durante la revolución, bajo el entendimiento de que sólo se le dejaría en paz si facilitaba fondos suficientes para ayudar a las autoridades a cumplir con su trabajo diario.

2. *La guerra civil en Francia*, MESW I, pág. 542.

3. Cole, *op. cit.*, II, págs. 174 y ss.

mientos rivales. En 1872-4, cuando el conflicto estaba en su apogeo, no había más que sombras de diferencia respecto a lo que con el tiempo llegaría a convertirse en el problema principal, a saber, el papel del Estado. A pesar de todas las diatribas de Bakunin contra la «doctrina autoritaria» de Marx, este último había incorporado la sustancia del programa «federal» proudhoniano dentro de su manifiesto sobre la comuna¹, con gran indignación de los bakuninianos quienes le acusaron de haberlo hecho así sólo para «unir» el recuerdo de los mártires a su propia causa. Respecto a esta cuestión, la mayoría de los partidarios franceses de Marx, posteriores a 1871, eran refugiados blanquistas, aunque no podría señalárseles como adherentes a sus doctrinas, pues su único punto de consonancia era la creencia en la necesidad de una dictadura temporal durante la revolución². Marx no recurría a sus tácticas conspirativas, a su fe en la jefatura de una vanguardia que se nombrara a sí misma, ni a su excesiva valoración del papel de París, por no referirnos a su visión anticuada de Francia como el Mesías revolucionario que surgiría entre las naciones (tradicción que compartía con los jacobinos de vieja escuela, quienes habían sido sus aliados durante la Comuna); y ellos a su vez no atendían a su interés por la organización sindical y la emancipación de la clase trabajadora por sí misma. Los proudhonianos supervivientes tampoco podían aportar nada, sumándose al cabo la mayoría de ellos a las fuerzas de Bakunin. El único dirigente obrero francés que siempre se había mantenido en tales materias muy próximo a la posición de Marx era Varlin; y Varlin estaba muerto³.

Lo que hacía tan confusa la cuestión era que mientras la Comuna había sido gobernada en buena parte por la mayoría jacobino-blanquista, más un puñado de internacionalistas en contacto directo con el Consejo General de Londres (lo que supone

1. *La guerra civil en Francia*, loc. cit., págs. 519 y ss.

2. Cole, *op. cit.*, II, págs. 198 y ss.; Spitzer, *op. cit.*, págs. 157 y ss.

3. Michel Collinet, *La Tragédie du Marxisme*, París, 1848, págs. 143 y ss.; Cole, *op. cit.*, II, págs. 204 y ss.; Bloom, *op. cit.*, págs. 130 y ss. Para la visión de Marx y Engels sobre el nacionalismo revolucionario jacobino-blanquista, cf. MESC, págs. 216-17, 294-5. Respecto a la actitud patriótica de Blanqui durante el asedio de París en 1879, cf. Spitzer, *op. cit.*, págs. 116 y ss. Se le hacía difícil a Marx criticar la línea adoptada por Blanqui, puesto que se mostró de acuerdo con él en que la burguesía francesa había saboteado sistemáticamente la defensa de París, prefiriendo la derrota a una victoria lograda con la ayuda de una revolución popular (cf. Marx a Kugelmann, 4 de febrero de 1871, MESC, págs. 311-12). En realidad Marx se sintió durante todo este período escindido entre su antipatía al chauvinismo francés y su deseo de una victoria francesa, pero no una victoria que pusiera en peligro la unidad de Alemania recientemente constituida.

decir con Marx), sus objetivos oficiales eran proudhonianos; el «federalismo», es decir, la sustitución de la centralización burocrática por un gobierno local autónomo constituía la más importante de todas sus metas. No había entre sus líderes ningún «socialista de Estado», pues incluso Varlin incitó al control obrero de la industria, más que a la propiedad del Estado sobre los medios de producción¹. ¿Qué significaba, pues, el comunismo? Para la mayoría jacobino-blanquista significaba evidentemente la dictadura revolucionaria de París sobre el resto de Francia, conforme al modelo de 1793, aunque ejercida en nombre del proletariado. Así fue como Thiers y los conservadores rurales de la Asamblea Nacional de Versalles veían el asunto, y de aquí su determinación de ahogar la rebelión en sangre. Con todo, la Comuna se había elegido democráticamente y podía pretender ser legítimamente el gobierno de París correctamente constituido. Desde un punto de vista legal era simplemente el gobierno municipal, si bien un municipio en el que los socialistas gozaban por primera vez del poder. No podía definirse propiamente como una «dictadura proletaria», pues no sólo había sido elegida debidamente, sino que su composición política integraba toda gama de elementos, desde los republicanos de clase media a los socialistas de los más variados matices. Pero debido a la huida de una gran cantidad de ciudadanos propietarios aterrorizados, probablemente hubiera contado con una mayoría republicano burguesa. Incluso siendo ello así sus defensores armados incluían un gran número de personas que representaban el republicanismo tradicional de la clase media francesa.

En un texto, que llegaría a convertirse en uno de los textos canónicos de la socialdemocracia y posteriormente del comunismo —aunque cada cual le daba una interpretación diferente—, Marx adoptaba una postura imprecisa sobre tales cuestiones, de tal forma que hasta ahora ha sido posible que los adherentes de las dos escuelas de pensamiento lo reclamen como maestro. Reviviendo sus polémicas de 1848-52 contra el «crecimiento parasitario» de la burocracia en Francia, trazó una imagen del «poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes de ejército permanente, policía, burocracia, clero, y judicatura, órganos constituidos conforme al plan de una división sistemática y jerárquica del trabajo»². La clase obrera no podía «hacerse simplemente con» esta «maquinaria estatal ya montada... y utilizarla para sus propios fines»³. Esta verdad había empezado a percibirse velada-

1. Collinet, *op. cit.*, pág. 114.

2. *La guerra civil en Francia, loc. cit.*, pág. 516.

3. *Ibíd.*

mente en 1848 y ahora la Comuna la había desvelado por fin. «La Comuna fue la antítesis directa del Imperio. El lema de “república social” con que el proletariado de París había iniciado la revolución de febrero (1848), no hacía sino expresar una vaga aspiración hacia una república que no sólo habría de desechar la forma monárquica de dominio de clase, sino la dominación de clase misma. La Comuna era la forma positiva de esa república»¹. Por lo demás la Comuna no sólo había sido un cuerpo electo, sino la verdadera representación de la clase trabajadora. Estaba «formada por los concejales, elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad... Naturalmente, la mayoría de sus miembros eran trabajadores, o representantes reconocidos de la clase trabajadora»². Marx consideraba esto como cosa «natural» porque la mayoría de la población pertenecía en definitiva a la clase trabajadora; sin embargo, el propiamente llamado proletariado industrial constituía una minoría incluso dentro de la población trabajadora en general. El folleto sigue declarando que «la Comuna no había de ser un cuerpo parlamentario (sic), sino un cuerpo de trabajo, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo»³: una fórmula que habría de transformarse con el tiempo en una consigna leninista. Para acabar, «la Comuna de París había de servir, por supuesto, de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros menos importantes el régimen comunalista, el viejo gobierno centralizado habría de dejar también paso en las provincias al propio gobierno de los productores»⁴. Eso fue en realidad lo que habían creído los «federales», pero resulta curioso ver a Marx brindando su apoyo a esa amable muestra de buenos deseos.

¿Estaba justificada su postura en relación con la opinión de su tiempo? En verdad la Comuna local era la unidad administrativa tradicional. Francia estaba integrada por comunas y cada opo-
nente del monstruoso aparato estatal centralizado se inclinaba a considerar su comuna local como el foco de una resistencia popular al gobierno, un gobierno al que los trabajadores de la industria habían llegado a identificar con una clase dominante opresiva. Sin embargo, la Comuna de París había representado sólo a «los trabajadores» porque las clases propietarias habían huido, y fuera de París las ciudades eran islas en un océano agrario. ¿Cuál había de ser la relación de los centros urbanos

1. *Ibíd.*, pág. 519.

2. *Ibíd.*

3. *Ibíd.*, págs. 518-19.

4. *Ibíd.*, pág. 520.

reorganizados con la población del campo, una población sometida aún a la férula de la nobleza y el clero locales y que, como soldados, todavía no hace mucho pasó a sangre y fuego los suburbios proletarios de las grandes ciudades? En 1871 Marx parece que creyó tener la respuesta. Tal como él la expresaba, era una conclusión curiosamente parecida a la visión de su antiguo enemigo Proudhon:

Suele ser el destino de creaciones históricas completamente nuevas que se las confunda con los modelos de formas de vida social más antiguas e incluso extintas, con las que puedan guardar una cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que rompe con el poder estatal moderno, se ha confundido con una reproducción de las comunas medievales que precedieron al Estado y más tarde se trocaron en el sustrato de ese mismo poder estatal... La constitución Comunal habría devuelto al cuerpo social todas las fuerzas absorbidas hasta aquí por el alimento parasitario del Estado y la obstaculización para el libre movimiento de la sociedad. Con este acto único habría iniciado la regeneración de Francia... traído a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las ciudades centrales de sus distritos, asegurándoles de esta forma, en cuanto trabajadores, la natural administración de sus intereses¹.

Puede colegirse fácilmente que se trataba de una visión ultrademocrática; por cuya misma razón se trataba también de una visión utópica. Por lo demás en Marx suponía algo nuevo no decir nada sobre el establecimiento de un gobierno revolucionario centralizado, y adentrarse en el reino de la libertad sin más preliminares. En este sentido parecía estar, en el año 1871, próximo a Proudhon. No obstante, cuando en su *Crítica del programa de Gotha* de cuatro años más tarde se refería a la «dictadura del proletariado», no mencionaba el ejemplo de la Comuna. Aparentemente, pues, la solución «federal» sólo era conveniente para Francia, y quizá, bien meditada la cuestión, ni siquiera para Francia².

Y tampoco se mostraba firme en la defensa de la justeza de la decisión de alzarse en armas, ante la mirada del ejército pru-

1. *Ibid.*, pág. 521.

2. Collinet, *op. cit.*, págs. 114 y ss.; cf. *Crítica del programa de Gotha*, MSEW II, pág. 30.

siano victorioso que se hallaba presto a respaldar al gobierno de Versalles. En 1871 había declarado con énfasis que incluso en el caso de que fuera aplastado el levantamiento, sería «el acto más glorioso de nuestro partido desde la insurrección de junio (1849)»¹. Sin embargo, una década después declaró a un corresponsal holandés que «no llegará al poder un gobierno socialista... a menos que las condiciones estén tan desarrolladas que pueda adoptar inmediatamente las medidas necesarias para intimidar lo suficiente a la masa de la burguesía al objeto de ganar tiempo —el primer desiderátum— para la acción permanente». Y seguía diciendo:

Quizá me hable usted de la Comuna de París; pero aparte del hecho de que fue simplemente el levantamiento de una ciudad bajo condiciones excepcionales, la mayoría de la Comuna no era socialista ni podía serlo. Sin embargo, con un mínimo de sentido común podía haber alcanzado un compromiso con Versalles útil a todo el pueblo (lo único que podía lograrse en aquella ocasión). Con la sola apropiación del Banco de Francia habría bastado para dar un rápido fin a las baladronadas de la chusma de Versalles, etc.²

Este había de ser el veredicto final de Marx sobre la Comuna, y con el tiempo se convirtió en el juicio firme de aquellos socialistas que percibían que al seguirle habían roto para siempre con la tradición utópica mantenida por los anarquistas. En la práctica esto supone el movimiento socialdemocrático de Europa occidental y los Estados Unidos. A sus representantes, la mayoría de los cuales habían asumido la costumbre de definirse a sí mismos como marxistas, no se les ocurrió entonces que algún día habría de resucitarse la cuestión.

1. Carta a Kugelmann, 12 de abril de 1872, MESC, págs. 318-319. «Tras seis meses de hambre y ruina causadas por la traición interna más incluso que por el enemigo exterior, se alzaron bajo las bayonetas prusianas como si allí nunca hubiera habido una guerra entre Francia y Alemania, y el enemigo no se hallara todavía a las puertas de París. ¡La historia no muestra otro ejemplo igual de grandeza!... Compárense esos parisinos transportados por la cólera divina con los divinos esclavos del Sacro Romano Imperio germanoprusiano...»

2. Marx a F. Domela-Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, MESC, pág. 410. (Conforme al original contenido en *Ausgewählte Briefe*, Berlín, 1953, págs. 406-7.)

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Ha llegado el momento de resumir. Hemos visto cómo Marx y Engels anticiparon la conmoción revolucionaria de 1848 mediante la publicación del *Manifiesto Comunista* y cómo reaccionó Marx en 1871 ante la catástrofe de la Comuna de París con un replanteamiento autorizado de la posición tradicional revolucionaria en su libro *La guerra civil en Francia*. Entre esas dos fechas importantes, la fundación de la I Internacional en 1864 inauguró sosegadamente la aparición en escena de una nueva fuerza política: el movimiento obrero moderno ligado al socialismo democrático. Marx se hallaba en el centro de esas tendencias; las corrientes de la historia confluían en su persona. En 1871 recogía el recuerdo de la Comuna en un texto cuya grandiosa retórica echaba el telón sobre una época mientras que simultáneamente trataba de mantener viva la herencia del utopismo revolucionario. Al año siguiente echó de la Internacional a los seguidores de Bakunin y asentó con bastante solidez sus propias convicciones en la posibilidad de una transición pacífica al socialismo allí donde la democracia estuviera suficientemente avanzada¹. A partir de entonces siempre les fue posible a socialdemócratas y comunistas juntos apelar a su autoridad; y ello por una buena razón. Las contradicciones que latían en su visión de las cosas se fusionaron en una doctrina que enfrentaba al espectador, cualquiera que fuese su posición, a una especie de cabeza de Jano.

Los orígenes del problema se retrotraen al capítulo más tem-

1. En una comunicación a un mitin en Amsterdam, del 8 de septiembre de 1872, conforme a las conclusiones del congreso que expulsó a Bakunin; cf. B. Nicolaevsky y O. Maenchen-Helfen, *Karl Marx: Man and Fighter*, págs. 363-4 (a partir de aquí citado como Nicolaevsky).

prano y menos conocido de la historia del marxismo: el papel de Marx y Engels en la Liga Comunista secreta de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta¹. Fue entonces cuándo los fundadores del socialismo moderno entraron por primera vez en contacto con el movimiento obrero, y esta circunstancia dejó impresa su huella mucho después de que hubieran roto con la política conspirativa en general y la Liga en particular. En efecto, la Liga no era sólo una sociedad secreta; eso lo tenía en común con la mitad de los movimientos revolucionarios de su tiempo, incluyendo algunos cuyos objetivos políticos eran moderadamente liberales. Era también el albergue del sueño comunista en su forma mesiánica original. Quienes entraban en ella rompían por ese mismo hecho con el mundo existente y se comprometían en empresas que no podrían realizarse mientras la sociedad estuviera organizada en clases, sujeta al Estado, y el término sociedad fuese sinónimo del de nación. La nueva concepción no sólo invalidaba esas ideas tradicionales: las declaraba supérfluas hasta el extremo de ser superadas por la revolución proletaria, que conduciría a una sociedad sin clases, sin explotación, y lo que es más importante, sin filiaciones nacionales. Esta era precisamente la visión que distinguía a los comunistas de los socialistas de la década de 1840: reformistas doctrinarios que sólo querían asentar la sociedad sobre una base más estable.

Pero la Liga era asimismo el ala más radical de la revolución «burguesa» que se gestaba entonces en Alemania, y cuando estalló esa revolución y sus dirigentes se hallaron complicados en un movimiento democrático cuyas metas, lejos de ser comunistas, ni siquiera eran socialistas (aún no existía en la Europa Central ningún movimiento obrero que sirviera de verdadero apoyo a semejantes tendencias); en realidad, apenas si había una clase trabajadora industrial. Por otra parte la revolución no era meramente «burguesa» sino «nacional», siendo su objetivo inmediato la unificación de Alemania. En esta situación el único «internacionalismo» posible era un internacionalismo que tenía poco en

1. Cf. Engels, *Sobre la historia de la Liga Comunista*, MESW II, págs. 306 y ss.; Nicolaevsky, *op. cit.*, págs. 107 y ss. El breve esbozo de Engels deja por explicar muchos detalles, pero muestra los fundamentos blanquistas y babouvistas de la organización, conforme surgieron de la primitiva "Liga de los Justos" fundada en París en 1836 por trabajadores radicales alemanes influidos por las doctrinas francesas "...en realidad la Liga no era en ese momento mucho más que la rama alemana de las sociedades secretas francesas, especialmente la *Société des Saisons* capitaneada por Blanqui y Barbès..." (Engels, *loc. cit.*, pág. 307). Esta situación cambió en los años 1840, pero el vínculo con las sociedades secretas francesas, especialmente con Blanqui y su grupo, nunca quedó completamente roto. Para un bosquejo histórico de esas sectas conspiradoras, cf. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, págs. 150 y ss.

común con el de la Liga Comunista, pero que podría basarse en el programa jacobino tradicional: una alianza revolucionaria de los demócratas franceses, alemanes, polacos, italianos y húngaros contra los poderes de la Santa Alianza. En las circunstancias de 1848-9 este programa era perfectamente lógico, y la Liga hizo cuanto pudo para propagarlo, pero no era específicamente comunista y suponía un apoyo a todo movimiento nacional que se rebelara contra sus antiguos opresores. Las repetidas aseveraciones formuladas por Marx en 1848-9 de que llegaría «la revolución» así que el proletariado triunfara sobre sus opresores¹, únicamente estableció el más débil de los vínculos entre los elementos «burgueses» y «proletarios» de la ideología de la Liga, y ello sólo mientras perduró la marea revolucionaria. Tras 1850 se desvaneció la esperanza de una transformación social inminente, y con ésta la seguridad de los aliados de Marx en que su papel en tal transformación equivaldría al de los jacobinos en la «vieja» revolución².

Lo que este papel hubiera supuesto, de haber existido oportunidad para ello en Europa Occidental, puede deducirse de un documento que mereció escasa atención durante el apogeo de la socialdemocracia posterior a 1851, pero al que se le otorgó la consideración debida por parte de los leninistas a partir de 1917: el *Mensaje del Comité Central a la Liga Comunista*, redactado por Marx y Engels en marzo de 1850, o sea, en la época en que creían en la inminencia de otro estallido revolucionario en el continente. Aquí puede encontrarse todo un compendio de la táctica comunista en una revolución democrático-burguesa: de la estrategia del «frente unido» a la zapa sistemática de los propios aliados, y el establecimiento de la «dictadura proletaria»³. Incluso no faltaba un toque de terrorismo: Marx se hallaba entonces bajo el influjo de Blanqui y —lo que no iba a ser por última vez— en alianza táctica con los emigrantes blanquistas que estaban en Londres. Estos llegaron a persuadirle de que se uniera a una sociedad internacional ultrasecreta, que parece haber desapa-

1. Cf. el artículo titulado "Neujahr 1849" en la ed. de Mehring *Gesammelte Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels*, III, págs. 230-2.

2. Mehring, *op. cit.*, págs. 80 y ss.; Nicolaevsky, *op. cit.*, págs. 155 y ss. Se ha hecho notar a menudo que los líderes de la Liga Comunista dirigían su órgano, la *Neue Rheinische Zeitung*, como un vehículo "democrático-burgués" y no sintieron ningún interés por el movimiento obrero naciente, que era totalmente "reformista". Esas tácticas llevaron a conflictos violentos con los grupos rivales de Alemania, y después de 1850 resultaron decisivas para provocar la disolución de toda la organización.

3. MESW I, págs. 106 y ss. Para un análisis de este notable documento, cf. Nicolaevsky, *op. cit.*, págs. 206 y ss.

recido sin pena ni gloria a los pocos meses. Nada surgió de todo ello en un plazo inmediato, tanto más cuanto que Marx se convenció pronto de que la era revolucionaria había concluido. No obstante, jamás renegó por entero de sus actividades durante este período, exactamente como, por otra parte, nunca sintió haber abogado por una estrategia puramente «democrático-burguesa» a aplicar en Alemania en 1848-9; sobre este último punto siempre estuvo dispuesto a romper con sus aliados íntimos.

La significación de esas experiencias a largo plazo había de ser considerable. Nunca se olvidaron por completo, y cuando hacia 1905 llegó a su culminación el movimiento revolucionario en Rusia, Lenin resucitó su espíritu. Por aquel entonces el movimiento europeo occidental se había hecho democrático, y el propio marxismo significaba ahora la justificación teórica de la táctica pacifista y «reformista» enfrentada al revolucionarismo anticuado de la progenie anarcosindicalista de Bakunin. Pero todavía pueden citarse el *Manifiesto Comunista* y el *Mensaje del Comité Central*, documentos estos en los que alentaba un espíritu diferente. Los socialdemócratas occidentales podrían rechazar esos escritos como reliquias de una edad pasada. Incluso en Francia, el blanquismo ya no representaba ningún poder después de 1871, ahora que la república se hallaba firmemente asentada y el movimiento obrero había comenzado a desenvolverse por cauces democráticos; mientras tanto en Alemania, que de aquí en adelante se tornaría en el principal bastión de la socialdemocracia marxista, ni siquiera los marxistas más ortodoxos se tomaron seriamente el *Manifiesto* y el *Mensaje*¹. Se habían abandonado sus postulados. El propio Marx en forma tácita, explícitamente Engels y sus partidarios alemanes. Presuponían un género de acontecimientos que la experiencia había mostrado que ya no sería posible en Europa, y en realidad en ningún país adelantado. Pero lo contrario era igualmente cierto: el fuego que se había apagado en Occidente todavía podía surgir de sus cenizas allí donde todavía existía la situación anterior a 1848².

1. Cf. el enfoque del asunto que presenta Mehring en su *Karl Marx*, páginas 200 y ss.

2. En su *Historia de la Liga Comunista* Engels se refiere someramente a este punto con una leve observación en el sentido de que "el *Mensaje*... encierra interés todavía hoy debido a que la democracia pequeño-burguesa sigue siendo el partido que primero llegará al poder en Alemania en calidad de salvador de la sociedad de los obreros comunistas con ocasión de la próxima conmoción europea que no debe tardar en llegar". Esto difícilmente cuadra con la verdadera teoría y práctica de la socialdemocracia alemana en la época en que él escribía, es decir, en 1885. Pero lo que para Alemania no tenía importancia, podría llegar a ser importante para Rusia.

No está claro hasta qué punto percibía Marx el significado de su corta aberración jacobino-blanquista de 1850. Seis meses después de la redacción del *Mensaje* rompió con la mayoría de sus aliados alemanes, entre otras razones en base a que trataban de forzar el ritmo. «En vez de decir a los trabajadores: no tenéis que sufrir quince, veinte o cincuenta años de guerra, y guerra civil, precisamente para modificar las circunstancias existentes sino para cambiar vosotros mismos y haceros aptos para ejercer el poder político, decía por el contrario: debemos hacernos inmediatamente con el poder... Mientras atraemos la atención de los trabajadores hacia el estado de atraso del proletariado alemán, aduláis descaradamente los sentimientos nacionales y prejuicios sociales del artesano alemán... De la misma forma que los demócratas convirtieron la palabra “pueblo” en un ente sagrado, hacéis vosotros con la palabra proletariado...»¹. Había aquí el asomo de una nueva actitud, pero ningún reconocimiento específico de que afortunadamente podrían haber pasado los días de los *coups* blanquistas.

Hacia la década de 1870 esta convicción había calado hondo, e incluso la Comuna de París, aunque hiciera revivir por un instante el viejo fervor revolucionario, no separó de forma permanente a Marx de su posición de madurez. Conforme el moderno movimiento obrero democrático iba adquiriendo forma, se hizo evidente que sus fines y métodos eran fundamentalmente distintos a los del «viejo» movimiento revolucionario, que se creía ahora ligado a una época pasada, al menos en Europa Occidental. La estrategia de la Liga Comunista se revelaba ahora paradójicamente adecuada a las circunstancias de una revolución «burguesa», más que a las necesidades del movimiento obrero emergente. Este, en donde podía desarrollarse en condiciones más o menos democráticas, adoptaba lo que podía del cuerpo de la doctrina marxista, pero no sintió ningún interés por el lema que en 1848-50 había parecido resumir a los dirigentes de la Liga Comunista los propósitos y la estrategia de ésta: «¡La revolución permanente!»

En 1850 este lema poseía un significado operativo perfectamente claro. Como Marx señalaba en el *Mensaje*, correspondía a los trabajadores armarse durante la primera fase de un levantamiento democrático contra el antiguo régimen, y después de adquirir las armas con la connivencia benevolente de sus aliados democráticos-burgueses, «dictarles unas condiciones tales que el dominio de los demócratas burgueses lleve desde un principio los gérmenes de su caída y su posterior expulsión por... el proleta-

1. Mehring, *Karl Marx*, pág. 206.

riado... sea facilitada considerablemente... Sobre todo, los trabajadores deben... compeler a los demócratas a llevar a efecto sus actuales consignas terroristas... Junto al nuevo gobierno oficial deben establecer simultáneamente su propio gobierno revolucionario de trabajadores, en forma de... consejos municipales, clubs, o comités de obreros, de manera que las autoridades democrático-burguesas se... vean desde un principio supervisadas y amenazadas por autoridades con el resplado de toda la masa de los trabajadores...». Esta era en resumidas cuentas la estrategia blanquista. Tal como en Francia, o mejor dicho en París, la practicaron en 1848-9 los partidarios de Blanqui fue una anticipación de la Comuna de 1871 y un retroceso respecto a los alzamientos jacobino-babouvistas de 1793-6. Al fin y al cabo, no en vano había sido Buonarroti el maestro de Blanqui y de toda una generación de jóvenes rebeldes que extrajeron su fuerza del alzamiento de 1830. El proyecto «Nestor de la Revolución» fue el progenitor de la conspirativa *Société des Saisons* de la que se había desgajado en la década de 1840 la Liga Comunista alemana.

El único problema se cifraba en que todo esto tenía decididamente poco que ver con las circunstancias en las que se vieron envueltos a partir de 1850 el puñado de comunistas alemanes. Tan pronto como Marx lo advirtió, y no tardó mucho en hacerlo, disolvió la Liga, restó su apoyo a los delegados blanquistas (aunque no al propio Blanqui), y durante el resto de su vida se negó inquebrantablemente a mezclarse en conspiraciones revolucionarias. Más todavía, renunció como consecuencia de todo ello a la perspectiva trazada en la circular confidencial de 1850. Esta nueva orientación iba a culminar en la doctrina expuesta en la *Alocución Inaugural* de 1864. Al haber cambiado de senda Europa Occidental y adoptado instituciones democráticas, aun con todo lo inadecuadas que fueran, el antiguo modelo revolucionario quedaba a todas luces anticuado. No se le repudió formalmente, simplemente se prescindió de él. Esta actitud se convirtió en el eje del marxismo socialdemocrático desde 1871 en adelante. Correspondió a la primera revolución rusa de 1905 introducir una nueva creación política.

Pero esto es adelantarse a los acontecimientos. Lo que hay que advertir aquí es que la tácita renuncia de Marx al blanquismo llevaba asimismo aparejada el abandono del concepto de vanguardia. En la breve pero trascendental historia del socialismo revolucionario francés de entre los años 1830 a 1870 este concepto había implicado a la vez la dictadura de París sobre el resto de Francia y la dictadura del proletariado ejercida sobre el resto de la sociedad. Ambos habían zozobrado con la Comuna.

Los dos quedaron ahora desacreditados, juntamente con toda la tradición jacobino-babouvista de la que desde la Gran Revolución se había alimentado el republicanismo y subsiguientemente el socialismo francés. Naturalmente, no hubo una tradición paralela en Alemania ni hacía falta decir a su movimiento obrero netamente antirrevolucionario que las insurrecciones quedaban ya fuera de lugar: la Alemania bismarckiana se había lanzado por su propia vía de desarrollo y la socialdemocracia alemana, aparte del nombre, muy poco o nada tenía que ver con los supervivientes de la Comuna. Desde la perspectiva alemana la adopción del marxismo significaba que la era de la revolución romántica había concluido.

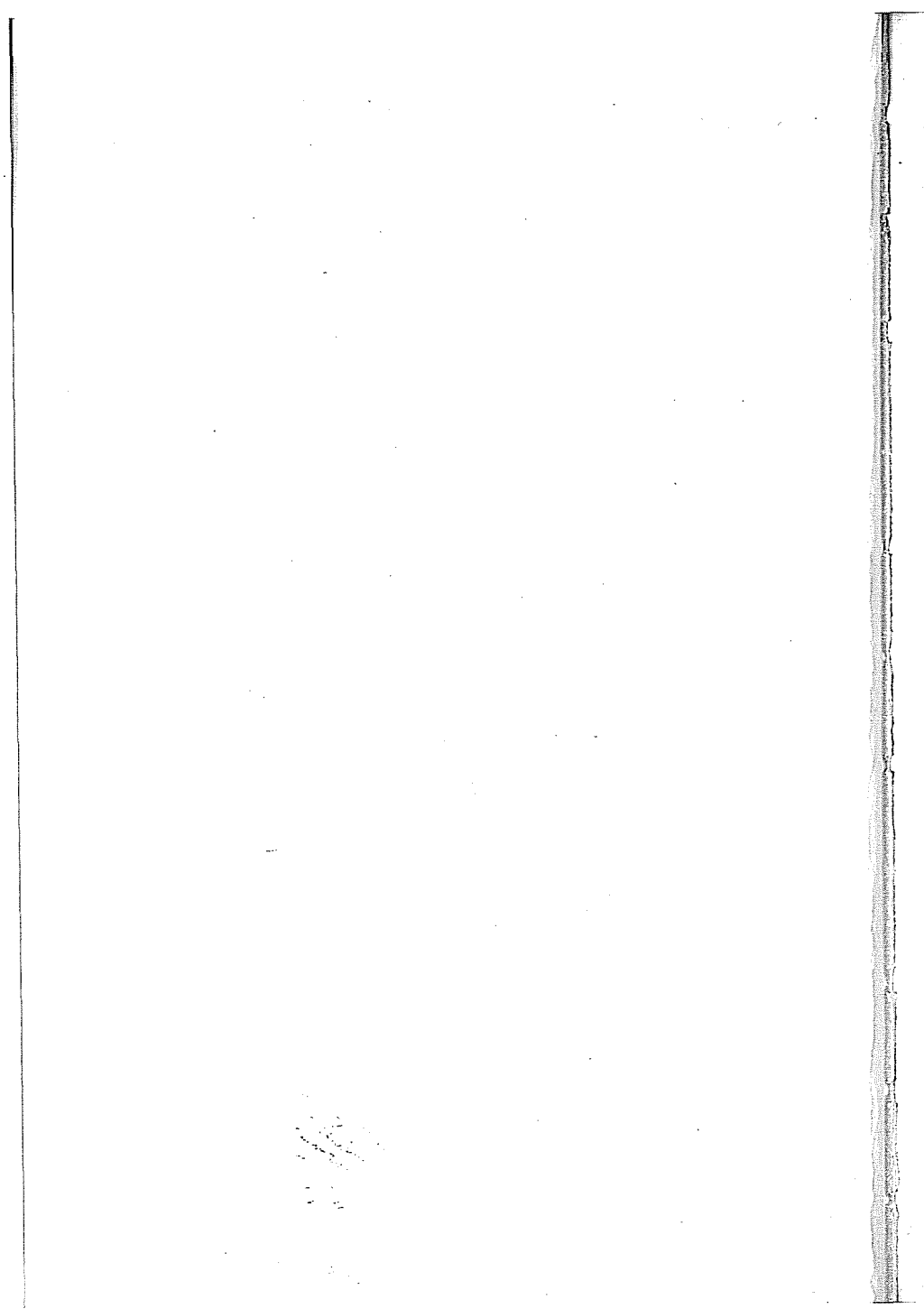
La cuestión sólo podía reavivarse si surgía en Europa oriental una situación semejante a la que se produjo en Francia antes de 1871. Efectivamente, allí el antiguo régimen permanecía intacto y un ataque efectivo requería como condición mínima la participación activa de los trabajadores en la lucha por la democracia. Como ésta iba a convertirse en la cuestión clave de la historia del socialismo ruso, es importante establecer con exactitud lo que distinguía la actitud de Marx de la de Blanqui respecto al importantísimo tema del liderazgo político. Como hemos visto, ambos se mostraban ampliamente de acuerdo, al menos hasta 1871, sobre la necesidad de una dictadura temporal bajo circunstancias semejantes a las que se dieron repetidamente en Francia. Pero mientras Blanqui se mostró durante toda su vida básicamente indiferente al movimiento obrero, Marx terminó convencién dose de que la actividad de la clase trabajadora constituía el único patrón para poder medir los progresos del socialismo; en la práctica esto significaba que la naturaleza y el ritmo de la acción política tenían que regularse por las aspiraciones y creencias espontáneamente formadas de los auténticos dirigentes obreros, y no por las ideas preconcebidas de una vanguardia designada a sí misma y compuesta en su mayor parte de intelectuales. Existía a este respecto una ruptura evidente y de naturaleza insalvable. La indiferencia de Blanqui por el movimiento obrero real; su tendencia a colocar a todos los «productores» bajo la etiqueta general de «el pueblo»; su anticuada patriotería jacobina y su culto a la conspiración le configuraron como representante del «viejo» credo revolucionario. Consecuencia necesaria de su concepción era que los movimientos populares que no estuvieran controlados por una élite conspiradora de «revolucionarios profesionales» —ya se daba el fenómeno, aunque no el término— se granjeaban su enemistad o indiferencia. En este aspecto el leninismo mostraría luego un notable parecido con el modelo blan-

quista; Marx en cambio —aun con toda la simpatía personal que había expresado repetidamente por el viejo conspirador— nunca (salvo durante un breve período en 1850), había considerado seriamente la adopción de su estrategia. La única «vanguardia» en quien estaba dispuesto a confiar se componía de los auténticos dirigentes obreros; y lo único que les pedía era que reconocieran la naturaleza *política* de la dilatada lucha del trabajo por la emancipación, como Varlin y su grupo habían hecho a finales de los años 1860, cuando rompieron con la doctrina de Proudhon y se avinieron a la idea de que la clase trabajadora debía obtener el poder político. Dado que esta era la prueba básica a la que sometía al movimiento obrero, Marx concibió finalmente una visión política que correspondía a las necesidades de la época moderna. Según esta concepción de madurez, la conquista del poder por el trabajo representa un aspecto de la lucha por la democracia. El capital y el trabajo se enfrentan como rivales entre sí dentro de un entramado político cuyo carácter determina la forma —y en un grado considerable el contenido— de la lucha por su hegemonía. El socialismo democrático ocupa un lugar junto al liberalismo democrático como la expresión universalmente reconocida del lento ascenso del trabajo a la madurez y el poder. Si Marx nunca rechazó expresamente el modelo «jacobino» que albergaba el *Manifiesto*, nunca le permitió que se interpusiera en su camino. El teórico pragmático que guiaba los pasos inseguros de la I Internacional y que preservó su legado tras la catástrofe de la Comuna de París, dejó paso finalmente al hombre de 1848.

CUARTA PARTE

La teoría de la sociedad burguesa

1850-1895



LA VERTIENTE VICTORIANA

Al ceñirse al curso de los acontecimientos acaecidos en Europa hasta la Comuna de París y la disolución de la I Internacional, la parte anterior del libro tenía que dejar por necesidad una importante laguna con respecto a la teoría marxista propiamente dicha. En particular, nos hemos referido muy poco a los estudios económicos de Marx y nada hemos dicho de *El Capital*, que fundamentalmente adquirió su forma en la década de 1860. Los espacios que como consecuencia han quedado en blanco dentro de la exposición deben llenarse ahora, y a tal efecto nos vemos forzados a volver sobre nuestros pasos en el tiempo, unos veinte años atrás, retrocediendo desde la catástrofe de 1871 que señaló el término de la era revolucionaria de la Europa continental. Esto nos lleva al año 1851, fecha de la gran Exposición Industrial que proporcionó a la Inglaterra victoriana una magnífica oportunidad para celebrar las conquistas pacíficas del libre comercio. Cuando se publicó en 1867 el primer volumen de *El Capital* la era liberal se hallaba en su apogeo; por el contrario, los años 1890 atestiguaron una pérdida significativa del optimismo victoriano característico, junto con un resurgimiento de las tendencias socialistas de Gran Bretaña. Los datos biográficos —Marx reemprendió sus estudios económicos en 1851 y el último volumen de *El Capital* lo publicó Engels en 1894, un año antes de morir— encajan fácilmente en este cuadro, que tiene además el mérito de aclarar la conexión entre la economía liberal y socialista, a la vez que hacer algo más comprensible la lógica interna del sistema marxista. Como veremos, ese sistema tiene muchos puntos en común con otros productos de la época victoriana. Si existen amplias bases para definir el marxismo como «esencialmente

un producto del espíritu burgués»¹, esta definición se aplica con carácter especial a aquellas obras de Marx y Engels que representan, por así decirlo, el contrapunto crítico de la fiesta victoriana casi perpetua. En ocasiones los mismos críticos se sumaban al coro:

Volvamos ahora a América. El hecho más importante aquí... es el descubrimiento de los yacimientos de oro californianos. Incluso ahora, después de transcurridos apenas dieciocho meses, puede preverse que este descubrimiento está llamado a producir resultados aún más grandiosos que el de la propia América. Durante trescientos treinta años todo el comercio entre Europa y el Pacífico... ha discurrecido en torno al Cabo de Buena Esperanza, o en torno al Cabo de Hornos. Todos los proyectos para un atajo a través del istmo de Panamá se vieron frustrados por las mezquinas envidias de las naciones comerciantes. Los yacimientos de oro californianos se descubrieron hace dieciocho meses y los yanquis han iniciado ya la construcción de un ferrocarril, una carretera principal y un canal que parte del Golfo de Méjico; los vapores surcan ya las rutas que van de Nueva York a Chagres, de Panamá a San Francisco; el comercio del Pacífico se centra ya en Panamá, y atrás queda el Cabo de Hornos. Una línea costera que abarca una gran extensión, una de las más hermosas y fértiles del mundo, hasta ahora casi deshabitada, se transforma visiblemente en un rico país civilizado con una densa población que abarca gentes de todas las razas, del yanqui al chino, del negro al indio y al malayo, de los criollos y mestizos a los europeos. El oro de California se derrama en torrentes sobre América y las costas asiáticas del Pacífico, arrasando a los países más bárbaros y oscurantistas al comercio mundial y a la civilización (sic). Por segunda vez el comercio mundial cambia de rumbo. Lo que Tiro, Cartago y Alejandría representaban en el mundo antiguo, lo que Génova y Venecia fueron en la Edad Media, lo que Londres y Liverpool han sido hasta ahora —los emporios del comercio mundial— en eso están cerca de convertirse Nueva York y San Francisco, San Juan de Nicaragua y León, Chagres y Panamá. El centro gravitatorio del comercio mundial,

1. J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3.^a ed., Londres y Nueva York, 1950, pág. 6. Tr. cast. *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar, Madrid.

que era Italia en la Edad Media, y en tiempos más recientes Inglaterra, va a hallarse ahora en la mitad sur del continente norteamericano. La industria y el comercio de la vieja Europa habrán de realizar tremendos esfuerzos para no precipitarse en la decadencia del comercio italiano y de la industria que procede del siglo XVI, si Inglaterra y Francia no quieren convertirse en lo que son hoy Venecia, Génova y Holanda... Gracias al oro de California y a la inagotable energía de los yanquis, ambas costas del Pacífico se convertirán pronto en tan populosas, abiertas al comercio e industriales, como la costa que se extiende de Boston a Nueva Orleans. El Pacífico se convertirá en lo que es hoy el Atlántico y en lo que era el Mediterráneo en la antigüedad y en la Edad Media, la gran ruta del comercio mundial. Entre tanto el Atlántico decaerá hasta llegar a la situación de un mar interior similar al Mediterráneo de hoy. La única oportunidad con que cuentan los países europeos civilizados para soslayar la dependencia comercial y política que ha caído sobre Italia, España y Portugal reside en una revolución social que —mientras todavía se halle a tiempo— transforme los modos de producción y el transporte de acuerdo con las exigencias técnicas de la producción moderna, liberando así nuevas fuerzas productivas, asegurando la superioridad de la industria europea, y obviando las desventajas de la situación geográfica¹.

Este descarado himno al progreso industrial bajo el capitalismo, entonado apenas dos años después de la publicación del *Manifiesto Comunista* (que, sin embargo, contenía pasajes similares), se hallaba de completo acuerdo con la visión de las cosas que tenía Marx, y en especial Engels, pero debió de hacer mella sobre los miembros más elementales de la Liga Comunista y acelerar la disolución de esa organización. Los años de 1850-2 vinieron de hecho acompañados por un abismo cada vez mayor dentro de la Liga, la mayoría de cuyos adherentes se mostraban reacios a seguir a Marx y Engels en la adopción de una perspec-

1. Cf. Mehring, *Nachlassausgabe*, II, págs. 443-4; el texto completo se halla en la *Neue Rheinische Zeitung: Politisch-ökonomische Revue*, Londres, 1850; reimpresso en forma de libro en Dresden, 1955, pág. 120. El artículo (sin firma) del que se ha extraído el pasaje anterior parece ser en lo principal obra de Engels, con correcciones editoriales de Marx. Se publicó junto con otro material en el número de febrero de 1850 de la revista mensual (de aquí en adelante citada como *Neue Rheinische Revue*), que pasó a sustituir al extinto órgano de Colonia de la Liga Comunista, la *Neue Rheinische Zeitung*.

tiva de largas miras. Ya a finales de 1850 había llegado Marx a la conclusión de que la política europea giraba en torno a Gran Bretaña, que acababa de entrar entonces en un período de prosperidad industrial que produjo el efecto de estabilizar el orden social. «El proceso original siempre tiene lugar en Inglaterra; es el demiurgo del cosmos burgués. En el continente las diversas fases del ciclo por el que atraviesa periódicamente la sociedad burguesa ocurren en una modalidad secundaria o terciaria»¹. De aquí que las revoluciones políticas ocurridas en el continente carecieran de importancia definitiva a menos que repercutieran sus efectos en el corazón del «cosmos burgués»: la Inglaterra victoriana. Es más probable que ocurran naturalmente las erupciones violentas en las extremidades del organismo burgués que en su corazón, puesto que aquí las tendencias al equilibrio son más efectivas. Por otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten en Inglaterra da la medida de lo que esas revoluciones inciden en realidad sobre las condiciones burguesas de vida, o simplemente sobre sus formas políticas»². Tal como sucedió, el ciclo revolucionario que había comenzado en 1847 y que alcanzó su apogeo en 1848-9 se hallaba ahora próximo a su término, dependiendo la apertura de otro ciclo del estallido futuro de una crisis económica en Gran Bretaña:

Gracias a esta prosperidad general, durante la cual las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con el esplendor que permiten las condiciones burguesas, no hay lugar para una revolución verdadera. Una revolución semejante sólo es posible en períodos en que esos *dos factores* —*las modernas formas productivas y las formas burguesas de producción*— entran en conflicto. Las tendencias que suelen entablar las diversas facciones del partido continental del orden... lejos de promover nuevas revoluciones, sólo son posibles, por el contrario, porque los fundamentos sociales son momentáneamente tan estables y (lo que no entienden los reaccionarios), tan burgueses. Rechazará todos los proyectos reaccionarios arbitrados para contener el desarrollo burgués con la misma seguridad que repelerá la indignación moral y los manifiestos entusiastas de los demócratas. Sólo es posible una *nueva revolución* en cuanto resultado de una nueva crisis. *Con todo, ésta es igualmente segura*³.

1. *Neue Rheinische Revue*, mayo-octubre de 1850, *loc. cit.*, pág. 317.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, págs. 317-18. (Itálicas en el original.)

Como si se tratara de subrayar el cambio de perspectiva, a la proyectada Exposición Industrial de 1851 se la califica expresamente en el mismo artículo (publicado al cabo del año 1850), como la réplica de la burguesía británica a las revoluciones «meramente políticas» acaecidas en el continente:

La burguesía británica anunció con calma admirable esta exposición ya en 1849, en un momento en que el continente entero soñaba todavía con la revolución. La burguesía convoca a todos sus súbditos, de Francia a China, a un gran examen en donde deben mostrar cómo invierten su tiempo; incluso el todopoderoso zar ruso se ve constreñido a poner en orden sus asuntos para presentarlos ante los examinadores. Este gran congreso mundial de productos y productores tiene una significación totalmente distinta de los congresos absolutistas de Bregenz y Varsovia que inspiran tantas pesadillas a nuestros filisteos demócratas del continente... Con esta exposición la burguesía mundial erige su mausoleo en la nueva Roma, en donde sitúa orgulosamente en exposición las deidades que ha fabricado...¹

La Inglaterra victoriana, aunque desgraciadamente inmune a la revolución e incluso refractaria a la democracia vulgar, era además demasiado burguesa para proporcionar un terreno aceptable para los manejos aristocráticos y clericales. La muerte de Peel en 1850 brindó a Marx y Engels la oportunidad de notar que «el sentido político de este dirigente de la aristocracia terrateniente, que procedía de la clase media, consistía en la constatación de que hoy en día la única aristocracia que queda es la burguesía»². Incluso la emancipación católica y la controversia sobre la influencia papal —un tema principal de la política británica en 1850— se trae a colación para subrayar la cuestión:

El acontecimiento más reciente que concentra la atención de Inglaterra es el nombramiento del señor (*sic*) Wiseman para el cargo de Cardenal-Arzbispo de Westminster, y el decreto papal que divide Inglaterra en trece obispados católicos. Este paso... que supuso una considerable sorpresa para la Iglesia de Inglaterra, proporciona nuevas pruebas de las ilusiones que se forja todo el partido reaccionario sobre el continente, a saber, que las victorias que han con-

1. *Ibíd.*, págs. 310-11.

2. *Ibíd.*, pág. 319.

seguido recientemente al servicio de la burguesía deben acarrear necesariamente la restauración del absolutismo feudal con toda su panoplia religiosa. En Inglaterra el catolicismo encuentra su apoyo entre las dos partes extremas de la sociedad, la aristocracia y la plebe (*Lumpenproletariat*). Esta última, la plebe irlandesa... es católica por ascendencia. La aristocracia coqueteaba con el puseyismo* mientras estuvo en boga, cuando se puso de moda adherirse a la Iglesia Católica. En una época en que la lucha con la burguesía, pujante, impulsaba a la aristocracia inglesa a hacer hincapié en su naturaleza feudal, era lógico que los ideólogos religiosos de la aristocracia, los teólogos ortodoxos de la Alta Iglesia, en conflicto con los Disidentes de la clase media, se sintieran obligados a sacar las conclusiones naturales de sus dogmas y ritos semicatólicos de manera que se hicieran más frecuentes los casos de anglicanos reaccionarios que se unían a la Iglesia Católica. Esos acontecimientos insignificantes provocaron las más encendidas esperanzas... en las mentes del clero católico... Para la burguesía, toda la comedia sólo tiene validez en cuanto le facilita una oportunidad para lanzar nuevos ataques contra la Alta Iglesia y sus universidades...¹

Para Marx y Engels, Gran Bretaña fue la roca en la que la oleada revolucionaria de 1848-9 se había estrellado hasta pulverizarse, pero sólo en cuanto el movimiento había intentado trascender durante un tiempo el orden burgués. Sus objetivos puramente políticos eran compatibles con los intereses británicos, y habían sido frustrados principalmente porque las fuerzas conservadoras podían replegarse sobre el gran baluarte de la reacción europea: el absolutismo zarista. El problema, pues, radicaba en si romperían las dos grandes potencias conservadoras, Rusia e Inglaterra; y cuando así lo hicieron en 1853-6, en los estrechos de Constantinopla, el único temor de Marx fue que

* Término despectivo con que se califica al "Oxford Movement", fundado por E. B. Pusey, que pretendía restaurar la doctrina católica y su observancia en Inglaterra. (N. del E.)

1. *Ibíd.*, págs. 319-20. El pasaje sin firma pertenece sin duda alguna a Engels. Al margen de que el tema no atraía demasiado el interés de Marx, el énfasis puesto en el papel progresivo desempeñado por la clase media en el derrumbamiento de las "barreras feudales" que se oponían a la ilustración y el progreso, se halla de pleno acuerdo con las habituales convicciones de Engels. Los historiadores del socialismo que desconocen el ambiente alemán han sido pasar por alto la deuda que Engels contrajo con Heine y otros escritores del grupo conocido en un principio como "la Joven Alemania". El anticlericalismo formaba parte de la actitud radical; tal era la arrebatada bienvenida al progreso técnico.

la guerra de Crimea pudiera provocar un retroceso. Sus escritos y cartas del período están llenos de comentarios sardónicos respecto a la incapacidad de los gobiernos británico y francés para llevar la guerra a una conclusión feliz. Por lo demás, poco esperaba de las nuevas conmociones políticas. Al principio Engels se mostraba más optimista. Razonando conforme a los esquemas hegelianos, terminó una apreciación de la situación política de 1853 con las siguientes palabras: «Sin embargo, es algo positivo que la revolución encuentre ahora un fuerte oponente encarnado en Rusia, y no aquellos insignificantes espantajos de 1848»¹. Cuando se vino abajo su ilusionada esperanza de «una revolución aristocrático-burguesa en Petesburgo, y una guerra civil inmediata dentro del país»², desvió sin mayores dificultades su atención hacia Alemania, donde asomaban las diferencias entre Austria y Prusia. Vistas desde la ventajosa posición británica, esas tensiones de Europa oriental y central tenían muchos rasgos en común. Insensiblemente los dos exilados se sintieron atraídos hacia la típica actitud victoriana frente a los asuntos continentales: cualquiera que fuese el sesgo que pudieran tomar los acontecimientos en Europa era seguro que Inglaterra seguiría su propio rumbo. No existía una verdadera comunidad de destino que ligara la Venecia del océano —aproximándose entonces al cenit de su esplendor y poderío— con las monarquías militares semiagrarias del continente. Incluso dejó de tomarse completamente en serio a Francia, aunque la próxima conmoción política iba a ocurrir inevitablemente en París. En este aspecto, como en otros, Engels y Marx terminaron por adoptar a partir de 1850 la visión victoriana representativa. A la sazón, incluso tomaron una actitud ligeramente altiva frente a los revolucionarios continentales que asignaban una importancia desmedida a las convulsiones puramente políticas acaecidas en las «extremidades del organismo burgués». La democracia y el movimiento obrero aún podrían entablar importantes batallas en el continente, pero desde una perspectiva económica, Inglaterra sobresalía como el germen del mundo moderno y el núcleo de la sociedad burguesa. Hasta que no fuera arrastrada al movimiento general, el socialismo seguiría siendo un fenómeno de alcance limitado.

Existía aquí, pues, una paradoja: mientras el socialismo continental aumentó su poder a partir de la década de 1860, en Gran Bretaña no hubo un desarrollo semejante hasta los años 1890, fecha en que Marx había abandonado ya la escena. Du-

1. Engels a J. Weydemer; 12 de abril de 1853, MESC, pág. 91.

2. *Ibíd.*, pág. 90.

rante la mayor parte del período Marx y Engels tuvieron ante sí el espectáculo de una Gran Bretaña en donde el auge vertiginoso del libre comercio había puesto fin aparentemente al conflicto de clases en su vieja forma. Se había olvidado el cartismo. Ya en 1850 aparecían oscuras las perspectivas de aquel que fue en cierta ocasión un gran movimiento, tanto más cuanto que «los elementos pequeñoburgueses que continuaban adheridos al partido juntamente con la aristocracia del trabajo, habían formado una facción puramente democrática cuyo programa se limitaba a la Carta del Pueblo y a algunas otras reformas pequeñoburguesas»¹. Ciertamente, «la masa de trabajadores que realmente viven en condiciones proletarias pertenecen al ala revolucionaria del cartismo»², pero sus adalides, Julian Harney y Ernest Jones, no lograron estar a la altura de las esperanzas que por algún breve espacio de tiempo habían forjado en Marx y Engels. Incluso el owenismo se hallaba agonizante³; y la actitud ambigua de los sindicatos hacia la Internacional ya se había dejado notar.

La larga paz victoriana constituye, pues, una vertiente que separa dos fases del movimiento socialista: la que alcanzó su clímax en el breve período de 1848-9, y el resurgimiento de la década de 1890. Durante este extenso intervalo no fue posible en Inglaterra ningún movimiento hacia adelante; en consecuencia, el énfasis tenía que colocarse en el aspecto puramente político del programa socialdemócrata, e incluso esto era algo demasiado radical para el movimiento obrero británico. Cuando no atribuían este estado de cosas poco halagüeño al embrollo irlandés, Marx y Engels lo atribuían a la prosperidad del libre comercio y al semimonopolio temporal de Gran Bretaña sobre el comercio mundial de mercancías⁴. Dejando atrás esta configuración superficial, Marx discernió, como en él era su costumbre, una lógica histórica más profunda:

No podemos negar que la sociedad burguesa ha conocido por segunda vez su siglo xvi; un siglo xvi que confío en que anuncie su toque de difuntos, como el anterior la

1. *Neue Rheinische Revue*, loc. cit., pág. 320.

2. *Ibid.*

3. Cole, *op. cit.*, II, pág. 381; "La cooperación... había cortado sus conexiones socialistas por lo menos en los años 1860".

4. Cf. Engels a Marx, 7 de octubre de 1858, MESC, págs. 132-3. "Por lo demás, me parece que el nuevo paso de Jones... está en realidad ligado al hecho de que el proletariado británico se está haciendo actualmente cada vez más burgués, de manera que ésta, que es la nación más burguesa de todas, aspira al parecer... a una aristocracia burguesa y a un proletariado burgués al lado de la burguesía. Para una nación que explota al mundo entero esto es justificable, desde luego, en cierto sentido".

trajo a la vida. La tarea real de la sociedad burguesa es el establecimiento de un mercado mundial, al menos en germen, y un sistema productivo basado en estos fundamentos. Puesto que la tierra es redonda, parece que el objetivo se ha alcanzado con la colonización de California y Australia, y el acceso a China y Japón. Para nosotros el problema difícil es el siguiente: la revolución se cierne sobre el continente, y asumirá en seguida un carácter socialista. ¿No se verá aplastada por necesidad en este pequeño rincón desde el momento en que el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso sobre un territorio mucho más vasto?¹

Al sopesar semejantes manifestaciones merece la pena recordar que en opinión de Marx «sociedad burguesa» era sinónimo de lo que sus contemporáneos liberales denominaban «civilización», con la diferencia de que se formó una idea más sombría de sus valores y objetivos: significaba a la vez un todo social y una fase de la historia. Lo que en realidad era una base general de la época. Según los principios liberales, no había motivo para sospechar que la «civilización» —por haber emergido al cabo de la barbarie, el feudalismo, el militarismo, y diversos males consiguientes— no pudiese ser más que un fenómeno pasajero. Por el contrario, ahora que la sociedad liberal se había visto abocada por fin al florecimiento pleno, había muchas razones para esperar que se extendiera por todo el globo. Para Marx este género de fe representaba simplemente, por supuesto, la prueba adicional de que los liberales eran incapaces de señalar la diferencia entre la esencia de la realidad histórica y sus formas transitorias. En contraste con su optimismo, mantenía él que la sociedad burguesa había agotado ya su *raison d'être* al poner en marcha fuerzas (el mercado mundial y la industria moderna) que el socialismo se hallaba presto a heredar. Con el crecimiento y desarrollo del movimiento obrero, por lo menos en Europa, este resultado se podía dar felizmente por sentado ahora, a mediados del siglo XIX, aunque plantease problemas peliagudos a las regiones más atrasadas del globo: una interesante anticipación de cuestiones que habrían de surgir en un contexto algo distinto un siglo después.

Pero esta misma sociedad, cuyos ideólogos tomaron del todo equivocadamente los éxitos temporales por algo verdaderamente

1. Marx a Engels, 8 de octubre de 1858; cf. MEGA, III/2, pág. 342; MESC, pág. 134.

sólido, poseía un pasado a la vez que un futuro. ¿Cómo había aparecido, y qué la mantenía en funcionamiento? Su primavera inicial en el Renacimiento del siglo xvi así como su actual verano indio, tenían sus orígenes en circunstancias históricas ahora perdidas de vista. Además, estaba por resolver el problema de su ubicación: ¿por qué sólo aparecía en Europa? Si el aspecto histórico de la teoría de Marx había de integrarse a su análisis del capitalismo, esas cuestiones exigían una respuesta. En *El Capital* se parte de la base de que la revolución industrial está asociada a un estadio concreto de la sociedad occidental. Pero antes de que el economista se viera capaz de trabajar sobre este supuesto, el historiador que había en Marx tenía que marchar de acuerdo con las pruebas y ligarlas a su visión del proceso histórico; la teoría de la sociedad tenía que dar cuenta de un problema concreto, la génesis de la sociedad burguesa.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Para apreciar la concepción marxista de la historia es necesario recordar que su autor pertenecía a una época que no reconocía límites al ámbito del conocimiento abarcable por una sola persona. No sólo se admiraban sino que se confiaba en alcanzar las generalizaciones históricas de mayor alcance y del género más universal. Desde este punto de vista, Marx era un verdadero victoriano, pues la fe en las teorías generales no estaba confinada en modo alguno en la Europa central aunque los autores alemanes estuvieran entre sus máximos representantes. Taine, Tocqueville y Gobineau, en Francia, en Inglaterra Mill y Spencer, eran tan prolíficos en hipótesis comprensivas como cualquier alemán. En nuestros días las formas han cambiado y un comité de expertos que deliberara sobre el problema sin duda se hallaría en pocas dificultades para mostrar que esos autores, de hecho, amontonaron errores por todas partes. Pero el comité habría de ser numeroso y bien compuesto: ningún estudioso de hoy dispone él solo de la erudición y amplitud de perspectiva característica de los victorianos; y esto por no referirnos a la seguridad con que actuaban en sus diversos cometidos.

El problema particular en que Marx se interesaba, aunque estrechamente relacionado con las investigaciones de sus contemporáneos, tenía un carácter que le era propio en razón de su peculiar formación filosófica. Para autores como Taine o Tocqueville bastaba con describir los eslabones históricos que ensamblaban los estadios sucesivos de la sociedad, como por ejemplo, trazar la secuencia causal de los acontecimientos que conducían del nacimiento del feudalismo en la Europa medieval al *ancien régime* en su forma acabada, y de aquí a la Revolución

Francesa. Para Marx no era éste un procedimiento totalmente satisfactorio, aunque no lo desdeñó y de hecho acudió para su investigación de los hechos precisamente a investigaciones históricas de esta clase. Pero no era lo que él realmente pretendía. Para sus fines propios era esencial que el tipo de acontecimientos desplegara una lógica interna que permitiera ver la aparición de cada una de las fases sucesivas como un objeto de necesidad y no simplemente como un hecho. Así pues, procesos tales como el desarrollo del feudalismo a partir del tribalismo primitivo, o la aparición de la sociedad burguesa dentro del sistema feudal, tenían que conectarse con transformaciones consustanciales a la lógica de un estadio anterior. A menos que esto pudiera hacerse así, el estudio de la historia continuaría siendo una empresa meramente empírica, precientífica por tanto, a pesar de la precisión erudita de los historiadores.

En relación con la sociedad moderna, este problema mostraba dos aspectos distintos: ¿por qué había nacido la sociedad burguesa en Europa?, y ¿cómo había surgido del feudalismo medieval? De acuerdo con la idea tradicional, estas dos cuestiones eran diferentes, y el objeto respectivo de dos disciplinas independientes. Para Marx eran dos aspectos del mismo problema, desde el momento en que según él la civilización burguesa era simultáneamente un todo orgánico y un estadio particular dentro del proceso general de la historia universal. La incapacidad para percibir esta conexión constituía a su entender la prueba de la incompetencia teórica o el sometimiento al «sistema de ideas burguesas».

La teoría marxista del desarrollo capitalista primitivo será estudiada en el próximo capítulo. En este momento nos interesan las hipótesis de Marx que hacen referencia a la génesis del feudalismo europeo y más generalmente a la doctrina marxista de los estadios históricos. En este contexto se comprende mejor lo que se conoce con el nombre de «concepción materialista de la historia». En realidad, puede aducirse que prescindiendo del ámbito de este grupo concreto de problemas no constituye en realidad ninguna teoría definida.

Marx discurría por la vía general de los escritores del siglo XIX, cuando postulaba el carácter primariamente militar del sistema feudal¹. La cuestión, pues, estribaba en averiguar cómo había aparecido esta forma concreta de sociedad, y cómo se las

1. Sin embargo, no es completamente exacto afirmar que "aceptó sustancialmente la concepción burguesa de que el feudalismo era el reino de la fuerza". (Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, pág. 17). Como veremos, la cuestión es mucho más complicada.

ingeniaba para mantenerse después de que su función militar originaria había sido asumida por otros elementos. Este problema es mucho más enojoso para los marxistas que la aparición del capitalismo, que puede explicarse, muy sencillamente, como consecuencia del cambio tecnológico: mostrando gradualmente su superioridad, el modo burgués de producción y permitiendo, pues, a sus agentes los capitalistas acumular primero la riqueza y finalmente el poder político. En contraste con esto, los orígenes de la sociedad feudal tuvieron que habérselas de lleno con el problema de la conquista militar, en tanto que el sistema resultante de latifundismo condicionaba la estructura de la sociedad incluyendo su tecnología. Esto parece al principio como una dificultad mucho más peliaguda para la concepción marxista de la historia, y los estudiosos que de otra forma simpatizarían por lo menos con el modelo general del materialismo histórico han tendido a argumentar que sólo opera en un caso particular: la génesis del capitalismo¹. En realidad, como tendremos ocasión de ver, Marx contaba con una teoría del feudalismo que marcha de acuerdo con su doctrina general y no requiere de hipótesis complementarias, si bien por razones diversas no obtuvo amplia audiencia. En particular, Engels no le hizo demasiado caso, al tiempo que adelantaba su propia interpretación mucho menos interesante².

El primer esbozo rudimentario de la teoría marxista de la sociedad dividida en clases aparece en la sección que inicia el manuscrito de 1845-6 conocido con el nombre de *La ideología alemana*, mientras se insertó una versión más completa en los trabajos preparatorios de *El Capital*, compuestos en 1857-8 pero que no se publicaron en vida de Marx³. El hecho de que algunos

1. Schumpeter, *ibíd.*

2. Cf. sus observaciones sobre las fuentes del poder político en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (que en adelante citaremos como *El origen de la familia*), MESW II, págs. 239 y ss.

3. Respecto a *La ideología alemana*, cf. MEGA I/5, págs. 10 y ss.; el texto completo de los manuscritos de 1845-6 se publicó en 1932. El avance de 1857-8 de *El Capital* apareció por primera vez en prensa en 1939-40, en una versión en dos volúmenes editada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, y se publicó luego en un volumen bajo el título *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie (Rohentwurf)*, Berlín, 1953. La obra, que llega a alcanzar más de mil páginas, incluye el material publicado en 1859 por Marx bajo el título *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, donde se encuentra el muy conocido prefacio que da un breve resumen de lo que se acostumbra a citar ahora como la concepción materialista de la historia. A partir de este momento citaremos el bosquejo de 1857-8 como los *Grundrisse*, y la publicación de 1859 como la *Kritik*. Las citas de ésta remiten a la edición alemana; en 1904 apareció por primera vez una traducción inglesa con el título *Critique of Political Economy* que incluía ma-

de esos escritos permanecieran ignorados durante muchos años contribuyó indudablemente a oscurecer todo análisis que en cualquier caso se hubiera quedado oscurecido por el espíritu de partido. Desde nuestra perspectiva, el hecho más importante radica en que el esbozo de 1845-6 contenía ya un breve bosquejo de la teoría marxista de la sociedad, con especial referencia a la Antigüedad clásica y a la Edad Media europea. Las ideas centrales se deducen de las historias corrientes de la época, poniendo mucho énfasis en el crecimiento de los latifundios en la antigüedad tardía y en la aparición de la servidumbre primitiva, en los primeros tiempos del medievo. Pero esas conclusiones están subsumidas en una idea general que Marx había elaborado por sí mismo, a saber: que «las diferentes fases de desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de propiedad; o, lo que es lo mismo, cada estadio de la división del trabajo determina asimismo las relaciones de los individuos entre sí respecto los materiales, instrumentos y el producto del trabajo». La propiedad tribal se define como la «forma original» de propiedad, que corresponde a un orden social entendido como «una ampliación de la familia: primero los jefes tribales patriarcales, por debajo de ellos los miembros de la tribu, y finalmente los esclavos. La esclavitud latente en la familia sólo se desarrolla gradualmente con el aumento de la población y las necesidades, y con la extensión del intercambio con el exterior, ya sea por medio del comercio o de la guerra»¹. A continuación, a un nivel histórico y social más elevado, encontramos «la propiedad comunal y pública de la Antigüedad, que resulta concretamente de la unión de varias tribus para constituir una ciudad, mediante acuerdo o por conquista, y en la que continúa existiendo la esclavitud. Junto a la propiedad comunal comienza a desarrollarse la propiedad privada mobiliaria y posteriormente la inmobiliaria, pero como forma anormal subordinada a la propiedad comunal. Los ciudadanos sólo pueden ejercer el poder sobre sus esclavos dedicados al trabajo en cuanto comunidad, y por esta exclusiva razón se hallan ligados a la forma de propiedad comunal... De aquí que el orden social asentado sobre estas bases, y con él el poder del pueblo, decaigan conforme se va desarrollando la propiedad privada real»². La «tercera forma» de propiedad es feudal y corresponde a la Edad Media europea. Aunque

terial no aparecido en la edición original de 1859 y publicado primeramente en *Neue Zeit*, 1902-3.

1. *La ideología alemana*, MEGA I/5, págs. 11-12.

2. *Ibíd.*, pág. 12.

sus orígenes están vinculados a circunstancias históricas fortuitas —la decadencia del Imperio romano, la conquista de los bárbaros, el declive de las ciudades, etc.— Marx considera que el feudalismo despliega una lógica social que lo reconduce a las «formas» primitivas de las que brotó. «Al igual que la propiedad tribal y comunal, también se basa en una comunidad, pero una comunidad a la que no se enfrentan ya, en cuanto clase directamente productora, los esclavos, como sucedía en la Antigüedad, sino los campesinos sometidos a servidumbre... Esta jerarquía feudal era, lo mismo que había sido la comunidad antigua: una asociación frente a la clase productora sometida, aunque las formas de asociación eran diferentes debido a las distintas condiciones de producción y a la relación con los productores directos»¹.

Aunque sólo someramente bosquejado, este esquema elemental demuestra ya la característica tendencia marxista a fundir la lógica histórica con la social. En el voluminoso esbozo manuscrito de 1857-8, el bosquejo de la sociedad precapitalista vuelve a aparecer en una versión mucho más detallada que facilita la clave de muchas manifestaciones marxistas, que en otro caso resultarían extraordinariamente enmarañadas, respecto al tema de las clases. En el intervalo, sin embargo, Marx, juntamente con Engels, había dado con un problema nuevo. Su estancia en Inglaterra, y especialmente su estudio de los compromisos del gobierno británico con India y China, le hicieron conocer que la sociedad oriental planteaba una dificultad a su esquema. Hasta el momento había ignorado prácticamente las culturas no europeas y se contentaba con referirse a la consabida historia de la Antigüedad clásica y Edad Media. A partir de 1850 le vemos empeñado en un intento cada vez más sistemático de incluir la sociedad oriental dentro del ámbito de su teoría general, hasta que con la aparición de un movimiento revolucionario en Rusia, y en años postreros, este tema adquirió una importancia política inmediata a la vez que planteaba un intrincado problema teórico².

Los primeros frutos de esos estudios fueron algunos artícu-

1. *Ibid.*, pág. 14.

2. Cf. Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism*, Yale, 1957, especialmente páginas 372 y ss. La mayoría de las manifestaciones de Marx y Engels sobre el tema de China e India están diseminadas por sus escritos para el *New York Daily Tribune* (citado en adelante como NYDT), de los que sólo se había editado una parte, principalmente por Ryazanov (cf. supra). Respecto a lo demás, sus ideas sobre la cuestión de la sociedad oriental tienen que recomponerse partiendo de su correspondencia y de selecciones tan inadecuadas como las realizadas por R. P. Dutt (*Articles on India*, Bombay, 1951), y Dona Torr (*Marx on China 1853-60*, Londres, 1951).

los periodísticos sobre India y China en los que hace su aparición «la sociedad asiática» juntamente con la sugerencia de que «el clima y las condiciones territoriales» convierten a la canalización extensiva en «la base de la agricultura oriental», mientras que las condiciones sociales desfavorables a la «asociación voluntaria» provocan «la intervención del poder centralizado del gobierno»¹. Esta vacilante introducción en nuevo campo teórico estuvo precedida por la correspondencia entre Marx y Engels² que iba dirigida en cierto modo a aclararles las ideas, siendo la principal conclusión (según Marx) que los autores primitivos estaban en lo cierto al considerar que «la base de todos los fenómenos del Oriente... reside en la ausencia de la propiedad privada de la tierra. Ésta es la verdadera clave, incluso del paraíso oriental»³. A su vez este tema sugiere algunas observaciones escépticas sobre el papel de la comunidad aldeana india autónoma. «Creo que no es posible imaginar una base más sólida para un despotismo asiático estancado. Y a pesar de lo mucho que puedan haber explotado* los ingleses el país, la disolución de esos estereotipos primitivos constituía el *sine qua non* de la europeización»⁴.

En contraposición al despotismo asiático, el feudalismo resultó ser una formación sociohistórica fuera del contexto oriental. No parece que Marx se hubiera interesado por el Japón, pero sus tesis respecto a la naturaleza del «modo asiático de producción» no excluyen la posibilidad de excepciones a la regla general. En lo que a Europa concernía, el feudalismo estaba claramente vinculado a una circunstancia *histórica*: el declive de la Antigüedad clásica. Por otra parte, sus raíces sociales parecían residir en el caudillaje militar de las tribus bárbaras que habían invadido el Imperio romano, y su estructura tribal no difería de la

1. NYDT, 25 de junio y 18 de agosto de 1853. Cf. MESW I, págs. 345-60.

2. MEGA III/1, págs. 47, 475-7, 480-7; MESC, págs. 95-104.

3. Marx a Engels, 2 de junio de 1853, MEGA III/1, pág. 477; MESC, pág. 99. Cf. también Engels a Marx, 6 de junio de 1853, MEGA III/1, pág. 480; MESC, pág. 99. "Pero ¿cómo es que los orientales no llegaron a la propiedad ni siquiera en su forma feudal? Creo que se debe principalmente al clima... Un gobierno oriental nunca ha contado con más de tres ministerios: finanzas (pillaje en el interior), guerra (pillaje en el interior y en el extranjero), y obras públicas (medidas para la reproducción). El gobierno británico en la India dirigió el primero y el segundo con un espíritu más bien mezquino, y abandonó el tercero por completo, de modo que la agricultura india está arruinándose...".

* En el texto se utiliza palabra *Hibernicised*, verbalización de *Hibernicism*, que es un giro o modismo irlandés; recuérdese que Irlanda era el feudo de la nobleza terrateniente británica. (N. del T.)

4. Marx a Engels, 14 de junio de 1853, MEGA III/1, pág. 487; MESC, páginas 103-4.

organización de los pueblos primitivos indogermánicos quienes unos dos milenios antes habían sido los antecesores de la civilización greco-romana. ¿Por qué, entonces, no se había desarrollado el feudalismo en Grecia y Roma partiendo de esta primera oleada de conquistas que culminaron de hecho en la ciudad-estado de la Antigüedad clásica? Y, al revés, ¿por qué no dio oportunamente origen la ciudad-estado a una especie de capitalismo moderno en vez de derrumbarse y dejar paso a una forma de organización social más primitiva? Marx se devanó tanto los sesos con esas cuestiones como los sociólogos posteriores, y es digno de notar que la teoría que él adelanta tiene mucho en común con las conclusiones a que luego llegaron los más importantes de sus críticos¹. Ambas explicaciones giran en torno al papel del trabajo esclavista, y ambas tienen como punto de confluencia la consideración de la esclavitud como un rasgo orgánico de la sociedad que halla su expresión política en la polis griega, luego en la república romana, y finalmente en el Imperio romano.

Puesto que este tema está estrechamente ligado a la teoría marxista del desarrollo del capitalismo, no se necesita de ninguna justificación para dedicarle algún espacio. Dejando de lado el interés esencial que ofrece a sociólogos e historiadores, las observaciones de Marx sobre la cuestión —debidamente adaptadas y aclarado su verdadero contenido teórico— se han convertido en el fundamento de una ideología que ha reemplazado en un tercio del globo otros modos de pensar. Bastaría esto para prestar a sus ideas cierta atención. Pero existe además la consideración de que sus escasas observaciones, debidamente interpretadas y relacionadas entre sí, no son en absoluto favorables a la actual interpretación vigente en la órbita soviética: cabe incluso calificarlas como potencialmente revolucionadoras respecto de mucho de lo que en aquellos parajes suele pasar por ortodoxo². En un grado menor ello es igualmente aplicable a la subsiguiente popularización que hizo Engels de la concepción marxis-

1. Cf. Marx Weber, "Die sozialen Gruende des Untergangs der antiken Kultur", *Gesammelte Aufsätze zur Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924, páginas 289-311.

2. Cf. Wittfogel, *op. cit.*, págs. 380 y ss. No es de extrañar que los autores rusos y chinos contemporáneos se hayan mostrado reacios a desarrollar las indicaciones apuntadas por Marx y Engels sobre el tema del despotismo oriental: algunas de sus observaciones les tocan muy de cerca, con el consiguiente enojo. A la inversa, tampoco puede decirse que los especialistas occidentales, incluso cuando van desprovistos de anteojeras políticas, hayan aprovechado al máximo las interesantes y, para su época, asombrosamente avanzadas ideas sobre el tema de la historia europea primitiva.

ta, en especial en *El origen de la familia* (1884), aunque en este caso nos hallamos ante la dificultad de tener que hacer frente a la vez a la concepción de la prehistoria de Morgan-Engels. Quizá merezca la pena advertir que la hipótesis marxista, tal como aparecía esbozada en 1857-8, es decir, antes de que Marx hubiera leído a Morgan, no está extraída de ningún dato antropológico concreto aparte de las nociones más generales sobre la sociedad tribal, que poseían entonces los estudiosos europeos.

Marx empieza preguntando cómo es una sociedad, donde los productores poseen los instrumentos de producción; y contesta que un estado de cosas semejante lo ilustra históricamente la propiedad campesina. Para que «el capital» y «el trabajo» surjan como factores separados e independientes, el trabajador debe dejar de ser el propietario de los medios materiales de los que depende la producción. «Así pues, y ante todo, separación del trabajador de su suelo (tierra) en cuanto su laboratorio natural; por consiguiente disolución de la pequeña propiedad libre de la tierra, así como de la propiedad colectiva de la tierra basada en la comuna oriental. Bajo las dos formas el trabajador se enfrenta a las condiciones objetivas de su trabajo como propietario; ésta es la unidad natural del trabajo con sus condiciones materiales previas»¹. La transformación de este productor independiente (individual o colectivo) en un trabajador sin tierra es el resultado de un dilatado proceso histórico cuyas primeras fases parten de la primitiva sociedad tribal. En este estadio «la tierra es el gran laboratorio, el arsenal que suministra los instrumentos y los materiales de trabajo, así como el asiento, la base, de la comunidad... Cada individuo es *dueño* o *propietario* sólo... en cuanto miembro de esta comunidad. La *apropiación* real mediante el proceso de trabajo sucede bajo aquellas *condiciones previas*, que no son en cuanto tales *producto* del trabajo, sino que aparecen como sus presupuestos naturales o *divinos*»².

Históricamente, esta sociedad primitiva emprende dos vías distintas de desarrollo: la oriental y la occidental. En la primera (concebida en otro lugar por Marx como la imagen social del «modo asiático de producción», basada en la canalización controlada centralmente y otras obras públicas), la comunidad tribal forma la base de un sistema unitario cuya función unificadora está representada y en definitiva usurpada por el *déspota* y cuyo reflejo ideológico aparece en la *deidad*. La unidad primitiva de la pequeña comunidad tribal —por entonces sólo una entre

1. *Grundrisse*, pág. 375.

2. *Grundrisse*, pág. 376.

muchas— aparece «realizada en el déspota en cuanto padre de las diversas comunidades» que se apropia asimismo del producto sobrante¹. Al convertirse en sedentarias, las comunidades aldeanas diseminadas continúan siendo el verdadero dueño de su tierra, no obstante la ficción jurídica que hace al rey (o al dios), el sólo dueño. Pero «parte de su trabajo sobrante pertenece a la unidad superior que existe al cabo en cuanto *persona*, y este trabajo sobrante halla expresión en el tributo y en los trabajos (comunes), conjuntos para florificar la unidad del déspota real, o de la personalidad tribal imaginaria, el dios»². El rey y el dios son ambos productos históricos: constituyen proyecciones de la tribu, con la diferencia de que el primero representa su unidad real en la guerra contra otras tribus, mientras el último su existencia ilusoria como entidad distinta e independiente de sus miembros. El organismo social puede ser más o menos democrático según el grado en que las tareas comunes se ejecuten libremente o bajo dirección central. En donde las operaciones económicas importantes de la sociedad caen bajo el control central —como en las sociedades asiáticas con sus grandes obras de regadío—, esas operaciones socialmente necesarias «aparecen como la obra de la unidad superior: el gobierno despótico suspendido por encima de las pequeñas comunidades»³.

Frente a este modelo «oriental» (que sin embargo puede descubrirse igualmente «en Méjico, Perú, entre los antiguos celtas, (y) algunas tribus indias») una «segunda forma» de desarrollo, «producto de una vida histórica más variada (afectando) los destinos... de las tribus primeras», conduce a una organización social centrada en una sede urbana de gobierno. Aquí los ocupantes de la tierra residen en la ciudad y «el suelo aparece como el territorio de la ciudad, y no la aldea en cuanto mera dependencia de la tierra»⁴. En ausencia de un poder central esas diminutas repúblicas urbanas entran frecuentemente en colisión entre sí, con la consecuencia de que la guerra se convierte en endémica. «Las dificultades que encuentra la comunidad sólo pueden derivar de otras comunidades, que o bien han ocupado ya el suelo, o molestan a la comunidad en su ocupación. La guerra es por consiguiente la gran tarea común, el gran esfuerzo conjunto requerido para apoderarse de las condiciones objetivas para la subsis-

1. *Ibid.*, págs. 376-7. Cf. también *El Capital* (ed. 1960), vol. III, pág. 772: "El Estado es, pues, el supremo señor. La soberanía consiste aquí en la propiedad de la tierra concentrada a escala nacional".

2. *Grundrisse*, pág. 377.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*, pág. 378.

tencia, o para guardar y perpetuar su ocupación. De aquí que la comunidad, compuesta de familias, tenga originalmente una organización guerrera militar, y sea ésta una de las condiciones de su forma de propiedad. La concentración urbana de las viviendas constituye el fundamento de su organización militar»¹.

En esta sociedad occidental tipificada por Grecia y Roma la propiedad comunal, «en cuanto dominio estatal, *ager publicus*», aparece separada de la propiedad privada (territorial) que se convierte ahora en la base de un tipo nuevo de civilización. El individuo se transforma en un propietario de tierra independiente, o lo que es lo mismo, en un agricultor; mientras «la comunidad, en cuanto Estado, representa, por un lado, la interdependencia de aquellos propietarios privados libres e iguales, su unión frente al mundo exterior y también su seguridad. La comunidad se halla aquí tan dependiente de la condición de sus miembros, en cuanto trabajadores agrícolas, como la independencia de éstos se basa en su interdependencia como miembros de la comunidad, (y) en el afianzamiento del *ager publicus* para las necesidades y bienestar comunes»². Sin embargo, las peculiares circunstancias, que han venido impuestas a esas diminutas comunidades guerreras, tienden a desbordar constantemente sus estrechos límites. La perpetuación de la comunidad requiere que todos sus miembros posean un mínimo de tierra y «su reproducción como campesinos que se bastan a sí mismos, cuyo tiempo sobrante pertenece a la comuna, es decir, a las labores de la guerra, etc.»³. En consecuencia, la naturaleza de la antigua ciudadanía es militar; sólo la constante expansión guerrera puede garantizar a todos los ciudadanos la propiedad de la tierra e inversamente, se aprecia mucho el cultivo de la tierra como escuela de virtudes militares. La organización socioeconómica de la comunidad supone, pues, una estructura política definida: sólo son ciudadanos plenos los dueños de tierra, en tanto que el comercio y la industria se dejan en manos de extranjeros y libertos, no considerándose a la artesanía como una ocupación que convenga a un ciudadano. «La historia de la Antigüedad clásica es la historia de las ciudades; pero de las ciudades asentadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura»⁴.

Esas sociedades terminan sucumbiendo a su propia lógica. «Al objeto de que la comunidad sea capaz de continuar existiendo según las antiguas costumbres, sus elementos deben repro-

1. *Grundisse*, pág. 378.

2. *Ibid.*, págs. 378-9.

3. *Ibid.*, pág. 380.

4. *Ibid.*, págs. 381-2.

ducirse bajo las condiciones objetivas que se dan por supuestas. La producción misma, el aumento de la población (éste constituye también un aspecto de la producción), elimina necesariamente esas condiciones previas, las destruye en vez de reproducirlas, desapareciendo, de esta forma, la comunidad juntamente con las formas de propiedad en las que estaba basada... En particular, los efectos de la guerra y la conquista, que, verbigracia en Roma, se contaban entre los presupuestos económicos esenciales de la comunidad, eliminan el verdadero lazo que la mantiene unida»¹. La base de todo el proceso ha de buscarse siempre en «la reproducción de relaciones... más o menos naturales... o... tradicionales entre el individuo y su comunidad, y una cierta forma de existencia (individual o social) *objetiva predeterminada*». La forma del proceso viene, pues, determinada por factores limitativos que imponen una barrera al avance, más allá de un cierto punto de crecimiento, constituyendo, éste, un aspecto de la cuestión. Por otra parte, la eliminación gradual de esas condiciones primitivas —por ejemplo en el caso de Roma a través de la expansión militar, el trabajo esclavista los latifundios, etc.— conduce a la disolución de la antigua comunidad. «Dentro de determinada órbita cabe la posibilidad de mayores avances. Los individuos pueden aparecer igualmente poderosos. Pero no es posible ningún desarrollo libre y pleno del individuo o la sociedad, puesto que un progreso semejante se halla en conflicto con la relación original»².

El ciclo de crecimiento y decadencia está, pues, prefijado por el nexo social primitivo. No cabe eludir esta lógica. «Si el individuo altera esta relación con la comunidad, altera por consiguiente la comunidad y ejerce un efecto destructivo sobre ella y sobre su base económica; por otra parte, el cambio de la base económica viene provocado por su propia dialéctica, empobrecimiento, etc.»³. La forma en que está organizada la comunidad agraria limita el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de un cierto punto. «Entre los antiguos nunca encontramos una investigación sobre cuál es la forma de propiedad territorial más productiva, la más creadora de riqueza... La cuestión reside siempre en qué forma de propiedad conduce a la creación de ciudadanos modelo. En cuanto fin en sí misma, la riqueza aparece sólo entre los pocos pueblos comerciales —que monopolizan el transporte comercial— y viven en los poros del viejo mundo... de aquí que la antigua postura que convierte al hombre —de cual-

1. *Grundrisse*, pág. 386.

2. *Ibid.*, págs. 386-7.

3. *Ibid.*, pág. 386.

quier actitud nacional, religiosa, o política restringidas— en el fin de la forma burguesa estrecha y limitadora haya sido dese- chada, ¿qué será la riqueza sino la universalidad de las necesida- des humanas, posibilidades, goces, poderes productivos de los in- dividuos? ¿El pleno desarrollo del dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza... y sobre su propia esencia?... De aquí que por un lado el viejo mundo infantil aparezca como el estadio superior. Así es, si buscamos la armonía que se basta a sí mis- ma, la forma, las limitaciones. Representa la satisfacción de una actitud mezquina, mientras que la modernidad no da ninguna satisfacción, o, cuando la da, parece vulgar (*gemein*)...»¹.

Pero esta armonía primitiva tiene como fundamento la soli- daridad guerrera de la comunidad frente a sus vecinos y la solida- ridad de los ciudadanos frente a sus esclavos, a quienes se les destina a la postre a realizar todo el trabajo productivo en tanto que sus propietarios monopolizan la vida pública, o, lo que es lo mismo, la guerra y la política basada en la guerra². La res- tricción de la ciudadanía (o de la propiedad, que viene a ser lo mismo) a miembros de la nación tribal conquistadora lleva di- rectamente a la esclavización de los enemigos vencidos y despo- jados. «La esclavitud y la servidumbre sólo son, pues, nuevas manifestaciones de la forma de propiedad que se apoya sobre una base tribal»³. A la inversa, la colonización y la guerra se tornan necesarias para el aumento del número de los ciudadanos. «De aquí la esclavitud y la extensión del *ager publicus*, y con ello los patricios que representan a la comunidad. De aquí que el mantenimiento de la comunidad conduzca a la destrucción de las condiciones en que ésta se basa... Si se alega que la producti- vidad puede elevarse dentro de la misma área, desarrollando las fuerzas productivas, etc. (que en el caso de la agricultura tradi- cional es lo más lento), se necesitaría nuevas formas de organi- zación del trabajo... y por tanto eliminar una vez más las viejas condiciones económicas de la comunidad. El acto de reproducción modifica las bases objetivas... cambian los productores mismos, en el sentido de que crean nuevas aptitudes... nuevas fuerzas e ideas, nuevas formas de comunicación»⁴. «Una cierta fase en el desarrollo de las fuerzas de producción de los sujetos trabaja- dores correspondiente a relaciones definidas entre sí y con la

1. *Grundrisse*, págs. 387-8.

2. «La guerra se encuentra por tanto entre los trabajos más antiguos de cada una de esas comunidades primitivas, en cuanto salvaguarda de la propiedad y para la adquisición de propiedad adicional». *Grundrisse*, pág. 391.

3. *Ibid.*, pág. 392.

4. *Ibid.*, págs. 393-4.

naturaleza... Reproducción hasta un punto dado. Entonces... disolución»¹.

Históricamente, esta disolución del «viejo mundo infantil» en el que el hombre sólo existe como ciudadano en cuanto que no es esclavo, aparece como el declive y caída de la Antigüedad clásica. Cuando Marx describe «los modos de producción asiático, antiguo, feudal, y burgués moderno», como «épocas progresivas en la formación económica de la sociedad»², adopta la concepción unilineal de la historia, patrimonio común de su tiempo; es decir, supone que la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo constituyen fases definidas dentro del desarrollo de la sociedad occidental, desconocidas al Oriente cuyo estancamiento histórico se considera como la consecuencia del «modo asiático de producción» dominante. En este contexto, en el que la Antigüedad clásica representa una forma particular de organización social, la Europa medieval y moderna representa por lo menos dos de esas formas: el feudalismo y el capitalismo; y posiblemente tres, puesto que Marx consideró que Europa se hallaba ya madura para el socialismo. Salvo con motivo de preocupaciones ocasionales por la pléyade política, no parece haber puesto en duda la capacidad de la civilización europea para rejuvenecerse a sí misma recurriendo a transformaciones sociales periódicas. Puesto que había sufrido el cambio de sistema, del feudalismo medieval basado en el servidumbre campesina, al capitalismo moderno basado en el trabajo libre, no parecía existir razón alguna para que no diera el nuevo paso de trascender la estructura burguesa, sin pasar por alto el hecho de que «sobre un terreno mucho más amplio, el movimiento de la sociedad burguesa se encuentra todavía en ascenso»³.

Pero aunque este esquema general es de naturaleza unilineal, Marx no comparte por completo el optimismo general respecto al «progreso». Existen señales de que cada nuevo avance ha de pagarse al precio de la renuncia a logros, sólo posibles bajo

1. *Grundrisse*, pág. 395. Es digno de advertir que según esta concepción, el antagonismo de clase sólo desempeña un papel subordinado. Se describe expresamente en ella a la clase dominante de la república romana (los patricios), como representantes de toda la comunidad. Lo que provoca su disolución es la esencia intrínseca de ésta, más que los intereses de clase de la oligarquía. (Cf. Weber, *loc. cit.*, para una visión similar de los factores económicos responsables de la decadencia de la Antigüedad clásica, con especial consideración de los latifundios y el aumento de una forma de servidumbre primitiva bajo el Imperio tardío).

2. *Zur Kritik* (ed. 1958), pág. 14; para la traducción corriente, cf. MESW, I, pág. 363.

3. MESW, pág. 134.

condiciones más primitivas. Por eso las virtudes cívicas de los romanos eran inseparables de la naturaleza casi militar de su primera comunidad republicana. Lo mismo ocurría con ciertas creaciones espirituales:

Es bien sabido que en el caso del arte ciertos períodos de florecimiento no se corresponden en absoluto con un progreso general de la sociedad, por consiguiente con su base material, el esqueleto, por así decirlo, de su organización. Por ejemplo, los griegos comparados con los modernos o con Shakespeare. En el caso de ciertas formas de arte, verbigracia, la épica antigua, se reconoce incluso que una vez que la creación artística como tal ha comenzado, no puede producirse en su forma trascendental, clásica; por consiguiente, que dentro del reino artístico ciertos modelos importantes sólo son posibles en una fase no desarrollada...¹

Quizás existe en este punto un eco del pesimismo de Hegel en cuanto al destino del arte en un mundo cada vez más racional y científico. De todas formas, en este instructivo pasaje de su primer esbozo de *El Capital*, Marx llega a plantear la delicada cuestión de si «una evolución de la sociedad que excluya toda actitud mitológica hacia la naturaleza» no puede dar como resultado, a la larga, la muerte del arte. Hay que pagar el progreso material. Afirmar que sobre tales supuestos el socialismo está llamado a convertirse en la «síntesis» del comunismo tribal primitivo y de su contrario, la propiedad privada, sería a todas luces absurdo. Ninguna perspectiva de ese tipo está contenida en el bosquejo histórico citado y en general en la «concepción materialista». Cabría aducir incluso que todo el esquema es políticamente neutral. En cualquier caso, Marx, a diferencia de sus seguidores, no derivó la necesidad del socialismo de ninguna teoría general de la historia, sino del análisis del «modo capitalista de la producción» y de su imagen social, la sociedad burguesa.

1. *Grundrisse*, pág. 30; *Zur Kritik*, etc., pág. 268.

LA SOCIEDAD BURGUESA

A primera vista puede parecer sorprendente que haya de discutirse este tema en un capítulo distinto en vez de incluirlo dentro de la teoría del capitalismo. Y al contrario, bien podría pensarse que los dos tienen poco que ver entre sí. Conforme a esta manera de considerarlo, el capitalismo pone de manifiesto estructuras puramente económicas, pues para su funcionamiento es indiferente por completo la cuestión de su génesis como sistema social. Éste es el enfoque que se le suele dar y si el estudio que aquí hacemos se refiriera a cualquier otra doctrina que no fuera el marxismo, resultaría enteramente factible tratar de esta manera el problema. Pero no cabe proceder así en el caso de Marx, por la razón de que no admitía distinción semejante. En su opinión (como les ocurría a algunos no marxistas), capitalismo y sociedad burguesa no se hallaban ligados indisolublemente, como temas de «investigación», sino como realidades históricas; de manera que lo que trataba precisamente de eliminar era la idea de que la producción capitalista pudiese haber surgido bajo cualesquiera otras circunstancias. A su manera de ver, la sociedad burguesa había dado lugar al capitalismo, exactamente como a su vez el capitalismo había dado nacimiento a la revolución industrial, culminando así el proceso en su totalidad con la disolución del sistema social que le había dado origen¹.

De los tres términos que interesan dentro de este contexto

1. Para una concepción algo similar, cf. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, págs. 121 y ss. Existen por supuesto diferencias; por ejemplo, en el papel asignado al empresariado, pero en lo fundamental hallamos la misma insistencia en que el capitalismo sólo puede funcionar en cuanto sistema económico dentro de un medio social determinado específicamente.

—sociedad burguesa, capitalismo, revolución industrial— el primero se refiere a un estado de la sociedad que permite a las «relaciones de producción» capitalistas llegar a ser predominantes. Según Marx la distinción era de importancia, sobre todo porque los economistas universitarios ya habían adquirido en su época el hábito de considerar «el capitalismo» como una prolongación de «el capital» y a éste como sinónimo del empleo de herramientas. Esto convertía al salvaje en un capitalista, y posiblemente también al orangután, mientras dejaba en la penumbra las circunstancias bajo las que se acumuló el capital hasta que se convirtió en el factor determinante de la sociedad. Según la concepción marxista este proceso culmina con la aparición del industrialismo, tras pasar por una fase en la que predomina el capital comercial¹. Por eso viene después la «revolución industrial» y no se sitúa al principio, como estuvo en boga en el último período del siglo XIX. La industria moderna emerge del nexo de las relaciones burguesas, representando así el producto final de toda la era capitalista burguesa. En tanto ésta necesite de la producción en masa, y por consiguiente de la concentración de capital, el industrialismo tiende a desorganizar la sociedad burguesa, aun cuando se halle todavía en pleno florecimiento el «modo de producción» capitalista².

¿Qué es, pues, esta sociedad burguesa que no es equivalente al capitalismo moderno ni, como hemos visto, cabe descubrirla en el Oriente (o en la Antigüedad), no obstante la realidad de los centros urbanos y del comercio? La única respuesta posible es que representa la forma particular de sociedad que surgió en Europa a partir de finales de la Edad Media. Lejos de constituir la variante de un género universal, es históricamente única. La Antigüedad clásica permitió la floración de ciudades y de una especie de capitalismo comercial, pero jamás dio lugar a una sociedad de carácter genuinamente burgués, es decir, basada en corporaciones autónomas urbanas dominadas por artesanos independientes, comerciantes y fabricantes que acumulasen con el tiempo capital suficiente para transformarse en el estrato social dominante. La burguesía procedía de orígenes humildes, partiendo de una existencia secreta entre los intersticios de la sociedad feudal. Es éste un tema al que Marx se refiere con frecuencia. Sin embargo no estaría bien contentarse con citar sus primeras

1. Cf. *El Capital*, vol. III, págs. 324 y ss.

2. Cf. el ya conocido pasaje sobre la destrucción de la propiedad privada capitalista por medio de la "centralización de los medios de producción" en *El Capital*, vol. I, pág. 789. Esas distinciones no aparecen con toda claridad en el *Manifiesto Comunista*.

manifestaciones sobre el tema de índole más bien general, hechas antes de que se hubiera adentrado en estudios históricos más profundos¹. Con el transcurso del tiempo depuró sus concepciones y se fue acostumbrando a distinguir varias etapas dentro del proceso que se inició en el movimiento municipal de los primeros tiempos medievales. Sus comentarios, por ejemplo, sobre la obra de Thierry *Histoire de la formation et du progrès du tiers-état* (1853), suponía ya un avance considerable con relación a las generalizaciones brillantes pero esquemáticas del *Manifiesto*, aparte de las abstracciones filosóficas de su primera fase hegeliana².

Por lo general Marx distingue tres etapas en el proceso: 1) el crecimiento de los núcleos urbanos a finales de la Edad Media, todavía, por así decirlo, dentro de los poros de la sociedad feudal; 2) la gran expansión del comercio mundial de los siglos XVI y XVII que estimuló el desarrollo de capital comercial e indujo simultáneamente a los pequeños fabricantes a acumular capital e invertirlo en el comercio³; y 3) la edad moderna propiamente dicha en la que predomina el capital *industrial*. Hasta cierto punto esas fases se superponen. Así la actividad comercial adquiere ya importancia en la primera etapa, mientras por otro lado la producción capitalista de mercancías facilita la base de la expansión comercial a escala mundial característica del Renacimiento. Sin embargo, cada etapa se asocia a una forma dominante particular, ya sea el artesanado, el comercio, o la industria. La primera y tercera fases se hallan ligadas a su vez por la circunstancia de que los oficios fueron más importantes que el

1. Cf. *Manifiesto Comunista*, MESW I, pág. 35: "De los siervos de la Edad Media procedían los habitantes privilegiados de los primeros burgos. De esos habitantes de los burgos surgieron los primeros elementos de la burguesía."

2. Cf. Marx a Engels, del 27 de julio de 1854, MESC, págs. 105-8. "A partir de su exposición, puede demostrarse con toda claridad cómo surge la clase a pesar de las formas distintas en que se sitúa su centro de gravedad... desaparecen... Desgraciadamente, al referirse a los *maîtrises*, *jurandes*, etc., en resumen, a las formas a través de las cuales fue desarrollándose la burguesía industrial, se ha limitado casi enteramente a frases... generales... Lo que plantea y pone bien de relieve es el carácter conspirativo y revolucionario del movimiento municipal del siglo XII. Los emperadores publicaron edictos contra aquellas "comuniones", "conspiraciones", y "conjuraciones" coincidiendo estrictamente con el espíritu de la Dieta Federal Alemana... Esta política de los emperadores alemanes la utilizaron los reyes franceses para apoyar secretamente a las "confederaciones juradas" y "comunidades" de Lorena, Alsacia, Delfinado, Franco Condado, Lyonesas, etc., y separarlas del imperio germano... Resulta cómico a menudo percatarse de cómo el término "communio" se empleó abusivamente, al igual que hoy se hace con el de comunismo..."

3. *El Capital*, III, págs. 327-8.

comercio a la hora de echar los cimientos de la industria fabril. El comercio estimuló el desarrollo general de la economía y ello, sumado a la expansión colonial de Asia y América, contribuyó a desorganizar el sistema feudal. «Sin embargo, el moderno régimen de producción en su primer período, el período manufacturero, sólo se desarrolló donde se habían gestado ya las condiciones para ello, dentro de la Edad Media. Comparemos, por ejemplo, los casos de Holanda y Portugal. Y cuando en el siglo XVI, y en parte del siglo XVII, la súbita expansión del comercio y la creación de un nuevo mercado mundial produjeron un efecto decisivo sobre el declive del viejo modo de producción y sobre el ascenso del modo capitalista, se realizó sobre la base de la forma capitalista de producción ya existente...»¹.

A simple vista todo esto parece historia económica corriente, y efectivamente la idea general es que Marx fue en realidad un historiador de la economía que por desgracia acompañó sus investigaciones de una teoría doctrinaria de la economía propia-mente dicha. Grandes sectores de su obra principal pueden subsumirse de hecho bajo el encabezamiento general de historia económica, en especial aquellas secciones de *El Capital*, vol. I, en donde trata de la génesis de lo que él denominó «acumulación primitiva». Sin embargo, no cabe separar al Marx historiador del Marx economista, porque su definición del capitalismo como un sistema en funcionamiento es de carácter histórico. No sólo destacó las raíces que lo unían a la sociedad burguesa, sino que insistió —en opinión de sus críticos, aviesamente— en que «el capital» y «el trabajo» eran factores históricos en el sentido de que para hacerlos aparecer se había precisado de una revolución socio-histórica importante. El proletariado y la burguesía —este último término refiriéndose al estrato capitalista que vino a sustituir a los artesanos de los gremios medievales y a los pequeños fabricantes— surgieron gracias a un proceso en el que la mayoría de los productores se hallaban separados coercitivamente de sus instrumentos. «La acumulación primitiva» constituyó, pues, una revolución social. «El sistema capitalista presupone la separación completa de los trabajadores de toda propiedad de los medios con los que pueden realizar su trabajo»². No es necesario entrar en detalles: el capítulo sobre «acumulación primitiva» de *El Capital*, vol. I, es uno de los mejor conocidos entre los voluminosos escritos de Marx. Su tesis general nunca ha sido debatida seriamente, y quizá lo único que queda por

1. *Ibid.*, págs. 327-8; la cita se incorpora conforme al texto alemán de la edic. de 1949, pág. 365.

2. *El Capital*, I, págs. 737-8.

decir es que los economistas occidentales se han mostrado curiosamente reacios a utilizarla al analizar la imposición del industrialismo bajo regímenes no capitalistas. En efecto, resulta evidente que todo lo que Marx tiene que decir sobre la desposesión por la fuerza de los campesinos y artesanos y sobre la creación artificial de obreros asalariados a merced de la nueva clase dominante concierne de la misma forma a la industrialización planificada y centralizada en condiciones de dominación estatal despótica. Mientras apenas puede sorprender que los economistas soviéticos no se muestren inclinados a sacar las conclusiones oportunas, el forzado silencio que mantienen otros sectores sobre el tema quizá refleje una cierta renuencia a desempolvar esta vieja doctrina.

Desde una posición teórica, la cuestión verdaderamente significativa estriba en averiguar si Marx tuvo éxito en el intento de ligar la lógica económica del proceso a su medio ambiente histórico. ¿Cuál fue la causa de que «la acumulación primitiva» adoptara la forma final de un capitalismo consumado que se asentase en Europa Occidental? Se ha indicado que, conforme a la doctrina marxista, «según la lógica del capitalismo, y no sólo como una cuestión de hecho, es esencial que surgiera de un estado feudal de la sociedad»¹. A simple vista, esto parece quedar corroborado por la observación de Marx de que «la estructura económica de la sociedad capitalista tuvo su origen en la estructura económica de la sociedad feudal. La disolución de esta última libera los elementos precisos para la constitución de aquélla»². Sin embargo, esta exposición viene inmediatamente precedida por otra que no aparece como una generalización: «La llamada acumulación primitiva no es, por tanto, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Tiene el carácter de primitiva porque forma la prehistoria del capital y del modo de producción correspondiente». Esto deja en la penumbra el problema de si Marx consideraba la aparición del capitalismo, en el lugar y el momento en que se dio, como algo más que el resultado de una combinación única de circunstancias. Como se ha hecho notar, Marx y Engels sostuvieron que el Oriente no había desarrollado nada parecido a la propiedad privada de la tierra, que era incuestionablemente una de las condiciones necesarias de un feudalismo verdadero. Ni tampoco existió fuera de Europa ninguna ciudad manufacturera libre. En su conjunto, pues, el proceso suponía un caso

1. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 17.

2. *El Capital*, I, pág. 738.

muy especial, y sus raíces se afincaban en un período concreto: el último período de la Edad Media. Marx declara expresamente que «aunque las primeras muestras de la producción capitalista surgen ya esporádicamente en algunas ciudades del Mediterráneo durante los siglos xiv y xv, la era capitalista data en realidad del siglo xvi. Donde aparece el capitalismo, hace ya tiempo que se ha abolido la servidumbre, y que el desarrollo máximo de la Edad Media, la existencia de ciudades soberanas, ha llegado a su declive»¹. Sólo en este contexto puede asumir el carácter de generalización el pasaje inmediatamente anterior: «El punto inicial del proceso de donde surgieron el obrero asalariado y el capitalista fue la esclavización del obrero. El adelanto sólo consistió en el cambio de forma que adoptó esta esclavización, en la transformación de la explotación feudal en explotación capitalista». Es evidente que en conjunto el razonamiento no intenta más que sintetizar lo que en opinión de Marx había tenido lugar efectivamente. Por otra parte, seguía afirmando que en su forma «clásica» el proceso sólo se dio en Inglaterra, si bien se vislumbraban tendencias similares actuando en cada país².

En resumen, pues, parecía que en esta parte de su obra Marx no trataba de establecer una ley general. En sus obras de madurez no existe indicación alguna de que el sistema feudal estuviera abocado, por una especie de lógica interna, a hacer germinar tendencias capitalistas. Esa doctrina habría contrariado la índole histórica de su pensamiento. No puede soslayarse la conclusión de que Marx consideró el capitalismo europeo como una formación social única. Su aparición fue «histórica» en el sentido de que ocurrió «bajo condiciones definidas», que probablemente explicaban la inexistencia de fenómenos similares bajo circunstancias menos favorables. Esta línea de argumentación queda abierta a los blancos de la crítica, pero no abona la idea de que la fase transitoria quede simplemente cubierta por el misterio³. Todo esto lleva destacar el carácter único de esos procesos de formación que dieron paso a un nuevo tipo de organización social: en este caso «a la prehistoria del capital», es decir, la etapa anterior al establecimiento del «régimen de producción capitalista» propiamente dicho. Lo que se sitúa antes de este acontecimiento único en «prehistórico», en el sentido de que el «capital» cuenta con su propia «historia», que es por supuesto fundamentalmente una historia económica: la historia del paso del capitalismo comercial al capitalismo industrial, y superado éste, la del mo-

1. *Ibid.*, pág. 739.

2. *Ibid.*, pág. 739.

3. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 17-18.

mento en que «la centralización de los medios de producción y socialización del trabajo... se hacen incompatibles con su envoltura capitalista»¹.

En lo que a la cuestión de hecho se refiere, a partir de Marx los historiadores de la economía han venido contentándose, en su mayoría, con basarse en sus ideas de tipo general. Si esto deja parcialmente en la oscuridad la génesis del capitalismo, la explicación está en que no conocemos todavía lo bastante el modo en que la sociedad burguesa primitiva surgió de los intersticios del sistema feudal. Respecto a este último punto Marx sostuvo concepciones que no están indisolublemente ligadas a su teoría del desarrollo capitalista, puesto que ésta se refiere a la manera en que «la simple producción de mercancías» por los artesanos y campesinos se transforma en la producción capitalista llevada a cabo por los obreros asalariados. Por consiguiente, no es una cuestión bien planteada la de si Marx o Engels (éste último se interesó más por el tema), poseían una teoría satisfactoria que diera cuenta de cómo el feudalismo llegó a desarrollarse en el medioevo europeo. La interpretación general que propugnaban, a saber, que fue una consecuencia de la conquista militar que desbarató el viejo modelo tribal, al convertir los jefes hereditarios en soberanos reinantes, no es a todas luces más que una aproximación². De cualquier forma carece de importancia respecto al problema de explicar los inicios modestos y la culminación triunfante de la época burguesa. En lo que a Marx concernía, esta época se inaugura con la formación de centros urbanos de importancia durante la Baja Edad Media, es decir, en una época en que el «modo de producción feudal» acababa de alcanzar su apogeo. Por ello las dos etapas se entrecruzan, y su interconexión sólo aparece al principio en la circunstancia de que había de mantenerse alguna especie de producción de bienes y de comercio basado en esta producción, incluso al nivel de actividad económica realmente bajo característico de la Edad Media.

Que esto sucediera cuando sucedió es sólo una circunstancia histórica que, en cuanto tal, cabe dentro de cualquier historia de la economía socialista o liberal. No puede asegurarse siquiera que exista algo específicamente marxista en la idea de que el

1. *El Capital*, I, pág. 789.

2. Cf. Engels, *El origen de la familia, etc.*, MESW, II, pág. 274: "Sabemos que gobernar a gente sometida es incompatible con el orden tribal. Aquí lo vemos a gran escala. Los pueblos germanos, dueños de las provincias romanas tuvieron que organizar su conquista; ...Por consiguiente, los órganos de la constitución tribal tuvieron que transformarse en órganos del Estado... Había llegado el momento de transformar el caudillaje militar en monarquía."

resurgir de la manufactura y el comercio urbanos estaba obligado a producir efectos desorganizadores en la sociedad feudal, puesto que era algo comúnmente aceptado por los escritores que inspiraron a Marx sus propias ideas sobre el asunto y no ha sido puesto en duda por los historiadores de economía desde sus días¹. El hincapié hecho por Marx en el carácter desbaratador del proceso está no obstante conectado con su teoría general porque le permite atacar el tradicional énfasis puesto en la «armonía de todos los intereses legítimos». Antes de que pudiera aparecer la economía de mercado tenía que operarse una revolución violenta sobre el marco institucional de una sociedad caracterizada, por un lado, por el campesinado y, por el otro, por la producción de mercancías en pequeña escala. Los «economistas burgueses» que se ceñían a la forma en que operaban el mercado y el sistema de precios descuidaban, a su entender, las bases históricas en las que se hallaban, o en otro caso se dedicaban a limar apologeticamente la realidad de los conflictos de clase. La aparición del capitalismo suponía la creación del proletariado moderno; su funcionamiento dependía de la confrontación entre «capital» y «trabajo», bajo condiciones en que «trabajo» era sinónimo de carencia de propiedad².

Si se intercambiaran esos términos de forma que el «trabajo» lograra el control sobre el «capital», el sistema dejaría de operar, y se cambiaría en algo distinto. Naturalmente, el propósito de Marx era contribuir a que esto se llevara a efecto, pero creía asimismo que el proceso contaba con su lógica propia: «el trabajo» se convertiría en el factor dominante porque su productividad, en continuo aumento, haría innecesario que la economía operara dentro de un marco de dominio de clase. El propio capitalismo estaba sentando las bases de un nuevo orden al desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad más allá del punto en que todavía pudieran estar contenidas por las relaciones sociales existentes. Cuando se hubiera alcanzado ese punto, la «economía política del trabajo», o sea el socialismo, sustituiría a la «economía política del capital». La fisonomía del nuevo orden

¹ Cf. H. Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe*, Londres, 1936, págs. 50 y ss.; M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1946, págs. 33 y ss. Tr. cast. *Historia económica y social de la Europa medieval*, F.C.E., México, y *Estudios en el desarrollo del capitalismo*, Oikos Tau, Vilasar.

2. «El capital, pues, presupone el trabajo asalariado; el trabajo asalariado presupone capital. Ambos se condicionan entre sí; se dan vida el uno al otro». *Trabajo asalariado y capital* (1849), MEGA I/6, pág. 485. «El capital es también una relación social de producción. Es una relación burguesa de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa». Cf. MESW, I, págs. 90-2.

no fue delineada con plena nitidez, y se permitió que una oscuridad idéntica envolviera la naturaleza del período de transición. Al parecer dependería de las circunstancias. Pero fuera lento o rápido, pacífico o violento, el cambio de sistema acarrearía necesariamente la desaparición de una sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción. Ello se debería en todo caso a estar progresivamente centralizados y «socializados» por la misma lógica del sistema capitalista, un sistema que se revelaría fatal para las instituciones que un día lo alumbraran¹.

1. "Esto no restablece al productor en la propiedad privada, sino que le da la propiedad individual basada en los logros de la era capitalista, es decir, en la cooperación y la posesión en común de la tierra y de los medios de producción". (*El Capital*, I, pág. 789). La distinción entre propiedad "privada" e "individual" no queda muy clara, pero en cualquier caso se espera que los ciudadanos de la comunidad cooperativa posean algo. Desde un punto de vista general cabe advertir que en sus escritos de madurez Marx no trata ya cualquier clase de propiedad individual en cuanto forma de "autoextrañamiento", sino que tiende a suponer que es una condición previa de esa libertad limitada pero real que la sociedad hace posible.

ECONOMÍA POLÍTICA

Llegados a este punto, podría parecer razonable ir directamente a la teoría marxista relativa a cómo opera el sistema capitalista una vez que tuvo lugar su aparición, como resultado del proceso descrito por Marx con el nombre de «acumulación primitiva». Pero en lugar de ello, nos vemos obligados a emprender un giro metodológico. Dos razones existen para ello: en primer lugar, Marx desarrolló en un principio su doctrina en forma de una crítica de lo que entonces se conocía como «economía política», y su razonamiento no puede comprenderse adecuadamente fuera de este contexto. En segundo término, su crítica de la doctrina al uso implicaba un enfoque teórico que le «sitúa» entre los economistas pertenecientes a la llamada escuela clásica. Puesto que la «revisión» de la teoría marxista ocurrida al cabo del siglo diecinueve coincidía con el apartamiento de esta escuela de la posición que había ocupado hasta el momento dentro de la doctrina oficial de la economía, la doctrina clásica debe considerarse juntamente con la marxista, con la que comparte ciertos supuestos básicos. A menos que se tenga esto presente es difícil comprender el porqué y el cómo continuó defendiéndose la postura marxista después de 1895 (o sea, tras la muerte de Engels), por autores que tenían ante sí la posibilidad de una clara elección entre dos modelos distintos, de los cuales el marxista parecía en aquel momento claramente anticuado. Por supuesto, cabe mantener que la elección venía impulsada por consideraciones no científicas, pero aun aceptando esto, es importante ver lo que la

escuela de pensamiento marxista consideraba necesario preservar¹.

En el nivel de abstracción más bajo, relacionado con el estudio de la economía, el problema que se le planteaba a Marx puede expresarse como sigue: se da por sentado que la organización de la sociedad posee un efecto determinante sobre la división del producto social entre las diversas clases; de la misma forma se supone que la teoría económica debe proyectar su luz sobre los procesos macroeconómicos ligados con la estructura de clase. Hemos visto cómo opera en el modelo de Marx este mecanismo para originar la acumulación del capital en la sociedad preburguesa y burguesa. Era esta una cuestión a la que los economistas de antes no habían prestado mucha atención. Pero para Marx se trataba a todas luces del punto de partida. Ya cuando iniciaba su carrera se había revelado contra el hecho de que los economistas ignoraran las bases sociales sobre las que descansaba el sistema de mercado². Casi un cuarto de siglo después, luego de haberse convertido en un economista profesional (aunque no en un economista de carrera), aún mantenía que el punto de partida de cualquier explicación racional sobre cómo operaba el sistema económico había de ser la división del trabajo socialmente determinada:

Cualquier niño sabe que un país que dejase de trabajar, no diré ya durante un año, sino durante unas pocas semanas, se vendría abajo. Cualquier niño sabe también que la masa de productos que corresponde a las diferentes necesidades requiere masas diferentes, cuantitativamente determinadas, del trabajo total de la sociedad. Que esta *necesidad de distribuir* el trabajo social en proporción definida

1. Respecto a lo que aquí se dirá cf. E. E. Roll, *A History of Economic Thought*, Londres, 1938, págs. 140 y ss.; M. Dobb, *Political Economy and Capitalism*, Londres, 1937, págs. 34 y ss.; P. M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Londres, 1946; págs. 11 y ss. (ed. castellana, *Teoría del desarrollo capitalista*, F.C.E., México, 1945); R. L. Meek, *Studies in the Labour of Value*, Londres, 1956; págs. 18 y ss.; R. Schlesinger, *Marx: His Time and Ours*, Londres, 1950, págs. 103 y ss. Todos esos autores se emplazan dentro de la tradición marxista, y su análisis de la herencia clásica difiere del que se halla en los típicos libros de texto universitarios. Esta me parece una razón aún más sólida para referirse a ellos dentro de un estudio que intenta dar una síntesis sumaria de la posición marxista.

2. "La economía política empieza con el hecho de la propiedad privada; no la explica... La economía política no facilita ninguna explicación de la... distinción entre trabajo y capital, capital y tierra... lo que debiera explicarse se da por supuesto." EPM (1844), MEGA I/3, págs. 81-2.

no puede suprimirla la *forma particular* de producción social, sino cambiar sólo su *modo de manifestarse*, resulta evidente por sí mismo. ... Y la *forma* en que opera esta distribución proporcional del trabajo, en un estado de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta a través del *intercambio privado* de los productos individuales del trabajo, constituye precisamente el *valor de cambio* de esos productos¹.

Conforme al supuesto marxista, las mercancías se cambian conforme a sus valores, o lo que es lo mismo, con relación al total de trabajo en ellas incorporado. Esta es la célebre «ley del valor» definida por un crítico como «la expresión económica del hecho (de que) el trabajo socialmente productivo (forma) la base de la existencia económica»². En cuanto tal, la tesis no es más que una nueva formulación de la concepción materialista de la historia que se considera aplicable en todas las formas de la sociedad. Con todo, Engels llega a sugerir que la «ley» determina los procesos económicos en un sistema capitalista a pesar del hecho de que los precios medios no corresponden a los «valores» incorporados en las mercancías, como ocurría bajo la «simple producción de mercancías»³. Naturalmente Marx no desconocía esta discrepancia; por el contrario, la consideraba como el enigma principal de la teoría económica, pero un enigma que podía resolverse teniendo en cuenta la determinación final de todo intercambio económico por la incorporación del trabajo socialmente necesario:

La tarea científica consiste precisamente en determinar *cómo* opera la ley del valor. De forma que si uno quisiera explicar desde el principio todos los fenómenos que contradicen aparentemente la ley, tendría que ofrecer ciencia *por* ciencia. El economista vulgar no tiene la mínima idea de que las relaciones de cambio diarias efectivas no pueden ser exactamente idénticas a las magnitudes de valor. La esencia de la sociedad burguesa estriba precisamente en esto, a saber, en que no existe *a priori* una regulación so-

1. Carta a L. Kugelmann, 11 de julio de 1868.

2. W. Sombart, citado aprobatoriamente por Engels, si bien con algunas reservas; cf. complemento al vol. III de *El Capital* (Moscú, ed. 1960).

3. *Ibíd.*, págs. 871, y ss.

cial consciente de la producción. Lo racional y naturalmente necesario sólo se afirma como un promedio flexible, ciego¹.

Es importante ver con claridad el sentido de este pasaje. La sociología económica no exigía de Marx que fuera más allá de asegurar que la división del trabajo constituida históricamente dentro de la sociedad burguesa (o capitalista)² era el factor determinante que llevaba al sistema a operar con arreglo a ciertos módulos, así por ejemplo, a remunerar a los dueños de los medios de producción (capitalistas) con relación a su capital y no conforme a su función directorial (o empresarial). Esos puntos, entre otros, eran en su opinión verdaderamente importantes, de la misma forma que lo fueron para los socialistas que no compartían su interés por la «ley del valor»; pero no le concernían primordialmente en cuanto economista. Con arreglo a este último papel, no consideró necesario afirmar precisamente que las «relaciones de producción» burguesas (*Produktionsverhältnisse*) representaban un marco institucional de gran importancia para el funcionamiento del sistema, sino que era posible construir un modelo teórico con referencia a un factor concreto de importancia mayúscula, a saber, el trabajo. De ello se derivaba que la tarea principal de la teoría económica consistía en derivar los precios de mercado de este factor.

Merece la pena tratar de comprender cómo llegó Marx a considerar posible esa operación y a la vez necesaria. Nada aclara decir que en la crítica socialista del capitalismo se hallaba implícito un compromiso con la teoría del valor del trabajo. Este género de explicación puede ser adecuado si lo aplicamos a los primeros socialistas ricardianos, pero se torna decididamente absurdo refiriéndolo a Marx. Según él tenían que existir argumentos intelectuales concluyentes que apoyaran la prosecución de una forma de razonar que, incluso en la época de Ricardo, no se habría librado de críticas³. Afirmar que era un ricardiano

1. Carta a Kugelmann, MESC, pág. 252.

2. Estrictamente hablando no existe una sociedad capitalista, al menos si uno se adhiere al esquema marxista. El capitalismo se refiere a las relaciones económicas típicas de la sociedad *burguesa* que en cuanto cuestión de realidad histórica no ha existido nunca fuera de la Europa occidental y las Américas, aunque comenzó a aparecer en una forma rudimentaria en Europa oriental antes de 1917. Por razones obvias, los autores leninistas no se preocupan demasiado de subrayar esta distinción que, sin embargo, resulta ineludible si se adopta el aparato conceptual de Marx. Por lo demás, el capitalismo designa al *sistema económico* característico de la *sociedad burguesa*, siendo esta última la forma completamente desarrollada de *civilización occidental*.

3. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, págs. 588 y ss.; Blaug, *Ricardian Economics*, págs. 52 y ss.

en esencia que veía todos los problemas con los ojos de su predecesor, difícilmente puede ser una explicación satisfactoria. Además, no hay que omitir la importante diferencia entre la teoría del valor de Ricardo y la de Marx: Ricardo acudió al teorema de la cantidad de trabajo como medio de explicar el movimiento efectivo de los valores de cambio (precios), pero por lo demás no le atribuía ningún significado y se hubiera mostrado perfectamente dispuesto a abandonarlo si se hubiera presentado otra explicación. Pero no ocurrió así en el caso de Marx¹. Por de pronto, sin embargo, debemos dejar a Marx y volver a la cuestión más general de cómo la economía política clásica llegó a interesarse en primer lugar por el problema del valor.

Aunque la teorización sobre los fenómenos económicos es más antigua que el capitalismo o la ciencia de la economía, es indiscutible que ésta se desarrolló paralelamente al primero en calidad de aclaración sistemática de los problemas inherentes al crecimiento de una economía de mercado. «La economía política», como se la terminó conociendo después de haber superado la ley canónica medieval, tenía por objeto inmediato aquellas relaciones y procesos económicos que iban a provocar la aparición del capitalismo comercial². Esto suponía una efusión paulatina de ideas heredadas de una época anterior, en la que bajo la égida del escolasticismo³, se produjo un cuerpo de teorización rudimentaria sobre relaciones de cambio. Desde un punto de vista analítico, la prohibición medieval del préstamo a interés tiene una importancia menor, en este aspecto, que el intento escolástico de formular el concepto de «precio justo», ya que éste suponía una distinción entre el «valor» de las mercancías (definido conforme al coste que le representaba al productor, quien por lo general era un artesano o comerciante) y el precio que sus bienes pudieran alcanzar en el mercado. Cualquier discrepancia entre coste y pago que no lograba reembolsar el vendedor —respecto al trabajo invertido, pero también al riesgo que se asumió, gastos de transporte, etc.— se estimaba como una infracción de la justicia conmutativa, incurriendo en cuanto tal en censura moral. Idealmente y hasta cierto punto en el campo de los hechos, casos de este tipo cayeron bajo la jurisdicción de las autoridades, quienes normalmente aplicaban los criterios del sentido común, al juzgar sobre la proporción o desproporción entre costos y compensación. Bajo condiciones de «simple intercambio de mercancías»,

1. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 596.

2. Roll, *op. cit.*, pág. 22; Dobb, *op. cit.*, págs. 34 y ss.; Meek, *op. cit.*, páginas 12 y ss.

3. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 92 y ss.

para emplear la terminología marxista, este planteamiento solía ser suficiente para garantizar una medida aceptable de justicia distributiva, y un medio de definir la relación entre valores (= a costos) y precios, sin existir gran dificultad teórica o práctica al comparar los costos medios y los precios medios pagados pues se trataba de una sociedad en donde el comercio se hallaba en su punto mínimo de desarrollo y los productores acostumbraban a operar bajo condiciones aproximadamente comparables y con herramientas similares¹.

La ruptura de este equilibrio simple gracias al crecimiento del capital comercial significa entre otras cosas que ya no se podía recurrir a igualar el «valor» con los costos de los productores. Por el contrario, la atención derivó entonces hacia la manera en que se fijaba un precio a los bienes en condiciones más o menos competitivas, llegándose a reconocer que el «precio justo» podía suponerse equivalente al precio corriente en el mercado, siempre que éste no se viera deformado por la fijación artificial de precios o actividad de monopolio. Así pues, se aceptó como válida la apreciación del mercado, y, si el productor no recuperaba su desembolso inicial, peor para él. Por el contrario, si obtenía por su producto más de lo que «valía» (conforme al viejo cómputo), esto podría justificarse en la base a que obviamente «valía» más que su coste *en opinión de sus clientes*. La tasación de la mercancía hecha por el comprador introducía pues en la cuestión un nuevo criterio, que llegado el caso hacía posible abandonar el planteamiento del costo y equiparar el «valor» a la utilidad subjetiva del comprador. Y al contrario, el «valor» podía identificarse con el precio efectivo del mercado, siendo este último regulado por el juego de la oferta y la demanda. Este era el paso final, y no puede sorprendernos que lo dieran los autores mercantilistas, quienes generalizaron la práctica de los comerciantes. Hacia el siglo diecisiete, pues, en la literatura económica el «valor» había llegado ya a significar generalmente el precio, dejándose su determinación en manos de los mecanismos de mercado; aunque por lo general se pensaba que también existía algo denominado «valor intrínseco» o utilidad, resultando éste la base material, por así decirlo, del mecanismo de cambio. Lo que no

1. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 93; cf. también R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism* (ed. Pelican, Londres, 1937, págs. 46-9). Otra cuestión es que esto justifique la sugerencia de que la "teoría del valor del trabajo es el verdadero descendiente de las doctrinas del Aquinate. Karl Marx fue el último de los escolásticos" (Tawney, *ibid.*, pág. 49).

quedó del todo claro es cómo podía afirmarse que el valor de cambio surgiera de la utilidad¹.

El continuado giro ideológico dio paso a una concepción del valor diferente, que (al igual que los canonistas medievales) pone de nuevo el acento en los costos de producción, y aquí es donde nuestras dificultades analíticas empiezan. En efecto, este período, el denominado período clásico, está ligado al auge del capitalismo industrial y al surgimiento de la teoría del valor del trabajo, en la forma en que Marx la heredó de Adam Smith y Ricardo. Basta esta circunstancia para mostrar que el tema tiene que enfocarse históricamente. Desde finales del siglo diecisiete en adelante, la «economía política» —que empezaba a adquirir ahora una fisonomía propia— aspira a convertirse en ciencia a la vez que realiza tanteos a la busca de una teoría del costo, basada en una nueva evaluación de la importancia del trabajo humano. Es ésta una de las líneas divisorias que separan el mercantilismo de la era industrial, y muy lógicamente resulta favorecida por la aparición de un sistema pujante de generalizaciones teóricas. Entre sus autores debe mencionarse brevemente a Locke del que cabe decir que se anticipó a Smith en la sugerencia de que el trabajo constituye la fuente principal del valor (de uso)². La nueva importancia dada durante este período a la capacidad de creación de riqueza, de que gozaba la producción, frente a la del comercio (como ocurría con los mercantilistas), refleja claramente la creciente importancia de la industria manufacturera. Lo cual es cierto por lo menos en Inglaterra. En Francia el último período del siglo XVIII presenció el auge de la escuela fisiocrática, que no sin una cierta intención aviesa trató de clasificar la manufactura entre las ocupaciones «estériles», reservando el término honorífico «productivo» a la agricultura; aunque también en este

1. Los autores de este período, aunque anteriores a la época clásica en la acepción académica del término, comprenden algunos economistas a los que Marx contaba entre los fundadores de la «economía política», tales como, por ejemplo, Petty en Inglaterra, y Boisguillebert en Francia, los dos mercantilistas en la acepción plena. Merece la pena recordar que, según Marx, «la economía política» se inicia con aquellos autores del siglo XVII y culmina en Ricardo, tras alcanzar un primer apogeo con Quesnay en Francia y Adam Smith en Inglaterra. Este planteamiento difiere de manera importante respecto de la interpretación liberal al uso, que señalaba su punto de partida a mediados del siglo XVIII, y que califica de «clásicos» a algunos autores del siglo XIX (por ejemplo, Senior), a quien Marx contaba entre los «economistas vulgares».

2. Cf. Locke, *Of Civil Government* (Everyman ed.), págs. 136-7. No parece que Locke distinguiera entre valor de uso y valor de cambio, y la importancia que atribuye, en la producción de riqueza, al trabajo se relaciona a todas luces con el primero. Como precursor remoto de la teoría del trabajo sólo decirse que fuera un precedente en cuanto que al parecer sugirió a Smith algo semejante a aquélla. Pero su apoyo moral fue sin duda bien acogido.

caso el hincapié se hacía respecto a la productividad del trabajo, cuando se aplicaba a las riquezas o recursos naturales¹.

El paso siguiente lo dio Adam Smith, quien sintetizó lo anterior, en particular con respecto a la teoría del valor. Esta herencia intelectual incluía algunas observaciones sorprendentes hechas por el autor anónimo de un panfleto, al que se refirió Marx en algunas ocasiones, y sobre el que puede conjeturarse que influyera en Smith a la hora de formular sus opiniones. Efectivamente, encontramos aquí una teoría de la cantidad de trabajo que anticipa sustancialmente la de la escuela clásica, incluso hasta el punto de afirmar, respecto de «las cosas necesarias para la vida», que «el valor de las mismas, cuando se intercambian la una por la otra, viene regulado por la cantidad de trabajo necesariamente requerido que se suele invertir en producirlas; y su valor o precio, cuando se compran y venden, comparado a un medio común, se regirá por la cantidad de trabajo empleado»². Existe un reflejo de lo anterior en *La riqueza de las naciones* (Libro I, cap. VI), aunque Smith limita la idea de que la cantidad de trabajo regula el intercambio de productos a «ese primitivo y rudo estado de la sociedad que precede a la acumulación de capital originario y a la apropiación de la tierra». Es discutible que esto constituya de por sí algo más que el esquema de una teoría del trabajo puesto que la situación prevista por Smith equivale a decir que el trabajo es el único factor productivo disponible; en cuyo caso la proposición se aproxima a una tautología³. Pero la formulación smithiana va más lejos: fija la atención en las relaciones sociales que determinan la distribución del producto total. Smith (y en esto influido posiblemente por Locke), llega desde ahí a reconstituir la doctrina del derecho natural de que «el producto del trabajo constituye la recompensa natural o salario del trabajo». En el estado original de cosas «el producto total del trabajo pertenece al trabajador. No lo comparte con el terrateniente ni con el amo»⁴. Afirmaciones de este tipo eran demasiado vagas, y demasiado conformes con la opinión más general como para que ocasionaran sorpresa o resentimientos cuando se expresaron por primera vez, aunque con el tiempo hubiera de cambiar esta actitud, desde que los socialistas aprendieron a utilizarlas. De

1. Para una discusión reciente de la escuela fisiocrática, cf. R. L. Meek "The Physiocratic Concept of Profit", en *Economica*, vol. XXVI. N.º 101, febrero de 1959.

2. *Some Thoughts on the Interest of Money in General* (probablemente citado por Meek), *op. cit.*, págs. 42 y ss.

3. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 310.

4. *The Wealth of Nations* (Ed. Modern Library, Nueva York, 1937), pág. 64.

cualquier forma, esas proposiciones no eran afines al análisis económico que, incluso en los tiempos de A. Smith, operaba a un nivel de abstracción totalmente distinto. Pero todavía lograron más: encaminaron decididamente a la economía política en el camino hacia una teoría general de la sociedad.

Cuando Smith concibió la división del trabajo como el principal producto de la actividad económica sobrepasó la esfera de la economía política, en la acepción técnica del término. Su teoría del valor tal como la conocemos dimana de su análisis de las relaciones sociales, así como de su investigación sobre la división del producto social. Pero nada se logra pretendiendo que su análisis de la teoría del valor es satisfactorio desde un punto de vista teórico. Sus manifestaciones sobre el tema son ambiguas y confusas, resultando entremezcladas varias líneas de su discurso en su apreciación del concepto de valor, de forma que a los escritores más tardíos les fue posible pretender su pertenencia a la escuela subjetiva, en tanto que Ricardo y sus discípulos desarrollaban otros elementos de su pensamiento¹. Para hallar una verdadera teoría de la cantidad del trabajo que lo convierta en el regulador del valor de cambio (precio), así como en la fuente del valor de uso (riqueza), hay que acudir a Ricardo, mientras que la única tentativa sería de sacar las conclusiones de la teoría del trabajo fue llevada a cabo por Marx.

Antes de concluir con Smith hay que advertir no obstante que su formulación deficiente del concepto de valor no invalida necesariamente su análisis de los hechos; éste no depende como es lógico de la teoría del trabajo en la forma en que él la estableció, o dejó de establecerla. Cuando apuntó una doctrina rudimentaria de la plusvalía², no lo hizo relacionándola con ninguna derivación especulativa de los precios de mercado de los valores, sino sobre la base de los hechos observables que pocos contemporáneos se habrían mostrado dispuestos a poner en tela de juicio. Por lo demás, no ejerce ninguna censura a las relaciones que describe. Un sistema basado en la apropiación de la plusvalía por parte de los propietarios de la tierra y los fabricantes le parecía

1. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 308 y ss.; Roll, *op. cit.*, págs. 158 y ss.; Meek, *Studies*, págs. 60 y ss.

2. Cf. *Wealth of Nations*, Libro I, cap. VIII. Renta y beneficio se describen aquí como "deducciones" del "producto del trabajo" que en el "estado de cosas original" pertenece por entero al trabajador. "En cualesquier arte y manufactura la mayoría de los trabajadores se hallan en la necesidad de un amo que les adelante los materiales de su trabajo y sus salarios y manutención hasta que éste se haya completado. Participa en el producto de su trabajo, o en el valor que éste añade a los materiales en que el trabajo se emplea; y en esta participación consiste su beneficio". (Ibíd. pág. 65).

el único sistema posible cuando no el mejor de los posibles en cierto sentido filosófico (el del derecho natural). Merece la pena considerar el extremo porque se había venido afirmando que la esencia del socialismo es la condena moral de la apropiación de la plusvalía desde el punto de vista de la ética del derecho natural. Esto puede mantenerse con algunas reservas respecto a los socialistas ricardianos de alrededor de los años 1830; respecto a Proudhon y sus partidarios en Francia; y respecto a Rodbertus, al que puede describirse atinadamente como padre espiritual del *Kathedersozialismus* alemán; pero es absurdo que se aplique a Marx, quien pasó gran parte de su vida criticando a los «socialistas utópicos» por interpretar que la teoría del trabajo significaba que todo el producto del trabajo debiera revertir al productor directo. Esto era imposible, como se esforzó por demostrar, incluso bajo el socialismo realizado y total¹; y no facilitó al movimiento socialista una orientación práctica. La teoría del trabajo se hallaba ligada a una filosofía social que situaba en el centro de su interés «las relaciones de producción». Pero por sí misma no comprometía a sus seguidores con ningún programa concreto. Como prueba de esta afirmación bastaría con acudir a la obra de Ricardo (1772-1823) quien formuló por primera vez la teoría del trabajo de forma que revistiera importancia para la economía teórica².

Lo que Ricardo quiere decir con economía política —y es este sentido lo que Marx aceptó de él y ha conservado la escuela marxista— se indica en la primera fase del prefacio a su gran obra: «El producto de la tierra —todo lo que se extrae de su superficie por el empleo conjunto de trabajo, maquinaria y capital— se divide entre tres clases de la comunidad; el propietario de la tierra; el propietario de los bienes o capital necesario para su cultivo, y los trabajadores mediante cuya industria se cultiva». Después de hacer notar que «en etapas diferentes de la sociedad, las proporciones del producto total de la tierra que se destinarán a cada una de esas clases bajo la denominación de renta, beneficio, salarios, serán... diferentes...», llega a declarar que «determinar las leyes que regulan esta distribución es el problema principal de la economía política»³. La teoría del valor

1. Cf. *Critica del programa de Gotha*, MESW, II, págs. 20 y ss.

2. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 469-480, 590 y ss.; Blaug, *op. cit.*, pássim; Roll, *op. cit.*, págs. 175 y ss.; Meek *op. cit.*, págs. 82 y ss. Existe una vasta literatura sobre Ricardo, pero para nuestros fines sólo necesita considerarse su versión de la teoría del trabajo, puesto que sirvió a Marx de punto de partida de su propia doctrina.

3. David Ricardo, *Principles of Political Economy and Taxation*, ed. P. Sraffa y M. Dobb, Cambridge, 1953, pág. 5.

constituía un medio dirigido a este fin; hubo un momento en que vaciló sobre la cuestión del uso práctico al que cabría asignar «la doctrina del valor» cuando se analizasen «las proporciones en que el producto total se divide entre terratenientes, capitalistas y obreros»¹; pero esas dudas sólo aparecían en su correspondencia privada y no en su obra pública. Esta última se halla presidida por la búsqueda de una norma invariable de valor aplicable a la medición del producto social; y en su búsqueda de una norma inmutable llegó (siguiendo a Smith) a la célebre exposición que inicia y resume el primer capítulo de los *Principios*: «El valor de una mercancía, o la cantidad de cualquier otra mercancía por la que se cambia, depende de la cantidad de trabajo relativa, necesaria para su producción, y no de la mayor o menor compensación que se pague por ese trabajo»². La utilidad, añadía, «no da la medida del valor cambiante, aunque le sea absolutamente esencial». Puede que tales afirmaciones no representen «el núcleo del sistema ricardiano», que se refiere a la renta de la tierra y a sus efectos sobre la cuota de beneficio³, pero constituyen todo lo que nos concierne, pues forman el punto inicial de la tentativa de Marx por formular una teoría satisfactoria del valor después de que los seguidores inmediatos de Ricardo abandonaran el intento⁴.

Si la empresa de abandonó tan pronto fue principalmente por la incapacidad que mostró Ricardo para dar cuenta de la diferencia entre los índices del trabajo y los índices de cambio reales, dificultad con la que trató de enfrentarse mediante la práctica de ciertos «cambios» que minaron su principio general. En su análisis del salario vino a chocar también con un obstáculo que ya había contrariado a Smith. Se suponía que el intercambio de mercancías representaba un intercambio de cantidades iguales de trabajo incorporado, pero esta equivalencia desaparece cuando se intercambian capital y trabajo, pues los salarios pagados al obrero poseen un valor de cambio menor que el total de lo que él produce para el capitalista. En otras palabras, la teoría no lograba explicar el fenómeno del beneficio⁵. Este desconcierto teórico llevó a Marx a formular algunos años después su doctrina de la plusvalía. En este punto conviene seguir advirtiendo que las consecuencias sociales y políticas del modelo general de Ricardo eran netamente desfavorables a los propietarios de tierras,

1. *Principles*, pág. XXXIII.

2. *Ibid.*, pág. 11.

3. Cf. Blaug, *op. cit.*, pág. 3.

4. Blaug, págs. 46 y ss.; Meek, *op. cit.*, págs. 110 y ss.

5. Roll, *op. cit.*, págs. 182-4.

pero lo eran de ningún modo para los obreros industriales¹. Es cierto que los «socialistas ricardianos» fueron capaces de sacar sus propias conclusiones de la indicación de que el trabajo es el único factor productivo creador del valor. Sin embargo, esto no exigía gran inventiva, y si la noción de plusvalía no hubiera consistido más que en eso se hubiera olvidado, al menos en lo que concierne a la teoría económica. Si no ocurrió así se debió a la intervención de Marx, quien dio al concepto una nueva formulación. Plusvalía y explotación son dos elementos consustanciales al sistema ricardiano, pero el propio Ricardo no extrajo esas conclusiones, ni mucho menos previó su uso posterior.

Comparada con la versión ricardina de la teoría del trabajo, la versión marxista se distingue por una mayor coherencia lógica, aunque esto no la libera necesariamente de la rémora que supone el que no guarde relación con el objeto específico del análisis económico. De cualquier forma, Marx fue el único ricardiano que llevara a término la teoría del valor del trabajo. Para hacerlo se vio obligado a formularla de nuevo. Partió de la proposición, ya asentada por Smith y desarrollada por Ricardo, de que una mercancía que hubiera de servir como patrón del valor de cambio tendría que ser invariable². Marx aceptó asimismo la formulación de Ricardo de que esa medida invariable de valor había que hallarla en la unidad de trabajo incorporado (sujeta a precisiones secundarias) en las mercancías. Según esta hipótesis, lo que se necesitaba para obtener una medida invariable era imaginar una mercancía que incorporara siempre la misma cantidad de trabajo. Por medio de esta operación intelectual, las mercancías adquirirían un valor inherente (objetivo) que podía compararse: algo que era imposible mientras que el *valor* de cambio significara simplemente *relación* de cambio. Pero Marx fue más allá que Ricardo. Este había concebido el trabajo incorporado como el regulador de los valores de cambio, pero no se había molestado en definir el propio concepto de valor. Según Marx, la cantidad de trabajo incorporada en los productos no determina meramente su valor, sino que *es* su valor; las mercancías *son* trabajo coagulado. Esta diferencia presenta consecuencias prácticas. Ricardo, y más todavía incluso sus partidarios, en especial James Mill y McCulloch, se habían visto burlados por la divergencia entre las proporciones de cambio efectiva y los costos de trabajo deducidos; esto parecía convertir en absurdo el principio de que (bajo ciertas condiciones dadas) los valores de cambio (precios)

1. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 553; Blaug, *op. cit.*, págs. 66 y ss.

2. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 591 y ss.; Blaug, *op. cit.*, pág. 16; Dobb, *op. cit.*, pág. 10.

de las mercancías son proporcionales a las cantidades de trabajo a ellas incorporadas. Sería un absurdo decir que para Marx no existía este problema, puesto que constituía el punto de partida de su teorización, aunque no fuera ninguna razón para modificar su teoría del valor, porque según sus supuestos, «el valor» era idéntico siempre al trabajo incorporado, ya se tratara de precios ciertos o relativos. El problema consistió más bien en mostrar cómo esos valores absolutos (objetivos) llegaban a «realizarse» de tal forma que las mercancías, aunque conservasen sus valores, se vendían a precios de mercado que no eran proporcionales a esos valores. Para Ricardo valores y precios constituían en última instancia la misma cosa; pero para Marx no era así; de aquí que fuera capaz de llevar la noción de un valor absoluto hasta su conclusión lógica, aunque al precio de crear lo que al final se reveló el problema insoluble de relacionar entre sí los dos cálculos. Dado el supuesto originario, no existe ninguna quiebra lógica en el sistema marxista, porque podemos *definir* «el valor» exactamente como queramos; lo que ya es otra cuestión es si la operación produce resultados proporcionados al trabajo intelectual invertido, cuestión esta sobre la que marxistas y no marxistas han seguido discrepando¹.

A la hora de juzgar la economía ricardiana y marxista desde una posición actual, es importante separar sus problemas de las soluciones que intentaron, y las soluciones de los supuestos metodológicos, que llevaban aparejados. Estos incluían una teoría del valor del costo de la mano de obra que en definitiva se remontaba al postulado de derecho natural de que todas las riquezas derivan del esfuerzo humano². Ideas generales de este tipo servían a su vez de índice que señalaba la solución de problemas genuinamente técnicos; pongamos por caso el problema de descubrir una medida invariable de valor. Esos procedimientos hay que juzgarlos de acuerdo con sus propios méritos, y no pueden defenderse válidamente ni criticarse partiendo de bases exclusivamente filosóficas. Se convirtió en un tópico de la crítica académica considerar que Ricardo y, siguiendo sus pasos, Marx se habían visto inducidos por consideraciones extracientíficas a adoptar una teoría del valor que nada tenía que ver con la tarea del análisis económico. Por otro lado, los defensores de la teoría del trabajo se decantaron por la idea de que el gasto de energía humana (trabajo) constituía en cierta forma el único elemento del costo que a la larga *debía* regular los precios. Este no era forzosamente

1. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 597-8. Para una defensa de la posición marxista, cf. Dobb, *op. cit.*, págs. 12 y ss.; Meek, *op. cit.*, págs. 116 y ss.

2. Cf. Ricardo, *Principles*, ed. Sraffa, págs. 284-5.

un enfoque irracional del problema de identificar un patrón objetivo de medición que quedase fuera del campo de la variabilidad de los precios; si la investigación tuvo éxito, o no, es algo que nada tiene que ver con las preferencias filosóficas o políticas de uno.

También es digno de notarse que el abandono del enfoque clásico del costo no supone necesariamente una merma del interés por el problema que trataban de aclarar. El problema central planteado por Ricardo y elaborado por Marx, a saber; la participación relativa de capital y trabajo en el producto total y su conexión con la cuota de formación de capital no ha perdido ciertamente su importancia. Los clásicos fueron culpables de muchas confusiones, pero nunca pasaron por alto el hecho de que «la economía política» estaba ligada con la operatividad del sistema en su conjunto, y no sólo con la determinación de los precios. En lenguaje técnico, procuraban construir un modelo macroeconómico. Sus sucesores tenían unos objetivos menos ambiciosos ante la vista, y por lo general lograron más triunfos en su consecución. Otra cuestión muy distinta es si al nivel de abstracción, en el que empezaron a operar, era todavía posible ver los problemas económicos bajo un prisma realista.

Incluso la teoría del valor del trabajo no era simplemente la vana noción general que sus críticos pretendían ver en ella. Entre las distinciones que estableció la economía política clásica, estaba la trazada entre «riquezas» y «valor», residiendo la cuestión en que mientras la naturaleza, así como el gasto de energía física humana (trabajo), abocaban a la creación de riqueza, el «valor» representaba, contrariamente, una relación social. Se mantuvo que su origen residía en los costos (y éstos a su vez tenían que medirse por un factor mínimo) y trabajo. Esas distinciones pertenecen propiamente hablando al dominio de la sociología económica, y es discutible que al aplicar una teoría del valor del costo de la mano de obra derivada de unas condiciones sociales primitivas hasta un modelo económico perteneciente a un estadio superior, los clásicos fueran responsables de confundir niveles distintos de abstracción¹. En lugar de mostrarse indebidamente interesados en este disparate en el ámbito de la lógica (si es que de eso se trataba), deberíamos recordar que su atención se fijaba en procesos relativos al monto y distribución del producto social; en definitiva, lo que les interesaba era «la riqueza de las

1. En este caso la referencia se hace por supuesto a los clásicos de la «economía política», tales, por ejemplo, como los fisiócratas, A. Smith, y Ricardo, además de sus seguidores inmediatos hasta John Stuart Mill. En la habitual jerga académica, la economía «clásica» tiene una connotación distinta.

naciones», y las condiciones sociales bajo las cuales el esfuerzo humano llevaba a la producción de la riqueza. A esto añadió Ricardo la división del producto total entre las clases principales de la sociedad, sentando así la base de la síntesis marxista de la sociología y la economía política. La formulación de Marx de la llamada concepción materialista de la historia («En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una etapa concreta de desarrollo de sus fuerzas materiales productivas»)¹ define implícitamente el objeto de su doctrina económica en la medida en que su propósito era dejar al descubierto la «ley que regía el movimiento» de la sociedad burguesa analizando su mecanismo económico. Esto significa ensamblar en un todo sociología y economía concebidas ambas históricamente. El análisis económico técnico entra, en cuanto elemento indispensable, a formar parte de la síntesis, pero sin ir más allá. La concepción básica de un proceso económico inmanente cuya lógica transforma la sociedad burguesa en algo más, conserva su significación incluso cuando se carece de la prueba de que el proceso se rija por la intervención de la «ley del valor» bajo las condiciones concretas creadas por el capitalismo: condiciones, cuya naturaleza se caracterizaba, según Marx, por la impotencia de los participantes en ellas para percibir la naturaleza esencialmente social de sus actos. Este enfoque es arbitrario, pero no más arbitrario que la doctrina que parte de las experiencias acaecidas a Robinson Crusoe. Hasta el punto en que basaba su economía en una visión comprehensiva de la sociedad, cabe situar a Marx en la corriente central de la economía política. Como paradoja también puede definirsele como el último y el más grande economista clásico².

1. *Contribución a la crítica de la economía política. Prefacio.* MESW I, páginas 362-3.

2. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 441; Sweezy, *op. cit.*, págs. 41 y ss.; para la crítica marxista del análisis del equilibrio, cf. *inter alia* Paul Sering, "Zu Marshalls neuklassischer Oekonomie" en *Zeitschrift für Sozialforschung*, Paris, 1937, vol. VI, n.º 3, págs. 522-40.

LA ECONOMÍA MARXISTA

Aún debemos sintetizar con la mayor brevedad posible la teoría del desarrollo económico de Marx y la importancia que tiene para su análisis sociológico. Tras lo que se ha dicho sobre sus ideas acerca de la relación histórica entre capitalismo y sociedad burguesa, no es preciso destacar que la estricta teorización económica de Marx opera a un nivel de abstracción más elevado y en todo caso en forma totalmente distinta a la de su sociología. En último término ambas quedan enlazadas por su teoría del desarrollo capitalista que se propone mostrar que la lógica interna del sistema impone, si se supera un cierto punto, barreras infranqueables a su funcionamiento. Pero a esta conclusión se llega a través de un proceso discursivo muy complejo que prescinde sistemáticamente de todo, salvo de las relaciones estrictamente económicas. En este sector de su obra Marx procede como cualquier otro economista clásico, aunque esta realidad quede oscurecida por su terminología. En lo que difiere de sus predecesores no es en ser más abstracto, sino en prescindir de otras materias. El análisis de la renta de la obra de Ricardo se ha relacionado con la preocupación de su autor por los intereses en conflicto entre la industria y la agricultura. Por su parte, Marx destacaba la relación capital-trabajo atribuyéndole un carácter fundamental en el funcionamiento del capitalismo dentro de su fase de pleno desarrollo. El punto de partida de su análisis es la adquisición de la fuerza de trabajo por el capitalista; dedica una gran parte del volumen I de *El Capital* a tratar el tema de la relación entre el capital y el trabajo de una forma «aislada» o «abstracta»; ignora temporalmente otras relaciones sociales de las que se trataría luego. Este es el procedimiento general,

y no presupone la idea impracticable de que en la sociedad existan sólo dos clases. Marx consideraba que el capital se había convertido en «la fuerza omnipotente de la sociedad burguesa», de lo que se derivaba que el punto de partida natural de un análisis del sistema era la producción industrial, más que la agricultura, que había aparecido históricamente antes¹.

Puesto que incluso el bosquejo más sucinto de *El Capital* llenaría un volumen, hemos de contentarnos con tratar unos cuantos puntos que son de interés para nuestro trabajo. Acaso la fórmula más general a utilizar en este contexto consista en afirmar que Marx trataba de descubrir cómo opera la «ley del valor» bajo el capitalismo, y cómo, en último término, determina la asignación del capital y el trabajo a las varias ramas de la producción, con las consecuencias económicas, incluyendo las crisis periódicas, que de ello resultan. Esa formulación no hace desde luego otra cosa que esbozar un programa muy general que ocupó a Marx varios volúmenes de obra teórica, obra que en su mayor parte no publicaría en vida. El vínculo entre economía y sociología se mantiene en todo momento por la sujeción a la ley del valor en cuanto principio de relaciones de cambio entre mercancías, así como en cuanto determinante de la forma en que el producto social queda distribuido entre las clases principales. Puesto que se da por sentado que bajo cualquier sistema social la organización de la producción «determina las (formas de) consumo, distribución y cambio»², la tarea consiste en mostrar cómo la especial organización de la producción capitalista, en la que los productores directos sólo poseen su fuerza de trabajo, determina el intercambio de mercancías que de esta manera se produce. Esto lleva aparejado el problema teórico de explicar cómo y por qué las relaciones de cambio continúan siendo una función de las relaciones de trabajo incorporadas, aunque en apariencia divergen. De faltar esa demostración, todavía podría afirmarse (partiendo de bases históricas generales) que las relaciones de producción determinan, en última instancia, las relaciones de cambio, constituyendo ésta la forma más simple de sintetizar la concepción materialista de la historia, si es que lo que aquí se trata pueda jamás quedar reducido a una fórmula; aunque la prueba de la afirmación faltaría de todos modos en el

1. Sweezy, *op. cit.*, págs. 16 y ss. La cita pertenece a la edición Kerr inglesa de la *Crítica de la economía política*, pág. 302. En cuanto a lo demás y aparte de Sweezy, cf. Dobb, *op. cit.*, págs. 55 y ss.; Roll, *op. cit.*, págs. 265 y ss.; Schlesinger, *op. cit.*, pág. 110; Meek, *op. cit.*, págs. 144 y ss. De las opiniones críticas se tratará más tarde.

2. *Crítica de la economía política*, pág. 291.

caso del capitalismo. Ésa es la razón de que la teoría del trabajo sea fundamental para la sociología marxista, mientras que el análisis estrictamente económico incluido en *El Capital* puede, con cierto derecho, considerarse independiente de ella. Naturalmente, si uno no está interesado por la doctrina de Marx más allá de su aportación al campo de la «economía» en su sentido técnico, el problema cae totalmente por su base.

El análisis empieza con una nueva formulación de la ya célebre distinción clásica entre valor de uso y valor de cambio. Al primero se le desecha como determinante de precios (largo tiempo estables), aunque las bases para desecharlo no queden completamente formuladas y hubieran de ser redescubiertas laboriosamente por los seguidores de Marx durante la generación siguiente¹. El valor de cambio se define como una categoría histórica vinculada sólo a las mercancías producidas para un mercado². Bajo el capitalismo, donde los productores ya no poseen sus herramientas, y en cuanto sistema distinto de la «simple producción de mercancías», en donde sí las poseían, el valor de cambio adquiere una nueva connotación, pasando ahora a significar que la división social del trabajo, que da lugar al fenómeno de intercambio de mercancías, constituye a la vez una división entre clases. Con objeto de simplificación se supone que la producción se lleva a cabo bajo tales condiciones que todas las operaciones esenciales las ejecutan obreros a jornal, mientras quienes controlan los medios de producción aparecen sólo como dueños del capital y arrendadores de la fuerza de trabajo. Este es el modelo económico general que se analiza en el volumen I de *El Capital*. Como todos esos modelos, es lo bastante abstracto para permitir formulaciones del tipo requerido por cualquier teoría que trate de encontrar algo más que una simple enumeración de datos empíricos. Partiendo del mismo principio se supone que todo el trabajo ejecutado es «socialmente necesario», es decir, que se halla de acuerdo con los patrones técnicos dominantes y las condiciones normales de producción; asimismo es homogéneo, o sea, gasto de una fuerza de trabajo uniforme³. Las

1. Cf. R. Hilferding, *Böhm-Bawerk's Criticism of Marx*, ed. Sweezy. Nueva York, 1949, págs. 123 y ss. (Originalmente publicada bajo el título "Böhm-Bawerk's Marx-Kritik" en *Marx-Studien*, vol. I, Viena, 1904).

2. *El Capital*, vol. I, pág. 60. "Desde de este momento, se consolida la distinción entre la utilidad de los objetos para las necesidades de consumo y su utilidad para los fines de cambio". Para un análisis más completo del tema, cf. *Theories of Surplus Labour*, Londres, 1951, págs. 107 y ss.

3. *El Capital*, I, pág. 6. Marx traza una separación entre trabajo "concreto" y trabajo "abstracto", pero no podemos entrar aquí en detalles, si bien el extremo tiene su importancia para la comprensión de su idea del valor.

dificultades que acarrear esos supuestos no le pasaron por alto a Marx pero probablemente infravaloró su gravedad.

El paso siguiente estriba en dar cuenta del fenómeno del beneficio, partiendo del supuesto clásico de que el trabajo es la única fuente de valor. Este concepto había sido modificado por Marx con objeto de ponerlo en consonancia con su definición del trabajo en cuanto *medida* de valor. Evidentemente, si el trabajo era la medida invariable del valor de cambio, contenido en las mercancías, no podría ser a su vez valor. Pero bajo el capitalismo el trabajo aparecía en el mercado como mercancía, y por consiguiente había que suponer que poseía valor de cambio. Por otra parte, si el valor de cambio de un producto equivalía al tiempo de trabajo en él contenido, el valor de cambio de una jornada de trabajo debía ser equivalente a su producto, o sea, los salarios del trabajo debían ser iguales al producto del trabajo, lo que a todas luces no ocurría en la realidad. Marx resolvió el enigma —que a los no marxistas debe parecer artificial— abriendo camino a la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, concepto éste que significa la capacidad de trabajo de los seres humanos, es decir, el acopio de energía física y nerviosa. Bajo condiciones dadas, esta facultad humana general aparece como la cualidad especial de individuos libres que no tienen otra cosa que vender. Habiéndose convertido en «enajenada» la fuerza de trabajo (algo que se podía comprar y vender como cualquier otra mercancía), su valor se determinaba por su propio «costo de producción», o lo que es lo mismo, por lo que se requería para mantener a su dueño. La diferencia entre este mínimo (que sin embargo representaba todo el valor de lo que compraba) y la capacidad productiva del trabajador cuando se aprestaba al trabajo, aparecía bajo la forma de plusvalía. De aquí que el beneficio lo acumularan quienes eran dueños de los medios de producción, y ello no porque el capital (o los recursos) fuera un factor escaso que requiriera una compensación especial, sino porque la productividad del trabajo excedía, en condiciones normales, a lo necesario para mantener al obrero. La aparición de ese excedente era característica de todas las etapas de la sociedad, pero su apropiación bajo el capitalismo en forma de beneficio quedaba condicionada al hecho de que la fuerza humana de trabajo se adquiría en calidad de mercancía por quienes eran dueños de los medios de producción. Bajo las anteriores formas sociales, por ejemplo, bajo el feudalismo, el excedente de la producción, o parte de él, había sido simplemente apropiado por la clase poseedora, que era asimismo la clase gobernante, sin más ni más; pero bajo el capitalismo, donde cual-

quier relación asumía una forma de valor, no existía producto excedente visible que arrebatar al productor, y sí únicamente una *plusvalía* que había sido engendrada por la relación social que los obreros mantenían con los empresarios. Dada esta relación institucional, las exigencias de la ley del valor quedaban colmadas con la adquisición de la fuerza de trabajo a su cuota normal de mercado. No era culpa de uno el que esta mercancía concreta gozase de la especial facultad de engendrar un excedente además de lo que costaba su reproducción, y nadie tenía por qué ser responsable si este excedente hacía luego su aparición en calidad de beneficio obtenido mediante la inversión de capital.

El valor de cambio de las mercancías así producidas consiste en dos elementos distintos: el valor que le confiere la maquinaria y las materias primas (capital constante), consumidas en el proceso de producción, y el valor añadido que viene dado por el empleo de la fuerza de trabajo cuyo pago se satisface mediante el salario (capital variable). Una proporción dada de este valor de reciente creación se requiere para reproducir la fuerza de trabajo gastada en el proceso, es decir, para mantener al trabajador y su familia, mientras que el balance representa el trabajo excedente cuyo valor constituye la fuente del beneficio. La relación entre esas dos magnitudes determina la cuota de plusvalía, o cuota de explotación (imputada al fondo salarial, o capital variable), mientras que la cuota de plusvalía con el capital total (que es el capital constante más el capital variable), representa la cuota de beneficio. En este modelo teórico los precios se suponen regulados directamente por los valores, y los beneficios dependen de la proporción del capital variable (salarios) con el capital total (puesto que el trabajo activo sólo crea un valor añadido aparte del incorporado a los medios materiales de producción). Toda esta construcción resulta necesariamente abstracta, y no está pensada para aplicarse a la realidad empírica sin serias precisiones que se desarrollan luego en el volumen III de *El Capital*. No obstante, Marx sostuvo que los principios asentados en el primer volumen, aunque no eran aplicables a cada caso individual, seguían determinando el valor de cambio de las mercancías en su conjunto, así como la cuota de beneficio.

La dificultad central reside aquí en la relación existente entre valores y precios. Ya se ha señalado que según Marx el valor de una mercancía viene *definido* según el trabajo incorporado; esto elimina la cuestión de si su teoría del valor es o no «equivocada», un falso problema en el que perdieron mucho tiempo y sudores sus partidarios y sus críticos con el transcurso de los

años; la cuestión que aquí interesa es la de si partiendo de sus supuestos es posible explicar el movimiento de precios y beneficios (largo tiempo estables); y la respuesta más sencilla debe ser que aunque no imposible en principio, la operación es tan rebuscada y requiere tantas hipótesis adicionales, que casi llega en la práctica a su propia invalidación¹.

Marx comienza fijando la regla general de que las mercancías tienden a intercambiarse a precios que corresponden a sus valores (incorporados). «Precio es el nombre en dinero del trabajo materializado en la mercancía»². Las desviaciones temporales de esta regla tienen que considerarse como infracciones de una ley general que determina el cambio de mercancías. En el volumen III³ este principio viene precisado por la aceptación de que (habida cuenta de las diferentes relaciones capital-trabajo en las distintas industrias así como el predominio de una cuota de beneficio uniforme establecida por concurrencia), de hecho las mercancías no se cambian conforme al valor del trabajo incorporado, sino conforme a los «precios de producción», es decir, a los costos monetarios más un beneficio medio. Que se estime esta aceptación como una contradicción fatal de la ley básica establecida en el volumen I, como hicieron Böhm-Bawerk y otros, o se juzgue como una precisión significativa de una «primera aproximación» teórica cuya importancia no queda por ello mermada, dependerá en último extremo de lo que uno espere de la teoría del valor. Si nuestro interés se centra en una explicación sociológica de la génesis y manera de operar del capitalismo, no existe razón concreta por la que no quepa emplear el aparato marxista, desde el momento en que sus herramientas conceptuales se hallan evidentemente conformes con un enfoque que considera la acumulación de capital como el producto principal de todo el proceso. Si creemos que una teoría del valor debe justificarse a sí misma, permitiendo a los economistas deducir los precios de los valores, se hace difícil ver qué se pretende tratando de salvar un modelo teórico que convierte esa operación en

1. Cf. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, págs. 23 y ss.; Joan Robinson, *An Essay on Marxian Economics*, Londres, 1942, págs. 11 y ss.; Böhm-Bawerk (ed. Sweezy, *op. cit.*), págs. 9 y ss. La bibliografía sobre este tema es inmensa; alguno de los argumentos y refutaciones típicos volverán a surgir en el curso de nuestra investigación. Aquí sólo se procura citar las consideraciones que ostentan un carácter más general.

2. *El Capital*, I, pág. 74.

3. Volumen que, aunque no se publicó hasta 1894, se hallaba completado en lo fundamental por la misma época en que había aparecido el volumen I (1867), de forma que no cabe juzgar sus formulaciones como la "contradicción" del modelo abstracto antes desarrollado.

algo inimaginablemente difícil. Nada de lo que Marx tiene que decir sobre la sociología del capitalismo resulta invalidado por su adhesión a un punto de vista tradicional que concibe el trabajo como el único factor de producción creador del valor. Por otra parte, los esfuerzos denodados de retórica de que hacen gala sus discípulos ortodoxos con objeto de armonizar la teoría del trabajo con las exigencias formales del análisis económico, contribuyeron sin duda a revestir todo el sistema de una apariencia más fantástica de lo que estaba realmente justificado¹.

A riesgo de vernos mezclados en una controversia, apaciguada hace ya más de medio siglo, se debe realizar un intento más para indicar brevemente *por qué* Marx consideró necesario mantener un enfoque cuyas dificultades le constaban ciertamente, y que en nada contribuyó a facilitar su obra estrictamente técnica de economista, obra cuya importancia se ha hecho más evidente a medida que el interés se ha trasladado de una concepción estática a una visión dinámica del proceso económico.

Parte de la explicación se relaciona con el hecho de que la teoría del valor del trabajo constituía un elemento importante de una herencia intelectual a la que cualquier tratado clásico importante desde *La riqueza de las naciones* (1776) a los *Principios de economía política*, de John Stuart Mill, tendría que rendir tributo. En cierto sentido lo que importa no es por qué Marx recurrió a este enfoque tradicional, sino por qué no lo abandonó. La respuesta es que el concepto de valor definía el objeto de la economía de una forma a la vez tradicional y racional, si lo que se deseaba era un modelo que fuese aplicable a los cambios seculares en el crecimiento y distribución del producto total de la sociedad; mientras que el concepto de plusvalía se requería para comprender el fenómeno del beneficio. Conforme al modelo marxista la plusvalía brota de la diferencia entre el valor de las mercancías (considerado como un conjunto), y el valor de la fuerza de trabajo, no representando este último simplemente un elemento de costo de la producción, como por fuerza ocurre en

1. Para una exposición de los debates subsiguientes, mantenidos dentro y fuera del campo marxista, y escrito desde una postura ortodoxa, cf. Sweezy, *op. cit.*, *passim*, en donde también se hace referencia al "Bortkiewicz corollary" referente a la relación de valores y precios en el sistema marxista. Para una opinión crítica (si bien dentro del área del marxismo) de la posición de Sweezy, cf. Schlesinger, *op. cit.*, págs. 119, y ss. También sostiene la postura ortodoxa, si bien con algunas reservas, R. L. Meek, *op. cit.*, págs. 201 y ss., conforme a una línea discursiva sugerida originariamente por M. Dobb, *op. cit.*, págs. 68 y ss. Respecto a la representativa crítica keynesiana del enfoque de Marx, cf. Joan Robinson, *op. cit.*, págs. 20 y ss. Una visual más crítica de Marx que de Ricardo, aparece en Blaug, *op. cit.*, págs. 231 y ss. En cuanto a la supuesta contradicción entre los volúmenes I y III de *El Capital*, cf. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 29.

toda forma de sociedad, sino la fuente de un incremento no merecido, del que se apropian los que adquieren la fuerza de trabajo, es decir, los capitalistas. La dificultad que se le plantea a esta construcción es que introduce una constante que deriva de condiciones precapitalistas (determinación del valor por el trabajo incorporado) y a la que se utiliza como explicación de lo que ocurre bajo el régimen capitalista, en el que esta determinante ya no tiene aplicación. La utilidad que obtuvo Marx de este procedimiento residía en conferirle una posición teórica independiente del nexo capitalista, que le permitía, pues, concebir todo el sistema como una fase histórica transitoria, mientras otros economistas lo identificaban con la economía de mercado, la producción de mercancías, las relaciones monetarias, o cualquier abstracción ahistórica semejante. Por este mayor realismo sociológico pagó el precio de tener que explicar, recurriendo al «valor», lo que ocurría en el dominio de precios y ganancias. También se vio comprometido en graves problemas metodológicos al tratar de fijar la relación entre trabajo cualificado y no cualificado, y trabajo productivo y no productivo. Algunas de estas dificultades pueden resolverse con la ayuda de conceptos auxiliares, pero sólo a costa de tener que introducir nuevos supuestos que ya no se basan en los originales.

Quizá la única conclusión que cabe recomendar por un igual a los seguidores y críticos del enfoque marxista vendría representada por la afirmación de que supone un intento de relacionar la sociología del capitalismo (como un conjunto de instituciones que postula la apropiación de la riqueza excedente) con la teoría de cómo el producto social se distribuye a través del mecanismo de los precios; esto deja sin responder la cuestión de si la afirmación de que todos los productos exigen de la sociedad un esfuerzo de trabajo, es una base de partida adecuada para un análisis de los valores de cambio (precios) según los costos del trabajo. Pero incluso si la compleja transformación de valores en precios que realiza Marx (a un precio considerable para sí mismo y el propio lector) en el volumen III de *El Capital* se considera como un rodeo para llegar a un resultado, señalado ya de antemano, sigue en pie el núcleo sociológico del razonamiento: afirmar que los precios totales equivalen a los valores totales (trabajo) supone una nueva formulación de la doctrina clásica de que los beneficios proceden del trabajo, ya permanezcan éstos activos, o reservados en forma de capital; de lo que se sigue que la mera propiedad del capital no es *per se* una actividad productiva que quepa esgrimir a la hora de explicar el fenómeno del beneficio. Esto no equivale a decir que los fabricantes y empre-

sarios son pedigüenos que no cumplen función alguna: el «capitalista» de Marx es una abstracción que se incorpora a su esquema teórico únicamente para aclarar la relación entre el capital y el trabajo. En donde Marx tiene que habérselas con problemas históricos concretos, por ejemplo, la génesis del modo capitalista de producción, echa a un lado este enfoque y vuelve a introducir los agentes históricos reales, campesinos, fabricantes, comerciantes, etc., cuya actividad lleva a ponerse en marcha al proceso en su totalidad.

También puede observarse que la consideración de la ganancia en términos de ingreso clasista ha sido un lugar común desde el último período del siglo XVIII. Fue Smith, y no Marx, quien definió el beneficio como el ingreso de quienes empleaban trabajo asalariado: el tercero de los «tres grandes órdenes originales y constitutivos de toda sociedad civilizada, de cuyas rentas se deriva en última instancia la renta de cualquier otro orden»¹. Por otra parte, Smith mostró buen cuidado en distinguir los beneficios derivados del «capital» de los salarios por la función directorial, y por consiguiente exponiendo por anticipado las falacias de un tipo de razonamiento cuyo predominio en la literatura de mediados del siglo XIX explica, si bien no excusa por completo, el lenguaje que Marx empleaba ocasionalmente cuando se refería a otros economistas². Smith, al igual que Ricardo, se mostraba tan propicio al papel de los empresarios como Marx se mostraba hostil, pero no se le había ocurrido suponer que las ganancias podían explicarse sobre la hipótesis de que la posesión de riqueza confiere a sus dueños una «compensación» especial «por abstención»; o en caso contrario que el capital por sí mismo, es decir, el equipo almacenado dispuesto a utilizarse, poseyera una facultad mágica de engendrar esa parte de renta nacional que fluye a los bolsillos de los empresarios. Explicaciones de este tipo tienen que esperar la llegada de una generación de economistas más cultivados que eliminara toda muestra de realismo empírico de sus formulaciones. Por entonces la rueda había descrito un círculo completo, y los científicos universitarios en la más pura tradición del análisis económico pre-keynesiano y post-keynesiano, aunque no indiferentes al concepto mismo de valor (ya se derivara de los costos o de la utilidad), vuel-

1. *Wealth of Nations* (Ed. Cannan, Modern Library, Nueva York, 1937), pág. 248.

2. *Ibid.*, pág. 48. "Puede quizá pensarse que los beneficios de capital constituyen sólo una definición distinta de los salarios de una especie determinada de trabajo, el trabajo de inspección y dirección. Con todo, son totalmente diferentes... Se hallan totalmente determinados por el valor del capital invertido, y son mayores o menores conforme a la cantidad de este capital".

ven no obstante al enfoque clásico del tema, incluyendo la medida de la producción total en términos de tiempo de trabajo¹.

En vez de seguir de cerca el problema del valor a través de las ramificaciones del análisis de Marx por los volúmenes II y III de *El Capital*, volvamos brevemente la atención a su teoría del desarrollo capitalista, como motivado por la acumulación de capital y el problema consiguiente de mantener todos los factores de producción empleados a un nivel que permita acelerar la acumulación sin problemas más graves y serios.

Según el sentir común, ésta es la parte más importante de la teoría de Marx apreciada según la significación que encierra para el momento actual. Y ello tanto respecto al problema del pleno empleo en los países desarrollados industrialmente, como en relación al problema de entidad escasamente menor que supone poner en marcha el proceso de acumulación de capital en áreas dominadas todavía por la agricultura o por las formas primitivas de capitalismo preindustrial. La teoría marxista de las crisis, por un lado, la idea marxista del capitalismo en cuanto sistema dinámico que engendra su propia fuerza (y sus propias «contradicciones internas»), por el otro, han adquirido una generalización negada por la mayoría de las elaboraciones intelectuales del siglo XIX. Esos aspectos del sistema reaparecerán en fases más adelantadas de nuestra exposición. Lo que intentamos de momento es presentar un breve bosquejo.

El hincapié hecho por Marx sobre la acumulación de capital en cuanto el factor que impulsa hacia adelante todo el proceso económico a través del tiempo, fue, al igual que otros componentes de su teoría, un legado de los clásicos². Por consiguiente,

1. Cf. Joan Robinson, *The Accumulation of Capital*, Londres, 1958, pág. 121. "En algunos aspectos es esta la forma más significativa de medir el capital, pues la esencia del proceso productivo es el gasto del tiempo de trabajo, y el tiempo de trabajo invertido en un momento dado puede alcanzarse luego, utilizándolo en producir objetos físicos (o almacenar conocimientos) que convertirán el trabajo futuro en más productivo de manera que los bienes de equipo hoy en existencia pueden considerarse como la incorporación de tiempo de trabajo que se utilizará en el futuro". "Mirando la cuestión desde un prisma filosófico, la razón por la que no tiene sentido sujetarse al productor marginal del "capital" es que, desde un punto de vista a largo plazo, el trabajo y los recursos naturales son los factores de producción de la economía en su conjunto, mientras que los bienes de equipo y el patrón tiempo son los medios con los que se emplean los factores" (Ibid., pág. 310). Para la idea de que los beneficios son la compensación de la "abstención" véase el comentario del autor, *op. cit.*, pág. 393.

2. Cf. W. Arthur Lewis, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", *The Manchester School*, mayo de 1954, págs. 139 y ss. "Los clásicos, de Smith a Marx, supusieron todos, o arguyeron, que podía disponerse de una oferta ilimitada de trabajo con salarios de mera subsistencia. A continuación pasaron a investigar cómo aumenta la producción con el transcurso del tiempo. La res-

compartía la suerte que en el último período del siglo XIX correspondió al sistema clásico: la de verse abandonado en beneficio del «análisis del equilibrio» de los precios relativos, en el seno de un sistema estático del que ya no se esperaba que arrojará luz sobre los procesos de crecimiento a largo plazo. Ese enfoque, aunque apropiado a una situación en que pudiera darse por supuesta una expansión económica, planteaba el claro inconveniente de dejar en blanco aquellos espacios del mapa económico en donde esa expansión todavía no se había puesto en marcha. En consecuencia, la teoría económica dejaba de revestir importancia para el problema de la industrialización y la acumulación de capital, a pesar del hecho de que en áreas muy amplias del globo aquéllas eran todavía metas a conseguir¹. Lo que Marx podía decir sobre esos temas marcaba un terreno, donde pocos economistas universitarios habían penetrado todavía, aunque se estaba llevando a cabo en Rusia a partir de 1880 un debate muy animado sobre la cuestión de si el desarrollo capitalista era inevitable: un debate del que los partidarios de Marx eran parcialmente responsables, y que al cabo se las compusieron para controlarlo. Por lo demás, ha provocado la conmoción total más reciente que haya incitado el interés universitario por el problema del desarrollo económico bajo condiciones de trabajo excesivo. El aparato marxista en este terreno, desarrollado en su mayoría en los volúmenes II y III de *El Capital*, que no eran demasiado leídos, parece tosco si se le compara con algunos modelos corrientes, pero el enfoque general de Marx, realizado en términos de relaciones capital-trabajo, y la relación entre la acumulación de capital y el aumento de la fuerza de trabajo, proporcionan el tipo de estructura teórica que se necesita para situar en el centro todo el complejo de inversión, industrialización y planeamiento. Esto se reconoce en la actualidad abiertamente y sólo resta por decir que hasta la mutación reciente de la moda, los socialistas no estaban mucho más interesados que los liberales en invertir un excedente de trabajo intelectual en este área.

Desde luego, existían sobradas razones para este descuido. Dejando a un lado la tendencia natural a concentrarse en los

puesta la hallaban en la acumulación de capital, que explicaban acudiendo a su análisis de la distribución de la renta".

1. Lewis, *loc. cit.*, "los problemas de Asia... atraían a muy pocos economistas... (incluso los economistas asiáticos estaban absortos en los supuestos y preocupaciones de la economía europea...)".

problemas propios¹, existían todas las garantías para ver la teoría marxista en toda su importancia principalmente desde el prisma de la economía capitalista en todo su esplendor ya establecida en los países industriales avanzados. El propio Marx señaló la pauta en esta dirección, y entre sus partidarios sólo los marxistas rusos, y no todos ellos, tomaron debida cuenta de la serie totalmente distinta de problemas ligados a la industrialización. A los ojos de la mayoría de los socialistas occidentales, así como de sus oponentes, la doctrina marxista había de juzgarse conforme a su capacidad para dar una interpretación de cómo funcionaba el capitalismo bajo condiciones modernas. Éstas incluían la expansión y contracción cíclicas de lo que Marx denominaba «el ejército de reserva industrial», es decir, el desempleo masivo, pero eso era una cuestión completamente distinta del tipo de población sobrante que acompañaba al estancamiento pre-industrial. Bien merece la pena hacer hincapié en que la crítica marxista del capitalismo nada tiene que ver con la cuestión anterior, aunque Marx proveyó finalmente de los instrumentos analíticos que luego permitieron a sociólogos y demás estudiar el complejo problema del «subdesarrollo». El socialismo marxista, durante los cincuenta años transcurridos entre la publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867 y el levantamiento ruso de 1917, tuvo como tema de interés central las realizaciones del capitalismo en los países más desarrollados del mundo. El propio análisis de Marx fue expresamente concebido con este propósito, aunque por razones históricas mantuvo la continuidad de la tradición clásica, y por consiguiente se le reconocieron sus derechos cuando la atención pública de los países industrializados se volvió otra vez hacia el problema del desarrollo de larga duración.

A la vista de esas consideraciones, la importancia del pensamiento marxista puede considerarse brevemente bajo tres capítulos principales: 1) el cambio tecnológico y el pretendido descenso en la cuota de beneficios; 2) la participación del trabajo y la cuestión del «pauperismo»; 3) las crisis cíclicas y las perspectivas de crisis permanente. Para las personas que todavía creen que Marx legó un sistema unificado, cuya totalidad reside en cada una de sus partes, esas cuestiones no son más que otros tantos aspectos de la «crisis del capitalismo». Quienes ven la cuestión

1. Por ejemplo, en la década de 1930, cuando los economistas occidentales se hallaban ocupados por fuerza en otros asuntos. Pero incluso así la intrascendencia de la «revolución keynesiana» respecto a la cuestión del desarrollo de gran alcance desprendido de la acumulación de capital no tenía por qué haber sido descuidada tan completamente; cf. Lewis, *loc. cit.*, pág. 140.

desde otra perspectiva, estarán más interesados en preguntar si existe cualquier conexión necesaria entre los teoremas en cuestión y hasta qué punto son susceptibles de volver a formularse.

Los economistas de tiempos de Marx solían aceptar que existía una continua tendencia a descender la cuota de las ganancias basadas en el capital¹. Su originalidad consistía en vincular esta perspectiva con los cambios en lo que él denominaba la composición orgánica del capital, es decir, la relación del capital constante (no salarial) con el capital variable (salario). La competencia entre capitalistas, mantiene, habría de tender por necesidad a través del progreso técnico y de la acumulación de capital a elevar la proporción entre el trabajo incorporado y el activo, o dicho de otro modo: elevar la cantidad de capital por hombre empleado; y puesto que el capital constante no producía ningún valor excedente adicional existiría una tendencia a disminuir la parte de ganancias, suponiendo que la cuota de plusvalía (o cuota de explotación) permaneciera inalterable. Marx tomó debida nota de las tendencias compensadoras tales como la creciente productividad del trabajo, pero parece haber creído que aquéllas no podían más que frenar el descenso en la relación entre plusvalía y valor incorporado. Por ello se postuló como tendencia abstracta o «ley absoluta» un declive gradual en la cuota de ganancia, mientras que quedó abierta la cuestión de hasta qué punto podía resultar temporalmente contrapesada por las fuerzas que operaban en la dirección opuesta. Esas fuerzas podían incluir un índice más elevado de explotación que hiciera subir el monto de plusvalía en relación al capital; mientras que el progreso técnico y la productividad creciente podrían «abaratarse los elementos del capital constante», reduciendo el valor de la maquinaria y las materias primas, y por consiguiente alterando la «composición orgánica del capital» en una dirección que se opusiera a la tendencia principal. En este caso el *valor* del capital por obrero empleado podría permanecer invariable aunque aumentara la productividad. La concepción es decididamente abstracta, y depende, aunque se acepte la proposición marxista sobre la plusvalía, de un contrapeso de tendencias en conflicto que muy bien podría operar igualmente en la dirección opuesta; todo lo más que cabe afirmar del teorema es que no ha sido (y probablemente no puede ser) positivamente desautorizado. Por lo que a

1. Schumpeter, *History*, págs. 651 y ss.; Robinson, *Essay*, págs. 41 y ss.; también Dobb, *Political Economy and Capitalism*, págs. 94 y ss. (ed. castellana, *Economía política y capitalismo*, F.C.E., México), para una defensa matizada del teorema marxista; y para una crítica, aunque partiendo de una posición marxista Schlesinger, en *Marx*, págs. 144-9.

las pruebas estadísticas se refiere, se había estimado que en Gran Bretaña el equipo de capital por obrero casi se dobló entre los años 1870 y 1940, mientras que en los Estados Unidos a partir de 1870 —con la excepción no demasiado sorprendente de la década de 1930— el capital ha aumentado con firmeza mucho más aceleradamente que la fuerza de trabajo: llegando a duplicarse prácticamente en el espacio de unas décadas. Pero desde el momento en que la productividad por trabajador ascendió durante este período aproximadamente al mismo nivel que en Gran Bretaña, e incluso con un índice todavía más rápido en los USA, el capital por obrero no aumentó en razón a su *valor*, por lo que no existía motivo para que de acuerdo con el supuesto marxista los beneficios declinaran. En realidad parece haber permanecido razonablemente constantes, y allí donde se produjo una caída la causa puede haber sido la creciente participación del trabajo en el producto total.

Una posibilidad que Marx pasó por alto, en relación a lo que venimos comentando, sería que bajo condiciones sociales dadas la relación entre plusvalía y capital variable, o índice de explotación, podría permanecer más o menos constante aunque los beneficios mostraran una tendencia a descender. Con la productividad en alza los salarios reales deben, pues, subir. Esta conclusión puede demostrarse con facilidad, y sorprende que Marx haya descuidado la cuestión¹. Si el trabajo recibe una proporción estable de la renta nacional neta (lo que es el significado normal de la afirmación de que la tasa de explotación permanece constante mientras el capital se acumula), la renta real per capita *debe* ir en alza, y ello aun cuando no se altere la participación que en ella le corresponde a los salarios. Esto es lo que en la práctica ha venido sucediendo en todos los países industriales avanzados, una vez que el progreso técnico y el índice acumulación han provocado una expansión suficiente del producto para absorber toda la fuerza de trabajo. Se da por supuesto, desde luego, en este caso que el equilibrio de fuerzas en el mercado de trabajo mantiene la tasa de explotación (o cuota de plusvalía, que viene a ser lo mismo) razonablemente constante; se supone asimismo que no existe un desempleo masivo y que la fuerza de trabajo no aumenta más deprisa que la renta nacional; siendo

1. Cf. Robinson, *op. cit.*, págs. 42-3; Schlesinger, *op. cit.*, pág. 147. Marx da por demostrado que los capitalistas tratarán de intensificar la explotación con objeto de contrapesar el descenso en la cuota de ganancia; por consiguiente no existiría ninguna subida de los salarios reales aunque la productividad mejorara. Nada hay que objetar a la lógica de este argumento, pero no se tiene a los hechos observables bajo las condiciones modernas, dado el aumento de la fuerza de contratación del trabajo organizado.

esta última la situación típica de los países atrasados («subdesarrollados»). Partiendo de esas condiciones —que se dan en todos los países avanzados, cuyos sindicatos gozan de un adecuado poder de contratación y donde prevalece algo parecido al pleno empleo— los salarios reales *deben* subir. Esto es tan palpable que los partidarios de la tesis de la depauperación (o «lanzamiento a la miseria») han tenido que retroceder cada vez más a afirmaciones falsas respecto al crecimiento del índice de explotación (o descenso en la participación de los salarios en el producto total) a fin de mantener a salvo el postulado de que el nivel de vida está obligado a declinar, o que en cualquier caso no puede subir más allá de un simple mínimo cuya constancia viene garantizada por la intervención del sistema.

De hecho, la depauperación no desempeña parte importante en el razonamiento marxista, aparte de aquellos pasajes en donde se recurre a ella para mostrar lo que sucede en la base de la pirámide social, donde el mecanismo del cambio tecnológico, que opera sobre una economía concurrencial «acumula» un «ejército de reserva» en paro más o menos permanente. No hay fundamento para afirmar que Marx esperaba que los salarios reales fuesen a descender hasta llegar a un punto en que la clase obrera en su totalidad alcanzara, o se situara por debajo, del mero nivel de subsistencia. Antes bien, el quid de este argumento reside en que los salarios reales no pueden aumentar permanentemente muy por encima de este nivel, puesto que lo que dedujeran de las ganancias provocaría una disminución de las inversiones. El «ejército de reserva» mantiene estables los precios y asegura que la cuota de beneficio no disminuirá con la misma rapidez con que la acumulación del capital (o progreso técnico, con lo que viene a confundirse) tendería por sí misma a implicar. El argumento es inteligente; el único problema es que no considera el alza efectiva de salarios que constituye una especie de función del progreso técnico, dados siempre ciertos supuestos bastante razonables sobre crecimiento demográfico, empleo y equilibrio de fuerzas dentro del mercado del trabajo. Esto no quiere decir que no sea perfectamente posible bajo el capitalismo una situación que corresponda con la hipótesis marxista. En realidad es característica de las primeras etapas del proceso capitalista y cabe hallarla todavía en sociedades que aún no han atravesado la «saludable barrera» del rápido avance técnico y social. Pero no puede definírsela como una «ley general» de desarrollo. Como máximo representa una tendencia abstracta que sólo adquiere forma en ausencia de fuerzas que actúen de contrapeso. Esas fuerzas no son ajenas al sistema; son inherentes al género de relación

capital-trabajo característico de un alto grado de industrialización y un alto índice de progreso. Sólo el estancamiento, o una serie de crisis todavía más agudas podrían dar lugar a una situación próxima a la prevista por Marx en aquellos pasajes de su obra en donde parece suponer que existe una tendencia histórica real a empeorar las condiciones de forma que la acumulación del capital vaya acompañada de un aumento de la riqueza y la miseria en los polos opuestos de la sociedad¹.

Aunque Marx no declara con tantas palabras que la participación relativa de los salarios en el producto total está llamada a descender, la deducción viene abonada por su afirmación de que «la composición orgánica del capital» cambia a lo largo del período hasta el punto de aumentar el equipo mecánico por trabajador. Aún así, no se sigue de ello que los salarios reales tengan obligatoriamente que descender o permanecer estancados a un nivel de subsistencia, y en la práctica la creencia de que tenderán a hacerlo así se halla relacionada en la teoría de Marx con un supuesto completamente ajeno, a saber, que el «ejército industrial de reserva», constituido por los parados, o empleados eventuales, mantendrá los precios bajos mientras la acumulación del capital progresa. Algo así sucedería sin duda, si el sistema operase *in vacuo*, y si en el mercado del trabajo no existiese un equilibrio de fuerzas socialmente determinado; pero en las actuales condiciones, esta suposición ha perdido todo viso racional. La segunda línea argumentativa, es decir, la tendencia al descenso en la cuota de beneficio, se desarrolla a un nivel de abstracción en el que los factores compensadores, por ejemplo, el progreso técnico, pueden considerarse carentes de importancia respecto a la tendencia de larga duración. Un aserto de este tipo se halla consustancialmente asegurado frente a cualquier refutación; pero incluso a este nivel de teorización resulta claro que Marx no tendió lo suficiente a la productividad en aumento y a

1. *El Capital*, I, págs. 786 y ss. En otro lugar Marx presta la debida atención a las tendencias equilibradoras que van desde la presión de los sindicatos al "elemento nacional o social" incorporado a los salarios efectivos. Cf. MESW I, pág. 442: "Además de este mero elemento físico, el valor del trabajo se determina en cada país mediante un nivel tradicional de vida. No se trata de una vida puramente física, sino de la satisfacción de ciertas necesidades que surgen de las condiciones sociales en que la gente está situada y en las que ha crecido". Esto podría considerarse como una explicación adicional del porqué la gente habrá de rebelarse contra la depauperación, o contra el hecho de estar situado a un nivel de mera subsistencia; pero desde un punto de vista teórico representa una precisión que contradice el principio de que el valor de la fuerza de trabajo (definida aquí como "valor del trabajo", puesto que Marx trataba de popularizar su argumento para hacerse entender por su auditorio), viene únicamente determinado por el coste de creación de nuevos trabajadores.

sus consecuencias sobre la formación de plusvalía (recurriendo a su terminología una vez más)¹.

El descenso de la cuota de beneficio aparece también en la teoría marxista de las crisis económicas, pero en esta ocasión como un fenómeno de corto alcance cuya conexión con la supuesta tendencia, de largo alcance, al declive de los beneficios, es más bien débil². En realidad, cabe plantearse si esa conexión viene postulada por la lógica del razonamiento de Marx, aunque forme parte evidentemente de la génesis de su pensamiento sobre las crisis. Esta circunstancia queda explicada con facilidad. Lo que hoy en día se denomina ciclo industrial era todavía un fenómeno totalmente nuevo por la época en que Marx empezó a estudiar por primera vez economía. Y la mayoría de quienes se ocupaban de este aspecto concreto de la realidad económica, eran conservadores que se oponían al industrialismo, o socialistas que criticaban la distribución de la renta. En cualquier caso —puede decirse que aunque razonaran conforme a las directrices marcadas por Malthus o Sismondi— se sentían inclinados a interpretar las crisis como síntomas de un desorden fundamental cuyas raíces se adentraban en la esencia del nuevo modo de producción. Aunque Marx rechazaba los cándidos argumentos expresados por los «bajo-consumidores» —argumentos que en el caso de Malthus salieron en defensa de terratenientes y rentistas, mientras Sismondi llegó a la conclusión de que los obreros tenían que obtener una participación mayor en el producto social— se sintió lo bastante impresionado por su modo de razonar para enlazar su propia explicación del ciclo comercial con su teoría general del desarrollo capitalista. De aquí que el aumento y descenso periódicos de las ganancias que acompaña —y posiblemente engendra— el ciclo decenal, hubiera que ligarlo al supuesto descenso de largo alcance en la cuota de beneficio. Afortunadamente para su obra analítica, Marx no quedó satisfecho con esta hipótesis vacilante, sino que siguió investigando la naturaleza específica del ciclo, y al proceder así se las ingenió para anticipar ciertas conclusiones que los economistas de carrera sólo alcanzaron, por derroteros distintos, en fecha mucho más tardía³.

1. Cf. Robinson, *Essay*, pág. 46: "La productividad puede aumentar sin límite, y cuando los salarios reales son constantes, el índice de explotación sube con ella". Al contrario, los salarios deben ascender si con la productividad creciente se mantiene el índice de explotación. En otro supuesto el resultado difícilmente cuadra con la expectativa de la "misericordia creciente".

2. *El Capital*, vol. III, págs. 242 y ss. (Ed. 1960 de Moscú).

3. Schumpeter, *History*, págs. 747, y ss.; Robinson, *Essay*, págs. 50 y ss.; Dobb, *op. cit.*, págs. 79 y ss.

Para soslayar la confusión que aguarda normalmente al debate de este tema, es importante advertir que la explicación esbozada por Marx sobre el ciclo de producción decenal no depende en pura lógica de su hipótesis sobre las perspectivas del capitalismo a largo plazo, aunque esa conexión exista indudablemente en su mente. No haber podido apreciar este hecho ha motivado con frecuencia polémicas que tocaron asuntos improcedentes, así por ejemplo, la cuestión de si, conforme al supuesto marxista, existe una tendencia a que las depresiones cíclicas se hagan más agudas hasta que el sistema quiebre en su totalidad, o se desgaste. Esta cuestión revistió siempre una gran importancia para los economistas marxistas, y a ello habremos de referirnos cuando tratemos del desarrollo general de la teoría marxista del año 1890 en adelante. Pero no está estrictamente relacionado con el ciclo comercial en cuanto fenómeno peculiar del funcionamiento de la economía de mercado¹. A diferencia de otros socialistas de su tiempo, Marx adoptó el punto de vista de que las crisis periódicas representan un mecanismo por el que el sistema restablece su equilibrio si bien a un precio considerable por parte de los obreros, e incluso a un coste relativamente alto pagado por los capitalistas individuales. De ello se seguía: a) que las crisis son necesarias y no cabe considerarlas como fenómenos superficiales causados por fluctuaciones en el crédito; y b) que mientras ocurrieran podía afirmarse que el automatismo propio del sistema resultaba plenamente operativo. Este planteamiento tiene más rasgos en común con la doctrina clásica que con las falacias de «bajo consumo» de Sismondi o Rodbertus, aunque Marx atacara asimismo la tradicional confianza en la «ley de mercados», es decir, la proposición de que la producción total crea su propia demanda. El tema es demasiado complejo para referirnos a él en unas cuantas páginas, pero, aun a costa de una extremada síntesis, acaso se justifique el resumen que a continuación se facilita:

A) Al nivel más elevado de generalización en el que despliega Marx su argumentación, le interesa mostrar que los rasgos fundamentales del capitalismo son causas potenciales de esos trastornos típicos tal como ocurre en la realidad². En lo fundamen-

1. Cf. Sweezy, *op. cit.*, págs. 190 y ss.; Schlesinger, *op. cit.*, págs. 165 y ss. La llamada "controversia de la crisis" estalló hacia 1900, ligada a problemas muy distintos, y su desarrollo posterior fue tributario más de las pruebas históricas, que señalaban una crisis inminente del capitalismo europeo, que de consideraciones teóricas. Hasta los años 1930 no consideraron algunos marxistas que las pruebas fácticas servían de base al aserto de que el hundimiento definitivo, postulado (o considerado posible) por Marx, estaba efectivamente próximo.

2. Cf. *Teorías de la plusvalía*, págs. 368 y ss.

tal, la acumulación capitalista se regula mediante la búsqueda del beneficio mientras que la satisfacción de necesidades sólo se introduce incidentalmente. La producción resulta así divorciada del consumo, y aunque las dos se mantienen ligadas por el mecanismo del mercado, el último actúa en forma tan dependiente del azar que sólo a costa de trastornos periódicos se asegura el equilibrio entre la oferta y la demanda, trastornos en los que el capital «sobrante» resulta destruido y gran cantidad de empresas no competitivas quedan fuera de juego. Puesto que las compras quedan divorciadas de las ventas, la «ley de mercados» representa una abstracción sin correspondencia con la realidad, a menos que se produzca la vuelta del ciclo comercial con su violento retornar al equilibrio de precios y beneficios con los «valores»¹.

B) La simple noción de «causas potenciales» no explica naturalmente el porqué ocurren las crisis en la práctica, y mucho menos el porqué adoptan la forma de trastornos periódicos dentro de un ciclo repetido. La «anarquía de la producción» no es más que una condición previa general de lo que Marx considera como el movimiento característico de desarrollo industrial bajo el capitalismo. El término operativo es el «crecimiento». En un sistema estático no existirían crisis, o al menos ninguna de este tipo, mientras que bajo el capitalismo la crisis constituye un factor dentro de la dinámica general de un sistema llevado hacia adelante por el motor de la acumulación. En el seno de este sistema el «ciclo decenal» representa una forma de superar las contradicciones internas inherentes, aunque en forma catastrófica y siempre con carácter temporal. Cada revolución del sistema, tomando aquí el término «revolución» en su acepción original, lo eleva al nivel más alto, acumulando así los elementos de crisis nuevas y más violentas, de la mano de la acumulación de grandes riquezas y de un fondo ampliado de conocimientos técnicos.

C) Las condiciones generales previas del desequilibrio vuel-

3. Cf. *El Capital*, vol. I. p. 87: "Nada sería más necio que el dogma de que la circulación de mercancías supone por necesidad un equilibrio, porque toda venta es a la vez compra, y toda compra una venta... Si la separación entre la venta y la compra se hace demasiado pronunciada, la conexión íntima entre ambas, su unidad, se manifestaba produciendo una crisis". Dicho sea de paso, constituye éste un ejemplo excelente de cómo Marx emplea la lógica hegeliana para ilustrar un argumento perfectamente válido que pocos economistas modernos pondrían a debate. Cabe pretender que su conocimiento de la lógica le sirvió de ayuda para dejar sentado este extremo, pero en ningún caso puede afirmarse que el argumento *dependa* de lo que pudiera haber aprendido de Hegel. Esto es, por supuesto, justamente lo que negarían la mayoría de sus partidarios y algunos de sus críticos.

ven a aparecer en la provocación efectiva de crisis periódicas mientras éstas las provoque una contracción súbita del mercado en relación a la masa de mercancías producida durante el apogeo del alza productivo. La superproducción siempre se halla ligada a los precios y beneficios en curso. El mercado podría absorber todas las mercancías producidas si se vendieran a bajo precio, pero en tal caso el capital original invertido no quedaría reemplazado con el habitual beneficio medio. La nueva inversión (acumulación) se desgasta hasta un estancamiento temporal, iniciando así la fase de apertura de un ciclo hacia atrás que continúa por lo general hasta que precios y salarios han llegado a un punto tan bajo y el capital se ha hecho tan abundante que la inversión vuelve a ser provechosa, al menos para los empresarios más eficientes (al haber sido eliminados mientras tanto los demás). Mientras que el «capital constante» (el aparato productivo) se ha agotado hacia el final de la depresión, existe una demanda contenida de instalaciones fijas, cuya satisfacción sirve de base a un resurgimiento de las industrias de producción de bienes. En consecuencia, aumenta la demanda de trabajo, se contrae el «ejército de reserva», se expande la capacidad de consumo, y una vez más se torna provechosa la inversión en industrias de bienes de consumo. Entonces se abre otra fase ascendente del ciclo, y así sucesivamente hasta la crisis siguiente, que suele ocurrir en el momento culminante del alza, cuando los beneficios son máximos y los salarios han subido por encima del nivel de depresión, de forma que *empiezan* a manifestarse los requisitos previos de una «reproducción ampliada» con carácter permanente, en el instante mismo en que empiezan a desaparecer. Es evidente que este esquema, sólo muy tenuemente, tiene conexión —si es que tiene alguna— con aquellas nociones generales como el descenso tendencial de la cuota de beneficio¹. ¿Qué relación mantiene con el otro pilar de la doctrina marxista tal como se interpreta popularmente: es decir, la contradicción entre la acumulación ilimitada de capital y la demanda restringida de bienes de consumo?

La dificultad de esta cuestión estriba en que Marx no logró

1. Los beneficios suelen alcanzar su punto máximo cuando se inicia el ascenso vertiginoso en la producción, al igual que ocurre con precios y salarios. Naturalmente, existe un método para obviar esta dificultad: puede argüirse que aunque la *masa* de ganancias ha aumentado (a causa de la demanda de trabajo extra y otros factores temporales), la *cuota* de beneficio ha declinado, sin embargo, a través de los cambios producidos en la relación capital-trabajo. Pero el descenso efectivo de los beneficios en la cúspide de un alza vertiginosa no requiere esa explicación, que es en verdad totalmente inadmisibles. Sobre este punto, cf. Robinson, *op. cit.*, págs. 44 y ss.

dar una respuesta precisa. Al contrario, puede afirmarse que proporcionó varias ambiguas. Por un lado, rechazó la explicación habitual del «bajo consumo» en cuanto superficial y tautológica¹. Por otra parte, había expresado justamente lo bastante sobre las barreras que imponía al progreso «la demanda consumidora de una sociedad en la que son pobres la mayoría y en la que esta mayoría ha de permanecer siempre pobre»² para hacer más aceptable una versión más compleja de esas explicaciones. Añádase a esto la circunstancia de que sus observaciones sobre el tema se hallan diseminadas por sus escritos, y que el volumen final de su obra principal quedó por concluir, y no sorprenderá que existan casi tantas interpretaciones de su teoría como intérpretes.

El asunto no queda claro, debido a que Marx tenía la costumbre de desarrollar sus planteamientos en líneas de argumentación separadas, aunque paralelas, a niveles distintos de generalización; de forma que la descripción de los rasgos básicos del capitalismo que condicionan la posibilidad de crisis repetidas ocupa parte de su obra (inacabada), donde correspondería una explicación de la *forma* concreta de esas crisis. De aquí que haya sido posible citar fórmulas de un tipo muy general como si representasen observaciones concretas del mecanismo del ciclo comercial; así por ejemplo, la declaración tantas veces citada: «La causa última de toda crisis real sigue siendo siempre la miseria y el consumo restringido de las masas, en comparación con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas, de tal forma que sólo la capacidad absoluta de consumo de la sociedad entera constituyera su límite»³. O bien,

1. *El Capital*, vol. II, págs. 475-6 (pág. 410 de la ed. de Moscú de 1960): "Es una pura tautología afirmar que las crisis las provoca la escasez de consumo real o de consumidores reales. El sistema capitalista no conoce otros modos de consumo que los modos efectivos, excepto el de la *sub forma pauperis*. ...Que las mercancías son invendibles sólo significa que no se les ha encontrado compradores efectivos..."

2. *Ibid.*, pág. 363 (pág. 316).

3. *El Capital*, vol. III, pág. 568. Cf. también *Teorías de la plusvalía*, páginas 368. "Pero el proceso de acumulación se resuelve sobre todo con la *expansión de la producción*, que por un lado corresponde al aumento natural de la población y por el otro forma una base inmanente a todo fenómeno que se pone de manifiesto a través de las *crisis*. El límite de esta producción en expansión lo constituye el propio *capital* (el nivel actual de las condiciones de producción y la necesidad desatada de los capitalistas de enriquecerse y aumentar su capital) y de ninguna forma el *consumo*. Este está limitado desde el principio en cuanto que la mayoría de la población, la población trabajadora, sólo puede aumentar su consumo dentro de límites muy reducidos, mientras que conforme el capitalismo se desarrolla, la demanda del trabajo decrece *relativamente*, aunque aumente aquél con carácter *absoluto*".

«Las crisis son siempre soluciones momentáneas y forzosas a las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por un instante el equilibrio quebrantado»¹. «El verdadero obstáculo de la producción capitalista es el *capital mismo*; especialmente el hecho de que el capital y su materialización se revelen como el punto de partida, y el término, el motivo y el fin de la producción se cifre en que la producción sólo es producción para el *capital...*»². Esas declaraciones, cualquiera que sea su entidad general, no nos ayudan mucho a explicar la periodicidad de las crisis, o su necesidad. Además, el sesgo «bajo-consumista» de algunas de sus manifestaciones lo contradicen otros pasajes. Suele reconocerse ahora que Marx no elaboró una teoría unificada de las crisis, aunque sus escritos fragmentarios sobre el tema comprenden una labor analítica de muy alto nivel, que no sólo ha mantenido su importancia para el desarrollo posterior de la teoría marxista, sino para la economía en general. Algunas de sus formulaciones, en especial el modelo de «reproducción simple y ampliada» que aparece en el segundo volumen de *El Capital*, anticipan el modo de pensar que sólo en décadas recientes se ha convertido en académicamente respetable. El espacio nos prohíbe incluso una referencia sumaria al tema, aspecto éste que probablemente representa para el economista profesional la parte más interesante de su obra³.

Sin embargo, apenas resulta posible abandonar este tema sin indicar muy brevemente en dónde reside la diferencia entre el tipo de explicación keynesiana y marxista sobre la crisis. Dejando a un lado la disputa entre marxistas, respecto a la importancia relativa dentro de los planes de Marx, que suponen las declaraciones sobre la superproducción (o subconsumo); y suponiendo que los aspectos más técnicos de su análisis no se desprenden desde un punto de vista lógico de hipótesis de gran alcance (e improbables por lo demás) sobre la cuota de ganancia, nos queda la cuestión de si la doctrina fragmentaria bosquejada en los volúmenes II y III de *El Capital* es susceptible de desarrollarse conforme a directrices que al menos no precisan en-

1. *El Capital*, vol. III, pág. 292.

2. *Ibid.*, págs. 293-4 (cf. ed. 1960, pág. 245).

3. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 748-50; Robinson, *op. cit.*, págs. 51-60; Dobb, *op. cit.*, págs. 99 y ss. El tema lo analiza con amplitud Sweezy en *op. cit.*, páginas 156 y ss., pero como tan frecuentemente ocurre en las controversias sobre el significado de los teoremas más abstractos de Marx, sus conclusiones las rechazan otros marxistas: cf. Schlesinger, *op. cit.*, págs. 169 y ss. Para una exposición más reciente, que parece hacer un hincapié excesivo en la cuestión de la depauperación, cf. John Strachey, *Contemporary Capitalism*, Londres, 1956, págs. 82 y ss. (ed. castellana, *El capitalismo contemporáneo*, F.C.E., México).

trar en conflicto con la teorización keynesiana. La respuesta más breve parece consistir en que es así como ocurre, si bien todo desarrollo posterior de tal tipo habrá de abandonar ciertas nociones caras a los marxistas ortodoxos, por ejemplo, la dependencia del ciclo comercial del supuesto descenso en la cuota de ganancia, o la tendencia de los salarios a tener una participación menor en la renta nacional. Parte de la argumentación de Marx puede volverse a formular en forma aceptable a la economía moderna; en otros aspectos parece ya descontado concluir que «Marx no desarrolla una teoría completa del ciclo comercial o del movimiento del capitalismo a largo plazo, pero señala la dirección en que puede hallarse la teoría»¹.

Desgraciadamente, sin embargo, esto no agota la cuestión. Aunque Marx anticipó una buena porción del pensamiento moderno, aportó también reflexiones de gran alcance que superan todo tipo de teorización que considere la estructura económica como algo «dado». En su opinión las crisis pueden ser encaminadas, en última instancia, a contradicciones internas anejas al modo capitalista de producción, mientras que en la moderna economía liberal, es decir, keynesiana, las crisis representan un fallo del mecanismo para actuar de acuerdo con sus propios principios fundamentales. Esas diferencias de enfoque pueden esgrimirse en términos técnicos, pero en definitiva hacen referencia a distintas maneras de contemplar el proceso económico. La doctrina marxista del capitalismo, en cuanto sistema inestable que sólo resuelve periódicamente sus problemas internos erigiendo barreras todavía más formidables a nuevos avances, es incompatible con cualquier doctrina que estime la estructura social como el «factor» meramente «dado» de una situación económica total. En última instancia, quizás esto no supone más que decir de la economía liberal y socialista que adoptan perspectivas forzosamente diferentes sobre el futuro de la sociedad burguesa.

Ha llegado la ocasión de repasar retrospectivamente la evolución del pensamiento económico de Marx. A la luz de lo que se ha dicho antes podemos advertir ahora la coherencia subyacente en su enfoque desde los tiempos de los Manuscritos de París de 1844 hasta los volúmenes finales de *El Capital*. Algunas de las formulaciones primitivas fueron tácitamente abandonadas; así, la noción de «extrañamiento» o «enajenación», que es capital en los manuscritos de 1844, y que todavía desempeña un papel importante en los *Grundrisse* de 1857-8, sólo tiene una pálida vi-

1. Robinson, *op. cit.*, pág. 56.

gencia en *El Capital*, donde reaparece brevemente bajo el tema del «fetichismo de la mercancía». Otros conceptos quedaron diluidos como testimonio de las circunstancias cambiantes. No obstante, la comparación de los escritos primeros y tardíos revela una unidad de visión fundamental. Si en los manuscritos de París se asegura que la acumulación de riqueza discurre paralelamente a la de la miseria, el mismo supuesto preside alguno de los pasajes más significativos de *El Capital*; Marx mantenía ya en 1844 que «el trabajador se vuelve tanto más pobre cuanto más riqueza produce». En lo fundamental esta idea alienta todavía las páginas más atrayentes de su obra fundamental. Si ya no se destaca demasiado la depauperación, el empobrecimiento relativo —consecuencia del aumento del proletariado, y en especial del «ejército de reserva de trabajo»— recibe la máxima atención en calidad de contrapeso necesario de la acumulación del capital en el polo opuesto de la sociedad. Cualesquiera que fuesen sus concesiones a la evidencia de los hechos, Marx nunca renunció a su ascendencia ricardiana.

La misma renuencia a prescindir del aparato intelectual de los autores clásicos resulta evidente en la importancia totalmente desproporcionada que atribuía Marx a la teoría del valor que había tomado de Ricardo. Tras lo que llevamos dicho sobre este aspecto, apenas es necesario destacar que podía haberse deducido una teoría de la explotación sin tener que enfrentarse a demasiadas complicaciones partiendo del monopolio capitalista de la propiedad y de la pretensión de ingresos innecesarios que le acompañan. En estricta lógica una teoría de este tipo no depende de la noción de que el trabajo constituye la única fuente de valor que engendra la producción. La explotación aparece cuando el capitalista monopoliza las ganancias que se originan del empleo del capital, se le impute únicamente o no la cualidad de creador del valor al trabajo, o se le asigne a todos los «factores de la producción». En cierto sentido, Marx reconocía esto cuando convertía en el punto central de su argumentación la propiedad de los medios de producción. La teoría del valor del trabajo en la forma que la dio no es realmente esencial a este aspecto de su razonamiento, y el apego excesivo que le produjo creó a sus partidarios dificultades totalmente innecesarias. Ya hemos indicado las razones que le impulsaron a sumarse al enfoque ricardiano; formaban parte de una manera de ser histórica, y en parte estaban relacionadas con la necesidad de sistematización intelectual. Si el sistema resultante, a pesar de su innegable grandeza, ha adquirido una apariencia netamente anticuada, supone una rémora que comparte con otros intentos de

levantar un sistema comprensivo sobre los cimientos de unos cuantos postulados que al parecer ya resultan ser evidentes por sí mismos.

Conforme a la perspectiva del marxismo en cuanto escuela de pensamiento, este énfasis puesto en la unidad y totalidad sistemáticas, acompañado de defectos de análisis debidos a la inadecuación, iba a tener consecuencias de gran alcance. La publicación por parte de Engels, en el año 1894, del tercer volumen inacabado de *El Capital* (con la «transformación» hábil pero poco convincente de los valores del trabajo deducidos en precios de mercado) se manifestó como un momento decisivo. Si dotó a la escuela marxista de unas sólidas bases, también contribuyó a la aparición de un movimiento «revisionista» dentro del campo de la teoría. Unos cuantos años después de que Böhm-Bawerk hubiera inaugurado el ataque académico a la solución dada por Marx al problema valor-precio, los «revisionistas» del campo socialista empezaban a recoger sus argumentos. Esto no fue, desde luego, el final de la cuestión: aproximadamente, a partir del año 1904 en adelante, la escuela neomarxista, con Viena como centro, empezó a rechazar la embestida «marginalista» y «revisionista». La derivación del valor de la utilidad y de la elección del consumidor —que es el núcleo del marginalismo— se rechazaron por representar una evasión superficial del problema, y se puso un énfasis renovado en el planteamiento clásico; aunque en la práctica los neomarxistas operaban cada vez menos con deducciones de la teoría del trabajo, y manipulaban cada vez más los resultados empíricos logrados, al generalizar las ideas de Marx sobre la concentración de capital y la tendencia a formar grandes unidades. De esta forma la teoría marxista del capitalismo se fusionó imperceptiblemente con la doctrina neomarxista del imperialismo en cuanto expresión de un nuevo estadio de desarrollo económico; hacia 1910 la vieja controversia sobre precios y valores estaba cediendo sitio, al menos en Europa central, a un debate más reciente y adecuado sobre la rivalidad económica entre las potencias europeas, y la viabilidad que ponía tener el capitalismo a largo plazo en cuanto sistema universal. La guerra de 1914-1918 aceleró este proceso, y hacia 1930, cuando la discusión sobre los fundamentos metodológicos parecía haber concluido, fue reavivada trágica y repentinamente por la crisis económica mundial y su consecuencia en el ámbito teórico: la revolución keynesiana dentro del pensamiento de origen universitario. Ya que esto venía acompañado del descubrimiento tardío del marxismo por los economistas americanos y británicos, los últimos años han sido testigos de

una especie de reanimación de la controversia que agitó al movimiento socialista en Europa hacia 1900.

Desde un prisma puramente teórico este debate posterior a 1930 tuvo muchos atractivos. Su nivel general era notablemente alto, e incidió directamente sobre dos de los fenómenos más dramáticos del período: la crisis económica mundial de los años 1930-3, y la experiencia de la planificación en la URSS¹. La dificultad, desde el prisma del historiador, reside en que la discusión coincidió con la disolución final de la escuela marxista propiamente dicha, mientras que el «gran debate» de 1895-1905 tuvo lugar al cabo de la era precedente, la era que sufrió un dramático fin el año 1914. En consecuencia, nos vemos obligados, una vez más, a desandar el camino y preguntarnos qué ha sido del movimiento socialista durante la época de su más rápida expansión. Por lo demás éste es el procedimiento correcto si queremos saber lo que sucedió al marxismo y por qué. La mera exégesis teórica no nos proporcionaría la respuesta. Entre 1870 y el período de 1914-18 el marxismo se convirtió en ciertos lugares en la doctrina del socialismo europeo, y su suerte a partir de ese momento estuvo estrechamente ligada a las exigencias prácticas e ideológicas de un movimiento de masas. Ni la teoría del imperialismo de Lenin incluso cabe explicarla exclusivamente en razón de lo que había aprendido de Kautsky y Hilferding. También hay que saber por qué confiaba en que la guerra de 1914-18 fuera la confirmación de la tesis ortodoxa sobre el desarrollo capitalista. Esta cuestión es propiamente histórica y no puede eludirse.

Incluso aunque nós mantengamos dentro del marco de la teoría marxista, es importante preguntar qué efecto tuvo *El Capital* (en particular los últimos volúmenes publicados por Engels a la muerte de Marx, acaecida en 1883), sobre el desarrollo de la conciencia teórica del movimiento socialista de los años 1890 en adelante. La desventaja de este planteamiento se evidencia claramente si se considera que las consiguientes disputas doctrinales tanto entre los marxistas como entre los economistas marxistas y «burgueses», se llevaron a cabo con frecuencia en forma algo anticuada si las juzgamos según las normas que hoy rigen, y

1. Referente a los detalles del debate, cf. la colección de ensayos *Collectivist Economic Planning*, Londres, 1935; O. Lange y F. M. Taylor, *On the Economic Theory of Socialism*, Minneapolis, 1938; H. D. Dickinson, *Economics of Socialism*, Oxford, 1939; F. A. Hayek, *Individualism and Economic Order*, Londres, 1947. El opúsculo mejor conocido del autor citado en último lugar titulado *The Road to Serfdom*, Londres, 1944, acaso pueda considerarse como un subproducto polémico de una discusión en la que ninguno dio mucho en el blanco. Respecto a una contribución marxista, cf. M. Dobb, "The Question of Economic Law in a Socialist Economy", en *Political Economy and Capitalism*, 1937, págs. 270 y ss.

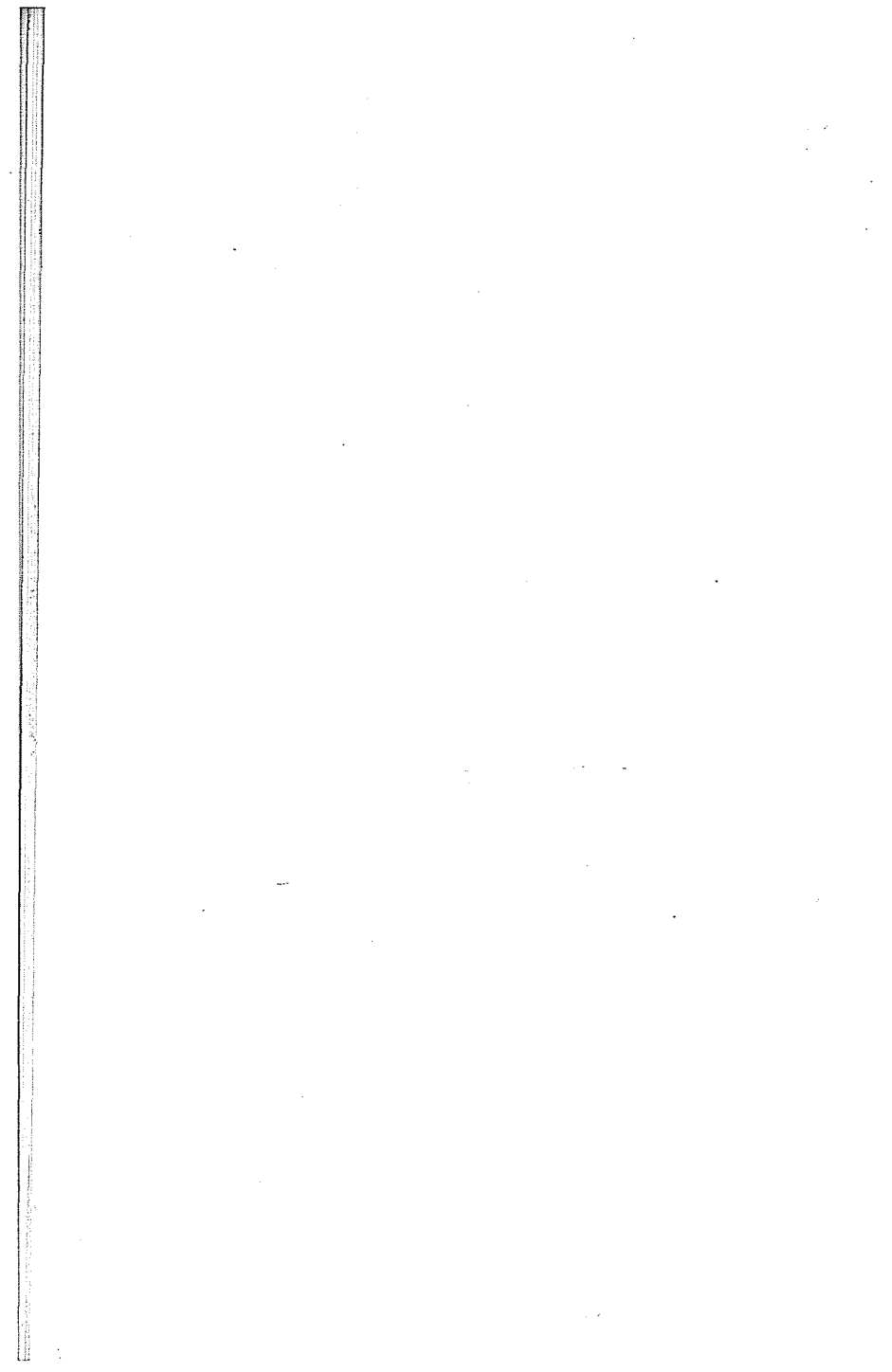
estuvieron relacionadas con cuestiones políticas que ya no nos conciernen. Pero esto es inevitable. Es una de las cargas que supone plantear la cuestión desde una perspectiva histórica. Así pues, la llamada «controversia de la crisis», es decir, la discusión sobre la supuesta tendencia a hacerse más violentas las crisis económicas, estaba estrechamente relacionada con el debate sobre el imperialismo que se convirtió en parte tan fundamental del pensamiento socialista durante el primer cuarto del siglo que corre; y lo mismo cabe decir de las disputas que a partir de 1880 hicieron estragos entre los socialistas de Rusia acerca de la inevitabilidad o no del fenómeno capitalista. Aunque ninguna de esas controversias puede describirse con detalle, deben integrarse de alguna manera en el cuadro general si es que ha de aclararse la entidad del marxismo, es decir, su verdadera esencia en cuanto doctrina y movimiento. Por consiguiente, dejamos, en este punto, de considerar la economía marxista, a la que se acudió sólo para trazar un plano general, y volvemos al tema de la teoría y práctica socialistas en los tiempos del que ha llegado a conocerse con el nombre de marxismo ortodoxo. Esto significa *inter alia* prestar atención a un capítulo especial de la historia de Europa central. La razón de que ello sea así debiera resultar obvia, en la medida en que ha quedado claro lo que representó el socialismo marxista, hablando sin excesivo rigor, entre los años 1870 y 1918. Esas fechas no se escogen al azar; en nuestro contexto significan, entre otras cosas, que el marxismo como movimiento adoptó su forma partiendo del medio ambiente histórico que trataba de transformar. Y llegados a este punto hay que decir a modo de anticipación que el abismo ideológico que dividía cada vez más a los socialistas de Europa del Este de los de la mitad occidental del continente allá por los años 1905, anticipaba ya la línea política divisoria que iba a discurrir después de 1918 entre comunistas y socialdemócratas; en última instancia, esta ruptura hizo posible, aunque no la provocara directamente, la partición de Europa inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Los trastornos políticos suelen manifestar sus presagios en lo que al principio parecen ser querellas oscuras, mantenidas entre teóricos académicos. En la marcha de los acontecimientos que llevaron de 1848 a 1948 —desde la primera formulación del programa comunista hasta su corporeización institucional en el comunismo soviético— la circunstancia de que el marxismo fuera originalmente una doctrina alemana ha representado siempre algo más que una simple coincidencia. Rusia y la totalidad de Europa oriental se pusieron en contacto con el mundo moderno durante este período gracias a Alemania,

y fue en Alemania donde este mundo incidió sobre un complejo de problemas todavía por resolver —nacionales, sociales, espirituales— que salieron a un primer plano durante dos guerras europeas. No supone ninguna contradicción afirmar que la catástrofe de Alemania, en cuanto nación, sobrevinida entre 1848 y 1948 (cuando su mitad oriental quedó incorporada a la órbita soviética) forma parte de la historia del marxismo tanto como el propio autor de *El Capital*.

QUINTA PARTE

El socialismo marxista

1871-1918



CARACTER GENERAL DEL PERIODO

Cuanto más próxima a nosotros está una época, más difícil resulta captar sus rasgos esenciales: sabemos a la vez demasiado y demasiado poco. Al tiempo que se nos escapan innumerables detalles, nos es accesible información suficiente para preguntarnos si nuestra hipótesis de trabajo es arbitraria, o no deja de guardar relación con el tema. En cambio, esta dificultad se suaviza cuando se trata de acceder a períodos situados en un pasado remoto; sabemos —o creemos saber— de lo que dependía su modo de ser; qué fue lo que, vulgarmente hablando, les hizo funcionar. Nuestros antecesores inmediatos nos son a un tiempo más familiares pero menos comprensibles. La circunstancia de que dentro de ciertos límites somos capaces de penetrar en su mundo aclara pero también deforma; pues las categorías, que elaboramos para la tarea de entender a nuestros predecesores, son en parte las mismas con que se estructuraba su propio mundo; por lo que no puede extrañarnos que, al parecer, se adecúen a su objeto. Sin embargo, la desaparición de ese mundo supone asimismo una nueva disposición de esos principios intelectuales con cuya ayuda se puso orden antaño al caos de fenómenos. Por consiguiente, no podemos adentrarnos, aunque sea con brevedad, en la historia de la era liberal (que fue también la época del socialismo marxista), sin dar a conocer que los conceptos que le daban unidad no son ya exactamente los mismos que los nuestros.

El período que vamos a considerar asistió a una gran expansión del poderío occidental, particularmente europeo, y a las primeras sacudidas de un movimiento de sentido contrario que iba a adquirir fuerza a partir de 1918. También fue testigo de

una expansión económica rápida, aunque desigual, con los países industrializados en la mejor posición para alcanzar los correspondientes beneficios, aunque los demás países que trataban de alcanzarla seguían sus pasos. En términos puramente económicos, los Estados Unidos y Alemania fueron los que obtuvieron mayor ventaja, pero la industrialización se producía con rapidez en Rusia, Japón, Italia y algunas de las áreas ultramarinas colonizadas por los europeos. Francia mantenía un ritmo lento de crecimiento, debido principalmente a causas domésticas relacionadas con la estructura social y los programas de los sucesivos gobiernos, así como con las pérdidas territoriales sufridas en 1871, fecha en que Alemania se anexionó la Lorena¹. La lentitud del avance industrial se tradujo en una incapacidad radical para modernizar las relaciones sociales; de aquí que el socialismo francés posterior a 1870 se convirtiera en la expresión política de un movimiento obrero relativamente débil y abandonara gradualmente el liderazgo que había ejercido hasta entonces. Lo que Francia perdió, en éste como en los demás dominios, lo ganó Alemania. No se decidió esta alternativa en favor de Gran Bretaña, que empezó entonces a situarse como competidor de Alemania y no como la potencia mundial dominante. Intelectual y políticamente, el liberalismo continuaba centrado en el Reino Unido, mientras Alemania y Austria se eregían en los puntos de confluencia de las corrientes conservadora agraria y socialista obrera, hostiles a las ideas y programas liberales. Esta polaridad comenzó a señalarse a partir de los años 1880 y gradualmente contribuyó a configurar nuevas agrupaciones que supusieron al cabo una reorganización de las relaciones internacionales².

Las dificultades económicas de Gran Bretaña comenzaron en la década de 1870, cuando el desarrollo empezó a ser frenado, en relación al período precedente, de crecimiento extremadamente rápido³. Hasta 1870, más o menos, la producción industrial había ido aumentando a un índice anual del 4 por ciento aproximadamente; en adelante, el promedio no llegó a la mitad de esa cifra, mientras que otros países avanzaban con más rapidez. Entre 1873 y 1913 la tasa anual de crecimiento industrial ascendió en los Estados Unidos por término medio al 4,8 por ciento; en Alemania al 3,9 por ciento; y en el mundo en su conjunto al 3,7 por

1. Clapham, *Economic Development of France and Germany*, págs. 232 y ss.

2. Schumpeter, *History*, págs. 759 y ss.

3. Respecto a lo que de aquí se trate, cf. Clapham, *An Economic History of Modern Britain*, vol. II, Cambridge, 1932, pássim; H. M. Lynd, *England in the Eighteen-Eighties*, Nueva York, 1945, págs. 23 y ss.; W. A. Lewis, *Economic Survey 1919-1939*, Londres, 1949, págs. 74 y ss.

ciento, mientras que en el Reino Unido no alcanzaba más que un 1,8 por ciento. La causa principal de este estancamiento relativo se suele atribuir hoy en día a los cambios poco favorables en los mercados de exportación, de los que Gran Bretaña había estado dependiendo excesivamente durante el *boom* ocasional del libre comercio de la época victoriana, cuando se hizo con una parte del total que no podía probablemente soñar en mantener. Quizá se produjo alguna lentitud de ritmo en la adaptación a los nuevos procesos industriales, pero el factor principal lo constituyó con toda posibilidad la industrialización de los países de ultramar¹. Al principio los salarios reales continuaron en alza, aunque debido sobre todo a la caída de los precios, pero desde 1900, más o menos, existen pruebas de que el poder adquisitivo del salario mostraba signos de estancamiento. No es sorprendente que el período fuera testigo de un aumento gradual del influjo socialista, aunque los pequeños grupos marxistas no lograron aprovecharse de esta corriente dejando el campo libre a sus rivales, los fabianos².

La trascendencia de este cambio paulatino en la posición de Gran Bretaña en el mundo, no se limitó a las relaciones de equilibrio de poder; también afectó al prestigio del liberalismo y con ello a la visión de la clase media empresarial, que en su conjunto era todavía la más influyente, aunque no fuera en todas partes el grupo gobernante. A partir de los años 1880 Europa discurría por derroteros distintos a los del libre comercio y el *laissez-faire*, encaminándose por el contrario hacia el proteccionismo, el control estatal, la legislación laboral, y el militarismo. Las fuerzas que respaldaron ese alejamiento de la ortodoxia liberal eran múltiples, pero el resultado fue siempre el mismo. Los proteccionistas agrarios, la industria pesada necesitada de tarifas, los sindicatos socialistas o católicos, las burocracias ansiosas de intervenir en los conflictos sociales, los movimientos nacionalistas e imperialistas que luchaban por el *Lebensraum*, se fijaban metas distintas y entraban con frecuencia en conflicto entre sí. En lo que se mostraban de acuerdo era en promover el abandono gradual de las ideas y políticas liberales, y especialmente en el campo de la economía. El giro fue más lento en Inglaterra, aunque en este país la confianza en sí misma de

1. Lewis, *op. cit.*, págs. 75 y ss. Entre 1876-80 y 1911-13, el total de las exportaciones fabriles de Gran Bretaña se deslizó desde el 38 al 27 por ciento.

2. Cole, *History of Socialist Thought*, vol. III, parte I, págs 104 y ss.; M. Beer, *History of British Socialism*, 1953, vol. II págs. 226 y ss.; H. M. Pelling, *The Origins of the Labour Party*, Londres, 1954; E. R. Pease, *History of the Fabian Society*, Londres, 1916, ed. 1925 revisada.

la burguesía ya no era el optimismo de mediados de la era victoriana. Pero era rápido en Europa central, donde el liberalismo había sido ya derrotado políticamente antes de que hubiera entrado en conflicto con las nuevas corrientes económicas y sociales. En Rusia la cuestión apenas si llegó a plantearse: el liberalismo existía primordialmente en cuanto una aspiración de las mentes de una minoría de intelectuales; en la práctica casi todos los demás se mostraban hostiles al mismo, la burocracia gobernante, los conservadores agrarios y las sectas socialistas¹.

Algunas de estas modificaciones no desvelaron inmediatamente la magnitud del asunto. Por ejemplo, el estancamiento relativo de la industria británica fue claramente perceptible a los asalariados, cuyos ingresos reales puede que ascendieran entre 1880 y 1900 hasta un 50 por ciento². Por otra parte, los sindicatos no podían dejar de notar que el desempleo se había vuelto crónico. Esto causó algo más que promover el avance del «nuevo sindicalismo» a partir de los últimos años de la década de 1880, o que extender las ideas fabianas entre los intelectuales radicales; también potenció las tendencias proteccionistas e imperialistas. En ocasiones iban unidas las dos. Hubiera sido difícil decir qué atraía más a los votantes británicos del «programa no autorizado» de 1885 de Joseph Chamberlain y de sus actividades ulteriores: sus sentimientos imperialistas o su juego con el vocabulario del colectivismo³. Por otra parte, los defensores del proteccionismo y de la «reforma social» solían ser también las mismas personas, y cuando se unían obligaban invariablemente a los adalides supervivientes de la ortodoxia liberal a parecer anticuados y a un despilfarro inútil; aunque en la década de 1880 sólo sucumbieron efectivamente los partidos liberales de Europa central. En general, la corriente fue avanzando hasta el fin del período a que nos referimos, y en algunas áreas en que predominaba la influencia católica se vio totalmente neutralizada por la alianza liberal-socialista frente a la Iglesia, lo que hizo posponer todas las demás cuestiones. Pero esas circunstancias eran excepcionales, e incluso allí donde se promovieron las ventajas

1. Rosenberg, *Democracy and Socialism*, pássim, R. C. K. Ensor, *England, 1870-1914*, Oxford, 1936, págs. 269. y ss.

2. Schumpeter, *op. cit.*, pág. 759; para una estimación menos favorable cf. también Lynd, *op. cit.*, pág. 49. De cualquier modo, lo destacable es que los salarios reales subieron porque los precios cayeron, lo que a su vez se debía en gran parte a las malas condiciones de los productores principales, otro factor que impedía el crecimiento del comercio ultramarino de Gran Bretaña. Apenas si se produjo alza alguna de los salarios en dinero, y después de 1900 no hubo ninguna mejora en términos reales.

3. Lynd, págs. 180 y ss.

políticas, no estuvieron por completo en un bando solo. Conforme iba transcurriendo el tiempo, se ponía de manifiesto que los movimientos «cristianosociales» consiguieron volver a ponerse a flote haciendo causa común con el sindicalismo, el proteccionismo agrario, o el antisemitismo, según las condiciones locales. En general, las fuerzas conservadoras no ganaron mucho terreno durante el período. Lo que perdían por un lado volvían a ganarlo generalmente por el otro, siendo su expansión gradual la imagen del ensanchamiento más aparatoso del movimiento socialista. Quienes salieron perdiendo fueron los partidos liberales y las clases de negociantes que los apoyaban.

En el ámbito social, todo esto era plenamente compatible con una considerable mejora del nivel de vida de la clase obrera y en la condición legal relativa de las organizaciones obreras. En realidad, el período fue el marco un aumento significativo de las organizaciones sindicales, al tiempo que una expansión gradual asistemática, pero decididamente uniforme, de la legislación de la seguridad social. Juntamente con el aumento de los salarios reales, que no se vio limitado a Inglaterra, y el acortamiento de la jornada de trabajo, esos factores dieron lugar en la Europa de Occidente a un clima social que permitió al movimiento socialdemócrata deshacerse de la competencia anarquista y ganarse el respaldo de la clase trabajadora para lo que, en su conjunto (prescindiendo de las extravagancias retóricas), constituía un programa de reforma democrática. La pérdida de toda esperanza sobre la condición del proletariado industrial dio paso, a partir de la década de 1870, a una convicción cada vez mayor de que el trabajo podría mejorar su *status* gracias a la organización y a la contratación colectiva. «El reformismo» no se circunscribía a los sindicatos británicos; tras la escisión anarquista de las décadas de 1870 y 1880 reforzó la actividad de los partidos socialistas continentales, a pesar de su fraseología revolucionaria. Desde luego, esto sólo puede aplicarse a Europa occidental y, con algunas reservas, en los casos de Alemania y Austria-Hungría. En Europa oriental y meridional el impacto del primer capitalismo industrial del mismo período reprodujo todos los horrores de la primera fase europea occidental, pero en forma agravada. Lo que hay que subrayar es que este retraso ya se había advertido como tal. En donde el liberalismo democrático logró un segundo soplo, como ocurrió en Inglaterra con la consecución de la alianza liberal-laborista de después de 1900, se vio con claridad que los países europeos más atrasados atravesaban una etapa que ya habían dejado atrás las naciones industrializadas. De aquí la súbita popularidad de la expresión «revo-

lución industrial». En Gran Bretaña, por no decir los Estados Unidos, quienes se habían librado de algunas de las calamidades del periodo de transición y tendían, en consecuencia, a adoptar frente a Europa una actitud algo más paternalista, las clases gobernantes se sintieron capaces por primera vez de tomar aliento y atribuirse el mérito de los logros del pasado. En este clima menos tenso el «problema social» ya no significaría, como había sucedido a los primeros victorianos, la inevitabilidad de la depauperación generalizada, sino más bien la necesidad de llevar a los países atrasados y a las clases «no privilegiadas» a un nivel más civilizado.

Las bases materiales de esta nueva actitud han solidado vincularse a la rapidez de la expansión económica que se supone que caracterizó la época; pero esta interpretación no es convincente. En la época que transcurre entre mediados de la década del 70 y mediados del 90, cuando la mayoría de los cambios aquí referidos tuvieron lugar, el comercio mundial era todo menos floreciente; y cuando alrededor de 1900 se inauguró un nuevo periodo de rápida expansión, los salarios reales de Gran Bretaña seguían estancados¹. Además, el ritmo de crecimiento industrial se aceleró después de 1900 (y aparte de los Estados Unidos), en Rusia y el Japón, no eran áreas precisamente de madurez política. En realidad, lo que había cambiado era el ambiente social, y esto porque en la Europa de Occidente la revolución industrial había sido absorbida. En su fase gestativa, esta revolución había supuesto la ruptura de una parte tan considerable del entramado social aceptado, que la guerra de clases siempre estaba a punto de aflorar a la superficie. Incluso en países como Francia no provocó una guerra civil, el conflicto de clases que acompañó la gran metamorfosis económica llegó a ascender a un grado tan elevado que dejó de ser comprensible para quienes vivían en los países plenamente desarrollados. Las doctrinas revolucionarias socialista y anarquista eran extrapolaciones de un estado de cosas que unas cuantas décadas después terminaron por considerarse características de los países atrasados. Lo mismo puede decirse de las condiciones laborales y de nivel de vida de la clase trabajadora. El medio ambiente que queda reflejado en la literatura socialista aparecida entre los años 1830 y 1870 era el de la «acumulación primitiva» tal como queda definida en los pasa-

1. Y muy probablemente también en Europa continental del Oeste; cf. Clapham, *Economic Development of France and Germany*, pág. 406: "Existían algunas pruebas, en los años 1901-14, de un ligero empeoramiento del nivel de vida. Francia y Alemania tuvieron que pagar el precio de las políticas de la paz armada y la autosuficiencia económica".

jes descriptivos de *El Capital* y en los estudios de Engels de los años 1840. Representaba la condición única de una barbarie social característica de un período en que las clases recientemente surgidas de los pequeños empresarios industriales se veía obligada a acumular capital por todos los medios a su alcance, y trataba naturalmente de extraer el máximo potencial laboral de la fuerza de trabajo de que disponían. Con la maduración progresiva del capitalismo industrial, incluyendo la aparición de unidades mayores y más estables y la desaparición de la competencia sin trabas, las condiciones laborales se hicieron menos crueles, y las tensiones remitieron. Los índices relativos de crecimiento poco, o nada, tenían que ver con ello.

Desde un punto de vista liberal lo contradictorio en todo lo que venimos viendo era que el apartamiento de la política de libre comercio ocurrió precisamente en el momento en que empezaban a cosecharse los frutos del *laissez-faire*¹. Desde luego, constituye ésta una forma algo partidista de plantear el asunto. De la misma manera podría decirse que el liberalismo había liberado fuerzas que no podía controlar; así le ocurrió a Gran Bretaña que después de haber acunado la revolución industrial, no logró mantener la posición dirigente que había ocupado durante el tercer cuarto del siglo XIX. Algo de verdad existe en ambas afirmaciones, aunque en relación a Europa Central y del Este sería más exacto decir que el liberalismo había fracasado. El apogeo de la influencia política lo alcanzaron los partidos liberales de Alemania y Austro-Hungría hacia 1870, y lo que consiguieron entonces distó mucho de introducir el régimen parlamentario en esas áreas, sin hablar ya de la democracia; aunque se las arreglaron para implantar el imperio del derecho. Aquí, si es que pueden hallarse en algún sitio, se encuentran las raíces del consiguiente desarrollo de la socialdemocracia hasta alcanzar una posición no igualada por los movimientos obreros de la Europa occidental hasta mucho más tarde. Por el contrario, la índole predominantemente agraria de la Europa Central y oriental —que dotó a los gobiernos de una base conservadora, obstaculizó la reforma política y lanzó al movimiento obrero pujante decididamente a la derecha— limitó también la perspectiva del socialismo democrático al enfrentar a campesinos y obreros de la ciudad. Esto iba a convertirse en el principal problema táctico de los partidos socialdemócratas a partir de 1890.

La decadencia progresiva del influjo liberal en la Europa del

1. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 766 y ss.; para el cambio importante y a largo término quizá decisivo del clima intelectual de la época a partir de 1890, cf. H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society*, Nueva York, 1958, *passim*.

Oeste producida a partir de la década de 1890, no podía achacarse en su mayor parte a las circunstancias exteriores. Ya no había más baluartes de la autocracia a los que se tuviera que tomar al asalto, aunque las presiones clericales y el electorado campesino conservaban importancia en Francia e Italia, sin hablar de España, a donde en realidad no había llegado el mundo moderno. Cuando las mayorías parlamentarias y liberales no lograron introducir la edad de oro, había que arbitrar otras explicaciones. Hasta cierto punto, ello es igualmente cierto en Inglaterra, en donde resultó bloqueado el feliz término del programa liberal, casi hasta la víspera de 1914, por la Cámara de los Lores, la complicación irlandesa, y la explotación conservadora de la nada santa trinidad constituida por el proteccionismo, el nacionalismo y el imperialismo. Pero el imperialismo estaba realizando incursiones con éxito hasta en el campo liberal, habiendo logrado adeptos incluso entre los socialistas¹. En Alemania encontró poca oposición para pasar de un proteccionismo agrario e industrial, de los años 1880, al colonialismo agresivo, la construcción de una potente flota naval, y el imperialismo de la era wilhelminiana, y no hubo en absoluto ninguna oposición del ala nacional-liberal del liberalismo de clase media. Esto no se debía (como los historiadores alemanes del período trataban de imbuir al público), a que los intereses comerciales de Alemania exigieran esa política, sino a que los centros comerciales carecían de capacidad para imponer una actitud racional al gobierno imperial. Pero los resultados fueron los mismos; Alemania se apartó de la política que en la generación pasada había mantenido a Europa más o menos en paz.

Esos acontecimientos ofrecían sus paralelismos en la esfera intelectual. Parece aconsejable emplear esta fórmula prudente en vez de insistir en que ciertos cambios en el clima mental fueron el «reflejo ideológico» de una situación alterada. La nueva visión dentro de la filosofía, la ciencia y la literatura derivó en parte de un debilitamiento de la fe liberal, y esto puede enlazarse con la mermada confianza que la clase media tenía en sí misma, enfrentada a su propia obra y carente ya de la certidumbre de

1. Cf. Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform*, Londres, 1960, *passim*. Siempre es posible descubrir corrientes contrarias, pero parece un poco rebuscado ver un significado antiimperialista en la elección victoriosa obtenida en 1906 por el partido liberal (como hace Schumpeter, por ejemplo, *op. cit.*, página 767). Al fin y al cabo, el gobierno liberal de 1906-14 desarrolló una política exterior que apenas difería de la de su predecesor. El liberalismo británico era antiproteccionista, pero no fundamentalmente antiimperialista, lo que es una distinción importante. La pura lógica de la economía del libre comercio se detenía precisamente allí donde las inversiones ultramarinas se hallaban en juego.

que el mundo del capitalismo industrial correspondía a los vaticinios optimistas de la Ilustración. Pero también puede mantenerse que el movimiento liberal titubeó ante la resistencia mostrada por el universo viejo e inmovible del tradicionalismo conservador. Según este enfoque de la situación, la crisis en un principio asociada a la Revolución francesa y la revolución americana, había sido ahora remontada y la sociedad burguesa se había hecho conservadora. Si este análisis es correcto, correspondía al movimiento socialista tomar el relevo de la marcha hacia adelante desde el momento en que el radicalismo de clase media se había detenido. Resumiendo, el anterior puede ser considerado como un característico análisis socialista de la realidad europea occidental de la época que siguió a 1880. Existen por supuesto formas distintas de analizar la cuestión. En los Estados Unidos, la democracia radical, tal como venía representada por Henry George en la economía, o por W. J. Bryan en la política, suponía el agrarismo, no el socialismo. Incluso en la misma Inglaterra todavía era posible en la década de 1880 que los aliados de Chamberlain casaran un programa de legislación social e industrial con promesas —claramente utópicas— de «tres acres y una vaca» asignables a los campesinos sin tierra. Había algún fundamento teórico para los planes de nacionalización de la tierra en las doctrinas sobre la renta que había transmitido Ricardo a sus partidarios hasta llegar a John Stuart Mill, incluyendo también a éste; y al menos Mill se tomó esta herencia lo bastante en serio como para interesarse personalmente en propuestas prácticas de reforma agraria. Pero por la época en que el partido liberal había caído bajo la férula de Lloyd George, poco antes de la primera guerra mundial, el ataque tradicional contra la oligarquía terrateniente perdía su capacidad de movilizar al electorado si se le enfrentaba a los nuevos planes «colectivistas» para poner término a la miseria de las ciudades y el desempleo. Naturalmente, no se abandonaron los viejos lemas, pues aún significaban no poco para muchos liberales, y también para teóricos sociales que mostraban simpatía por los objetivos generales del partido; pero su encanto había empezado a desvanecerse. En contraste con ello, la legislación social ofrecía más interés. Para un movimiento que en su momento se había basado firmemente en el apoyo del mediano empresario, el partido liberal había llegado, cerca ya de 1914, a aproximarse peligrosamente al juego del «colectivismo»¹.

1. Lynd, *op. cit.*, págs. 108 y ss., Beatrice Webb, *Our Partnership*, ed. B. Drake y M. Cole, Londres, 1948, págs. 105 y ss. La historia primitiva de la sociedad fabiana había sido historiada por algunos de sus fundadores, pero para una visión interna de la labor de la sociedad en la tarea de «impregnar» la opinión

La mención de Mill sirve como recordatorio de que existían formas opuestas de interpretar su legado. En lo que sigue habrá que dedicar por fuerza cierta atención a la disputa entre las tendencias «radical» y «revisionista» de la Europa continental; mientras que desaparecerá necesariamente de nuestra imagen el fabianismo. Sin embargo, las raíces fabianas de gran parte de lo que se denominaría más tarde, en Alemania y en todas partes «revisionismo» saltaban a la vista, al tiempo que era igualmente obvio que en Inglaterra no existía ya una clara línea divisoria entre liberalismo y «colectivismo»; puesto que los partidarios de las dos escuelas tenían costumbre de invocar a Mill, no es inoportuno indagar en dónde se sitúa en relación a la materia. Para los estudios de sus obras no constituye esta una cuestión difícil, y cualquier duda que pueda restar queda debidamente zanjada con la reflexión de que el movimiento laborista británico probablemente sabía lo que estaba haciendo cuando incorporó la esencia de las doctrinas de Mill dentro de su filosofía social. En pocas palabras, esas enseñanzas significan una aceptación del socialismo en cuanto el *término probable* y la *meta apetecible* de la civilización moderna¹. Con todo, esta actitud no se basaba en una postura pesimista de las realizaciones futuras del capitalismo, sino más bien en la creencia de que en buena parte se había resuelto el «problema de la producción», de lo que se seguía que la sociedad podía comenzar ya a ocuparse del «problema» infinitamente más agradable «de la distribución». Por supuesto, si se adopta la doctrina marxista de que «las relaciones de producción» predominan, tales nociones se antojarán irremisiblemente anticientíficas; pero no estamos obligados a tomar postura. Lo importante es que de las obras de Mill se podía deducir una doctrina del socialismo evolutivo. Y así se dedujo en efecto: la filosofía que preside los *Ensayos Fabianos* originales es plenamente la de Mill; y en este sentido la crítica del capitalismo avanzada en esa obra fecunda puede calificarse de gigantesca nota marginal a los *Principios*. No descubrimos nada sorprendente con ello; en última instancia, Marx y Mill habían partido de Ricardo. Si se contemplaba la revolución industrial en relación con sus efectos sobre la sociedad en su conjunto y no sólo sobre los empresarios, se seguía naturalmente un interés por materias tales como clase, ingresos y

liberal, las fuentes clásicas continúan siendo los diarios de la señora Webb, independientemente de que proporcionan un cuadro fascinante de la política y la sociedad británicas.

1. Cf. en particular el prefacio a la tercera edición de los *Principios* de 1852, y las modificaciones introducidas en el texto del capítulo 7 del Libro IV.

desigualdad social; y eso era justamente lo que constituía el puente entre liberalismo y socialismo evolutivo. Por supuesto, esta relación no era visible más que a los intelectuales; pero entonces los intelectuales se vieron obligados a tomar las riendas del movimiento socialista como de todos los demás movimientos. Si había una diferencia entre el socialismo fabiano (o milliano), y las escuelas rivales, no residía en el origen social de sus partidarios respectivos, pues las diminutas sectas marxista y anarquista de Gran Bretaña estaban igualmente dominadas por intelectuales, sino en la influencia respectiva que ejercían sobre la opinión pública y el movimiento obrero naciente.

Una situación de este tipo sólo podía producirse en un país que estuviera plenamente industrializado y donde el liberalismo hubiese triunfado efectivamente. Partiendo de esta base, resulta asimismo claro porqué el «revisiónismo» alemán estaba abocado al fracaso. Pero existe otro aspecto de la cuestión. Conforme a los principios millianos (o fabianos, que viene a ser lo mismo), se supuso —aunque no siempre se afirmara con claridad— que el advenimiento gradual del socialismo implicaba la «socialización» de todos los estratos, ya que deberían adaptarse a una forma de vida más colectivista en la que las autoridades públicas —el Estado— asumirían el control de amplios sectores de actividad dejados hasta entonces en manos de la iniciativa privada. Esto era una previsión acertada, así como un ensayo interesante de sociología aplicada, y en realidad gran parte del éxito de la propaganda fabiana se debía a su monopolio casi absoluto del pensamiento sociológico en un medio todavía dominado por formas de teorización sobre los conjuntos sociales de naturaleza precientífica¹. Pero era además una conclusión que contradecía el ímpetu original del pensamiento liberal radical, y por tal razón algunas personas que de otra forma podían haber simpatizado con el nuevo movimiento experimentaron una sensación de agudo resentimiento. Ya que no volveremos más sobre Mill o los fabianos, nos queda aún por decir que esta variante particular de socialismo se ha mostrado enteramente adecuada a un entorno como el que Inglaterra facilitaba. Muy probablemente representa la forma típica con que el socialismo brota de su antecesor liberal, bajo condiciones en que puede afirmarse que el liberalismo ha

1. Cf. *Fabian Essays* (publicados por primera vez en 1889, nueva edic. en Londres, 1950), *passim*. La cuestión se plantea con toda claridad en la introducción de Sidney Webb a la nueva edición de 1920, pero el prefacio de Shaw a la edición de 1908 lo pone ya bien de manifiesto. Por supuesto, los fabianos nunca afirmaron explícitamente que se consideraban a sí mismos como el núcleo de una nueva élite gobernante; hubiera sido una imprudencia hacerlo así. Empero es menos cierto que eso era lo que su planteamiento suponía desde un principio.

cumplido ya su tarea. En una situación de este tipo el único problema que subsiste radica en cómo puede hacerse funcionar una economía planificada; y a esta pregunta el socialismo fabiano aportó al menos una respuesta posible, aunque existieran otras. En efecto, en uno de sus aspectos el fabianismo resulta ser una anticipación de lo que ahora se conoce diversamente como la era de la planificación, la aparición de la tecnocracia, o la revolución directorial. Esto serviría para inspirarnos un vivo respeto por el realismo de sus fundadores, pero sigue siendo un hecho que esta especie particular de socialismo moderno se define como el resultado de una situación, en la cual las metas radicales ya no son compatibles con las soluciones liberales. De haberse comprendido mejor esta circunstancia, podría haberse ahorrado una buena parte de discusiones escolásticas sobre los méritos respectivos de las doctrinas marxista y fabiana.

Antes de que esta explicación introductoria concluya debemos tratar brevemente de dos temas relacionados entre sí: el avance de las tendencias imperialistas a partir del año 1880 y la paulatina aparición de ciertas actitudes intelectuales que apuntan a la desintegración de algunas certezas tradicionales del liberalismo; en especial el surgimiento de lo que se ha denominado el «darwinismo social». Tengan o no esas corrientes un origen común, lo cierto es que manifestaban una marcada afinidad entre sí, y en última instancia su confluencia dio lugar a una visión distinta de las cosas que apenas si tenía nada que ver con el liberalismo clásico. Dentro del período que estamos comentando, esas inquietudes tan sólo habían empezado a adquirir forma; la cristalización final había de producirse después de 1918, pero la mayoría de los factores que intervenían en esa nueva síntesis se hallaban ya presentes antes de la primera guerra mundial.

En lo que al imperialismo respecta, lo que importa es evidentemente su nacimiento posliberal después de 1870. No es cuestión ahora de retroceder a la historia de un fenómeno tan antiguo. Lo que a nuestros efectos interesa es que la era de libre comercio no culminó —como esperaban sus protagonistas firmemente— en la disolución del viejo vínculo proteccionista-colonialista-militarista, sino que por el contrario echó las bases de un nuevo y fantástico afloramiento de aquellas tendencias a partir de los años 1880, que siguió al balbuceo anticipado de la década anterior. Fue eso, y no la permanencia de la anticuada «política de fuerza» de Europa del Este y Central —gobernada como antes por las monarquías autocráticas o semiautocráticas— lo que quebrantó la confianza en la capacidad de liberalismo para disolver las estructuras políticas tradicionales. Resultaba igual que los libe-

rales se adaptaran a la nueva dirección (como hicieron en su mayor parte) o que entablaran contra ella una acción de retaguardia sin éxito. En uno u otro caso se vieron obligados a sufrir la derrota; y eso es lo que sucedió de hecho¹.

Por razones evidentes, el nuevo movimiento estuvo acunado en el último periodo de la Inglaterra victoriana; y su emergencia en cuanto factor político (lo que tampoco puede sorprender), coincidió con los últimos efectos de la gran quiebra económica de 1873 que inauguró un nuevo clima mental en Europa del Oeste². Para el partido conservador se trataba de recuperar su influencia y de apartar al electorado del liberalismo gladstoniano. La «democracia tory» y la «reforma social» constituían parte de la mezcla, pero el imperialismo se convirtió en el ingrediente principal, y a partir de ese momento y durante mucho tiempo facilitó un concepto unitario que reconciliaba a los votantes de la oligarquía dominante e hizo que cualquier otra actitud se antojara antipatriótica:

Se expresó con la fórmula de «federación imperial». Las colonias, de las que Disraeli había escrito en 1852: «Esas colonias miserable... es la soga que tenemos al cuello»... esas mismas colonias iban a convertirse en miembros autónomos de un imperio unificado. Este imperio iba a formar una unión aduanera. El suelo libre de las colonias iba a quedar reservado para los ingleses. Llegaría a crearse un sistema de defensa uniforme. La estructura se vería coronada por un órgano representativo central con sede en Londres, que crearía una estrecha y activa conexión entre el gobierno imperial y las colonias. El recurso al sentimiento nacional, la consigna contra el cosmopolitanismo «liberal», ya había surgido con acritud, de la misma forma en que sucedió luego con la agitación financiada por Chamberlain, sobre el que cayó la protección de Disraeli. Por sí mismo el plan no mostraba ninguna tendencia a extenderse más allá del «imperio», y una buena definición del mismo

1. La bibliografía sobre el tema es inmensa, pero el estudio de J. A. Hobson, *Imperialism* (publicado por primera vez en Londres, 1902, edic. revisada de 1928), continúa siendo la crítica clásica del imperialismo desde la perspectiva del anti-cuando liberalismo cobdenita; cf. también J. A. Schumpeter, *Imperialism and social Classes*, ed. Sweezy, 1951. De los autores marxistas hablaremos más tarde.

2. «La campaña electoral de 1874, o para fijar la fecha con exactitud, el discurso de Disraeli en el Palacio de Cristal en 1872, marcó el nacimiento del imperialismo como el reclamo de la política interna.» Schumpeter, *op. cit.*, pág. 12; cf. también Ensor, *op. cit.*, pág. 31.

era y sigue siendo «la salvaguarda del imperio». Si a pesar de ello englobamos el plan de la «Federación imperial» bajo el título de imperialismo, esto se debe a que su tarifa protectora, sus sentimientos militaristas, su ideología de una «Mayor Gran Bretaña» unificada, anticipaban corrientes vagamente agresivas que pronto habrían aflorado lo bastante a la superficie si el plan hubiera pasado alguna vez de la esfera del lema al campo de la política efectiva¹.

Gran Bretaña tenía medios de reconciliar liberalismo e imperialismo, si éste no significaba otra cosa que la promoción oficial de las inversiones extranjeras y una política colonial que no excluyera totalmente la concurrencia; y al final el ala dominante «imperialista liberal» del partido liberal adoptó de alguna forma esa solución difícil. Existía un precedente del caso en el primer compromiso que había mantenido unida la coalición *whig*-liberales durante la década de 1850, a pesar del desagrado mutuo entre Palmerston y Cobden; y acaso, retrocediendo aún más, en el efecto duradero de la tradición *whig*, que era mercantilista y colonialista hasta el máximo, aunque se encaminara también hacia la liberación de las importaciones. Pero al mismo tiempo, la idea de que mercantilismo y proteccionismo son sinónimos es una ilusión alemana. Los fundadores del segundo imperio británico, el imperio que sobrevivió a la pérdida de las colonias americanas, lo sabían muy bien. Fue *después* de este rudo golpe (y la simultánea recuperación de Canadá), cuando Huskinson —un conservador convertido al libre cambio— advirtió a sus compatriotas: «Inglaterra no puede permitirse ser menos. Debe ser lo que es, o no ser nada»². Bajo esta perspectiva que estimaba el imperio como una extensión del comercio ultramarino, podían reconciliarse el imperialismo y el liberalismo, mientras no había ninguna tendencia a erigir una barrera aduanera que protegiera todo el imperio y defendiera el cerco por la fuerza de las armas frente a quien

1. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 12-13. La frase final más bien gratuita es quizás atribuible al hecho de que en la época en que se escribió (1919), el autor creía importante subrayar la diferencia entre el "imperialismo liberal" del gobierno británico anterior a 1914, y las ideologías y políticas muy apartadas del liberalismo de las potencias centrales durante la primera guerra mundial, que entonces acababa de concluir. Pocos historiadores modernos mantendrían con el mismo grado de confianza que Disraeli y Chamberlain no lograron atraerse a sus conciudadanos al menos temporalmente. Cf. Semmel, *op. cit.*, *pássim*; A. P. Thornton, *The Imperial Idea and its Enemies*, Londres, 1959; para los imperialistas liberales, cf. J. Gallagher y R. Robinson, "The Imperialism of Free Trade", *Economic History Review*, vol. VI, n.º I, 1953.

2. C. R. Fay, *English Economic History*, Cambridge, 1940, pág. 7.

tratara de entrar en él. Este objetivo se convirtió por último en el concepto *tory* de imperio. Asimismo, también representaba lo que querían significar los apologistas alemanes del imperialismo de la era wilhelmiana; pero incluso antes de su breve apogeo, los historiadores alemanes de la economía, cual Bücher y Schmoller (prosiguiendo la línea trazada por List una generación antes) modificaron en el concepto de mercantilismo de forma que se volviera sinónimo de proteccionismo industrial o nacionalismo económico: política que la Alemania bismarckiana introdujo efectivamente durante la década de 1880. Esos hombres eran los contemporáneos de Marx y Engels, y los líderes de la socialdemocracia alemana adoptaron oponiéndose deliberadamente a las ideas de aquellos una orientación más o menos consistente en favor del libre cambio, al menos a partir de los años 1890. En este respecto se guiaban por el progresivo abandono de Engels de su simpatía original por la defensa del nacionalismo y proteccionismo de List, y su adopción de la entrega incondicional de Marx al libre cambio. Esa actitud no iba a ser bien acogida por todas las secciones del movimiento obrero alemán, pero mientras prevaleció constituyó un lazo de unión entre el movimiento y la vacilante oposición liberal¹.

Respecto al movimiento obrero europeo de los años 1890, y la década anterior a la guerra, el rechazo del imperialismo, aunque también necesariamente del proteccionismo, formaba parte de la lucha por la democracia. Esta exigía al menos que el electorado se erigiera en juez último de sus propios intereses, que probablemente no progresarían con las inversiones no reguladas del capital en las colonias, sin olvidar las guerras entabladas en interés de aquellas inversiones. La convicción de que los gobiernos, o las legislaturas dominadas por los grandes intereses financieros, iban a seguir con toda probabilidad políticas de guerra, se extendió lenta pero persistentemente a partir de la década de 1880, fecha en que la intervención conjunta anglo-francesa en Egipto y la partición de África brindaron al público el espectáculo de rivalidades ultramarinas que incidían en las tradicionales enemistades nacionales de cada país. Naturalmente, esto no representaba nada nuevo para las oligarquías gobernantes que siempre habían sido

1. Alexander Gerschenkron, *Bread and Democracy in Germany*, University of California Press, 1943, págs. 43 y ss. En un principio había existido una diferencia notable entre las actitudes respectivas de Marx y Engels respecto al tema de la protección, pero hacia la década de 1870 esto había dejado de importar porque el argumento de la "industria en pañales" ya no tenía mucho peso en relación a las condiciones alemanas; cf. Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín, 1958, págs. 48, 62-3.

conscientes de que las tensiones europeas posiblemente se agravarían por el choque de los intereses en el exterior. Pero resultó un descubrimiento desagradable para el público de clase media de ideas liberales, al que se había enseñado a creer que habían pasado ya las épocas tenebrosas de las luchas mercantilistas por las «esferas de influencia». La desilusión adquirió en Inglaterra caracteres particularmente amargos, pues allí los intelectuales liberales habían logrado convencerse de que su credo político —incluyendo el cálculo hedonista que lo sustentaba— se había convertido verdaderamente en el credo de los industriales (si bien no de la oligarquía terrateniente, de la que no cabía esperar que compartiera esos sentimientos ilustrados). El despertar, que se inició con la guerra boer de 1899-1902, fue lo bastante violento como para lanzar secciones enteras del viejo movimiento radical al campo socialista, aunque hasta poco antes del radicalismo democrático de 1914 todavía se hallaban adheridos en su mayoría al ala izquierda del partido liberal. En este momento la primera guerra mundial señaló la gran división: después de 1914-18 la oposición radical al imperialismo dejó de ocupar un lugar dentro de los efectivos liberales¹.

Esos liberales de izquierda reaccionaron en primer lugar contra un cierto tipo de mentalidad que, hablando por encima, puede definirse como jerarquizante y autoritario. En el aspecto social significaba que los estratos superiores de la clase media, en especial los ligados a los servicios militares y a la administración colonial, se habían venido contagiando de los rasgos de la clase dominante. En sus orígenes esta actitud reflejan una sociedad en la que las relaciones de clase dependían del *status* más que del pacto, y estaban cimentadas en la veneración por una jerarquía social dominada por la aristocracia de la tierra. Cuando se aplicaba al universo más fluido de los grandes negocios, cuyos títulos acreditativos descansaban en las realizaciones personales más que en el *status* hereditario, el ethos de la clase dominante adoptó un tinte diferente pero seguía siendo autoritaria y anti-democrática. Su idea central era la necesidad de una élite consciente de sí misma que dirigiera los asuntos comunes de la sociedad. En donde la aristocracia ejercía aún importantes funciones de gobierno, tal como ocurría en la Gran Bretaña victoriana y eduardiana, esas ideas se vieron reforzadas por la tradición,

1. Cf. *Beatrice Webb's Diaries 1912-24*, Ed. M. Cole, Londres, 1952, pássim; R. B. McCallum, *Public Opinion and the Last Peace*, Londres, 1944, págs. 86 y ss. En esta obra se describen bien las circunstancias que arrojaron un número cada vez mayor de liberales de izquierda al partido laborista, por medio de la reacción pacifista contra la guerra y sus consecuencias.

mientras su difusión entre la clase media resultó fuertemente respaldada por el vínculo imperial. Era lógico que un *whig* aristocrático como Rosbery se convirtiera durante un tiempo en el representante más destacado de la escuela liberal imperialista. Para él y sus iguales el Imperio no era algo vulgar:

¡Cuán maravilloso es todo él! No levantado por santos y ángeles, sino por obra de las manos de los hombres; cimentado con la sangre honrada de los hombres y con un mundo de lágrimas, fundido por los mejores cerebros de los siglos pasados; no desprovisto de la mácula y la censura que son accidente en toda obra humana, pero construido en su conjunto con un fin puro y grandioso. Humano, y sin embargo no solamente humano, pues hasta el más desatento y cínico debe descubrir la mano de lo divino¹.

Semejantes galas líricas no dejaban de ser características, pues si los demócratas radicales gravitaban cada vez más hacia el pacifismo, y finalmente hacia el socialismo, sus oponentes tenían que buscar también una nueva base sobre la que establecerse. A partir de 1880 el imperialismo, además de constituir —por así decirlo— un ingrediente normal de la política del gobierno, fue transformándose en una ideología, y en cuanto tal en un enemigo del credo democrático; esto era en sí mismo un tributo invertido a la democracia, pues aparte del marco de la discusión pública y de las elecciones populares, ese nuevo fenómeno resultaría totalmente incomprensible. Si se las hubiese dejado a su aire, las clases gobernantes se habrían contentado con seguir sus objetivos tradicionales, que por supuesto comprendían la salvaguarda, y cuando era posible la extensión, de las posesiones imperiales, sin añadir la ayuda de una ideología; pero en la época de la democracia no bastaba con proseguir una línea expansionista: tenía que existir un credo para que le sirviera de contrafuerte, especialmente si la política no iba muy de acuerdo con los intereses de la mayoría. Así pues, el imperialismo se convertía ahora en el foco de una ideología recién acuñada por la clase dominante y todo lo que parecía cooperar a sus fines, desde la selección natural hasta la eugenesia, se puso a su ser-

1. Rosebery, citado por G. Bennet, en *The Concept of Empire*, Londres, 1953, págs. 326-7; para una visión menos exaltada sobre el tema cf. John Strachey, *The End of Empire*, Londres, 1959.

vicio¹. En particular el racismo y el «darwinismo social» eran auténticos aliados y se les hizo desempeñar varios cometidos no combatientes en el contraataque lanzado contra la democracia. Nada había de nuevo en la creencia de que ciertos grupos estaban dotados por la naturaleza o la historia de un especial talento para mandar a los demás y mantener realizada la obra del mundo con el máximo de eficiencia y celeridad; pero ahora se podía alardear de esas ideas al ir respaldadas por la autoridad de la «ciencia». La circunstancia de que también prestaron útiles servicios, persuadiendo a gobiernos y parlamentos de que no pusieron en marcha una excesiva legislación social, las encareció naturalmente a los ojos de los empresarios, y con la misma fuerza debilitó la fidelidad de la clase media al viejo liberalismo igualitario. Se convirtió en algo común mantener que quienes se situaban en la base de la pirámide social se hallaban allí porque eran incapaces de ascender más alto, y que los cambios de ambiente o educación poco podían hacer para alterar este estado de cosas. Por razones evidentes esas ideas no fueron muy celebradas por el movimiento obrero, que de esta forma se vio obligado en la práctica a aceptar la herencia de la tradicional fe radical en la perfectibilidad de las cosas humanas. Esto, y no otra cosa, ayuda quizás a explicar por qué en el período que aquí consideramos el socialismo se convirtiera en el principal depositario de todo plan que diera una esperanza a la mejora de la humanidad. No es que los socialistas tuvieran el monopolio del espíritu reformador: para desechar esa idea, sólo es necesario mencionar el feminismo y el pacifismo. Pero al menos en el continente esas corrientes tendían cada vez más a incorporarse al movimiento socialdemócrata, e incluso a afectar su visión fundamental de la sociedad. En particular, el modo de pensar feminista fue acentuándose conforme transcurría el tiempo y probablemente ayudó a dar un énfasis un tanto desproporcionado a los aspectos más agradables de la vida. Resultaba un tanto curioso que los socialistas se interesaran sistemáticamente por temas tan desagradables como los asuntos extranjeros o los problemas militares.

1. Schumpeter, *History*, págs. 788 y ss. No hay que exagerar la responsabilidad de Darwin o Spencer por el uso que se hizo de sus ideas. Pero no deja de ser cierto que el propio Darwin empleó conceptos radicales para ilustrar sus planes sistemáticos. Cf. la edición abreviada de la *Life and Letters* (1887), ed. a cargo de Francis Darwin, 1892, nueva edición Nueva York, 1958, pág. 69: "Las razas más civilizadas, llamadas caucásicas, han vencido en la lucha por la existencia a la turca inferior. Mirando a una época no muy distante del mundo, qué sinnúmero de razas inferiores habrán de ser eliminadas en todo el mundo por las razas más altamente civilizadas". No se trataba de sentimientos de un *tory*: Darwin se consideraba liberal.

El «darwinismo social» representaba una corrupción del positivismo, que abandonó sus previsiones más esperanzadoras y las reemplazó por una fe en leyes de hierro que por curiosa coincidencia garantizaban tanto una especie de «progreso» como la persistencia del *statu quo*. La reacción a este género de fatalismo subrayó por necesidad el elemento de cambio, y por consiguiente el de responsabilidad humana. Esto explica la razón de que el marxismo ejerciera un efecto liberador en los intelectuales de izquierda de la década de 1890, sin olvidar su insistencia en las «leyes» de desarrollo social. Tocamos aquí una de las cuestiones clave del debate posterior acerca de la «revisión» de la doctrina marxista: ¿Hasta qué punto era compatible el materialismo con la creencia en la capacidad del hombre para modificar su medio a través de la acción consciente? Según la posición en que se situaran respecto a esta pregunta, los «revisionistas» y los defensores «ortodoxos» de la doctrina (tal como la formulara Engels), adoptaron puntos de vista diferentes sobre la capacidad que para sobrevivir tenía la civilización burguesa. Sin embargo, veremos que el vacío político entre «reformistas» y «radicales» no correspondía a su alineación ideológica. La ortodoxia marxista era plenamente capaz de conferir una notable pasividad a las cuestiones políticas, mientras algunos de los «revisionistas» más prominentes distaban mucho de ser pacíficos «reformistas». Esta situación tenía su reverso: en Inglaterra, en donde el marxismo careció de influencia antes de 1918 y apenas si tuvo ningún representante capaz, el idealismo filosófico apuntaló en ciertos casos una crítica radical de las instituciones existentes. El énfasis neohegeliano en el Estado y en la colectividad se puso de moda a través de la universidades entre los miembros de la élite gobernante, quienes se vanagloriaban de su emancipación del anticuado liberalismo de *laissez faire*: tanto el «liberal imperialista» Haldane como el próconsul *tory* del Imperio, Milner, tenían establecidos vínculos con los fabianos. Estos a su vez, al menos en las personas de los Webbs, sus dirigentes intelectuales, compartían el nuevo credo imperial. El denominador común el desprecio por el *laissez faire*, y una disposición totalmente nueva al empleo de la coacción política —el Estado— con el fin de remodelar la sociedad.

Es importante que llegados a este punto tomemos contacto con uno de los problemas clave de la historia intelectual moderna: la relatividad de los ideales políticos y la cuestión íntimamente relacionada de los juicios de valor éticos; pero no como un árido problema epistemológico, sino como una cuestión de importancia vital para la cultura de esa época concreta que, hablando a grandes rasgos, constituía la época de decadencia del liberalismo

europeo¹. Si en general puede decirse que «la filosofía redescubre en el mundo ese mismo esquema de representación que a través de un proceso necesario se había proyectado al mundo a partir de la estructura y las instituciones de la sociedad durante sus primeras etapas de desarrollo»², no cabría sorprenderse al descubrir que los debates intelectuales del período giraban en torno a algunos de los principales elementos constituyentes del credo liberal y humanista: libertad, racionalidad, y democracia. En efecto, se hallaban ahora sometidos a ataque, y el movimiento de sentido contrario no surgió de factores externos, sino de la desintegración de la propia tradición liberal. Los socialistas —especialmente los integrados en el marxismo— seguían considerándose en esta época libres de este asalto en alza. Sólo más tarde, durante la era fascista, aprendieron en su propia carne que ninguna sección del ejército humanista queda libre de la amenaza. Sin embargo, respecto al período a que venimos refiriéndonos, sigue en pie la afirmación de que la crisis afectaba principalmente a la concepción liberal reinante, que era también la ideología tradicional de la burguesía europea. Esa clase se hallaba ahora cerca de sufrir un prolongado bombardeo ideológico antes de verse expuesta a la conmoción traumática que supuso la primera guerra mundial. Ya se han indicado con brevedad algunos de los factores que coadyuvaron a la desintegración de esta forma habitual de vida. Ninguno es suficiente por sí mismo para explicar la gravedad de la crisis que por primera vez se manifestó en 1914-18, pero consideradas las pruebas en su conjunto apuntan a una pérdida gradual de convicciones —políticas, intelectuales y morales— del tipo de las que acostumbran a presagiar una nueva e importante orientación cultural.

No es preciso seguir el hilo del problema de causas y efectos, pues más allá de un cierto estadio, un movimiento de este tipo llega a ser acumulativo y se nutre de su propia lógica. La intención de estas observaciones previas quedará lograda si se pone de manifiesto que aquí se considera la aparición del socialismo marxista entre 1871 y 1918 en la perspectiva de una transformación que afectó al conjunto de la sociedad europea. Por descontado, hubo otros síntomas del mismo proceso. Por ejemplo, el sorprendente resurgimiento del catolicismo político en Europa occidental. Con todo, nos vemos obligados a limitar nuestro campo a una serie única de circunstancias; e incluso en este caso es necesario recordar que no tratamos, estrictamente hablando,

1. Hughes, págs. 278 y ss.; Schumpeter, *op. cit.*, págs. 804 y ss.

2. F. M. Cornford, *From Religion to Philosophy*, Nueva York, 1957, pág. 126.

de «hechos» en el sentido usual, sino de «situaciones» en las que ideas y acontecimientos se hallan indisolublemente ligados. La crisis de la civilización liberal o de la sociedad burguesa, si así se prefiere, no sólo abarcaba a las formas sociales, sino a los valores incorporados al tejido de la existencia personal y comunal. Esta verdad se hizo lo bastante clara cuando, con motivo del hundimiento de la integración liberal en la Europa continental que siguió a la guerra de 1914-18, desencadenó fuerzas destructivas e irracionales inopinadas en la filosofía confortable de la época burguesa; pero con un procedimiento de mayor altura teórica deberían haberse percibido antes. En definitiva, el pensamiento no está relacionado con la circunstancia en bruto, sino con la representación de la realidad en la que la mente contribuye con su aportación. Las filosofías materialistas no constituyen una excepción a esta regla, aunque sus partidarios tienden a presentarse como los únicos capaces de intervenir. Si la historia del marxismo en este período que consideramos encierra alguna lección, consiste en que la simple fe en la omnipotencia de la «ciencia positiva» puede convertirse a su vez en una ilusión filosófica.

MARXISMO, ANARQUISMO, SINDICALISMO

Lo que hasta aquí venimos diciendo se refiere a la desintegración del liberalismo principalmente en Inglaterra y Alemania y al desarrollo de las tendencias socialistas situadas a la «derecha» del marxismo socialdemocrático. Pero la socialdemocracia tenía también rivales en otro flanco, en especial, en Francia, Italia y España, en donde el anarquismo había marcado profundamente lo que quedó del movimiento obrero después de la catástrofe de la Comuna de París. No es excesivo afirmar que el marxismo tal como se constituyó alrededor de 1890 constituía primordialmente un fenómeno europeo central, mientras que en la Europa occidental su avance se vio retardado por la herencia proudhoniana del sindicalismo apolítico, y en el Sur se le enfrentaba el anarquismo en su forma clásica completada con el rechazo, por principio, del Estado y la sociedad. Marx y Engels enseñaron a sus partidarios a contemplar esas tendencias como expresión del atraso y la inmadurez, y a contar con su desaparición tras el nacimiento de un proletariado industrial moderno. Esta esperanza quedó defraudada cuando apareció el sindicalismo como sucesor del anarquismo, no sólo en España y Francia sino extendido por todos los países de Europa occidental e incluso Norteamérica. En efecto, los sindicalistas rechazaron el modelo socialdemócrata, mientras adaptaban el marxismo a sus propios fines. El sindicalismo representaba un resurgir dentro de la grey socialista de tendencias inherentes en la doctrina «libertaria» de Proudhon y sus seguidores franceses y belgas, incluyendo aquellos que habían rechazado sus doctrinas contra la política; y su crecimiento en vísperas de la primera guerra mundial señalaba un malestar para el que el liderazgo oficial socialista carecía de remedio. Incluso hubo un movimien-

to sindicalista importante en la Inglaterra de antes de 1914, en donde el marxismo socialdemocrático prácticamente no había logrado penetrar¹.

Para captar el significado de esta división tripartita de fuerzas es necesario recordar lo que el anarquismo supuso originalmente en la década de 1870 y la de 1880: un movimiento radical de protesta de artesanos empobrecidos (en Bélgica, Austria y Suiza), o de jornaleros campesinos oprimidos (en España y sur de Italia), contra la sociedad y el Estado; mientras que «el socialismo marxista» había venido a representar en la práctica durante el mismo período el reformismo que seguía la línea de la *Alocución inaugural* de 1864: la partida de nacimiento, por así decirlo, de la socialdemocracia moderna. Esta división no era totalmente del gusto de Marx, pero conforme pasaba el tiempo él y Engels se adaptaron a la corriente y Engels terminó convirtiéndose en un exponente tan entregado del nuevo credo socialdemócrata que hizo que sus seguidores casi olvidaran que en cierta ocasión ellos —o sus predecesores— habían compartido un programa con Bakunin. Sin embargo, al cabo de unos cuantos años de la muerte de Engels (1895), la antigua herejía «antiautoritaria» levantó cabeza de nuevo, esta vez dentro de la grey oficial socialista y bajo la dirección de hombres y mujeres que rechazaban todo vínculo con el bakuninismo. El nuevo movimiento no era una rebelión desesperada contra el capitalismo industrial, sino más bien un intento de superarlo. Sus dirigentes rechazaban «el socialismo de Estado», pero no el Estado como tal. Ni siquiera se mostraban radicalmente hostiles a la política parlamentaria, sino sólo indiferentes ante la misma. Decir que estaban tanteando lo que luego acabaría denominándose «el control obrero de la industria» es quizá la mejor forma de resumir en actitud. Esto les hacía tolerantes con las panaceas políticas que ignoraban el hecho de que la sociedad no se componía exclusivamente de dueños de fábricas y obreros industriales; y después de 1917 ello les hizo sucumbir a muchos durante cierto tiempo ante el señuelo de la «experiencia soviética». Pero el sindicalismo era en esencia un credo radical democrático y cuando la naturaleza autoritaria del régimen soviético se puso de manifiesto, la mayoría de los sindicalistas que en el período 1917-21 habían confundido el leni-

1. Cole, *History*, vol. II, *Marxism and Anarchism*, págs. 315 y ss.; vol. III, parte I, *The Second International*, págs. 323 y ss.; Ed. Dolléans, *Histoire du Mouvement Ouvrier*, vol. II, págs. 13 y ss.; E. Halevy, *Histoire du socialisme européen*, págs. 163 y ss.; R. Bothereau, *Histoire du syndicalisme français*, París, 1945; Paul Louis, *Histoire du socialisme en France*, París, 1950.

nismo con una versión modernizada de su propia doctrina, se apartaron de él aunque no en dirección a la política parlamentaria.

En una historia del movimiento socialista esas contracorrientes deberían ocupar necesariamente un lugar importante, pero no podemos hacerlo así en este lugar, puesto que estamos principalmente interesados en el marxismo. Sin embargo, la división no es clara. Tras la quiebra del movimiento anarquista original, allá por los últimos años de la década de 1880, cualquier otra escuela de «socialismo antiautoritario» se veía obligada a llegar a un compromiso con Marx, y así ocurrió en mayor o menor grado incluso cuando sus teóricos se vanagloriaban de su independencia doctrinal. Lo importante en esta cuestión no consiste en que esos grupos mantuvieran puntos de vista contrarios, sino en que los formularan tomando como referencia el credo marxista dominante. Este era un estado de cosas muy diferente al que existía en la década de 1860, cuando a Marx se le consideraba simplemente como un rival de la figura más ampliamente conocida de Proudhon; y al de 1870, cuando se pensaba que existía la posibilidad de elegir entre un cuerpo de doctrina socialista «autoritario» y un cuerpo de doctrina socialista «libertario». Aproximadamente a partir de 1890 la legitimidad de esa distinción ya no era admitida por los partidos y movimientos que se habían unido en 1889 para formar la Segunda Internacional; y en 1896 esta actitud quedó formalizada con la negativa del tercer congreso de la Internacional celebrado en Londres a que acudieran los delegados anarquistas¹. Esto no significa que hubiera desaparecido la corriente «antiautoritaria», aunque ahora para seguir siendo ortodoxos sus seguidores tenían que romper su conexión con lo que quedaba de los viejos partidarios de Bakunin. Significó que a partir de entonces cualquiera que aspirase al calificativo de socialista estaba obligado a avenirse más o menos con el modelo socialdemócrata establecido y la terminología cuasimarxista que le acompañaba. El resultado fue el sindicalismo, del que no podemos tratar aquí puesto que sus portavoces, indepen-

1. Cole, *op. cit.*, vol. III, págs. 18 y ss. Esto no significaba necesariamente, como mantenían los anarquistas, que la Internacional estuviera comprometida en "reformular" y no en hacer la "revolución", pero en la práctica significaba tanto como un reconocimiento tácito de que el movimiento obrero tenía que luchar por sus objetivos a través de medios legales. En este sentido puede asegurarse que desde un principio la Segunda Internacional había sido "reformista". Es digno de advertir que la mayoría de los delegados de Holanda en el congreso de 1896, y cerca de la mitad de los franceses, se oponían a la resolución que excluía a los participantes anarquistas.

dientemente de su importancia nacional o regional, no hicieron contribución significativa alguna a la teoría marxista¹.

Pero si nuestro patrón es el desarrollo doctrinal, es innecesario considerar esas ramificaciones menores del tronco central europeo como el grupo marxista que se unió en Londres, en la década de 1880. Una cuestión de extraordinario interés histórico la representa el hecho de que el socialismo británico fue captado en momento crítico por los fabianos, mientras que el movimiento marxista rival nunca echó raíces y degeneró finalmente en una secta sin importancia. El resurgimiento del marxismo en Inglaterra hubo de esperar a la revolución rusa, y puede afirmarse que el pensamiento marxista sólo logró una base firme dentro del movimiento obrero británico con el prolongado punto muerto económico y político de los años 1930. En relación con nuestra finalidad el período que contemplamos representa casi un vacío absoluto por lo que a Inglaterra respecta. Hubo importantes corrientes políticas fuera del movimiento obrero oficial, pero por lo que hace al pensamiento teórico el fabianismo contaba con un monopolio casi total hasta que entró en escena el sindicalismo, poco antes del estallido de la guerra de 1914 bajo el aspecto típicamente inglés del movimiento socialista guildista; e incluso éste adoptó la forma, por lo menos al nivel doctrinal, de un movimiento distanciado de los fabianos².

Sólo nos restan, pues, los países europeos continentales y aquí es radical la división entre el grupo de habla alemana y los demás. En la década de 1880 había unos cuantos grupos anarquistas en Alemania, y un número de cierta importancia en Austria, en donde el movimiento socialista propiamente dicho no se puso en marcha hasta el final de la década. Pero nunca hubo un movimiento anarquista importante en Europa central, y por lo que aquí interesa nada parecido a la ola sindicalista que atravesó Europa occidental después de 1900. Tampoco existía allí la contrapartida del socialismo agrario populista que surgió entonces en Rusia y los Balcanes. Alemania y Austria eran las ciudadelas

1. Una excepción parece ser la representada por el movimiento socialista americano ligado a Daniel de León (1852-1914). Pero aunque de León se consideraba marxista —en realidad como el único marxista ortodoxo— es difícil descubrir en qué aspecto desarrolló la doctrina marxista aparte de insistir en que el socialismo no era sinónimo de reformismo. En el aprecio de algunos de sus seguidores posteriores de León se benefició de la circunstancia de que Lenin manifestara la excelente opinión que tenía de él, pero ni siquiera este dudoso cumplimiento puede garantizarle un lugar en la historia del marxismo que preste alguna atención al aspecto teórico del mismo.

2. Cole, *op. cit.*, vol. III, págs. 104 y ss.; S. y B. Webb, *What Syndicalism Means*, Londres, 1913; Ch. Tsuzuki, *H. M. Hyndman and British Socialism*, Oxford, 1961; Beer, *History*, II, págs. 354 y ss.

gemelas de la socialdemocracia marxista, la intransigencia de cuya ortodoxia sólo rivalizaba con la disciplina burocrática impuesta a sus seguidores. El signo especial de esta ortodoxia vino representado por la negativa incluso a entablar discusiones teóricas con los partidarios del credo herético «libertario». En contraste con esta situación esas querellas nunca cesaron en Francia, Italia, España y los pequeños países del occidente europeo, sobre todo en Suiza y Holanda, en donde el «socialismo libertario» (no violento) se había asegurado desde muy pronto un punto de partida; de la misma forma que los socialistas y sindicalistas de Europa occidental nunca dejaron de discutir el *status* relativo de los partidos políticos y sindicatos. En verdad, la controversia sindicalista giró casi exclusivamente en torno a esta cuestión.

Por consiguiente, no es posible trazar una línea recta desde las diferencias que dividieron a la Primera Internacional hasta la tensión entre socialistas y sindicalistas surgida, pongamos por caso, en Francia entre los años 1890 y 1905. Los problemas habían cambiado y lo mismo había ocurrido con la terminología, y sin embargo persistía la vieja línea divisoria entre Europa central y Europa occidental. En el caso de Francia la causa inmediata de la disputa estribaba a todas luces en la insistencia de los líderes socialistas —y en cualquier caso quienes, como Jules Guesde, eran marxistas— en que los sindicatos habrían de situarse bajo el control de la rama política¹. Pero cuando uno pregunta por qué se satisfizo esta demanda en Alemania (aunque los sindicatos acabaron devolviendo la pelota al partido), mientras que se la resistió con éxito en Francia, hay que remontarse a los imponderables: el recuerdo de la Comuna de París, y tras él la antigua tradición fuertemente arraigada de *ouvriérisme*, es decir, de desconfianza hacia los intelectuales de clase media independientemente de que fueran o no socialistas. El mismo Proudhon, de procedencia obrera, se había beneficiado de su innata hostilidad hacia los teóricos socialistas de origen burgués: era una de las fuentes de su antagonismo con Marx². Cuando el sindicalismo resurgió en Francia después de 1890, sus dirigentes, aunque por entonces en algunos casos eran de origen de clase media, buscaron instintivamente una forma ligeramente modificada de

1. Cole, *op. cit.*, vol. II, pág. 326; Dolléans, *op. cit.*, vol. II, págs. 23 y ss.

2. Dolléans, *op. cit.*, vol. I, págs. 277 y ss. En el congreso de Ginebra de la Primera Internacional celebrado en 1886, los delegados franceses, proudhonianos como un solo hombre, se opusieron a la admisión de los intelectuales «burgueses» dentro del movimiento obrero, y su representante Tolain incluyó expresamente dentro de esta categoría al «ciudadano Marx», con gran incomodidad para los sindicalistas británicos que se hallaban presentes; cf. Dolléans, *loc. cit.*, páginas 290-1.

ouvriérisme tradicional: los componentes de otras clases podían unirse al movimiento obrero, pero no sumarse a él grupos enteros. Además, el movimiento sindical, aunque no estuviera «opuesto» a la actividad parlamentaria —lo que hubiera supuesto el anarquismo, es decir, una herejía— debía permanecer estrictamente autónomo e independiente respecto a los abogados de clase media que consiguieron salir elegidos al Parlamento por su etiqueta socialista. La cuestión apenas se planteaba en Alemania; en Francia prevalecía sobre todas las demás¹.

Es oportuno centrar la atención en Francia porque fue ahí donde se entabló durante el período que comentamos la disputa entre marxismo y anarcosindicalismo desde un prisma político y doctrina; en ningún otro sitio tuvo lugar ese choque frontal por la buena razón de que dos no ríen si uno no quiere, y uno de los contrincantes solía estar ausente. Una excepción parcial podría señalarse en el caso de España, pero respecto al hecho de que los dos movimientos rivales se habían avenido de modo tácito a una división territorial que les permitía practicar una especie de coexistencia armada. En España había seguidores de Bakunin que paulatinamente fueron derivando del puro anarquismo hacia el anarcosindicalismo; y había seguidores de Marx que se llamaban socialistas y buscaban orientación en sus camaradas franceses, más que en los alemanes. Pero no existía una comunicación real entre esos dos campos rivales; mientras que en Francia el movimiento obrero estuvo suficientemente unido a pesar de los diversos matices de socialismo y sindicalismo para albergarse más o menos en paz bajo el mismo techo, incluso antes de la adopción el año 1906 de la *Charte d'Amiens* que formalizó la relación de los sindicatos con el partido socialista unificado constituido un año antes². En un principio lo mismo cabe decir de Italia, donde el anarquismo también feneció en la década de 1890 siguiendo a su expulsión de la grey socialista oficial. Pero el socialismo italiano no contaba todavía con una orientación muy independiente³.

1. Dolléans, vol. II, págs. 35 y ss. Existe una contradicción aparente en el hecho de que el principal representante del sindicalismo durante este período, Fernand Peloutier, era a su vez un intelectual de clase media. Evidentemente, esto no importaba; pero sí en cambio el que diera expresión al sentir dominante en el movimiento.

2. Cf. Halévy, *op. cit.*, págs. 190 y ss.; Dolléans, *op. cit.*, vol. II, págs. 117 y ss.

3. Recientemente se ha aclarado algo esta cuestión con la publicación de la correspondencia mantenida durante la década de 1890 entre Engels y Turati; cf. *Friedrich Engels-Filippo Turati Correspondence, 1891-95*, ed. Luigi Cortese, publicado en los *Annali Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, Milán, 1958, págs. 220 y ss.; cf. también Franco della Peruta, "Il socialismo italiano dal 1875 al 1882", *loc. cit.*, págs. 15 y ss.

Pero, dando por supuesto que Francia es el caso «clásico», lo más que cabe afirmar sobre el resultado de la contienda es que hasta 1914 el socialismo «marxista» se las arregló más o menos para mantenerse firme. No cedió terreno en su lucha en el doble frente contra el oportunismo «reformista» de la «derecha» y el sindicalismo «revolucionario» de la «izquierda», pero tampoco logró conquistar demasiado terreno. El partido socialista unificado constituido en 1905 era una coalición en cuyas filas el ala marxista, bajo la dirección de Guesde y Lafargue, no hizo más que contrapesar las doctrinas eclécticas, y las tácticas en tanto oportunistas, de Jaurès (de quien dependía por completo el partido en cuanto jefatura parlamentaria); mientras que los sindicatos, bajo sus líderes sindicalistas, permanecieron deliberadamente al margen. Inscribir este resultado como una victoria del marxismo es evidentemente absurdo. Puestos a dilucidar, la situación francesa difería fundamentalmente de la alemana en que la jefatura oficial era ampliamente «revisionista», y no tenía pretensión alguna de defender ninguna letra del dogma marxista. Esto no evitó que el movimiento socialista francés fuera en su conjunto bastante más combativo que el alemán. Pero en aquel tiempo la ortodoxia y el radicalismo poco tenían que ver entre sí¹.

Francia seguía siendo importante para el marxismo no sólo por el motivo evidente de la necesidad de la propagación de la doctrina marxista, sino, en cualquier caso hasta los años 1890, debido a su posición estratégica. Contrariamente a una apreciación ampliamente difundida, era el primer gran país en donde una sección importante del movimiento obrero adoptó un programa marxista. Este acontecimiento tuvo lugar en 1880, once años antes de que los socialdemócratas jugaran la misma baza². El programa era una declaración formal de principios «reformista» en el sentido de que rechazaba implícitamente tanto la exaltación anarquista de la violencia armada como la tradición indígena blanquista de los *coups d'état* parisinos. Por el contrario, se subrayó

1. No era ésta por supuesto la opinión de los seguidores franceses de Marx. Para ellos constituía un artículo de fe que la pureza política sólo podía garantizarse mediante la ortodoxia doctrinal; cf. la correspondencia entre Engels y los esposos Lafargue en *Friedrich Engels-Paul et Laura Lafargue, Correspondence, 1868-95*, ed. Bottigelli, 3 vols., París, 1956-9, passim. Es cierto que este intercambio de correspondencia concluye una década antes de que se unieran las dos alas del movimiento socialista francés, pero por aquel entonces la versión guesdista del marxismo ya estaba en pleno desarrollo y habría de mantener sus rasgos principales incluso después de que la escisión comunista de 1920 produjera una formación completamente distinta.

2. Halévy, *op. cit.*, pág. 191; cf. también la correspondencia Engels-Lafargue, vol. I, introducción, págs. I y ss.

la necesidad de que la clase trabajadora creara sus organizaciones como única base para llegar al orden colectivista. Esto era una vuelta al documento clásico de la Primera Internacional, constituido por la *Alocución inaugural*; y señaló el abandono de Marx (quien ayudó a Guesde a elaborar el programa del partido francés) de su apasionamiento temporal por el utopismo de la Comuna de París. Fue justamente en este sentido en el que entendieron el «marxismo» sus partidarios y los seguidores de Bakunin de toda Europa. Si Lafargue y Guesde, este último bakuninista en tiempos, anduvieron, no obstante, a la greña con un grupo «oportunistas» situado a su flanco derecho, se debió a que los «oportunistas» no tenían ningún deseo de verse completamente desgajados de los radicales, con quienes de vez en cuando cooperaban en defensa de la república. Esta adhesión a la «solidaridad republicana» se convertiría luego en el principal problema entre Guesde y el antiguo radical Jaurés; y el hecho de que Jaurés terminara imponiendo su visión al partido influyó mucho en la evolución del socialismo francés, que de una secta obrera llegó a convertirse en un movimiento de masas. Sin embargo, en la década de 1880, cuando el resurgir del movimiento obrero dio sus primeros pasos vacilantes en la arena política, el énfasis marxista en la independencia completa de todos los partidos «burgueses», incluyendo los republicanos radicales, permitió congregarse a las veteranas supervivientes de la Comuna bajo su bandera. Cualquier otra actitud habría dejado el campo libre a los partidarios de Bakunin, o en otro caso hubiera permitido a Clemenceau enrolar a toda la clase trabajadora bajo la bandera radical: una empresa que casi llegó a consumar¹.

Así pues, el marxismo, además de ser «colectivista» y «autoritario», vino a resultar por añadidura un representante de la «reforma», aunque todavía no de la fe en la política parlamentaria. Fue el espectro de ese nuevo fenómeno lo que movió a los jefes sindicalistas a mantener una actitud de reserva frente al partido socialista. Al proceder así anticiparon, sin pretenderlo, el problema crucial de la situación posterior a 1918, a saber, cuál iba a ser el papel del movimiento obrero cuando se enfrentara a un gobierno socialista o incluso, peor aún, a una dictadura socialista. Antes de 1914 este problema apenas si asomaba bajo una forma práctica, pero quizá puede afirmarse que los sindicalistas

1. Correspondencia entre Engels y Lafargue, *passim*; respecto a la actitud crítica de Engels frente a la política de Lafargue en la época de la crisis boulangierista de 1887-9 —cuando los “marxistas” no hicieron sino lavarse las manos frente a la República, mientras que sus oponentes se sumaron a los radicales en un frente democrático común—, *ibid.*, vol. II, págs. 139 y ss.

no dejaban de pensarlo; en gran parte derivaban su fuerza de la fe en que el movimiento obrero debía defender su autonomía a cualquier precio incluso bajo una forma de sociedad «colectivista». Por lo demás, el sindicalismo tenía su propio «mito» con la idea de la huelga general que traería consigo el desplome del orden social. Esta no era precisamente la esperanza quimérica de algún acontecimiento preterido; antes bien condicionaba la manera de ver e incluso la táctica de la minoría activa que dirigía y organizaba el movimiento¹.

Esa minoría extrajo su inspiración fundamental en parte de Marx, en un grado importante de Proudhon, y sobre todo de las tradiciones de la Comuna de París. La hostilidad a cualquier forma de autoridad centralizada no era algo que lo sindicalistas necesitaran aprender de Proudhon o Marx, pues ambos lo habían sancionado con su autoridad, aunque en el caso de Marx con reservas que permitieron sortear la cuestión a sus seguidores. Esas actitudes tradicionales se veían santificadas por el recuerdo de la Comuna y de sus mártires. No existía en Francia un solo socialista desde el «ortodoxo» Guesde al «oportunista» Brousse para quien no fuera la Comuna la última prueba de lealtad. Esto fue lo que hizo tan difícil situar juntos dentro de una Internacional a socialistas franceses e ingleses, un acontecimiento que por fin llegó a consumarse el año 1889. En cambio, con los alemanes había menos obstáculos. Naturalmente, en Alemania estaba *verboten* ensalzar la Comuna de París, pero como casi la mayoría de los dirigentes socialdemócratas vivieron en el exilio hasta 1890 debido a la legislación antisocialista de Bismarck de 1878, pudieron profesar en el extranjero sus sentimientos revolucionarios. En consecuencia, la constitución de la II Internacional en París, el año 1889 —según convenía para celebrar el centenario de la Revolución Francesa— representó en gran medida una cuestión franco-alemana².

Huelga decir que pocos socialistas soñaban en 1889 con repetir las tácticas que habían llevado al gran desastre de 1871. En realidad, la verdadera esencia del nuevo credo consistía en el rechazo de la insurrección armada a la vez que el reconocimiento oficial de la herencia espiritual de la Comuna. Los anarquistas

1. Dolléans, *op. cit.*, vol. II, págs. 46 y ss. Contrariamente a una falsa idea popular, el «mito» de la huelga general no era un invento del escritor romántico Georges Sorel; éste, como cualquier otro hombre de letras, permaneció al margen del movimiento y no tuvo participación alguna en el moldeamiento de su política. Sin embargo, sí ejerció cierta influencia en Mussolini; cf. sus *Réflexions sur la violence*, París, 1908.

2. Cole, *op. cit.*, vol. III/1, págs. 1-36; correspondencia Engels-Lafargue, vol. II, págs. 200 y ss.

supervivientes vieron esto con mucha claridad y nunca dejaron de maravillarse por la inconsecuencia de sus oponentes, que seguían hablando de la revolución cuando de hecho no albergaban ninguna intención de sobrepasar los límites de la legalidad. Pero esta incoherencia aparente tenía su propia lógica allí donde no se había afincado la democracia —es decir, en donde el pueblo todavía no gozaba del derecho de sufragio— el credo socialdemócrata sancionaba implícitamente la violencia, aunque no abogara abiertamente por ella. Esta ambigüedad hizo posible que la socialdemocracia compaginara su credo político con su terminología revolucionaria. No se trataba aquí de un problema de pura táctica. Hacia 1890 se había llegado a la convicción, al menos por parte de Engels —pues Marx ya había muerto— de que el poder político residía en el voto, y que una legislatura debidamente elegida que integrara una mayoría socialista era una meta posible y la más firme garantía de victoria¹.

Cuando uno contrasta esas grandes certezas con los debates doctrinarios característicos de los congresos de la última parte de la década de 1860, se ve con toda claridad la distancia que había recorrido el movimiento durante el cuarto de siglo transcurrido desde el apogeo de la Primera Internacional. Pero también se evidencia algo más: la importancia decreciente de las diferencias personales y doctrinales. En 1872-4 el conflicto ocurrido entre Marx y Bakunin sirvió de instrumento para cooperar ampliamente al fracaso de la Primera Internacional. Después de 1889 dos teóricos juntos no poseían a pesar de su importancia la fuerza suficiente para desorganizar lo que se había convertido en un movimiento de masas. Ni la controversia «revisionista» acaecida en Alemania, ni el «millerandismo» (es decir, la participación en un gobierno no socialista) en Francia, plantearon un serio peligro de una gran división. Hubo de estallar la guerra de 1914-18 para que se viniera toda la estructura por los suelos.

La relación mutua de teoría y práctica quizá sólo pueda ser decisiva en la etapa de gestación de un movimiento nuevo. No es que estuviera planteada siempre una confrontación de fuerza entre Marx y Bakunin a nivel teórico, aunque no fuera más

1. Cf. Engels, en el prefacio a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia* de Marx, en MESW I, págs. 118 y ss. El prefacio fue algo atemperado por los editores de las revistas socialdemócratas alemanas que lo publicaron por primera vez, al omitir por miedo a las consecuencias legales ciertos pasajes que trataban de las tácticas de la insurrección popular. Pero es insostenible la aseveración leninista posterior de que había alterado radicalmente el sentido del texto de Engels. En la versión íntegra no existe nada que modifique la conclusión de que hacia 1895 —año de su muerte— Engels había aceptado por completo el punto de vista democrático.

que por la circunstancia de que Bakunin no era un teórico¹. De haberse producido ese enfrentamiento, no hubiera sido difícil a sus contradictores crearle dificultades con citar sus manifestaciones de juventud; aunque la más atrevidamente utópica y libertaria de sus primeras obras —los *Manuscritos económico-filosóficos*— quedase oculta en la seguridad de un cajón para ser sacada a plena luz del día allá por los años turbulentos de 1930, cuando el «existencialismo» se mostraba rampante por Europa y los intelectuales radicales aspiraban a un sostén mental más compensador para el espíritu que el polvo seco de la necesidad histórica. Pocos socialistas se habrían preocupado de dar preferencia a esas aspiraciones en los soberbios años de 1890, cuando el marxismo oficial derivaba parte de su prestigio del tono positivista de sus manifestaciones. El propio Marx, al trazar su *Crítica del programa de Gotha* en 1875, tuvo buen cuidado de subrayar el carácter «anticientífico» de la doctrina rival de Lassalle. Lo que concedió a su libertarismo original se manifestó sólo bajo la forma de algunas escuetas previsiones sobre el futuro, alusiones de tono tan mesurado y de significado tan ambiguo que no incomodaron gravemente a sus partidarios, al optar por el presente en cuanto el mejor de (casi) todos los mundos posibles².

En general puede afirmarse que si el libertarismo continuó siendo una fuerza efectiva dentro del movimiento socialista de este período, se debió a la influencia que el sindicalismo había adquirido en la Europa latina³. El socialismo alemán —a pesar de las críticas de Marx al culto lassalleano del Estado— continuaba siendo decididamente autoritario y burocrático, aunque acaso no más que el fabianismo de los Webbs. En el polo opuesto, si bien todavía dentro del campo oficial socialista, el sindicalismo representaba un intento aproximado de elaborar la teoría

1. "Un Mahoma sin Corán" era la calificación desdeñosa con que Marx observaba al antagonista que le creó tantos problemas. (Cf. Marx a Paul Lafargue, 19 de abril de 1870, en "Lettres et Documents de Karl Marx", ed. Bottigelli, *Annali Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, 1958, págs. 172 y ss.) El programa de Bakunin, observó Marx en cierta ocasión, se basaba "en un idealismo periclitado que considera la jurisprudencia actual como la base de nuestro estado económico, en vez de ver que nuestro estado económico es la base y la fuente de nuestra jurisprudencia" (ibíd., pág. 174). Así pues, se despreció a Bakunin por precientífico, y a los ojos de los partidarios de Marx fue esto lo que le condenó más que sus deficiencias personales y políticas.

2. Cf. Maximilien Rubel, *Karl Marx-Essai de biographie intellectuelle*, París, 1957, págs. 81 y ss., 103 y ss. Para una visión diferente del asunto, cf. Lucien Goldmann, *Recherches dialectiques*, París, 1959, págs. 280 y ss.

3. Incluyendo a Bélgica, donde la tradición antiautoritaria se remontaba a las luchas de Paepe, del último período de la década de 1860, para encontrar una zona media entre marxismo y anarquismo; cf. Cole, *op. cit.*, II, págs. 202 y ss.

de una forma descentralizada de propiedad colectiva en donde la autoridad central habría de compartir la responsabilidad con cuerpos autónomos controlados por los productores. Esto no llegaba a representar una hostilidad total al Estado a lo Bakunin, sino que apuntaba a su eliminación gradual. En el centro de esas corrientes opuestas, puede verse a Marx procurando dirigir cautelosamente su nave entre el Scilla blanquista y el Caribdis anarquista; en especial en su *Crítica del programa de Gotha*, en donde la perspectiva de una futura sociedad sin Estado —una secuela de la Comuna de París y la posterior arremetida anarquista contra sus propias posiciones— viene matizada por la confesión a regañadientes de que no puede alcanzarse este objetivo hasta que se haya trascendido la sociedad burguesa¹. En 1875 este tipo de discusión estaba obligado a ostentar un tono académico. Al menos en Alemania, la sociedad burguesa, lejos de hallarse madura para el paso al colectivismo, ni siquiera había llegado a adquirir plena virtualidad; pero aunque Marx era conocedor de este hecho, sentía evidentemente la necesidad de definir su actitud frente a una cuestión que no revestía gran importancia para sus seguidores alemanes.

No puede sorprender que la *Crítica del programa de Gotha* permaneciera sin publicar hasta que Engels la sacó a la luz en 1891, por cuya época la socialdemocracia alemana había abandonado su equilibrio característico entre la política práctica y las aspiraciones a largo plazo. El área en donde las alusiones mostradas en la *Crítica* iba a adquirir significación práctica fue la Europa del Este, en especial Rusia inmediatamente antes de 1905 y 1917. La imparcial hostilidad de Marx frente al blanquismo y el anarquismo, su interés siempre presente por las lecciones de la Revolución Francesa, su apasionada preocupación por la herencia de la Comuna, eran claramente comprensibles para sus partidarios de Alemania, en donde una frase como la de «dictadura del proletariado» tenía un eco claramente extraño. Una ruptura revolucionaria con el pasado constituía una experiencia de la que carecía la historia de Alemania. Por otra parte, la fraseología jacobino-blanquista del socialismo francés llegaba a los oídos alemanes acompañada de ecos extraños. Poco había que la emparejara con las realidades de la política alemana del último período del siglo XIX. Por el contrario, en el medio ambiente de Europa oriental eran muchos los factores que se correspondían con las experiencias por las que Francia había atravesado antes. Si

1. MESW II, pág. 30; una confesión coronada por la doctrina puramente blanquista de la "dictadura revolucionaria del proletariado" durante el período de tránsito.

el movimiento socialista de la Europa del Este había de tomar las riendas del levantamiento que se avecinaba no podía dejar de enfrentarse a aquellos problemas que habían cooperado a moldear el pensamiento político francés; entre ellos sobresalía la cuestión de si «la revolución» había de llevarse a cabo sin la implantación de una dictadura temporal. En el marco de Europa central esto suponía casi un planteamiento absurdo, desde el momento en que «la revolución significaba en esta zona la democratización del Estado y la sociedad tradicionales. Después de 1890 el marxismo de la socialdemocracia iba acompañado de una profunda ambigüedad, pues todo dependía de que, en caso de conferir una significación «alemana» o una significación «francesa», supondría cosas bien distintas; a saber: la conquista pacífica del poder por medio de la democracia, o la imposición de una dictadura socialista por parte de una minoría revolucionaria. Esta tensión que quedaba por resolver permaneció latente durante todo el período que venimos examinando, pero estaba obligada a estallar cuando la Europa oriental se hallara madura para la revolución.

Conforme pasaba el tiempo, las dos tendencias se las ingenieron para coexistir dentro del marco intelectual del marxismo ortodoxo tal como lo habían formulado Engels y Kautsky durante la década de 1890. En muchos aspectos representa este el «momento clásico» dentro de la historia del socialismo marxista entendido como un cuerpo doctrinal: el instante en que las incoherencias internas del sistema se mantuvieron en equilibrio y se sumieron en un estado de latencia. Difícilmente puede considerarse que fue un accidente el que esta constelación única coincidiera con la elevación de Alemania hasta la categoría de nación europea, o que la región de la influencia principal del marxismo ortodoxo estuviera localizada en Europa central. Nos enfrentamos con el fenómeno de la socialdemocracia alemana en la era de su hegemonía indiscutida dentro del movimiento socialista internacional. Eran muchos los factores diversos que intervenían en esta constelación, pero de acuerdo con los patrones de la historia intelectual, lo que se pone bien de manifiesto es la preeminencia temporal de la teorización alemana. Para empezar, bueno será que volvamos nuestra atención hacia la figura de Engels.

ENGELS¹

Existe una cierta ambigüedad en la interpretación que suele hacerse del papel desempeñado por Engels en el desarrollo del marxismo. Para el ortodoxo, Engels es simplemente el aliado y colaborador que ayudó de por vida a Marx a moldear la teoría y la práctica del movimiento, un personaje de talla (casi) comparable aunque se reconozca que, como pensador, no podía igualarle. En la ideología del marxismo leninismo esta distinción tiende incluso a esfumarse al ser los escritos filosóficos de Engels, más que los de Marx, la fuente de la concepción distintiva del mundo conocida con el nombre de «materialismo dialéctico» desde finales del siglo XIX. Algunos de los neomarxistas contemporáneos tienden por el contrario a poner en duda la importancia de su aportación, casi hasta el extremo de excluirlo del canon marxista. Pero nadie que intervenga en esta controversia puede discutir con razón el hecho *histórico* de que Engels fue el factor principal que, tras la muerte de Marx, dio forma a lo que llegó a conocerse con el nombre de «marxismo ortodoxo». Para nuestros propósitos inmediatos, esto es todo cuanto importa. Partimos por tanto de la proposición muy cierta e inatacable de que, en cuanto sistema coherente, el «marxismo» salió a la luz durante

1. Para lo que ha de seguir, además de las obras de Engels citadas en lo sucesivo, cf. Gustav Mayer, *Engels*, vol. II, págs. 263 y ss.; Kurt Brandis, *Die deutsche Sozialdemokratie bis zum Fall des Sozialistengesetzes*, Leipzig, 1931; *passim*; Karl Korsch, *Marxismus und Philosophie*, Leipzig, 1931, *passim*; Hermann Bollnow, "Engels" Auffassung von Revolution un Entwicklung etc.", en *Marxismusstudien*, vol. I, págs. 77 y ss.; Iring Fetscher, "Von der Philosophie des Proletariats zu proletarischen Weltanschauung" en *Marxismusstudien*, vol. II, págs. 26 y ss. Para un análisis crítico de las obras filosóficas de Engels, cf. Sidney Hook, *Reason, Social Myths, and Democracy*, Nueva York, 1950 págs. 183 y ss.

los doce años que median entre la muerte de Marx (1883) y la de Engels (1895); a lo que cabe añadir la afirmación un tanto más discutible de que en su forma plenamente desarrollada, la nueva síntesis fue obra de cuatro hombres: Engels, Bernstein (que luego la abandonaría), Kautsky y Plejanov; con alguna cooperación valiosa por parte de dos inteligentes historiadores: Mehring y Ryazanov; sin olvidar el apoyo indirecto pero indispensable de los líderes políticos de las áreas decisivas estratégicamente: en lo fundamental, W. Liebknecht, Bebel, Guesde y Víctor Adler. Esto es cuanto cabe decir en esta etapa sobre la interconexión del marxismo ortodoxo y la socialdemocracia. Más tarde se mostrará que esos términos describen dos aspectos de la misma realidad sociopolítica, y que tanto la doctrina como el movimiento se desintegraron tras la conmoción de 1917-18. Pero no anticipemos más. Por el momento, nos limitaremos a Engels como fundador de la socialdemocracia marxista, o marxismo socialdemócrata; porque había y hay otras interpretaciones de Marx. Sin embargo, fue Engels quien constituyó la tradición principal. Su versión no quedó sin discutir, pero los críticos se situaron a su vez fuera de la ortodoxia. Esto se puso de relieve cuando la controversia «revisionista» llegó a la erupción allá por 1900, pero el paso decisivo se dió a principios de los años noventa, cuando se recurrió a la autoridad de Engels para unir la nueva doctrina «científica» a un movimiento que en su interior seguía siendo lassalleano, o todo lo más simplemente democrático. La formulación clásica del marxismo socialdemocrático de este período, el «programa» socialista alemán «de Erfurt», de 1891, fue la obra conjunta de su autor aparente, Kautsky, y de Engels; y sus críticas posteriores a la izquierda y la derecha tienen que imputarse al hecho de que la fidelidad al programa se consideraba la prueba de la fe en el «socialismo científico».

Con este término sugeridor hemos cruzado la frontera que separa la historia de la teoría y tocado simultáneamente el núcleo vital de la nueva concepción del mundo: el socialismo tal como lo entendió Engels y quienes siguieron sus directrices era por encima de todo científico. ¿Qué sentido tenía este aserto? Su significación no quedaba agotada, es claro, con el conocido hincapié hecho en la unión de teoría y práctica. Ya en 1844 Marx había previsto esa unidad cuando planteaba la revolución, al modo hegeliano, en cuanto la síntesis de la filosofía y la rebelión proletaria. Las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), con su proclamación de la necesidad de que el pensamiento se convirtiera en «práctico» a fin de «cambiar el mundo», representan una doctrina pragmática de la acción revolucionaria que no puede deno-

minarse «científica» por mucho que forcemos el lenguaje. Los intentos de justificar esa utilización del término sobre la base de que las *Tesis* rechazaban expresamente el pensamiento filosófico, desembocan en la equiparación de filosofía y contemplación. Lo que las *Tesis* rechazan es la actitud contemplativa en general y el idealismo alemán en particular; lo que proclaman es una concepción del mundo que no es menos filosófica porque viniera cubierta con un lenguaje hostil a la filosofía tradicional. En la jerga moderna, el Marx de 1844-5 era un «existencialista» que se rebelaba contra el panlogismo omnicompreensivo de Hegel; no era un positivista. La idea de que el pensamiento «objetivo» podía proporcionar una guía para las decisiones prácticas le hubiera parecido más disparatada incluso que la invocación kantiana a los ideales incorpóreos supuestamente alojados en la conciencia moral. Visto desde el prisma marxista original, el cientifismo y el moralismo son dos aspectos de la misma moneda. La «unidad de teoría y práctica» no es ciencia; es una fusión de filosofía y acción en la que media la perspectiva de una serie única de circunstancias: la proximidad de una revolución social que inaugure el reino de la libertad.

En contraste con esto, el pensamiento del Marx maduro pone claramente de manifiesto un énfasis cada vez mayor en el estudio científico de los procesos independientes de la volición humana, y un interés paralelo por el concepto de «necesidad histórica». La tensión entre este modo de pensamiento determinista y la versión original se descargaba en el plano de la acción, a través del manejo revolucionario práctico de esas mismas «fuerzas históricas» que a nivel teórico aparecían como los instrumentos ciegos de un destino impersonal; Marx nunca abandonó su dominio de los dos extremos de su dilema peculiar. Su solución consistía en considerar el movimiento socialista (en cuyo guía y *spiritus rector* se había erigido en sus últimos años) como el principal agente histórico. Dado que el socialismo marchaba de acuerdo con la necesidad decidida, a la larga no podría fracasar. Como su victoria significa el fin de la determinación exterior y el establecimiento del «verdadero reino de la libertad», el logro de sus fines era sinónimo de la realización del programa humanista radical. La fe en la necesidad impersonal que dominaba la lucha de la clase trabajadora por la emancipación de las ataduras, reemplazó parcialmente a la necesidad prometéica de derribar de sus pedestales las deidades reinantes; pero el cambio de tono ocultaba una continuidad subyacente. Según Marx el proceso histórico se encamina hacia una meta que sólo puede definirse en términos cuasi metafísicos. Su lógica interna

culmina en hacer del hombre el dueño de sus circunstancias. La revolución social propulsada resueltamente por circunstancias causales que pueden comprenderse y dirigirse constituye el factor —parcialmente consciente— de esta transformación. El factor de conciencias viene representado por el teórico que ha percibido el sentido de los acontecimientos y en segundo término por el propio movimiento socialista; por consiguiente, pueden unificarse la teoría y la práctica a condición de que se permita a la primera servir de guía a la segunda. A pesar de una tendencia creciente a subrayar el elemento determinista, Marx nunca abandonó por completo su visión juvenil de una solución, en la que la teoría y la práctica actúan recíprocamente entre sí para promover una transformación total de la condición humana. A sus ojos cualquier otra meta no sólo no merecía un esfuerzo serio, sino que no era además realista: si la humanidad se conformaba con menos no haría más que perpetuar su esclavización a las circunstancias que no eran producto de su propio hacer consciente.

Afirmar que Engels —y siguiendo sus pasos Kautsky y en general la escuela ortodoxa— abandonó esta perspectiva sería totalmente equivocado. Lo que hicieron fue transformar la visión de una salida histórica única en la doctrina de un proceso causalmente determinado, análogo al esquema de la evolución darwiniana¹. Los primeros pasos de esta interpretación nefasta los dio Engels (en su *Anti-Dühring*) en una época en que todavía vivía Marx y ciertamente con su sanción expresa, si bien dada probablemente a regañadientes. En 1876-8, cuando Engels, con alguna colaboración de Marx, compuso su extensa réplica a la versión de Dühring del credo positivista socialista entonces de moda, existían sin duda buenas razones para que Marx diera su beneplácito a una interpretación de su doctrina que la presentaba al público germánico como más estrictamente «científica» aún que el propio sistema ecléctico de Dühring². Es evi-

1. Cf. Engels, "Discurso ante la tumba de Karl Marx", del 17 de marzo de 1883, en MESW II, págs. 153-4: "De la misma forma que Darwin descubrió la ley de desarrollo de la naturaleza orgánica, descubrió Marx la ley del desarrollo de la historia humana". Esto habría de convertirse en la nota clave de incontables manifestaciones sobre el significado del "socialismo científico". Cuando inmediatamente después se refiere Engels a Marx en cuanto "un revolucionario ante todo", descubre el telón de un debate que todavía no ha terminado.

2. Cf. *Herrn Eugen Dühring Umwälzung der Wissenschaft*, reimpressa últimamente en una traducción inglesa con el título de *Herr Eugen Dühring's Revolution in Science*, Moscú, 1954; respecto a la participación de Marx en ella, cf. el prefacio a la segunda y tercera ediciones; así como la Introducción de Engels a la edición inglesa de *Socialismo utópico y socialismo científico*, en MESW II, pág. 87.

dente que por entonces se había avenido más o menos a esa interpretación; al fin y al cabo, no en vano había invertido la mitad de su vida en la Inglaterra victoriana. Sin embargo, el giro posterior hacía el positivismo y el cientifismo —acelerado por su muerte y formalizado por Kautsky tras haber muerto a su vez Engels en 1895— iba mucho más allá de lo que él pudiera haber previsto. En lugar de la concepción dialéctica original, en la que el pensamiento crítico tenía su piedra de toque en la acción revolucionaria, aparecía ahora un sistema de «leyes» férreas de las que podía deducirse la inevitabilidad del socialismo con una certeza casi matemática. La teoría y la práctica quedaron virtualmente separadas, sirviendo principalmente la primera para demostrar la descomposición causalmente inevitable de la sociedad burguesa, de la que cabía esperar que surgiera el socialismo en forma aproximadamente parecida al modo en que se suponía había brotado el capitalismo de la desintegración del feudalismo. Al mismo tiempo la «meta» quedó traspuesta de la actividad consciente inmediata a un horizonte tan distante que resultaba virtualmente invisible, tachándose cualquier otra actividad de «utópica» y «anticientífica»¹.

Esa drástica «tergiversación de valores» estaba llamada a dejar su impronta en cada uno de los aspectos del pensamiento marxista. A largo término, su consecuencia más importante radica en el efecto que produjo sobre la fuente energética principal de la nueva doctrina: su sistema de valores teórico y moral.

El núcleo del marxismo (como en general el núcleo del racionalismo) lo constituye la creencia de que lo que se precisa para liberar las fuerzas que elaboran por el triunfo final de la libertad y la racionalidad es la percepción de la esencia de la realidad. Una vez que los hombres lleguen a comprender que las circunstancias que rodean sus vidas se oponen al pleno desarrollo de la libertad humana, se esforzarán espontáneamente por eliminar esas constricciones exteriores. A esta seguridad optimista Hegel había añadido la noción de que lo que es «verdaderamente racional» y por consiguiente verdaderamente real, alcanza la existencia empírica por un proceso lógico. En contraste con esto, Marx (que seguía aquí a Feuerbach) había puesto el acento en

1. Sobre lo dicho más arriba cf. en particular, Korsch, *op. cit.*, págs. 5 y ss.; Fetscher, *op. cit.*, *passim*. Que esta imagen del marxismo socialdemócrata no es una caricatura, se demuestra con las citas convenientes de los teóricos representantes de la escuela, Kautsky en particular; pero en realidad basta con citar a Engels como prueba. Sus últimos escritos, en especial *Socialismo utópico y socialismo científico*, representan el verdadero compendio de la nueva concepción positivista del mundo.

lo que es «verdaderamente humano» pero sin abandonar la certidumbre de Hegel respecto a la identidad última de lo real (identificado ahora con la historia) y lo racional. Puesto que en su expresión íntima la realidad es racional, su desenvolvimiento a través de las múltiples contradicciones de la existencia empírica es la garantía última de esos fines que en la filosofía de un pensador prehegeliano como Kant aparecían como «ideales» contrapuestos a los hechos brutos. Para Marx, como para Hegel, el énfasis idealista puesto en la discrepancia entre las cosas tal como son y las cosas como debieran ser es la señal de una falta de comprensión de la identidad última entre espíritu y materia. No existen «ideales» que no pueden realizarse, pues la aparición de nuevas metas es de por sí un índice de la presencia de fuerzas que actúan por su realización. «Por eso, la humanidad sólo se fija siempre aquellos objetivos que puede realizar, pues, miradas las cosas con atención, vemos siempre que esos objetivos sólo surgen cuando existen ya las condiciones materiales para su realización, o al menos están en proceso de formación»¹.

Ahora bien, es evidente que esta doctrina supone un criterio de conducta moral, aunque Marx y Engels se hubieran rebelado contra el término. El criterio es consustancial a la naturaleza de las cosas, y no consiste más que en el principio de racionalidad que constituye la esencia de todo lo «verdaderamente humano». Ser racional es poseer el dominio de las propias facultades; ese control es libertad, y su triunfo final representa el fin no revelado del proceso histórico. Pero el hombre debe controlar sus propias circunstancias si es que ha de ejercer un dominio sobre la naturaleza, incluyendo la suya propia; de aquí que el socialismo sea la meta de la historia y la condición previa de la libertad. Calificar esto de «ideal» supone olvidar que representa el despliegue de la esencia humana, que es la lucha por la libre determinación de sí mismo. Esto era lo que llevaba aparejada la doctrina de Hegel; en consecuencia en 1868 pudo afirmar Engels que el socialismo, tal como lo entendían Marx y él mismo, incorporaba la herencia de la filosofía clásica alemana².

Fue sin embargo Engels quien dio el primer paso decisivo que le apartaba de la concepción clásica. Marx se había definido por la identidad de lo real y lo racional, y esta certidumbre básica le permitió hacer caso omiso de la filosofía tradicional, aunque incorporase sus valores morales en su propio pensamiento.

1. Marx, Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), MESW, I, pág. 363.

2. Cf. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, MESW II, págs. 326 y ss.; especialmente págs. 363-4.

Si el postulado racionalista quedó abandonado, las conclusiones a que se llegó partiendo de él resultaron en una pura amalgama de juicios de hecho y de valor que quedaban abiertos a los ataques conjuntos de los moralistas kantianos y positivistas escépticos. El abierto dogmatismo de Marx, concerniente al principio esencial de la historia (=al desarrollo de la naturaleza humana) le salvó de las dificultades que debían asaltar a todo pensador que no estuviera adornado con certezas similares. En efecto, si se abandonaba la unidad de lo real y lo racional, se planteaba entonces el conocido problema de vincular los principios normativos («juicios de valor») a las afirmaciones «objetivas», «de hecho», «científicas»; un problema que Marx (siguiendo en esto a Hegel) había desechado por considerarlo materia intrascendente indigna de una filosofía crítica que había terminado adentrándose en el secreto de la divergencia entre lo «verdaderamente real» y sus trabas irracionales. Una vez que la visión crucial de una «teoría crítica» que transformase el mundo poniendo al descubierto sus contradicciones internas se había cambiado por la idea mucho menos atrayente de una ciencia de la evolución casual, la vieja hendidura entre lo que es y lo que debiera ser —y con ello el choque entre la comprensión fáctica y el juicio normativo— resurgió con plena fuerza. Si el socialismo era esencialmente «científico», planteaba claramente la necesidad de un sistema ético que señalara la conexión entre el «es» y el «debiera»; o por el contrario, su fuerza motriz había que buscarla en la esencia de la ciencia misma: lo que era una empresa imposible.

En 1843-8 Marx y Engels no se percataban de este problema; en realidad, partiendo de su postura poshegeliana, pero aún esencialmente filosófica, aún no existía. Su «teoría crítica», que era práctica y revolucionaria por naturaleza propia —porque su esencia estribaba en desvelar las contradicciones que expresaban el fin del viejo mundo— llevaba consigo sus propios postulados éticos. Si el orden existente carecía de sentido y estaba ya sentenciado, no había necesidad de invocar el imperativo moral kantiano ni ningún otro. Por el contrario, la perspectiva de una transformación en la que la «teoría crítica» sirviera de guía al «proletariado revolucionario», no sobreviviría por más tiempo al descubrimiento de que la teoría era inadecuada y que el proletariado era todo menos revolucionario. Aproximadamente desde el año 1850 Marx y Engels hubieron de enfrentarse, pues, a un dilema que mostró sus caracteres agudos cuando el nuevo movimiento obrero se volvió hacia ellos en los años 1870. La concepción originaria —en el fondo una variante de la grandiosa construcción metafísica conocida por idealismo alemán— no po-

día transmitirse a una generación que había perdido toda fe en la metafísica de la revolución, tanto menos cuanto que sus propios autores habían acabado mostrándose escépticos ante ella. Y no obstante, sin aquélla el sistema marxista quedaba inmóvil. Si la «unidad de teoría y práctica» no significaba un conjunto concreto de teorización crítica y acción revolucionaria, la base principal del sistema quedaba truncada. Con todo, cualquier intento de estudiar seriamente sus pretensiones estaba llamado a poner de relieve su carácter no científico.

La historia de la teorización socialdemocrática «ortodoxa» llevada a cabo a partir de 1875 —o lo que es lo mismo, desde el momento en que Engels se vio obligado, contra su voluntad, a entrar en liza con las doctrinas rivales en nombre de lo que ha terminado conociéndose por marxismo— es la historia de un esfuerzo incesante por romper esta tensión entre el núcleo «idealista» de la visión marxista y la ciencia «materialista» que la envuelve. Lo que resultó de esa faena no era ya una «teoría crítica» en el antiguo sentido, sino más bien una visión total del mundo que a su debido tiempo se transformó en la ideología del nuevo movimiento socialista: significando con el término «ideología» lo que por ello entendieron Marx y Engels, a saber, un sistema de creencias que en parte revela y en parte oculta la esencia de la realidad que ella refleja. Aproximadamente desde 1880, los socialistas de Alemania y todo el mundo tuvieron a su disposición era ideología, a la que se había colgado la etiqueta de «socialismo científico». Su formulación clásica la constituye el tratado de Engels contra Dürhing, que es con mucho la elaboración marxista más influyente del período, y la fuente de casi todo el pensamiento teórico entonces accesible a un número rápidamente en aumento de miembros del movimiento socialdemócrata. A ésta se vinieron a sumar trabajos de sentido paralelo, como *Socialismo utópico y socialismo científico*, que en un principio fue un resumen de algunos capítulos del *Anti-Dühring*; el ensayo sobre Feuerbach (1888) que presentaba al socialismo alemán como el heredero de la filosofía alemana; y el último pero no por ello menos importante, *El origen de la familia, la propiedad y el Estado* (1884), del que puede decirse que representó para el movimiento obrero lo que los escritos populares de darwinianos como Haeckel supusieron, por aquella misma época, para la clase media liberal en la labor de eliminar los restos de la vieja visión teológica del mundo. Con la excepción de la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels, que habría de esperar una publicación póstuma hasta el año 1925, todas esas obras alcanzaron un *status* dogmático dentro del movimiento obrero durante

el apogeo de la influencia socialdemocrática, es decir, en la época transcurrida entre 1890 y 1914. De ellos fue, y no de *El Capital* (por no referirnos a los primeros escritos de Marx, que todavía seguían por lo común ignorados), de donde extrajeron los socialistas su imagen mental del mundo.

Para los lectores que encuentran dificultades para seguir a Engels existía una exposición más popular de la doctrina materialista en los escritos de Joseph Dietzgen, especialmente en su *Nature of Human Brainwork*¹ (La naturaleza del trabajo mental humano), a la que el propio Engels prestó atención en su ensayo sobre Feuerbach. No puede ignorarse a Dietzgen, pues constituye una de las fuentes —bien que una fuente menor— de la visión de Lenin y en consecuencia del marxismo soviético. Pero no puede compararse en importancia con Engels o Kautsky, en cuanto suministrador de un nuevo credo materialista. Como máximo representa un nexo entre la escuela marxista y el movimiento socialdemocrático del que en cierto sentido fue más representativo incluso que los otros teóricos mayores, mostrándose un activo precursor del socialismo y un verdadero trabajador autodidacta: una especie de Proudhon alemán. No carecía Dietzgen de originalidad; incluso estoy tentado de decir que lo único que tenía era originalidad. Discípulo de Feuerbach y, al igual que su maestro, empirista radical que rechazaba el pensamiento especulativo, salió a escena en un momento en que Marx y Engels se habían asegurado ya la prioridad de la concepción del mundo que él estaba a punto de desarrollar; pero su exposición un tanto fácil y elemental de la posición monista materialista sirvió a su objeto de ayudar al movimiento socialdemocrático en gestación a separarse gradualmente del idealismo kantiano. Sólo por esta razón lo traemos aquí a colación. Poco existe en Dietzgen que no podamos encontrar en Engels, Kautsky o Plejanov, cada uno de los cuales le trataron por lo demás con respeto. En el aspecto moral su «ética evolutiva» deriva de Spinoza por mediación de Feuerbach, definiéndose en última instancia por una especie de panteísmo. Esto tampoco era totalmente nuevo, y tenía un ejemplo paralelo en las obras de Engels; pero Dietzgen rechazaba expresamente el ateísmo; insistía en que «Dios, verdad,

1. *Das Wesen der menschlichen Kopfarbeit, dargestellt von einem Handarbeiter. Eine abermalige Kritik der reinen und praktischen Vernunft*, Hamburgo, 1869; cf. también Josef Dietzgens, *Saemtliche Schriften*, Wiesbaden, 1911; *Philosophical Essays*, Chicago, 1906; *The positive Outcome of Philosophy*, Chicago, 1906. Existe una literatura inmensa sobre Dietzgen; para una estimación reciente de su obra, cf. Lloyd D. Easton, "Empiricism and Ethics in Dietzgen", *Journal of the History of Ideas*, Nueva York, enero de 1958, vol. XIX, n.º 1, págs. 77 y ss.

y naturaleza son nombres de la misma cosa», y vio un sustituto de la religión revelada en «la comunión y conexión íntima entre todos los hombres y cosas». En su conjunto, probablemente estuvo cerca de expresar lo que pensaba y sentía el socialista medio de la época acerca del mundo, pero su pensamiento era demasiado asistemático para crear el género de doctrina coherente que pudiera oponerse a la enseñanza oficial de las universidades. Se requería un poco más de autoridad y esto lo proporcionó Engels.

Que este algo no era ya la «teoría crítica» de 1843-8, es decir, la «revolución en el pensar», sino más bien una «ciencia» general de la naturaleza (!) y la historia, nos interesa ahora por razones distintas a las del interés puramente intelectual que pueda uno sentir por el desarrollo de la doctrina. Marx y Engels no cesaron nunca de considerar el pensamiento teórico como un elemento de la transformación social que trataban de provocar. Pero no entraba dentro de sus intenciones el teorizar sobre cosas en general que no tuvieran relación con su significado histórico. Su interés cada vez mayor por la ciencia natural a partir de 1850 refleja una tendencia (que compartían con la mayoría de sus contemporáneos) a ver la historia con un tenor evolutivo: una posición que contradecía su concepción original, aunque, como hemos visto, Engels siempre se había sentido inclinado a considerar complementarias «evolución» y «revolución»¹. La cuestión consistía en cómo este nuevo modo de pensar podía compaginarse con el viejo esquema dialéctico de la «teoría crítica», dentro de la cual «revolución» significaba algo radicalmente diferente al mero «cambio» o «progreso». No se trataba aquí de un problema académico; interesaba a la concepción del mundo del movimiento socialista, y a largo plazo a su orientación política. Para bien o para mal, la práctica socialista que tuvo lugar en la mayor parte de Europa vino a reflejar una actitud espiritual que derivaba su fuente última de la doctrina materialista desarrollada por Engels en sus escritos tardíos de 1870, y de 1880. Esto era particularmente cierto respecto de Alemania, que entonces y durante muchos años más iba a convertirse en la potencia dominante de la Europa central y más allá de ella. Dentro del gradual movimiento de ideas que parte desde la Revolución francesa a la contrarrevolución alemana, la transformación del

1. Cf. Bollnow, *loc. cit.*, págs. 96 y ss. De sus escritos y correspondencia se deduce con claridad que Marx llegó a adoptar paulatinamente una posición que en ciertos aspectos recordaba al cientifismo de la época, pero nunca sucumbió por completo a la tentación de refundir totalmente su doctrina conforme a un estilo materialista-evolucionista; pero Engels no sentía esa inhibición.

marxismo en una doctrina «científica» vacía de todo contenido genuinamente filosófico —y por consiguiente incapaz de contener el empuje del irracionalismo romántico que comenzó en la década de 1890 y alcanzó su fatal apogeo en los años 1930— estaba destinada a ser un factor de importancia capital, aunque en su aspecto negativo contribuyó a provocar el divorcio entre el movimiento obrero democrático y la tradicional visión idealista de la *intelligentsia* de clase media que más tarde explotaría el fascismo con tan nefastas consecuencias. Al limitar su perspectiva y adaptar su nivel a las exigencias intelectuales más bien modestas del movimiento obrero, el marxismo socialdemocrático ortodoxo obtuvo una sólida base política a costa de desembarazarse de aquellos rasgos del pensamiento de Marx que se referían a la situación humana como tal. A largo plazo, esto significó que el socialismo quedó confirmado en su papel de una corriente parcial dentro de la sociedad, y que el movimiento obrero se convirtió en vehículo para la transmisión de una versión algo anticuada de la fe positivista que mantenían en común la clase media y los obreros. Es discutible que no fuese posible otra salida; cualquiera que fuese, la incapacidad para conservar la herencia filosófica desempeñó su papel al dejar indefenso al movimiento socialista frente a las tendencias destructoras que acarrearó la desintegración del liberalismo después de 1914.

EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Dadas las circunstancias que rodearon el nacimiento de la nueva concepción materialista del mundo, era inevitable que el sistema teórico bosquejado por Engels en sus escritos de los años «setenta» y «ochenta» presentara un notable parecido con las doctrinas difundidas por darwinistas como Haeckel, sin referirnos a Dürhing, contra quien dirigió su primer y más influyente tratado. «De Hegel a Haeckel» podría ser el resumen de la evolución del pensamiento marxista entre los años 1840 y la década de 1880, aunque a buen seguro Engels sabía que el positivismo dejaba un vacío que atraía a las filosofías contrarias¹. Tal como él la contemplaba, la tarea consistía en mostrar que la concepción científica del mundo no era incompatible con una teoría general de la naturaleza y la historia. En el proyecto marxista original de 1843-5 la idea de una síntesis intelectual semejante se hallaba ligada al concepto de una transformación que supondría a la vez la «realización de la filosofía» y la superación de la dicotomía antigua entre idealismo y materialismo.

1. Cf. el prefacio original a su *Anti-Dühring*, luego asignado al manuscrito de la *Dialéctica de la naturaleza*, y reimpresso como apéndice de la primera obra (*op. cit.*, págs. 455 y ss.). "Pero una nación que quiere ascender a los pináculos de la ciencia posiblemente no pueda arreglárselas sin pensamiento teórico. No sólo se arrojó por la borda el hegelianismo, sino la dialéctica —y esto precisamente en el instante en que el carácter dialéctico de los procesos naturales (sic) se imponía por sí mismo al espíritu, cuando por consiguiente sólo la dialéctica podía servir de ayuda a la ciencia natural en el manejo del cúmulo de teoría— produciéndose así una inevitable recaída en la antigua metafísica" (*loc. cit.*, pág. 460). El interés de Engels por la filosofía de la ciencia está estrechamente relacionado con su interés patriótico por la decadencia de la filosofía alemana. Respecto a los datos biográficos sobre la creciente absorción de su tiempo por este tema, cf. Mayer, *op. cit.*, vol. II, págs. 296 y ss.

En la versión modificada propuesta por Engels en 1878 (con la aquiescencia tácita de Marx, bien es cierto), esta cuestión queda planteada como sigue:

La filosofía de la antigüedad era el materialismo primitivo, natural. En cuanto tal, era incapaz de desvelar la relación entre espíritu y materia. Pero la necesidad de obtener claridad sobre esta cuestión llevó a la doctrina de un alma separable del cuerpo, luego a la aserción de la inmortalidad de este alma, y finalmente al monoteísmo. El viejo materialismo quedó, pues, negado por el idealismo. Pero con el transcurso del nuevo avance de la filosofía, el idealismo se convirtió también en insostenible (sic) siendo negado por el materialismo moderno. Este materialismo moderno, negación de la negación, no representa el restablecimiento del antiguo, sino que añade a las bases permanentes de este viejo materialismo todo el contenido de pensamiento de doscientos años de filosofía y ciencia natural... *Ya no es una filosofía, sino simplemente una visión del mundo* (itálicas del autor) que tiene que afirmar su validez y que no debe aplicarse a una ciencia de ciencias separadas, sino a las ciencias positivas. Aquí, pues, la filosofía se ha «depurado», esto es, «a la vez superado y preservado»; superado en cuanto a su forma, y preservado en cuanto a su contenido real¹.

En vez de la «realización» de la filosofía a través de la acción que transforma a un mundo, que tiene a la filosofía como su complemento necesario, nos hallamos aquí ante una diferenciación de la filosofía dentro de «las ciencias positivas»; o mejor dicho, su parcial diferenciación, pues Engels mantiene la dialéctica como «la ciencia de las interconexiones en contraposición a la metafísica»². La mezcla resultante de ciencia y filosofía constituye lo que se llama «materialismo dialéctico»: un concepto que no estaba presente en la versión original marxista y en verdad esencialmente ajeno a ella, puesto que para el primitivo Marx la única esencia que importa para la comprensión de la historia es la esencia humana. Por el contrario, a juicio del Engels tardío, la evolución histórica es un aspecto de la evolución general (natural), y se halla básicamente sujeta a las mismas «leyes». El contraste difícilmente podría ser más claro. Que Marx se

1. *Anti-Dühring*, Moscú, 1954, págs. 191-2.

2. *Dialéctica de la naturaleza*, Moscú, 1954, pág. 83.

conformase con esta parodia de su exposición original es una circunstancia fáctica que no precisa nuestra atención, aunque puede ser de interés para sus biógrafos. Lo importante es que el marxismo vino a significar lo que Engels había afirmado que significaba en sus escritos de entre 1875 y 1895, a saber, un evolucionismo materialista en el que «la dialéctica» figuraba como el eslabón entre la antigua filosofía y la nueva ciencia¹.

Era forzoso que tal cambio de punto de vista tuviera consecuencias de gran alcance; no se trataba en efecto de un asunto de «mera teoría». Pocas cosas son más trágicas que el positivismo «práctico» que no logra ver la conexión entre el pensamiento que anima un movimiento y la práctica que acompaña este pensamiento, y en gran parte depende de él. Engels marcó el tono a una generación de socialistas, y su interpretación del marxismo adquirió los visos de un dogma canónico. En el momento oportuno su filosofía, en especial tal como aparece en la *Dialéctica de la naturaleza*, se convirtió en la pieza decisiva del edificio marxista soviético. Existe una indiscutible línea de parentesco que enlaza a Engels con Lenin y Bujarin a través de Plejanov y Kautsky. Todos ellos, cualquiera que sean sus diferencias, compartieron la fe común en el «materialismo dialéctico» como una «ciencia» universal de las «leyes» de la *naturaleza* y la historia, tal como se supuso que la diseñó en forma confusa Hegel y le dio finalmente la expresión adecuada Engels. Considerar esto simplemente como un compromiso formal con la ideología por parte de los hombres «prácticos» es confundir toda la fibra y visión del movimiento marxista. Habiéndose escindido la «unión de la teoría con la práctica» vino a sustituirla la nueva doctrina «científica», el determinismo en el campo del pensamiento, tendiendo a un dogmatismo en la acción. La certeza férrea que Engels importó al pensamiento marxista halló su contrapartida al nivel político en la convicción inquebrantable de que el curso de las estrellas estaba fomentando la victoria de la causa socialista. Esta fe iba a sobrevivir incluso a la revolución rusa y sus consecuencias.

En términos de historia intelectual, el intento de Engels de moldear un cuerpo sistemático de pensamiento, bosquejado con arreglo a la filosofía tradicional, puede describirse como un re-

1. Fetscher, *loc. cit.*, págs. 45 y ss. Respecto a las incoherencias lógicas de la interpretación que hace Engels del método científico, cf. Hook, *op. cit.*, págs. 194 y ss. No se plantea aquí entrar largo y tendido en la cuestión de hasta qué punto tuvo éxito Engels al aplicar su modelo conceptual; el punto decisivo es que el propio modelo representa una quiebra completa con la «teoría crítica» de antes de 1848.

surgimiento de un determinado corte mental arcaico que también estaba presente en Hegel, en particular el Hegel entrado en años que había tratado de incluir la naturaleza y la historia dentro de un sistema unificado. Ésta es la base para tratar el materialismo dialéctico, a pesar de todo, como una filosofía, o al menos como un intento de amalgamar filosofía y ciencia. No es extraño que, cuando se considera la extracción de sus propósitos del más antiguo idealismo especulativo, Engels se sintiera capaz de mirar con desprecio, situado desde su altura, a un positivista superficial como Dühring, o un simple empiricista como Haeckel, para quien la filosofía especulativa había dejado de ser importante¹. Sin embargo, su animada polémica contra el primero, y su condescendiente trato del último, no pueden ocultar el hecho de que en sustancia el evolucionismo materialista del *Anti-Dühring* y la *Dialéctica de la naturaleza* está más cerca del «materialismo mecanicista» de sus oponentes que de la vieja filosofía romántica de la naturaleza, cuya herencia trataba de salvar. Su intento de sintetizar la filosofía especulativa y la ciencia positiva adolece de un defecto fatal: si la naturaleza se concibe con arreglo a móviles materialistas, ello no ayuda al método dialéctico; y si la dialéctica es buscada en la naturaleza, el materialismo se echa por la borda. Como sabía esto, o lo presentía, Marx dejó prudentemente en paz a la naturaleza, es decir, a la que no se relacionaba con la naturaleza humana. Engels se aventuró por donde Marx no había querido deambular, y el resultado fue el materialismo dialéctico: una carga que no había dejado de gravitar pesadamente sobre los hombros de sus partidarios, aunque hay que decir en favor de Engels que no se le puede hacer responsable de la transformación ulterior de sus ensayos especulativos en una religión estatal impuesta a auditorios cautivados por maestros doctrinarios poco más cultos que sus discípulos².

«El materialismo dialéctico», pues, es la teoría general de una evolución que abarca a la vez naturaleza e historia. Tal como

1. *Dialéctica de la naturaleza*, págs. 300 y ss.

2. No deben entenderse estas observaciones como una defensa de las doctrinas positivistas, muy superficiales, que con frecuencia criticaba Engels. Llevaba toda la razón al despreciar el "materialismo vulgar" de Büchner, y las manifestaciones no menos triviales de Dühring, este último un claro ejemplo, típico de esos universitarios alemanes, a quienes con la capacidad retroactiva de que ahora gozamos podemos considerar como precursores secundarios del nacionalsocialismo. La cuestión no estribaba en que él se disociase de esos escritores, sino en que a pesar del desprecio por su manera de ver las cosas, no se hallaba totalmente libre de sus defectos característicos.

Engels lo formulara, su esbozo sumario se muestra poco más o menos como sigue:

Existe un proceso dentro del mundo real del que es reflejo la dialéctica de los conceptos, mientras que Hegel supuso equivocadamente que la realidad es una copia inferior de la lógica. «Según Hegel, la dialéctica es el autodesarrollo del concepto... por tanto, el desarrollo dialéctico aparente en la naturaleza y la historia... es sólo una copia miserable de la automoción del concepto que sigue por la eternidad... Esta deformación ideológica debe suprimirse. Una vez más comprendemos en forma materialista los conceptos en nuestras mentes en cuanto imágenes (*Abbilder*) de las cosas reales... Así pues, la dialéctica se reducía a la ciencia de las leyes generales del movimiento, exteriores a la vez al mundo y al pensamiento humano, dos conjuntos de leyes que son idénticas en sustancia, pero que difieren en su forma de expresarse en cuanto que la mente humana puede aplicarlas conscientemente mientras que en la naturaleza y hasta el momento en su mayor parte dentro de la historia humana (sic), esas leyes se imponen inconscientemente en forma de necesidad externa en medio de una serie sin fin de accidentes aparentes»¹. De esta forma, la dialéctica hegeliana se asentó sobre sus bases reales, «o mejor dicho... sobre sus pies», y esta «dialéctica materialista» se convirtió en un instrumento para el estudio del mundo real². Sin embargo, la inversión «materialista» de la dialéctica de Hegel (o para ser exactos, de la versión que dio Engels de la misma, un tanto simplificada), no significa que se abandonara por entero la filosofía de Hegel. Al contrario, se mantuvo la «gran idea básica de que no hay que ver al mundo como un complejo de cosas ya hechas, sino como un conjunto de procesos»³. Lo que sí puede extrañar es que Engels añada que esta «idea básica... ha... impregnado tan completamente la conciencia ordinaria que con este carácter de generalidad apenas se la contradice ahora»⁴. Sin embargo, una cosa es reconocer el principio y otra aplicarlo en la práctica. Lo que importa ahora es tomarse con seriedad la idea de que «las cosas aparentemente estables no menos que sus imágenes mentales en nuestros cerebros, los conceptos, pasan por un cambio ininterrumpido de hacerse y deshacerse en el que a pesar de cualquier contingencia aparente y de todo retroceso temporal, acaba imponiéndose un desarrollo progresivo». Y con una rúbrica final se manifiesta que «si la in-

1. Ludwig Feuerbach, MESW II, págs. 349-50.

2. *Ibíd.*

3. *Ibíd.*, pág. 351.

4. *Ibíd.*

vestigación partiera siempre de esta posición, cesaría para siempre la demanda de soluciones definitivas y verdades eternas»¹. Engels no se molesta en explicar cómo es posible definir el desarrollo a largo plazo como «progresivo» cuando se carece de pautas normativas («verdades eternas»).

Este era, pues, el marco conceptual general dentro del cual tenía que discurrir la investigación empírica de la naturaleza y la historia. En el fondo, apenas difería del evolucionismo materialista tan en boga en la época. El «progreso» en el impreciso sentido de una evolución inevitable y benéfica hacía tiempo que se había convertido en el santo y seña de la sociedad burguesa, y más concretamente del radicalismo burgués. Y tampoco había nada nuevo en el relativismo moral extensamente desarrollado por Engels en obras tales como el *Anti-Dühring* y *El origen de la familia*². Su método consistía más bien en mostrar que si se toman con seriedad los supuestos típicos de la civilización contemporánea, las conclusiones son de tal índole que sirven de base a las críticas del orden establecido. Sería ésta la táctica favorita habitual de los socialistas de la generación siguiente. Aun con todo lo efectiva como técnica polémica, se alejaba inevitablemente de la idea de que las formas de pensamiento, no menos que las instituciones de la sociedad, tenía que ser trascendidas por una crítica que fuese verdaderamente radical. Hacia la década de 1880 esta posibilidad se hallaba ya fuera de toda consideración.

Es netamente característico de la visión de Engels que en un ensayo dedicado ostensiblemente al tema de la filosofía posclásica alemana incorporara en cuanto tema principal aquellas innovaciones recientes de la ciencia natural tales como «el descubrimiento de la célula», «la transformación de la energía», y «la prueba que desarrolló Darwin por primera vez, de manera unitaria, de que el total de productos orgánicos de la naturaleza que nos rodea en la actualidad, incluyendo la humanidad, es el resultado de un largo proceso de evolución a partir de unos pocos gérmenes unicelulares en su origen...»³. «Gracias a esos tres grandes descubrimientos, y a los otros avances inmensos de la ciencia natural», ha sido ahora (en 1888) posible «presentar de

1. *Ibid.*

2. Cf. *Anti-Dühring*, págs. 134 y ss. «En su forma burguesa y en su forma proletaria, la idea de igualdad es por consiguiente un producto histórico... es todo menos una verdad eterna» (*ibid.*, pág. 149). Constituye éste un claro ejemplo del modo habitual de razonar de Engels en el que las verdades «absolutas» y «relativas» se contraponen como si Hegel no hubiera existido jamás.

3. *Ludwig Feuerbach*, MESW II, pág. 352.

forma sistemática aproximada una visión comprensiva de la interconexión existente en la naturaleza a través de los hechos que facilita la ciencia natural empírica»¹. Por lo demás, «lo que es cierto de la naturaleza, que aquí se reconoce también como un proceso histórico de desarrollo, es igualmente cierto de la historia de la sociedad en todas sus ramas, y de la totalidad de las ciencias que se ocupan de las cosas humanas (y divinas)»². ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre naturaleza e historia? La diferencia estriba en que en la naturaleza «sólo existen agentes ciegos, e inconscientes que actúan entre sí, por cuyo juego recíproco entra en acción la ley general... Por el contrario, en la historia de la sociedad los actores están todos dotados de conciencia, son hombres que actúan con deliberación o pasión, trabajando por objetivos concretos; nada sucede sin un propósito consciente, sin un fin querido. Pero esta distinción, aun con la importancia que reviste para la investigación histórica, en particular de las épocas y acontecimientos singulares, no puede alterar el hecho de que el curso de la historia se gobierna por leyes generales internas... Lo que se desea sucede sólo raras veces; en la mayoría de los casos los numerosos fines que se desean entran en conflicto entre sí... Así pues, los conflictos de innumerables voluntades y acciones individuales en el dominio de la historia, producen un estado de cosas enteramente análogo al que prevalece en el reino de la naturaleza inconsciente... Los acontecimientos históricos, pues, aparecen en su conjunto como si estuvieran regidos por la casualidad. Pero aunque en la superficie dominan los accidentes, en la realidad aquéllos siempre están regidos por leyes internas y ocultas, tratándose sólo de descubrir esas leyes». La ley general se impone actuando a través de una multitud de individuos en conflicto. «Los hombres hacen su propia historia, cualesquiera que puedan ser sus resultados, en la que cada persona sigue su propio fin conscientemente deseado, y es precisamente la resultante de esas muchas voluntades que actúan en direcciones diferentes, y de esos múltiples efectos sobre el mundo exterior lo que constituye la historia... Por otra parte, se plantea una nueva cuestión: ¿qué fuerzas motoras se sitúan a su vez por debajo de esos motivos? ¿Cuáles son las causas históricas que se transforman en aquellos motivos dentro de los cerebros de los actores? El viejo materialismo nunca se planteó esta cuestión...».

Lo que Engels adelanta en esos pasajes, muy conocidos, es

1. *Ibíd.*, pág. 353.

2. *Ibíd.*, págs. 354-5.

una amalgama de conceptos hegelianos y darwinianos que no forma una totalidad comparable a la crítica marxista de 1843-5 caracterizada por hacer hincapié sobre los momentos históricos decisivos. Su proyecto evolucionista es fundamentalmente darwiniano, mientras que su recurso a «leyes internas ocultas» recuerda la «astucia de la Razón» de Hegel: el designio providencial actuando a través de los individuos como agentes subordinados a sus fines. Lo que falta a este cuadro es precisamente lo que constituía la originalidad del joven Marx: la «coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana»¹, con lo que la historia «se recupera», y «se borra» la separación entre las leyes generales y las voluntades particulares. Por un golpe de ironía inconsciente Engels situó el texto de las *Tesis* marxistas como apéndice a su propio ensayo sobre Feuerbach, que a pesar de todo su énfasis respetuoso en la novedad de la concepción de Marx, la sustituye de hecho con una llamada completamente viejo-hegeliana a lo que supone realmente la «Astucia de la Razón» bajo una nueva faz. En donde el joven Marx había previsto un suceso histórico único que permitiera a la humanidad comprender la historia como su propio acto creador, Engels presenta un modelo evolucionista que, por la propia esencia de las cosas, nunca puede llegar a término, y que por tanto no puede aportar un significado concreto. La historia como una totalidad comprensiva puede «llegar a ser ella misma» cuando alcance su clímax. La naturaleza es inmortal casi por definición, y su estudio, como Engels nunca se cansó de subrayar, no revela ninguna finalidad, sino como máximo una aproximación sin fin a un límite que se aleja constantemente. Asimilar el proceso histórico al de la naturaleza, significa en consecuencia eliminar la idea de un acto histórico decisivo que revele el *sentido* de la historia. En este aspecto aspecto Engels, a pesar de sus polémicas contra el «sistema» hegeliano, se halla más cerca del Hegel tardío que del Marx primitivo.

La forma en que Marx consideró originalmente la relación entre naturaleza e historia se pone de *manifiesto* en sus primeros escritos, en donde la dialéctica de la actividad humana sensorial y la «naturaleza» objetivada se explican como un proceso en el que el trabajo del hombre *crea* el mundo exterior (social) que se le enfrenta. Mientras que «la formación de los cinco sentidos es una labor de toda la historia universal hasta el presente», el mundo aprehendido por los sentidos es la contrapartida del ser humano que llega a la madurez mediante el desarrollo de sus

1. *Tesis sobre Feuerbach*, MESW II, pág. 366.

facultades innatas¹. *No existe naturaleza aparte del hombre*. «Por ello la objetivación de la esencia humana en sus aspectos teórico y práctico se requiere para hacer humano el sentido del hombre, así como para crear el *sentido humano* correspondiente a toda la riqueza de la esencia humana y natural». Al nivel histórico, «la *industria* y la existencia *objetiva*, asentada de la industria son el libro abierto de las capacidades esenciales del hombre (*Wesenskraefte*), la *psicología* humana abierta a los sentidos. Hasta ahora no había sido concebida ésta en su conexión inseparable con la *esencia* del hombre... La *industria* es la relación histórica real de la naturaleza, y por ello de las ciencias naturales, como el hombre. Así pues, si se concibe la industria como la revelación *esotérica* de las *facultades esenciales* del hombre, también se entiende la *esencia humana* de la naturaleza, o la *esencia natural* del hombre... La naturaleza, como se desarrolla en la historia humana, en la génesis de la sociedad humana, es la *verdadera* naturaleza del hombre; de ahí que la naturaleza, tal como se desarrolla en la industria, si bien en forma enajenada, sea una naturaleza verdaderamente *antropológica*». En pocas palabras, para el Marx primitivo —y en cierta medida también para el Marx de la madurez— la naturaleza y el hombre son realidades complejas cuya interacción se estudia dentro de la sociedad; éste es justamente el reverso de la costumbre de Engels de derivar «leyes» históricas de la actuación de una naturaleza concebida como una realidad independiente y exterior al hombre.

Otra consecuencia de su abandono progresivo de la «teoría crítica» de 1843-8 es la incapacidad de Engels para apreciar la grandeza de Kant, y la consiguiente ineptitud de sus discípulos (en especial los marxistas rusos de cualquier etiqueta política) para hallarle sentido a la tradición idealista de la filosofía. No puede hacerse responsable a Marx de este triste resultado. Las *Tesis sobre Feuerbach* evidencian que se esforzaba por lograr una síntesis verdadera de materialismo e idealismo que tuviera en cuenta la crítica de Kant. Nadie que haya experimentado realmente la influencia formativa de la filosofía poskantiana podría contentarse jamás con el ingenuo naturalismo de la Ilustración francesa. Aunque profundamente arraigado en la tradición intelectual de que eran exponentes Holbach, Helvecio y Condillac, Marx se percataba de que la doctrina «materialista» era insostenible en la forma en que ellos la habían dejado. Por un lado, su determinismo estaba en contradicción con su humanismo, pues que según mostraban el Hombre era el objeto pasivo de in-

1. Para este planteamiento, cf. EPM, MEGA I/3, págs. 120 y ss.

flujos corruptores que difícilmente podrían prepararlo para la tarea de remodelar las instituciones que a su vez le habían moldeado a él. En segundo lugar, su sensualismo ingenuo —un reflejo del empirismo igualmente ingenuo de Locke, de quien eran descendientes— ya no podía ser aceptable después de que Kant (siguiéndole los pasos Hegel) había señalado el papel creador del espíritu en el moldeamiento del mundo de la experiencia presente en la conciencia individual. La mente ya no era un receptáculo pasivo de impresiones sensoriales, de la misma forma que el hombre no era simplemente el producto de las circunstancias sociales. La primera *Tesis sobre Feuerbach* reconoce expresamente la comprometedora verdad de que debido a este «defecto de todo el materialismo anterior, se ha producido una situación en la cual «el aspecto activo... fue desarrollado por el idealismo». Aunque no se menciona explícitamente a Kant, la relación es indiscutible. Puede afirmarse que la originalidad de la postura de Marx consistía precisamente en ello: mientras los materialistas franceses se habían mezclado en un problema insoluble al postular una naturaleza humana que dependía pasivamente de su entorno e imponer luego sobre este cuadro deprimente una doctrina optimista de progreso, Marx apuntaba que la clave de la deseada transformación residía en la capacidad del hombre para reorganizar el mundo del que formaba parte. Fue el fin del acertijo sobre quién educaría al educador: el sujeto del proceso histórico se educaba a sí mismo en el curso de su actividad *que no era sino el desarrollo progresivo de su propio ser.*

De esta dialéctica compleja, Engels sólo conservaba su envoltura. No se trataba de que hubiese abandonado de modo formal un elemento concreto del canon marxista, lo que hizo simplemente fue romper su equilibrio aparentando que el propósito de la operación era poner al día el viejo materialismo. El núcleo de la doctrina —el papel creador de la actividad consciente— quedaba sustituido por una fe en la *ciencia* en cuanto descripción correcta de procesos determinados; se confiere a la materia la facultad de dar vida a la inteligencia; y se censuraba a Kant por haber osado insinuar que el mundo es en parte una obra de nuestra creación. A cambio de este retroceso de la posición que ocupaba la filosofía clásica alemana, antes de que Marx reafirmara sus intuiciones fundamentales, Engels presenta al lector una ontología estática en donde se ve cómo la naturaleza atraviesa todos o la mayoría de los cambios que describía Hegel en su *Lógica*. Marx se había sentido atraído por la filosofía de Hegel porque su insistencia en la actividad creadora de

la mente le facilitaba la clave de su propia concepción de actividad material (*praxis*), según la cual la conciencia torna a aparecer como la forma específicamente humana de la existencia natural. Según Engels el acento reside en la maquinaria conceptual de Hegel con la que al movimiento material se le atribuye una certeza lógica. Lo que a él le fascina en realidad es el determinismo de Hegel: su capacidad para mostrar que la naturaleza sigue un curso previamente determinado.

Si hay que creer a Engels, la «inversión materialista» de la filosofía de Hegel no tiene como fin el término de la construcción de sistemas especulativos, sino la elaboración de una ontología «materialista» tan sistemática y comprensiva como la del propio Hegel. No parece haberse percatado de que eso suponía el abandono de la posición que Marx y él mismo ocupaban en los años 1840, cuando se habían desembarazado del sistema de Hegel bajo la influencia de Feuerbach. Poco importa que se denomine «espíritu» o «materia» al Absoluto. La marcada insistencia de Engels en la naturaleza dialéctica del método de Hegel frente al carácter estático de su sistema, sería más convincente si su propia exposición del «nuevo materialismo» no se viera movida por la muy evidente determinación de cubrir el vacío que dejó la disolución de la ontología idealista de Hegel. Las raíces psicológicas de este impulso hacia la sistematización son obvias. Ése es el carácter *partiinost*, por utilizar un término perteneciente a una época ulterior de la «dialéctica materialista» resultante, en la que el énfasis descansa desde luego en el elemento materialista. Prescindiendo de su connotación antirreligiosa —que para los radicales del siglo XIX fue realmente importante, y extraordinariamente trascendental para la *intelligentsia* rusa de la época en que dobla el siglo— el «materialismo» (en el sentido en que Engels utilizaba el término), es la consecuencia de un cierto tipo de radicalismo que se sitúa en primer plano con ocasión de cada movimiento de emancipación popular. Siempre se ha sabido que autoritarismo e idealismo van juntos; lo mismo ocurre con el paternalismo y el rigorismo moral. En contraste con ello, la exaltación de la materia —de la *materia mater*— hace una llamada emotiva a este aspecto de la conciencia popular activada por los movimientos de liberación social y humana: ocurre lo mismo con la emancipación femenina, que no por accidente se convirtió en un elemento vital de la corriente socialista. Ésas fueron fuerzas impulsoras poderosas en la determinación del curso que tomó efectivamente el materialismo popular y el «marxismo vulgar» desde finales del siglo XIX en adelante, pero no puede recurrirse a ellas en apoyo de una construcción intelectual

que se propone alcanzar la meta de reemplazar la ontología idealista tradicional por una materialista.

¿Fomenta al menos este hegelianismo invertido un intercambio recíproco entre filosofía y ciencia natural hasta el punto de servir de base al aserto de que el materialismo dialéctico puede promover una síntesis de esos dos modos de pensamiento? Difícilmente, pues a despecho de pretensiones ocasionales en contra, no se han producido adelantos científicos que puedan atribuirse en forma convincente a la aplicación del método dialéctico. Y esto ni siquiera puede sorprender. Cuando la dialéctica se concibe con corrección, se ve que presupone situaciones en las que la actividad consciente materializa una posibilidad fundamentada en la naturaleza de las cosas, o dicho de otra forma, en la situación histórica. En esos casos puede afirmarse que la acción humana sintetiza los elementos antitéticos al «anular» un obstáculo concreto que se interpone en su camino. Extender esta posibilidad al reino de la materia inanimada supone ver un elemento de esfuerzo voluntario en la estructura de la realidad: en otros términos, retroceder al romanticismo. En caso contrario, el concepto de cambio dialéctico tiene que forzarse hasta el extremo de convertirlo en una tautología, de tal forma que se considere a cualquier suceso que ocurra como equivalente de «un nuevo fenómeno» que representa un cambio cualitativo de un estado a otro. En la práctica la aplicación de la dialéctica al campo de la naturaleza se reduce a una elección entre esas alternativas poco atractivas. Que Engels no lo percibiera con claridad se debía a que para sus fines inmediatos bastaba con interpretar en términos casi filosóficos el descubrimiento de diversas interconexiones de la naturaleza, realizado efectivamente por la ciencia de su tiempo. Esto no era demasiado difícil, toda vez que se había supuesto que «dialéctica» significa estudio de esas conexiones. Dada la muy considerable erudición de Engels, y su dominio de la metáfora filosófica, podría trazarse a grandes rasgos un simulacro aceptable de una lógica universal de investigaciones científicas, dejándola a continuación colgar en el aire. Hasta el momento el programa ha quedado sin cumplir. Lo que se hizo fue algo bien distinto y mucho menos atractivo, aunque de primera importancia en el dominio social: la construcción de una visión materialista del mundo que conservaba la perspectiva positivista del siglo XIX y el lenguaje de la «filosofía natural» romántica. Un buen ejemplo de esta síntesis curiosa es el aserto de Engels —frente al materialismo bastante más consistente del empiricista burgués Haeckel— de que la *esencia* de la materia consiste en dar vida a los seres humanos y por consiguiente al

pensamiento. Aunque es muy discutible que representara ésta una observación «científica», era una forma ingeniosa de equilibrar de alguna manera a Hegel y Haeckel¹.

Los principios formales que emplea Engels son la transformación de la cantidad en cantidad, la identidad de los contrarios, y la negación de la negación. Su aplicación de esas categorías hegelianas mantiene un parecido exterior con el sistema de Hegel, pero carece por fuerza de la solidez que permite prescindir a Hegel de la distinción corriente entre conceptos lógicos y conceptos físicos. Como supone que el pensamiento y su objeto poseen su base común en el *logos* preexistente que subyace al ser y el pensar, Hegel no considera falta de solidez hablar de las «contradicciones» (lógicas) de la realidad, o de lo cuantitativo que se torna cualitativo: una noción inimaginable a menos que se dé por sentada la identidad entre estructuras lógicas y físicas. Engels, que no puede admitir ese supuesto metafísico, afirma que esos conceptos dialécticos están abstraídos de la realidad. Su procedimiento consiste entonces en tratar de ilustrar su validez comparándolos con los hallazgos de la investigación científica obtenidos empíricamente. Esta comparación lleva a un conjunto de analogías formales superpuestas a las conclusiones a que se ha llegado por métodos muy distintos. Ello no representa un nuevo enfoque, sino una repetición inútil del aparato conceptual que utiliza la ciencia. Este procedimiento empieza a emplearse en el *Anti-Dühring*, y alcanza su máxima expresión en las notas no publicadas a la *Dialéctica de la naturaleza*, de las que Eduard Bernstein (siguiendo en esto los consejos de Einstein) se apartó asustado cuando tuvo ocasión de editar el legado literario de Engels, pero que luego se transformaron en uno de los textos canónicos del marxismo soviético y en la fuente principal de lo que se define oficialmente ahora con el nombre de concepción marxista-leninista².

La extensión del «materialismo dialéctico» al reino de la historia social da origen al «materialismo histórico»; o mejor dicho, eso fue lo que ocurrió en la versión de Engels. Como hemos visto, Marx expuso su doctrina de la historia en relación con su teoría de la sociedad. Aquí no es necesario siquiera re-

1. *Dialéctica de la naturaleza*, pág. 278: "...la verdad es que es esencial a la materia promover la evolución de los seres inteligentes, lo que siempre ocurre por necesidad cuando las condiciones para ello... se hallan presentes". Para un análisis crítico de la forma de utilizar los conceptos lógicos, cf. Hook, *op. cit.*, págs. 202 y ss.

2. *Fundamentals of Marxism-Leninism*, Moscú, 1960, págs. 29 y ss.; cf. H. Marcuse, *Soviet Marxism*, Nueva York y Londres, 1958, págs. 136 y ss. (ed. castellana, *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, Madrid, 1969).

troceder a sus escritos de antes de 1848: la doctrina del materialismo histórico aparece expresada con concisión en el célebre prólogo a la *Crítica de la economía política* de 1859, y ampliada con toda suerte de detalles en los *Grundrisse* de 1857-8, publicados con carácter póstumo. En ninguna de esas obras se le hace depender de una teoría general de la evolución, ni mucho menos de una lógica universal de la investigación. Esta idea surge por primera vez en su mente en el *Anti-Dühring*, y se desarrolla luego en los estudios publicados por Engels tras la muerte de Marx. En esos escritos la lógica de la historia representa un caso especial de una lógica más general que abarca todo el universo. Al mismo tiempo, a Engels se le hace difícil negar que Marx empleara un modo específico de razonamiento distinto del de las ciencias empíricas. Como acostumbra, trata de hacerlo de dos maneras:

Se trata de un proceso histórico, y si representa a la vez un proceso dialéctico no depende de Marx, aunque pueda resultar molesto a Herr Dühring... Así pues, al caracterizar el proceso como la negación de la negación, Marx no intenta probar que el proceso fuese históricamente necesario. Antes bien, sólo después de que ha probado, partiendo de la historia, que el proceso ya ha ocurrido parcialmente en la realidad, y que debe (sic) ocurrir parcialmente en el futuro, lo caracteriza como un proceso que se desenvuelve en consonancia con una ley dialéctica definida¹.

Esta es una buena muestra del modo de proceder habitual en Engels, pero resulta escasamente ajustado al sentir de Marx.

Comparadas con esta inversión del enfoque marxista, su poco acertado intento de habérselas con la teoría kantiana del conocimiento, a la que se desecha de forma muy arrogante al suponer que sus postulados quedaron invalidados por la ciencia positiva². Sus incursiones por el campo de la epistemología son

1. *Anti-Dühring*, págs. 195-6.

2. *Ludwig Feuerbach*, MESW II, págs. 336: "Su refutación más eficaz, al igual que la de todas las demás extravagancias filosóficas, la constituye la práctica, es decir, la experiencia y el trabajo. Si somos capaces de probar lo correcto de nuestra concepción de un proceso natural reproduciéndolo nosotros mismos, creándolo a partir de sus propias condiciones, y utilizándolo además para nuestros propios fines, entonces ya no hay por qué hablar más de la inaprehensible 'cosa en sí' kantiana". Esta muestra tosca de positivismo fue excesiva para algunos marxistas ortodoxos de la generación siguiente, aunque la línea argumentativa de Engels iba a hallar un defensor comprometido en Plejanov. Lo sorprendente es que Engels no se contentó con reproducir los ataques de Hegel a Kant, que a

sin embargo importantes: no porque contribuyeran a la aclaración de este tema manido, sino porque marcaron el tono de la controversia idealista-materialista que irrumpió en Alemania hacia 1900 en conexión con la polémica «revisionista» y que iba a ser convertida luego en un tema ideológico importante por los marxistas rusos y sus sucesores soviéticos.

Engels parte de la proposición de que la «cuestión básica principal de toda filosofía, en especial de la filosofía más reciente, es la que se refiere a la relación entre el ser y el pensar»¹. La forma en que desarrolla este tema indica que no ve ninguna diferencia esencial entre la antigua especulación metafísica sobre cuerpo y alma que a su manera de ver dio lugar a la religión —con sus ideas de Dios, inmortalidad y demás—, y el debate netamente moderno sobre el conocimiento tal como lo había inaugurado Descartes. Los dos se estudian bajo la misma rúbrica en cuanto fuentes del conflicto entre «idealismo» y «materialismo», como si «el problema de la relación entre ser y pensamiento, entre espíritu y naturaleza»², llevara derechamente a lo que él define como «otro aspecto más» del problema, a saber: «¿Qué relación guardan nuestras ideas del mundo que nos rodea con este mismo mundo? ¿Es capaz nuestro pensamiento de conocer el mundo real?»³. Encarrilando por los mismos moldes estos dos temas bien distintos, llega Engels a una confrontación entre «dos grandes campos» de la filosofía a los que se supone en conflicto desde la antigüedad clásica. La filosofía de Hegel, que afirma la identidad del pensamiento con su objeto, se incluye en el campo «idealista», aunque casi al mismo tiempo Engels a Hegel para obtener su ayuda contra Kant y Hume, por el escepticismo de éstos respecto a la posibilidad del conocimiento exhaustivo de la realidad⁴. A continuación se ocultaban esas imprecisiones con el aserto de que en definitiva Hegel marchaba por la buena senda, aunque no lo supiera. Su sistema «representa meramente un materialismo vuelto al revés en for-

diferencia de los suyos propios tienen cierta relación con la esencia de la posición kantiana, sino que trató de introducir una línea argumentativa completamente insustancial.

1. Ludwig Feuerbach, *loc. cit.*, pág. 334.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, págs. 335-6.

4. *Ibid.* «Lo decisivo en la refutación de esta idea lo había dicho ya Hegel, dentro de lo que su posición idealista permitía. Las aportaciones materialistas de Feuerbach son más ingeniosas que profundas». Pero si quien llevaba razón frente a Kant era Hegel, y no el Feuerbach materialista, ¿a qué viene la distinción entre los «dos grandes campos»?

ma idealista (sic) en lo que a método y contenido se refiere»¹.

Sin embargo, lo que se pone de relieve con este planteamiento totalmente confuso de un tema que Engels conocía lo bastante, y sobre el cual Marx y él mismo se habían pronunciado sin ninguna ambigüedad allá por los años 1840, es otro nuevo aspecto de la concepción materialista-monista en que consiste la peculiar contribución de Engels al marxismo. Se rechaza el «materialismo vulgar», o lo que es lo mismo, el materialismo científico común, al igual que el tosco naturalismo de Feuerbach. Lo que se precisa es una síntesis del giro mental enciclopédico de Hegel con el modo de hacer científico. Una síntesis semejante debe ser global y abarcar tanto la historia como la naturaleza. «Porque no sólo vivimos dentro de la naturaleza, sino en la sociedad humana, y ésta no menos que la naturaleza (sic) tiene también su historia de desarrollo y su ciencia. Se trataba por tanto de poner en armonía la ciencia de la sociedad, esto es, la suma total de las llamadas ciencias históricas y filosóficas con la base materialista y de reconstruirlas sobre esta base. Pero no correspondería a Feuerbach hacer esto»². En opinión de Engels, esta tarea fue realizada satisfactoriamente por Darwin, en lo que a la naturaleza se refiere, y por Marx (con alguna ayuda de él mismo) con respecto a la historia; a partir de aquel momento, la «ciencia de la sociedad», igual que la ciencia de la naturaleza, se había situado, al menos, sobre una base sólida³.

Éste es pues el «materialismo dialéctico» tal como lo concebía Engels. Señalar que su exposición la ensombrecen los más graves defectos lógicos no es más que poner de manifiesto algo evidente. Lo que a nuestros efectos interesa no son tanto las definiciones teóricas del sistema como su función histórica al contribuir a moldear la visión del movimiento socialista. Fruto de la intervención decisiva de Engels en un momento crítico, ese movimiento poseyó entonces una visión coherente del mundo que la ligaban a la vez a la ideología dominante del positivismo y al radicalismo «burgueses». En cuanto fenómeno histórico, la socialdemocracia representa la unión entre esta visión del mun-

1. *Ibíd.*, pág. 336.

2. *Ibíd.*, pág. 340.

3. Posteriormente Plejanov perfilaría aún más esta imagen, pretendiendo que el "materialismo dialéctico moderno" había "explotado al máximo el gran" descubrimiento de Hegel de que "sólo somos libres en cuanto conocemos las leyes de la naturaleza y del desarrollo histórico, y en cuanto que, *al sujetarnos a esas leyes, confiamos en ellas*", cf. su artículo "Zu Hegels sechzigstem Todestag", en *Neue Zeitung*, números 7-8-9, noviembre de 1891; reimpresso en J. Plejanov, *Selected Philosophical Works*, Moscú, 1961, vol. I, págs. 455 y ss., especialmente páginas 477 y ss.

do y una práctica determinada en gran medida por ella. El destino del movimiento no sólo reflejaba la evolución de la «base material» de la sociedad, sino también la forma de reaccionar esa sociedad a la crisis inaugurada en 1914.

KAUTSKY

En 1883, año de la muerte de Marx, es una fecha de importancia en la historia socialista, pues asistió a la primera tentativa afortunada de crear una escuela marxista centrada en torno a la revista teórica de un movimiento obrero en auge, el de la Alemania bismarckiana. Hasta el momento el «marxismo» había sido virtualmente sinónimo de las personas de Marx y Engels. A partir de 1883 logró una firme base de partida a través del vigoroso movimiento socialista entonces existente. El nuevo órgano de la socialdemocracia alemana, la *Neue Zeit*, que se fundó ese año con Karl Kautsky como editor, tenía enemistades entre otras publicaciones de partido, y al principio no podía tratar de representar más que una corriente de opinión entre muchas. Esto no importaba; por lo menos ahora el marxismo poseía al fin lo que nunca había tenido, una tribuna pública regular. Andando el tiempo, la *Neue Zeit* de Kautsky, que desde el primer momento contó con Engels entre sus colaboradores, se impuso a la Segunda Internacional como la voz autorizada de lo que representaba entonces el movimiento socialista en auge más firme de Europa. Cuando en 1890 se encargó a su editor de redactar el programa oficial del partido, la fusión fue completa: la socialdemocracia alemana, que ya era un partido político importante dentro del Reich, se convirtió oficialmente en «marxista». ¿Qué significó esta conversión, y cómo hay que enjuiciar el papel de Kautsky dentro de ella?¹

1. Se hallarán datos biográficos en *Ein Leben fuer den Socialismus. Erinnerungen an Karl Kautsky*, Hannover, 1954; *Aus der Fruehzeit des Marxismus: Engel's Briefwechsel mit Kautsky*, Praga, 1935; *Victor Adler, Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, ed. Friedrich Adler, Viena, 1954. Para una valoración crítica del papel de Kautsky en el movimiento socialista, cf. Erich Matthias, "Kautsky und der Kautskyanismus", en *Marxismusstudien*, vol. II, Tubinga, 1957, págs. 151 y ss.

Es más fácil referir lo que *no* significaba el acontecimiento. No significa que la socialdemocracia alemana hubiese adoptado conscientemente el papel de un movimiento popular revolucionario encaminado a derrocar el imperio bismarckiano y la realización de la revolución democrática que había fracasado en Alemania. Si los viejos dirigentes del partido —principalmente G. Liebknecht y Bebel— acariciaron alguna vez esos objetivos, los habían abandonado tranquilamente hacia 1890, cuando el partido que dirigían se había tornado «marxista». En los años 1870 el socialismo alemán, al menos desde la perspectiva de Bismarck, y cuando era todavía un retoño joven, se había hecho verdaderamente «subversivo». Hacia 1890, al expirar la legislación antisocialista de Bismarck y la continua expansión de su fuerza electoral, se había transformado en un movimiento de oposición democrática radical dentro del Reich, ni más ni menos peligroso para la casta gobernante que el partido católico de «centro», pero mucho menos influyente. Sin embargo, fue precisamente entonces cuando el partido proclamó oficialmente su sempiterno antagonismo con la sociedad burguesa, así como con el régimen wilhelmiano. El «Programa de Erfurt» adoptado en 1891 fue obra en lo principal de Kautsky, e incorporaba tanto el análisis del capitalismo de Marx como la comprensión mental de sus lectores parecía probable permitir. Si el núcleo del programa era indiscutiblemente democrático y «reformista», al menos su preámbulo hacía hincapié suficiente en la lucha de clases a fin de satisfacer a Engels, con quien Kautsky se hallaba en un intercambio constante de correspondencia¹.

La paradoja aparente de un movimiento que era esencialmente pacífico y gradualista dotado de una doctrina revolucionaria pierde mucho de su aspecto desconcertante cuando se le inserta dentro del marco de la Alemania bismarckiana y wilhelmiana. Todos los programas de los partidos alemanes de la época tenían una carga ideológica excesiva y se inclinaban por extraer peticiones prácticas a partir de supuestos teóricos que satisfacían ansias intelectuales y emocionales a expensas de su significación inmediata. Esto no tenía importancia, puesto que el gobierno del Reich era, si bien en forma constitucional, autocrático e inamovible. Su pregonada independencia de los partidos políticos tenía su reverso en la irresponsabilidad de éstos. Desde

1. Cf. Kautsky, *Das Erfurter Programm*, 1892, para un análisis dilatado del documento por parte de su autor principal. Este «comentario popular» que comprendía 260 páginas, se convirtió en un clásico del socialismo y contribuyó mucho a asentar a Kautsky como el teórico oficial del partido. Asimismo constituyó un magnífico blanco para las andanadas «revisionistas» de la década siguiente.

el momento en que el Reichstag era virtualmente impotente, y los partidos se veían condenados al papel de presionar ante la burocracia gobernante en favor de peticiones sociales parciales, menos dispuestos se hallaban aún a llegar a un compromiso sobre materias de principio. Sus programas mostraban las consecuencias de su intransigencia doctrinal, y en este aspecto los socialdemócratas no diferían mucho de sus oponentes liberales o conservadores, como cada parte quería suponer. Alemania era un país doctrinario porque todas las doctrinas de la época se mantenían en suspenso. No existía razón alguna para que los socialdemócratas no prologaran una declaración de objetivos con una exposición de la filosofía que les servía de fundamento. Lo que hay que explicar más bien es por qué esta filosofía adoptó una forma determinada en el momento mismo en que la socialdemocracia se había avenido por razones prácticas a la aceptación tácita del *status quo*¹.

La socialdemocracia alemana era el legatario residual de las tendencias democráticas que no habían hallado salida en el imperio de Bismarck. Constituía asimismo la organización del proletariado industrial recientemente formado. La transformación del partido en un movimiento de masas a continuación de su hundimiento virtual y de su liquidación voluntaria, desde el comienzo de la represión legal de que se le hizo objeto en 1878, coincidió con la larga recesión económica de la década de 1880. Entre los socialistas esto se consideró en general como la prueba de que el capitalismo había perdido su capacidad de expansión. Una creencia fatalista en el hundimiento inminente del sistema aborrecido —que no se distinguió con claridad del «dominio de clase» sociopolítico prevaeciente en la Alemania bismarckiana— se apoderó de amplios estratos del movimiento, facilitando así la adopción ulterior de un programa marxista o cuasimarxista. Entre los dirigentes del partido, Bebel y W. Liebknecht se inclinaban especialmente hacia esas actitudes, y su apoyo permitió a Kautsky imponer al movimiento su marca peculiar de determinismo. El reverso de la moneda lo constituía la convicción insornablemente mantenida por muchos dirigentes socialdemócratas de que las políticas proteccionista y militarista proseguidas

1. Brandis, *op. cit.*, *passim*; Matthias, *loc. cit.*, págs. 159 y ss.; cf. también Arthur Rosenberg, *Die Entstehung der deutschen Republik*, Berlín, 1928, págs. 47 y ss. En esta obra se analizan con una maestría espléndida las complicaciones de la política alemana después de 1890; el autor desvela en particular el dilema insoluble en que se vio envuelta la socialdemocracia por su condición de movimiento minoritario en un país en donde el gobierno podía confiar siempre en una mayoría elegida que bloqueara el progreso hacia una democracia plena.

por el gobierno del Reich no favorecían el rápido avance de una forma de capitalismo más liberal y progresiva. Esta posición y las políticas económicas —esencialmente liberales— por las que abogaban los socialdemócratas en el Reichstag y en todas partes, se convertirían luego en el principal contenido político del «revisionismo»¹.

Estos comienzos ayudan a explicar lo que representa sin duda el aspecto más singular del «Programa de Erfurt»: la distancia asombrosa entre su análisis teórico y sus demandas prácticas. Estas últimas eran sustancialmente «reformistas», y netamente dependientes del carácter atrasado y antidemocrático de la Alemania wilhelmiana; en tanto que la sección teórica anterior insiste en la sustancia autodestructora del capitalismo y aspira a la socialización de los medios de producción. El intento superficial realizado por Kautsky de deducir las conclusiones prácticas de los postulados teóricos no convenía en absoluto, y, lo que es más característico, aparecía al final de su larga exposición sobre el tema². Su interés real estribaba en demostrar la necesidad económica del socialismo como una consecuencia del automatismo de la producción capitalista. Las peticiones políticas —por ejemplo, de legislación social, y de unas elecciones más democráticas— unidas a la larga declaración de principios socialistas no le interesaban sobremanera; parece haber considerado su inclusión como concesión a la debilidad de la carne: una actitud en la que le confirmó su mentor teórico³.

Es explicable que Engels hubiera adoptado esa actitud dada su convicción, expresada con frecuencia, de que el aumento de la influencia socialdemócrata, en especial en las provincias atrasadas del Este del Elba, de donde provenía la mayor parte del personal reclutado para el ejército prusiano, aceleraría en su momento un levantamiento político conforme al modelo de 1848⁴.

1. Cf. Brandis, *op. cit.*, págs. 5 y ss., para un análisis demoleedor de la leyenda oficial del partido respecto a la teoría y práctica socialista de este período. El relato ardiente que hace Mehring del tema en el volumen II de su *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, págs. 408 y ss., constituye un exponente de su capacidad literaria más que de su interés por un estricto rigor, lo que constituye siempre su lado flaco.

2. *Op. cit.*, págs. 258 y ss.

3. Cf. Engels a Kautsky, en *Aus der Fruehzeit*, pág. 300: "Por lo menos la parte teórica del programa se mantiene en pie; lo principal es que no contenga nada objetable desde un punto de vista teórico, y eso se ha asegurado en lo fundamental".

4. Carta del 11 de diciembre de 1884 de Engels a Bebel, en MESC, pág. 457: "Tal como van las cosas, prácticamente de ningún otro sitio si no es de Rusia puede proceder un impulso que venga de afuera. Si ello no ocurre así, y si el impulso se produce dentro de Alemania, entonces la revolución sólo puede partir

En última instancia, se demostró que llevaba razón, aunque el hundimiento de 1918 apenas hizo honor al progreso socialista, teniendo en cuenta lo que debería suponer una revolución democrática. Entre tanto, sus *arrière-pensées* —expresados con entera libertad a Kautsky y a los jefes del partido alemán— tuvieron por consecuencia reafirmar a éstos en su deliberada actitud de expectación pasiva respecto al próximo enfrentamiento de fuerzas. La tarea inmediata, tal como ellos la veían, era organizar la clase obrera, y con este objeto era preciso forjar en el país la inflexible oposición del partido al capitalismo y al «dominio de clase», término este último que no significaba el dominio de la burguesía (del que realmente en Alemania no había demasados signos) sino más bien, como en el caso de Lassalle, la falta de democracia. Esta equivocación se pone de manifiesto a lo largo de toda la literatura socialista alemana a partir de la década de 1870 y explica en gran medida cómo podía considerarse «marxista» un movimiento que jamás había roto de verdad con la herencia lassalleana. La clave del misterio estriba en el atraso político de Alemania comparada con Europa occidental. En las condiciones alemanas —y lo mismo cabe decir de Austria-Hungría, la otra ciudadela del «marxismo ortodoxo»— la democracia era todavía un lema revolucionario. En realidad, era más fácil para los gobiernos de la época llegar a un compromiso respecto a las demandas semisocialistas que no afectaban a la estructura política que ceder a la presión creciente de gobierno popular. Lo último, y no lo primero, constituyó el aspecto realmente revolucionario del movimiento socialdemocrático.

Si en la década de 1890 el partido no fue capaz de desplegar una estrategia clara adaptada a la situación, ello se debió parcialmente a la obligada lejanía y aislamiento de la única figura principal con la que contaba. Engels no es comparable con Marx en cuanto pensador, pero como estratega político no tenía igual en la Alemania de su tiempo; o si lo tenía, éste sólo podía ser Bismarck. Un enfrentamiento neto entre los dos hubiera sido un espectáculo digno de observar. De haber sido Alemania un país normal, Engels habría aparecido como el dirigente de todas las fuerzas democráticas en formación contra la casta gobernan-

del ejército". Cf. también la carta de Engels a Kautsky del 14 de octubre de 1891, incluida en MESC, pág. 514: "En Alemania pueden surgir condiciones bajo las cuales, a pesar de su miseria, puedan verse *forzados* los partidos de izquierda a barrer parte de la colosal basura feudal, burocrática y antiburguesa que existe todavía allí". La referencia corresponde aquí a los liberales; Engels nunca abandonó la esperanza de que una crisis política de este tipo abocara a una revolución democrática tal como ocurriría ciertamente en 1918.

te. Pero, tal como era el país, tuvo que contentarse con el papel de un gran anciano y un gran consejero teórico de un movimiento, cuyos líderes efectivos no accedían a su comprensión cabal de la política europea ni a su temple combativo. El giro que se inició tras su muerte estaba ya anticipado en el espíritu fatalista del Programa de Erfurt y en el sectarismo cada vez más pronunciado de sus discípulos radicales. Cuando terminaba el siglo aproximadamente, el socialdemócrata medio había llegado a abandonar la idea de una lucha política inminente y se había aprestado a la larga tarea de defender las peticiones del sector obrero; aunque el partido no renunció por este motivo a la terminología radical que Marx y Engels habían legado al socialismo de los años 1890. En el campo político August Bebel llevó a su expresión más perfecta la combinación adecuada de intransigencia doctrinal y prudencia táctica, fue en realidad el líder del partido ampliamente popular y respetado. La síntesis teórica correspondiente fue en lo principal obra de Kautsky¹.

Karl Kautsky (1854-1938) es la figura clave en la síntesis del marxismo ortodoxo y el socialismo democrático que llegó a ser moneda corriente en la Europa central —e indirectamente en toda Europa y Norteamérica— durante el cuarto de siglo (1889-1914) del ascenso y caída de la Internacional. El calificativo «democrático» no precisa subrayarse en vista de la ulterior asociación del marxismo con la revolución rusa y el leninismo. A pesar de su énfasis revolucionario y de los efectos disolventes que ejerció sobre las estructuras políticas de los imperios Hohenzollern, Habsburgo y Romanov, el socialismo marxista tal como se concibió y formuló por Kautsky estaba completamente integrado dentro de la teoría y práctica democráticas. Esta integración era espontánea y libre; ni Kautsky ni Eduard Bernstein, con el que estuvo estrechamente aliado entre los años 1880 y 1895, pensaron nunca seriamente en disociar el socialismo de la democracia. Ni la disputa posterior entre esos primeros discípulos del anciano Engels afectó a lo esencial de la fe democrática que mantenían en común. Como máximo, Kautsky se hallaba comprometido de manera más intransigente con la democracia radical que el más acomodaticio Bernstein, quien mostraba una inclinación por el mero constitucionalismo parlamentario conforme al modelo británico completado con una monarquía

1. Rosenberg, *op. cit.*, passim; Brandis, *op. cit.*, págs. 97 y ss.; Matthias, *op. cit.*, págs. 63 y ss.; Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, Harvard, 1955, passim; Gerschenkron (en las págs. 28 y ss. de *Bread and Democracy in Germany*), destaca con acierto la capital importancia de las relaciones entre obreros y campesinos en la determinación de la estrategia socialdemócrata.

reformada. Pero cualquier cosa que se alejara de una democracia republicana constituía un anatema para Kautsky, de la misma forma que por otra parte se resistió con una obstinación inflexible a cualquier desviación en la línea de una dictadura minoritaria. Este compromiso rígido con una posición central que tanto irritaba a sus oponentes de derecha e izquierda, dio lugar a tantísimas falsas interpretaciones durante las ásperas polémicas en que consumió gran parte de su vida política.

Respecto a los errores más fatales —la supuesta identidad de un nuevo marxismo con la doctrina completa e íntegra de Marx y Engels— sería un error mantener que fue Kautsky el único y absoluto responsable. Como ya se ha mostrado, Engels ya había reformulado el credo revolucionario original de 1843-8, de manera que condujese a interpretaciones que lo llevarían mucho más cerca del positivismo y su corolario político, el reformismo democrático. Cuando, aproximadamente desde 1880, empezaron Bernstein y Kautsky a popularizar la nueva visión del mundo, pudieron considerarse con razón como los intérpretes auténticos de lo que entonces empezaba a denominarse marxismo; en realidad, Kautsky jamás dejó de hacerlo así. Incluso su última obra importante, un extenso tratado acerca de la concepción materialista de la historia, completado a la edad de setenta y tres años, pretendía aún exponer expresamente la doctrina que había adoptado casi medio siglo antes, si bien con reservas críticas y modificaciones, que allá por los años 1900 él mismo probablemente hubiera calificado de «revisionistas»¹.

El hombre que de esta forma dio cuerpo durante medio siglo a la teoría y práctica de la socialdemocracia alemana, y que compartió igualmente con J. P. V. Plejanov la posición de padre espiritual de los marxistas rusos, estaba calificado, por temperamento y formación, para actuar únicamente como vínculo entre la Europa central de lengua alemana y el mundo eslavo. Nacido en Praga, hijo de padre checo y madre alemana, educado

1. Karl Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, dos volúmenes, Berlín, 1927; cf. el estudio crítico que de su obra hizo Karl Korsch en el abultado ensayo que lleva por título *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, Leipzig, 1929. Siendo la posición de Kautsky la de un teórico no hay que juzgarlo por su obra de los años de decadencia, que no sólo le convirtieron en el blanco de críticas hostiles, sino incluso del ridículo por parte de los estudiosos más jóvenes y avispados, no todos los cuales se inspiraban en pura animosidad de bando. Si hacia 1927 se hallaba fuera de contacto con las principales corrientes intelectuales de la época y daba la impresión de ser una especie de Rip Van Winkle, no ocurría así con sus escritos anteriores; aunque es de justicia afirmar que muy pocos de ellos se situaron por encima del nivel de competencia normal que cabe esperar de un científico profesional.

en su ciudad natal y en Viena antes de emigrar al extranjero; educado por sus padres en la indiferencia y desprecio a la decadente monarquía de los Habsburgo; demócrata casi antes de conocer el significado del término; simpatizante socialista desde el momento mismo en que oyó hablar de la Comuna de París; estudioso entusiasta de Darwin, años antes de que empezara a familiarizarse con Marx; Kautsky aparece en sus memorias y en los recuerdos de sus amigos como una de esas personas afortunadas que nunca se enfrentaron a una duda grave ni vacilaron respecto al rumbo de sus intereses. Las ideas y valores que adquirió en su juventud y adolescencia fueron también los de su madurez y ancianidad. Su compromiso con ellos fue, por así decirlo, de naturaleza orgánica; adoptó la forma de una certidumbre natural y firme. No hubo crisis ni conversión. Este erudito máximo de los estudiosos marxistas era el más conservador de los hombres, siempre que entendamos por conservadurismo una conformidad profunda entre las ideas y valores del ambiente de uno. Sus memorias indican que nunca se le ocurrió la idea de ser otra cosa que un socialdemócrata. El socialismo era como el aire que respiraba, lo mismo que su indiferencia por la religión o el nacionalismo —una vez que superó el ingenuo patriotismo checo de su niñez— fue parte del clima intelectual en que creció. Pocas veces el teórico de un movimiento revolucionario puede hacer gala de una acepción sin trabas a sus primeras creencias¹.

Este sentido de fidelidad inquebrantable a las ideas y valores que parece haber absorbido por una especie de ósmosis confiere a los escritos de Kautsky una apariencia de imparcialidad en marcado contraste con el estilo vivamente polémico de Engels, por no decir nada de la lava fundida que supone la prosa de Marx. Leyendo a Kautsky uno se enfrenta con esa especie de certeza que acompaña a la formulación definitiva de una nueva forma de pensamiento después de que se ha agotado su primer impacto revolucionario. La enorme cantidad de sus escritos —además de editar el *Neue Zeit* durante treinta y cuatro años y publicar algunos de los manuscritos económicos más importantes de Marx, pues era un polemista prolífico y autor de gruesos es-

1. Estas observaciones se basan en parte en el breve esbozo autobiográfico de Kautsky titulado *Mein Lebenswerk*, reproducido en *Ein Leben fuer den Sozialismus*, simposio (editado por Benedikt Kautsky, Hannover, 1954) que incluye ensayos sobre su vida y obra a cargo de algunos de sus primeros colaboradores. La gruesa autobiografía publicada con carácter póstumo por su hijo (*Erinnerungen und Eroerterungen*, ed. Benedikt Kautsky, Gravenhage, 1960) se interrumpe en 1883 y su interés reside fundamentalmente en la luz que esparce sobre sus primeros pasos.

tudios económicos e históricos— se halla totalmente presidida por un interés pedagógico inseparable de su actitud de exponente autorizado de un sistema que parecía haber captado en todas sus ramificaciones, si bien hubo otros, y especialmente Plejanov, que le aventajaron en su tratamiento de las cuestiones filosóficas. Acompañado de una cierta rigidez mental, esta actitud un tanto pedante proporcionaba la imagen de un profesor que explicaba verdades elementales a una clase rebelde y numerosa de alumnos. Conforme transcurría el tiempo, esta imagen se convirtió en algo fijo dentro de los cerebros de un ejército cada vez mayor de críticos de izquierda y derecha, y hacia finales de su larga y asombrosamente activa vida había perdido a todas luces casi toda la autoridad que cierta vez poseyera. Estuvo de moda considerarle simplemente como el doctrinario representante de una posición teórica y política irremisiblemente anticuada que, conforme habían mostrado bajo formas distintas los «revisionistas» y los leninistas, se había hecho insostenible. Existe suficiente justificación para que esta evaluación de Kautsky parezca aceptable a personas cuyos recuerdos políticos empiezan y concluyen con la revolución rusa; en especial cuando esos juicios se aducen como parte de la acusación sobre la pasividad tintada de fatalismo que desplegó en Europa el movimiento socialista ante la confrontación fascista-comunista de la década de 1930. Sin embargo, ello no es suficiente para despreciar a Kautsky como un exponente doctrinario del escolasticismo seudomarxista: lo que era una actitud muy en boga entre los herederos desilusionados de la socialdemocracia¹. El hombre que contribuyó a transformar el marxismo en la doctrina de un movimiento político gigantesco partiendo de un sistema esotérico no fue una mediocridad ni un mero publicista de las ideas de otras personas. A pesar de sus limitaciones, Kautsky es una figura con mayor interés de lo que sus críticos más recientes han querido reconocer.

Lo que hace de él una figura interesante —al menos para todo aquel cuya imaginación histórica no esté aprisionada por los acontecimientos de las décadas inmediatamente últimas, es precisamente lo que le hizo ineficaz a partir de 1918. En Kautsky halla uno la herencia del racionalismo del siglo XIX tal como —si bien en forma más impresionante— se descubre en Freud. Ciertamente, los dos hombres tenían mucho más en común de lo

1. Cf. Matthias, *op. cit.*, passim; para una interpretación más positiva —sin abandonar una posición crítica— respecto a la obra de Kautsky y cf. J. Marschak, "Kautsky und die junge Generation", en *Ein Leben fuer den Sozialismus*, páginas 69 y ss.

que a primera vista parece. Separados entre sí por dos años de distancia, y formados en la Viena del decadente imperio austro-húngaro, compartían hasta un punto sorprendente un corte mental —incluso (al menos en su correspondencia) una forma de escribir— que es típicamente austríaco y notablemente distinto de todo lo asociado con la Alemania o la Rusia de la época. Caracteriza a ambos una forma de ser objetiva, pragmática, escéptica, a la que se une una interpretación del materialismo científico un tanto doctrinaria, de la misma forma que la indiscutible aceptación de una moralidad personal de viejo molde —y por supuesto profundamente «burguesa»— así como una idéntica fe victoriana en el «progreso». Afirmar esto no supone ir más allá de decir que vivieron y trabajaron inmersos en un contorno burgués; pero su parecido no se detiene ahí. A pesar de la obvia disparidad en fuerza intelectual y originalidad, el seco objetivismo clínico de Kautsky tiene algo en común con el espíritu de Freud. El largo verano indio de la vida intelectual vienesa de las últimas décadas de la monarquía de los Habsburgo, marcó su impronta sobre el fundador de la psicología moderna profunda y sobre el representante principal de la nueva visión sociopolítica del mundo¹.

La versión de Kautsky del socialismo marxista no es el marxismo del *Manifiesto Comunista* ni su nueva formulación leninista posterior, es decir, la doctrina revolucionaria mundial de 1917. Esto es lo que hace tan difícil en la época presente apreciar la importancia que poseía para el movimiento socialista en rápido aumento allá por el año 1900, cuando la necesidad más urgente consistía en algún grado de claridad teórica. Hemos crecido acostumbrados a identificar marxismo y comunismo, una ecuación que Kautsky consideraba entonces y después como absurda. A sus ojos el *Manifiesto* no era más que un esbozo brillante de todo el sistema plenamente desarrollado en *El Capital* y en los escritos de madurez de Engels. Su significado era el

1. Desde una perspectiva biográfica, el intercambio de correspondencia entre Kautsky y Victor Adler, incluida actualmente en la *Briefwechsel* publicada de éste (vid. supra), constituye una fuente de información más importante que su correspondencia con Engels, que termina en 1895, antes de que hubiera llegado a su pleno desarrollo mental. Las cartas a Adler de los años 1900, cuando estaba en su apogeo el debate "revisionista", no sólo lo muestran intelectualmente superior a sus oponentes, sino dotado de una mente política de primera clase y de una capacidad para tratar en forma efectiva con problemas tácticos complejos, cualidades que todavía no se habían puesto de manifiesto mientras era discípulo de Engels. Ni su estilo literario, terso e incisivo durante esos años, hacía presagiar la prudencia pedante que esgrimiría más tarde, sin hablar de la patética debilidad y charlatanería de su ancianidad.

de un documento histórico. A diferencia de Bernstein y otros «revisionistas», no veía ninguna necesidad de rechazarlo, pero tampoco lo consideraba como el *vade-mecum* de los socialistas de su generación. Tal como él lo concebía, el movimiento socialista se había desprendido mientras tanto de sus tendencias blanquistas y se había hecho democrático, sin que dejara de ser por esa razón revolucionario. Su llegada al poder suponía necesariamente la alteración completa de la estructura de clases, y esto era lo que significaba en opinión de Kautsky, «la revolución». Aunque respecto a Alemania y Austria (así como Rusia), preveía también la posibilidad de un alzamiento puramente político que pusiera término a los regímenes autocráticos, preburgueses. Llevado esto a efecto, podía confiarse en que la democracia hiciera el resto. En Europa occidental y en los Estados Unidos, donde las formas democráticas de vida política se habían establecido plenamente, el problema quedaba simplificado bajo ese aspecto; en este caso la tarea consistía en convertir el movimiento de la clase trabajadora en un instrumento de la emancipación del trabajo a partir de un apéndice pasivo de la sociedad burguesa. La certeza final de ese tipo de evolución quedaba garantizada —aquí radicaba la diferencia más clara entre él y Bernstein— por el automatismo de la lucha de clases, que reflejaba a su vez el mecanismo de la economía capitalista tal como Marx lo había descrito. Entre tanto, sin embargo, el problema político a corto plazo que afectaba al interior, en Europa central, era un orden distinto. Aquí el problema estribaba en cómo alcanzar un grado de libertad democrática ya asegurado en otros lugares. Sobre esta cuestión Kautsky —de acuerdo con la mayoría de los socialdemócratas alemanas y austríacos— rechazaba el enfoque optimista de Bernstein incluso como más perdidamente utópico y voluntarista que su prognosis económica a largo plazo: las tensiones políticas aumentarían inevitablemente *pari passu* al ensanchamiento del movimiento obrero y en la definitiva puesta final de cartas boca arriba por parte de la socialdemocracia obtendría el apoyo de la mayoría del pueblo, aunque no de la burguesía propietaria, quien hacía tiempo le había vuelto la espalda a la democracia. De aquí la certeza virtual en la revolución (política). Pero téngase bien en cuenta que el papel de la revolución consistía en traer la democracia plena, no «la dictadura del proletariado». Ésta podía considerarse en cierto sentido sinónimo de democracia, en cuanto que la clase trabajadora (tomando el término en su significado amplio, y dándole una interpretación generosa), constituía ya la mayoría; pero no se trataba de conseguir ningún tipo de dictadura jacobino-blanquis-

ta —según Kautsky— ni siquiera concebible bajo las condiciones de una sociedad industrial altamente organizada¹.

Ésta, pues, era, conforme al esbozo más breve posible, la idea que tenía Kautsky de la situación con la que se enfrentaba el movimiento socialista. Inevitablemente se vio arrastrado a entrar en controversias con los críticos de ambas alas. Los «revisionistas» atacaban de plano toda su interpretación de la realidad económica, y en particular su confianza en la agudización de los conflictos de clase; en especial se sentían dolidos por su insistencia (que luego acabó por modificar) en que el cultivo agrícola en pequeña escala estaba condenado al fracaso, y que los pequeños propietarios no podían ser aliados seguros del trabajo organizado hasta que se avinieran con esta manera de ver las cosas. Mientras tanto, un ejército creciente de descontentos del ala izquierda acaudillados por Rosa Luxemburgo y sus aliados protestaba de que las doctrinas fatalistas de Kautsky tendían a reafirmar la jefatura del partido en su política tradicional de no hacer nada. Esas críticas se habían levantado a coro en vísperas a la guerra de 1914-18, y se vieron potenciadas en adelante cuando Kautsky se atrincheró, una vez más, en la posición centrista de no apoyo a la guerra y de enfrentamiento al derrotismo revolucionario a lo Liebknecht. A partir de 1917, con la victoria del bolchevismo, el asalto de las izquierdas aumentó progresivamente en violencia. A Kautsky (que mientras tanto había hecho las paces con su viejo enemigo Eduard Bernstein), se le presentaba ahora como al enemigo de la revolución proletaria, el renegado, un representante de la democracia burguesa, un pedante senil y un darwiniano con ropaje socialista que jamás había entendido realmente a Marx². Esos ataques pronto se ampliaron del campo de su política al de su persona; Lenin vertió sobre él ofensas vulgares; Trotsky lanzaba burlas desabridas según su costumbre; los marxistas más jóvenes —no todos ellos comunistas— se lamentaban de que Kautsky estuviera irremisiblemente anticuado. Entre tanto los herederos del «revisionismo» veían en todo este tumulto una prueba más de su vieja afirma-

1. Respecto a lo dicho antes, cf. en especial *Bersntein und das sozialdemokratische Programm*, Berlín, 1899; *Die soziale Revolution*, Berlín, 1902; *Der Weg zur Macht*, Berlín, 1909; las principales contribuciones científicas de Kautsky durante este período, en especial *Die Agrarfrage*, Stuttgart, 1899, que consiste en un estudio comprensivo del problema agrario, sólo estaban conectadas indirectamente con sus ideas políticas, pero servían para afianzarlas haciendo frente a la insinuación "revisionista" de que la propiedad en pequeña escala dentro de la industria y la agricultura se mantenía por sí misma.

2. Cf. Korsch, *op. cit.*, passim; para una opinión más equilibrada, sin dejar por ello de ser crítica, cf. Matthias, *loc. cit.*

ción de que el socialismo democrático requería un fundamento teórico totalmente distinto. Cualesquiera que hubieran sido los méritos de la síntesis kautskista allá por 1900, ya había dejado de convenir a la generación de posguerra.

Como no nos importa aquí el debate posterior a 1918, esos extremos pueden dejarse a un lado. El período importante es el de las dos décadas que median entre la muerte de Engels y el estallido de la primera guerra mundial, cuando la ascendencia de Kautsky era única e indiscutida; y la única cuestión de interés consiste en saber hasta qué punto su participación en la gran controversia sobre la revisión de la teoría y la práctica marxistas contribuyó a poner en claro la cuestión. ¿Era, como mantenían sus críticos, el defensor doctrinario de una postura caduca, o realizó más que Bernstein y los otros la adaptación de teoría y práctica cuya necesidad proclamaban todas las partes? Y si así lo hizo, ¿por qué resultó tan catastróficamente inadecuada después de 1918 la síntesis que él representaba?

Al nivel político la respuesta saltaba a la vista: Kautsky era el teórico de la revolución democrática acaecida en Europa central al término de la guerra. Si no fueron obra suya los levantamientos alemán y austro-húngaro de octubre-noviembre de 1918, se hallaban completamente en consonancia con todo lo que él había enseñado, e incluso más todavía, con todo lo que había dicho privadamente: Alemania y Austria tenían que pasar por una revolución no menos que la Rusia zarista antes de que la socialdemocracia pudiera llegar al poder¹. Esta tarea inicial recayó sobre la clase trabajadora debido al agotamiento del radicalismo burgués. En principio regímenes como los de la Rusia zarista o del imperio de los Habsburgo no tenían derecho a existir en el siglo XX. Sobre esta cuestión la intransigencia doctrinaria de Kautsky resultó al fin algo elemental. Se requería una cierta objetividad para expresarse ya en una fecha tan temprana como era el año 1901 en el sentido de que no existía ninguna esperanza de desarrollo político posterior hasta que se hubiese dado al traste con esas estructuras antiguas; pero entonces objetividad era justamente lo que se exigía de un teórico. El pasaje en que expresó su opinión es tan típico en él que merece la pena citarlo:

1. Cf. su correspondencia con Victor Adler, en especial las cartas de Kautsky del 5 de junio de 1901, 21 de noviembre de 1901, 23 de mayo de 1902, 4 de abril de 1903, 18 de octubre de 1904, y 20 de junio de 1907 (*Briefwechsel*, págs. 354 y ss., 380 y ss., 399 y ss., 414 y ss., 431 y ss. y 478 y ss.).

La mayoría de nuestro pueblo sufre la ilusión de que es posible hallar una solución a cualquier problema con sólo ser lo bastante inteligente. Pero existen problemas insolubles y la constitución de una Austria viable es uno de ellos. Tampoco sería un remedio la autonomía nacional. Es esencial para nosotros en relación a nuestra propaganda y organización, pero bajo condiciones dadas y con la relación presente de fuerzas, ello no conduce a ninguna solución.

De entre todos los lugares, en Austria es inconcebible una aproximación gradual a una u otra solución. La única salvación reside en el hundimiento total. Que todavía exista Austria, no constituye en mi opinión prueba de su viabilidad, ni tampoco evidencia que contemos ahora con la base política para una evolución lenta y pacífica. Todo lo que demuestra es que la sociedad burguesa ya no es capaz de deshacerse siquiera de las estructuras más corrompidas: el sultanato, el zarismo, Austria. Cierto que uno todavía no ve cuándo lograremos hallar por nuestra parte la fuerza para demoler esas ruinas. Sin duda tendremos que hacernos con una gran dosis de paciencia, pues aún estamos lejos de alcanzar nuestro objetivo; pero no hablemos, ya que para hacer progresos únicamente necesitamos un desarrollo orgánico paulatino sin tener que derribar nada por la fuerza¹.

Un pasaje como éste —y existen otros dentro de la correspondencia de Kautsky, que ponen de manifiesto una incisión similar, aunque en sus manifestaciones públicas tendía a limar las asperezas— revela su fuerza y su debilidad como teórico de un movimiento de masas. En la plenitud de sus facultades podía enfocar toda una situación histórica con una claridad brutal que recordaba casi la de Marx; le faltaba la capacidad de cubrir el esqueleto doctrinal con carne y nervios. Encarnó el papel público de un profesor doctrinario del marxismo que enseñó al movimiento socialista a confiar en la marcha inexorable de la historia. Difícilmente podía ser ésta la mejor forma de prepararse para el advenimiento de las crisis a las que el movimiento se vio arrojado a partir del año 1914. Hábil táctico como Victor Adler, que durante treinta años mantuvo unido su partido con-

1. Carta a Victor Adler, del 5 de junio de 1901, *op. cit.*, pág. 354. El documento es en su totalidad de gran importancia para comprender la posición "centrista" de Kautsky en relación a las controversias de su época. Entre otras, contiene una apreciación sorprendentemente "moderna" del movimiento revisionista como un producto de la llegada de la *intelligentsia* al escenario político.

formando a todas las facciones, poseía una clara idea de lo que se necesitaba para inspirar confianza a sus partidarios. Sin embargo, a largo plazo el partido de Adler siguió las órdenes de Kautsky hasta sus últimas consecuencias.

Menos éxito tuvo en Alemania. Por razones en las que él nunca llegó a profundizar, la socialdemocracia alemana en el momento crítico de su destino eludió su dirección. Esto se debió en parte a la accidental muerte de Bebel en 1913, que privó a Kautsky de su apoyo más firme, en el momento en que el estallido de la guerra de 1914 allegó una corriente sin paralelo al socialismo alemán. Pero existían fuerzas muy profundas con las que luchaba en vano. La controversia revisionista que tuvo lugar al terminar el siglo le había cogido por sorpresa. Que Bernstein —«una nulidad en el campo teórico», «nadie que haya entendido el marxismo puede decir los absurdos que Bernstein está divulgando ahora»¹— hubiera sido capaz de provocar una conmoción semejante le pareció incomprensible. En última instancia retrocedió a una explicación puramente sociológica: el revisionismo representaba una nueva corriente política a la que Bernstein estaba dando expresión sin saber siquiera lo que hacía. Formaba parte de una tendencia internacional de la que eran manifestaciones semejantes el fabianismo, en Inglaterra, y el socialismo reformista, en Francia. La razón estribaba en que había gente insatisfecha con el actual estado de cosas pero que no quería ir demasiado lejos en la dirección de la socialdemocracia marxista². Como había de mostrar la controversia revisionista, constituía ésta una explicación demasiado simple. En el intervalo Kautsky había consumido buena parte de sus energías tratando de apuntalar el sistema que estaba defendiendo. Se hizo el ataque más denodado a la economía del marxismo, y la defensa de este lado de la fortaleza absorbió en consecuencia la mayor

1. *Briefwechsel*, pág. 355.

2. *Briefwechsel*, págs. 355-6: "Creo que hemos de esperar un resurgimiento de la democracia burguesa. Entre los restos que sobreviven se suspira por ella; la *intelligentia* de la oposición (los judíos particularmente) cada vez más numerosa e importante no puede hacerse conservadora, no puede unirse a la transformación conservadora de la baja clase media; se esfuerzan por hallar una alianza con el trabajo. Por otra parte, el fracaso evidente de la democracia lleva a nuestras filas a numerosos elementos que se sienten confusos porque en realidad no pertenecen a los nuestros; que vienen a nosotros sólo porque hoy somos la única fuerza democrática, y que se contentarían con ligarse a la democracia burguesa que queda, a condición de que se hicieran ciertas concesiones a los obreros... En Inglaterra los fabianos han intentado algo de esa especie. El primer intento constituyó un fracaso porque el liberalismo era todavía demasiado fuerte. Su fracaso probablemente dé origen a... un partido nacional progresivo semejante al de los... jauresistas".

parte de sus energías. A guisa de anticipación puede observarse que aquellos críticos de la ortodoxia que habían percibido con más o menos claridad el aspecto vulnerable de la economía marxista no salieron bien parados con la persona de su principal representante. Si Kautsky no era realmente un teórico de primera fila, Bernstein no tenía la menor sombra de teórico, sino más bien la de un publicista erudito con capacidad para simplificar las cuestiones más complejas, en ocasiones hasta límites peligrosos. Esto hizo que Kautsky le demoliera con relativa facilidad sin poner por ello término a un debate que se nutría de una sucesión de problemas económicos y políticos particulares de Alemania. La cuestión es compleja, y se considerará con más detalle en el capítulo siguiente. Ahora sólo intentamos perfilar la participación de Kautsky.

El revisionismo no empezó en 1899 con la publicación de la crítica del marxismo por parte de Bernstein, sino cinco años antes con una controversia sobre aquellos apartados del Programa de Erfurt que se refieren a la política agraria y más generalmente a las perspectivas de la explotación agrícola¹. Por razones que no pueden tratarse con extensión en este trabajo, el problema agrario era la cuestión clave dentro de la política alemana entre los años 1890 y 1914, es decir, durante el período que contempló la transformación de la socialdemocracia en un movimiento de masas que se atrajo el apoyo de un tercio del electorado. En la década de 1890 esta tendencia estaba lo suficientemente acentuada para que surgiera la cuestión de si la socialdemocracia había de representar los intereses parciales del trabajo y del consumidor urbano, además de los trabajadores del campo sin tierra que pudiese atraer; o si el partido no haría mejor en suavizar sus principios y hacerse con el apoyo de los millones de pequeños propietarios campesinos, que apoyaban tradicionalmente al catolicismo «centrista» o a los partidos liberales (los conservadores todavía no habían irrumpido en este estrato, aunque algunos movimientos de la extrema derecha estaban haciendo progresos entre los campesinos). La controversia tenía poco que ver con las diferencias sobre el marxismo, pero la resistencia que presentó Kautsky con éxito a los diversos intentos que se hicieron en 1894 y 1895 para modificar el programa estaba determinada en parte por su insistencia un tanto pedante (que compartía con Engels)

1. Cf. Kautsky, "Mein Lebenswerk", en *Ein Leben*, etc., págs. 21 y ss.; Schorske, *op. cit.*, págs y q ss.; Gerschenkron, *op. cit.*, págs. 28 y ss. Respecto a la doctrina original de Kautsky sobre la cuestión agraria, cf. *Das Erfurter Programm*, especialmente las págs. 150-3, en donde se afirma lisa y llanamente que la explotación agrícola está condenada.

en que esta explotación campesina era una causa perdida¹. Hacia 1899, cuando Bernstein inauguró el segundo período de la controversia revisionista sobre un frente mucho más amplio, Kautsky (en su obra principal, *Die Agrarfrage*) había modificado ya su posición original, aunque no lo suficiente para adecuar las necesidades tácticas de los principales defensores sureños del acercamiento a los campesinos o las doctrinas de su principal representante². Mientras tanto, la dirección del partido, que en 1894-5 se había mostrado dispuesta a hacer concesiones a la postura «agraria» por razones puramente prácticas³, sintiéndose ahora asustada por las herejías revisionistas, viró en redondo y se alineó tras Kautsky. La confusión que de ello resultó queda jocosamente ilustrada por la circunstancia de que en el intervalo Kautsky había llegado por su parte a la conclusión de que al fin y al cabo se había equivocado acerca de la desaparición inevitable del campesinado. Pero todavía se negaba a seguir a David y a los otros revisionistas en su insistencia en que las explotaciones familiares proporcionaban las condiciones óptimas de progreso agrícola⁴.

En medio de este tumulto de fluctuantes querellas teóricas y políticas se apagó el primer episodio de la controversia revisionista, habiendo demostrado Kautsky que la teoría socialista era conforme, a todos los efectos, con Marx y con los hechos. Sobre este problema se vio muy arropado por las propias impresiones de Marx sobre el tema. Como la discusión sobre el problema agrícola tiene lugar en el tercer volumen de *El Capital* que quedó por concluir, fueron posibles interpretaciones diferentes, pues lo

1. Cf. Engels, "La cuestión campesina en Francia y Alemania", MESW II, págs. 381 y ss. (publicada por primera vez con el título de "Die Bauernfrage in Frankreich und Deutschland", en *Neue Zeit*, 1894-5). Además de condenar el intento hecho entonces por los socialistas franceses de obtener el apoyo campesino comprometiendo el socialismo en la defensa de la pequeña propiedad agrícola, Engels, con su importante ensayo, plantea una estrategia política para la socialdemocracia alemana que se convirtió en la base del credo radical: la tarea del partido consistía en ganarse la voluntad del "proletariado rural del Este del Elba" antes que la de "los pequeños campesinos de Alemania occidental, o los campesinos medianos de Alemania meridional". El derrumbamiento de los bastiones de los junkers del Este del Elba asestaría el golpe de muerte a la monarquía prusiana.

2. Eduardo David, *Sozialismus und Landwirtschaft*, Berlín, 1903. Sobre las ideas de David, cf. también su discurso pronunciado en el congreso del partido de 1899, incluido en el *Protokoll ueber die Verhandlungen des Parteitag's der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*, Berlín, 1899, págs. 143 y ss.

3. Cf. carta de Bebel a Adler, del 20 de octubre de 1895, *Briefwechsel*, páginas 193 y ss.: "La adopción de su resolución (de Kautsky) ha detenido nuestro avance en el campo para los años venideros".

4. *Ein Leben*, etc., pág. 22. Para una exposición acabada de la controversia, cf. Gerschenkron, *op. cit.*, págs. 29 y ss.

único prácticamente cierto era que Marx consideraba la agricultura capitalista (es decir, la producción para el mercado), como «históricamente progresiva» a corto plazo, aunque a largo término ruinoso. Incluso había tenido una palabra amable para el pequeño propietario, aunque el futuro estaba destinado a pertenecer a los «productores asociados». De esto no podían seguirse claras prescripciones tácticas, pero en general la escuela ortodoxa llegó a la conclusión de que era inútil resistir el proceso de concentración capitalista de la agricultura, si bien cabía deplorar sus consecuencias sociales.

La estrategia política que sugería el análisis de Kautsky del problema campesino era en sustancia una estrategia de gran alcance. Si se disipaba gradualmente al campesinado, o al menos se reducía su importancia con la extensión de unidades cada vez más amplias y desarrolladas con las que no podía concurrir realmente, su empobrecimiento le hacía más propicio a la propaganda socialista que ya era cosa normal entre los obreros agrícolas sin tierra; pero a corto plazo la socialdemocracia, aunque pudiera tratar de ayudar al pequeño campesino en donde esto fuera posible, sin perjuicio de su programa de libre cambio, no podía ni debía competir con los partidos agrarios en la tarea de subvencionar programas de tres al cuarto para preservar la explotación familiar. Esta había sido en sustancia la posición de Engels y, al mantener la tradición ortodoxa, Kautsky pudo citar estadísticas en apoyo de su tesis, aunque sus oponentes hicieron lo mismo. La importancia de la cuestión agraria en la política alemana antes de 1914 era tal que una controversia sobre este tema suponía por necesidad una serie de opciones políticas. Pero desde un prisma de consideración teórico, poco íbamos a ganar analizando los motivos que indujeron a la mayoría «radical», o «marxista» del partido a adherirse, a finales de la década de 1890, al programa de libre cambio. Si la socialdemocracia deseaba representar los intereses del consumidor de las ciudades, difícilmente podría adoptar cualquier otra línea. Marx había favorecido el libre comercio porque revolucionaba la sociedad y agudizaba los antagonismos de clase. En el fondo, este era también el punto de vista de Kautsky, pero declarar esas cosas no sería en adelante político. En su lugar se recurrió a consideraciones tácticas que reforzaran la resistencia a la política arancelaria agraria e industrial patrocinada por el gobierno imperial¹.

1. Gerschenkron, *op. cit.*, págs. 33 y ss. El problema de la tarifa influyó en forma directa sobre el equilibrio de fuerzas políticas porque unía a los terratenientes del Este del Elba y los industriales del Ruhr en un "bloque solidario" conservador que se convirtió en la fuerza real situada entre bastidores, a partir

La intervención ulterior de Kautsky en la controversia revisionista tuvo como blanco principal el intento de Bernstein de brindar una nueva interpretación de la teoría marxista, y sus escritos polémicos se extendieron así por un área decididamente amplia. Cabe hacer sin embargo una mención especial de su aportación al debate sobre las crisis económicas. Aparte de su edición de la obra de Marx *Theorien ueber den Mehrwert* (1905-10), sus observaciones sobre el ciclo comercial representan su contribución principal a la economía teórica. Asimismo resultan de interés porque pueden considerarse como un intento temprano de formular una doctrina marxista sobre la época del imperialismo.

La participación de Kautsky adoptó la forma de un artículo-comentario titulado *Krisentheorien* que se insertó en el órgano teórico del que era editor, en *Neue Zeit* (1901-2, vol. II, pp. 133 y ss.) cuya ocasión inmediata fueron los recientemente publicados *Studies on the Theory and History of Commercial Crises in England*, de Tugan-Baranovsky. Esto era un resultado de la escuela revisionista, y al criticar sus conclusiones relativamente optimistas, Kautsky iba más allá de su exégesis, comprometiéndose en una visión concreta del futuro. En esencia afirmaba que la teoría marxista de la crisis no era simplemente adecuada, sino que estaba cerca de llegar a materializarse. Las depresiones cíclicas, lejos de haberse suavizado, como aseguraban Bernstein y Tugan, tendían a hacerse más agudas y duraderas. Más aún, había base suficiente para suponer que el capitalismo se hallaba próximo a una fase de estancamiento crónico que intensificaría los conflictos de clase. En opinión de Kautsky, ya dejaba entrever semejante estado de cosas la rivalidad creciente entre las naciones industriales avanzadas, en cuanto que cada una de ellas trataba de asegurarse la tajada mayor dentro de un mercado mundial paralizado gracias a tarifas proteccionistas, a la expansión colonial, y, en última instancia, a la guerra. *Krisen, Kriege, Katastrophen* (crisis, guerras, catástrofes), esta era, en opinión de Kautsky, la perspectiva de un futuro cercano a menos que la clase trabajadora conquistara el poder. «De la misma forma que se esfumaron tantos otros sueños durante los últimos años... los acontecimientos de los años próximos desvanecerán el sueño, que en el momento presente nos distrae (la imaginación), de que las guerras y catástrofes son cosas del pasado, mientras ante nosotros apa-

de los años 1880. Cuando en 1902 el "centro" católico se unió al bloque, éste se hizo invencible, y los socialdemócratas estuvieron en minoría permanente en unión de sus inciertos aliados los progresistas liberales. Naturalmente, el vínculo que los unía era el libre comercio.

rece el camino uniforme del progreso pacífico»¹. Aunque escrito bajo la impresión de la guerra sudafricana, e influenciado evidentemente por la crítica radical contemporánea de las políticas imperialistas², este análisis puede aspirar al reconocimiento de una cierta originalidad. En calidad de aportación a lo que terminaría denominándose con el tiempo «controversia de la crisis», quizá no quepa situarla a mucha altura, pero el intento de perfilar el nexo entre los cambios estructurales acaecidos dentro del campo de la economía y la belicosidad en aumento de las grandes potencias, era algo totalmente desusado. Por lo menos concede el derecho a Kautsky de considerarlo como el primer teórico marxista que había descubierto uno de los problemas de la era posliberal. De aquí al análisis del capitalismo financiero que realizaría Hilferding, no había demasiado trecho, ni en definitiva a las conclusiones políticas extraídas por Lenin.

Pero si Kautsky fue capaz, vistas las cosas en su conjunto, de rechazar los ataques revisionistas lanzados sobre lo que él consideraba la médula de la posición marxista, es decir, del ámbito de la economía y de la teoría de la lucha de clases, se mostró notablemente menos afortunado en el dominio de la teoría general. Sus estudios históricos, entre los que se incluye un intento muy elaborado de interpretar en términos materialistas los orígenes del cristianismo (*Der Ursprung den Christentums*, 1908), representan unos ensayos de sociología aplicada respetables pero prosaicos. Dentro del debate revisionista encierran una gran importancia sus deficiencias en el manejo de los conceptos filosóficos. La *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung* (1906) su obra más ambiciosa dentro de este campo, anterior a la *Summa* que intentaría en 1927, pone de manifiesto todos los defectos que caracterizan al positivismo. La fecha no deja de encerrar significación. La publicación del libro fue la consecuencia de una larga polémica entre Kautsky y los editores del principal diario oficial del partido, cuya expulsión de sus puestos de directores el año 1905 —fecha de la primera revolución rusa y de una ola de activismo sin precedentes hasta el momento dentro de los miembros socialdemócratas de la base— no dejaba de tener relación con su defensa de herejías políticas y filosóficas. Esta iba a constituir la última ocasión en que presentaría un frente común

1. *Krisentheorien*, loc. cit., pág. 143.

2. El estudio clásico de J. A. Hobson titulado *Imperialism* apareció más tarde, en el año 1902, pero en Gran Bretaña estaba ya en pleno apogeo la polémica, y la mayoría de los fabianos habían acogido calurosamente al imperialismo apoyando ostentosamente a la guerra sudafricana, considerándola como una empresa "necesaria".

la dirección oficial del partido, la tradicional ortodoxia marxista tal como venía representada por Kautsky, y el ala izquierda naciente centrada alrededor de la figura de Rosa Luxemburgo. De haber sido capaz Kautsky de rematar esta victoria táctica y de organización con un golpe igualmente demoledor dentro del campo teórico, su complaciente creencia de que el revisionismo había quedado ya vencido se hubiese asentado sobre un fundamento mejor; pero los hechos demostraron cosas bien distintas. Sin embargo, antes de enfrentarnos a este tema es aconsejable ensanchar nuestro campo de forma que capturemos la controversia revisionista en su conjunto. Los problemas que planteó fueron de un carácter mucho más general y su significación no ha quedado todavía agotada en lo que respecta al debate centrado en torno a la crítica de la teoría marxista.

LOS REVISIONISTAS

Para comprender lo que se hallaba en juego en el gran debate sobre el marxismo que conmovió al movimiento socialista europeo sobre los años 1900, hay que recordar que el enfrentamiento no procedía del interior del mismo grupo. El principal protagonista había sido un íntimo colaborador de Engels y quienes compartían sus puntos de vista estaban en proporción variable influidos por Marx; muchos de ellos continuaban considerándose como «marxistas críticos». Entremezclados con este grupo, y en ocasiones difícilmente singularizables, aparecían los socialistas que provenían, por así decirlo, de un estrato geológico anterior, y de los cuales sería bien cierto afirmar que estaban menos interesados en revisar a Marx que en adherirse a su manera premarxista de ver las cosas, la cual se había hecho súbitamente respetable debido a la aparición de las disensiones dentro de la escuela marxista. En este sentido estricto, el «revisionismo» quedaba confinado a áreas en las que el marxismo se había convertido en la doctrina oficial del movimiento socialdemócrata, principalmente en Alemania, Austria y Rusia. Fuera de este sector, no se puede hablar seriamente de que alrededor de 1900 hubiera alcanzado un predominio el marxismo, aunque los marxistas ejercieran su influencia en la Europa occidental, en los partidos socialistas británico y americano y en las sectas del período; como consecuencia de todo ello, no represente una ayuda muy valiosa contrastar, por ejemplo, el Guesde «marxista» con el Jaurès «revisionista». Este último, aparte de ser la figura prominente del movimiento socialista de su país, fue decididamente protagonista de un socialismo francés indígena que, en gran medida, no había sido afectado por las importaciones germánicas, y que, cuando

había sido influido por ellas, se hallaba en tan profunda dependencia de Kant como de Marx. Clasificarle entre los revisionistas supone en cierto modo ser infiel a los dos. En cuanto figura pública, sobresalió por encima de ellos, en tanto que como teórico no podría compararse en justicia con los representantes más cultos e inteligentes de la escuela. En conjunto, su aportación al aspecto teórico del debate se limitó al problema de la ética socialista, y en esto los alemanes, al haber estudiado a Kant y a Marx en sus propias fuentes, poseían frente a los extranjeros una ventaja que estos no podían aspirar a alcanzar¹.

Si el representante más señalado del socialismo francés se situaba, desde un punto de vista teórico, al margen de la discusión, la mayoría de los socialistas europeos occidentales apenas si intervinieron en ella. Al no haber existido jamás marxistas en sentido estricto, no había razón concreta alguna para que hubieran de adoptar la versión revisada de la doctrina. A pesar de su rigidez en materias doctrinales, Kautsky vio esto con toda claridad, como atestiguan sus referencias a los líderes socialistas belgas, quienes en 1902 se habían hecho acreedores de su animadversión, al desbaratar un movimiento de huelga general encaminado a la obtención del sufragio universal:

Mantengo una actitud enteramente desprovista de prejuicios frente a ellos; oír hablar de su revisionismo me deja frío. Nada tienen que revisar, porque carecen de teoría. El socialismo ecléctico vulgar al que querrían reducir el marxismo los revisionistas, es algo sobre lo que ellos (es decir, los belgas) no habían empezado siquiera a dar un paso. Para ellos Proudhon, Schäffle, o Marx son una y la misma cosa; siempre fue así, nunca retrocedieron dentro del ámbito de la teoría, y no tengo nada que reprocharles².

Sin embargo, no se mostraba una tolerancia similar con los fabianos. En esta ocasión se trataba de un grupo influyente de socialistas que representaban un enfoque contrario —en su ma-

1. Respecto a las ideas filosóficas de Jaurès, cf. Karl Vorländer, *Kant und Marx*, Tubinga, 1926, págs. 104 y ss. La obra constituye un estudio autorizado del movimiento revisionista desde su óptica filosófica incluyendo una referencia especial a la derivación de sus doctrinas de la ética kantiana.

2. Carta de Kautsky a Victor Adler, del 23 de mayo de 1902, *Briefwechsel*, págs. 400-1. Para las opiniones críticas de Kautsky respecto a la estrategia política puesta en marcha por los socialistas belgas, cf. también su carta del 19 de mayo de 1902. La carta del 23 de mayo destaca entre otras cosas por su insistencia en que en Bélgica el sufragio universal significaría "el principio del fin del régimen clerical, de la monarquía, y hasta del régimen burgués".

yoría derivado de Ricardo, Mill y Henry George, además de la nueva escuela «subjetivista» de economía, cuyas actividades habían provocado la desaprobación de Engels, años antes de que Bernstein mostrara signos de haber sido influenciado por sus ideas¹. En años posteriores fue posible incluso al historiador social pretender con cierta base de justicia que el revisionismo se había gestado en Gran Bretaña². Lo cual es cierto bajo el aspecto biográfico, al menos en lo que concierne a Bernstein, pues no cabe ninguna duda de que su concepción estuvo muy influida por su prolongada residencia en Gran Bretaña³. Pero como hemos visto, el revisionismo dentro de la teoría se hallaba ya latente antes de que Bernstein hubiera saltado al primer plano de la actualidad; en cierto sentido estaba en el ambiente desde la aparición en 1894 del volumen tercero y último de *El Capital* con su solución forzada y poco convincente del problema precio-valor. Para cualquier interesado en la teoría marxista esta materia era grave, pero no una cuestión en la que los fabianos pusieran mucho interés; en realidad tampoco se mostraban competentes para ello. El ataque a la economía marxista lo lanzó Böhm-Bawerk, y lo prosiguió Pareto con cierta ayuda de Benedetto Croce; en otras palabras, se centró sobre Austria, Suiza, e Italia. Existía una sólida base geográfica para ello, de la misma forma que existían sólidos fundamentos para la procedencia de la Europa central de los marxistas más destacados del período, pero en la práctica significa que la disputa quedó limitada a un área determinada. Ni en Gran Bretaña ni en Francia tuvo ninguna controversia digna de mención. En el primer país el marxismo todavía no estaba representado dentro del campo teórico y en Francia sus defensores se preocupaban más por la filosofía de la historia que por la ardua tarea económica. Mientras tanto hubo de transcurrir bastante tiempo para que se tradujera todo *El Capital*, y en el intervalo ya habían tenido lugar todos los debates verdaderamente importantes⁴.

1. Engels a Kautsky, 4 de setiembre de 1892; cf. *Aus der Fruehzeit*, páginas 338 y ss., MESC, págs. 529-31. Respecto a la opinión de Kautsky de que la evolución de Bernstein le iba a llevar "fuera de la socialdemocracia alemana, cuando no del socialismo" y a su advertencia de que se convertiría en "un representante del socialismo inglés", cf. su carta a Bernstein fechada el 23 de octubre de 1898, y que se reproduce en el *Briefwechsel*, págs. 272 y ss.

2. E. R. Pease, *The History of the Fabian Society*, pág. 239.

3. La mejor exposición de este tema puede hallarse en Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism*, Nueva York, 1952, págs. 54 y ss., 93 y ss.

4. Para una breve exposición del debate que siguió a 1894, cf. Meek, *op. cit.*, págs. 201 y ss.; Sweezy, *op. cit.*, págs. 190 y ss. La crítica de Marx expresada por Wicksteed, quien desempeñó un cierto papel en la génesis del fabianismo, corresponde a una fase anterior. En Francia no hubo discusión revisionista, por

En relación a esto, sin embargo, Italia requiere una mención especial, pues no sólo produjo en la figura de Antonio Labriola (1842-1904) un teórico marxista de cierta categoría quien a su vez era un profesor cabal de filosofía¹. También dio a luz dos críticos del marxismo que elevaron la discusión a un nivel más alto: Wifredo Pareto y Benedetto Croce; el último citado alumno de Labriola y durante algunos años como mínimo cuasi-marxista. Si uno se percata, puede atribuir este contingente italiano sorprendentemente importante a la circunstancia de que Italia estaba expuesta, más de lleno que Francia o Inglaterra, a las influencias germano-austríacas. Una formulación más rigurosa consistiría probablemente en afirmar que Italia era una tierra marginal expuesta a las corrientes intelectuales centroeuropeas y europeas occidentales, las primeras incluyendo el marxismo así como el neohegelianismo. En cualquier caso, es un hecho que el pensamiento italiano ocupaba un lugar prominente en el debate sobre la teoría marxista que hizo furor entre los años 1895 a 1905 de la misma forma que fue un italiano, Enrico Barone, quien en 1908 hizo una aportación decisiva a la teoría de la planificación económica socialista². Esto subraya, dicho sea de paso, lo complejo de la situación, pues Barone, lejos de ser marxista, fue un seguidor de Pareto cuya crítica de Marx (cf. *Les Systèmes Socialistes*, París, 1902-3), señaló el tono de gran parte de la literatura francesa e italiana del período. Con todo, fue Barone quien desarrolló por primera vez un proyecto minucioso coherente de una economía planificada, e hizo esto sobre la base de la economía moderna posclásica del equilibrio, tal como la enseñaban en Lausana Walras y Pareto. Aquí estaban las pruebas adicionales, si es que los revisionistas las necesitaban, de que la teoría socialista no dependía de Marx. Para concluir esta breve nota sobre la contribución italiana, Croce elaboró durante la misma época una crítica de la economía marxista que ponía el acento

la buena razón de que no existía en ese país ningún economista marxista. Aquellos socialistas que sintieron interés por la teoría marxista —su número por lo demás no era muy crecido antes de 1918— dependían de la información que obtuvieron de Lucien Herr, bibliotecario de la Ecole Normale Supérieure, quien no sólo era un socialista clandestino, sino que poseía la entonces casi única cualificación de ser un francés capaz de leer alemán. Su artículo sobre Hegel inserto en la *Encyclopédie* siguió constituyendo por espacio de muchos años la única referencia en Francia de ese filósofo.

1. Y a quien no hay que confundir con su homónimo Arturo Labriola, el fundador del sindicalismo italiano, quien es importante dentro de la historia socialista por otras razones.

2. En un ensayo titulado "Il ministero della produzione nello stato collettivista".

debido en la debilidad de su teoría del valor¹; en tanto que otro discípulo de Labriola, su compatriota Alfredo Poggi, tuvo una intervención algo eficaz en el debate sobre las éticas kantiana y marxista².

Con la mención de este último tema, hemos cruzado el umbral hasta llegar al área central de discusión tanto desde el punto de vista geográfico como ideológico. Por razones obvias, la controversia sobre el marxismo en cuanto sistema omnicomprendivo estaba obligada a girar en torno a Alemania; si bien hicieron aportaciones importantes Austro-Hungría y Rusia. Esto no quiere decir que el nivel en que se conducía el debate era uniformemente más elevado en Alemania que en las áreas vecinas, pues no era este el caso. Pero Alemania fue el principal campo de batalla por la razón de que era el país más importante de Europa y por la posición de vanguardia que ocupaba el socialismo alemán dentro de la Segunda Internacional. Si este amplio movimiento obrero fuese a quedar truncado o variar sus fundamentos, las consecuencias serían de gran alcance. Desde nuestra posición actual privilegiada, esto queda patentemente claro. En 1900 las consecuencias de una escisión todavía quedaban en la oscuridad, pero la distancia era ya profunda y enojosa. Dentro del movimiento socialdemócrata ruso, aún existía un conflicto más violento, pero giraba en torno a problemas distintos, y debe considerársele separadamente. También se produjeron transformaciones teóricas interesantes en Austria, pero no encajaban de lleno dentro del modelo alemán. La diferencia entre Alemania y Austria tiene a este respecto su significación, y debe mencionarse brevemente antes de que nos metamos de lleno dentro del estudio de nuestro tema.

En sentido estricto, en Austria no hubo debate revisionista; esto no deja de ser tanto más notable cuanto que Viena era uno de los tres grandes núcleos de la «nueva economía», juntamente con Lausana y Cambridge, que eran los otros dos, y en consecuencia un escenario ideal para los giros ideológicos. La escuela austríaca de economía, tal como la representaban Böhm-Bawerk, ya había entrado en liza el año 1896, comenzando con una embestida contra el tercer volumen de *El Capital*³. Esto se convir-

1. *Materialismo storico ed economia marxistica*, 1899.

2. A. Poggi, *Kant e il Socialismo*, Palermo, 1904. Para una estimación de sus ideas, cf. Vorländer, *op. cit.*, págs. 225 y ss.

3. Eugen von Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marschen Systems*, traducida al inglés como *Karl Marx and the Close of his System*, Londres y Nueva York, 1898; nueva ed. a cargo de Sweezy, Nueva York, 1949, que incluía la réplica de Hilferding y un apéndice conteniendo un artículo importante de L. von Bor-

tió en el punto de partida de una controversia teórica que dotó a la joven escuela marxista de Viena de la oportunidad para poner su capacidad de manifiesto en una serie de animados encuentros con los economistas de carrera, que además de otros discípulos de Böhm-Bawerck incluía al joven Joseph Schumpeter; pero no dio motivo a un movimiento revisionista. En Viena se era marxista o antimarxista, y en este caso un partidario de la economía liberal. Algunos de los austromarxistas suavizaron un tanto su filosofía general, de forma que pudiera alojar todo género de ingrediente personal, desde la ética kantiana a la psicología de Freud. Pero nunca abandonaron su derecho a establecerse en una tradición central y nunca se sumaron a los revisionistas alemanes en su intento de sustituir una combinación teórica totalmente distinta. Podría decirse que exhibieron su revisionismo con una diferencia, pero la diferencia era importante. Viena se convirtió en un centro de socialismo marxista, y continuó siéndolo incluso después de 1918, cuando la mayoría de los marxistas centroeuropeos se pasaron al credo leninista.

En Rusia prevalecía una situación algo diversa, o para ser exactos, en Petesburgo y entre los emigrados rusos en Europa occidental. En este país existían teóricos de alguna talla que se sumaron a las críticas tras atravesar una fase marxista. Ya hemos mencionado a Tugan-Baranowsky, pero no pueden ignorarse Peter Struve, S. N. Bulgakow y Nicolai Berdyaev. Pero su ejemplo muestra asimismo cuanto difería la situación rusa de la de Alemania. De los cuatro, sólo Tugan-Baranowsky fue un verdadero revisionista en el sentido de tratar de poner fuera de curso la teoría marxista¹. Para los demás la crítica del marxismo sólo era una etapa hacia una posición fundamentalmente conservadora. Para ellos el marxismo era únicamente la forma extrema del radicalismo y materialismo occidentales, y su ruptura con él significaba la vuelta a los valores tradicionales, es decir, en última instancia, a los valores ortodoxos rusos. En consecuencia, contribuyeron poco a la controversia revisionista, cualquiera que sea su significación dentro de la historia del pensamiento político ruso². El revisionismo suponía la conformidad sobre los fundamentos de la fe socialista tal como se entendía en el Oeste,

kiewicz, publicado por primera vez en 1907, sobre la primera solución de Marx de la transformación del problema precio-valor.

1. Cf. su *Theoretical Foundations of Marxism* (1905), y su breve historia del socialismo, en *Der moderne Sozialismus in seiner geschichtlichen Entwicklung*, Leipzig, 1908; cf. también el largo comentario sobre esta última obra a cargo de Kautsky aparecido en *Neue Zeit*, 1907-8, II, págs. 540-51, 607-12.

2. Cf. Vorländer, *op. cit.*, págs. 190 y ss.

y esta fe era profundamente humanista; que fuera o no también necesariamente «materialista» en el sentido asignado al término por Engels y Kautsky, era una cuestión distinta, y ciertamente uno de los temas principales sobre los que contendieron los participantes en la controversia.

Tras estos preliminares ha llegado la ocasión de indicar más abiertamente en qué consistía el gran enfrentamiento. Dicho en forma breve, interesaba a la adaptación del marxismo al mundo moderno del industrialismo y la democracia, tal como aparecía en la Europa occidental y Norteamérica allá por los años 1900. De por sí esto bastaría para aclarar que Rusia se hallaba al margen de la discusión, y el hecho de que casi todos los socialistas rusos siguieran siendo fieles a la ortodoxia marxista, aun con todo lo que pudieran diferir sobre aspectos tácticos. Ello facilita asimismo un indicador para el fenómeno del austromarxismo que luego habremos de examinar con más detalle. El mundo moderno era ciertamente una realidad tangible en la Austria de antes de 1914, pero su impacto no tuvo la fuerza suficiente como para fomentar la idea de que un tránsito pacífico a la modernidad podía llevarse a cabo dejando intacto el imperio de los Habsburgo. En Alemania, por el contrario, la ruptura con el pasado prometía ser menos violenta, o al menos así parecía a los espíritus de más fe en el movimiento socialista antes de la primera guerra mundial. Esta situación constituía el trasfondo del revisionismo; pero no lo «explica». La explicación, si es que hay alguna, reside en la tensión que el marxismo produjo en los espíritus de gente que tenía que adaptarse a la nueva situación pero que no quería desprenderse de ciertos fundamentos que habían llegado a aceptar. Ninguno de los revisionistas renunció al socialismo en cuanto objetivo, aunque algunos terminaron adoptando la posición escéptica de Bernstein, resumida en su poco afortunada frase «el movimiento es todo, el objetivo nada». Esta curiosa formulación apenas refleja la actitud real del autor, puesto que siguió dedicándose activamente a fomentar el «objetivo» hasta el día de su muerte; pero ello dio lugar a un slogan práctico y en particular satisfizo a todos aquellos —en especial dentro del movimiento sindicalista en auge— que no confiaban seriamente en ver realizado el socialismo «en nuestros días», sino que como máximo necesitaban de algunas seguridades de que sus actividades cotidianas tuvieran un sentido y fuesen de importancia¹.

1. Respecto a este tema y a toda la cuestión sobre el papel de Bernstein dentro del movimiento socialdemocrático alemán, cf. Gay, *op. cit.*, *passim*. La principal contribución de Bernstein al debate, publicada originalmente bajo el

Se ha invocado tan a menudo el nombre del protagonista que es necesario fijar un tanto la atención en sus ideas. Esto no es del todo fácil, pues Eduard Bernstein (1850-1932) era un autor casi tan prolífico como Kautsky y los temas que le inquietaban lo bastante numerosos y complejos como para ocupar casi incesantemente a una generación de polemizantes. Por otra parte, el debate se fue ensanchando gradualmente hasta abarcar temas tan apartados como la relación entre marxismo y darwinismo, la posibilidad de construir una ética socialista sobre la base del idealismo kantiano, la significación de la lógica de Hegel para el sistema marxista, y temas parecidos. Aunque Bernstein se vio envuelto en todas estas cuestiones, sus aportaciones a las disputas más estrictamente filosóficas, no fueron calificadas de muy elevadas ni siquiera por sus amigos, y al final se apartó de este aspecto de la contienda para concentrarse sobre materias más inmediatas¹. Probablemente no suponga incurrir en ninguna injusticia para con el recuerdo de este hombre notable afirmar que su formación autodidacta mostraba sus aspectos más desventajosos en las incursiones filosóficas antes que en los escritos políticos y económicos. En cuanto pensador político se situaba por lo menos a idéntico nivel que sus oponentes, aunque su corte mental no casaba realmente con la situación alemana; en cambio, sus escritos históricos y económicos alcanzaron un nivel estimable². También puede pretender el mérito de haber mantenido una posición irreprochable durante el período 1914-18, cuando rompió con la mayoría de sus partidarios para volver a cerrar filas con su viejo enemigo Kautsky en una oposición de principio a la colaboración de su partido con el gobierno imperial. Sin embargo, visto con perspectiva, su reputación ha de basarse en el intento de revisión del marxismo, cuestión sobre la que es mucho más difícil emitir un juicio ponderado.

prolijo título *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (citado en adelante como *Voraussetzungen*), apareció en una traducción inglesa con el título *Evolutionary Socialism*, publicada en 1909 por el partido laborista independiente. Para una crítica contemporánea de la posición de Bernstein desde un punto de vista ortodoxo, cf. Louis Boudin, *The Theoretical System of Karl Marx in the Light of Recent Criticism*, 1907. La literatura es interminable, la mayoría de ella en alemán; los lectores interesados en un comentario moderno marxista-leninista, pueden encontrar uno en P. Sweezy, *op. cit.*, págs. 192 y ss.

1. Vorländer, *op. cit.*, págs. 176 y ss.; Gay, *op. cit.*, págs. 131 y ss.

2. Su análisis histórico sobre las tendencias radicales de la revolución inglesa de 1640-60 fue una de las primeras obras en este campo que le proporcionó una buena reputación en los círculos académicos británicos, cf. Gay, *op. cit.*, páginas 51 y ss.

En parte, se debe ello a la extrema complejidad de los problemas que plantea la discusión revisionista; los temas a los que Bernstein trataba de referirse en su *Voraussetzungen* (1899), así como en sus escritos posteriores, iban desde el más abstracto y apartado al más simple y urgente, a los que por añadidura sus adherentes formulaban un gran número de problemas relacionados con ellos que no eran todos de carácter teórico. Conforme iba transcurriendo el tiempo, la controversia sobre la teoría marxista se polarizó en torno a una disputa pragmática sobre táctica, que en definitiva se fundió con una lucha de facción por el poder. Hacia 1910, cuando el debate teórico estaba a punto de concluir, Bernstein y sus amigos se habían ganado el apoyo de personas —especialmente entre los líderes sindicalistas y antiguos funcionarios del partido— que ni sabían ni les importaba qué había promovido el desacuerdo original, pero tenían bien presente que la ortodoxia cuasi marxista de la jefatura del partido constituía un freno a su reformismo instintivo. Los acontecimientos posteriores iban a mostrar que Bernstein estaba miserablemente equivocado sobre la visión de sus partidarios; la mayoría de ellos se situaban a su derecha, una circunstancia que afectó a la orientación de aquellos como a la suya propia durante los años de la guerra. Algunos llegaron incluso hasta aceptar por entero el programa del imperialismo alemán durante la época de 1914-18, ofreciendo así un paralelismo con los fabianos, aunque en el marco alemán esas tendencias exhibían por necesidad un tinte nacionalista más agresivo. El teórico de mentalidad liberal que había iniciado en principio el movimiento revisionista se vio obligado a sentirse indiscutiblemente incómodo en este ambiente¹.

Esos aspectos confusos brotaban en definitiva de una sola circunstancia que los críticos de Bernstein nunca dejaron de recordarle, a saber, que Alemania difería de Inglaterra. Aunque solía protestar refiriéndose a su conocimiento de este hecho², Bernstein daba la sensación de creer que no sólo era deseable una forma de desarrollo «británica» sino posible —y hasta muy probable— en lo que a Alemania se refería, pudiendo los socialdemócratas contribuir en mucho para promoverlo. Sus elementos de juicio se derivaban en todo caso de la situación europea occidental comparada con la cual la Alemania imperial se situaba indiscutiblemente con retraso³. Antes de 1918 el problema consistía en

1. Gay, *op. cit.*, págs. 251 y ss.

2. Cf. Bernstein a Bebel, 20 de octubre de 1898, en Victor Adler, *Briefwechsel*, págs. 260-1.

3. *Ibid.*, pág. 263: "Mira a través de las fronteras alemanas a los países políticamente avanzados; a Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suiza, Noruega, incluso Fran-

saber si esta distancia podía cubrirse sin pasar por la revolución; puesto que sabemos hoy ya la respuesta, no hace falta subrayar que en el aspecto político Bernstein demostró que estaba equivocado. Aunque frente a esto pueda aducirse que dentro de una perspectiva a largo plazo el tipo de socialismo democrático que previó ha superado la prueba no sólo en Europa occidental sino en aquellas partes de Alemania que más o menos voluntariamente se incorporaron después de 1945 a Europa occidental. Sin embargo, ello no es exactamente lo que tenían en la cabeza los revisionistas de 1900 y 1910, cuando aspiraban a una Alemania modelada conforme al patrón occidental. En el mejor de los casos su victoria ha sido parcial y preterida.

Hay que despejar dos puntos adicionales relacionados con el aspecto político de la polémica antes de que podamos volver a la aportación estrictamente teórica de Bernstein, a saber, los problemas proteccionista y militarista.

Como ya se había hecho notar, la tarifa era el problema capital de la política de la Alemania imperial antes de 1914. Sobre este asunto la mayoría «agraria» se mantuvo unida bajo la jefatura de su sección política y económicamente más fuerte: los terratenientes del Este del Elba, que eran asimismo los dirigentes efectivos del Estado y el ejército prusianos. Si el programa socialdemócrata no hubiese consistido más que en una drástica declaración librecambista de principios, habría significado la revolución en lo que a Prusia se refiere; y el Reich giraba en su conjunto en torno a Prusia. La circunstancia de que la industria pesada hubiese entrado en el «bloque solidario» proteccionista la convirtió en el blanco ideal de las arremetidas socialdemócratas, y esta propaganda no necesitaba ser socialista para que se la considerara verdaderamente radical. En cuanto que amenazaba las bases económicas del bloque de los grandes terratenientes y poderosos fabricantes que gobernaban Alemania, era subversiva por su propia esencia. Cuando hacia 1900 el bloque proteccionista se convirtió también al imperialismo, el conflicto adoptó una forma más aguda todavía, dado que la resistencia de la socialdemocracia a la política de expansión naval y de hostilidad a la Gran Bretaña del gobierno del Reich se combinaba ahora con sus ataques a los cimientos políticos del imperio de Bismarck.

Todo esto tenía muy poco que ver con el socialismo, pero sí

cia. [...] En Alemania, debido al especial estado de cosas, el partido ha obtenido un poder político que no marcha al unísono con el desarrollo político general. Por ello se ha visto colocado en una posición difícil. Esta situación no ha venido a mejorarla el estrépito constante del tambor revolucionario..."

en cambio mucho con la democracia. Lo que importa a nuestro objeto es que el debate revisionista pasó por alto este problema, puesto que no todos los partidarios de Bernstein compartían su fe en el liberalismo. Muchos terminaron haciendo las paces con el proteccionismo y el imperialismo hasta que la catástrofe de 1918 les hizo volver en sí. No obstante, por lo que se refiere al período que está bajo nuestro análisis inmediato, es cierto afirmar que el reformismo democrático —tal como lo entendían Bernstein y sus partidarios más inmediatos— suponía una política de libre comercio, paz europea, y sobre todo de buenas relaciones con Inglaterra. Sobre esta cuestión no hubo conflicto entre la dirección del partido y los revisionistas, salvo en que algunos de estos últimos se mostraban un tanto vacilantes en su fidelidad al libre cambio. La verdadera dificultad residía en que un programa de paz, de democracia y de liberalismo económico no tenía ninguna posibilidad de ser adoptado por una mayoría del Reichstag. Esto hizo imposible que la socialdemocracia alemana evolucionara por los derroteros del partido laborista británico. Lo que cerraba el paso al revisionismo era la tarifa, no Marx (y mucho menos Hegel)¹.

Estrechamente ligado a este problema estaba el del militarismo, por emplear el término apasionado en boga antes de 1914 para describir la situación interna de Prusia y Alemania. A efectos prácticos el Reich estaba gobernado por una burocracia incontrolable centrada en torno al emperador y a los mandos del ejército. En este aspecto la situación era similar a la existente en el Japón de antes de 1945, si bien es cierto que la constitución japonesa se había modelado conforme a la constitución alemana. En este caso la política socialdemocrática fue dictada una vez más por las circunstancias, y también aquí se requería un acto grandioso de fe para suponer que Alemania evolucionaría sin tener que precipitarse en la catástrofe por los derroteros que ya habían tomado Gran Bretaña y la Europa occidental. Fomentando esas esperanzas, los revisionistas no dieron ciertamente pruebas de gran perspicacia. Esto se hizo evidente cuando poco antes de

1. Gerschenkron, *op. cit.*, pág. 67: "En los dos países los programas libre-cambistas se orientaban hacia el interés de los consumidores. En Inglaterra como en Alemania, la lucha del trabajo contra el proteccionismo era una lucha contra las políticas imperialistas, con la diferencia importante de que Joseph Chamberlain perdió y Bülow se salió con la suya. Pero mientras en Inglaterra la política libre-cambista sólo iba ligada al problema de la democracia en el sentido de que la ausencia de proteccionismo ahorró a la democracia inglesa un conflicto interno profundo, el proteccionismo perpetuó en Alemania la existencia política y económica de una clase cuyos intereses económicos y filosofía fundamental se oponían encarnizadamente a todo lo que la democracia representaba y representa".

1914 empezaron algunos de ellos a perder la fe en el progreso pacífico y a barajar la idea de una huelga general que provocara una reforma constitucional¹. Iba viéndose con claridad que al menos en Prusia no se cumplirían las previsiones de Bernstein, y que se precisaban medidas más enérgicas para desalojar la autocracia. Esta toma de conciencia atrajo la muerte al ala radical, que aspiraba a ir más allá de la democracia hasta una revolución proletaria cabal, mientras Bernstein agotaba su ingenio en difíciles planes para obtener el apoyo de los liberales disidentes del seudoparlamento prusiano². Esas tácticas estaban condenadas al fracaso. En realidad no había forma de resolver pacíficamente el problema constitucional, y en consecuencia ninguna posibilidad táctica real. Es humanamente comprensible que esta visión era desagradable a personas que se percataban de que la guerra se acercaba y se exasperaban ante la idea de que en la carrera entre militarismo y democracia estaban perdiendo terreno. Pero desde nuestra perspectiva privilegiada de hoy, se ve con bastante nitidez que Bernstein y sus amigos estaban entablado una lucha perdida contra fuerzas superiores. La casta gobernante estaba decidida a no permitir en Prusia y el Reich una extensión importante de la democracia; la mera amenaza de esa ampliación era suficiente para ayudar a precipitar la crisis de 1914 que en otro caso podría haberse pospuesto durante unos cuantos años más. A los ojos de la casta gobernante, Alemania dependía para su seguridad de Prusia, y Prusia tenía que vivir y morir con su constitución antidemocrática que garantizaba el predominio de la aristocracia militar. Antes de abandonar por la fuerza su posición a la marea democrática en alza, los gobernantes de Alemania habrían acelerado la guerra europea inevitable mientras hubieran seguido ejerciendo el control. Todo esto iba haciéndose patente incluso antes de 1914; así sucedía con la circunstancia de que Alemania no necesitaba una revolución socialista, sino una revolución democrática. Correspondió a Bernstein el mérito de haberse percatado de ello antes que ningún otro, aunque para haber llevado al partido tras de sí él y sus amigos habrían tenido que operar en un medio ambiental distinto.

Después de esta larga digresión ha llegado el momento de

1. Schorske, *op. cit.*, págs. 274 y ss.

2. Gay, *op. cit.*, págs. 231 y ss.; Schorske, *op. cit.*, págs. 171 y ss.; respecto al tema en general del imperialismo alemán durante el periodo wilhelmiano, cf. Eckart Kehr, *Schlachtflottenbau und Parteipolitik, 1894-1901*, Berlín, 1930; G. W. Hallgarten, *Imperialismus vor 1914*, Munich, 1951, *passim*. Lo que esos liberales que, con algunos recelos, respaldaron el curso imperialista, pensaban sobre la cuestión puede inferirse de lo recogido en *Gesammelte Politische Schriften* de Max Weber, Tubinga, 1959, págs. 109 y ss.

considerar la esencia de la posición teórica de Bernstein. En pocas palabras, significaba un repudio del análisis que incluía el Programa de Erfurt. En donde Kautsky había previsto en 1891 un futuro sombrío de tensiones de clase crecientes, incremento de la centralización de la riqueza, y la certeza «para el proletariado y los estratos medios hundidos», una «inseguridad, miseria, opresión, esclavización, degradación, y explotación crecientes»¹, Bernstein veía en 1899 el testimonio de un orden, seguridad, tranquilidad, prosperidad y una distribución más equitativa de la riqueza cada vez mayores². En donde el Programa mantenía que el análisis pesimista de Marx sobre el desarrollo social había sido corroborado plenamente por los hechos, Bernstein hallaba pruebas estadísticas —calurosamente rechazadas por sus críticos— de que las clases medias no perdían terreno, mientras que aumentaban los ingresos de los asalariados. La concentración capitalista avanzaba en su opinión más bien con lentitud, y las empresas pequeñas continuaban apareciendo junto a las gigantescas empresas industriales. Mientras tanto, el ciclo comercial tendía a enderezarse; las tensiones sociales disminuían; y el número de propietarios iba haciéndose cada vez mayor. Puesto que era imposible suponer que la situación efectiva hubiese cambiado fundamentalmente entre 1891 y 1899, estaba claro que Bernstein y sus enemigos contemplaban los mismos hechos desde prismas diferentes. Como ocurría con la disputa entre Kautsky y David sobre la estabilidad de la pequeña explotación campesina, ninguno de los bandos logró persuadir al otro de que su interpretación de los hechos era equivocada, aunque no deja de ser significativo que a partir de 1918 se hubieran aproximado entre sí³.

De haberse contentado Bernstein con enfrentarse a las afirmaciones menos realistas del Programa de Erfurt —en especial su tendencia a insistir en la «miseria creciente» del proletariado de forma que recordaba más al *Manifiesto Comunista* que a los escritos de madurez de Marx y Engels— es probable que las revisiones que propuso hubieran sido aceptadas ampliamente. Para desgracia de la causa que él trataba de fomentar, ligó esas críticas con un asalto general a todos y cada uno de los aspectos del sistema marxista, desde su filosofía de la historia a su doctri-

1. *Das Erfurter Programm*, pág. 2.

2. *Voraussetzungen*, págs. 82 y ss.

3. Gay, *op. cit.*, págs. 157-65. En algunos aspectos el debate adquirió un tono quisquilloso, por ejemplo, respecto a la inclusión que hacía Bernstein de los pequeños accionistas entre la clase de los pequeños propietarios. Para el ortodoxo, cuyo criterio decisivo era el control más que la propiedad, esto era naturalmente la prueba adicional de la tendencia de Bernstein a deslizarse hacia el liberalismo.

na económica. Aquí no pisaba tierra firme, y no estaba a la altura de los argumentos de sus oponentes. No es que esos ataques resultaran siempre un éxito; pero se derivaban de una firme convicción sobre la importancia de la solidez teórica, mientras que Bernstein daba la sensación de contentarse con bastante menos. De esta forma, al criticar la teoría del valor de Marx —cuyas deficiencias eran realmente palpables— hizo la burda sugerencia de que la verdad pudiera hallarse en un punto medio entre el enfoque del coste del trabajo y el hincapié «marginalista» sobre la utilidad¹. Esta suerte de eclecticismo produjo otros efectos además del de conducir a Kautsky a la desesperación: mostraba que Bernstein no tenía en realidad mucha cabeza para la teoría, o como mínimo que no se preocupaba demasiado de la solidez teórica. También había otros desatinos de la misma índole, por ejemplo, su intento poco afortunado de corregir la «unilateralidad» de la concepción materialista de la historia, o sus bienintencionadas pero notoriamente simples observaciones en cuanto a la nefasta influencia de Hegel. En todos esos aspectos aspiraba a algo importante —una doctrina más comprensiva y menos rígida que el sistema elaborado por Engels y Kautsky— pero la insuficiencia de su pensamiento era por completo evidente, incluso para el menos capaz de sus partidarios. Esos incluían a personas profesionalmente versadas en filosofía que lógicamente se sintieron alarmadas por las incursiones indoctas de Bernstein en su campo. Una breve relación de esos «revisionistas de la filosofía» puede contribuir a situar el tema en perspectiva.

Lo primero que hay que observar es que casi todos los escritores en cuestión eran alemanes, y que la mayoría de ellos habían sido influidos por el resurgimiento neokantiano que se puso en marcha en la década de 1870². Esto constituyó en parte una reacción al materialismo «vulgar» de los científicos de la naturaleza; en parte representaba un intento de devolver a la ideología liberal unidad y coherencia, tal como se formuló en un principio antes de la fuerte irrupción del positivismo y el cientifismo allá por las décadas de 1850 y 1860. En su calidad de movimiento germano, el neokantismo estuvo dominado, naturalmente, por los

1. Gay, *op. cit.*, págs. 171 y ss.; Meek, *op. cit.*, págs. 211 y ss. Para un estudio más reciente del debate revisionista, cf. Christian Gneuss, "Um den Einklang von Theorie und Praxis. Eduard Bernstein und der Revisionismus", en *Marxismusstudien*, II, págs. 198 y ss.

2. La exposición definitiva de este tema puede hallarse en Vorländer, *op. cit.*, págs. 112 y ss. Sin embargo, hay que recordar que el autor era a su vez un representante distinguido de la escuela neokantiana así como una figura prominente en el seno del movimiento revisionista. Para un análisis hegeliano-marxista (aunque no leninista) del tema, cf. Korsch, *Marxismus und Philosophie*, *passim*.

profesores universitarios, y en su punto álgido monopolizó más o menos en Alemania la enseñanza de la filosofía. Sus figuras dirigentes (Friedrich Albert Lange, Hermann Cohen, Paul Natorp, Ernst Cassirer), y quienes seguían su rastro (K. Lasswitz, R. Stammler, F. Staudinger, K. Vörländer, y otros), participaban de la común creencia de que la integración necesaria y urgente de la filosofía y la ciencia podía llevarse a término resucitando aquellos elementos del pensamiento «crítico», es decir, kantianos, que eran independientes de las ideas meramente personales, y por consiguiente históricamente inadecuadas, de Kant respecto a los objetos metafísicos y éticos: tales como por ejemplo sus concesiones indiferentes a la visión teológica del mundo, su autoritarismo templado dentro de la esfera política, y así sucesivamente. La escuela era en pocas palabras neoliberal y neokantiana, y en cuanto era neoliberal crítica del estado de cosas existente. En particular se mostraba hostil a toda forma de autoritarismo en política o moral. Políticamente su influjo halló expresión después de 1900 en los ataques cada vez más violentos que Max Weber —un partidario influyente, si bien no pertenecía estrictamente hablando como miembro a la escuela— dirigió contra las instituciones y el gobierno de la Alemania imperial. La mención de Weber sólo indica sin embargo, los límites que esta oposición privilegiada y, como si dijéramos, legal, no podía confiarse en que superara, salvo por parte de quienes rompían con la «sociedad» y se hacían socialdemócratas. Pues Weber —aunque crítico del régimen— fue impenitentemente nacional-liberal e «imperialista». En cuanto a sus nexos políticos, la escuela se extendía desde las zonas de un liberalismo moderado a un moderado socialismo. Así pues los extremos quedaban excluidos.

A primera vista, no parece existir razón clara del por qué un resurgimiento académico de la filosofía de Kant —o mejor dicho, de su metodología, pues los neokantianos (al igual que los neomarxistas) apreciaban el método más que el sistema— hubiera de haber suscitado ecos políticos. La clave del enigma estriba en la evolución incompleta y realmente precaria de Alemania en cuanto organismo nacional. El Reich había sido organizado por Bismarck de forma que dejaba muchísimos problemas importantes por resolver. En especial el compromiso de 1866-78 entre conservadores y liberales no había logrado zanjar la cuestión sobre si Alemania habría de evolucionar de acuerdo con los patrones occidentales, o si había de mantener su célebre «singularidad»: carácter único que constituía el origen de tanto fervor nacionalista. En consonancia con esta incertidumbre política existía un vacío espiritual que se atraía una crítica socialista por parte de

la izquierda y las tendencias nietzscheanas de la derecha, mientras el liberalismo se encontraba cada vez más reducido a la situación de un credo académico. Aunque esta situación tenía puntos de semejanza en todos los lugares de Europa, en el caso de Alemania aparecían unos rasgos especialmente agravados que iban a acentuarse en 1914 y a mostrar sus efectos claramente desastrosos en 1933-9. Dentro de la perspectiva de la historia puede verse al movimiento neokantiano como un intento infructuoso de enderezar la columna vertebral del liberalismo alemán haciéndolo menos dependiente de los inciertos valores de mercado representados por la «ciencia», «modernidad», «progreso», y otras deidades en boga. No se trata de que los neokantianos se mostrasen indiferentes al empiricismo y a las ciencias naturales; sólo que percibían la necesidad de una mayor solidez para mantener unida la empresa cultural. Era esta convicción, juntamente con el escepticismo creciente en la permanencia de la economía liberal, lo que ya en la década de 1860 movió a alguno de ellos a adoptar una curiosidad simpática por el socialismo¹.

Allá por la década de 1890 el proceso se había desarrollado lo suficiente para que a los neokantianos de primera fila les fuera posible sacar conclusiones izquierdistas de la ética de Kant, e incluso llegar a insinuar una síntesis escrupulosa de socialismo e idealismo filosófico². Esto era algo ajeno a lo que cualquier titular de una cátedra universitaria podía aventurar en la Alemania imperial, supuesto que el marxismo era un tabú oficial y en cualquier circunstancia incompatible con el idealismo kantiano, a juzgar por las afirmaciones que Engels había hecho sobre el tema. El paso final y decisivo se adoptó cuando se propuso una fusión de la ética kantiana y la política marxista por parte de escritores que eran socialdemócratas activos, y por tanto al margen de la casta oficial. Con la aparición de este grupo —integrado principalmente por L. Woltmann, F. Staudinger, K. Vorländer, C. Schmidt y K. Eisner— la cuestión trascendió del ámbito académico para convertirse en un asunto político. No se trataba

1. Cf. las observaciones de Vorländer sobre F. A. Lange, *op. cit.*, págs. 115 y ss. Puesto que Lange fue el fundador del movimiento, no deja de ser significativo que se hallara asimismo entre los precursores de la reforma social. Desde una visual marxista no era desde luego más que un demócrata con tendencias vagamente socialistas; lo que en la Alemania de su tiempo era ya bastante.

2. Vorländer, *op. cit.*, págs. 117 y ss. Hermann Cohen (1842-1918), la figura dominante de la escuela, fue aún más lejos por este camino, y sus discípulos llegaron a figurar en un lugar destacado entre el ala revisionista de la socialdemocracia. Pero incluso un izquierdista tan prominente como Karl Liebknecht —que se transformaría luego en el protomártir del comunismo germano— era desde el prisma filosófico un adherente de la escuela neokantina, circunstancia que no dejaban de lamentar sus amigos políticos.

ya de si un profesor de la universidad en sus horas de asueto podía profesar ideas socialistas, sino de si los socialdemócratas militantes podían adherirse a la vez a Marx y a Kant. No precisa decir que Kautsky y Bernstein sustentaban sobre este extremo puntos de vista diferentes. Pero la cuestión no era sencilla, pues las tendencias neokantianas surgían de los lugares más inesperados. Un representante del marxismo tan destacado como el veterano dirigente de la socialdemocracia austríaca, Victor Adler, había sugerido ya en 1895 —en un artículo escrito con motivo de la muerte de Engels, nada menos— que la filosofía de Kant era compatible con la sociología de Marx y que incluso podía sustituir la concepción materialista del mundo sin quebranto de la esencia del marxismo¹.

Contra este lóbrego telón de fondo el debate discurrió al principio de forma que indicaba un buen grado de tolerancia por ambas partes. Pero también había muchas vacilaciones. No todos los neokantianos apoyaban a Bernstein, y viceversa. Algunos revisionistas prominentes se las arreglaron para seguir siendo kantianos y marxistas. Otros, tales como C. Schmidt, rechazaron la ética de Kant mientras aceptaban su filosofía general². Otros más, en especial Woltmann, se mostraban seguidores ortodoxos de Marx así como partidarios activos de las ideas políticas de Bernstein. El mismo Bernstein contribuyó con una serie de ensayos y comentarios a partir de los últimos años del siglo y que culminaron en 1901, en los que iba despojándose gradualmente de sus reservas y afirmaba explícitamente una posición kantiana, aunque sus críticos (entre los que se incluía el socialista revisionista y kantiano ortodoxo K. Eisner) tenían sus dudas sobre su comprensión del método kantiano. El campo contrario se hallaba también muy lejos al principio de mostrarse unido. Sus representantes principales —Kautsky, F. Mehring, H. Cunow— compartían una antipatía invencible por el idealismo filosófico en general y por el moralismo kantiano en particular, si bien fuera de esto poco era lo que tenían en común. Puede verse cuán confusa era la situación, considerando que en una de las fases Kautsky designó al muy conocido neokantiano F. Staudinger (que

1. Una indicación que discutió con toda energía el "padre del marxismo ruso", G. V. Plejanov; cf. su *Grundprobleme des Marxismus*, Stuttgart, 1910, pág. 137. (Traducción alemana de una obra publicada originalmente el año 1908 bajo el título *Osnovnyne problemy marksizma*; ed. inglesa, *Fundamental Problems of Marxism*, Londres, 1929.)

2. Para una detallada apreciación de la disputa, cf. Vorländer, *op. cit.*, páginas 155-85; la participación de Bernstein en ella la ha analizado más recientemente desde un punto de vista crítico Gneuss, *loc. cit.*, págs. 214 y ss.

escribía bajo seudónimo) para que refutara las herejías filosóficas de Bernstein¹.

A pesar de esas vacilaciones iniciales, el debate terminó dando lugar a una especie de formación filosófica correspondiente aproximadamente a las diferencias políticas. De cualquier modo, hasta 1914 (cuando la guerra produjo la gran conmoción y llegó incluso a convertir en amigos a los viejos enemigos), el marxismo ortodoxo tendía a ir acompañado de intransigencia política, o de «extremismo» tal como se entendía entonces el término; mientras que el ala reformista en su conjunto llegó a amparar a quienes coqueteaban con el idealismo filosófico. Prescindiendo de casos individuales, la mayoría de quienes trataban de «revisar» la filosofía marxista eran asimismo revisionistas en política lo que en las circunstancias del momento significaba una cierta acomodación al *statu quo*; en cambio, «materialismo» terminó considerándose como sinónimo de izquierdismo. Esto era especialmente cierto respecto del ala izquierda que surgió después de 1905 —fecha de la primera revolución rusa— como una tendencia aparte; pero también cabía aplicarlo al «marxismo de centro» representado por Kautsky y sus más íntimos asociados. Según Kautsky —como para Plejanov en Rusia, Labriola en Italia, y tal como entendían ellos la cuestión, Guesde y Lafargue en Francia— el marxismo significaba lo que había significado para Engels: una concepción «materialista» del mundo que negaba por su propia esencia cualquier género de idealismo filosófico, incluyendo la variante kantiana. Si necesitaba salir reforzado con las conclusiones de la ciencia, la base adecuada había que buscarla en el darwinismo. Kautsky no se paró en barras, y llegó hasta elaborar lo que consideraba como una síntesis satisfactoria del punto de vista darwiniano con el marxista².

Si se adopta una visión estrictamente práctica de los fenómenos históricos, surge la tentación de despreciar esas proliferas disputas filosóficas como meros subproductos de la lucha de facción y política «real» entablada dentro de la socialdemocracia alemana. Pero esto sería equivocado. Conforme transcurría el tiempo, la lucha «real» se vio divorciada del enfrentamiento de ideas, pero la ruptura ideológica ayudó a dar coherencia a las alineaciones políticas. El famoso debate de cinco jornadas sobre

1. Vorländer, *op. cit.*, págs. 213 y ss.

2. Cf. su *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, Stuttgart, 1906. A pesar de una cierta trivialidad, fue una obra de más influencia que el abultado tratado de 1927, el cual evidenció una clara merma de capacidad mental, así como una señalada imposibilidad de marchar de acuerdo con la cambiante situación de la filosofía tras la primera guerra mundial.

la obra de Bernstein que tuvo lugar con motivo del Congreso del partido de 1899, no tuvo ciertamente ninguna consecuencia precisa que se manifestara en años posteriores. En parte porque se vio con claridad que al revisionismo no podía acallársele con palabras¹. O tenía que producirse una escisión, como de hecho ocurrió en 1914-18, si bien no por los problemas planteados por Bernstein, o había que aceptar la existencia de dos escuelas distintas. Una vez que se había aceptado esta última solución, resultaba imposible separar las cuestiones políticas de las ideológicas. Así, la expulsión de K. Eisner y sus colegas de la dirección principal diario del partido ocurrida en 1905 se hallaba tan ligada a la fidelidad de Eisner a la ética kantiana como con su falta de entusiasmo por la idea de las huelgas políticas según el modelo ruso². Por supuesto, si lo que sucede es que uno cree que la política «práctica» debiera estar rígidamente separada de las meras ideas, todo esto debe parecer realmente chocante, por no decir absurdo. Pero la socialdemocracia de la época en que se superaba el siglo era algo más que un movimiento político. O quizá debiera decirse que su credo político abarcaba tanto la ética como la economía. En cualquier caso, la cuestión de si el socialismo suponía o no una nueva concepción moral, no les parecía a los integrantes del movimiento una cuestión completamente aparte de los problemas prácticos y urgentes.

Con estos hechos en claro podemos volver ahora a un breve, y por fuerza inadecuado, *resumé* de la cuestión filosófica, tal como se mostraba a la mayoría de los alemanes, austríacos y socialistas rusos hasta la fecha de 1914; Alemania era el principal escenario de la contienda, aunque sólo fuera por el hecho de que el revisionismo tenía allí el grueso de sus fuerzas.

El primer extremo que hay que señalar es que la «revisión» de Bernstein, y la «interpretación» aparentemente ortodoxa de Kautsky, del marxismo, tenían por lo menos un punto en común: ambas se hallaban igualmente alejadas de las fuentes hegelianas del pensamiento de Marx, pero por añadidura con la diferencia de que Kautsky se veía en dificultades para reconocer la importancia de la filosofía de Hegel, mientras que Bernstein con-

1. Cf. *Protokoll ueber die Verhandlungen des Parteitags der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands*, Berlín, 1899, págs. 94 y ss. Nadie podría asegurar que el Congreso anual del partido más importante de Alemania no se tomaba con seriedad la cuestión. El discurso de Bebel en que atacaba a los revisionistas se prolongó durante más de tres horas, mientras David replicaba con similar extensión en tanto Woltmann cerraba la marcha y Rosa Luxemburgo se situaba en la extrema izquierda. El resultado fue una condena en masa de las ideas de Bernstein, condena que sin embargo no tuvo ningún resultado práctico.

2. Schorske, *op. cit.*, págs. 70 y ss.; Vorländer, *op. cit.*, págs. 210 y ss.

fesaba con toda franqueza su antipatía por ella¹. Al igual que la gran mayoría de los demócratas de su tiempo, ambas figuras mantenían una doctrina evolucionista progreso histórico. Y de acuerdo con la visión dominante de la época, su comprensión del método histórico aparecía matizada por su aceptación un tanto desprovista de sentido crítico del modelo teórico utilizado dentro del campo de las ciencias naturales. Pero mientras Kautsky —de conformidad con Engels y bajo el impulso de su propio interés por Darwin que le acompañaría durante toda la vida— consideraba la historia sometida a leyes inmutables, y al socialismo como el objetivo señalado de este proceso, Bernstein trasladaba cada vez más el énfasis hacia el terreno de la determinación causal a la libertad. La necesidad histórica estaba dejando en su opinión paso al control consciente: incluso ahora los hombres podían determinar cada vez más sus circunstancias de acuerdo con sus deseos. En verdad, el hecho de los esfuerzos socialistas así lo probaba. Paradójicamente mantenía Bernstein que la meta era de desear precisamente porque *no* era inevitable. El socialismo representaba «algo que debiera ser, o un movimiento hacia algo que debiera ser». En este sentido podía calificársele de «utópico». Y puesto que se trataba de la realización de un ideal, sus fines no podían deducirse de la ciencia ni de la historia. Eran autónomos y llevaban aparejada su propia justificación².

Este intento de solución no satisfacía a nadie. El ortodoxo se sentía francamente dolido o despectivo; tal como ellos lo veían, Bernstein no había hecho más que volver a una posición premarxista; ni tampoco se hallaban complacidos por completo sus partidarios con su intervención. En particular, su definición alarmantemente vaga de «ciencia» obligó a los neokantianos más estrictos a considerarle como un aficionado de buenas intenciones. Con todo, no se negó que hubiese abierto una brecha en la posición ortodoxa. Por primera vez, un socialdemócrata notable había renunciado a todo el cuerpo de doctrina legado por Marx y Engels. Si el socialismo no era el supuesto esencial básico del control consciente; si la libertad se mostraba ya operativa en el sentido de que los hombres estaban llamados a determinar *ahora* el tipo de organización social que querían, la distinción marxista entre «prehistoria humana», e «historia verdaderamente humana» había sido arrojada por la borda. La crítica de Bernstein a Marx significaba afirmar que la libertad de que gozaban los hom-

1. Bernstein, *Voraussetzungen*, pág. 71.

2. Bernstein, *Wie ist wissenschaftlicher Sozialismus möglich?*, Berlín, 1901, passim. Cf. también el análisis de Vorländer, *op. cit.*, pág. 180 y ss.; Gay, *op. cit.*, págs. 146 y ss.

bres bajo las condiciones actuales era ya suficiente para permitirles decidir su futuro. Si él estaba en lo cierto, la instauración gradual del socialismo no significaba más que un ensanchamiento del área de libertad ya obtenida bajo la democracia liberal. Esto era por supuesto precisamente lo que Mill había creído, y justamente lo que Marx había considerado absurdo. Sobre esta cuestión no cabía compromiso.

El reverso de esta medalla lo constituía el ataque revisionista a lo que los izquierdistas denominaban «necesidad histórica». Para Engels —así como para Kautsky, Plejanov, Labriola, Mehring, Luxemburgo, y en general la escuela ortodoxa— el materialismo histórico era a la vez la garantía del «paso» final «de la necesidad a la libertad», y la base de la doctrina de que la sociedad burguesa se hallaba totalmente sujeta al dictado de la necesidad. Las «leyes de hierro» del desarrollo eran leyes precisamente porque la sociedad carecía de control real sobre el mecanismo económico. Si su manifestación no abocaba por necesidad a una «misericordia creciente» —por lo menos en este punto Kautsky estaba dispuesto a hacer concesiones— excluía con seguridad la idea de aportar nuevas determinantes del tipo previsto por Bernstein y sus amigos. Por ello era una falta de realismo abogar por una sustitución fragmentaria de la dinámica socialista por la dinámica capitalista. Prescindiendo de las circunstancias políticas —que divergían a todas luces en Alemania de la situación existente en los otros países— era falso en principio afirmar que el tránsito al socialismo no suponía más que una extensión de los procesos reformistas ya visibles: por ejemplo, la legislación laboral, el sindicalismo, el fenómeno cooperativo, la contratación colectiva, la dirección estatal de la economía, etc. Esas tendencias hacia una forma de sociedad más reglamentada no alteran las leyes básicas de desarrollo descritas por Marx; podrían ejercer el efecto de facilitar el tránsito, pero no por ello sería la ruptura menos drástica y fundamental. El «cambio gradual» era una fantasía. El socialismo, implantado, pacíficamente o no, por medios legislativos, representaba tanto una nueva clase de interés —aspecto descuidado por los revisionistas— y como un modo de organización social totalmente nuevo. No se trataba como había sugerido Bernstein de proseguir la obra incompleta de emancipación humana emprendida por el liberalismo, sino de una nueva etapa histórica, y en consecuencia —aparte de otras cosas— de la condición esencial previa de una nueva ética y de una nueva forma de contemplar el mundo.

Esas conclusiones fueron expresadas por Kautsky a modo de ensayo en su polémica contra el revisionismo (*Bernstein und das*

sozialdemokratische Programm, 1899), en la que se defendía también a sí mismo con cierto éxito del reproche de que abogaba por un fatalismo «astronómico» y seguía tratando de las disputas semifilosóficas que brotaban de la querrela originaria. En el sentido preciso del término, la posición de Kautsky no era realmente determinista, aunque sus consecuencias involuntarias operaban en esa dirección. Si Bernstein o Eisner no veían incompatibilidad entre socialismo e idealismo ético, la escuela ortodoxa hacía un enorme hincapié en el carácter clasicista del movimiento en cuanto fuente de las energías morales cuya importancia tampoco se hallaban dispuestos a negar los marxistas. En el fondo, la disputa giró en torno a la cuestión de si había que considerar a la lucha de clases como el único motor de progreso político y moral. Si la moralidad socialista era en esencia la expresión de los intereses de la clase proletaria, era a todas luces imposible subordinar sus objetivos a una ética pretendidamente suprahistórica que ligaba a toda la humanidad. Podía esperarse que esa ética sólo se desarrollara —suponiendo que así pudiera ser— después de haber dejado atrás la sociedad presente. La búsqueda de los revisionistas de alimento espiritual en los escritos de Kant o cualquier otro filósofo idealista, no hacía más que mostrar que no se habían liberado realmente de un socialismo utópico, o peor aún, del liberalismo. Con todo, los marxistas no negaban que hubiera impulsos morales en el intento de transformar la sociedad. Por consiguiente, ¿había que hallar el origen de esos impulsos tan sólo en las circunstancias de la lucha política? Los revisionistas no pensaban así. En su opinión el socialismo apelaba a lo que había de fundamental en la esencia humana tal como existía aquí y ahora. Más aún, los que de entre ellos habían captado la distinción kantiana entre pensamiento empírico y pensamiento normativo conocían perfectamente el deslizamiento de la posición ortodoxa: con arreglo al significado positivista del término, la «ciencia» podía mostrar la inevitabilidad del socialismo, pero no podía mostrarlo como moralmente superior ni explicar por qué razón habría uno de molestar en acelerar el proceso. Si el marxismo era «científico» en este sentido descriptivo, pedía a voz en grito una filosofía normativa que sirviera de complemento a su análisis de «los hechos».

Al tratar de hacer frente la escuela ortodoxa a esas objeciones, se sentía en desventaja con lo que consideraba su carta de triunfo: la concepción determinista de la historia. Pues si se pensaba que el marxismo suponía que la lógica de la historia era una lógica constituida por un proceso causal, no cabía admitir la idea de que la historia pudiera ser impulsada por la voluntad

humana encaminada al logro de algún objetivo último. Poco importaba que se negara por completo la finalidad (Plejanov) o se le diera un fundamento biológico (Kautsky). En uno u' otro caso, la ciencia «objetiva» no podía facilitar base alguna para los imperativos morales. De la misma forma Kautsky admitía esta conclusión cuando trazaba una diferencia insalvable entre «la idea moral, la indignación ética frente a la explotación y a la dominación de clase» consustancial al movimiento socialista y «el estudio científico de las leyes de desarrollo del organismo social» característico del marxismo¹, «verdad», añadía casi sin esperanza, «que en el caso de un socialista pensador y combatiente son una misma persona, y a nadie puede cortársele artificialmente en dos mitades que nada tengan que ver la una con la otra; por consiguiente, incluso en la obra científica de Marx aparece ocasionalmente el impacto de una idea moral. Pero él siempre trataba y con razón de eliminarlo en cuanto fuera posible. Porque dentro del campo de la ciencia la idea moral se convierte en fuente de error si se atribuye la tarea de prescribir el objetivo a cumplir». Con esta neta disección del marxismo en una mitad «científica» y una mitad «moral», Kautsky casi había echado abajo su propia causa y entregado el campo en disputa a Vorländer y los neokantianos. En efecto, si la teoría marxista consistía en el estudio de los «hechos» objetivos (incluidos aquellos hechos supuestos, tales como la fundamentación de la historia en la evolución biológica, que Kautsky —juntamente con Engels— consideraba probado) requería a todas luces una filosofía normativa de «valores» que le sirviera de complemento; extremo que era precisamente el que los neokantianos trataban de explicar a sus oponentes desconcertados y ligeramente ofendidos. La superioridad intelectual de la escuela revisionista mostrada en esta controversia fue realmente tan señalada que hizo retroceder al bando opuesto a una posición un tanto filistea de hostilidad a la filosofía en cuanto tal. Un representante de la ortodoxia tan típico como F. Mehring mencionaba lo que no deja de ser característico, entre las condiciones esenciales previas de los «logros inmortales» de Marx y Engels, la indiferencia hacia las «elucubraciones filosóficas»².

Queda, pues, de manifiesto que la controversia revisionista no puede comprenderse si no se la pone en relación con problemas filosóficos de índole más general. Para un debate que en sus

1. Kautsky, *op. cit.*, passim; cf. también su artículo "Klasseninteresse-Sonderinteresse-Gemeininteresse", en *Neue Zeit*, XXI, 2, págs. 265 y ss.

2. *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, pág. 141.

táctica política a seguir, esto puede antojarse un curioso final atribuible, parcialmente quizás, al clima intelectual de la Alemania anterior a 1914. Algo puede haber de cierto en esta interpretación, pero no toda la verdad. Sería más acertado afirmar que la esencia de la confrontación estaba implícita en el carácter de la socialdemocracia en cuanto movimiento que —aunque en forma muy desvaída— representaba la «unidad entre la teoría y la práctica» marxista. La actitud política de los revisionistas más destacados tuvo consecuencias generales porque el marxismo suponía una nueva concepción del mundo. En su calidad de tal, no sólo entraba por fuerza en colisión con la religión oficial y las iglesias oficiales, sino también con el liberalismo. A la vez su ideología se derivaba en parte de la filosofía clásica que fue también la musa inspiradora básica del credo liberal. Cuando los revisionistas echaron mano de una nueva base teórica, no hacían de hecho más que fomentar aquella alianza política entre los obreros organizados y el liberalismo que los fabianos ayudaron efectivamente a conseguir en la Inglaterra contemporánea y que Alemania estaba destinada a no lograr. Las circunstancias materiales terminaron imponiéndose, pero el conflicto ideológico no dejaba de ser significativo; lejos de ser un mero epifenómeno de la lucha «real» constituía una parte fundamental de la misma. La consiguiente incapacidad de la socialdemocracia alemana para hacerse con el apoyo de un aparte considerable de la clase media educada, y en particular su incapacidad para conquistar las universidades, iba a mostrarse de consecuencias fatales para la república de Weimar. Esos problemas se hallaban ya en el aire durante la controversia de 1895-1905, aunque difícilmente podía esperarse que los participantes en ella lo advirtieran.

Al nivel teórico, la prolongada disputa entre la ortodoxia y el revisionismo quedó en tablas. Esta situación quedaba especialmente de manifiesto en el dominio filosófico, en donde los contrarios llegaron por fin a identificar sus posiciones respectivas con el evolucionismo materialista expuesto por Kautsky en cuanto alternativa al idealismo ético neokantiano de la escuela revisionista. El punto muerto era total respecto a este punto. Tras lo que se dijo en un capítulo anterior, apenas si es necesario ahora señalar que este distanciamiento tenía su origen intelectual en la interpretación que realizó Engels del marxismo. En este sentido la controversia revisionista formaba parte de un movimiento de ideas más amplio que habiéndose iniciado en la década de 1870 provocó la confrontación entre el «materialismo científico» y el comienzos había surgido de una disputa práctica respecto a la «idealismo filosófico», en todo el mundo occidental. Que la esci-

sión conmoviera de parte a parte el socialismo europeo constituye un tributo al serio compromiso que ese movimiento había adquirido con los temas fundamentales de su tiempo. El marxismo ortodoxo, tal como lo interpretaron Kaustky o Plejanov, se hallaba en armonía con el determinismo científico de la época. Incluso las debilidades filosóficas de la escuela no eran al fin y al cabo mayores que las puestas de manifiesto por el fundador del psicoanálisis. Sus críticos ejercían casi un monopolio de la verdadera visión filosófica; su inquietud por los valores normativos reflejaba la situación fundamental de la filosofía; en un sentido más amplio, expresaban el problema fundamental con el que se enfrentó la cultura liberal de su tiempo. Naturalmente, esta preocupación por los problemas del liberalismo hizo sus esfuerzos antipáticos y sospechosos a los ojos de los marxistas. Mientras tanto, éstos se hallaban lo bastante lejos de los orígenes hegelianos de su credo como para mantener la fe totalmente injustificada en que la filosofía había quedado afortunadamente atrás. Se demostró que esto era creencia ilusoria. Entre otras consecuencias, la era de la guerra y la revolución iba a aportar una revitalización del hegelianismo en el núcleo mismo del sistema marxista. Mientras tanto, el ataque revisionista daba lugar a nuevas agrupaciones y a esfuerzos teóricos nuevos por parte del ala izquierda a los que nos vamos a referir ahora¹.

1. Para una detallada estimación crítica del tema a la luz de la evolución posterior de los acontecimientos, cf. I. Fetscher, "Das Verhältnis des Marxismus zu Hegel", en *Marxismusstudien*, III, págs. 66 y 169; la transformación de la filosofía marxista, hasta la situación que se daba dentro de la órbita soviética después de la segunda guerra mundial, se relaciona con la propia herencia hegeliana; cf. Korsch, *op. cit.*, pássim; Georg Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín-Viena, 1923, págs. 13 y ss. (ed. castellana, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México).

LOS RADICALES

Al avanzar desde los críticos revisionistas de la ortodoxia marxista a sus defensores izquierdistas y sucesores, nos apartamos de los temas que predominaban en la controversia de 1895-1905. El cambio de tono se hizo más sensible conforme iba pasando el tiempo (y conforme el núcleo se fue trasladando de Europa central a Rusia), pero ya, durante 1905, incluso en Viena, la atmósfera intelectual difería considerablemente de la del período descrito en el capítulo precedente. Esto se debía en parte al cambio de radicación: Viena, Berlín, Varsovia y Petersburgo respiraban unos aires muy distintos a los de la Europa occidental y aquellas partes de Alemania más sometidas a la influencia de Occidente. En cierto modo, el nuevo planteamiento derivaba de la sublevación rusa de 1905, y en parte se debía simplemente al paso del tiempo. La generación posterior a 1905 comenzó a sentir las sacudidas que presagiaban la gran conmoción de 1914-18. Los problemas que le ocupaban se cifraban en la posibilidad de la revolución tal como se manifestaba recientemente en Rusia y en el riesgo de una guerra europea. Se consideraba que tal riesgo provenía en parte de los conflictos nacionales tradicionales, pero en primer lugar y principalmente de las nuevas rivalidades imperialistas entre las potencias más importantes. Revolución e imperialismo era el tema doble en torno al cual se agrupaba el movimiento neomarxista; Alemania occidental, Austria y Rusia eran las áreas donde el movimiento tenía más vigor; y la guerra de 1914-18 iba a poner sus doctrinas a prueba. Más allá de la Europa central y oriental, la nueva escuela sólo podía contar al principio con el escaso apoyo de los sindicalistas de izquierda, quienes por diferentes razones se distanciaban del socialismo

«reformista». Poco antes de 1914 el izquierdismo marxista era en su mayoría un fenómeno europeo oriental. En Alemania sus partidarios quedaban confinados a Berlín y unos cuantos centros más; y la mayoría de sus teóricos pertenecían a la *intelligentsia* judía. Esto bastó de por sí para separarlos de las masas, aunque no mermó su influencia entre la minoría de los militantes activos que propagaron la nueva doctrina.

El ala izquierda estaba compuesta por marxistas que habían atravesado la controversia revisionista y llegado a la otra etapa con una fe inquebrantable y más decididos que nunca a poner a salvo de las adiciones temporales de reformismo político al núcleo revolucionario del marxismo. La mayoría de sus figuras habían nacido entre 1870 y 1880, y por consiguiente representaban una generación nueva y una perspectiva distinta. Esto tiene su importancia porque ayuda a explicar la diferencia de concepto que se advierte entre la vieja guardia de la ortodoxia marxista, es decir, entre Kautsky, Mehring, Victor Adler, Axelrod y Plejanov, y los neomarxistas. Lo que distinguía a Rudolf Hilferding (1876-1944), Otto Bauer (1881-1938), Rosa Luxemburgo (1870-1919), Martov (1873-1923), Lenin (1870-1924), Trotsky (1879-1940), y Radek (1885-1941) de la vieja generación era ante todo la circunstancia de que tenían que enfrentarse con una nueva serie de problemas. Una cuestión distinta es que terminaran rompiendo entre sí, y que dieran de esta forma lugar a corrientes políticas contrarias enfrentadas violentamente. Antes de 1914-18 tenían muchos puntos en común, y sus acris disputas sobre táctica y doctrina tenían lugar en el contexto de supuestos ajenos a la mayoría de los socialistas europeos occidentales, entre los que se incluían algunos que se consideraban marxistas. El más importante de esos postulados fue la creencia de que Europa oriental, cuando no Europa en su conjunto, se hallaban en vísperas de un cataclismo que pondría término en breve a todas las habladurías sobre progreso pacífico.

A efectos de análisis histórico, pueden distinguirse cuatro grupos distintos, y enfrentados entre sí, que integran la «generación de 1905»: 1) los austromarxistas, que tenía en Viena su centro natural; 2) el grupo germano-polaco, en torno a K. Liebknecht, R. Luxemburgo, L. Jogiches, A. L. Parvus, y K. Radek; 3) el grupo menchevique, al que pertenecía Trotsky *de facto* en calidad de miembro; y 4) los bolcheviques en torno a Lenin. Todos ellos intervinieron, en grados distintos, en los acontecimientos de 1905-6 preludio de las conmociones más importantes de 1917-18 lo que les proporcionó una orientación común, la conciencia de que la suerte política de Alemania, Austria-Hungría

y Rusia dependían entre sí. Esto era algo que Bernstein y sus amigos no lograron captar hasta que fue demasiado tarde, mientras que entre la vieja generación Kautsky y Victor Adler lo habían visto con entera claridad. Aunque más moderados políticamente que las facciones rivales rusa y germano-polaca, los discípulos austríacos de Kautsky heredaron su convicción de que Europa oriental se hallaba a punto de entrar en una era revolucionaria; de aquí que Viena se convirtiera en el centro del radicalismo político así como del marxismo teórico. En este aspecto difería de Berlín, en donde el socialismo de izquierda era un fenómeno marginal limitado a los intelectuales y a una minoría de obreros radicalizados. Este estado de cosas reflejaba una diferencia importante entre Alemania —ahora próxima a formular su primera exigencia de alcanzar la hegemonía europea— y Austria-Hungría, que ya antes de 1914 se cuarteaba visiblemente. Dentro de la capital de la Alemania imperial, que se hallaba entonces en el apogeo de su poderío, incluso los socialistas podían pensar en la posibilidad de evitar un cataclismo revolucionario; en Viena esas ilusiones eran más difíciles de albergar. En Viena, incluso los socialdemócratas más moderados y gradualistas, no podían dejar de constatar que la estructura de los Habsburgo se hallaba vacilante. Como el grupo neomarxista de Viena era el más antiguo de los cuatro, y el más situado a la derecha dentro del ámbito político, conviene empezar con sus dirigentes.

Por lo general se considera a Karl Renner, Rudolf Hilferding, Otto Bauer, Friedrich Adler y Max Adler como los representantes principales de la escuela austro-marxista. De los cinco, Renner (1870-1950) era el mayor en años y experiencia, y el que se sentía más atraído por el gradualismo. En 1914-18 adoptó la actitud patriótica general, mientras sus aliados, más radicales, se alinearon en la oposición. Sin embargo, continuó considerándose marxista, pareciéndose en ello a Bernstein, con quien coincidía en muchos aspectos. De haber adoptado los Habsburgo las formas de la Austria alemana, en donde el ambiente cultural y político se parecía a la Alemania meridional, su versión del socialismo democrático podría habérselo convertido muy pronto en la doctrina oficial de la socialdemocracia austríaca. Pero Viena era antes de 1918 la capital de un imperio de estructura muy diferente a la pacífica república austríaca cuyos destinos iba a presidir Renner a partir de 1945; y el austro-marxismo tuvo que comprometerse con la problemática nacional, imperial y europea que condujo directamente al desastre de 1914-18. En cuanto se vio envuelto en esas controversias, Renner no sólo se puso del lado de los revisionistas sino junto aquellos socialdemócratas (incluyendo al

antiguo izquierdista Parvus) que en 1914-8 laboraron por una victoria germana y por una *Mitteleuropa* controlada por los germanos. Esto le granjeó los anatemas de la extrema izquierda, aunque no por ello cesara en sus críticas al imperialismo. Tampoco cercenaron tales circunstancias su relevancia dentro del movimiento socialista austríaco, del cual, en algunos aspectos, era realmente más representativo que los teóricos radicales que integraban el núcleo del austro-marxismo. Teniendo en cuenta las violencias que se promovieron en todas partes con motivo de esas disensiones, constituye un señalado tributo a la madurez del grupo de Viena —probablemente a la vez una manifestación del *genius loci* característico— la circunstancia de que se preservara un tanto cierto grado de respeto y tolerancia mutuos.

Pero si Renner era un partidario singular dentro de la escuela, en cuanto que se trataba de un marxista sin ser por ello de izquierda, los otros miembros del grupo se mantenían próximos a Kautsky y participaban de su ideología política. Les separaba de él una combinación de gran fidelidad a la doctrina con una considerable elasticidad en el terreno de la práctica. Al ser más jóvenes y estar más puestos al día, consiguieron soslayar algunos de los problemas que surgieron por primera vez durante la controversia revisionista, sin dejar por ello de ser ortodoxos, al menos a su propio juicio. Sus inquietudes cubrían el campo de las ideas de tipo general hasta el de los problemas específicamente austríacos, y a Max Adler, filósofo del grupo, no se le tuvo por menos marxista por el hecho de tener una concepción general kantiana¹ a diferencia de los que sucedía con Friedrich Adler (otro miembro destacado que luego se convertiría en una especie de rebelde de izquierdas) que incurrió en sospechas de herejía porque se sintió atraído por la filosofía de Ernst Mach. Ya la primera declaración del grupo que tuvo lugar en 1901 iba dirigida contra Bernstein, y de una manera más general contra los diversos intentos hechos por entonces de «revisar» el marxismo y ponerlo fuera de juego². Y cuando Max Adler y Hilferding se presentaron el año 1904 con un considerable conjunto de análisis teóricos, los editores de la publicación, aún con toda su pretendida disposición para «desarrollar» el cuerpo de doctrina le-

1. Cf. M. Adler, *Kausalitaet und Teleologie im Streit um die Wissenschaft*, en *Marx-Studien*, I, *Blaetter zur Theorie und Politik des wissenschaftlichen Sozialismus*, ed. Dr. Max Adler y Dr. Rudolf Hilferding, Viena, 1901, págs. 193-433. En cuanto a la contribución de Renner a esta primera publicación sistemática de la escuela austro-marxista, cf. J. Karner (Karl Renner), *Die Soziale Funktion der Rechtsinstitute*, loc. cit., págs. 65-192.

2. Vorländer, *op. cit.*, págs. 235-6. Ya se ha mencionado la defensa que hizo Hilferding de la economía marxista frente a los ataques de Böhm-Bawerk.

gado, aspiraban expresamente al título de «marxistas ortodoxos»: sin dejar de lanzar por ello algunas miradas vigilantes a personas cuya petición de una mayor flexibilidad intelectual sólo servía para ocultar su falta de una posición firme¹.

A pesar de esas afirmaciones de firmeza doctrinal, los neomarxistas vieneses estaban distanciados de sus mayores por el cambio del clima intelectual general que se había producido a partir de los años 1880, cuando Engels estableció los principios del marxismo ortodoxo. El período intermedio había experimentado una reacción contra el materialismo científico y un resurgimiento del interés por la filosofía; fue esto lo que hizo retornar a los revisionistas a Kant, y obligó en consecuencia a los defensores de la ortodoxia a subrayar su aversión por la metafísica. La escuela vienesa puso inmediatamente de manifiesto su mayor agilidad al intentar hábilmente conciliar el análisis marxista de la sociedad y una adhesión matizada al neokantismo filosófico. Se llegó a la conclusión de que Marx había sido fundamentalmente un sociólogo, en realidad el fundador de la moderna sociología científica. Los escrúpulos epistemológicos podían soterrarse recordando que fue Kant quien precedió a Marx en el estudio de la experiencia como una construcción lógica². Que Marx hubiera ignorado probablemente este hecho se explicó fácilmente teniendo en cuenta su formación intelectual; durante las décadas de 1830 y 1840 Kant había sido eclipsado temporalmente por Hegel, cuyo sistema metafísico se apoyaba no obstante sobre bases kantianas, en cuanto que fue Kant quien introdujo el método «crítico» en filosofía. En pocas palabras, la sociología marxista era plenamente compatible con la filosofía kantiana. Más aún, el análisis de la realidad social llevado a cabo por Marx en *El Capital*, una obra que, no por azar, llevaba como subtítulo la leyenda *Crítica de la economía política*, era esencialmente de índole kantiana,

1. Prólogo a los *Marx-Studien*, págs. V-VII. No puede sorprender que el nuevo paso fuera bien acogido por un comentarista de la *Neue Zeit* de Kautsky, en su vol. XXIII, págs. 196 y ss., 242 y ss.

2. M. Adler, *loc. cit.*, *passim*; cf. también su disertación sobre el centenario de la muerte de Kant, del 9 de febrero de 1904, reimpresso en M. Adler, *Kant und der Marxismus*, Viena, 1925. De los numerosos escritos de Adler pueden mencionarse sus dos ensayos conmemorativos, *Marx als Denker* (Berlín, 1908), y *Engels als Denker* (Berlín, 1920), en razón de su posición un tanto simplificada de un enfoque tan realmente complejo como el suyo. El último se desarrolla in extenso en *Das Soziologische in Kants Erkenntniskritik*, Viena, 1924. Respecto a la crítica que formulara Adler del toscó positivismo de Kautsky, cf. Vorländer, págs. 244-5. La discusión sigue siendo de interés para los historiadores de la filosofía moderna, igualando su nivel intelectual por lo menos al del debate que tuvo lugar en su tiempo entre los neokantianos —Rickert, Simmel, Stammler y Windelband— sobre la metodología de las ciencias naturales e históricas.

visto que su método consistía en aislar la lógica del proceso económico abstrayéndolo de los fenómenos superficiales que se plantean a la mera reflexión desprovista de crítica, y penetrando de ahí en la realidad que tras ello se ocultaba¹. Para Marx, como para Kant, el mundo de la experiencia no era algo simplemente «dado», sino mediatizado por el espíritu humano. Su teoría representaba una «crítica» en la acepción kantiana, y concretamente una crítica de la *sociedad*. A ésta había que entenderla como una totalidad viva de fuerzas materiales y tensiones ideales (psicológicas) estando sujeto el organismo social a «leyes» (procesos) históricas que procuraban en última instancia una armonización racional entre los intereses individuales y sociales. La acción humana (práctica) realiza los fines de la filosofía, no siendo esta última sino las normas ideales de la esencia humana entendida correctamente, es decir, la naturaleza activada por la razón. El pensamiento científico y normativo tiene su denominador común en la comprensión crítica de qué es lo que constituye el ser social del hombre. No existe un abismo infranqueable entre ciencia y ética, leyes causales y metas ideales, entre materialismo y filosofía. Uno puede ser un sociólogo científico adhiriéndose a la vez a los fines del socialismo desde el momento en que este último se basa en una percepción crítica del todo social tal como afecta a cada individuo. Un orden racional sería un orden socialista, puesto que la racionalidad nos dice cómo deberíamos actuar. Así es como Adler obtuvo el apoyo de la escuela vienesa, con una inteligente síntesis de neomarxismo y neokantismo, si bien Kautsky siguió mostrándose escéptico y rechazó públicamente la sensibilidad que mostraba la joven generación por la filosofía moral idealista².

Aunque el historiador de las ideas se dirija desde esas disputas filosóficas al dominio, bastante menos atrayente, de la economía, con una cierta repugnancia hay que confesar que el éxito real del austro-marxismo no reside en el ámbito de la filosofía general. Aun con todo lo que se estime, el *tour de force* intelectual de M. Adler, no supuso una ruptura teórica. Por otro lado, la labor de Otto Bauer sobre la cuestión nacional y el análisis de Rudolf Hilferding sobre el capitalismo financiero, representaron

1. M. Adler, *Kausalität und Teleologie*, loc. cit., págs. 316 y ss.; cf. también *Marx als Denker*, passim; *Engels als Denker*, págs. 45 y ss. En el ensayo mencionado en último lugar se observa que el supuesto "materialismo" de Marx no era más que "el positivismo de la ciencia moderna", y no la expresión del materialismo filosófico en el sentido tradicional del término (pág. 50).

2. Cf. su dilatado debate con Otto Bauer en *Neue Zeit*, 1905-6, II, págs. 485-99, 516-29; para un comentario crítico de la discusión, cf. Vorländer, págs. 250 y ss.

algo nuevo e importante. Las dos empresas pueden considerarse más atinadamente vistas en conjunto, pues a pesar de sus puntos de partida diferentes, culminan en un análisis del imperialismo que iba a convertirse en la característica especial de la escuela neomarxista¹. Ambas figuras debían a Kautsky más de lo que se suele reconocer. En otros aspectos sus escritos difícilmente admiten una comparación. El documentado volumen de Bauer, que se alarga hasta 600 páginas, apareció cuando su autor tenía sólo veintiséis años, y aunque suponía un logro brillante para un autor tan joven, le faltaba sabiduría de la madurez. La larga teorización del libro sobre los orígenes de la cultura nacional, los comienzos de la historia europea y la esencia del problema judío, supone hoy una lectura singular, e incluso en 1907 algunos lectores debieron haber experimentado cierta dificultad al enfrentarse a una masa de información sobre el problema de la nacionalidad austriaca, antes de llegar a la teoría del imperialismo de Bauer. Fue esto lo que sirvió para otorgarle un puesto en el campo de la erudición marxista, aunque al cabo de tres años su plan brillante iba a verse superado por el grueso tratado de Hilferding; dicho sea de paso, puede observarse que a pesar de sus deficiencias y sus rasgos ocasionales de ingenuidad, el análisis de Bauer sobre la cuestión nacional de Europa oriental y central fue con mucho tan superior a los trabajos posteriores de la escuela leninista que sólo la gran ignorancia de una época nutrida de falsas historias populares puede explicar su relativo olvido actual.

Reviste importancia lo que Bauer tiene que decir sobre el imperialismo, aunque a la luz de los acontecimientos posteriores su ensayo haya que interpretarlo en la actualidad como un adelanto de la teorización más sistemática emprendida por Hilferding sobre el tema. Su punto de partida es el aumento de las rivalidades globales y el ulterior abandono relativo de interés por los asuntos estrictamente europeos². La cuestión que plantea es la de por qué las grandes potencias tienden cada vez más, a situar sus políticas exterior y militar al servicio de la expansión de las regiones menos desarrolladas del globo, y la explicación que aporta es que las depresiones periódicas cíclicas características del capitalismo acentúan la necesidad que experimenta el capital de asegurarse sólidas esferas de influencia en los países prein-

1. O. Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, en *Marx-Studien*, II, Viena, 1907; R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, Viena, 1910. Respecto a la doctrina del imperialismo de Renner (que en su mayor parte derivaba de Bauer y Hilferding, aunque difiriera su actitud política de la de ellos), cf. su *Marxismus, Krieg und Internationale*, Viena, 1917.

2. *Die Nationalitätenfrage*, etc., págs. 461 y ss.

dustriales, en donde son mejores las oportunidades de inversión y más elevada la tasa de beneficio. Expresado a gróssio modo el argumento parece gastado y doctrinario, pero Bauer lo respaldaba con un detallado análisis de la política proteccionista bajo condiciones de práctica de monopolio industrial. De esta forma contribuyó a popularizar una tesis que hoy se ha hecho familiar, pero que se hallaba lejos de ser ampliamente aceptada durante los primeros diez años del siglo¹. Por lo demás, no se contentaba con expresar algo que era evidente, a saber, que el proteccionismo permite a las industrias asociadas monopolísticamente que abaraten anormalmente sus productos en el exterior. Subrayaba también que la librecambista Inglaterra era la víctima principal de las políticas proteccionistas que adoptaban las demás naciones, especialmente Alemania y los Estados Unidos². Simultáneamente, cerraba el círculo descrito por su propio argumento, que partía de una descripción del proceso de gestación nacional, sugiriendo que el imperialismo estaba provocando el fin del nacionalismo en el viejo sentido cosmopolita y liberal del término³.

Algunas de las tesis de Bauer no estaban estrictamente relacionadas con sus ideas sobre protección, sino más bien derivadas en forma un tanto doctrinaria del concepto marxista del valor. De esto dedujo que en cualquier intercambio entre áreas industrializadas y atrasadas incluso bajo libre comercio total y en condiciones de falta de control político, la plusvalía es bombeada desde ésta a la primera, debido a que la «más elevada composición orgánica del capital» bajo condiciones tecnológicas avanzadas significa que el beneficio excedente aumenta conforme a una proporción que favorece a los capitalistas de la región más industrial, a costa de aquellos con quienes comercian⁴. Este argumento tuvo la consecuencia interesante, aunque probablemente inesperada, de sugerir que el imperialismo constituía en esencia una relación entre países industriales y agrícolas, en la que los primeros complementaban los beneficios comerciales corrientes sometiendo

1. Cf. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, págs. 104 y ss. Merece la pena advertir que en este ensayo, escrito durante la primera guerra mundial y publicado por primera vez en 1919 ("Zur Soziologie der Imperialismen", *Archiv fuer Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 46), Schumpeter adopta una posición más favorable frente al análisis del imperialismo hecho por Bauer y Hilferding que en sus escritos posteriores.

2. Bauer, *op. cit.*, pág. 468.

3. *Ibid.*, págs. 473 y ss.

4. Bauer, *op. cit.*, págs. 246 y ss.; para una visión distinta, cf. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, págs. 290-1. Como observa Sweezy, la posición de Bauer la adoptó más tarde H. Grossman en *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, págs. 431 y ss.; cf. también M. Dobb, *Political Economy and Capitalism*, págs. 223 y ss.

a los últimos. Podría parecer que Bauer adoptase esta noción de Kautsky, quien la formuló por primera vez en 1901 y la elaboró luego en 1914, con gran indignación de Lenin, para quien suponía la prueba de la negativa de Kautsky a considerar el imperialismo como un producto necesario del capitalismo monopolista¹. Si se toma en su conjunto la presentación un tanto confusa del tema por parte de Bauer, lo principal de su argumento parece residir en la idea de que la expansión capitalista conduce a la anexión imperialista porque bajo las condiciones modernas las concentraciones más poderosas de capital —las industrias en régimen monopolista y sus aliados los bancos— requieren mercados seguros y áreas de inversión políticamente controladas de las que se excluían competidores extranjeros. Su actitud hacia este nuevo fenómeno fue algo ambigua e incluso daba opción a pensar que el proceso era en su conjunto económicamente progresivo en cuanto que igualaba las tasas de beneficio y ayudaba a establecer una economía global. «Lo que se llevó a efecto mediante la constitución de un sistema ordenado de tribunales y administración dentro de los países europeos, se está realizando en todas partes merced al militarismo y el desarrollo naval modernos. Los buques de las potencias europeas son, por así decirlo, la policía mundial que establece en todas partes las condiciones legales requeridas para la inversión del capital europeo»². Admitía incluso que los trabajadores podían beneficiarse del proteccionismo y del expansionismo; en todo caso en su calidad de productores, aunque debidamente sopesados, los efectos adversos de las grandes asociaciones económicas de tipo monopolista y las tarifas eran perjudiciales a sus intereses en cuanto consumidores³. De esto se seguía en opinión de Bauer que la clase trabajadora tendería a adoptar una actitud de sobria estimación financiera al calibrar los frutos que prometía la expansión imperial. «Desea dejar bien sentado si los resultados beneficiosos del imperia-

1. Cf. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas*, Moscú, 1966, vol. I, págs. 687 y ss.; para las ideas de Kautsky, cf. *Neue Zeit*, vol. XXXII, parte II, 11 de sept. de 1914, pág. 909; vol. XXXIV, II parte, págs. 107 y ss. La primera formulación de las tesis de Kautsky se expresó en su *Handelspolitik und Sozialdemokratie* (1901), obra que ejerció una influencia considerable sobre Bauer y Hilferding.

2. Bauer, *op. cit.*, pág. 470.

3. *Ibid.*, págs. 476 y ss. Para una crítica de la idea de que las exportaciones a bajo precio y el proteccionismo brindan beneficios económicos a los obreros, cf. Schumpeter, *op. cit.*, págs. 111 y ss. Su razonamiento va dirigido explícitamente en este pasaje contra la "doctrina neomarxista" que acepta la posibilidad de esos beneficios temporales: un ejemplo de antiimperialismo liberal que muestra más solidez teórica (y política) que la escuela rival socialista.

lismo merecen el sacrificio en cada caso»¹. Sólo cuando las consecuencias políticas del imperialismo —aceleración del armamento, debilitamiento del control parlamentario, extensión de las actitudes autoritarias dentro del país— entran en acción, este recelo sistemático se transforma en abierta hostilidad por parte de los obreros con conciencia de clase. De aquí que sean incompatibles la socialdemocracia y el imperialismo, sobre todo desde el momento en que el imperialismo acelera con claridad el peligro de la guerra, a la vez que socava en el interior los cimientos de la democracia. Se advertirá que Bauer tarda en llegar a esta conclusión que descansa en definitiva sobre consideraciones no económicas; motivadas en su caso principalmente por la convicción de que la socialdemocracia salvaguardaba las aspiraciones últimas del trabajo *trascendiendo* sus más estrechos intereses económicos inmediatos. Aunque de una lógica impecable, esa conclusión difícilmente podía haberse afirmado en tales términos sin provocar algunas cuestiones escabrosas. Efectivamente, si los intereses a largo y corto plazo del trabajo no coincidían, antes bien, requerían que los armonizase un partido que se considerara no obstante a sí mismo la «expresión» de los intereses de clase del proletariado», era al menos concebible una situación en la que la gente prefiriera seguir un movimiento enemigo que les prometiera ventajas más inmediatas a costa de la conquista de pueblos en nombre del «nacionalsocialismo». Bauer tuvo la desgracia de que esa situación surgiera efectivamente en los años 1930 y que su partido se mostrara incapaz de impedirlo².

A pesar de su valor, el rápido perfil trazado por Bauer sobre la cuestión (incluido casualmente dentro del cuerpo de un grueso estudio de los problemas nacional y político de Europa central y oriental en víspera de 1914), difícilmente representaba otra

1. Bauer, *op. cit.*, pág. 487.

2. Cf. Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen*, Bratislava, 1936. Escrito tras el surgimiento del fascismo en Europa central y el eclipse temporal del movimiento obrero, puede considerarse este producto final de la escuela austromarxista como el testamento político de su autor. Aunque concebido bajo circunstancias muy diversas de las esperanzadas previsiones del año 1906, despliega la misma confianza inquebrantable en el triunfo final del socialismo democrático. La concepción de Bauer tenía una solidez notable: no se hacía ninguna ilusión en cuanto al «proletariado revolucionario» —de hecho afirmó lisa y llanamente que no podría existir más que en donde el capitalismo y la democracia no estuvieran todavía plenamente desarrollados (*op. cit.*, págs. 243 y ss.)— pero confiaba en la dinámica interna del conflicto de clases desarrollado bajo el capitalismo para llevar a término la transformación socialista. Tal como él lo veía, capitalismo y democracia se estaban volviendo incompatibles, y era precisamente esto lo que obligaría a que el movimiento obrero abandonara sus ilusiones reformista y emprendiera la conquista del poder político.

cosa que un primer intento de ulteriores estudios sistemáticos. La tarea de apuntalar la teoría embrionaria del imperialismo sugerida en las obras de Kautsky correspondió a otro miembro del grupo de Viena que tenía la ventaja de ser un economista preparado. En 1910 Rudolf Hilferding apareció con un voluminoso tratado cuyo título, *Das Finanzkapital*, proclamaba la creencia del autor en que había llegado la hora de poner a Marx al día. Subtitulado «Un estudio sobre las manifestaciones más recientes del capitalismo», la obra de Hilferding asentó inmediatamente a su autor como la principal autoridad en el campo de la economía neomarxista, y en buena medida permitía a todo socialista contemporáneo —Lenin incluido— poner en relación la teoría del imperialismo con el análisis del monopolio y el proteccionismo. Esto era algo que no habían logrado captar los economistas de carrera, dado que su punto fuerte no era la sociología de la vida económica. Correspondió a los neomarxistas describir el «cambio funcional del proteccionismo» que permitía a las industrias monopolistas de cualquier tipo utilizar las tarifas para su beneficio, a la vez que se embarcaban en una política de abaratamiento de precios e intensificaban la exportación de capital al extranjero¹.

El razonamiento de Hilferding —en esta parte de su obra, pues también trata largo y tendido de otros temas, por ejemplo, de la política monetaria y teoría bancaria— puede resumirse de la siguiente forma: la creciente concentración de propiedad corporativa en los principales países industriales produce el efecto de limitar el ámbito de la concurrencia, a la vez que constituye una clase homogénea de personal encargado de tomar las decisiones al frente de los principales bancos y monopolios industriales. Así pues, se hace posible un cierto grado de control consciente de la economía, pero «bajo formas antagonistas», es decir, sin eliminar los intereses de clase en conflicto propios del capitalismo. La contradicción entre la gestión racional de ramas concretas de la producción y la fundamental irracionalidad del sistema en su conjunto halla su expresión en los intentos de «planear» aquellos sectores de la economía que han caído bajo el control de las corporaciones: bien en la forma de *cárteles* (o sea, de asociación de fabricantes para man-

1. Cf. Lenin, *Imperialismo*, loc. cit., págs. 687 y ss. A cualquiera que sienta curiosidad por llegar hasta las fuentes del matiz antioccidental que destaca en el pensamiento soviético, se le insta debidamente a que considere esos pasajes instructivos. Juzgando con arreglo a las anteriores normas marxistas, el folleto de Lenin significó una empresa bastante pobre, aunque haya ejercido una influencia por razones que poco tienen que ver con su magro contenido intelectual.

tener los precios altos y estables), o de grandes conjuntos empresariales (*trusts*) controlados por los bancos de mayores inversiones. La contrapartida de esta tendencia creciente al monopolio es el aumento de la tarifa proteccionista, que favorece a su vez la formación de nuevos *cárteles* y *trusts* hasta que toda la economía del país en cuestión termina siendo controlada por ellos y en el que una política de precios monopolistas requiere una adecuada barrera proteccionista con el fin de que resulte eficaz. En el terreno nacional, esta tendencia conduce a la desaparición gradual de la competencia y a la subordinación de los pequeños empresarios a las grandes sociedades, que por razones técnicas predominan en la industria pesada. En el ámbito internacional elimina al libre comercio, intensificando de esa forma los antagonismos políticos. En efecto, mientras bajo el libre comercio los mercados «extranjeros» y las fuentes de materias primas son en principio tan accesibles a todos como las propias «domésticas», el proteccionismo, cuando va acompañado del fenómeno de *cartelización* y monopolio, lleva a un estado de cosas en el cual los grupos rivales de diferentes países tratan de monopolizar los mercados y las fuentes de abastecimiento de materias primas. El mercado interior necesita de protección mediante tarifas de manera que las industrias en régimen de *cártel* puedan subir los precios, mientras que en el extranjero prosiguen una política de abaratamiento anormal para deshacerse de los productos que en el país resulten invendibles al precio más alto. Así pues, mientras en la etapa de formación de la industrialización capitalista las tarifas sólo precisaban elevarse hasta igualar las posibilidades de los productores del interior (el argumento de la «infancia de la industria»), sus objetivos consisten ahora en eliminar todas las importaciones extranjeras que puedan competir con los monopolios. Dado que los grupos de los monopolios «nacionales» en competencia, y sus Estados respectivos, prosiguen el mismo objetivo incompatible de la protección interior y del abaratamiento artificial en el exterior, el resultado es una guerra económica que amenaza convertirse en una guerra militar y política. El imperialismo colonial, o lo que es lo mismo, la expansión por la fuerza de las armas en las regiones subdesarrolladas, constituye un producto secundario de este proceso, pues, en conjunción con la tarifa proteccionista, amplía el área que controlan los monopolios nacionales. El resultado final de este enfrentamiento es la guerra, o al menos tendencias que llevan a la guerra por parte de las naciones interesadas. Por consiguiente, la centralización del capital conduce en último extremo a la anarquía internacio-

nal, agudizando los antagonismos nacionales, y en definitiva acelerando el conflicto armado¹.

Aquí hay que mencionar dos puntos más: en primer lugar, que el argumento deriva en su totalidad del análisis que hace Marx de la concentración capitalista, en especial en el volumen III de *El Capital*, aunque el auge del proteccionismo y el monopolismo descrito por los neomarxistas era un fenómeno más reciente del que Engels apenas si había columbrado los primeros signos cuando se puso a editar los manuscritos de Marx. En segundo lugar, la tesis no depende del teorema marxista —empleado sin trabas por Hilferding— relativo a la disminución de la tasa de ganancia. Aunque abandonó la perspectiva de la crisis automática, Hilferding era lo bastante ortodoxo como para mantener que la tasa media de ganancia tiende a declinar con la creciente «composición orgánica» de capital y que este curso refuerza la tendencia a igualar las tasas de beneficio suprimiendo la competencia². Pero su argumento no depende en pura lógica de este supuesto, y el proceso de *cartelización*, reforzamiento de la tarifa proteccionista, y competencia nacional intensificada, puede reconducirse razonablemente al funcionamiento del mecanismo económico sin intentar decidir si existe de hecho una tendencia a largo plazo a disminuir la tasa media de beneficio. Esto alcanza naturalmente también a las consecuencias políticas: otros socialistas no tenían que compartir todos sus postulados para percatarse de que lo que él denominaba «la política económica del capital financiero»³ debe convertir por necesidad las realidades económicas en conflictos políticos. En realidad los escritores que habían partido de las acostumbradas premisas librecambistas podían extraer la misma conclusión.

Si el argumento ha terminado siendo familiar e incluso un

1. Hilferding, *op. cit.*, págs. 234 y ss., 265 y ss., 400 y ss., 416 y ss. Lo dicho arriba representa desde luego un bosquejo muy esquemático; para los detalles cf. Sweezy, *op. cit.*, págs. 254 y ss. El análisis muy similar de Schumpeter, *loc. cit.*, págs. 104 y ss., comprende un resumen de las tesis de Hilferding que es bastante más conciso y menos doctrinario que el complicado intento de Sweezy de parafrasear la teoría austromarxista conforme a un lenguaje leninista.

2. *Das Finanzkapital*, págs. 242-5. El razonamiento gira en torno al hecho de que son las industrias de gran capital las llamadas a beneficiarse de la supresión de la competencia, debido a que su mejor equipamiento les permite apropiarse de parte de la ganancia que en condiciones de concurrencia verdadera revertiría sobre las ramas de la industria menos adelantadas; por consiguiente, se hallan dispuestas a compensar la caída de la tasa media de ganancia. (Todas las referencias hechas aquí corresponden a la edición de 1920.)

3. *Op. cit.*, págs. 400 y ss.; la suposición consistía en que los bancos eran los que controlaban en definitiva el proceso en su totalidad. Esto era discutible incluso en los tiempos en que escribía, y es ciertamente falso hoy, pero la argumentación no depende de ello.

tanto manido, una de las razones estriba en que durante los últimos cuarenta años lo había popularizado la literatura leninista, en un momento en que los críticos liberales del imperialismo aún no se habían ocupado de él ni lo habían moldeado. El lector del muy conocido estudio de Lenin sobre el imperialismo escrito en 1916, pero en el marco de una discusión que ya estaba en marcha desde 1902, difícilmente puede llegar a descubrir nada que no hubieran dicho ya Hilferding o Hobson. Esto, sin embargo, sólo se aplica a su más bien pobre contenido teórico. El objeto *político* del texto de Lenin difiere asombrosamente de las obras de la escuela automarxista. En particular no existen en la literatura anterior demasiados elementos para preparar al lector para el cuadro muy recargado que brinda Lenin del imperialismo en cuanto un sistema destinado a «oprimir a mil millones de personas (de las colonias y semicolonias), es decir, más de la mitad de la población del globo», en interés del grupo cada vez más parasitario de países occidentales «civilizados». Algunas de tales conclusiones pudieran haberse deducido de las premisas teóricas elaboradas por Bauer y Hilferding, pero la versión simplificada de Lenin ignoraba lo esencial de la tesis neomarxista: la idea de que en la medida en que el proceso servía para equiparar las tasas de ganancia y promover la exportación de capital a países atrasados recurriendo a una función de «policía» sobre éstos, seguía siendo racional, incluso aunque su racionalidad específica se viera cada vez más socavada por el peligro de guerra. Como era usual en él, a Lenin le tenían sin cuidado esas sutilezas y se contentó con aquel aspecto de la tesis que podía aprovecharse para el uso político inmediato¹.

En 1914-18 había surgido una situación que favorecía la difusión de ese modelo teórico simplificado, pero se necesitaba la conquista del poder bolchevique en 1917 para sustituir la crítica del imperialismo marxista aceptada hasta entonces por una doctrina leninista mucho más tosca. Por sus propios méritos el panfleto de Lenin de la época de la guerra no habría logrado impresionar siquiera ni a los marxistas rusos de su tiempo, por no hablar de los de otros países. Después de 1917 las consideraciones intelectuales dejaron la vía cada vez más expedita a las razones políticas y de propaganda. Aún así la prolongada discu-

1. Cf. Lenin, *Imperialismo*, *loc. cit.*, págs. 687 y ss. A cualquiera que sienta curiosidad por llegar hasta las fuentes del matiz antioccidental que destaca en el pensamiento soviético, se le insta debidamente a que considere esos pasajes instructivos. Juzando con arreglo a las anteriores normas marxistas, el folleto de Lenin significó una empresa bastante pobre, aunque haya ejercido una influencia por razones que poco tienen que ver con su magro contenido intelectual.

sión entre economistas marxistas desarrollada allá por las décadas de 1920 y 1930 respecto a las tendencias internas de la acumulación capitalista, nada debía a Lenin, y los teóricos soviéticos que tomaron parte en ella siguieron implícitamente el ejemplo de sus colegas occidentales al tratar el concepto leninista en calidad de doctrina *política*¹.

Habremos de referirnos más adelante a este tema. Por de pronto volvamos al otro grupo importante de teóricos marxistas que se mostraban activos en la víspera de 1914; nos referimos a los izquierdistas germano-polacos situados en torno a Rosa Luxemburgo y a sus escasos pero influyentes seguidores rusos, especialmente Trotsky. Una vez más se impone una breve nota introductoria respecto al marco político antes de considerar sus ideas mayores. Dado que las figuras principales del grupo eran teóricos avisados, la distinción es un tanto artificiosa, pero no puede soslavrarse. Cuanto más de cerca se mira al gran cataclismo de 1914-18, más difícil se hace separar la política del izquierdismo marxista de sus formulaciones doctrinales; sin embargo, existe en algún sitio una línea divisoria. La teoría polémica del imperialismo que se debe a Rosa Luxemburgo, por ejemplo, no estaba lógicamente relacionada con sus actividades políticas dentro del movimiento socialista del Este de Europa, aunque tenía desde luego alguna relación con su postura en contra de la guerra de 1914-18. Pocos socialistas rusos o polacos de la época se sentían profundamente interesados por saber si estaba en lo cierto o errada cuando adoptó una visión crítica de la teoría de Marx sobre la acumulación. Lo que les importaba era su actitud hostil hacia el movimiento nacional polaco y su firme apoyo al grupo menchevique en la lucha entablada dentro de la socialdemocracia rusa. Por el contrario, sus amigos alemanes, que valoraban sobremanera su contenido teórico, mostraban gran indiferencia por su participación en lo que se les antojaba una riña de bando entre los socialistas rusos y polacos. Y así era en realidad, pues las dos series de circunstancias eran completamente distintas, aunque en el pensamiento de los marxistas de Europa oriental —principalmente Luxemburgo, y en menor grado Trotsky y Radek— aparecían unidas figuras que estaban interesadas en el

1. Cf. N. Bujarin, *Der Imperialismus und die Akkumulation der Kapitals*, Viena y Berlín, 1926, passim. Siendo entonces, Bujarin el principal representante del marxismo soviético rindió naturalmente tributo a las ideas de Lenin sobre el tema del imperialismo (*loc. cit.*, págs. 123-6), pero era lo bastante buen economista como para pretender que Lenin tuviera mucho que decir sobre el aspecto teórico de la cuestión. Esas ideas tenían que esperar un clima intelectual más propicio. Respecto al debate anterior y más bien académico de Bujarin con los marginalistas austríacos, cf. su *Teoría económica de la clase ociosa* (1919).

estudio del levantamiento europeo oriental y en el debate sobre las causas de la rivalidad internacional. Este último problema concernía principalmente a Alemania en su calidad de país europeo en competencia con Inglaterra; mientras que la compleja cuestión de la «revolución proletaria» afectaba primordialmente a Rusia, en donde ya había tenido lugar una muestra anticipada en 1905. Con todo, la Europa central —Alemania y Austria-Hungría— se extendía hacia el Este lo bastante para que las mentes más despiertas se percataran de ambos tipos de problema en tanto que los emigrantes rusos de Viena o Berlín podían llegar a la misma conclusión¹. Éste era el ambiente en el que surgieron los trabajos intelectuales del tipo de la doctrina del izquierdismo revolucionario de Rosa Luxemburgo, o del concepto de «revolución permanente» elaborado por su asociado Parvus en 1904 (con la colaboración parcial del joven Trotsky). A menos que se tenga presente que las cuestiones que destacaban en toda esta teorización surgían de dos series distintas de circunstancias, resulta fácil subestimar la capacidad intelectual requerida para plantearlas conjuntamente. Por otra parte, debería recordarse que los protagonistas ocupaban una especie de tierra política de nadie entre Alemania y Rusia, poblada en su mayoría por minorías nacionales entre las que se hallaba la numerosa e importante minoría judía que no estaba completamente en consonancia con los empeños dominantes en ninguno de esos dos grandes centros de poder (por no referirnos al mundo occidental, cuyas particularidades resultaban algo difíciles de captar incluso a los alemanes)².

Teniendo, pues, presente que nuestros puntos de referencia son, de una parte la revolución rusa de 1905, y de otra la creciente tensión internacional que estallara finalmente en 1914; y que la teorización a que esos acontecimientos dieron lugar no tenía, al principio, ningún denominador común, nos hallamos en

1. Para un análisis no marxista de la situación política rusa llevado a cabo por un pensador contemporáneo a quien le interesaba vivamente la próxima conmoción política mundial, cf. Max Weber, "Zur Lage der buergerlichen Demokratie in Russland", y "Russlands Uebergang zum Scheinkonstitutionalismus" (1906), los dos incluidos en Max Weber, *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, 1959, págs. 30-65 y 66-108.

2. Respecto a la teoría del imperialismo de R. Luxemburgo, cf. *Die Akkumulation des Kapitals*, primera ed. 1913, nueva edición en *Gesammelte Werke*, Berlín, 1923, vol. VI (incluyendo su réplica a las críticas formuladas). Esta resulta con mucho la obra más importante; sus escritos políticos publicados originalmente en las *Gesammelte Werke* de 1923-31 se han hecho casi inasequibles, salvo una selección de dos volúmenes deficiente y tendenciosa, lo que no deja de ser significativo, pues se publicó después de la guerra en Alemania del Este: *Ausgewahlte Reden und Schriften*, Berlín, 1951.

una posición más adecuada para responder a qué representaba ese marxismo izquierdista durante este período. Hasta cierto punto la respuesta se halla de forma implícita en la pregunta. En efecto, si la próxima revolución rusa sólo estuvo ligada externamente a la cercana guerra mundial —en el sentido de que el zarismo probablemente se hundiría bajo el esfuerzo del conflicto, y abriría de ese modo el camino a la revolución— cualquier teórico que intentara relacionar esas dos series de problemas se enfrentaba realmente con una labor completamente desesperada. La capacidad de los principales marxistas de izquierda viene demostrada por la circunstancia de que en definitiva lograron desarrollar una doctrina que parecía explicar la situación. Este notable *tour de force* fue obra primordialmente de cuatro autores —Luxemburgo, Parvus, Radek y Trotsky—, dos de los cuales iban a desempeñar un papel clave dentro de la Internacional Comunista. Esto apunta de por sí una razón de la incapacidad de esa organización para producir un impacto más duradero en el movimiento socialista de Europa occidental: las circunstancias de su nacimiento predisponían, incluso a sus teóricos más preparados y capaces, a una síntesis lógica pero equivocada, siguiendo la pauta de las ideas de más éxito que habían desarrollado hasta 1914. El más famoso ejemplo —el concepto de «revolución permanente» de Trotsky— queda un tanto fuera del tema de este estudio, tanto más cuanto que Trotsky siguió perfilando sus tesis durante las décadas de 1920 y 1930; pero teniendo en cuenta que la idea estaba ya en marcha desde la polémica anterior a 1914, debemos referirnos brevemente a ella antes de abordar la teoría del imperialismo, bastante más coherente, de Rosa Luxemburgo¹.

La idea fundamental —que parece habersele ocurrido en primer lugar a A. L. Parvus (por entonces estrecho colaborador de Rosa Luxemburgo) en el año 1904— era la de que el capitalismo moderno había hecho estallar el sistema político actual. En particular, el Estado nacional europeo se había hecho demasiado pequeño para la próxima época de las confrontaciones globales, y estaba llamado a desaparecer en medio de una serie de aterradoras convulsiones que dejarían en pie únicamente, en medio de esta ruina universal, a los imperios más poderosos y mejor preparados. Éste no era en realidad un pensamiento totalmente

1. Para una exposición de la asociación Parvus-Trotsky, cf. I. Deutscher, *The Prophet Armed*, Londres, Nueva York, 1954, págs. 98 y ss., (ed. castellana, *Trotsky, el profeta armado*, Era, México). Las ideas de Trotsky sobre el tema se hallan diseminadas a través de sus muchas obras, que se inician con un panfleto escrito en 1906 y alcanzan su apogeo en su *History of the Russian Revolution* (1930-2).

nuevo; muchas figuras políticas importantes de la época mantuvieron que existía una tendencia a la formación de agrupaciones supranacionales más amplias. El movimiento imperialista en la Gran Bretaña de Joseph Chamberlain y en la América de Theodore Roosevelt, supuso un buen incentivo para esta manera de considerar las cosas. Así procedieron algunos de los fabianos y revisionistas de Inglaterra y Alemania más destacados. Pero Parvus dio a la idea un acento conmovedor al ligarla con la noción de que el capitalismo en cuanto sistema económico avanzaba impulsado por crisis con ocasión de las cuales desaparecían los más débiles. También adoptó una idea más pesimista que otros contemporáneos sobre el Estado nacional europeo, el cual, a su entender, tenía pocas probabilidades de supervivencia a la próxima colisión entre los imperios gigantes; y finalmente vinculaba su análisis con la próxima revolución en Rusia. Porque conforme a esta nueva perspectiva Rusia constituía el eslabón débil de toda la cadena, debido a su atraso político y social, por lo que el régimen zarista no tenía salvación. Tal como lo veía Parvus, la revolución futura no se detendría en modernizar el país y hacerlo apto para participar en la lucha por el poder para la dominación universal. Ya en 1905 la alineación de fuerzas dentro del movimiento revolucionario era de tal naturaleza que resultaba probable un levantamiento proletario, que a su vez no dejaría de incidir en el clima político de los países más avanzados. «La revolución rusa conmoverá al mundo burgués... y el proletariado ruso desempeñará el papel de vanguardia de la revolución social»¹. Por aquel entonces esto parecía una anticipación improbable, pero el joven Trotsky se sintió impresionado y la utilizó en adelante en apoyo de su propia creencia en que la próxima revolución rusa conduciría directamente a una dictadura socialista. Ésta por su parte —y puesto que un régimen semejante no podría mantenerse durante mucho tiempo en una Rusia atrasada— debería tratar de establecer vínculos con los movimientos revolucionarios de los países más avanzados. La nueva perspectiva partía evidentemente del supuesto de que los países industriales —y en concreto las naciones europeas que se las habían ahora con una transformación que amenazaba su independencia— se verían obligadas a renunciar a sus tradicionales estructuras políticas ya su sistema socioeconómico; estando la una y el otro ligados desde el momento en que el capitalismo europeo había surgido juntamente con el Estado nacional y no podría sobrevivir a la desaparición de su envoltura polí-

1. *Iskra*, n.º 82, enero de 1905 (citado por Deutscher, *loc. cit.*, pág. 104).

tica. Por tanto, la revolución futura sería internacional y socialista. Piénsese lo que se quiera sobre el modo más bien demolidor en que se elaboró esta síntesis por parte de sus autores, uno no puede dejar de admirar el arrojo y la claridad intelectual que le servían de séquito. En última instancia, los acontecimientos no se configuraron completamente de acuerdo con las previsiones, pero después de dos guerras mundiales el cuadro se ha venido acercando bastante más a las perspectivas revolucionarias de 1905 que a las esperanzas más vulgares de la escuela moderada¹.

Hasta aquí hemos venido contemplando el concepto de «revolución permanente» según lo que suponía para el mundo en su conjunto, y más particularmente para Europa. Pero la frase gozaba ya de un significado preciso dentro del pensamiento marxista, y remitía a los escritos de Marx de la época 1848-52, en los cuales «la revolución permanente» significaba una conmoción nacional configurada según el modelo francés de 1789-94. Los orígenes de esta concepción —como antes se había mostrado— eran en esencia jacobino-blanquistas, y esta parte de la herencia marxista podría relacionarse con suma facilidad con la estrategia de la próxima revolución rusa, tal como en realidad hacían todas las facciones del marxismo ruso². ¿Cuál fue, pues, la conexión entre esta utilización familiar, casi diríamos tradicional, del término «revolución permanente» que significa una revolución democrática que alcanza su paroxismo con la «dictadura del proletariado» y el vaticinio de Parvus y Trotsky sobre la próxima conmoción universal? La respuesta es que el nexo era fundamentalmente de carácter verbal; o si se prefiere, la ligazón sólo

1. Con dos precisiones, sin embargo: el lector que recuerde la sombría prognosis de Kautsky de 1902 (cf. supra) advertirá que los extremistas de izquierda no eran en realidad tan originales como todo eso; y en segundo lugar algunos de los revisionistas mostraban tendencias igualmente apocalípticas en su manera de ver cómo iban a configurarse las cosas. También merece ser destacado que el propio Parvus se situó en 1914 en el grupo de extrema derecha de la socialdemocracia alemana, que predicaba el apoyo para una *Mitteleuropa* pangermana (y guerra hasta el fin contra la Inglaterra «plutocrática») en nombre del socialismo. Pero todo esto no disminuye el interés por los orígenes de una elaboración intelectual que heredaron en parte los leninistas y que se convirtió por tanto en un elemento integral de la concepción soviética comunista del mundo.

2. Para una discusión sumaria, cf. L. H. Haimson, *The Russian Marxism and the Origins of Bolshevism*, Harvard, 1955, passim. Es a todas luces imposible traer aquí a colación incluso una parte mínima de la literatura sobre el tema, pues de hacerlo así sería entrar de lleno en la controversia sobre la táctica empleada por Lenin en los años 1905 y 1917, así como en la disputa ulterior sobre el papel desempeñado por Trotsky. Aquí sólo tratamos de señalar el vínculo existente entre este tema bien establecido y el debate de antes de 1914 surgido entre socialistas europeos.

existía en el cerebro de Trotsky antes de que se produjera en la realidad. No se trataba de que fuese difícil trazar una imagen aceptable en la que la revolución rusa —antes y después de su acacimiento efectivo— figurara como el componente clave de la transformación global. Pero aunque casi todos y cada uno de los marxistas coqueteaban con esta idea antes de 1914, fue Trotsky el único en adentrarse en ella y construir partiendo de la misma toda una visión política mundial. Entre todos los marxistas europeos del Este fue él quien mantuvo desde el principio que la era imperialista, la crisis del Estado nacional europeo, la revolución en Rusia, y el inminente hundimiento del capitalismo en cuanto sistema global, se hallaban *orgánicamente* vinculados de manera que ni siquiera podía concebirse la «revolución mundial», y mucho menos dirigirse a ella, como si se tratara de una serie de acontecimientos desconectados entre sí. Aún estaba menos dispuesto a aceptar la doctrina «reformista» —que acabó siendo finalmente la de sus primeros aliados mencheviques— de que sólo los países industriales avanzados se hallaban maduros para una socialización (gradual y parcial). Sobre esta cuestión estuvo bien dispuesto a sumarse en 1917 a Lenin, cualesquiera que fuesen las diferencias que le separaban de él respecto a otras materias. De aquí que cuando ya todo ha quedado dicho y hecho hay que reconocer el derecho de Trotsky a pretender haberse adelantado a la posición leninista de 1917, cuando el bolchevismo se convirtió en lo que no había sido antes, una doctrina de revolución universal¹.

Después de esta larga digresión —que se hace necesaria por la extraordinaria coherencia del pensamiento de Trotsky, que respecto a esta cuestión capital nunca varió realmente en los fundamentos entre 1905 y su muerte en 1940— nos vemos obligados a volver sobre nuestros pasos de forma que consideremos la otra obra notable de la escuela: la teoría del desarrollo capitalista de Rosa Luxemburgo. Aquí el terreno es más conocido y menos sembrado de minas políticas, pues en su obra teórica Rosa Luxemburgo fue lisa y llanamente una seguidora ligeramente heterodoxa de Marx. Su política es ya otra cuestión. Ésta se hallaba en parte animada por una especie de romanticismo

1. Este asunto había sido discutido con tal extensión en los escritos de los partidarios trotskistas y estalinistas, que una enumeración de los pasajes relacionados con él resultaría impracticable y sin objeto. Bastará con decir que las obras de Trotsky (así como los estudios biográficos que dedicaron a su persona sus seguidores y otros), han subrayado eficazmente este aspecto. El mejor resumen de su posición sigue siendo todavía su folleto *Die Permanente Revolution*, Berlín, 1930, en donde el principal blanco de sus ataques resulta ser su viejo colaborador Radek.

sindicalista que por lo demás se relacionaba con tres círculos distintos, aunque concéntricos: la socialdemocracia alemana; el movimiento socialista polaco (dentro del cual defendió la poco popular línea antinacionalista); y el movimiento revolucionario ruso, en donde apoyó generalmente a los mencheviques, o en todo caso al grupo menchevique que dirigía Martov (y ocasionalmente Trotsky) y que era un internacionalista de confianza. Todo lo cual tiene su importancia para la historia del socialismo, aunque no podamos entrar aquí en ello y nos tengamos que contentar con estudiar su contribución a la teoría marxista.

Su obra adoptó la forma de una investigación crítica de ciertos aspectos de la teoría del proceso capitalista de Marx, acompañada de un intento de aportar una explicación económica de la manera en que el capital industrial se extiende hasta las áreas atrasadas. En lo que a la cuestión se refiere nos encontramos de nuevo con el tema de la escuela austromarxista, pero el interés de Luxemburgo por la cuestión de cómo logra evitar el capitalismo la crisis automática apuntaba a las discusiones de la década de 1930¹. Ésta es la razón por la que su trabajo, a pesar de sus defectos de análisis, se muestra oportuno al lector de hoy en día. Los dos puntos paralelos de su análisis —la acumulación de capital dentro de un sistema «cerrado», y la expansión del capital a áreas preindustriales— son de evidente importancia para cualquier teoría liberal o socialista que trate de interpretar el mecanismo del crecimiento económico. Pero la importancia inmediata política de sus tesis, tales como la formulada en 1913, reside en un contexto diferente: al parecer que había demostrado cómo la acumulación de capital era imposible en el seno de un sistema cerrado y que el capitalismo sólo podía mantener su ritmo (y evitar la crisis automática) mediante la expansión constante dentro de áreas atrasadas, no sólo parecía haber explicado el fenómeno contemporáneo del imperialismo, sino mostrado un límite *histórico* definido al proceso. El sector no capitalista de la economía mundial retrocedía constantemente, por lo que se acercaba el momento en que había de tambalearse el proceso de acumulación. La expansión capitalista estaba minando sus propios cimientos, y el hundimiento del sistema se había convertido en una certeza *histórica*².

1. Cf. la introducción de Joan Robinson a la traducción inglesa de *La acumulación del capital*, págs. 13 y ss.; las citas pertenecen a esta edición.

2. Para una crítica de las tesis de Luxemburgo desde una posición ortodoxa marxista, cf. Bujarin, en *Der Imperialismus*, etc., *passim*; en la segunda parte de la edición alemana de 1923 (todavía por traducir), se respondió a algunas de sus críticas anteriores.

Los defectos de análisis de esta creación no escaparon a sus críticos, a cuya cabeza se pusieron los austromarxistas tras la aparición del libro en 1913¹. Sobre esta cuestión se debe destacar que esos críticos se aferraron a su postura de que la acumulación de capital era imposible dentro de un sistema cerrado, procediendo luego a demostrar —sobre la base del propio modelo teórico de Marx, *El Capital*, vol. II— que estaba equivocada. En este punto recibieron el apoyo del marxista holandés A. Pannekoek, un izquierdista radical cuyas oponiones políticas pudieran haberle inclinado a secundar las tesis de ella. El debate se planteó, pues, por cauces estrictamente científicos, al margen de todo bando. Sin embargo, la disputa teórica llevaba aparejada una diferencia importante de acento que tuvo trascendencia política. Suponiendo que Bauer y Hilferding estuvieran en lo cierto al sostener que la acumulación capitalista podía en principio continuar expandiéndose sin límite, y que el análisis de Marx no hacía presagiar elemento alguno de crisis automática, no quedaba del todo claro en qué se basaban los socialistas para confiar en la victoria. La afirmación de Bauer de que la clase trabajadora acabaría con el capitalismo, aun en el caso de continuar marchando a satisfacción, sonaba a poco convincente. En cualquier caso no lograba explicar por qué un capitalismo que fuera viable hubiese de engendrar un proletariado consciente dispuesto y capaz de instaurar un sistema socialista. Pero en tal caso lo mismo podría decirse respecto a la idea de Luxemburgo de que la crisis económica supondría aquellas consecuencias.

Lo extraordinario en la obra de Rosa Luxemburgo es que aunque fuera un error su tesis principal, se las ingenió para atraer la atención sobre el singular mecanismo del crecimiento económico que servía de base a la expansión mundial del capitalismo durante las dos centurias últimas². Las falacias de análisis que invalidaban su razonamiento han sido ya destacadas muy a menudo; a sus críticos les resultaban muy evidentes desde un principio. Lo que ya no era tan evidente —hecho que probable-

1. Respecto a la réplica un tanto airada de Luxemburgo a sus críticos austriacos —en especial O. Bauer y G. Eckstein— así como sus comentarios a la obra de Hilferding, cf. *Die Akkumulation* etc., parte II, *Anti-Kritik*, págs. 401 y ss.

2. *Anti-Kritik*, loc. cit., págs. 476-81. Parte de esta obra se escribió durante la guerra de 1914-18, y su tono violento refleja las hostilidades del bando del período. Aun así, Luxemburgo no atribuyó a sus críticos el deseo de demostrar que el capitalismo sobreviviría por el resto de los siglos, aunque ella lamentase su cerrazón. Respecto a la observación hecha respecto al debate que parece insinuar que esos críticos estaban impulsados por el miedo a la revolución, cf. *Sweezy*, *op. cit.*, págs. 202 y ss.

3. Robinson, *loc. cit.*, págs. 25 y ss.

mente explicase su enojada negativa a renunciar a su concepción total de la situación— es que tropezara con algo importante; pues si bien no es acertado afirmar que el capitalismo se mantiene en marcha gracias sólo a expandirse por zonas no capitalistas, constituye un hecho que ese proceso de expansión se había convertido en peculiar al sistema tal como operaba en la era de la hegemonía occidental. Abstrayendo su teoría un tanto mecanicista de la crisis, su análisis del imperialismo económico resulta suficientemente válido; igual ocurre con su crítica tajante de la disolución llevada a cabo por el colonialismo europeo de las primitivas sociedades campesinas asiáticas y africanas¹. Y en último término, se percató de que la intensificación del militarismo y la marina de guerra de la era anterior a 1914 tenía una función económica, aunque exagerara su importancia. En todos esos capítulos anticipaba enfoques teóricos posteriores. Pero en cuanto a su afirmación doctrinaria de que «el capital necesitaba disponer cada vez más, incluso más completamente, de todo el globo», y que respecto al pretendido problema de «conseguir» una plusvalía adicional «la solución... estriba en el conflicto dialéctico de que el capitalismo necesita como base de su desarrollo organizaciones sociales no capitalistas»², sus críticos pocos reparos podían formular a las partes descriptivas de su obra. Desgraciadamente, para su tesis resultaba esencial que la necesidad del hundimiento económico fuera lógicamente demostrable sobre la base de los supuestos de Marx. Cuando Bauer y otros le sugirieron que la acumulación capitalista podría perpetuarse a sí misma bajo ciertas circunstancias, parece que creyó que esa idea era fatal al socialismo, al tiempo que errónea desde un punto de vista teórico³. Ello fue fatal en la práctica para su visión apocalíptica de que la crisis económica daría lugar a catástrofes políticas. Es evidente que era esta concepción la que conectaba su pensamiento con el de Parvus y Trotsky, aunque su modo de razonar fuese mucho más abstracto. Unos cuantos años después, cuando la mayoría de sus primeros seguidores —así como aquellos izquierdistas incondicionales, como

1. *The Accumulation of Capital*, págs. 368 y ss.

2. *Ibid.*, págs. 358 y 366; cf. también, pág. 446: "El imperialismo es la expresión política de la acumulación de capital en su lucha competitiva por lo que todavía queda del medio no capitalista".

3. *Anti-Kritik*, loc. cit., págs. 410-11. Sin embargo, Lenin, que rechazaba su análisis teórico, no creyó necesaria una larga perspectiva basada en la opinión de que las depresiones irían en aumento y que la clase obrera terminaría rebelándose contra el sistema. Para sus fines, el análisis Tobson-Hilferding de la exportación de capital que abocaba en conflictos imperialistas resultaba más que suficiente.

Karl Radek— se pasaron a Lenin, se puso de manifiesto que la tesis del «hundimiento» no era realmente consustancial al «catastrofismo»; pues en la doctrina de Lenin no intervenía ninguna especie de causalidad mecánica en lo que concernía al aspecto económico. Según su modo empírico de ser, Lenin se mostraba dispuesto a utilizar cualquier material a su alcance, mientras que se mantenía a distancia de las disputas que no tuviesen una relación con sus objetivos políticos inmediatos. Tampoco se sentía Trotsky inclinado a que dependiera su prognosis de una teoría concreta del imperialismo más que de otra. Le bastaba, para sus objetivos, que se considerara al imperialismo como una tendencia global enraizada en el conflicto entre el desarrollo de alcance universal de las fuerzas colectivas de la sociedad y la opresora camisa de fuerza del estado nacional caduco. Una vez que Lenin hubo aceptado esas ideas —o en lo que fueron necesarias para afianzar su postura— podía decirse que la teoría comunista del imperialismo había reemplazado al modelo más viejo, es decir, el modelo socialista anterior a 1914¹.

Plantear de esta forma la cuestión es tanto como decir que la aparición de una doctrina enteramente nueva relativa al futuro del capitalismo como sistema universal dependía de la revolución en Rusia; o para ser exactos, de la conquista del poder político por la facción del movimiento socialdemócrata acaudillada por Lenin. La paradoja inherente a esta afirmación no queda amortiguada por la idea de que hasta 1917 el bolchevismo era una doctrina típicamente «rusa» que tenía un cierto tono localista. En los escritos de antes de la guerra poco hacía presagiar en Lenin su papel ulterior de figura clave dentro de una revolución con pretensiones mundiales. Ni siquiera era cierto que él y su grupo aspiraran a la eliminación del capitalismo en Rusia, aunque su táctica permitía al menos deducir que semejante fenómeno se consideraba deseable. Hasta 1917 la mayoría de los socialdemócratas —incluyendo la mayoría de los partidarios de Lenin— habría estimado como el resultado más probable en Rusia una revolución democrática y no una revolución socialista. Incluso Parvus sólo sugirió que ese acontecimiento podría llegar a ser el punto de partida de una transformación socialista de Occidente. Que Rusia fuera a dar la señal y que

1. Bujarin, *op. cit.*, págs. 113 y ss. Para la obra teórica de Bujarin en general, cf. Peter Knirsch, *Die oekonomischen Anschauungen N. I. Bucharins*, Berlín, 1959. La estimación de Trotsky posterior a 1917 aparece expresada con detenimiento en su *Critique of the Draft Programme of the Comintern* (1928), escrita con el fin de echar por tierra las tesis conjuntas de Stalin y Bujarin sometidas al Sexto Congreso de la Internacional Comunista de ese año. (Cf. *Die Internationale Revolution und die Kommunistische Internationale*, Berlín, 1929.)

intentara fomentar y dirigir efectivamente la revolución universal sobre la base de su propia experiencia, era una posibilidad que ni el mismo Trotsky concibiera, pues por el contrario siempre mantuvo que la decisión real incumbía a Europa, y concretamente a Alemania. Todo esto tiene que ver con lo que de aquí venimos tratando así como con la historia general del periodo, pues ello significa que cuando la nueva doctrina terminó de moldearse se trataba de una doctrina europea oriental; de aquí que el levantamiento de 1917-18 supusiera un giro hacia el Este si se le compara con la situación anterior a 1914, cuando el centro de gravedad del grupo marxista se repartía entre Viena y Berlín; aunque en el movimiento contaran desde luego Petesburgo y Varsovia. En aquel momento ni los marxistas germano-polacos ni austro-húngaros vislumbraban en absoluto la inminente connotación política rusa, si no era como un signo de que al fin iba a comenzar en serio la europeización de ese país. Desde el momento en que los destinos políticos de Alemania, Austria-Hungría y Rusia estaban estrechamente ligados esa perspectiva fue naturalmente bien acogida; pero aparte de ello sería difícil señalar cualquier muestra de que los socialistas europeos esperaran que Rusia diera el primer paso. En cualquier caso puede afirmarse que hasta 1914 no había sido seriamente amenazada la hegemonía intelectual de Alemania y Austria dentro del movimiento socialista. El marxismo seguía siendo en sustancia una doctrina de Europa central y los marxistas rusos —Lenin entre ellos— se volvían hacia Alemania en busca de dirección teórica y política. A ninguno se le había ocurrido todavía la idea de modificar este estado de cosas tradicional.

Todo lo cual no significa más que incluso quienes más cerca estaban de los hechos ignoraban el cataclismo que se estaba gestando. Hoy podemos darnos cuenta de que la revolución rusa dio un rumbo totalmente nuevo a la teorización marxista y a la historia europea. Entre otras, prestó una impronta europea oriental a lo que hasta el momento había sido una doctrina occidental o como máximo alemana; aunque paradójicamente también prestó nueva vida a algunos elementos de la herencia jacobina que habían quedado fuera de consideración mientras se identificaba el marxismo con el socialismo alemán. Si bien desde el prisma geográfico la corriente secular había discurrido de Oeste a Este, la aparición en escena del movimiento revolucionario ruso reavivó inevitablemente el fuego de aquellos componentes de la síntesis marxista original adormecidos que conducían en última instancia al socialismo utópico francés, y hasta la misma Revolución Francesa.

LENIN

Antes de 1917 las perspectivas de una revolución en Rusia figuraban dentro del pensamiento socialista fundamentalmente como un acontecimiento que dejara a Europa dispuesta para una democracia derribando ese baluarte tradicional de la reacción representado por el régimen zarista. Esta actitud se había hecho general desde 1948-9, cuando la compartían en común los demócratas de todo matiz ideológico, y hacia el año 1900 hubiera resultado difícil descubrir ningún grupo o facción dentro del movimiento socialista ruso o internacional que sostuviera un punto de vista diferente. Traemos aquí tan circunstancia a colación sólo con objeto de subrayar el cambio extraordinario que iba a sobrevenir una vez que el hecho ocurriera en realidad. Como no estamos centrados ahora en la prehistoria del levantamiento de 1917 sino en el lugar que ocupa dentro del desarrollo que partiendo de la Revolución Francesa, y pasando por 1848 y la síntesis marxista, llega hasta la toma leninista del poder en 1917, no necesitamos inquirir en los orígenes nacionales del bolchevismo, -o por lo que aquí respecta del populismo (*Narodnichestvo*), más allá de donde puede descubrirse la influencia marxista. De igual forma no hay por qué entrar en la cuestión de qué es lo que pensaban de Rusia y de los rusos Marx y Engels en las diversas etapas de su vida¹. Pero hay que tener pre-

1. El lector interesado en el tema puede descubrir esto por sí mismo si consulta la fuente rusa regular, *Perepiska K. Marksa i F. Engelsa s russkimi deyatelnyami*, Moscú, 1947; es una crítica amena de las ideas un tanto victorianas de Marx sobre el asunto de la historia rusa primitiva a cargo del más importante de los eruditos marxistas rusos, D. Ryazanov, en *Neue Zeit, Ergaenzungsheft*, n.º 5 (1908/9), 5 de marzo de 1909. La selección de escritos de Marx y Engels publicada bajo el título *The Russian Menace to Europe* (Ed. Blackstock y Hose-litz, Londres, 1953), no responde a sus objetivos pero puede servir como una introducción al tema.

sentos dos extremos: en primer lugar, ni Marx ni Engels dudaron a partir de 1870 aproximadamente de que el régimen zarista llegaría pronto a su colapso; y en segundo lugar, juzgaban este hecho, cualesquiera fuera su trascendencia desde una postura *democrática*, como algo marginal con relación a los acontecimientos *socialistas* del Occidente. Quizá parezca artificial esta distinción; y *era* artificial en cuanto el movimiento socialdemócrata de la era de la Segunda Internacional (1889-1914) se basaba en una convergencia de tendencias democráticas y socialistas que —especialmente en Alemania y Europa oriental— resultaba difícil de distinguir. Pero la distinción no por ello dejaba de ser importante para cualquiera que tratara de pensar seriamente en la significación de gran alcance de una revolución que eliminara el zarismo. La desaparición de la autocracia conduciría probablemente al establecimiento de un orden social modelado conforme a las instituciones occidentales; en cuyo caso, la alternativa se hallaba entre una monarquía constitucional configurada al estilo de la Alemania bismarckiana y una república democrática inspirada en el modelo francés. En general, el pensamiento democrático occidental —aun favoreciendo evidentemente la segunda posibilidad— estaba dispuesto a considerar la primera a todos los efectos como un paso importante hacia adelante. En especial la socialdemocracia alemana —por muy buenas razones— estaba dispuesta a acoger con agrado cualquier cambio político que acaeciera en Rusia y que pareciese promover una orientación más democrática en el interior de Alemania y una distensión militar en Europa. Hay que recordar que la época de la Segunda Internacional fue asimismo la era de la alianza franco-rusa contra Alemania y que ya en los años 1890 el socialismo alemán —tal como lo representaba Engels sobre todo— tenía que hacer frente a la sombría perspectiva de una guerra futura en la que pudiera ponerse en juego la existencia nacional de Alemania. De acuerdo con este enfoque el régimen zarista se presentaba como el obstáculo principal al triunfo de la socialdemocracia, así como, al menos en opinión de Engels, el enemigo declarado de la paz y progreso europeos¹.

1. Respecto a la hostilidad indesmayable de Engels hacia el zarismo (y hacia la alianza franco-rusa), cf. la correspondencia Engels-Lafargue, vol. III, *passim*, y su correspondencia con Bebel (Berlín, 1958). La creencia de Engels de que existía un nexo entre la revolución en Rusia y la guerra en Europa se pone de manifiesto en su importante ensayo "La política exterior del zarismo ruso", publicado por primera vez en el *emigré* ruso *Sotsialdemokrat* (Ginebra, n.º 2, 1890) y en el *Neue Zeit*, vol. VIII (1890), págs. 145-54 y 193-203, así como en las traducciones francesa e inglesa. Para un análisis cf. Blackstock y Hoselitz, *loc. cit.*, págs. 242 y ss. (páginas del texto 25 y ss.).

El planteamiento de Marx había sido un tanto diferente. Mientras él vivió la alianza franco-rusa no había empezado aún a representar una pesadilla para los socialdemócratas alemanes, al tiempo que el tradicional antagonismo anglo-ruso respecto a Turquía no atrajo su interés de teórico aunque nunca cesara de defender la posición anglo-turca¹. Ello explica en parte la indiferencia filosófica con que seguía las disputas entre los socialistas populistas rusos de la década de 1870 y principios de los años 1880. Su propia obra correspondiente a este período llevaba aparejada un estudio intensivo de las condiciones económicas del zarismo, una correspondencia frecuente con los economistas rusos de la escuela populista, así como un contacto con el medio *emigré* ruso siempre en aumento en la Europa occidental. Una consecuencia casual de esos intercambios fueron unos largos borradores no publicados motivados por una breve carta a Vera Zaslulich —que ya no era *narodniki* aunque todavía tampoco socialdemócrata— de 1881, en la que se cuidaba muy bien de no adoptar posición en la controversia cada vez más aguada sobre las perspectivas del crecimiento capitalista en Rusia². En la actualidad sus notas sobre la cuestión constituyen una lectura realmente fascinadora. De haberse publicado esos borradores en la década de 1890 en el momento en que la controversia entre los marxistas rusos y sus rivales los populistas se hallaba en su apogeo, las dos partes del debate hubieran encontrado apoyo en ellos para sus respectivas opiniones sobre hasta qué punto la economía campesina rusa se había mostrado capaz de resistir las intrusiones capitalistas. Tal como sucedieron las cosas, hubieron de contentarse con la exasperantemente breve afirmación hecha por Marx y Engels en su prefacio conjunto a la segunda edición rusa del *Manifiesto Comunista* de principios de 1882, en

1. Y en consecuencia la interpretación conservadora (*tory*) de los intereses británicos frente a la disposición liberal a hacer concesiones a Rusia a expensas del imperio otomano; esta era una de las fuentes de su persistente antipatía por Gladstone, de quien sospechó (como con anterioridad había sospechado de Palmerston), que deseaba tolerar la expansión rusa por los Balcanes y el Cercano Oriente.

2. Publicados por primera vez en traducción rusa en *Arkhiv K. Marksa i F. Engelsa*, vol. I, Moscú, 1924, págs. 270-86; y dos años después en los originales franceses en *Marx-Engels Archiv*, vol. I, Frankfurt-am-Main, 1926, págs. 309-42, con un prólogo de D. Ryazanov; éste llama la atención sobre el hecho curioso de que la correspondencia de febrero-marzo de 1881 cruzada entre Zaslulich y Marx no interesó especialmente al grupo socialista ruso de Ginebra y que luego incluso Zaslulich la dio por olvidada probablemente en razón de que la respuesta más bien heterodoxa de Marx a sus preguntas no se avenía con sus propias preferencias. Cf. también B. Nikolaevsky, "Marx und das russische Problem" en *Die Gesellschaft*, Berlín, 1924, vol. I, n.º 4, págs. 359-66; Blaskstock y Hoselitz, *loc. cit.*, págs. 275 y ss.

el sentido de que «si la revolución rusa se convierte en la señal para el comienzo de una revolución proletaria en el Oeste, de forma que ambas se complementen entre sí, la actual propiedad común rusa de la tierra puede servir como la base de partida para una marcha hacia el comunismo»¹. Al igual que la anterior respuesta de Marx a la demanda de Zasluch, esta fórmula de no compromiso se redactó deliberadamente al objeto de conservar la neutralidad en la disputa entre las facciones rusas, a la cabeza de una de las cuales figuraba G. V. Plejanov, P. B. Axelrod y V. Zasluch al siguiente año (1883), debidamente constituida sobre una base programática socialdemócrata, es decir «marxista» no populista. Las simpatías personales de Marx parecen haberse dividido por un igual entre los grupos rivales. Tras su muerte Engels fue mostrándose cada vez más severo con los narodnikis, quienes hacia los años 1890 habían llegado a rechazar todo el análisis marxista al juzgarlo inaplicable a Rusia y poco en consonancia con su visión ideológica general que, hablando en sentido amplio, era comtiana y anglofrancesa más que marxista y alemana.

La trascendencia de esas disputas aparentemente infecundas se puso de relieve en el segundo lustro de los años 1890 cuando el movimiento socialdemócrata en auge lanzó un asedio victorioso a las posiciones populistas en las universidades. Acaso sea innecesario subrayar que la disputa quedaba limitada en su totalidad a la *intelligentsia*: no sólo en el manifiesto sentido de que casi todos los que participaron en las controversias teóricas y literarias eran intelectuales —a este respecto la situación no difería de la existente en la Europa occidental— sino en el aspecto más importante de que en cuanto grupo la *intelligentsia* facilitó el medio social en que se desencadenó el conflicto político e ideológico; por lo menos hasta la revolución de 1905, cuando apareció algo así como una vida política normal y los grupos y sectas en discordia se sintieron capaces de abrir sus filas a elementos no intelectuales. Cuando uno se refiere al conflicto entre populistas y marxistas de la década de 1890, habla de una lucha de bandos acaecida en el seno de la intelectualidad radical, dentro de la que cabe incluir la semi-intelectualidad proletarizada numerosa e importante que con el tiempo habría de llegar a erigirse en el

1. MESW I, pág. 24. En cuanto a la historia de este documento, cf. Blackstock y Hoselitz, *loc. cit.*, pág. 281 y ss. Respecto a las opiniones de Engels sobre la materia cf. su artículo "Soziales aus Russland" (1875) dentro de la colección ensayística *Internationales aus dem Volksstaat* (Berlín, 1894), que incluye la réplica a la *Carta abierta* de P. Tkachev. (Reimpresa parcialmente en Blackstock y Hoselitz, *loc. cit.*, págs. 229 y ss.; así como en MESW II, págs. 46 y ss.)

apoyo principal del bolchevismo. El conflicto se entabló fundamentalmente respecto al problema de si Rusia se había embarcado ya en el proceso «normal» del desarrollo capitalista, o si aún podía confiar en eludirlo. Dado que en la única réplica directa existente (su carta sin publicar a Zasulich) no había tomado posición, las partes en disputa se vieron obligadas a buscar un esclarecimiento por medio del estudio cuidadoso de sus principales obras teóricas. En este aspecto la publicación póstuma del último volumen de *El Capital* en 1894 tuvo un efecto similar al que produjo en Alemania y Austria aunque por razones diferentes: en Europa occidental los lectores de la obra se centraron en el problema precio-valor, la tasa decreciente de beneficio, y cualesquiera otros puntos que contribuyeran al análisis del capitalismo industrial maduro; en Rusia se lo interpretó principalmente como confirmación de lo que los populistas y marxistas habían llegado a opinar respecto al impacto producido por el capitalismo en la economía campesina: afirmando los narodnikis que la comunidad aldeana no perdía terreno, mientras lo negaban los marxistas¹. De aquí el fenómeno curioso del «marxismo legal» de después de 1894, es decir, de la literatura marxista publicada legalmente y escaminada a mostrar que el capitalismo estaba realizando progresos en Rusia a pesar del atraso general del país. La disputa sólo dejó de ser puramente académica con la querrela subsiguiente en las propias filas marxistas, en la que uno de los grupos proponía un decidido fomento del capitalismo conforme a módulos liberales y otro (los «economistas») combinaban esta perspectiva poniendo el acento en el sindicalismo e insistiendo el tercero (y más numeroso), en la misión política de la socialdemocracia de derrocar a la autocracia; necesitándose todavía la decisiva escisión ulterior de los socialdemócratas marxistas en las facciones bolchevique y menchevique ocurrida en 1903-5 para que se produjera una especie de clara delimitación política². Incluso entonces la analogía con la situación alemana y europea occidental no deja de ser equívoca. En especial existen pocas pruebas que confirmen la idea —propagada enérgicamente por el propio Lenin y elevada con posterioridad a categoría de dogma por sus partidarios— de que la escisión correspondía a la controversia revisionista de Occidente. Los intelec-

1. Cf. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1900, cf. también Lenin, "Quiénes son los 'Amigos del pueblo', etc.", en *Collected Works*, Moscú, 1960, vol. I, págs. 133 y ss.

2. Cf. Haimson, *The Russian Marxists*, págs 75 y ss.; E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, Londres, 1950, vol. I, págs. 7 y ss.; L. Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Londres-Nueva York, 1960, págs. 19 y ss.

tuales rusos que rompieron con el marxismo optaron en su mayoría por un liberalismo en el campo de la política, de acuerdo con el ejemplo de Peter Struve, el primer de los «marxistas legales» en convertirse de un socialista teórico (y autor conjunto del «Manifiesto de Minsk» socialdemocrático el año 1898), en un liberal practicante. El único «revisionista» ruso que merecía realmente este calificativo fue Tugan-Baranovsky. Pocos de los oponentes mencheviques de Lenin de después de 1903 eran revisionistas en ninguno de los sentidos estritos del término. Plejanov, el «padre del marxismo ruso», era tan ortodoxo por lo menos como Kautsky, y ni Martov ni Axelrod, ni ninguna otra de las figuras principales del menchevismo —por no citar a Trotsky— sintió la menor simpatía por el socialismo reformista en el sentido europeo occidental. Sus iguales de Alemania eran los radicales izquierdistas Parvus, Rosa Luxemburgo, y su círculo. Como hemos visto, Parvus y Trotsky llegaron a constituir una facción propia.

Estas consideraciones no invalidan, por supuesto, el argumento de que la intervención de Lenin abrió una brecha profunda. Sólo se suscitan en cuanto comentario de la idea popular de que dentro de la lucha que había de seguir el bolchevismo representaba la posición marxista «ortodoxa». Nada más lejos de la realidad; si alguien provocó una honda «revisión» de la doctrina marxista, no fue otro que el propio Lenin. Este hecho lo percibieron inmediatamente sus oponentes, que por aquel entonces incluían casi todos y cada uno de los marxistas de renombre, desde Plejanov y Kautsky a Luxemburgo y Trotsky¹. La dificultad reside en definir con exactitud lo que representaba este nuevo elemento. En la controversia de 1903-4 hizo furor sobre todo en lo concerniente a organización, y en especial en lo relativo a la insistencia de Lenin sobre el control dictatorial dentro de un partido «reducido» de «revolucionarios profesionales»; posteriormente el debate se deslizó al tema en apariencia completamente distinto de la estrategia política durante la revolución rusa de 1905-6; y más aún, implicaba la cuestión de si debería existir una

1. Haimson, *op. cit.*, págs. 182 y ss.; Carr, *op. cit.*, págs. 26 y ss.; Deutscher, *op. cit.*, págs. 88 y ss.; Schapiro, *op. cit.*, págs. 54 y ss.; 71 y ss. El texto de Trotsky, *Nuestros cometidos políticos* (Ginebra, agosto de 1904), se acostumbra a mencionar dentro de este marco por su afirmación curiosamente profética de que la concepción de Lenin sobre la organización política era jacobina y habría de conducir derechamente a la dictadura; pero con ello no hacía más que dar una formulación polémica a una opinión sentida por todos en general. Como cabría esperar, Rosa Luxemburgo se mostró decididamente de acuerdo con los mencheviques en la condena del modelo organizativo de Lenin.

organización conspirativa de socialdemócratas junto al movimiento trabajador democrático «abierto» que estaba tomando cuerpo en Rusia antes de 1914. Por fin, el año 1917 se produjo la mayor conmoción: la conversión de Lenin a la doctrina de la «revolución permanente» de Parvus-Trotsky, y su hincapié —con gran inquietud y desaliento para sus propios lugartenientes— en que el partido bolchevique debería llegar al poder en nombre de una revolución proletaria con fines socialistas: en otros términos, que debía llevar a cabo lo que durante quince años había declarado imposible. Ante tantos problemas supuestamente inconexos, girando todo en torno a la aparente disposición a subordinar todo lo demás al único objetivo de hacerse con el poder, no es sorprendente que incluso sus propios partidarios no lograran a menudo captar hacia qué fin último apuntaban sus desconcertantes cambios de dirección. Realmente a uno le produce la impresión de que hubo momentos en que se quedó sin fórmulas que satisficieran su conciencia teórica y tuvo que acudir a la improvisación. Más aún, tomando la teoría y la práctica de Lenin en su conjunto, y en especial en vista de lo que consiguió realmente, la coherencia fundamental es más sorprendente todavía que los inquietantes cambios de táctica y vocabulario. Aun con todo lo poco que la realidad de la sociedad soviética pueda haber respondido a sus esperanzas, la toma efectiva del poder en 1917, o sea, la «Revolución de Octubre», fue en gran parte el género de meta que había anticipado y por la que se había batido. Y una vez esto supuesto —como así resulta en efecto de cualquier estudio desapasionado de las pruebas— se debe asimismo dar por supuesto que su teorización y sus acciones se complementaban entre sí; si bien la doctrina oficial del «leninismo», tal como quedó configurada tras su muerte, hizo poco por aclarar las circunstancias.

Al tratar de entender la novedad política que representaba el bolchevismo es importante separarla de las meras querellas de doctrina sobre problemas marginales, tales como la no demasiado atractiva disputa sobre filosofía materialista que absorbió parte de la energía de Lenin el año 1908, y a la que se prestó tan desproporcionada atención una vez que el leninismo se convirtiera en la ideología oficial de la sociedad soviética. Cualquiera que fuese la significación de sus escritos filosóficos para el clima mental de la URSS, su nivel puramente intelectual —tanto si le juzga conforme al pensamiento marxista tradicional o con arreglo a los patrones filosóficos generales, no es de tal naturaleza que invite a una consideración dilatada; si acaso lo único que cabe afirmar es que la tosca teoría realista de Lenin sobre

el conocimiento deviene incompatible con la dialéctica¹. Por lo demás no posee realmente mucha trascendencia dentro de nuestro contexto indagar en los orígenes puramente nacionales de su concepción general. Habiando en un amplio sentido su manera de concebir la vida no difería de la de sus compañeros marxistas, o a tales efectos de la filosofía política del radical corriente de su época. Cuando uno retiene en la memoria que todas las facciones del movimiento revolucionario compartían los postulados de los radicales rusos del siglo XIX, esto difícilmente puede sorprender. Cualquiera que se tome la molestia de leer a Herzen o a Chernichevsky podrá descubrir con facilidad cuáles eran esos postulados; de la misma forma que cualquiera que se preocupe por leer la laboriosa exposición de los fundamentos materialistas² expuestos por Plejanov puede hallar por sí mismo dónde adquirió Lenin —quien tenía en gran estima a la obra del anciano— sus ideas filosóficas de carácter más técnico. Todo ello pertenece a la historia del marxismo ruso tal como fue surgiendo gradualmente de su crisálida populista. Pero aun cuando es importante advertir que los marxistas rusos se desgranaron del movimiento populista de las décadas de 1860 y 1870 y que en general preservaron sus valores fundamentales incluso cuando rechazaron su política, esto no explica todavía el fenómeno del leninismo. Incluso en cierto modo lo convierte en más desconcertante, pues si el leninismo no consiste más que en populismo con un cierto baño marxista (como se siente uno a veces tentado de estimar), se plantea la cuestión del por qué los verdaderos populistas —los narodnikis de los años 1890 y los todavía más numerosos y mejor organizados socialistas revolucionarios de 1903-1917— fueron incapaces de mantenerse en pie frente al diminuto asaltante bolchevique. Con esas muchas criaturas gigantes que forcejeaban en la jungla política, ¿por qué razón obtuvieron los bolcheviques la victoria?

1. Cf. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo* (texto ruso en *Sochineniya*, vol. 14; trad. inglesa, Moscú, 1952). Los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, una colección de notas sobre la *Lógica* de Hegel que datan de 1914-16 publicada con carácter póstumo (*Filsofskiye tetradí*, Moscú, 1947; cf. *Collected Works*, vol. 38) encierran mayor interés, aunque no tengan importancia suficiente como para merecer la grave solemnidad con que se los trata en la literatura soviética; cf. Wetter, *El materialismo dialéctico*, págs. 118 y ss. Para un extracto de los "Cuadernos", cf. Raya Dunayevskaya, *Marxism and Freedom*, Nueva York, 1958, págs. 326 y ss.; para una disección crítica de la filosofía leninista, cf. Marcuse, *El marxismo soviético*, págs. 136 y ss.

2. Principalmente en su opúsculo titulado *El desarrollo de la visión monista de la historia* (1895; la edic. inglesa de 1947 ostenta el título menos engorroso de *In Defence of Materialism*). Cf. también sus "Notas sobre la obra L. Feuerbach de Engels" en *Selected Philosophical Works*, vol. I, págs. 486 y ss., para la teoría del conocimiento de Plejanov.

La pregunta podría responderse de la forma siguiente. Los accidentes desempeñaron su papel, el dominio de Lenin de una organización centralizada le permitió explotar lo que en 1917 era quizá sólo una oportunidad momentánea. Ciertamente, el desastroso fracaso de los partidos democráticos en apartar a Rusia de la guerra y satisfacer las demandas de tierra del campesinado no era algo que postulara el destino, ni que estuviera anclado en la estructura de clases. Formaba parte de una situación de la que Lenin logró extraer una ventaja como nadie podría haber obtenido; pero no se trataba más que de una oportunidad. Considerar la toma bolchevique del poder en octubre de 1917 como un acontecimiento del mismo orden que el derrumbamiento de la monarquía acontecido ocho meses antes, es decir, como la consecuencia *necesaria* de la evolución interna de Rusia, no sólo es absurdo sino algo opuesto al «materialismo histórico». Siendo justos con él hay que reconocer que ni Lenin mismo pretendía que la «revolución de octubre» fuese «necesaria» entendiéndola como de carácter inevitable; por el contrario, a lo largo de aquellos meses críticos insistió en que si se desaprovechaba aquella, la oportunidad quizá no volviera a presentarse jamás. Lo cual era absolutamente cierto; y constituye la mejor observación posible a la obstinada tentativa de sus discípulos de haber inscrito el suceso dentro del dogma marxista como una manifestación de inevitabilidad histórica. Lo que todo ello mostraba en realidad es que en una situación fluida era posible llevar a feliz término un *coup d'état* del género de los que Blanqui había planeado, pero para el que la Francia de mediados del siglo XIX estaba ya demasiado organizada y se mostraba demasiado conservadora. En efecto, el levantamiento urbano necesitaba una revolución agraria que lo complementara, de la misma forma que había hecho la conquista jacobina del poder en las fechas de 1793-4. Una vez que el campesinado había dejado de constituir una fuerza revolucionaria, había terminado la época de las insurrecciones proletarias victoriosas. En este aspecto la experiencia de 1848-71 había sido concluyente, y consistió en concreto en saber por qué el socialismo europeo se había vuelto «reformista» a partir de esa fecha.

Este es el aspecto negativo de la cuestión. Pero un análisis del leninismo que se detenga en este punto se halla en peligro de subestimar la originalidad de la obra de Lenin. Al fin y al cabo, había otros socialistas —e incluso otros marxistas— en la Rusia de 1905-17 que se daban cuenta de todo esto con un suficiente grado de claridad. Lo singular de Lenin —y de la organización bolchevique que fundó y mantuvo en pie— reside en la decisión de que el levantamiento campesino desempeñara el papel de la revo-

lución proletaria a la que se hallaban entregados en principio la mayoría de los socialdemócratas. Aquí es necesario una vez más distinguir entre doctrina y ejecución. La simple idea de que las revoluciones democrática y socialista podrían confundirse, o acortarse, no era peculiar del bolchevismo. Al contrario, Lenin tenía a eludirla, hasta el momento decisivo de abril de 1917, cuando de repente comprometió a su partido en ella y se produjo el cataclismo. Incluso entonces sus racionalizaciones estaban desprovistas de la coherencia lógica de la fórmula de Trotsky¹. Pero Trotsky se había mostrado capaz de desarrollar la pura lógica de su argumentación justamente porque hallándose en minoría incluso entre los mencheviques, se vio obligado a teorizar sobre el curso probable de los acontecimientos. (Por no referirnos a la circunstancia de que, al no estar tan arraigado en la vida rusa como Lenin, pudo permitirse arrojar luz sobre las circunstancias que constaban en todo momento al mayor de los dos).

Entre esas circunstancias destacaba la trascendencia para Rusia del problema agrario, y el papel clave que el campesinado iba a desempeñar en cualquier revolución democrática cabal. Ningún análisis de las obras de Lenin a partir de la década de 1890, en que formuló por primera vez sus críticas del programa y la ideología narodnikis, puede pasar por alto el hecho de que el interés por este tema era básico en su pensamiento. Esto no le convirtió en menos marxista, pero le dio un acento a su teorización que, cuando menos, era poco frecuente entre los socialdemócratas. El lector que llega al leninismo desde los populistas a través de las diatribas de los «marxistas legales», «economistas» y mencheviques, frente a los narodnikis de mentalidad elemental que negaban la realidad del capitalismo, tiene la sensación de haber vuelto al punto de partida tras una prolongada digresión por un campo nada propicio. En este aspecto no importa que el

1. Cf. L. Trotsky, *Die Permanente Revolution*, págs. 21 y ss.; 88 y ss. (publicada simultáneamente al original ruso, *Permanentnaya Revolyutsiya*, Berlín, 1930). Llama la atención en esta obra la primera formulación que hizo Trotsky de su tesis en su ensayo *Itogi i Perspektivy (Resultados y perspectivas)*, que apareció originalmente en una colección de escritos bajo el título *Nasha Revolyutsiya*, Petesburgo, 1906. Lo fundamental salió reproducido en la subsiguiente estimación de Trotsky sobre los acontecimientos de 1905-6, *Russland in der Revolution* (Dresde, 1908), que en parte es una traducción del trabajo primitivo. (Cf. en particular las págs. 32 y ss.). A finales del año 1917 el ensayo original se publicó solo bajo el título *Perspektivy Russkoi' Revolyutsii*. La traducción abreviada inglesa del volumen de 1906, que apareció en Nueva York en 1918 bajo el título *Our Revolution*, incorpora la mayor parte de este ensayo de 1906. Las formulaciones más maduras que aparecen en la obra de 1930 —ya oscurecida por la controversia acerca de "el socialismo en un solo país"— no difieren fundamentalmente de la tesis originaria.

propio Lenin fuese casi con certeza populista durante un breve período a finales de la década de 1880, antes de convertirse en un marxista, pues este tipo de evolución era algo muy común. Lo que importaba es que mantenía su sensibilidad frente a la aldea y al campesinado después de haber roto con los populistas y erigirse en un socialdemócrata marxista convencido, aunque doctrinario. A lo largo de toda su carrera —hasta el momento de noviembre de 1917, cuando se apropió lisa y llanamente del programa populista sobre la propiedad de la tierra y dejó al partido socialista revolucionario enemigo (aún mucho más numeroso que el suyo propio pero dividido ya en facciones hostiles) expuesto a las inclemencias y rigores del ambiente— parece determinado a buscar una solución radical del problema agrario en cuanto el más importante entre los cometidos de la revolución. Este enfoque suponía más que el común realismo táctico. Reflejaba un orden de prioridades, y en definitiva una jerarquía de valores, diferente del radical medio de origen urbano.

Pero por supuesto en la unión bolchevique de la teoría con la práctica había algo más que la pura estrategia de un movimiento radical democrático que terminó rebasando sus propios límites. Estaba la concepción del partido como una organización rigurosamente centralizada de «revolucionarios profesionales», y la perspectiva de la revolución bajo el control de un partido de este tipo: en última instancia de «la revolución desde arriba». Este se ha convertido en un tema familiar tanto más cuanto que se ha llegado a considerar que la esencia del leninismo estriba en su modelo organizativo. Pero aquí hay que aconsejar prudencia: los datos muestran que en Lenin la idea de la revolución «total» precedía a la estructura «totalitaria» del partido. Ya en 1898 —cuatro años antes de que bosquejara el concepto de la «vanguardia»— presionaba en pro de la estrategia de una revolución semejante dentro del naciente movimiento socialdemócrata. Además empleaba razonamientos que suponían, aun en el caso de que no lo hubiera declarado efectivamente, que la próxima revolución la llevaría a efecto el proletariado¹. «En la lucha contra la autocracia», escribía, «la clase obrera debe separarse del resto, pues ella *sola* es realmente el enemigo firme e incondicional del absolutismo, *sólo* es imposible el compromiso entre la clase obrera y el absolutismo, *sólo* en la clase obrera tiene la democracia un defensor sin reservas, que no vacila, que no mira atrás». Y todavía con más énfasis, «...sólo el proletariado es capaz de llevar a

1. "Las tareas de los socialdemócratas rusos", en *Selected Works*, vol. I, págs. 131 y ss.

efecto la democratización completa del sistema social y político porque semejante democratización colocaría el sistema en manos de los trabajadores»¹. Afirmar que en esas declaraciones alienta el espíritu del *Manifiesto Comunista* y de la *Comunicación del Comité Central a la Liga Comunista* es otra forma de decir que la Rusia de 1898 iba cincuenta años por detrás de Europa Occidental. Pero esta circunstancia la reconocieron los socialistas del período y la conclusión a que llegó Lenin en 1898 la aceptaron los exiliados socialdemócratas del grupo «Liberación del Trabajo» de Ginebra, encabezados por sus futuros oponentes mencheviques: Plejanov, Axelrod y Zasulich; en otro caso su ensayo no lo habrían publicado acompañado de un prólogo elogioso escrito por Axelrod quien lo definía como un «comentario» acerca del manifiesto oficial del Partido redactado en el mismo año².

Sin embargo, existía una diferencia importante entre el modelo marxista de 1848-50 y el intento de formulación de Lenin. En 1898 Lenin todavía se había aventurado más allá de la observación de que «el proletariado, dirigido en su lucha de clase por la socialdemocracia, es la vanguardia de la democracia rusa»³. La revolución a la que aspiraba era una revolución democrática que hiciese desaparecer el régimen zarista y preparara el terreno para la ulterior lucha de clases entre burguesía y proletariado. La idea de confundir o acordar ambas fases no se le ocurrió a nadie antes de 1905, y por esa fecha Lenin había desarrollado su propia teoría. Esto apareció expresado en dos escritos importantes a los que sin embargo se les ha prestado una atención algo desproporcionada durante años recientes: el ensayo sobre organización del partido, *¿Qué hacer?*⁴, y el análisis de la estrategia bolchevique en la sublevación de 1905, titulado *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*⁵. Entre las fechas de aparición de esas dos formulaciones programáticas de organización y programa leninistas —de 1902 y 1905 respectivamente— se halla la escisión de 1903 entre las facciones bolchevique y menchevique, como consecuencia de la cual incluso quienes no tuvieron ninguna objeción que hacer en 1902 a la tesis de *¿Qué hacer?* descubrieron una vez pasadas las cosas que en realidad habían desaprobado en todo momento las ideas «jacobinas» de Lenin. Siguiendo un curso familiar, esta idea retrospectiva fue luego lanzada hacia adelante con ocasión del debate sobre la actitud ade-

1. *Ibid.*, págs. 137-8.

2. Carr, *op. cit.*, pág. 14.

3. Lenin, *loc. cit.*, pág. 139.

4. *Obras escogidas*, vol. I, págs. 117 y ss.

5. *Ibid.*, págs. 475 y ss.

cuada a adoptar por los socialistas en la sublevación «burgueso-democrática» de 1905-6. Pero en vez de entrar en detalles sobre esta controversia, que ya habían analizado lo bastante a menudo los historiadores del período, intentaremos concretar los componentes fundamentales de la concepción leninista¹.

En *¿Qué hacer?* (escrito antes de la escisión entre bolcheviques y mencheviques y dirigido en los esencial contra el grupo «economista» de los marxistas rusos que planteaban la actividad política como un producto secundario del conflicto de clase entre empresarios y trabajadores), Lenin desarrollaba con la máxima extensión la idea básica de su folleto de 1898, a saber, que la socialdemocracia no se podía limitar a la lucha de clase proletaria, por el contrario debía tomar las riendas del próximo alzamiento democrático contra el régimen zarista. De esta tesis impecablemente ortodoxa desde la visual del marxismo pasaba a lo que a primera vista parece una perorata intrascendente sobre la «conciencia socialista» de los trabajadores a los que —en contraste con sus oponentes— insistía en tratar como un elemento extraño, que no estaba arraigado en el proceso vital «espontáneo» de la clase trabajadora, sino que a su modo de ver lo habían insuflado en él los intelectuales de izquierda, portadores de la concepción socialista del mundo². Aunque adornada de las adecuadas citas de Kautsky, esta idea era de todas formas de ortodoxia dudosa. Pero lo que motivó en realidad la ulterior desavenencia entre los partidarios de Lenin y los demás grupos del movimiento

1. Para el curso efectivo de los acontecimientos y las discusiones internas del partido entabladas durante el período, cf. Carr, *op. cit.*, págs. 26 y ss.; Haimson, *op. cit.*, págs. 142 y ss.; Schapiro, *op. cit.*, págs. 36 y ss.; Alfred G. Meyer, *Leninism*, Harvard, 1957, págs. 107 y ss.

2. Lenin, *op. cit.*, *Selected Works*, I, págs. 175 y ss. Entre los marxistas rusos, Rosa Luxemburgo fue la que llegó más lejos en el rechazo del modelo organizativo de Lenin y en recomendar la fe en la iniciativa revolucionaria de las masas frente a la inevitable rigidez de la burocracia del partido. Esto expresaba una curiosa y falsa interpretación del verdadero objetivo de Lenin, y a la vez hace surgir un interesante problema psicológico: las diatribas de Lenin en *¿Qué hacer?* se dirigían en gran parte directamente contra el Credo de E. D. Kuskova, un documento que en trabajador su opinión defendía un tipo de «movimiento trabajador espontáneo» cuanto cabe para fomentar «la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía» (*loc. cit.*, pág. 177). Ahora bien, Kuskova fue directamente «reformista» y posiblemente se mostraba en verdad indiferente al lado político de las cosas, mientras que R. Luxemburgo lo arriesgaba todo con la esperanza de un movimiento revolucionario de masas. Esto sugiere que su seguridad en la «espontaneidad» frente a la «conciencia» puede que tuviera raíces psicológicas. En cualquier caso está el hecho de que las dos eran mujeres, y que durante toda su carrera militante Luxemburgo producía la impresión de considerar el control constante como una amenaza a la espontaneidad, lo que es una idea típicamente femenina.

socialdemócrata —incluyendo los radicales de izquierda situados en torno a Luxemburgo— fue su clara tendencia a identificar el elemento «consciente» con los «revolucionarios profesionales», a los que deseaba situar en un control indiscutido del movimiento de masas «espontáneo»: *en otras palabras, ¡del verdadero movimiento obrero!* Puesto que los «profesionales» eran intelectuales de procedencia burguesa, o antiguos obreros que se habían desprendido de su carácter proletario asumiendo una identidad «sin clase» dentro del movimiento clandestino conspirativo —el antecedente de la organización victoriosa del partido que iba a controlar el Estado después de la revolución— de hecho el modelo leninista significaba la expropiación política del proletariado y su sujeción a una maquinaria dictatorial manejada por la jefatura bolchevique: un liderazgo que en esencia se constituía a sí mismo y era inamovible, aunque democráticamente controlado en teoría. Este resultado del modelo organizativo de Lenin lo percibieron pronto sus enemigos los mencheviques —por lo menos tras la división de 1903-4 que les reveló su índole «jacobina»— y a partir de ese momento lo denunciaron sistemáticamente. Como Trotsky en particular nunca se cansó de señalarlo, no sólo representaba un retroceso al protomarxismo inmaduro de 1848-50, sino a formas de organización premarxistas. En realidad, la única razón de no definirle como «blanquista» fue la de que Blanqui nunca previó algo de un carácter tan completo¹.

Este es un aspecto de la cuestión; el otro, al que se ha prestado menos atención en la literatura occidental, es el enfoque de Lenin al problema de la estrategia revolucionaria en 1945. A menos que se capte el nexo entre esos dos aspectos de su actitud, permanece en las sombras el secreto de su éxito final. Lo mismo sucede con el papel del leninismo dentro de la historia marxista, y con la progresión desde la revolución francesa a la rusa, de la que fue el marxismo el instrumento teórico. En efecto, la mera declaración de que en 1848-50 Marx había coqueteado por algún tiempo y en el terreno experimental con algunas ideas que puso Lenin en práctica siete décadas después, nos aclara poco. La cuestión plantea qué le permitió ajustar su concepción del partido con su doctrina de la revolución. No basta con decir que fue remodelando su doctrina hasta que se avino con las cir-

1. El otro argumento posible contra esta identificación —en especial que el mismo Lenin se preocupó de desechar cualquier predilección por las ideas y tácticas conspirativas de Blanqui— no es muy convincente, pues a pesar de todas sus protestas Lenin organizó de hecho en 1917 una toma del poder modelada según los *coups* parisinos de Blanqui. Naturalmente con la importante diferencia de que triunfó donde Blanqui había fracasado.

cunstancias únicas de 1917, pues el hecho es que en 1905 había elaborado ya la estrategia —aunque todavía no la fórmula teórica completa— de una revolución que, si bien democrática, no era «burguesa». Este logro concreto requiere alguna consideración. La dificultad estriba en deslindar lo que se había dicho de lo que se daba por supuesto, y más aún en separar los conceptos que eran realmente operativos de las ideas que lograron destacar *post factum*. Así pues, tras el triunfo bolchevique de 1917, los autores comunistas se aplicaron a citar la observación hecha por Marx (en una carta a Engels del 16 de abril de 1856) de que el resultado del «segundo asalto» que se esperaba se entablara en Alemania (que nunca se materializó) dependería «de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina»¹. Aunque esta noción ya no era aplicable realmente a Alemania cuando escribía Marx, podía considerarse que en una forma muy general había anticipado lo que ocurrió en Rusia en 1905, y más concretamente en 1917. Pero aparte de Trotsky, que se hallaba casi aislado respecto a esta cuestión, ningún socialdemócrata se atrevió a extraer en 1905 esas conclusiones, e incluso en 1917 Lenin halló las mayores dificultades en conseguir que su partido adoptara la estrategia de la «revolución permanente», es decir, la revolución proletaria socialista «respaldada por» un alzamiento agrario. La doctrina ortodoxa de que en un país atrasado sólo era posible una revolución «burgueso-democrática», todavía predominaba cuando llegó Lenin a Petrogrado en abril de 1917. Por otra parte, esta doctrina había sido la propia doctrina de Lenin en 1905². Durante años y a partir de entonces siguió manteniendo que la estrategia correcta no era aspirar a una dictadura socialista —para la que no existían las condiciones necesarias en la atrasada Rusia— sino a una «dictadura democrático del proletariado y le campesinado»³.

1. MEGA III/2, págs. 131-2; MESC, págs. 111. Para el comentario de Trotsky sobre este tema, cf. *Die Permanente Revolution*, págs. 26 y ss., págs. 129 y ss. La primera edición de la correspondencia cruzada entre Marx y Engels, que incluía esta observación, apareció en 1913, pero observaciones similares pueden entresacarse de entre las obras publicadas de Marx anteriores a esta fecha. Sólo que sobre este extremo poco pueden servir de defensa de la táctica seguida por Lenin en 1905 (ni de la de sus oponentes mencheviques).

2. Cf. *Dos tácticas*, loc. cit., pág. 378: «No podemos rebasar los límites democrático-burgueses de la revolución rusa, pero sí podemos extender ampliamente sus fronteras, y dentro de esas fronteras podemos y debemos luchar por los intereses del proletariado, por sus necesidades inmediatas, y por las condiciones que hagan posible preparar sus fuerzas para la victoria futura».

3. *Dos tácticas*, loc. cit., pág. 381. Dentro de las ulteriores disputas de facción esta formulación se convirtió, al menos hasta 1914, en el principal lema leninista.

Antes de tratar de deducir el significado de esta fórmula curiosa, merece la pena apreciar lo que tenía que decir Lenin en 1905 sobre las perspectivas de desarrollo social tras la esperada caída del zarismo:

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que los cambios democráticos en el sistema político y los cambios sociales y económicos que se han hecho indispensables en el caso de Rusia, no significan de por sí la socavación del capitalismo, la socavación de la dominación burguesa, sino que en lugar de ello, desbrozarán por primera vez realmente el camino para un amplio y rápido avance europeo y no asiático del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas-revolucionarios¹ no pueden comprender esta idea, pues desconocen los rudimentos de las leyes del desarrollo de la producción mercantil y capitalista; no logran ver que incluso el éxito total de un levantamiento campesino, incluso la redistribución de toda la tierra en provecho de los campesinos, y de acuerdo con sus deseos («el reparto negro», o algo de este tipo), no destruiría lo más mínimo al capitalismo, sino que, por el contrario, serviría de impulso a su desarrollo y aceleraría la división en clases del campesinado. La incapacidad para comprender esta verdad transforma a los socialistas-revolucionarios en los ideólogos inconscientes de la pequeña burguesía. Es extremadamente importante que los socialdemócratas no sólo insistan en esta verdad desde un punto de vista teórico, sino desde la posición de la política práctica, pues de aquí se sigue la necesidad de la completa independencia de clase del partido del proletariado dentro del actual movimiento «general democrático». Pero de esto no se desprende, ni mucho menos, que una revolución *democrática* (burguesa en su esencia social y económica), no sea del mayor interés para el proletariado. No se deduce en absoluto que la revolución democrática no pueda producirse en forma ventajosa, no sólo y principalmente para el gran capitalista, el magnate financiero, y el terrateniente «ilustrado», sino que también resulte ventajosa para el campesino y el obrero².

1. El nombre de partido que adoptaron entonces aquellos populistas que se adhirieron a la tradición narodniki de socialismo agrario, republicano radical y métodos de lucha terroristas.

2. *Dos tácticas*, op. cit., pág. 375.

Esto parece suficientemente claro; pero conforme se adentra uno en lo que dice Lenin sobre el carácter de la próxima «revolución burguesa», va apareciendo gradualmente en su pensamiento una ambigüedad a la que parece mostrarse reacio a dar la cara. Por un lado, la caída de la monarquía había de desbrozar el terreno para una república democrática, el dominio de la burguesía y el avance más rápido del capitalismo moderno. Por otro lado, la revolución la llevarían a término las masas trabajadoras de la ciudad y el campo no sólo frente a la resistencia probable del antiguo régimen, sino de la burguesía liberal, cuyo principal objetivo —un régimen constitucional bajo una monarquía reformada— suponía por necesidad cerrar el paso a la democracia radical. La «revolución burguesa» habría, pues, de llevarse adelante contra el deseo de aquellos elementos de los que en definitiva iba ciertamente a beneficiarse, dado que la democracia republicana no formaba parte del programa burgués. Esta contradicción venía rematada por otra: aunque la revolución no había de ser una revolución proletaria en la acepción marxista —o dicho de otra forma, no aspiraba al socialismo— conduciría sin embargo, al proletariado y a las masas campesinas a la primera posición, al percatarse de que no se podía esperar que las clases proletarias entablaran una lucha resuelta contra la autocracia:

Sabemos que debido a su posición de clase son incapaces de entablar una lucha decisiva contra el zarismo; se hallan en una desventaja demasiado grande por las trabas de la propiedad privada, el capital y la tierra, para intervenir en una lucha decisiva. Necesitan demasiado el zarismo, juntamente con sus fuerzas burocrática, policíaca y militar, en su acción contra el proletariado y los campesinos, para que sean capaces de luchar por su destrucción. No, la única fuerza capaz de obtener «una victoria decisiva sobre el zarismo» es *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos, si consideramos las principales... fuerzas y distribuimos entre los dos la pequeña burguesía rural y urbana (que forma parte también de «el pueblo»). «Una victoria decisiva sobre el zarismo» es la *dictadura revolucionario-democrática del proletariado y los campesinos*¹.

1. *Dos tácticas*, loc. cit., pág. 381.

Este iba a ser el elemento clave del bolchevismo durante todo el período transcurrido entre 1905 y 1917, cuando Lenin adoptó la estrategia de la «revolución permanente» bajo una dictadura *socialista*. Mirando retrospectivamente, queda de manifiesto lo ambiguo de la fórmula de 1905 siempre que dejó abierta la posibilidad de que «la dictadura revolucionario-democrática» pudiera tomar cartas en el asunto y se decidiera a superar los límites de la «revolución burguesa». Del mismo modo queda patente que, cualquiera que fuese la ventaja táctica de una fórmula clásica semejante, su verdadera, aunque probablemente inconsciente, función era ocultar a los demás la consustancial ambigüedad de la postura de Lenin¹. En cuanto a lo que aquí venimos tratando, dos son las reflexiones igualmente interesantes: en primer lugar, que la terminología de Lenin —y en particular su utilización del término «el pueblo», a pesar de sus posteriores períodos definitorios— procede a todas luces de la tradición populista; y en segundo lugar, su concepción de una «dictadura revolucionario-democrática», que habría de llevar a término la revolución *burguesa* de modo radical frente a la resistencia de la burguesía, era netamente jacobina. Para ser exactos, estaba modelada conforme a la interpretación marxista del jacobinismo en cuanto movimiento radical democrático que utilizaba medios dictatoriales que despejaban el camino de trabas preburguesas. Como, con motivo de la misma ocasión, Lenin observara con complacencia, «Si la revolución obtiene una victoria decisiva, entonces ajustaremos cuentas con el zarismo al estilo jacobino, o, si se prefiere, plebeyo»².

Constituye una cuestión histórica firmemente asentada que Lenin abandonó en 1917 esta perspectiva y que en sustancia adoptó la estrategia de la «revolución permanente», aunque hasta 1916 continuó polemizando contra sus representantes, entre quienes por estas fechas se contaban tanto Bujarin y Radek como Trotsky³. La causa próxima de este cambio de actitud parece haber sido la guerra: en especial, la radicalización de su pensamiento a partir de 1914, que le llevó en 1917 a proponer la nueva denominación de «comunista» al partido, en vez de la tradicional «socialdemócrata». Difícilmente puede considerarse accidental

1. Para el análisis crítico de Trotsky sobre el concepto de la «dictadura democrática», cf. *Die Permanente Revolution*, págs. 60 y ss.

2. *Das taktische*, loc. cit., pág. 383. Los biógrafos no tardaron en advertir que el odio invencible que sentía Lenin por la autocracia zarista, representaba su emotividad política más poderosa; ciertamente en sus primeros escritos no mostró ninguna animosidad especial contra la burguesía, pero en pocas ocasiones fue tan explícito como en esta.

3. Cf. Trotsky, *op. cit.*, pág. 82.

que aún volviendo de este modo a la visión del *Manifiesto Comunista* adoptara asimismo la estrategia adelantada en ese documento. A fin de cuentas, Marx había sido la primera persona en Europa que puso de relieve las consecuencias de la «dictadura proletaria», el *Manifiesto* había dado la primera idea de cómo una «revolución burguesa» podía transformarse en una revolución proletaria. La distancia recorrida por Lenin en este aspecto entre los años 1905 y 1917 puede apreciarse a través de la dos citas siguientes:

Los jacobinos de la socialdemocracia contemporánea —bolcheviques... o como quiera que podamos llamarles— quieren inspirar con sus consignas a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana, y especialmente al campesinado, hasta elevarlos al nivel de la democracia consecuente del proletariado... Quieren que el pueblo (es decir, el proletariado y los campesinos) ajuste las cuentas a la monarquía y la aristocracia al «modo plebeyo», eliminando sin miramientos a los enemigos de la libertad, aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer ninguna concesión a la detestable herencia de la servidumbre, de la barbarie asiática, y de todo aquello que funciona como escarnio a la humanidad¹.

Hacia 1917 la meta se había fijado en un encendido comunismo al estilo del *Manifiesto* de 1848 y del folleto de Marx sobre la Comuna de París:

Nosotros mismos, los trabajadores, organizaremos la producción en gran escala sobre la base de lo que ya ha creado el capitalismo, partiendo de nuestra propia experiencia como trabajadores, fijando una disciplina estricta, de hierro, asentada en el poder del Estado de los obreros armados... Esta es nuestra tarea proletaria, partiendo de aquí podemos y debemos levantarnos para llevar a cabo la revolución proletaria².

1. *Dos tácticas*, loc. cit., pág. 384.

2. *El Estado y la Revolución*, en *Obras escogidas*, vol. II, págs. 293 y ss.; cf. también "Las tareas del proletariado en la revolución actual", *ibíd.*, páginas 35 y ss.

En lugar del «amplio y rápido avance europeo y no asiático del capitalismo» que preveía Lenin en 1905 como objetivo de la revolución radical-democrática, aparecía ahora —con una perspectiva drásticamente acortada por la guerra y el precipitado levantamiento socialista de Europa— la visión mesiánica de una Rusia liberada de la vía capitalista y libre de «construir el socialismo» a su propia manera. Desde su posición algo más compleja, Trotsky pudo acoger esto con satisfacción en calidad de una conversión tardía a su vieja doctrina de que una revolución plenamente democrática resultaría automáticamente una dictadura socialista. En lo que seguía difiriendo de la mayor parte de los bolcheviques después de 1917 —de la misma forma que había diferido de Lenin respecto a otras cuestiones antes de esa fecha— era en negarse a creer que el socialismo pudiese construirse realmente en un país atrasado: Rusia sólo podía dar la señal; la principal labor tenía que cumplirla Europa.

Pero si en Rusia la revolución proletaria no significaba el socialismo, ¿cuál era exactamente su papel? A partir de 1905 Trotsky insistió en que el curso de los acontecimientos en Rusia conduciría inevitablemente a «los obreros» al poder, desde el momento en que nadie sino ellos podía señalar el rumbo a las luchas incipientes del campesinado. En 1928-30 —habiéndose visto obligado en el interín a retocar su tesis en oposición a la nueva doctrina de «socialismo en un solo país»— consiguió una formulación algo más general que de modo ocasional proyectaba bastante luz sobre el papel de Lenin y el suyo propio en 1917. El concepto de «revolución permanente», escribía:

demostró que las tareas democráticas de las naciones burguesas atrasadas de nuestra época conducen a la dictadura del proletariado, y que la dictadura del proletariado pone a la orden del día los cometidos socialistas. Esa fue la idea central de la teoría. Mientras la doctrina tradicional sostenía que el camino hacia la dictadura proletaria pasa por un dilatado período de democracia, la doctrina de la revolución permanente afirmaba que en el caso de los países atrasados la vía a la democracia pasa por la dictadura del proletariado¹.

1. Trotsky, *op. cit.*, págs. 27-8. Una buena parte de este texto la dedica a un análisis de la abortada revolución china de los años 1925-7; esto explica en parte el hincapié significativo hecho sobre el atraso social en cuanto condición previa necesaria de la "dictadura proletaria", es decir, la dictadura comunista.

Los países industriales avanzados no cabían en este esquema, lo que difícilmente puede sorprender; pero así las cosas, ni siquiera desempeñaban un papel muy convincente dentro del modelo leninista-stalinista posterior a 1917. La teorización comunista rusa a partir del año 1918 intentó formular en vano una doctrina global aplicable tanto a las naciones industrializadas bajo el régimen capitalista como a los países cuya situación se asemeja al desarrollo estancado de Rusia bajo el régimen zarista. Para ser realista, semejante doctrina habría tenido que admitir que una «revolución proletaria» sólo se hace posible en un país atrasado; de lo que se sigue que la dictadura comunista es algo que va anejo al atraso; y esto es precisamente lo que ningún leninista puede admitir si es que ha de permanecer fiel a sí mismo. Incluso el propio Trotsky se negó a extraer esta conclusión aunque más de una vez se halló cerca de reconocer el hecho. Su escapatoria favorita al dilema reside en aseverar que la revolución de Rusia formaba parte de un levantamiento general que estaba minando el capitalismo también en los países industriales avanzados, si bien por razones distintas: en el Occidente el capitalismo —había pasado su punto de madurez—, mientras que en el Este —especialmente en India y China— su ausencia misma o su debilidad facilitaba las tareas de la revolución. Era esta una salida ingeniosa ante el embarazo de tener que admitir que la «Revolución de Octubre» había surgido de una serie única de circunstancias; pero apenas si podía ser otra cosa que un escape verbal. La lógica de su argumentación suponía en verdad el reconocimiento de que la revolución rusa había supuesto para Europa Oriental y ciertas partes de Asia lo que la Revolución Francesa supuso en su tiempo para la Europa Occidental y la América Latina. Pero en lo que se refería a las perspectivas de la «revolución mundial», la lógica tenía que desaparecer. Tampoco la doctrina comunista ortodoxa posterior a 1918 se mostraba dispuesta a admitir que Europa Occidental y Norteamérica podían representar un hecho contra el que lucharían en vano los movimientos revolucionarios inspirados en el ejemplo ruso.

Queda por considerar el nexa existente entre la estrategia de Lenin sobre la revolución y su doctrina del partido; porque aquí reside en realidad el núcleo de la cuestión. En 1905 cualquiera podía haber proclamado una «dictadura revolucionario-democrática», o una proletaria en 1917, pero sólo Lenin se hallaba en situación de transformar esas ideas en algo real. Se trató de un caso de unión de la teoría con la práctica. Esas situaciones son raras, y cuando sobrevienen nunca queda del todo claro si fue la teoría la que se vio moldeada por la presión de los acontecimien-

tos, o viceversa. En gran medida Lenin siguió indudablemente en 1917 el rumbo que le señalaban los acontecimientos. De esta manera se avino él mismo con la aparición espontánea de los soviets, y la relación de «doble poder» en la que se situaron frente al gobierno provisional; y habiendo decidido utilizarlos como el resorte de la revolución, pasó a racionalizar su táctica fijando una ligazón histórica entre los soviets y la Comuna de París¹. Precisamente se había mostrado tan dispuesto a experimentar con las formas políticas durante los años 1905 y siguientes. Sin embargo, es imposible analizar los datos sin ver que existe una coherencia de fondo y que todos los giros y piruetas tácticos sólo tenían un fin en perspectiva, basándose en una visión extraordinariamente coherente de lo que era posible en Rusia. El Lenin de 1918 estaba ya presente como joven autor del modesto texto de 1898 que tanto gustó a los exiliados de Ginebra; ya se vislumbra con claridad en el «jacobino» doctrinario de *¿Qué hacer?* (1902) y *Dos tácticas* (1905). Pero, ¿dónde se establece el nexo entre esos escritos y la estrategia de la «Revolución de Octubre»?

A pesar de una obra literaria e histórica y de investigación fascinante, la mejor respuesta a esta cuestión sigue siendo la aportada por Trotsky. Lenin (escribía después del suceso) hacía depender todo de una solución radical del problema campesino, hasta el extremo de identificar virtualmente la «revolución burguesa» con la revolución agraria². Ello suponía el derrocamiento de la monarquía y —puesto que la burguesía liberal estaba segura de resistir una medida drástica semejante—, un levantamiento en el que el proletariado urbano y los campesinos hicieran causa común. Su victoria conjunta la aseguraría la «dictadura democrática», una fórmula inquietantemente vaga cuya deliberada oscuridad permitía a Lenin abrigar en momentos distintos objetivos mutuamente excluyentes tales como una legislatura elegida democráticamente con una mayoría campesina del partido³, y una dictadura «proletaria» basada en municipios urbanos y rurales

1. *El Estado y la Revolución*, S. W. II, págs. 141 y ss. Constituye ésta una de sus peores obras escritas y también una de las menos importantes, en el sentido de que no contiene una sola idea realmente operativa, sino más bien una abundancia de sofismas encaminados a justificar una ruptura fundamental con la ortodoxia marxista. (Cf. en particular las páginas 188 y 197, en donde mediante lo que sólo puede denominarse un juego de manos se desembaraza de la distinción entre democracia y dictadura). El lector que juzgue a Lenin por este folleto le infiere una grave injusticia. Cuando se refiere desapasionadamente a un tema que ha estudiado de cerca —por ejemplo, el problema agrario o la economía del desarrollo ruso bajo el zarismo— se sitúa a un nivel mucho más alto.

2. *Die Permanente Revolution*, págs. 22-3.

3. *Dos tácticas*, Sel. Works, I, pág. 414.

dominados por su propio partido¹. La permanente directriz ideológica que discurría a través de todas sus argumentaciones desde 1898 en adelante iba dirigida contra el supuesto —heredado por los mencheviques de los «marxistas legales» de los años 1890— de que una «revolución burguesa» no podía hacer más que encumbrar al poder a los liberales. Incluso en 1905, cuando todavía protestaba contra las «absurdas ideas semianarquistas encaminadas a poner inmediatamente en ejecución el programa máximo, y a la conquista del poder para una revolución socialista»² preveía un «gobierno provisional revolucionario» que sería a la vez dictatorial y «democrático», en el sentido de que llevaría la revolución democrática tan lejos como las circunstancias lo permitiesen: en otras palabras, un gobierno «jacobino». Esto se hallaba completamente de acuerdo con la tradición de *Narodníches-tvo* (excepto las fantasías narodnikis sobre el socialismo agrario basado en la industria aldeana). En la práctica resultaba una fusión muy original de la visión populista con la marxista; y justamente por combinar elementos de ambas demostró ser políticamente superior a la una y a la otra. En la crisis de 1917 Lenin pudo organizar una toma del poder que ningún demócrata podía perdonar, pero que conforme a su propia definición de «democracia» resultaba totalmente legítima: al fin y al cabo su propósito no era otro que el de promover la dictadura «democrática» de las «masas laboriosas» de la ciudad y el campo ejercida sobre sus explotadores (entre los que incluía ahora a la clase capitalista en general)³. La circunstancia de que esto fuese efectivamente posible en Rusia porque el país se hallaba todavía relativamente atrasado —en otras palabras, porque su economía estaba en gran parte burocráticamente controlada— trasladó el programa fuera del reino de la utopía al de la política práctica. Incluso así, 1917 fue probablemente la última oportunidad para la socialización—prematura de una Rusia semidesarrollada. Unos cuantos años más de desarrollo industrial (y de haberse evitado la guerra), hubieran minado toda la base de la estrategia bochevique.

Lo que no parece que hubiera advertido Lenin —y que en aquel momento tampoco vieron sus oponentes— fue que un par-

1. *Las tareas de la revolución*, loc. cit., II, pág. 127.

2. *Dos tácticas*, loc. cit., pág. 360.

3. *La catástrofe inminente y cómo combatirla*, Sel. Works, II, págs. 86 y ss. En este folleto escrito en septiembre de 1917, es decir, poco antes de la toma del poder, el control de la industria y de los bancos por parte del Estado —si bien no el socialismo floreciente— se declara factible y se le sitúa destacado entre los cometidos de un "gobierno provisional" genuinamente revolucionario.

tido político que se colocaba al frente de un movimiento de ese tipo se transformaría inevitablemente en el instrumento de una industrialización controlada por el Estado tan pronto como se hubiera superado la situación de urgencia. Pero este tema cae ya dentro de la era posleninista de la que no queremos tratar aquí. La cuestión que se plantea ahora se cifra en qué hizo posible al partido bolchevique desempeñar el papel que Lenin le había señalado.

Parte de la explicación se relaciona claramente con el carácter centralizado de su organización, y más particularmente con la concepción leninista de la política revolucionaria que hizo del partido un instrumento de los propósitos volubles de la jefatura que se nombraba a sí misma. Constituye este uno de los aspectos del leninismo al que se ha prestado una atención considerable en años recientes, por lo general bajo la rúbrica de la política totalitaria de la época moderna. No hay razón concreta alguna para que no se enfoque el tema desde este ángulo, siempre que se recuerde que nos las habemos aquí con una revolución que trataba de ser democrática y que en realidad surgió del conflicto usual entre un régimen arcaico y una sociedad en evolución. Al fin y al cabo, la socialdemocracia rusa era la beneficiaria de una vieja tradición radical democrática que poseía ya sus héroes y sus mártires así como sus profetas y doctrinarios. Incluso la variante bolchevique no parecía en un principio señalar una ruptura fundamental con esta tradición. El elemento totalitario acechaba oculto en el concepto de «vanguardia» que Lenin —al igual que Tkachev y antes de él Lavrov— había heredado de la revolución francesa, y para ser más exactos de la equivocada interpretación populista de la herencia jacobina, pues en el terreno de los hechos la breve dictadura jacobina sólo fue una operación de urgencia, siendo considerada así en efecto por todos los interesados. Aunque existía un componente verdaderamente totalitario en el pensamiento izquierdista francés (babouvista), tras el fracaso de esa experiencia, estaba ya muy debilitado por los tiempos en que el socialismo francés se había puesto en marcha, durante la década de 1840, y a partir de entonces Marx y Engels lo habían diluido todavía más. El *Manifiesto Comunista* es ciertamente lo bastante dictatorial, pero el dominio autoritario que prevé es de corta duración, y la ulterior evolución del marxismo relegó incluso esta idea a último término. En cualquier caso, el carácter distintivo del leninismo no puede deducirse de la filiación de las ideas. En la situación rusa debe haber habido un elemento estructural que respondiera al resurgimiento de conceptos y actitudes que procedían de la era anterior a 1848.

Se ha convertido en un lugar común la idea de que este elemento lo aportó la intelectualidad de izquierda; pero aunque cierta, esta interpretación deja todavía por responder la cuestión de por qué el partido bolchevique actuó como lo hizo en una situación en que *todos* los grupos revolucionarios recurrían al apoyo de este estrato social, y en ciertos casos con un éxito inicial mayor que el del propio partido de Lenin. ¿Qué fue lo que facilitó el triunfo del único partido de todos ellos que era potencialmente totalitario? O dicho de otro modo, dada la circunstancia de que las miras de Lenin eran totalitarias —aunque hasta el año 1917 ni él ni ningún otro se daban cuenta de todas las consecuencias de su actitud— ¿a qué índole pertenecía que no sólo le permitió trazar una estrategia política sino también un modelo organizativo que prefigurara el sistema plenamente desarrollado de la era estalinista? Decir que el totalitarismo latente de la intelectualidad se había institucionalizado en el partido bolchevique de antes de la revolución no es más que responder a medias. El otro aspecto lo aclara el concepto clave leninista de la «dictadura democrática». Tomadas la una y la otra conjuntamente contribuyen en gran medida a aclarar el problema.

La estrategia política de Lenin preveía desde el principio una insurrección popular victoriosa y la toma del poder por el ala radical del movimiento revolucionario. Mientras el contenido social del nuevo régimen quedó por definir, su naturaleza política correspondía a los objetivos de la intelectualidad de izquierda, en especial sus estratos más plebeyos, que terminaron convirtiéndose en las verdaderas fuerzas de choque del bolchevismo. Esto es lo que justifica la consideración de la concepción de Lenin como parte del legado jacobino que él compartía con los populistas radicales de la década de 1870¹, aunque no con los mencheviques, quienes (como buenos socialdemócratas de izquierda) mantenían que en una revolución «burguesa» el partido del proletariado tenía que permanecer en la oposición y no tratar de hacerse con el poder o de participar en él. En opinión de Lenin se necesitaba la toma del poder para consolidar la revolución, representando la «dictadura democrática» a los campesinos y obreros urbanos, de la misma forma que se suponía lo había hecho la dictadura jacobina (lo hiciera o no en la práctica carece de importancia aquí, puesto que sólo nos interesa la doctrina de Lenin sobre la cuestión). Ya que se veían envueltas dos clases sociales distintas, se necesitaba una fuerza política situada por encima o al margen de ellas para mantener su alianza, si es que

1. Franco Venturi, *Roots of Revolution*, Londres, 1960, págs. 389 y ss.

se quería que la «dictadura democrática» no se deshiciese inmediatamente. Lenin parece haber albergado en épocas distintas diversos enfoques frente a este problema, entre los que se incluía la coalición con un auténtico partido campesino. Pero en última instancia su tipo de mentalidad le inclinó hacia la solución que de hecho adoptaron los bolcheviques desde los años 1917-8 en adelante: el ejercicio sin cortapisas de la dictadura de su propio partido, que de esta forma iba a representar a los campesinos, o al menos a los «campesinos pobres», así como al proletariado. Debiera haber sido evidente que esto no podía llevarse a efecto recurriendo a un verdadero partido obrero socialista del tipo menchevique —o mejor dicho, del tipo de partido que los mencheviques querían poner en marcha. Es dudoso hasta qué punto Lenin veía de hecho esto con claridad, aunque de todas formas siempre insistió en que el partido —su partido— había de ser más que un representante de los objetivos de clase del trabajo, interpretados ampliamente¹.

Lo que no parece haber comprendido es que una coalición de dos clases, la de los obreros y los campesinos, no puede ser acaudillada más que por una tercera fuerza. O mejor dicho, él advertía esto con bastante claridad en lo que a los años 1789-94 se refería, puesto que Marx le enseñó a buscar la realidad del dominio burgués tras la fachada del republicanismo. Entre los socialdemócratas era moneda corriente la creencia de que la burguesía había ejercido su control sobre la revolución francesa, de donde derivaban los mencheviques su certeza fatalista de que lo mismo ocurriría en el caso de Rusia. Trotsky podía contestar a esto asegurando que a falta de burguesía, que había perdido el interés por la revolución, el proletariado «dirigiría» (es decir, mandaría al) campesinado. Pero Lenin, que se negaba obstinadamente a aceptar esta conclusión, sólo podía hacerse a la idea de que de alguna forma «el partido» se saldría con la suya. Como es lógico, debió haber llegado a la conclusión de que el partido sólo podía cumplir su cometido si representaba una fuerza independiente, a saber, la intelectualidad «sin clase», que era la única que podría proporcionar los cuadros de una élite política dirigente. Pero aunque en *¿Qué hacer?* estuvo a dos dedos de reconocer el hecho,

1. "El socialdemócrata que menosprecie las tareas proletarias dentro de una revolución democrática burguesa se convierte, de un jefe de la revolución del pueblo, en el dirigente de un sindicato obrero libre". (*Dos tácticas*, loc. cit., página 423). Cf. también las muy conocidas observaciones despectivas sobre la "mera" conciencia sindicalista entre los obreros que no están firmemente dirigidos por una vanguardia de "revolucionarios profesionales", en *¿Qué hacer?*, loc. cit., página 170.

le estaba negada su plena comprensión, y ello por una buena razón: de haber contado con ella, ya no podría haber actuado de buena fe cuando afirmaba que la «vanguardia» representaba al proletariado. La organización de «revolucionarios profesionales» que al día siguiente de su victoria se transforma en el núcleo de una nueva élite dirigente constituye un fenómeno del siglo xx, y el aparato conceptual de Lenin databa de una época anterior. Al igual que otros grandes revolucionarios, había partido de las condiciones de una época a la que estaba contribuyendo a clausurar con su propia victoria.

Que la revolución adoptara en el último momento la forma que adoptó no se debió naturalmente por entero a Lenin. La guerra le brindó la oportunidad que, de haberse pospuesto aunque sólo hubiera sido unos pocos años, probablemente no se le hubiera presentado. Lo que cuenta es que fue capaz de tomar aquellos elementos de la síntesis marxista que se reconducían a la vena jacobina del propio pensamiento de Marx. Dentro de esta perspectiva la fecha de 1848 aparece como el nexo que liga las de 1793 y 1918, lo que es otra forma de decir que el marxismo era el punto de unión entre las revoluciones francesa y rusa. También era muchas otras cosas, por ejemplo, una teoría y práctica del socialismo democrático, para el que no había base adecuada en Rusia, pero Lenin sólo vio lo que se acercaba más a sus miras. Además, en 1918-9 consideró por un momento si los levantamientos de Europa Central podrían fundirse con la Revolución Rusa para producir una especie de triunfo socialista. El hundimiento simultáneo de los tres imperios orientales reavivó los recuerdos de 1848, con la diferencia de que Rusia era ahora la adelantada de la revolución. Si el comunismo imperaba en Moscú, los socialdemócratas estaban en el poder en Berlín y Viena. No parecía, pues, totalmente quimérico suponer que toda la Europa central se vería arrastrada por la corriente. De haber ocurrido esto incluso temporalmente, el aspecto nacionalista del bolchevismo —en último extremo herencia del movimiento populista— habría sido anulado por la nueva fe en el acaecimiento de la revolución proletaria a escala mundial. El leninismo podría haberse fundido entonces con una corriente internacional más amplia. Esto nunca sucedió, pero por un período corto pareció probable que así ocurriera, lo que explica *inter alia* el porqué de que tanto sindicalista como otros radicales de izquierda de Occidente confundieran la victoria bolchevique con el triunfo de su propia causa, y a los alicaídos consejos de obreros con la «democracia proletaria». Hubo de transcurrir el tiempo —y producirse el fracaso de la «revolución mundial»— para que se desvelara la verdadera

esencia del leninismo. Pasaron los años antes de que los comunistas de Occidente empezaran a comprender que la Revolución de Octubre, lejos de ser la primera gran insurrección proletaria, pudiese ser la última¹.

El núcleo de la nueva síntesis comunista era el partido y su «misión histórica» de llevar al proletariado a la victoria sobre su enemigo, la burguesía imperialista². A esto se añadió más tarde la «construcción del socialismo» en la URSS bajo la dirección del mismo partido, que pasó a ocupar así dos funciones completamente distintas y en última instancia incompatibles. Las tensiones y conflictos resultantes pertenecen a la historia de la sociedad posrevolucionaria que surgió de la crisálida de la dictadura bolchevique, de la misma forma que la sociedad francesa decimonónica salió del torbellino de la Revolución. Hasta ahí el paralelismo parece cierto, mientras que en otros aspectos ha confundido a críticos y apologistas juntos del régimen soviético. En particular, se ha recurrido demasiado a analogías superficiales entre el dominio jacobino y bolchevique. Los jacobinos no constituían un partido en el sentido moderno, sino un club político que durante cierto tiempo logró imponer el terror a sus enemigos. Por lo demás, su ideología no estaba realmente atemperada a la práctica de una reconstrucción totalitaria de la sociedad de arriba abajo, pues se hallaba profundamente impregnada de liberalismo clásico. Finalmente, aparecieron en escena en un momento en que el Estado dentro de los confines de Europa occidental tendía verdaderamente a «desaparecer», de cualquier forma en lo que a la dirección de la vida económica se refiere; mientras que la toma bolchevique del poder coincidía con una enorme

1. Hubo desde luego voces críticas que se alzaron desde un principio, tal es el caso, por ejemplo, de Rosa Luxemburgo, cuyo folleto sobre la Revolución Rusa escrito en 1918 no figura en las ediciones comunistas de sus obras. Pero fue menester la sublevación de Kronstadt de 1921 para abrir los ojos a aquellos sindicalistas que habían confiado en la "democracia de los trabajadores"; e incluso entonces la verdadera esencia del nuevo régimen siguió constituyendo durante mucho tiempo un rompecabezas para los oponentes izquierdistas. El tema no puede desarrollarse en estas páginas. Corresponde a la historia de la Internacional Comunista, en la que no vamos a meternos. La falsa interpretación "ortodoxa" del leninismo en cuanto la teoría y práctica de la revolución proletaria se retrotrae hasta principios de los años 1920, uno de cuyos típicos ejemplos fue la *Geschichte der Kommunistischen Partei Russlands* de Zinoviev, Hamburgo, 1923. Constituye esta una buena introducción al tema, justamente porque el autor ignora brutalmente todos los problemas reales.

2. Zinoviev, *loc. cit.*, pág. 206: "Es imposible el predominio del proletariado sin la supremacía del partido comunista. La dictadura de la clase obrera halla su expresión en la dictadura del partido que ella ha creado y que se coloca a su cabeza. La historia del partido comunista ruso es la historia de la clase obrera rusa".

expansión del poder del Estado en todos los países avanzados y en la mayoría de los atrasados. Pocas interpretaciones erróneas de naturaleza histórica son más patéticas que la concepción de Lenin sobre una sociedad sin clases y sin Estado, tal como apuntaba en *El Estado y la Revolución*, en el instante en que la revolución que él acaudillaba estaba a punto de dar a luz al primer gran sistema totalitario de la historia moderna. De todos modos, fue justamente esta marcha universal hacia la centralización y la dirección del Estado la que hizo posible los éxitos posteriores de la planificación soviética. En este sentido, es decir, en el caso de que se aceptaran como criterios adecuados la propiedad estatal y el control central, el régimen podía pretender un carácter socialista.

Por lo demás, la marcha de los acontecimientos iba a confirmar en efecto lo que los observadores del movimiento obrero con sentido crítico habían empezado ya a sospechar, a saber, que el «dominio» político ejercido por la clase trabajadora era una imposibilidad, tanto en los países avanzados como en los atrasados. Una clase que fomentaba o toleraba la dictadura de una organización del tipo de la del partido comunista se hallaba a todas luces falta de preparación para ejercer el poder político, y probablemente incapacitada para asumir semejante misión por motivos más permanentes que la mera falta de madurez. Incluso desde el punto de vista del comunismo ortodoxo de que el partido representaba a la clase trabajadora —cosa que nunca sucedió en realidad— la única conclusión que era posible extraer del curso de los acontecimientos sobrevenidos después de Octubre de 1917 consistía en que esta clase había sido obligada a escindirse en dos, y dotar a sus estratos dirigentes con poderes dictatoriales frente a sí misma. Esto difícilmente estaba de acuerdo con la tradicional esperanza socialista en una democracia de trabajadores. Pero no encajaba tampoco con la versión comunista original. Y al contrario, en el supuesto de que el partido comunista no hubiera hecho más que limitarse a institucionalizar la misión de un nuevo estrato dirigente que controlara la economía planificada centralmente, se plantea la cuestión del cómo y el porqué habían tolerado pasivamente las masas este acto de expoliación política. Bajo cualquiera de los dos supuestos el leninismo resulta que se ha transformado justamente en lo que, conforme a los principios marxistas, uno habría podido seguir sospechando en todo momento que fuese: la ideología de una revolución cuyos resultados estaban en completo desacuerdo con los fines que proclamaba, y cuyos principales beneficiarios constituían un nuevo estrato privilegiado. La sociología marxista po-

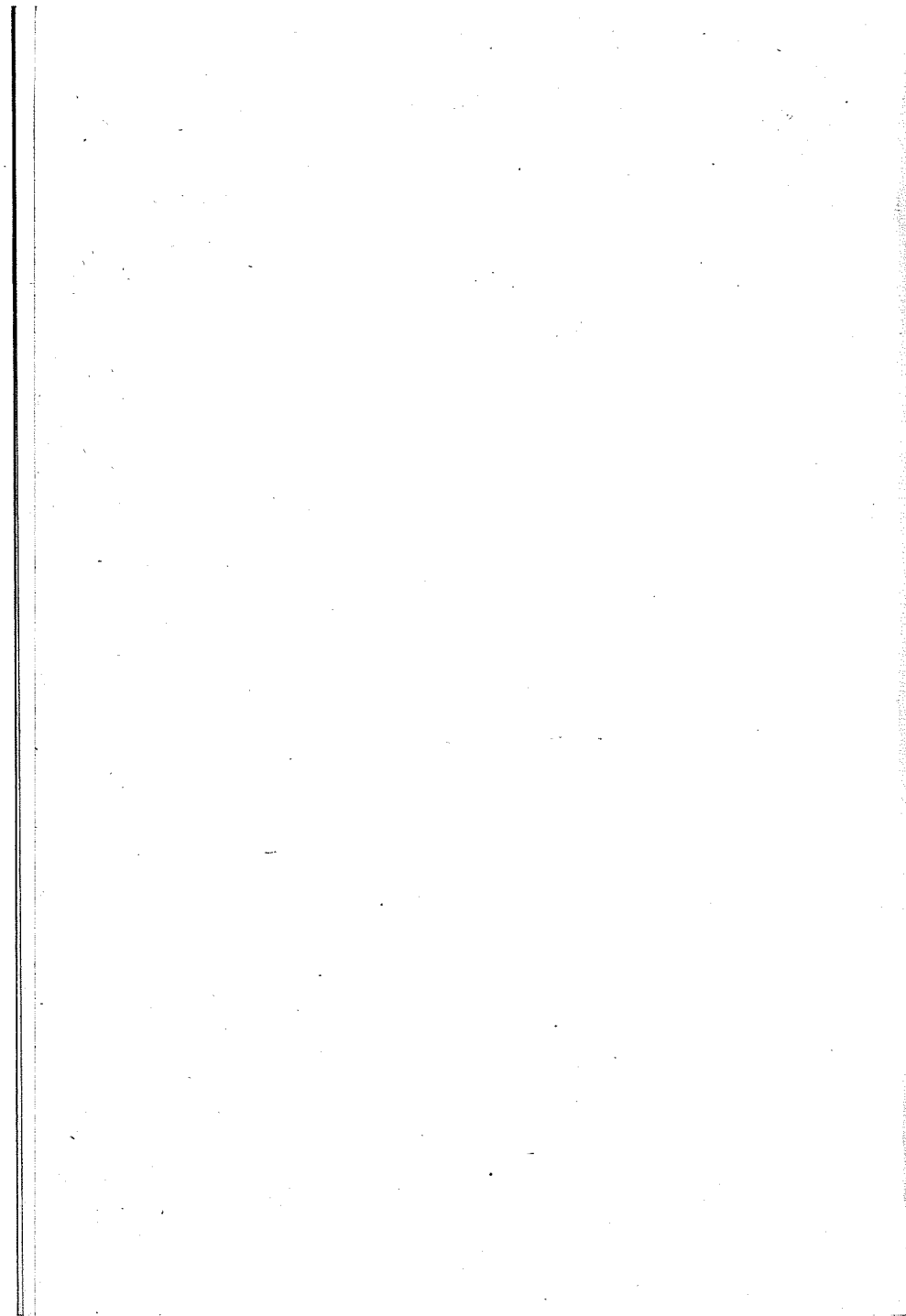
dría explicar sin ninguna dificultad este resultado —entendida realmente en cuanto confirmación de sus propias hipótesis de trabajo— pero en tal caso quedaba rota la unidad entre teoría y práctica, y el marxismo se reducía entonces a la condición de un sistema intelectual que únicamente resultaba operativo después y no antes de que ocurriera el hecho; consistiendo en este caso el acontecimiento en una revolución emprendida con el expreso propósito de realizar los objetivos delineados por las reflexiones de Marx sobre el fracaso del último intento en Francia.

Llegados a este punto parece oportuno dejar la discusión en donde ha llegado, y volver a situarnos en la línea de nuestra perspectiva anterior. Si hay que entender al comunismo en el sentido de la materialización (de tipo negativo) de un programa de izquierda que deriva —pasando por la filosofía alemana— de la Revolución Francesa, entonces podemos completar nuestro estudio formulando la pregunta de qué es lo que nos resta de la síntesis marxista ahora que su materialización ha hecho posible distinguir sus postulados utópicos de sus intuiciones científicas.

SEXTA PARTE

La disolución del sistema marxista

1918-1948



GUERRA Y REVOLUCIÓN

La guerra de 1914-18 puso término a la época liberal en la que el marxismo había adquirido forma inaugurando una era tan distinta a la precedente como el siglo XIX lo había sido respecto a la edad que antecedió a la Revolución Francesa. La propia guerra fue la consecuencia de rivalidades nacionales que echaban sus raíces en el pasado de Europa, y la actitud de los diversos partidos socialistas estaba determinada tanto por reflejos tradicionales como patrióticos. En especial los socialdemócratas alemanes manifestaron una rusofobia profundamente arraigada, que la opinión democrática alemana había incubado desde 1948. Debido a esta actitud podían pretender una autoridad respetable. La participación socialista en una guerra ostensiblemente defensiva entablada por Alemania contra Rusia y Francia se había convertido virtualmente en una certidumbre desde la década de 1890, y los términos empleados por sus representantes para justificar su actitud patriótica en agosto de 1914 no hacían más que parafrasear la declaración de Engels de 1891 de que Alemania lucharía en esa guerra por su existencia nacional¹. Si los marxistas de izquierda como Lenin y Luxemburgo pretendían ahora que esos

1. Cf. Engels, "Der Sozialismus in Deutschland", *Neue Zeit*, 1891-2, n.º 19, pág. 371; Engels a Bebel, 29 de setiembre de 1891, en *Briefe an Bebel*, págs. 180-4; cf. también su entrevista con el *Eclair* de París del 6 de abril de 1892, reimpresa en la correspondencia mantenida entre Engels y Lafargue, III, pág. 421. La verdadera ruptura con esta tradición no la señaló la polémica de Lenin, sino el folleto de Rosa Luxemburgo *Die Krise der Sozialdemokratie* (Junius-Broschüre), Berlín-Zurich, 1915-16, reimpreso en *Ausgewählte Reden und Schriften*, págs. 258 y ss. E incluso se adhirió firmemente a la doctrina de que la actitud correcta consistía en combinar la defensa nacional con la oposición "jacobina" al gobierno imperial (*loc. cit.*, pág. 372).

argumentos no cuadraban con la realidad —al haberse convertido Alemania en una potencia imperialista— ello era tanto como decir que el marxismo clásico ya no era adecuado a la nueva situación; y así se demostró en efecto. Los liberales pasaban por el mismo trance. Ninguno de ellos había dudado anteriormente que la ciudadanía llevaba aparejado el deber de defender el propio país de uno, pero las guerras de conquista eran otra cuestión y podía oponerse uno a ellas con plena justificación, especialmente si se levantaba la sospecha de que el imperialismo tendía a convertirlas en permanentes. Sin embargo, era poco probable que se contabilizase en calidad de tales a las guerras de conquista, pues resultaba algo delicado enfrentarse a los propios compatriotas. Entre 1914 y 1918 todavía era un recurso común entre los beligerantes el desechar cualquier otro propósito que no fuera el ya tradicional de defender el territorio nacional contra la invasión extranjera. Todavía tenía que llegar la exaltación fascista de la expansión bélica por sí misma, y la esclavización de los pueblos «inferiores» como algo natural; lo mismo ocurría con el «derrotismo revolucionario» del modelo leninista. El siglo XIX no había preparado todavía a los liberales ni a los socialistas para tales fenómenos. La guerra de 1914-18 todavía mostraba su aspecto tradicional; la de 1939-45 se entabló en circunstancias no previstas ni remotamente por Marx ni por la primera generación de sus partidarios¹.

1. La polémica de Lenin entablada contra quienes apoyaban la guerra, o se oponían a ella fundamentalmente por razones pacifistas, se encuentran en el volumen 19 de las *Collected Works* (2.ª edic.) oficiales; una selección anterior en lengua alemana (Lenin y Zinoviev, *Gegen den Strom*, Hamburgo, 1921), es digna de mención por su énfasis puesto en la cuestión de que la guerra puede y debe transformarse en guerra civil. En su conjunto la formulación más clara de la posición internacionalista puede hallarse en el ensayo de Radek sobre el tema, incluido en *Vorbote*, Zurich, 1916, págs. 28 y ss.; la postura de Kautsky, que en esencia es una aceptación matizada de la defensa nacional; compaginada con la tradicional oposición democrática al imperialismo y a la anexión militar, la resumió él mismo en *Die Internationalität und der Krieg*, Berlín, 1915; su análisis del imperialismo (cf. *Nationalstaat, Imperialistischer Staat und Staatenbund*. Nuremberg, 1915; *Neue Zeit*, 30 de abril de abril de 1915; 28 de mayo de 1915), se halla sustancialmente de acuerdo con la crítica liberal tradicional del militarismo y el proteccionismo, y por lo demás incita al abandono gradual de la guerra en cuanto instrumento de política nacional. En la extrema derecha del movimiento socialista alemán, Paul Lensch (*Die deutsche Sozialdemokratie und der Weltkrieg*, Berlín, 1915), anticipó algunas de las consignas fascistas típicas del período subsiguiente, en especial el tema de la "liberación" europea continental del yugo reaccionario de la Inglaterra plutocrática. En general, la dirección del partido se situó en una posición intermedia autorizada por el consejo dado por Engels a Bebel en el año 1891: estando en juego la existencia nacional de Alemania la clase trabajadora debe defender el país sobre todo desde el momento en que una victoria rusa amenazaría la democracia europea; este último argumento perdió por

Lo que convirtió la ruptura en fundamental no fue la circunstancia de la guerra misma, ni siquiera el desplome de la Internacional en 1914 y la consiguiente división de las filas del socialismo europeo, sino el haberse apoderado los bolcheviques de las riendas de la revolución rusa. Fue esta serie de acontecimientos lo que convirtió al leninismo en la teoría y la práctica de un movimiento universal. Sería tentador calificar de fortuito este resultado, de no haber sido porque las doctrinas de Lenin iban tan íntimamente de acuerdo con su táctica. Convencido como estaba de que la Rusia zarista se revelaría como el eslabón más flojo de toda la cadena, hacía hincapié en la confluencia de atraso interno con una política exterior agresiva que hubiera exigido en realidad una «infraestructura» totalmente distinta. Sólo Rusia estaba madura para la revolución entre los principales países europeos a causa de su atraso. El lógico corolario de esta doctrina debiera haber sido que en consecuencia Europa Occidental se hallaba inmune. Pero Lenin no extrajo esta conclusión, sino que en 1915 afirmó incluso que la estrategia revolucionaria tenía mejores oportunidades en Rusia que en el Oeste¹. Lo que no consiguió ver y lo que ningún leninista ha sido todavía capaz de admitir es que «el derrotismo revolucionario» sólo podía ser defendido con algunas probabilidades de éxito en un país tan retrógrado como para que la masa de su población se mantuviera totalmente al margen de la principal manifestación de la vida nacional. En cualquier otro sitio ese lema se hubiera considerado simple y llanamente como una traición no sólo por «la burguesía», a la que Lenin adjudicaba el monopolio del patriotismo —o, conforme a su terminología, del «chauvinismo»— sino por «las masas». Respecto a algunos de los escrúpulos que albergaba sobre esta cuestión, los venció denunciando primero al gobierno zarista, y luego, después de marzo de 1917, al gobierno provisional, como

supuesto gran parte de su peso a partir del mes marzo de 1917, cuando se hundió el zarismo, mientras que por otro lado entraron los E.E.U.U. en la guerra al lado del bando aliado.

1. Cf. su artículo titulado "Sobre la derrota del propio gobierno en la guerra imperialista": "Este último argumento es especialmente importante por lo que a Rusia respecta, porque Rusia es el país más atrasado, donde la revolución socialista no es inmediatamente posible. Precisamente por esta razón los socialdemócratas rusos tienen que defender primero, en el terreno de la teoría y la práctica, la consigna de la derrota. Los enemigos de la consigna de la derrota no hacen más que asustarse de sí mismos y negarse a ver el nexo evidente entre la agitación revolucionaria contra el gobierno y el fomento de la derrota". (Publicado originalmente en *Sotsialdemokrat*, Zurich, 26 de julio de 1915; cf. también "Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa", *ibíd.*, 23 de agosto de 1915, versión castellana incluida en las *Obras escogidas*, Moscú, 1966, vol. I, págs. 686 y ss.)

los lacayos servidores del imperialismo occidental. Esto le permitió a él y a sus partidarios compaginar el sentimiento nacional con la doctrina revolucionaria: si las clase explotadoras que fomentaban el imperialismo estaban al servicio del capital extranjero, sufrirían una doble condena. La jugada fue un éxito porque la fuerza de la tradición populista era de tal índole que para cualquier régimen o partido resultaba fatal ser estigmatizado con la acusación de convertirse en instrumento del capitalismo occidental. Sin conocerlo, Lenin había dado con el *leitmotiv* del «antiimperialismo» de la intelectualidad de los países atrasados en los años venideros. Puesto que Rusia limitaba con Asia y con Europa, la «Revolución de Octubre» asumió un doble significado: según que se la contemplase desde el Oeste o desde el Este, se trataba de una revolución proletaria en el más atrasado de los grandes países europeos, o de una rebelión nacional y «antiimperialista» contra el Occidente. En su primera faz recurría a los obreros (europeos en su mayor parte), en su segunda a los campesinos (principalmente asiáticos pero con posterioridad africanos y latinoamericanos también). Todo esto iba aparejado con la afirmación de Lenin (un resurgimiento a su vez de la primitiva doctrina narodniki) de que el atraso de Rusia hacía posible una revolución «proletaria». Bien es verdad que allá por los años 1915-17 esta representaba para la mayoría de sus partidarios una doctrina nueva y sorprendente, pero una vez que se pasó la primera impresión, sus posibilidades se revelaron realmente extraordinarias.

Pero, después del hecho —y en especial tras la victoria comunista en China: una secuela histórica del triunfo bolchevique, si bien a un nivel más bajo— el proceso adquirió una significación completamente distinta a la que poseía para sus contemporáneos en 1917-18, cuando la caída simultánea de las monarquías rusa, alemana y austríaca se consideró universalmente a la luz de la historia europea oriental. Esto hizo que a los comunistas y socialdemócratas les fuera cada vez más difícil hallar un lenguaje común, incluso aunque ambas partes emplearan terminología marxista. Para cualquiera que hubiese crecido antes de 1918 en el ambiente de tradición socialdemocrática, Rusia era un país europeo oriental que estaba abocado a extenderse por Asia. Éste era el indiscutible supuesto de Plejanov y de Kautsky. Podría aducirse que hasta los últimos años de su vida fue asimismo la idea dominante de Lenin, pero a partir de entonces no fue ya la de Stalin y los estalinistas¹. Conforme a la perspectiva «euroasiáti-

1. Desde luego podían señalar las últimas declaraciones publicadas de Lenin,

ca» cada vez más prominente tras la corriente industrializadora de los años treinta y la victoria militar frente a Alemania de 1945, la «Revolución de Octubre» alcanzó un significado completamente distinto al de las insurrecciones paralelas de 1918-9 que aproximaron Alemania y Austria a la Europa Occidental. La segunda guerra mundial y sus consecuencias ahondaron la división confirmando de esa forma la primera lección de 1917-18, que consistía en que Rusia y Europa Central estaban condenadas a seguir vías diferentes de desarrollo. Naturalmente, ningún comunista podía aceptar esto, y la historia de la Internacional comunista del año 1919 en adelante es en gran medida la historia de los infructuosos intentos por colmar este abismo siempre en aumento. El resultado —la ocupación militar rusa de la Europa oriental y central en 1945 y la imposición por la fuerza de regímenes comunistas a países cuyo desarrollo espontáneo apuntaba a una dirección completamente opuesta— se inserta en realidad dentro del ámbito de las relaciones internacionales. Cualesquiera que sea su importancia política, ostenta un interés teórico escaso (salvo probablemente para los historiadores del paneslavismo, quienes pueden considerarlo como la demostración de que la Revolución de Octubre ayudó en definitiva a promover los tradicionales objetivos del imperialismo ruso).

Merece destacar que tras el año 1918 la línea divisoria más estricta llegó gradualmente a trazarse entre los seguidores ortodoxos de Lenin y aquellos socialistas occidentales del ala izquierda que depositaron su fe en el potencial revolucionario existente en la clase trabajadora. La quiebra política abarcaba a los partidos comunista y socialdemócrata, pero desde un punto de vista teórico la diferencia fundamental reside entre aquellos que creían juntamente con Lenin en la posibilidad de las revoluciones socialistas en los países atrasados y aquellos que no creían en aquélla, como Luxemburgo, los austromarxistas y los sindicalistas (tras compartir durante un largo período la fe bolchevique, Trotsky volvió por fin a la postura ortodoxa marxista). Sobre este particular los partidarios de Lenin se vieron obligados por los acontecimientos a ir más allá del punto original

el artículo titulado "Más vale pocos, pero buenos" (*Selected Works*, II, págs. 844 y ss.), que constituyen su evocación de un próximo enfrentamiento entre "el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista" (*loc. cit.*, pág. 854). Esta manera de ver las cosas es ya implícitamente estalinista, y en forma ocasional ayuda incluso a explicar el porqué la mayoría de la vieja guardia bolchevique prefirió tras la muerte de Lenin la orientación estalinista a la de Trotsky y otros occidentalistas; cf. E. H. Carr, *Socialism in One Country*, Londres, 1959, vol. II, págs. 36 y ss.

de partida. Empezando alrededor del año 1905 con la afirmación llana de que la próxima revolución rusa sería «democrático-burguesa» y despejaría el camino al capitalismo «europeo» moderno, fueron haciéndose gradualmente a la idea de que en Rusia era posible una revolución socialista, y a la postre se comprometieron en la construcción de una sociedad socialista dentro de un país aislado artificialmente del mercado mundial. Al proceder así resucitaban inevitablemente algunos elementos del credo populista tradicional sobre la posibilidad de una transición al socialismo sobre la base de la comunidad aldeana (excepto la tesis populista de que por razones económicas en Rusia resultaba imposible el desarrollo capitalista). En la época de Stalin la cuestión se planteó cada vez más bajo la modalidad de una doctrina nacionalista expresada en primer lugar por los narodniks cincuenta años antes: se supuso que Rusia ofrecía la posibilidad de elegir entre convertirse en una colonia de Occidente o evolucionar hacia un futuro socialista sobre la base de sus propios cimientos precapitalistas, que afortunadamente todavía estaban intactos. Todo esto encerraba escaso interés para el movimiento obrero de los países industriales avanzados, pero sí era lo bastante importante para los intelectuales de las sociedades atrasadas preindustriales que tenían que habérselas con problemas similares. De aquí la diversa fortuna que tuvo el término clave de «revolución». En 1917-18 seguía significando para los comunistas lo que había significado para los radicales europeos desde que Francia fijó el modelo, es decir, la liberación de la sociedad de las viejas cadenas espirituales y políticas. De la década de 1930 en adelante vino a representar el remoldeamiento de la sociedad por un régimen dictatorial que dominaba un aparato estatal centralizado y una organización de partido omnipotente. Ambos sentidos difícilmente podían seguir coexistiendo por siempre sin que surgieran fricciones; de aquí el peculiar clima moral del estalinismo con su doctrina secreta de elegidos, su desprecio por «las masas», y su elevación de la conciencia individual al papel de enemigo público número uno.

Según el pensamiento marxista tradicional, esta transformación del socialismo en la ideología de una revolución industrial en países atrasados era imprevisible y embarazosa. Naturalmente, podía encajársela dentro del marco teórico: el propio Marx había admitido prudentemente la posibilidad de un curso socialista en Rusia (la idea popular en contrario se basa en la ignorancia). Además una vez ocurridos los hechos era fácil percatarse de que Lenin había aprovechado una situación llamada a repetirse. Dicho esquemáticamente, había mostrado que era posible

hacer discurrir una «revolución burguesa» por cauces antiburgueses. En la actualidad es sabido que el impacto del industrialismo en las sociedades atrasadas provoca fenómenos que —en conjunción con la simultánea rebelión popular contra la autocracia, y la rebelión intelectual contra la cultura tradicional— laboraban por una situación revolucionaria. Pero una fórmula sociológica de este tipo no tiene en cuenta los vínculos históricos que enlazan la revolución rusa y su predecesora la francesa a través del marxismo.

La manera más sencilla de plantear la cuestión es aclarar que la situación que Marx y Engels supusieron por error que existía en 1848 en Alemania, resultó que se había producido en Rusia setenta años más tarde. Por entonces, sin embargo, el marxismo se había hecho sinónimo de socialismo europeo, y éste se había hecho democrático. De aquí que la Revolución de Octubre —aunque confirmara las propias apreciaciones de Marx respecto a Rusia— pusiera en peligro la integración del marxismo en el movimiento obrero occidental que en adelante se escindiría entre comunistas y socialdemócratas, partidarios ambos en teoría de Marx. Esto era obligado que ocurriera desde el momento en que Alemania y el resto de Europa se negaron a seguir el ejemplo ruso. La escisión consiguiente puso de manifiesto que en cualquier país industrial avanzado el movimiento obrero estaba comprometido con la democracia: una circunstancia que no percibieron los comunistas con ocasión del clima utópico creado por los años 1918-20 y que apenas si captaron tampoco sus sucesores. En todo ello no hay nada que no pueda encajar con suma facilidad dentro del marco del marxismo en cuando *teoría* de desarrollo social. Pero históricamente la consecuencia ha sido la de identificar el programa marxista original de 1848 —aunque no la versión revisada de 1864— con la industrialización forzosa de las partes menos avanzadas del globo: que difícilmente podía ser lo que Marx y Engels esperaban que sucediera cuando formularon por primera vez su doctrina. Afirmar que el centro de gravedad se había trasladado en dirección a Oriente es decir bien poco. El hecho es que el marxismo en cuanto movimiento deja de tener sentido fuera del contexto europeo, o por lo menos fuera del contexto de un mundo centrado en Europa. Sus postulados fundamentales están demasiado estrechamente ligados con la perspectiva victoriana de liderazgo europeo para que conserve buena parte de su sentido cuando se le traslada a una escena mundial dominada por el conflicto global entre Norteamérica y Eurasia.

Lo embarazoso de esta conclusión —para cualquiera que pro-

cure adherirse a la perspectiva marxista tradicional— resulta suficientemente dramatizado por la división Este-Oeste que se ha convertido en la principal cuestión de los asuntos mundiales desde los años 1945-8. Esto no se debe tanto a los evidentes peligros derivados de lo que se conoce popularmente como la «guerra fría», sino a que la propia naturaleza del conflicto —se lleve éste o no con arreglo a módulos pacíficos— supone una elección política bajo el sistema de bloques de poder concurrentes. Desde esta perspectiva no existe diferencia real entre «guerra fría» y «coexistencia»; son sencillamente las dos caras de la misma moneda. La verdadera cuestión se refiere en todo caso a la estructura social de los países que se suman a uno o a otro bando. Dados los supuestos que se hallan en circulación en la órbita soviética, desde los años 1920 era perfectamente lógico que los comunistas llegaran a partir de 1948 a la conclusión de que el tránsito global hacia nuevas formas de organización social implicaba una traslación del liderazgo mundial hacia el grupo de países al frente de los cuales se situaba la URSS. En un lenguaje menos depurado, la próxima victoria del «socialismo» (tal como se definía dentro de la órbita) se esperaba que adoptara la forma de la supremacía rusa o chino-soviética dentro de los asuntos mundiales. Esta conclusión nunca se declaró en forma expresa, pero se hallaba implícita en la evolución de la doctrina estalinista después de 1945; en realidad, ya estaba realmente implícita en la fórmula de Lenin de 1923, aunque ésta manifestaba todavía un tinte defensivo. Conforme al marxismo esa perspectiva podría justificarse sobre la base de que históricamente todo cambio mayor dentro de la organización socioeconómica se había asociado con la aparición de un nuevo grupo de países que relevarían a sus rivales. Entre los ejemplos cabría citar el surgimiento industrial capitalista que permitió a Inglaterra desempeñar durante un siglo o más el papel dominante. (El aspecto lamentable de este tránsito deriva de la circunstancia de que fue la Inglaterra conservadora y no la Francia revolucionaria la que se alzó a partir de las guerras napoleónicas en calidad de potencia dirigente, circunstancia que no se subraya desde luego en la literatura soviética, pues arrebataría la nitidez del argumento).

Independientemente de cual fuera el atractivo que pudiera ejercer esa concepción en las mentes de los patriotas soviéticos —o de los intelectuales nacionalistas de los países atrasados liberados hace poco del dominio occidental— se halla totalmente en desacuerdo con la concepción marxista socialista tradicional en la que la Europa occidental y Norteamérica figuraban como las áreas decisivas de la futura transformación social. Marx y

Engels dieron por sentado que de la misma forma que Inglaterra y Francia habían provisto al siglo XIX con el modelo de la era liberal, la Europa occidental y Norteamérica serían quienes se adelataran para promover el progreso hacia un más alto nivel de organización. Aunque no excluyeron la posibilidad de transformaciones socialistas dentro de los países atrasados, nunca se les ocurrió que estos últimos pudieran identificar sus dilatadas revoluciones industriales con el socialismo, y que sobre esta base formularan la demanda de una jefatura mundial hasta el punto de ofrecer solemnemente el reorganizar las naciones civilizadas de Occidente. Una perspectiva de tal género les hubiera asombrado a ellos por grotesca. Su internacionalismo no suponía ningún abandono de la pretensión histórica de Occidente al liderazgo. Por el contrario, suponían que los países avanzados serían los primeros en trascender los límites del orden establecido¹. Al «retocar» esta perspectiva para dar paso a sus propios objetivos nacionales, los dirigentes del comunismo ruso se vieron al fin arrastrados por la lógica de su argumento a suscribir las correspondientes y por tanto aún más manifiestamente absurdas pretensiones de Mao Tse-tung y sus colegas: hasta el punto que incluso el más ciego estalinista podría haber llegado a sospechar que algo había ido mal. En lo que ese algo consistiera se había revelado ahora con claridad. Queda por ver hasta qué punto la evolución aquí señalada afectó al modelo teórico del marxismo soviético.

Desde que en 1915-17 se pasó Lenin a la tesis de que la primera guerra mundial había alumbrado una nueva era de conflictos imperialistas y revoluciones proletarias, la doctrina leninista ha oscilado entre anticipaciones utópicas de crisis mundiales inminentes, y la obstinada insistencia en las posibilidades que cada país ofrecía toda vez que se las ingeniase para eludir el torbellino capitalista. Los orígenes de esta doble actitud pueden reconducirse a los escritos de Lenin de la época de la guerra

1. Cf. Engels a Kautsky, 12 de setiembre de 1882, MESC, pág. 423: "Una vez se hayan organizado Europa y Norteamérica representarán un poderío tan colosal y un ejemplo tal, que los países semicivilizados se verán arrastrados naturalmente; las necesidades económicas se encargarán de ello; respecto al tipo de estadíos social y político que atraviesen esos países antes de llegar a una organización socialista, creo que por ahora no podemos hacer más que formular vagas hipótesis". (Citado por Kautsky en *Sozialismus und Kolonialpolitik*, Berlín, 1907). Es curioso que al comentar este pasaje Lenin en octubre de 1916, considerara completamente demostrado el argumento. Como solía suceder en él esto no le evitó ignorarlo en la práctica, cuando un año después comprometió a su partido en una revolución socialista a llevar a cabo en la Rusia atrasada. Lenin nunca "revisó" ni repudió un solo componente del dogma marxista; se limitó a despreciar todo lo que se interfiriera con sus necesidades políticas cambiantes.

y a sus manifestaciones posteriores tras la conquista del poder por su partido, momento en el que tendía a subrayar unas veces la certidumbre de nuevos levantamientos mundiales, y otras la oportunidad de que Rusia impulsara hacia adelante la edificación del socialismo. Ya el mes de agosto de 1925 preveía una victoriosa revolución socialista en cuanto una especie de brecha local «en unos cuantos países o incluso en un solo país», e implícitamente fuera de Europa, puesto que parte del argumento iba encaminado a restar fuerzas a la tradicional concepción de Europa como centro natural de la democracia y el socialismo¹. En su forma original la tesis fue más bien esquemática, siendo deducida simplemente la posibilidad de revoluciones socialistas aisladas del «desigual desarrollo económico y político» característico del capitalismo. Con todo, tras esta fórmula nebulosa alentaba claramente una idea política bien definida: la creencia de que la Rusia atrasada podía romper los lazos del sistema internacional en que estaba enmarañada. Aunque había sido normalmente uno de los «merodeadores imperialistas» que estaban luchando por dividir al mundo, gracias a la revolución podía convertirse en el foco de una nueva evolución general. Después de 1917 esos rasgos se ampliaron hasta convertirse en lo que a falta de un término mejor puede definirse con ciertas reservas como el sistema teórico del leninismo-estalinismo². Este incluía tanto la definición del leninismo como «marxismo de la era del imperialismo y de la revolución proletaria», como la adscripción a Lenin de las tesis típicamente estalinistas de que la instauración del «socialismo» en la URSS no dependía ni mucho menos de los acontecimientos internacionales del momento³. En los años veinte semejante aseveración aún podía someterse a discusión; luego esos intentos se hicieron netamente insostenibles, y el significado del marxismo soviético, o «marxismo-leninismo», se identificó con una serie de principios que Marx jamás habría imaginado. Un paso más se dio después de 1945, cuando el sentido implícito de la tesis del «desarrollo desigual» se volvió, por así decirlo, contra sus críticos: en adelante fue del surgimiento de la URSS en cuanto gigante industrial y militar —y no como

1. "Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa", *Obras escogidas*, vol. I, págs. 686-687.

2. Stalin, "The Foundations of Leninism", en *Problems of Leninism*, Moscú, 1947, págs. 13 y ss.; cf. también "The October Revolution and the Tactics of the Russian Communists", *ibíd.*, especialmente págs. 103 y ss, para la tentativa de Stalin de deducir de las observaciones de Lenin que Rusia muy bien podría construir una sociedad socialista dentro de sus fronteras.

3. Stalin, *loc. cit.*, págs. 119 y ss.; respecto al punto de vista de Trotsky, cf. *Permanentnaya Revolyutsiya*, *pássim*.

antes su atraso— de lo que se echó mano para demostrar que la historia avanzaba a grandes saltos en vez de seguir una línea uniforme. Habiéndose zafado de la fase capitalista de desarrollo, la órbita soviética se enfrentaba ahora a un mundo occidental que, juzgado conforme a las normas leninistas-estalinistas, era políticamente retrógrado y socialmente conservador. La rueda había descrito un círculo completo y el marxismo, de ser una crítica de la sociedad según las propias aspiraciones liberales de la sociedad, se empleaba ahora para apuntalar la fe de un régimen que se enorgullecía de haberse liberado de las tradiciones burguesas (que siempre habían sido muy débiles en Rusia y en ningún sitio más que en la esfera de las libertades políticas). Tras ello sólo se necesitaba la extensión del triunfo comunista a China para que el marxismo se situara en la posición debida. Conforme a las pautas estalinistas, incluso una obra como *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1900) de Lenin, con un énfasis en la validez del modelo marxista tradicional, se había vuelto, si no en un texto herético, sí al menos impertinente. Ya no era necesario aducir que el capitalismo representa el progreso para los países atrasados, al haber demostrado la URSS la posibilidad de una alternativa. Naturalmente, no se admitía el nexo entre comunismo y atraso aunque éste hubiera sido evidente. El orgullo nacional tiene su propio peso. De la misma forma que del tratado breve y esquemático sobre imperialismo, o de sus ejercicios escolásticos de *El Estado y la Revolución*, puede afirmarse que constituyen una creación teórica importante, así el «socialismo soviético» se concibe en su conjunto dentro de la ideología oficial como la representación de un estado nuevo y superior dentro del desarrollo de la humanidad. Que tales pretensiones no sean aceptables a los occidentales se hace equivaler a hostilidad política. La explicación obvia, basada en el permanente atraso ruso en la mayoría de las esferas aparte de la tecnología y las ciencias naturales, no se admite más que la verdad de que el marxismo soviético es intelectualmente incapaz de mantener una verdadera confrontación teórica con los modos de pensamiento rivales. Todas estas ideas peligrosas quedan simplemente excluidas de la conciencia oficial.

Este estado de cosas torna difícil abordar las afirmaciones teóricas brindadas por los marxistas soviéticos, cuyo punto de partida no es hoy simplemente el leninismo, sino el estalinismo, es decir la teoría y la práctica de una «revolución» planificada «desde arriba» en un país atrasado (excepto aquellos ripios irracionales que se podrían achacar, y así lo han sido, a la personalidad del último dictador). En este aspecto, ha tenido lugar un

cambio significativo a partir de los años veinte y comienzos de la década del treinta, cuando todavía eran posibles verdaderas discusiones teóricas entre leninistas y marxistas occidentales, o, por lo que aquí interesa, entre comunistas y socialistas no marxistas. Con todo lo inadecuada que la exégesis teórica del sistema de Marx realizada por Lenin o Bujarin pueda antojárseles a los no marxistas, existía una suficiente base común de partida para hacer posible una controversia racional. Esta situación llegó a su fin cuando la codificación estalinista de Lenin terminó imponiéndose a la ya desgraciadamente estrecha y esquemática interpretación leninista de Marx. Desde entonces —hablando a grandes rasgos, a partir de mediados de los años treinta— el marxismo soviético ha asumido el carácter de una ideología oficial cuya coherencia interna queda a salvo al precio de una rigidez cada vez mayor y un alejamiento creciente de la realidad. En tales circunstancias ya no es posible una confrontación sobre este particular; o mejor dicho, sólo es posible desde un enfoque político, pues todo ataque a la estructura teórica equivale en definitiva a una investigación de sus premisas políticas. Por ejemplo, no se puede analizar la teoría leninista del imperialismo, o la doctrina estalinista del Estado, sin recurrir a los postulados ideológicos —antioccidentalistas en un caso, y aceptación de la autocracia como el único sistema político racional en el otro— de los que no son conscientes los comunistas soviéticos, pero que constituyen de hecho las premisas por analizar de su pensamiento. Esto supone tanto como decir que hay que atender al leninismo como una ideología en el sentido marxista del término, es decir, en cuanto un sistema de pensamiento que oscurece los hechos que trata precisamente de definir. Puesto que el marxismo es —casi por principio— un método de crítica sociológica, no es muy sorprendente que cuando se aplique a la realidad soviética llegue a transformarse en algo completamente subvertidor del sistema. Sin embargo, esta realidad supone de todas formas *algunos* aspectos del marxismo, de manera que si se desarrollara lo bastante, la crítica se volvería contra él: ya que el método marxista no puede detenerse ante el sistema marxista —es decir, ante la visión total del mundo que Marx y Engels legaron a sus seguidores y en definitiva al movimiento socialista del que iba a surgir el leninismo.

Es necesario observar la continuidad y el punto en donde ocurrió la ruptura fatal. Tras lo que llevamos dicho, este punto puede concretarse sin demasiados problemas: estaba constituido por el abuso sistemático de Lenin, y posteriormente de Stalin, de la expresión «revolución proletaria» para describir la reorde-

nación totalitaria de la sociedad *tras* la subida al poder de un partido que en un principio se consideró situado dentro de la tradición «clásica». Simultáneamente, las revoluciones democráticas de la sociedad occidental a partir del siglo xvii quedaron rebajadas al término denigrante de «burguesas». Tras esa fraseología se oculta la realidad de una experiencia muy distinta a la de Occidente pero plenamente concorde con el modelo ruso tradicional de reorganización democrática de la sociedad por el Estado, aunque necesitó la revolución para convertir el Estado en verdaderamente totalitario, es decir, capaz de remodelar el orden social de arriba abajo. Una vez que quedó definida esta meta en calidad de objetivo del «socialismo», siguió a esto todo lo demás y sólo quedaba por refundir el vocabulario del marxismo de manera que se hiciese compatible con la práctica del partido comunista¹.

1. Respecto a las fuentes históricas de esta actitud, cf. Venturi, *op cit.*, *passim*. En la actualidad se ha llegado a reconocer ampliamente que la característica síntesis bolchevique de los principios revolucionarios y autoritarios había quedado ya prefigurada dentro del ala radical del movimiento populista del siglo xix. Tanto el totalitarismo como el culto a la élite tenían sus orígenes en las sectas conspirativas de la intelectualidad de izquierda; uno puede incluso llegar a sospechar que existía una filiación directa entre los más intransigentes de esos grupos y los bolcheviques. Los oponentes mencheviques de Lenin habían llamado ya la atención sobre este tema en un estadio realmente embrionario. (Cf. J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Oxford, 1963, *passim*; Samuel H. Baron, *Plekhanov: The father of Russian Marxism*, Stanford, 1963, *passim*).

ESTADO Y SOCIEDAD

Extraer la esencia teórica del marxismo soviético es una operación más sencilla de lo que podría parecer dada la gran cantidad de literatura sobre el tema, que en sí misma no es más que una imagen vacilante y borrosa de la compleja realidad que refleja. El tema parece inagotable, refiriéndose como se refiere a la Revolución y a su impacto en Rusia; de conformidad con —si tal distinción es posible— la teoría y la práctica del partido comunista, los conflictos entre sus diversas facciones, el ascenso y caída de la Internacional comunista, y la transformación gradual del leninismo de una doctrina de revolución «proletaria» a la ideología de una nueva clase dominante. Basta con enumerar estos temas para mostrar que ninguna reflexión que intente aislar la estructura teórica del marxismo puede dedicarles más que una atención pasajera. Al dar por supuestos a todos ellos, uno no se halla obligado por esta razón a trazar una divisoria artificial entre teoría e historia, y mucho menos entre el análisis de las ideas y el de los acontecimientos políticos. Los tratados históricos sobre la Revolución y los estudios analíticos del régimen convergen en la tentativa de poner de manifiesto las bases comunes de la realidad que denominamos Comunismo Soviético. Mientras tanto, se ha llegado a la conclusión de que el partido constituye el nexo entre la sociedad antigua y la nueva, entre el significado revolucionario y posrevolucionario del término «comunismo», y en definitiva, entre la práctica del régimen y la ideología de su estrato operativo: la intelectualidad soviética. Todo esto pertenece a la patología de la revolución —viniendo el término a representar aquí el conjunto de la vasta transformación llevada a cabo desde 1917— y no tiene una con-

secuencia directa en la cuestión de que venimos tratando. Existe, eso sí, el problema teórico de explicar el papel que desempeñó el partido, que con seguridad fue un elemento único que apuntaba a una nueva determinante histórica desconocida en el siglo XIX liberal. Con todo, este problema no es específico del régimen soviético, y el partido bolchevique no es evidentemente sino una variante del típico fenómeno moderno conocido como totalitarismo. Nadie entendió esto mejor que el teórico que después de 1918 ayudó a que surgiera el movimiento comunista italiano y que, desde su prisión celular bajo el régimen de Mussolini, llegó a crear una doctrina más totalitaria que la de sus carceleros:

El príncipe moderno, el príncipe-mito, no puede ser una personal real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento complejo de la sociedad en el que haya comenzado la forja de una voluntad colectiva que se reconoce y se afirma parcialmente con la acción. Este organismo lo ha aportado el desarrollo histórico y es el partido político, la primera célula que contiene los gérmenes de la voluntad colectiva que luchan por llegar a ser universales y totales¹.

Desde un punto de partida distinto, y en un lenguaje con reminiscencias del romanticismo alemán decimonónico —si bien con la misma dependencia hegeliana de la verdad en cuanto la «totalidad comprensiva» de la historia—, la doctrina del partido como la asociación de la revolución con el núcleo de la nueva sociedad, la elaboró simultáneamente el otro pensador original que ha producido el movimiento comunista desde 1917: el filósofo húngaro Georg Lukács².

1. Antonio Gramsci, "Notas sobre la política de Maquiavelo", en *The Modern Prince and other writings* (El príncipe moderno y otros escritos), Londres, 1957, pág. 137. Cf. también *loc. cit.*, pág. 139: "El príncipe moderno debe ser y no puede sino ser otra cosa que el apóstol y organizador de la reforma intelectual y moral que significa crear la base para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva popular nacional en pos de la realización de una forma más elevada y total de civilización moderna", lo que represente una buena y drástica inversión del esquema marxista tradicional, aunque muy en consonancia con los orígenes intelectuales de Gramsci, procedente de Hegel y Croce, por no referirnos aquí a su formación católica.

2. Cf. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*. Viena-Berlín, 1923, pássim. Para un estudio de esta obra fundamental y del papel de Lukács en la adaptación de la filosofía marxista a las exigencias de la época totalitaria, cf. Morris Watnick, "Georg Lukács, una biografía intelectual", *Soviet Survey*, Londres, nos. 24 y 25, abril-junio y julio-setiembre de 1958.

Puede parecer extraño que se cite en este punto a dos autores europeos, pero el caso es que el leninismo constituye un fenómeno internacional, aunque se centre en el comunismo ruso. Además, sus raíces nacionales (a las que se ha prestado atención en otras partes) tenían su paralelismo en países como Italia y Hungría que se situaban un tanto al margen de la corriente principal del Occidente europeo. El interés de Gramsci por el jacobinismo es más esclarecedor a los efectos que aquí venimos considerando que una exégesis de los sombríos escritos de la época madura de los Webb. En contraposición a esos y otros intentos de interpretación errónea, el principal teórico del partido comunista italiano va directamente a la cuestión:

El *Príncipe Moderno* debe albergar una porción de jacobinismo... como ejemplo de cómo se formó y operó una voluntad colectiva que al menos era una creación original, *ex novo*, en alguno de sus aspectos. Es necesario definir la voluntad colectiva y la voluntad política en general en el sentido moderno; la voluntad como la conciencia operativa de la necesidad histórica, como la protagonista de un drama histórico real y efectivo...

Toda formación de una voluntad colectiva popular nacional es imposible a menos que la gran masa de labradores haga *simultáneamente* su irrupción en la vida política. Maquiavelo lo hizo así con su reforma de la milicia, que es lo que los jacobinos hicieron en la Revolución Francesa, y en este hecho podemos descubrir el jacobinismo precoz de Maquiavelo...¹

También puede verse que Gramsci había captado intuitivamente la esencia del leninismo en cuanto teoría y práctica de una revolución dentro de un país atrasado en donde las masas se lanzaron repentinamente a la esfera política bajo la dirección de la vanguardia bolchevique. No le fue dado ver el estadio siguiente —la transformación del partido revolucionario en una nueva élite dominante—, en parte por el hecho de su muerte relativamente temprana el año 1937 (tras once años de cárcel) y, sobre todo, por sus espejismos. Desde luego, no habría aprobado la doctrina estalinista expresamente inventada para justificar el dominio permanente de un partido que ocultaba la dominación social de un nuevo estrato privilegiado; pero para entonces

1. Gramsci, *loc. cit.*, págs. 138-9 (Para el texto original cf. *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno*, Turin, 1949).

la cuestión les había sido arrancada de las manos a los teóricos, como él mismo, y había sido confiada a los expertos del nuevo orden. Por otra parte, su propio planteamiento estaba totalmente de acuerdo con el supuesto totalitario de que las revoluciones las hacen las élites, aunque su confianza personal residía en la fe de que la revolución proletaria pudiera tener un efecto de liquidación¹.

El totalitarismo levantó cabeza en las obras de Gramsci por la sencilla razón de que se vio enfrentado a la realidad del fascismo. Lo que tenía que decir de él —es decir, que bajo las condiciones modernas es el partido quien da fundamento al Estado; que el partido totalitario «exaltará el concepto abstracto de «Estado» y procurará de modos diversos dar la sensación de que la función de «un poder imparcial» es activa y afectiva²— tenía como fin la crítica del régimen de Mussolini, pero podía haberse aplicado palabra por palabra a Stalin (bajo cuyo dominio Gramsci no hubiera podido probablemente llenar cuadernos carcelarios enteros con reflexiones filosóficas). Debemos al azar del encarcelamiento bajo el fascismo de este autor de talento que contemos con una crítica marxista del totalitarismo hecha «desde dentro». Los diversos grupos de oposición que se desgajaron del partido comunista ruso por los años 1920 y 1930 dieron lugar a un gran número de reflexiones críticas sobre el funcionamiento del régimen, pero —con la dudosa excepción de los últimos escritos de Trotsky— nada del calibre de un rechazo de principio de la idea central del totalitarismo, que es lisa y llanamente la idea de un orden social establecido por la fuerza; acaso la noción más «antimarxista» jamás imaginada por los marxistas declarados³.

Los teóricos comunistas cual Lukács y Gramsci lograron plan-

1. Cf. *El príncipe moderno*, pág. 143: "Para la formación de los líderes la siguiente premisa es fundamental: ¿se quiere que existan siempre gobernantes y gobernados, o se quiere crear las condiciones en las que desaparezca la necesidad de la existencia de esta división? En otras palabras, ¿se parte de la premisa de la división permanente de la raza humana, o se cree que ésta es sólo un hecho histórico que responde a determinadas condiciones? ...En cierto sentido puede afirmarse que esta división es un resultado de la división del trabajo, que es un hecho técnico".

2. *Ibid.*, pág. 146; cf. también Gramsci, *Lettere del carcere*, Turín, 1947.

3. Respecto a las doctrinas de Lukács, cf. en particular su ensayo "Methodisches zur Organisationsfrage", en *Geschichte und Klassenbewusstsein*, págs. 298 y ss., que constituye una utilización impresionante de la lógica hegeliana con objeto de deducir todas las consecuencias de la doctrina de Lenin sobre la vanguardia. El intento logró tal éxito que toda la obra fue en seguida incluida en el índice comunista. Algunas doctrinas son, en efecto, más fáciles de practicar que de defender.

tear la cuestión en las décadas de 1920 y 1930 con un grado de nitidez sin paralelo en la literatura soviética, en la que tras la muerte de Lenin predominó la apologética. Aunque el régimen bolchevique había evolucionado por la vía del totalitarismo, o quizás a causa de ello, no hubo una evolución similar a nivel teórico. La exégesis oficial seguía irremediablemente en suspenso entre la reactivación del concepto de «dictadura proletaria» de Lenin, y su insistencia simultánea en que esta dictadura podía y debía adoptar la forma de una «democracia popular» radical de forma que el Estado empezara a »desaparecer»¹. Durante la era estalinista estas contradicciones evidentes se completaron con disonancia todavía más patente entre las consignas utópicas de 1917 y la tendencia al control rígido mientras avanzaba la segunda revolución. Bien es verdad que Lenin había preparado el camino en este aspecto. Aunque *El Estado y la Revolución* está plagado de pasajes semi-anarquistas contiene asimismo una referencia significativa a la «disciplina de hierro» que se requiere durante el período de transición mientras «nosotros, los obreros, organizaremos la producción en masa partiendo de la base de lo que ya ha creado el capiatalismo»². Tras este comienzo prometedor no le resultaba demasiado difícil a Stalin reunir argumentos bíblicos para su decisión de investir a los directores de la economía planificada con poderes prácticamente ilimitados sobre «su» mano de obra³.

A primera vista podría parecer que no existe base suficiente para enlazar este tema con la cuestión del totalitarismo. Pero debe recordarse que fue el partido del Estado quien creó el Estado del partido, y que el leninismo-estalinismo constituye en esencia el reflejo doctrinal de esta transformación. Hablando en términos generales, el totalitarismo es el resultado de una situación en la que un partido se apodera del Estado, un partido que ha decidido la total reorganización de la sociedad. Dígase

1. Cf. *El Estado y la Revolución*, en *Selected Works*, II, págs. 223.

2. *Ibid.*, pág. 174.

3. Cf. *Problemas del leninismo*, págs. 359 y ss.: «Nuevas condiciones y nuevas tareas de la construcción económica» (discurso pronunciado en una conferencia de dirigentes de empresa el 23 de junio de 1931). Este documento incluye, *inter alia*, el siguiente pasaje instructivo: «Ninguna clase dominante ha operado sin su propia intelectualidad. No existe base alguna para creer que la clase obrera de la URSS pueda operar sin su propia intelectualidad industrial y técnica». (*Loc. cit.*, pág. 369). Dentro de este orden de cosas los términos «clase dominante» y «clase obrera» poseen evidentemente un sentido muy distinto al uso habitual; no resulta exagerado afirmar que en el cuadro fantástico trazado por Stalin se ha invertido la relación social real entre los obreros y la intelectualidad técnica, el núcleo de la nueva «clase dominante». Aunque Stalin no se percatara necesariamente de este hecho.

lo que se quiera sobre la participación de «las masas» en llevar adelante este objetivo, el proceso sólo puede seguir avanzando bajo «dirección consciente», es decir, por la incansable presión desde arriba. Esto ocurre en especial si el partido del Estado se halla embarcado en el socialismo, que por su propia esencia supone control consciente y dirección central. Antes de apresurarse a concluir que el socialismo significa por consiguiente el dominio monolítico de una casta de planificadores, vale la pena recordar que históricamente este peligro lo percibió muy tempranamente el movimiento obrero naciente, quien precisamente por tal razón insistió en que el socialismo había de ser democrático. La emancipación del partido bolchevique —y en definitiva la llegada a la dictadura soviética— de todas las formas de control democrático hizo posible identificar «la planificación» con el dominio sin cortapisas de una nueva casta de privilegiados. Y fue la estructura centralizada del partido de Lenin la que permitió usurpar el poder bajo condiciones en que, por primera vez en la historia moderna, se había convertido en técnicamente factible un intento verdaderamente «total» de remodelar la sociedad. Resulta seductor describir este hecho como una coincidencia, si no fuese por la circunstancia desagradable de que desde 1917 semejantes tendencias aparecieron en todas partes, y no sólo en países atrasados. Dichas tendencias correspondían a todas luces a los problemas peculiares de las sociedades atrasadas en una época de transición y a las tendencias burocráticas características de países altamente industrializados. En la década de 1930 incluso llegó a parecer que fueran a fundirse estalinismo y fascismo; y ya hemos visto que fue un marxista italiano bajo Mussolini quien describió inconscientemente la naturaleza del totalitarismo en forma que resultaba igualmente aplicable a ambos regímenes.

Al tratar de hacer frente a este complejo de problemas teóricos y prácticos, socialistas y comunistas no pudieron sacar mucha ayuda de los clásicos. Por el lado democrático, la práctica de la socialdemocracia alemana y austríaca de después de 1918 se avenía en forma más o menos pura con el consejo que Engels había dado a sus líderes en los años 1890¹, mientras que la doctrina y el programa de los movimientos socialistas franceses, italianos o españoles puede afirmarse que constituía una glosa prudente de las diversas recetas servidas por Marx a Francia. Ni Marx ni Engels habían previsto el género de situación que

1. Para una opinión diferente, cf. R. Schlesinger, *Central European Democracy and its Background*, Londres, 1953, pássim.

surgió de la consolidación en Rusia del régimen bolchevique. En cuanto al terreno de la economía socialista, esto era obvio: *El Capital* contenía como máximo los rudimentos de un modelo teórico aplicable al problema de la planificación (en el volumen II). Las cuestiones de dominio político las habían discutido con mayor extensión Marx y Engels, pero en su mayoría con respecto a las condiciones sociales que no prevalecían en Rusia, y que, después de 1918, habían ido desapareciendo de Occidente. Difícilmente puede sorprender, pues, que los padres fundadores no se preocuparan demasiado de las instituciones de la democracia parlamentaria desde el momento en que las consideraban adecuadas a la sociedad liberal, y por consiguiente de ningún interés concreto para los socialistas, salvo en el claro sentido de que el movimiento obrero tenía que aprovecharlas. Por otra parte, su aversión por las utopías doradas les libraba del intento de anticipar el modelo político de una sociedad socialista. Aparte de las observaciones esquemáticas de Marx sobre los experimentos emprendidos por la Comuna de París y su referencia casi jacobina a la «dictadura del proletariado» durante el período de transición¹, sus seguidores quedaron sin orientación. Es cierto que Marx no era realmente tan utópico como tan a menudo suele considerársele. Fue Engels y no él quien, no antes de la década de 1870, comenzó a afirmar que el Estado se «extinguiría»². Sus propias insinuaciones ocasionales eran lo bastante ambiguas para dejar lugar a la sugerencia de que incluso en el estadio supremo de la sociedad comunista no desaparecería completamente el Estado³. De forma más inmediata, su hincapié en la necesidad de una dictadura transitoria puede aportarse como prueba de que hubiera aprobado la experiencia leninista. Pero toda esa labor de exégesis conduce a un punto muerto ante la evidente imposibilidad de encuadrar la doctrina marxista con la realidad de la dominación comunista moderna. La pura realidad es que el totalitarismo aparecía tan poco en la filosofía de Marx como en la de Mill. En este aspecto el liberalismo y marxismo clásicos tienen más en común de lo que ninguna de las partes había sospechado antes de 1918.

1. *Crítica del programa de Gotha*, MESW II, pág. 30.

2. *Anti-Dühring*, Moscú, 1954, pág. 389.

3. MESW II, pág. 30: "Se plantea entonces la cuestión de qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista. En otros términos, la de las funciones sociales que seguirán en pie que sean análogas a las funciones actuales del Estado. A esta cuestión sólo puede responderse científicamente..." Para una discusión esclarecedora del problema, cf. S. F. Bloom, "The 'withering away' of the State", *Journal of the History of Ideas*, vol. VII, n.º 1, Nueva York, enero de 1946.

La actitud de Marx frente al Estado estaba estrechamente vinculada con su teoría de la clase y, como ésta, era un producto de la época liberal. Aun a riesgo de alguna simplificación su postura puede sintetizarse diciendo que el Estado es un epifenómeno de la lucha de clases. Una clara formulación de esta doctrina —que por lo demás no era muy distinta en realidad de la que dominaba en la concepción democrática de Occidente, si bien se oponía decididamente a la adoración hegeliana del Estado endémica en Alemania —se encuentra en una expresión suya muy temprana, de dos años después de la publicación del *Manifiesto Comunista*. Comentando una obra francesa de la época que abogaba por el abandono virtual de la administración centralizada y el establecimiento de un sistema fiscal que se regulase a sí mismo, observaba Marx que la sociedad burguesa no podía prescindir del Estado, aunque sus funciones pudieran reducirse al nivel que prevalecía entonces en Norteamérica:

Tras la abolición del impuesto se halla oculta la abolición del Estado. La abolición del Estado sólo tiene sentido para los comunistas, en cuanto resultado necesario de la abolición de las clases, con lo que la necesidad del poder organizado de una clase que someta a las demás desaparece por sí misma. En los países burgueses la abolición del Estado significa la reducción del poder estatal hasta el límite alcanzado en Norteamérica... En los países feudales la abolición del Estado significa la abolición del feudalismo y el establecimiento del conocido Estado burgués¹.

El Estado es el producto del dominio de clase, y la sociedad clasista está llamada a desaparecer con el paso al comunismo, que se define como «una asociación que excluirá a las clases y su antagonismo» y en donde, en consecuencia, «no existirá ya un poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el compendio oficial del antagonismo existente dentro de la sociedad civil»². La ya común objeción de que la desaparición de la vieja sociedad no haría más que dar origen a una nueva forma de dominación de clase y, por consiguiente, a una nueva forma de presión política, queda contrapesada por la aseveración de que la clase trabajadora no puede emanciparse sin deshacerse totalmente del dominio de clase, «de

1. Recensión de *Le Socialisme et l'Impôt*, de Emile de Girardin (París, 1850), en *Neue Rheinische Revue*, n.º 4, abril de 1850 (cf. Mehring, *Nachlass*, vol. III, pág. 438).

2. Marx, *Miseria de la filosofía*, en MEGA I/6, pág. 227.

la misma forma que la condición de la emancipación del tercer Estado, el orden burgués, era que hubiesen sido abolidos todos los órdenes y estados»¹. Este hábil argumento no puede calificarse de otro modo que de una evasiva a la cuestión: la misma circunstancia de que la desaparición de los estados no desembocó en el reino prometido de la libertad, podría haber apuntado la conclusión de que la evolución de las clases no lograría tampoco convertir la sociedad en realmente autónoma. Sin embargo, dentro de estos límites el argumento encierra una realidad: las clases, al igual que los Estados, son formas de organización social transitorias, y la clase oprimida, al igual que el opresivo orden medieval anterior, sólo puede alcanzar sus fines transformando la sociedad de la que forma parte.

Antes de volver al análisis del concepto que tenía Marx de clase a la luz de la posterior realidad, merece la pena recordar que su hostilidad al Estado la mantuvo a raya la doctrina de dominio político durante el período de transición, decididamente autoritaria: antes de ser arrojado a los despojos de la historia el Estado había de asumir poderes dictatoriales. Dicho de otra forma, la autoridad daría paso a la libertad, una paradoja típicamente hegeliana que no embarazaba a Marx, si bien alarmó a Proudhon y a Bakunin, hegelianos ambos como él pero temperamentalmente inclinados a sospechar que la autoridad no haría más que engendrar autoridad. Los tres, podía añadirse, tenían esto en común: observaban la transformación futura a la luz de la «revolución burguesa» tal como había adquirido forma desde el siglo XVIII, particularmente en Francia; estribando la diferencia en que Marx se inclinaba por el Estado como el principal instrumento de cambio político mientras que afirmaba simultáneamente que la revolución provocaría la desaparición del Estado. Llegados a este punto es donde luego se insertó el modelo leninista dentro del marco de la concepción de Marx. Paradójicamente, el trato despectivo que infería Marx al Estado en cuanto mero instrumento de reconstrucción fue lo que permitió a los comunistas modernos oscurecer su función de promover la «reorganización total» de la sociedad. El Estado en cuanto epifenómeno de la lucha de clases y el Estado como factor primordial del cambio revolucionario existen en planos diferentes de la complicada estructura marxiana. Ya se trate de si el marxismo aparece como una teoría de la sociedad burguesa, o se le utiliza como doctrina de la revolución social, el acento se traslada de un aspecto al otro, aunque la tensión nunca desaparece por com-

1. *Ibíd.*, pág. 196.

pleto. El único modo de suprimirla es imponer una prohibición general de conciencia política, y en particular de análisis realista de las instituciones políticas. Esto es lo que explica la circunscripción de que se ignore en la URSS la sociología de las instituciones. Cualquier intento de introducirla socavaría el tabú oficial que rodea a ideas tales como la de que en la Unión Soviética la clase trabajadora adquirió el poder político y «dejó de ser proletariado en el estricto... sentido del término»¹.

Aunque el desarrollo gradual de la doctrina leninista-estalinista sobre el Estado refleja claramente el desarrollo de nuevas relaciones jerárquicas en la sociedad soviética, que privan de sentido a las consignas igualitarias proclamadas en 1917, la inadecuación de esta doctrina tiene orígenes más remotos. Ya nos hemos referido a la imprecisión que afectaba desde un principio a la doctrina de Marx de la función a desempeñar por el Estado en la historia. A esto hay que añadir la concepción no menos paradójica de «dominio» político de una clase a la que se consideraba como la negación dialéctica de la burguesía socialmente dominante. Esta idea aparece ya en el *Manifiesto Comunista*, donde «el primer paso de la revolución» se define como el acto que «elevatorá al proletariado a la posición de clase dominante, a ganar la batalla de la democracia»². Dejando aparte el hecho de que en 1848 el proletariado no se hallaba en mayoría en ningún sitio, y que la única revolución que se planteaba entonces era precisamente una revolución «burguesa», resulta clara una paradoja que representa la idea de entregar el control político a quienes casi por definición se hallan en la sociedad sin poder efectivo. Por el contrario, si se considera a la clase trabajadora como «la que dirige» al pueblo en su conjunto, de manera que su «imperio» es sinónimo de democracia, nos enfrentamos con lo que constituye probablemente el más viejo de los enigmas dentro de la historia del pensamiento político: si «el pueblo» es el gobernante, ¿sobre quién se gobierna?³. A esta pregunta se le ha contestado de diversas maneras desde su primera formulación en los tiempos de la Antigüedad clásica, constituyendo la típica so-

1. *History of the Communist Party (Bolsheviks)*, Moscú, 1939, ed. inglesa, páginas 314-15. Aunque sustituido el año 1959 por una historia revisada del partido, las tesis fundamentales de este conocido manual —el denominado *Breviario*— no se habían abrogado; en realidad es difícil saber cómo podían abandonarse sin renunciar al conjunto de la concepción leninista.

2. MESW I, pág. 53.

3. Cf. Richard Wollheim, "Democracy", *Journal of the History of Ideas*, Nueva York, abril de 1958, vol. XIX, n.º 2, págs. 225 y ss.; respecto a la tensión creciente dentro de la doctrina soviética entre mito y realidad, cf. H. Marcuse, *Soviet Marxism*, págs. 120 y ss.

lución moderna la doctrina del dominio de la mayoría dentro de un sistema representativo; pero en 1848 a Marx y Engels les resultaba imposible adoptar esta postura debido a su creencia de que el sistema representativo camuflaba la dominación de la minoría propietaria. De aquí que se vieran obligados a retornar a la idea jacobina de una dictadura temporal que desbrozara el terreno para un nuevo orden «en el que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos». Esta concepción no sólo era incompatible a corto plazo con la democracia; se hallaba en plena oposición al carácter efectivo del movimiento obrero, conforme iba librándose gradualmente del modelo político de la «revolución burguesa» y desarrollaba sus propias ideas y modos de comportamiento. Se puede hacer frente a la dificultad (como hicieron la mayoría de los socialistas a partir de 1871), considerando el *Manifiesto* como una salida juvenil por parte de sus autores, pero no cabe permanecer ciego a la fundamental importancia que encerró para la estrategia de Lenin. La realidad es que en 1917 al partido bolchevique no le era posible otra exposición razonada, toda vez que se había determinado por la conquista del poder. Más aún, una vez que se había adoptado la fatídica decisión, se convirtió en una necesidad psicológica afirmar que la doctrina no sólo resultaba adecuada para países atrasados, sino para el mundo en general. De ahí la obstinada negativa a admitir que, bajo el capitalismo, el Estado pudiera ser algo más que el «consejo de administración» de un número de monopolistas cada vez menor; y la igualmente ciega incapacidad de percibir que el movimiento obrero acaso no pueda abandonar su vínculo con la democracia.

En consonancia con los hechos, los rudimentos de una doctrina del Estado que superara la idea de «consejo de administración» se hallaba ya presente en los escritos de Marx y Engels desde el momento en que reconocían la verdad evidente de que cualquier gobierno, aun con todos sus compromisos de clase, se halla obligado a representar los intereses esenciales de la sociedad como un todo¹. Estas y otras derivaciones se tornaron importantes para los marxistas soviéticos así que la era estalinista hubo fomentado un énfasis un tanto falto de ortodoxia respecto al «papel creador» de la «superestructura política». Por aquel entonces, sin embargo, se había vuelto imposible aproximarse al

1. Cf. Engels, *El origen de la familia...*, MESW II, pág. 290: "En cuanto el Estado surgió de la necesidad de dominar los antagonismos de clase... es por principio el Estado de la clase más poderosa, económicamente dominante..." De cualquier forma, esto sugiere que el Estado armoniza en ocasiones los conflictos sociales a la vez que sirve a los intereses de la clase dominante.

problema de modo realista, puesto que todo análisis serio del régimen hubiera abocado a desvelar su verdadero carácter. En consecuencia la teoría soviética se distingue por un intento persistente, si bien infructuoso, de demostrar que en la URSS el Estado sirve al interés general, sin estar hipotecado a quienes detentan su dominio efectivo. Esta ingenua determinación de prescindir de los componentes más elementales del pensamiento marxista en lo que a la URSS concierne queda facilitado por el papel efectivo del partido comunista en cuanto mediador entre los estratos privilegiados y las masas. Como el partido sabe que hace lo que todo poder gobernante debe hacer, es decir, mantener el equilibrio entre la clase socialmente dominante y la población trabajadora, puede negar con una perfecta buena conciencia la acusación de servir los intereses de la capa superior privilegiada. Lo que sus ideólogos no logran ver es que el Estado soviético no es el único que armoniza conflictos sociales, preserva la ley y el orden y opera en general como el órgano ejecutivo de la sociedad como un todo. La posibilidad de que semejante estado de cosas exista fuera de las fronteras del «campo socialista» se niega obstinadamente, y de ahí la total esterilidad del pensamiento político soviético. Este pensamiento combina, en efecto, la estrechez sectaria del enfoque leninista original con la característica dobles de todo régimen autocrático que no osa someter sus mandatos a la ratificación popular. Incluso si se salvara gradualmente esta falla —lo que en principio no es algo imposible conforme el nuevo orden se va convirtiendo en más o menos aceptable para la mayoría—, el carácter ideológico del pensamiento soviético estará llamado a perpetuarse mientras sus presupuestos sigan sin cuestionar.

Lo que caracteriza a toda ideología es la discordancia entre el actual estado de cosas y la presión socialmente determinada por reorganizar la realidad a la luz de ciertas ideas dominantes que pueden estar totalmente en desacuerdo con lo que los individuos saben que sucede dentro de los límites de su propia experiencia. Esta es la razón por la que bajo un régimen totalitario la existencia privada de la gente se convierte en una fuente de peligro. Puesto que las necesidades individuales no pueden satisfacerse en la práctica —y menos aún la necesidad de libertad—, la pretensión de que la libertad y la democracia han sido ya establecidas contrasta directamente con la general visión de que la realidad difiere de cómo se la presente en el seno del sistema oficial de creencias o creencias a medias. Esto lleva al escepticismo, que a su vez pone en peligro la capacidad del Estado del partido para movilizar las energías populares en provecho de

una «ingeniería social» más avanzada. Como lo consustancial a un régimen totalitario es su carácter dinámico, no puede funcionar en una atmósfera de indiferencia pública. Una autocracia conservadora no precisa otra cosa que una obediencia pasiva, por la sencilla razón de que sus objetivos no son otros que mantener las cosas tal como están. Un régimen que persigue remodelar la sociedad se ve lanzado hacia el totalitarismo por la lógica de su propio funcionamiento, y este impulso obliga a las ideas, de la misma manera que a las circunstancias materiales, a cambiar su forma de acuerdo con el objetivo central de dotar de agilidad al mecanismo revolucionario. En esta atmósfera candente, la consistencia teórica y la veracidad se cuentan entre las víctimas primeras y más habituales. Por esto no debería sorprender que la relación entre Estado y sociedad —que constituye por lo demás el principal problema del totalitarismo soviético— se encuentre rodeada por una barrera de tabús que resulta impenetrable a los meros razonamientos. La ideología oficial desempeña el servicio fundamental de proteger a los guardianes del *statu quo*, designados por sí mismos, del peligro de alcanzar una idea demasiado clara de su verdadero papel.

A críticas de este tipo el marxismo soviético suele responder atacando las creencias que muestra el crítico. Recurre en forma alternativa unas veces a los «meros» hechos, y otras a la verdad «más elevada» o «más profunda», asentada en el firmamento doctrinal. El argumento reza en forma parecida a la siguiente: uno no puede criticar la realidad soviética sin invocar implícitamente una ideología y un objetivo opuestos al marxismo-leninismo; pues no puede formularse una crítica que no suponga un compromiso con fines determinados, y esos fines son socialistas o antisocialistas; de aquí que quien se presenta como crítico de la realidad soviética se sitúe por principio en oposición al logro del socialismo; lo cual era precisamente lo que había que demostrar. Ahora bien, uno debe ciertamente tener cuidado de no caer en la trampa empirista de recurrir a montajes ideológicos de los supuestos hechos que, en definitiva, resultan con frecuencia, una vez sometidos a análisis, no ser otra cosa que simples montajes rivales. Pero el carácter vicioso del razonamiento debe, no obstante, quedar manifiesto: comienza por afirmar la verdad fáctica de ciertas formulaciones, así por ejemplo, la afirmación de que el totalitarismo soviético representa la forma política de un orden socialista democrático; cuando se discuten esas aseveraciones replica que el ataque supone una perspectiva teórica diferente e inferior, y que debe echarse mano de una teoría conveniente, a saber, la suya. Este tipo de habilidad ver-

bal puede ser efectiva con fines de discusión, pero su falacia se hace aparente tan pronto como se contrasta el significado tradicional de ciertos conceptos políticos —clase, Estado, socialismo, democracia— con el uso que de ellos se hace dentro de la doctrina leninista-estalinista. Los guardianes de esta doctrina no pueden prestarse a una verdadera confrontación con modos de pensamiento contrarios, ya que la consistencia interna de su enfoque depende de la capacidad de manejar determinados conceptos clave de tal manera que eliminen la apariencia de un desacuerdo entre teoría y práctica. A uno le basta considerar el fantástico argumento de que una multiplicidad de puntos de vista políticos se corresponde con la presencia real de intereses antagónicos de clase, de todo lo cual se deduce que el dominio del partido único constituye la forma ideal de democracia socialista. La manera en que «el partido» —o lo que es lo mismo, en última instancia, la oligarquía dominante que controla *inter alia* la maquinaria central del partido— interpreta su propia función se halla estrechamente ligada a su capacidad para operar en calidad de élite política de una sociedad que niega cualquier distinción entre gobernantes y gobernados. Dentro de este terreno, como ocurre en otros, la crítica efectiva de una ideología consiste en poner al descubierto lo que permanece oculto en el fondo del tintero doctrinario.

SOCIALISMO Y CONFLICTO DE CLASES

El marxismo, que considera al conflicto de clases como la principal característica del cambio histórico, no puede decirse que haya operado con una idea definida de lo que constituye una clase. Frecuentemente se ha hecho notar la paradoja de que la obra fundamental de Marx se interrumpe en el momento en que su autor por vez primera trataba una consideración sistemática del tema. Sin embargo, las notas fragmentarias reunidas en este capítulo sin concluir son suficientes para mostrar que para Marx, como sus predecesores de la economía clásica, el campo de estudio venía señalado por la división existente de la sociedad europea en terratenientes, propietarios de capital y trabajadores sin propiedad; y la cuestión a que había que responder era «¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en los factores (*Bildner*) de las tres grandes clases sociales»¹. Por consiguiente, se dio por sentado el modelo teórico ya conocido de Ricardo. Incluso antes de la quiebra ligada a la revolución industrial, la idea general básica adquirió preeminencia en la literatura de la época precedente. Que «quienes poseen y quienes carecen de propiedad constituyeron siempre intereses distintos dentro de la sociedad,

1. Cf. *Capital*, vol. III, cap. 52. Entre la reciente literatura sobre el tema se distingue por su amplitud de miras *Class and Class Conflict in Industrial Society*, de R. Dahrendorf, Londres, 1959; para una defensa matizada del enfoque marxista, cf. M. Dobb, "The Economic Basis of Class Conflict", en *On Economic Theory and Socialism*, Londres, 1955, págs. 93-103; R. Schlesinger, *Marx*, págs. 212 y ss.; para una apreciación de la doctrina de Marx con arreglo a un patrón de historia intelectual, cf. S. F. Bloom, "Man of his Century: a reconsideration of the historic significance of Karl Marx", en *Journal of Political Economy*, Nueva York, vol. LI, n.º 6, diciembre de 1943, págs. 494 y ss.

fue una circunstancia perfectamente conocida de los autores de la Constitución americana, quienes probablemente no necesitaron a Madison para que les informase de que los intereses financieros, manufactureros y otros, surgen por necesidad en las naciones civilizadas, y las divide en clases diferentes, animadas por sentimientos e ideas distintos»¹. Por la época en que los fisiócratas, los historiadores escoceses, y el propio Adam Smith, habían formulado la concepción del siglo XVIII sobre el tema, poco quedaba que añadir a Ricardo, o a Marx por elaborar, en lo que se refiere al principio general. Con todo, siendo relativamente estática, la sociedad preindustrial no dotó el concepto de clase con un significado operativo. Se negó casi siempre para distinguir las diferentes «categorías» de un orden social todavía jerárquico en muchos aspectos, y considerado como permanente incluso por sus críticos.

En su sentido característico moderno, la noción de clase —como distintiva de la categoría o estado— puede decirse que había surgido durante la Revolución Francesa, a partir de la constatación empírica de que la eliminación de los privilegios legales no daba por sí misma la igualdad social, sino que ponía de manifiesto un conflicto permanente de intereses que dividían la minoría propietaria de la masa del trabajador pobre. En su forma embrionaria esta doctrina sigue siendo compatible con la postura presocialista adoptada por los jacobinos de izquierda que prepararon el camino de los «socialistas utópicos». Hacia la década de 1830, cuando el ala radical de la intelectualidad había puesto en marcha el movimiento socialista en Francia y Gran Bretaña, se añadió un elemento dinámico gracias al descubrimiento de que los antagonismos de clase se habían hecho más agudos con la Revolución Industrial. La conjunción de esas ideas dotó de un sentido nuevo y expresivo a la idea radical de la democracia en cuanto la autonomía de la mayoría no privilegiada. El socialismo como movimiento idealista político aparece desde el instante en que los intelectuales radicales, que operan en calidad de representantes, identifican al proletariado industrial recientemente formado, como la clase destinada a heredar la tierra. Hacia 1848, con el incremento de la altura intelectual consiguiente a la fusión del socialismo con la economía política, Marx

1. *The Federalist* (ed. 1937), pág. 56. Cf. Locke, *Of Civil Government*, par. 94: "El gobierno no tiene otro fin que el de preservar la propiedad". A. Smith, *Wealth of Nations* (Ed. Cannan, Nueva York, 1937), pág. 674: "El gobierno civil, en cuanto es instituido para la seguridad de la propiedad es instituido en realidad para la defensa del rico contra el pobre, o de aquellos que tienen alguna propiedad contra aquellos que no tienen ninguna".

pudo formular en el *Manifiesto Comunista* la nueva posición de una forma más radical a las protestas simplemente moralizantes de sus predecesores socialistas. Puede afirmarse, si así se desea, que entre 1776 —cuando Adam Smith y Thomas Jefferson sintetizaron simultáneamente la doctrina de la sociedad del siglo XVIII— y 1848, cuando Marx arremetió contra esa doctrina, la «revolución burguesa» había descrito su curso en Occidente. Sin embargo, hay que advertir que Marx continuó usando el tradicional modelo de tres clases sociales heredado de Smith. La clase, en cuanto concepto socioeconómico, pertenece a la época burguesa y es discutible si puede operar en circunstancias que la propiedad de los medios de producción no constituye ya la línea divisoria típica entre los principales grupos de la sociedad.

Sin embargo, no sirve de mucho afirmar la posición de Marx sin referirla a lo que trataba de realizar. Esta consideración desecha en gran parte de lo dicho sobre el tema por autores que luego resulta no están interesados en problemas históricos. Porque la teoría marxista se halla exclusivamente interesada en el cambio histórico, y en lo que supone que es su mecanismo característico, el conflicto social. No tiene relación con «la conquista del *status*» o cualquier otro fenómeno que carece de significación a largo término. Si se calibrara esto debidamente no se trataría de probar lo equivocado que estaba Marx cuando invocaba las «diferencias de *status*» como distintas a las relaciones de clase. En efecto, Marx no desconocía desde luego el entramado de la vida social: como hombre de la Inglaterra victoriana difícilmente podía dejar de advertir la compleja interacción de clase y relaciones de casta, y de hecho sus obras proporcionan amplias pruebas de que —como cualquier otro observador decimonónico de la escena social— se percataba de su significación¹. En donde difería de los sociólogos e historiadores contemporáneos era en el ángulo particular de visión desde el que observaba la conversión de las formas de dependencia precapitalista en relaciones de clase, es decir, relaciones que no se regían por el *status* legal o social sino por la propiedad y, en

1. Cf. su distinción —a la que ya nos hemos referido— entre la “casta gobernante” británica y la clase media, que ostentó posteriormente el poder político efectivo pero que no le importaba ejercerlo. Ni tampoco había que enseñar nada a Engels, con su ambiente manchesteriano, sobre la tensión latente entre la “situación dominante” oligárquica y los fabricantes de provincias; y ambos estaban por supuesto plenamente al corriente del entramado social todavía más complejo de su Alemania nativa. Cualquiera que desarrollara una actividad política tenía que advertir por fuerza esas circunstancias. La idea de que el “*status*” es un hallazgo moderno sólo puede ocurrírsele a personas que siempre han estado encerradas dentro del ámbito universitario.

última instancia, por la propiedad de los medios de producción. La transformación era un fenómeno observable; la cuestión era a qué iba a conducir. Por los motivos que ya se han discutido¹, la doctrina de Marx de las relaciones de clase bajo el capitalismo industrial era innecesariamente pesimista, pero esta previsión dimanaba de su análisis del mecanismo económico, no de su modelo sobre la clase. Este era simplemente una extrapolación de los conflictos sociales de la época, que lanzaba a los terratenientes, fabricantes y obreros a luchar entre sí, aunque también fomentaba entre ellos alianzas temporales.

La sociología de la clase de Marx resulta en una fusión de elementos históricos y económicos de los que el más conocido es el de la «plusvalía». Sin que sea por ello, ni mucho menos, el mejor entendido. En el fondo, es una forma de afirmar que el hecho histórico de que en todo tipo conocido de sociedad una minoría se ha mostrado capaz de vivir a costa de los que desempeñan el trabajo físico. El control de los medios de producción constituye el factor estratégico, porque permite a la minoría obligar a los demás al trabajo. Es evidente que en este caso el término «clase obrera» se define de manera que constituya una explicación tanto del hecho de la subordinación social como del fenómeno de las rentas de capital. La sociedad clasista opera por definición de manera que sitúa el poder efectivo fuera del alcance de aquellos cuyo trabajo no retribuido sostiene a la minoría privilegiada en el control de los instrumentos de producción. La doctrina del Estado se deriva de esos supuestos. Su formulación más breve y profunda aparece en el pasaje en donde Marx observa que «la forma específica en que el trabajo sobrante no retribuido se detrae a los productores inmediatos determina la relación de dominación y sometimiento», cuya relación constituye a su vez «el secreto último, el fundamento oculto de toda la construcción de la sociedad, incluyendo los patrones políticos de soberanía y dependencia, en resumen, de una forma de gobierno dada»². La clase que controla los medios de producción (incluyendo los medios de producción intelectual) empuña el poder político efectivo. Los conflictos internos que surgen en el seno de este estrato pueden alterar el modelo subyacente, pero normalmente no lo destruyen. Las verdaderas revoluciones sociales, que representan siempre la sustitución de una clase por otra, son raras. Las que acostumbran a tenerse por tales no son más

1. Cf. parte IV, cap. 5, *passim*.

2. *Das Kapital* (ed. 1949), vol. III, págs. 841-2; cf. *Capital* (ed. Moscú 1960), vol. III, pág. 772.

que meras conmociones políticas que no alteran la estructura de clase fundamental aunque pueden actuar sobre ella.

Si este modelo es o no adecuado con referencia a la «revolución burguesa», y más generalmente a la sociedad burguesa, no es preciso que nos preocupe ahora. En cualquier caso es empírico y científico. Su principal fallo podría residir en su incapacidad para distinguir metódicamente entre clases socialmente dominantes y estratos políticos dominantes. No se trata de que Marx desconociera la distinción, pero aunque ocupa ésta un lugar muy destacado en sus escritos políticos, no desempeña un papel real en su sistema teórico. Conforme a sus postulados esta postura era defendible, puesto que si el poder político era un mero epifenómeno de un modo concreto de organización social, la evolución a largo término podía analizarse con arreglo a éste. En esta actitud le guiaba con probabilidad, pero con completa ignorancia de ello, la relación efectiva entre la aristocracia territorial y la burguesía industrial de la Europa del siglo XIX, que en realidad podía discutirse conforme a tales premisas, aunque la mera existencia de un atrincherado estrato gobernante que no constituía ya la clase social dominante podría haber implicado problemas difíciles para el futuro. El hecho es que Marx no lo investigó muy sistemáticamente. Advirtió la posición de mando de la burocracia estatal de la Europa del continente, pero no le prestó más que una atención ocasional. Sus referencias a la burocracia son siempre despectivas y resulta evidente que la consideraba como una «casta» artificial carente de dinámica propia —aparte de su tendencia a aumentar— e incapaz de desempeñar un papel independiente y socialmente importante. Si el Estado se mostraba entonces y ahora en sus intervenciones bajo el cariz de mediador —así por ejemplo bajo el bonapartismo— era una anomalía temporal que no sobreviviría al enfrentamiento de intereses e ideas entre las clases «verdaderas» de la sociedad¹.

Según el modelo marxista las clases no son «categorías de ingresos», ni equivalen a los estratos sociales que se derivan de la división del trabajo. Antes bien, aparecen definidas por la propiedad, un concepto que no hay que entender con arreglo a la riqueza, sino de modo dinámico, como «propiedad de los medios de producción», sujetos a su vez a un constante cambio

1. Cf. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, MESW I, págs. 332 y ss. La despectiva actitud de Marx hacia la burocracia parece haber nacido de su ambiente renano. Al igual que otros pensadores radicales de su tiempo, se sentía más profundamente afectado de lo que él mismo advertía por la concepción de la era liberal que en este caso no resulta ya de mucha ayuda.

tecnológico¹. Puesto que el control sobre los medios de producción es la clave del poder social e indirectamente por tanto del poder político, cada clase representa un conjunto de relaciones que se mantienen unidas por un interés predominante. Las clases sociales se basan por definición en «relaciones de producción» que a su vez dan origen a relaciones de ingresos. Su poder político surge de las «relaciones de producción»². El poder *económico* latente deviene *socialmente* efectivo a través del instrumentalismo de la *política*. Cuando se ha alcanzado este estadio final puede decirse que la clase ha alcanzado su pleno desarrollo. Una clase carente de poder político —y *a fortiori* una clase sin conciencia de su posición dentro de la sociedad— todavía no está plenamente constituida en cuanto clase. Es evidente que toda esta elaboración tiene poco en común con los modelos estáticos utilizados por la sociología académica, con su énfasis en el funcionamiento de una «estructura» dada. No es que tales modelos no puedan construirse con la ayuda de conceptos marxistas; pero no llegan a ser marxismo. Pues para que sea marxista una teoría del cambio social debe insertarse dentro de una perspectiva *histórica*.

¿Debe ligarse asimismo a la perspectiva concreta que dedujeron Marx y sus seguidores de su análisis del capitalismo del siglo XIX? Para Marx la cuestión carecería de sentido, puesto que su pensamiento sobre la sociedad apareció en calidad de producto secundario de su crítica de la sociedad *burguesa*. Los sociólogos modernos que emplean el aparato conceptual marxista se sitúan a todas luces en una posición diferente. No existe ninguna razón por la que tengan que recurrir a extrapolaciones de las luchas sociales de su época o suscribir su combinación de sociología económica con la teoría del conflicto de clases tal como aparece encarnada dentro de la «revolución burguesa». En particular, los historiadores sociales pueden utilizar la noción marxista del conflicto de clases como el elemento dinámico dentro de la historia, sin que por ello se comprometan con ninguna orientación concreta³. Ciertamente su teoría general puede

1. Para un análisis detallado de este tema cf. Dahrendorf, *op. cit.*, págs. 11 y ss.; el problema viene complicado por la naturaleza casual y asistemática de las manifestaciones de Marx sobre el tema, pero su sentido puede averiguarse sin demasiada dificultad.

2. O de la no producción: el proletariado de la Roma imperial era una clase no productiva y *por consiguiente* carecía de poder político real, aunque naturalmente tuvo que mantenerse acallada con ayuda de compensaciones políticas; éstas las distribuía una clase gobernante inamovible que había monopolizado efectivamente el poder.

3. Cf. Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory*, Glencoe, 1954, págs. 323

interpretarse en una dirección netamente conservadora: al fin y al cabo las clases dominantes actúan como depositarias de la tradición, incluyendo la tradición cultural, y por tanto tienden a estabilizar un orden social dado por lo menos mientras las relaciones de producción que constituyen la base sean realmente estables. Una clase que mantiene el grado de cohesión social necesario para el funcionamiento del sistema económico, desempeña evidentemente un papel esencial, y los privilegios ocasionales que pueda haber adquirido son fácilmente justificables sobre esas bases.

En la realidad de los hechos puede dudarse de si el concepto marxiano de clase dominante que monopoliza el poder político y económico puede resultar plenamente aplicable a toda discusión posmedieval. La sociedad feudal europea —una creación única jamás repetida en la época antigua ni en la moderna— representa un sistema semejante y el dilatado reino de su «clase» dominante se plasmó profundamente en la conciencia de la burguesía urbana naciente que se las ingenió para socavar gradualmente sus posiciones. Incluso después de que había sido quebrantado el monopolio aristocrático de poder militar y político, la nobleza terrateniente siguió manteniendo una posición privilegiada, y durante mucho tiempo impuso sus normas a unos estratos sociales que estaban empezando a oponérsele. En este aspecto el caso de la Alemania del siglo XIX es de particular significación porque la perspectiva de Marx estaba configurada en la lucha para transformar una sociedad rígidamente estratificada todavía de carácter preburgués y cuyos intelectuales de izquierda trasladaron con toda naturalidad sus propios modos de pensar al movimiento obrero en formación. Ésta es la fuente última de su «jacobinismo». Por el contrario, la actitud mental que esta sociedad forjaba en la juventud rebelde de clase media era inevitablemente de carácter aristocrático, en el sentido de que su visión estaba conformada inconscientemente por una educación clásica que había conservado los ideales de la *polis*, es decir, la realización histórica de la aristocracia griega. El ideal de Marx de una personalidad desarrollada libremente es a todas luces clásico y aristocrático, no es específicamente «burgués», pero tampoco es por supuesto «proletario». En esto no era Marx un caso único, desde luego. La filosofía clásica alemana de su tiem-

y ss. Ni, como se podría añadir, están obligados a "escoger" entre el *modus operandi* de Marx y el de la escuela alemana fundada por Max Weber. Como se ha hecho observar correctamente, la sociología weberiana de la religión encaja totalmente y sin dificultad dentro del esquema marxista.

po se mantenía en pie y recibía su savia del culto a la Antigüedad. Su *ethos* se basaba en una fusión de componentes aristocráticos y burgueses muy distinta al utilitarismo vulgar de Bentham y de sus partidarios que Marx consideraba tan lamentable. Así pues, nos encontramos ante el hecho curioso de que Marx protestase contra la sociedad burguesa en nombre de la *polis* ideal aristocrática, mientras que confesaba al mismo tiempo que había descubierto en la sociedad burguesa otra clase dominante similar a la nobleza que durante tanto tiempo había detentado el poder en Europa occidental. Pero el monopolio aristocrático del poder, como Marx conocía perfectamente, se había basado originalmente en una combinación única de tenencia de tierras, dominio territorial sobre campesinos no libres, y la posesión exclusiva de la fuerza militar a través del instrumento de la caballería armada. Ninguna concentración semejante de poder militar, social y económico se hallaba a disposición de la burguesía europea, y menos de la burguesía alemana cuya debilidad indujo originalmente a Marx a depositar sus esperanzas en el proletariado. Si no obstante llegó él a asignarle una posición dentro de la sociedad correspondiente a la que ocupaba la aristocracia de la Europa medieval, incurría en una total falta de consistencia, salvo en las no muy frecuentes ocasiones en que argumentaba que en su forma «pura» la sociedad burguesa no podía hallarse más que en los Estados Unidos. No puede decirse que fuese equivocado este modelo de tres clases; sino que se adaptaba a un estado de cosas sólo plenamente desarrollado en la Europa occidental, y dentro de ese área podía haber apuntado una conclusión un tanto distinta. En efecto, si Europa había constituido un hecho único al haber dado origen al feudalismo primero, y luego a la sociedad burguesa, era improbable que hubiese sido también la sede geográfica de la próxima y principal transformación social. El simple hecho de que la burguesía europea hubiera abandonado en buena parte el poder político a la aristocracia, o formado una simbiosis con ella, podría haber indicado a Marx que la sociedad industrial posburguesa evolucionaría en lo fundamental sobre un suelo no sobrecargado con tantas formaciones antiguas.

La incapacidad para distinguir el concepto de clase histórica del de estrato social constituye la fuente de la mayoría de los fracasados intentos llevados a cabo por los sociólogos de nuestros días para utilizar fragmentos aislados de la teoría de Marx negando simultáneamente su inflexión histórica. El reconocimiento de esta circunstancia es cada vez más usual en la literatura moderna, donde se la suele combinar con un análisis de la so-

ciudad poscapitalista conforme a módulos derivados de la sociología marxista divorciada no obstante de la perspectiva política con la que acompañaba Marx su cuadro general¹. Esas obras carecen por fuerza del atractivo intelectual engendrado por una doctrina que unifica las categorías históricas y sociológicas al modo marxista. Puede afirmarse sin embargo que el propio Marx no logró establecer la correspondencia necesaria entre el concepto de clase y el de época histórica. Como hemos visto, sus clases se distinguen de los estratos sociales ordinarios en que cada uno corresponde a un estadio concreto de la evolución de la sociedad. La clase terrateniente, por ejemplo, representa el orden feudal con su cultura aristocrática y las formas consiguientes de vida espiritual, a la vez que manifiesta una fase particular dentro del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, una determinada disposición de las relaciones económicas, y un tipo definido de soberanía económica. De la misma forma la época burguesa se caracteriza por un conjunto de rasgos históricamente condicionados ligados a la evolución de una nueva forma de organización socioeconómica y que determina un modo específico de vida y una cultura única. Sólo en relación a esas fases anteriores de la historia adquiere el socialismo la dignidad de un principio derivado en última instancia del papel desempeñado por el trabajo, capaz de sustituir a formas anteriores de organización. A diferencia de las «épocas del espíritu» de Hegel, a las que en apariencia se asemejan estrechamente, los «estadios históricos» de Marx se prestan a un estudio empírico; pero es precisamente esto lo que ha llevado a toda la elaboración a un extremo confuso, pues la clausura de la época burguesa no ha producido los resultados que se esperaban. La sociedad industrial posburguesa, sea capitalista o socialista, no concuerda con las expectativas que se hallaban en circulación durante el siglo XIX. Si no se vislumbra ninguna nueva clase dominante que pudiese ocupar el puesto de la aristocracia o la burguesía, existe al menos la estratificación de un tipo que disgusta tanto a los liberales como a los socialistas. Además, la clase trabajadora, lejos de dar origen a una tendencia espontánea hacia la democracia socialista, ha mostrado una alarmante inclinación a unirse con las pautas de dominación sociopolítica que prometen garantizar

1. Dahrendorf, *op. cit.*, pássim; G. D. M. Cole, *Studies in Class Structure*, Londres, 1955; T. B. Bottomore, *Classes in Modern Society*, Londres, 1955; T. H. Marshall, ed., *Class Conflict and Social Stratification*, Londres, 1938; Theodor Geiger, *Die Klassengesellschaft im Schmelztiegel*, Colonia, 1949; Paul Sering, *Jenseits des Kapitalismus*, Nuremberg, 1947; Franz Borkenau, *Pareto*, Londres, 1936; James Burnham, *The Managerial Revolution*, Nueva York, 1941.

los avances económicos y el pleno empleo a costa de la libertad. Lo menos que cabe decir es que la perspectiva de Marx de una transformación socialista impulsada por la tendencia colectiva del trabajo a la emancipación parece bastante menos probable de lo que lo fue hace un siglo.

Como ya se señaló antes, Marx no formuló una explicación sistemática de la estructura de clases bajo el capitalismo industrial ni una doctrina coherente de la relación entre Estado y sociedad durante el presumiblemente largo período de transición anterior al establecimiento del orden socialista. Su actitud hostil a la burocracia ha quedado ya anotada. Con todo, en determinados lugares viene atemperada por un reconocimiento a regañadientes de que la «sociedad moderna» necesita un cierto grado de control central¹. El contexto sugiere que en este caso la «sociedad moderna» representa la sociedad industrial, y más específicamente la forma socialista que se espera adopte una vez que los lastres irracionales que todavía taponan su evolución hayan sido eliminados. Una organización racional de la moderna sociedad industrial debe ser socialista: de esta forma pudo Marx (y así lo hizo en una ocasión) definir su posición; pero esta formulación dejó por decidir el papel de la autoridad, salvo para especificar que debiera reducirse al mínimo compatible con un control centralizado.

La idea que tiene Marx sobre lo que constituye la racionalidad económica no puede separarse de su análisis del proceso laboral. En la génesis de su pensamiento sobre la organización social, reside un conflicto no resuelto entre las formas posibles de concebir el futuro modelo de sociedad industrial. En 1846-7 había razonado frente a Proudhon que la organización racional del trabajo en la fábrica podía convertirse en un modelo para la sociedad industrial como un todo². En *El Capital*, escrito unos

1. Cf. *El Dieciocho Brumario*, MESW, I, pág. 340. "La centralización del Estado que la sociedad moderna requiere surge sólo de las ruinas de la maquinaria del gobierno militar y burocrático forjado en la lucha contra el feudalismo". Esta observación insospechada viene precedida por una larga diatriba contra el despotismo burocrático instaurado en Francia por Napoleón y proseguido por su sucesor. "¿Cómo podía ser de otro modo viendo que junto a las verdaderas clases de la sociedad se ve obligado a crear una casta artificial para la que el mantenimiento de su régimen se transforma en una cuestión fundamental?" (Ibid., págs. 338-9). Esta idea de la burocracia en cuanto estrato parasitario cebada a expensas de las clases productivas de la sociedad se halla plenamente de acuerdo con la posición clásica liberal, pero en la actualidad no nos sirve de gran ayuda.

2. "La sociedad como un todo presenta esto en común con el interior de un taller que posee también su división del trabajo. Si se toma como modelo la división del trabajo existente en un taller moderno al objeto de aplicarlo al conjunto de la sociedad, la sociedad mejor organizada para la producción de la riqueza

veinte años después, con un dominio de los hechos mucho mayor, esta forma de pensamiento se entrecruza con otra. Existe un dominio de necesidad económica que precisa un cierto mínimo de organización social. «...el proceso capitalista de producción es una forma del proceso social de producción en general determinada históricamente»¹. Con la eliminación de la determinación histórica temporal se hace posible aislar la lógica del proceso que en el fondo consiste en la aplicación a la naturaleza de la tecnología científica. Esto supone, por una parte, la cooperación entre los productores; por la otra, la «orquestración» de dos tareas distintas. Esta última función no es necesario que la ejerza el empresario, pues «el proceso de producción, separado del capital, no es más que un proceso de trabajo. De aquí que el capitalista industrial, en cuanto distinto del propietario de capital, no se manifieste como capital operante, sino más bien como un funcionario independiente del capital, o como un simple agente del proceso del trabajo en general, como un trabajador, y en concreto como un trabajador asalariado»². Por consiguiente, puede reemplazarse por un directivo a sueldo. «El modo capitalista de producción ha llevado las cosas a un punto en que el trabajo de supervisión, enteramente separado de la propiedad de capital, esté siempre disponible. Por tanto, para el capitalista ha llegado a ser superfluo el realizarlo por sí mismo. Un director de orquesta no necesita ser el propietario de los instrumentos de su orquesta...»³. Con todo, no desaparece la necesidad de una función dirigente. «El trabajo de supervisión y dirección se requiere naturalmente siempre que el proceso directo de producción adopta la forma de un proceso social combinado y no la de un trabajo aislado de los productores independientes»⁴. Lo que cambia es la forma histórica específica del control capitalista. «Todo trabajo en el que cooperan muchos individuos requiere necesariamente una voluntad de mando que coordine y dé unidad al proceso»⁵, pero no precisa ser el del capital. El

sería indudablemente la que tuviera un solo jefe principal repartiendo las tareas entre los diversos miembros de la comunidad conforme con una regla previamente fijada. Pero este no es en absoluto el caso". *Miseria de la filosofía*, Moscú, 1954, pág. 151. Cf. Lenin, *El Estado y la Revolución*, loc. cit., pág. 210: "La sociedad habrá de haberse convertido en una sola oficina y en una sola fábrica, con igualdad de trabajo e igualdad de paga".

1. *El Capital*, III, pág. 758 (ed. 1960).

2. *El Capital*, III, págs. 374-5.

3. *Ibid.*, pág. 379. (La redacción de esta traducción ha quedado ligeramente modificada).

4. *Ibid.*, pág. 376.

5. *Ibid.*

tipo de alta vigilancia que «surge por necesidad en todo modo de producción basado en la antítesis entre el obrero como productor directo, y el propietario de los medios de producción» está llamado a desaparecer. No sólo están siendo reemplazados cada vez más los empresarios por directivos a sueldo, sino que «las fábricas cooperativas suministran la prueba de que el capitalista, como funcionario de la producción, es un personaje tan superfluo como él mismo, mirando desde lo alto de su posición privilegiada, considera que lo es el gran terrateniente»¹. El tipo de función dirigente que «surge de la forma social del proceso del trabajo, de la combinación y cooperación de muchos en la prosecución de un resultado común» constituye una necesidad permanente, o como Marx lo expresa, «es algo tan independiente del capital como esta forma misma una vez que ha roto la envoltura capitalista?»². ¿Puede ejercerse democráticamente? «En una fábrica cooperativa desaparece el carácter antagónico del trabajo de supervisión, pues el director es pagado por los obreros en vez de representar frente a ellos al capital»³. Con una cierta inconsecuencia la frase siguiente inmediata añade: «Las empresas por acciones en general —que se desarrollan con el sistema de crédito— muestran cada vez más la tendencia a separar este trabajo de dirección como una función de la posesión de capital, ya sea propio o prestado, del mismo modo que el desarrollo de la sociedad burguesa asistió a la separación de funciones judiciales y administrativas de la propiedad territorial, que eran atributos de la época feudal»⁴. Esto deja en la sombra el saber si la fundamental dirección de marcha se encamina hacia la cooperación, o a la sustitución del control de los empresarios por el control de los directivos. La «transformación del capitalista realmente en activo en un simple gerente, administrador de capital ajeno y de los propietarios de capital en simples... capitalistas de dinero»⁵ significa «la abolición del régimen de producción capitalista dentro del propio régimen capitalista de producción, y por tanto la contradicción que se enfrenta a sí misma y que representa *prima facie* una mera fase de transición hacia una nueva forma de producción»⁶. «Las fábricas cooperativas de los obreros mismos representan dentro de la forma tradicional la primera brecha de la nueva, a pesar

1. *Ibid.*, pág. 379.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, pág. 380.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*, pág. 427.

6. *Ibid.*, pág. 429.

de que dondequiera que existen su organización efectiva presenta y no puede por menos que presentar, todos los defectos del sistema imperante. Pero dentro de estas fábricas aparece abolida la antítesis entre el capital y el trabajo, aunque al principio solamente bajo una forma en que los obreros asociados se convierten en sus propios capitalistas, es decir, un sistema que les permite utilizar los medios de producción para materializar su propio trabajo. Esas fábricas demuestran cómo al llegar a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas materiales de producción y de las formas de producción social a ellas correspondientes, surge y se desarrolla naturalmente del seno de un modo de producción otro régimen nuevo¹. Sin embargo, aunque desaparezca el control capitalista sobre el obrero, no desaparecerá el control social; la necesidad de planificación y de la dirección persiste, o incluso se acentúa². «La libertad en este terreno sólo puede consistir en lo siguiente: en que el hombre socializado, los productores asociados, organizan su intercambio con la naturaleza de modo racional, lo sitúan bajo su control común en vez de ser dominados por ella como por alguna fuerza fiera; en que desempeñan su tarea con el mínimo consumo de esfuerzo y bajo condiciones más favorables a su naturaleza humana y más dignas de ella. Pero con todo, todavía persiste el reino de la necesidad»³. La verdadera libertad se halla más allá de la esfera de la producción emprendida para satisfacer las necesidades materiales.

Aunque no sea del todo una perspectiva utópica, no constituye en definitiva una perspectiva convincente. Marx no se había planteado todas las consecuencias del problema del control social dentro de una economía planificada. Una sociedad en la que ese control lo ejercen funcionarios retribuidos no necesita tener clases en el sentido decimonónico del término, pero su «ausencia

1. *Ibid.*, pág. 431. Esta perspectiva concuerda perfectamente con el temor del *Manifiesto inaugural* de 1864 que escribió Marx más o menos por la época en que redactó los manuscritos inacabados que luego reuniría Engels como volúmenes II y III de *El Capital* (Cf. el prefacio de Engels al volumen II).

2. *Ibid.*, pág. 830: "Tras la abolición del régimen capitalista de producción, siempre y cuando quede en pie la producción social, seguirá prevaleciendo la determinación del valor en el sentido de que serán más esenciales que nunca la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diferentes grupos de la producción, y finalmente llevar la contabilidad a todos estos efectos".

3. *El Capital*, III, pág. 800. Para un punto de vista distinto, aunque derivado también de la doctrina del derecho natural, cf. Locke, *Of Civil Government*, parag. 124: "El primero y principal de que los hombres se unan en repúblicas y se sometan a un gobierno es, por consiguiente, el mantenimiento de su propiedad; con lo que son muchas que faltan del estado de naturaleza".

de clases» no excluye nuevas formas de diferenciación social incompatibles con el ideal de la autonomía industrial. Ni tampoco resulta explicable el que la progresiva sustitución del capitalista por el control de los directivos haya de juzgarse como una mera fase transitoria hacia un orden cooperativo. Hoy nos hallamos mejor situados para advertir los vínculos que faltan al razonamiento, pero ello no libra en conjunto a Marx del reproche de haber interrumpido su análisis en el momento en que sus investigaciones empíricas amenazaban con chocar con su visión de fondo del proceso histórico. El carácter fragmentario de su teoría de las clases no puede separarse en última instancia de su interés por dejar a salvo la tesis de que la sociedad clasista se mantiene y se hunde con la propiedad privada de los medios de producción. Sobre el supuesto de lo que «clase» significaba en el siglo XIX, podía haberse defendido esta tesis si bien sólo en cuanto que la segunda fase de la revolución industrial no había dado lugar a una nueva jerarquía social dependiente de las relaciones de propiedad con las que Marx estaba familiarizado. La aparición de nuevas formas de dependencia y control tanto bajo la dirección corporativa como bajo la planificación de control estatal, ha «sustituido» el antagonismo histórico entre capital y trabajo y fundado una nueva perspectiva desde la que enjuiciar el conflicto de clases. Paradójicamente, la teoría de la clase de Marx, dentro de lo que puede decirse que él la formulara, ha sido socavada por la transformación de la sociedad burguesa a cuyo análisis iba dirigida su obra principal.

MAS ALLA DEL MARXISMO

La evolución del pensamiento marxista a partir de 1918, y particularmente desde 1945, no ha ido al mismo ritmo que el aumento de la influencia socialista en el mundo occidental y fuera de él, sin tener en cuenta la expansión del comunismo inmediatamente después de las revoluciones rusa y china. Mientras el marxismo se ha convertido en la ideología oficial de la reconstrucción totalitaria dentro de la órbita soviética y en el credo oficioso de los intelectuales de izquierda de los países atrasados, su evolución interna se ha estancado desde la década de 1930, cuando todavía aportaba una interpretación coherente si bien inadecuada de las crisis económicas mundiales y de la arremetida fascista. En los últimos años no ha mostrado más capacidad que el liberalismo en la formulación de una teoría sobre la sociedad poscapitalista ni de un programa de reconstrucción social adaptado a las necesidades del movimiento obrero democrático. Donde no ha quedado congelado en forma de una apología de la industrialización estalinista y de la «revolución desde arriba», su modelo teórico se ha empleado para el análisis de las sociedades que se hallan todavía en el umbral de la revolución industrial. En el extremo opuesto de desarrollo social, en países ya muy avanzados y que poseen una larga tradición de gobierno democrático, se ha convertido en una crítica de la sociedad moderna como tal. En la práctica el adelanto más reciente se ha llevado a cabo dentro de la esfera de la utilización de los primeros escritos de Marx a efectos de apuntalar el rechazo por parte de la intelectualidad del mundo creado por la industria moderna y la tecnología científica; y el principal campo de batalla de este debate lo han aportado las universidades. Es tentador extraer una norma gene-

ral del hecho de que una nueva doctrina se halla convertida en respetable académicamente sólo después de haberse petrificado. De cualquier forma es innegable que el interés por el marxismo en cuanto sistema no se ha visto rematado en los años últimos por éxitos en la aplicación de su método.

Sin embargo, existen variantes dentro de este cuadro general. La parálisis intelectual ha sido total en la URSS y casi tan completa en sus satélites, con la significativa excepción de Polonia. En el Oeste se ha visto contrastada con la influencia liberalizadora de ideas en conflicto y por el redescubrimiento de aquellos aspectos del propio pensamiento de Marx que lo ligan con la gran tradición de la filosofía occidental. Incluso así, la discusión no ha logrado suscitar en ningún sitio la emoción de los años 1920, cuando el impacto de la revolución rusa en Europa central sirvió de fermento ideológico en un medio ambiente ya afectado por la primera guerra mundial y los levantamientos de 1918-19. En ciertos aspectos, la actual situación de Francia e Italia se asemeja a la de Alemania y Austria durante la fase anterior; pero mientras que la discusión centroeuropea giró en torno a la unión de la teoría (filosófica) con la práctica (política), la discusión posterior a 1945 ocurrida en Europa occidental se convirtió con rapidez en algo académico y se centró sobre aquellos elementos del sistema marxista que se situaban a mayor distancia de la acción política. En la década de 1930 y principios de la de 1940 el redescubrimiento, dentro del mundo angloamericano, de la economía marxista todavía ejerció una importancia práctica. Tras 1945 la ruptura del aislamiento intelectual de Francia dio origen a una literatura que remitía a Hegel y al joven Marx como parte de una dilatada reorientación dentro de la esfera filosófica. Las vallas protectoras defendidas desde hacía mucho por la vieja guardia del cartesianismo se habían derrumbado sin previo aviso, y la filosofía alemana, no menos que la práctica política rusa, exigía un nuevo examen por parte de una élite inclinada a favorecer la elaboración de un sistema intelectual. El torrente resultante de comentarios críticos y analíticos, aunque importante en calidad y cantidad, se ha aproximado cada vez más a los moldes académicos. La absorción del pensamiento centroeuropeo por la vida intelectual francesa —y en un grado menor por la italiana— constituye a todas luces un fenómeno cultural de cierta importancia; pero comparado con lo que le ha venido sucediendo al marxismo desde 1918, presenta todas las características de una elaboración *post mortem*¹.

1. Para lo anteriormente dicho cf. las obras citadas por Calvez, *op. cit.*, páginas 647-9; Cottier, *op. cit.*, págs. 373-8. Fetscher, "Der Marxismus im Spiegel der

Poco puede sorprender que esta discusión haya quedado confinada fundamentalmente a Europa occidental, aunque se haya recibido algún eco en Gran Bretaña y los Estados Unidos. En este último país, el marxismo sigue siendo considerado como una doctrina político-económica que aporta la mitad de la síntesis marxista-leninista, opinión que también se tiene en la URSS. En lo concerniente a Gran Bretaña, la afirmación de que el pensamiento marxista se ha estancado a partir de la década de 1940 no necesita más precisión en cuanto deja sin explicar el reciente rejuvenecimiento de la sociología, la historia y la antropología por conceptos heterodoxos que son obviamente de procedencia marxista. Este nuevo fenómeno no representa tanto, sin embargo, una nueva brecha intelectual como un retraso temporal en la asimilación de ideas que ya habían dejado sentir sus efectos en el pensamiento continental europeo de una generación anterior. Aun con todo el aprecio que se conceda a las contribuciones realizadas por estudiosos que operan un aparato conceptual derivado parcialmente de Marx, nada aparece en este fenómeno que altere la impresión de que el marxismo ha logrado un *estatus* académico a costa de abandonar su papel de práctica revolucionaria¹.

Teniendo en cuenta este estado de cosas, puede preguntarse ahora qué es lo que ha provocado el estancamiento. No se trata en este caso de una cuestión conceptual. Un análisis relativo a lo que ha venido sucediendo a la teoría de Marx desde que se formuló por primera vez debe tomar en consideración la discrepancia entre el modelo teórico y el mundo real. Si éste se aparta del modelo, ninguna serie de malabarismo conceptual devolverá el equilibrio precario entre teoría y práctica establecido por Marx y Engels en la segunda mitad del siglo pasado. Ni permite afirmar que la cuestión había sido suscitada a un nivel completamente distinto y por supuesto más elevado por la aparición de la URSS y otros miembros del «mundo socialista». Sólo los leninistas pueden recurrir a este lenguaje político. En efecto, para quienes

franzoesischen Philosophie", en *Marxismusstudien*, I, págs. 173 y ss., facilita simultáneamente un análisis y un comentario crítico sobre algunos de los textos principales. Cf. asimismo Jean Duvignaud, "Neo-Marxism in France", en *Soviet Survey*, Londres, abril-junio 1960; Daniel Bell, "In Search of Marxist Humanism", *ibid.* Resulta imposible ir más allá de la mera afirmación de que la mayor parte de la literatura de que aquí se trata es de carácter filosófico y va encaminada a la búsqueda de una síntesis entre las formas de pensamiento cartesianas tradicionales con las ideas hegelianas, marxistas y existencialistas.

1. Para una estimación del influjo del marxismo sobre los recientes trabajos sociológicos, cf. Bottomore y Rubel, *op. cit.*, págs. 29 y ss.

no comparten sus postulados el problema se presenta como una divergencia en aumento entre las premisas teóricas heredadas de la era liberal y las prácticas totalitarias puestas en marcha para hacer frente a crisis que derivan del hundimiento del sistema liberal. Lo que se necesita aclarar es en qué aspecto concreto ha dejado el análisis marxista de suponer un modelo operativo para los socialistas.

Cuando Marx y Engels hacían conjeturas sobre el probable futuro de la sociedad burguesa dentro del mundo occidental partían del supuesto general de que Estado y sociedad constituyen esferas claramente distinguibles y que el determinante es el de la sociedad. Conforme a este análisis, que no difiere en lo esencial de la doctrina liberal paralela, podría mantenerse razonablemente que una «superestructura» política que se basa en una sociedad impelida dinámicamente por el conflicto de clases terminaría por adoptar una forma socialista; tanto más cuanto que la clase trabajadora industrial tendía a convertirse en la mayoría de la población en todos los países avanzados. Esos postulados forman un todo en el que no es demasiado difícil reconocer la «imagen invertida» de la filosofía social que sostenían los burgueses liberales contemporáneos de Marx. Esto se aplica sobre todo a la adscripción una realidad superior para la esfera socio-económica, en cuanto distinta de la política. Su interacción se consideró de tal género que, en *última instancia*, la «superestructura» había de seguir al movimiento de la sociedad; el cual vendría impulsado por un sistema económico que, desplazándose por su propio empuje y de acuerdo con una lógica tan ciega como la del propio mercado, se transformaría constantemente en su propio contrario. Este sistema presupone a todas luces que el terreno político es secundario. No se tuvo en cuenta que la relación entre Estado y sociedad podía alterarse de forma que el Estado se convirtiera en la parte dominante. De aquí que no se previese (salvo en el caso hipotético de una dictadura revolucionaria durante el período de transición) que el Estado pudiera remodelar la sociedad. Todavía menos podían prever Marx y Engels que su propia doctrina podría convertirse en la ideología de una élite tecnocrática que tratase de imponer su autoridad a los trabajadores en nombre del socialismo.

De haber sido el marxismo únicamente una sociología acoplada a la fase agónica del capitalismo liberal, esas deficiencias teóricas sólo hubieran importado dentro del ámbito de la discusión académica. Su importancia política práctica nace del interés marxista por «transformar el mundo». Los errores analíticos de Marx no son políticamente neutrales, pues sirven para apuntalar una

doctrina que representa la contrapartida de una neta orientación política. La dificultad de tratar de aislarlos estriba en el hecho de que algunos de sus conceptos operativos más importantes no son de naturaleza empírica; no pueden probarse a través de una investigación fáctica y quedan, por consiguiente, inmunes a la refutación. En este sentido no importa ya tanto que sea o no aplicable el modelo de las tres clases a la sociedad industrial moderna, pues en principio puede ponerse al día. Ni es muy importante que el análisis marxista sea defectuoso o incompleto respecto a problemas prácticos tales como el ciclo empresarial bajo los auspicios capitalistas, o la planificación de la producción bajo los auspicios del socialismo. El verdadero problema es que el marxismo trata de actuar tanto como teoría de la sociedad como en calidad de filosofía de la historia, y que sus postulados filosóficos divergen inevitablemente de sus intuiciones científicas.

Dentro del sistema marxista el conflicto de clases culmina históricamente con el antagonismo entre burguesía y proletariado, en el que este último no sólo representa un elemento esencial de la sociedad industrial, sino una forma externa del principio racional mismo. La razón impera a lo largo de la historia en cuanto principio organizador de la sociedad, pero lo lleva a cabo de una manera imperfecta hasta que se haya realizado el tránsito de un orden planificado a un orden colectivista. Este orden se concibe, además, como algo tan armónico como racional, en cuanto que elimina los antagonismos sociales. Basta con formular esas ideas para poner de relieve la razón de que no puedan verificarse empíricamente; pertenecen al tipo de postulado filosófico que Marx heredara de Hegel. Pero tampoco cabe separarlos del cuerpo de la doctrina de Marx, pues son tan consustanciales con su manera de concebir la historia como la propia emancipación de la humanidad por medio del trabajo. El proceso por el que el hombre desarrolla sus facultades en potencia, a la vez que «enajena» su naturaleza y la hace depender de instituciones sociales antagonicas, resultaría incompleto —y mejor aún absurdo— de no culminar en un estadio superior en donde se trascendieran esos estancamientos. Este estadio es el que constituye la sociedad sin clases en la que la libertad plena de cada individuo se asienta sobre los fundamentos de la propiedad socializada. Esa sociedad no sería clasista porque, conforme a los postulados de Marx, las clases sólo existen y se mantienen en una relación antagonica mientras que los medios de producción los controla una minoría dominante. Esta idea le permite prever la desaparición efectiva de los conflictos de clase sobre la base semi-empí-

rica de que la socialización constituye la secuela necesaria del proceso económico; a la vez que define el socialismo según los módulos de la ausencia de clases. De todo ello se deriva que el orden socialista es la consumación de la historia (o en forma más estricta, de la prehistoria, dado que la «verdadera» historia sólo puede iniciarse cuando la sociedad haya superado el estadio que le mantiene sujeta al dominio de clase).

Puede aducirse que esas ideas son marginales a lo que tiene de realmente importante el marxismo, a saber, su sociología; pero esto supone proceder a una separación arbitraria entre elementos del sistema que deben considerarse como un todo. Además, la idea de una sociedad sin clases no eran exclusivamente una extravagancia filosófica. Su significado práctico fue realmente menor de lo que Marx y Engels supusieron: conforme al vocabulario socialdemocrático, «la lucha de clases» significaba en realidad la consecución de la *igualdad de derechos* por parte de la clase de los trabajadores industriales; mientras que «la sociedad sin clases» no era más que otra forma de llamar la democracia. Pero esas equivocaciones —de las que Marx conocía perfectamente y que no dejó nunca de lamentar— no afectaban al meollo de su doctrina, y ésta terminó siendo operativa después de 1918, cuando el movimiento comunista se propuso realmente en serio instaurar la «dictadura del proletariado». Comparado con las esperanzas utópicas de la primera generación de comunistas, el intento constituyó un fracaso rotundo; pero fue un fracaso que a su vez dio origen al fenómeno del totalitarismo. Dentro del sistema leninista plenamente desarrollado —del que el estalinismo no es más que la consecuencia final—, el interés general de la clase trabajadora se encarna en el partido. Este legitima a su vez su dominio pretendiendo incorporar la racionalidad de la historia. De aquí que el Estado que gobierne sea la encarnación de la *ratio* y que su propio monopolio de poder constituya la sanción necesaria de la marcha de la humanidad en pos de la sociedad sin Estado y sin clases del futuro. Sería exagerado afirmar que toda esta derivación fuera ya consustancial a la doctrina primera, dado que el bolchevismo nace evidentemente de la tradicional visión mesiánica y universalista de la intelectualidad revolucionaria rusa que se aferró al marxismo para convertirlo en un instrumento de su propio deseo de «transformar el mundo». Pero el esquema marxista se prestaba claramente a ser utilizado por los revolucionarios en busca de un sistema que diera el visto bueno a sus impulsos de reconstrucción total; y ello fue posible porque el punto inicial de Marx había sido el racionalismo omnicomprendivo de Hegel, con su concepción de la historia como

realización de la libertad. De acuerdo con esta filosofía —que en su vertiente idealista había hecho mella en la *intelligentsia* rusa ya mucho antes de que el marxismo hubiera salido a escena— la idea de la sociedad sin clases nada de extraordinario podía, pues, suponer.

El que esa idea tan abstrusa y visionaria se pudiese convertir en realmente operativa se debió a todas luces a las excepcionales circunstancias que acompañaron a la conmoción que produjo el marxismo en Rusia: un país relativamente atrasado cuyos intelectuales de izquierda habían roto con la tradición religiosa, pero que conservan todavía su legado milenarista, y conservaban sus esperanzas en las doctrinas revolucionarias traídas de Europa occidental. La corriente de energía religiosa secularizada que se había secado en el Oeste debido a la creciente desilusión por los resultados de la Revolución Francesa, era todavía lo suficientemente poderosa en el Este para resucitar la idea utópica o mesiánica en el núcleo del sistema marxista. El resultado fue el comunismo: no en cuanto realidad de la sociedad soviética —que no es más que un ejemplo distinto de industrialismo planificado y burocratizado—, sino como la ideología de la sociedad y, más concretamente, de su élite gobernante organizada en el partido comunista. El hecho de que esta élite proceda directa o indirectamente de la intelectualidad radical que hizo la revolución bolchevique, permite al partido cubrir la patente distancia entre la fe pre-revolucionaria y las realizaciones posrevolucionarias. Aunque esto no excluya la constatación creciente de una tensión entre credo y práctica. En este aspecto, sin embargo, el problema que se le presenta no es radicalmente distinto del problema al que se han tenido que enfrentar todos los movimientos revolucionarios de la historia moderna desde el de los puritanos a todos los que vinieron después; y aunque uno puede sospechar que lo que terminará «desapareciendo» no es el Estado, sino más bien la ideología oficial, esto no significa por fuerza que el partido no pueda acomodarse a una situación en la que su función no consista en otra cosa que en mantener el *statu quo*. Transformaciones de este género ocurrieron antes, aunque hay que reconocer que nunca dentro de una situación en la que operaba un régimen totalitario, en calidad algo así como de «revolución permanente desde arriba». Con todo, el agotamiento de la dinámica revolucionaria no tiene por qué suponer la desaparición del partido y la conversión de la élite política en una clase dominante ordinaria, desprovista de ideología. Un resultado de este tipo es ciertamente improbable, al menos a corto plazo. Desde el instante en que se afirma que, por definición, la sociedad soviética es una socie-

dad sin clases, las diferenciaciones sociales no pueden convertirse en algo patente más allá de ciertos límites concretos sin que amenacen los cimientos morales del régimen. El partido, en su calidad de mediador entre los niveles alto y bajo de la jerarquía «no clasista», conserva su importancia incluso después de que se ha abandonado por completo la fe en la inminencia del comunismo en su plenitud, al menos por parte de quienes detentan el control de la maquinaria del Estado. Efectivamente, aunque los que disponen del control puedan dejar de ser finalmente doctrinarios y sean capaces de toma su ideología con seriedad, no pueden prescindir de sistematizar una concepción sobre su propio papel. Con toda probabilidad, la doctrina de una sociedad sin clases puede transformarse en una doctrina de armonía social, especialmente si se desecha el concepto poco convincente de «clase» y se reemplaza por un término políticamente neutral. No faltan ejemplos de semejante manera de proceder, y al recorrer este camino el partido no haría en todo caso más que proseguir su papel ya tradicional de reinterpretar la doctrina conforme a las circunstancias.

Sin embargo, ¿dónde queda entonces el vínculo entre el concepto marxista de revolución y la visión comunista de una sociedad sin clases? La respuesta más inocente sería que en ninguna parte. Si la dinámica desencadenada por la revolución proletaria no logra transformar la sociedad de tal manera que elimine las diferencias entre gobernantes y gobernados, la doctrina de Marx perdería en tal caso su hábito filosófico y su trascendencia práctica. De acuerdo con las exigencias científicas, esto podría resultar una ventaja, pero significaría también el fracaso del intento de unir el pensamiento crítico con la práctica política. Esta conclusión puede asimismo mantenerse frente a aquellas variantes socialistas democráticas del marxismo que se encuentran desprovistas de tendencias totalitarias y se conducen con independencia frente al modelo soviético. La planificación socialista concebida como el *sine qua non* de una organización política racional dentro de una democracia moderna constituye una concepción perfectamente defendible, pero no puede sustituir a una concepción del mundo unitaria que trascienda la esfera política. Una doctrina que no logra demostrar más que la verosimilitud de que una sociedad planificada (y controlada centralmente) puede ocupar el lugar de una sociedad no planificada, no representa, en el sentido marxista original del término, una «teoría crítica». Esta última se mantiene y desaparece gracias a la creencia en que la acción humana puede poner fin a la «prehistoria». A menos que pueda llevarse a feliz término esta exigencia, la revolución socialista no

podrá ser considerada como una ruptura radical con el pasado. Esta conclusión puede que no le produzca demasiada sorpresa a la concepción pragmática del moderno movimiento socialista, pero sirve en cambio para expresar la disolución de la síntesis marxista y el final de las esperanzas escatológicas que encarnaba.

CONCLUSIÓN

En sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* expresaba Hegel la tesis de que la filosofía suministra los criterios generales para la comprensión de la marcha de los acontecimientos a través del tiempo. El significado de la historia se le desvela a un intelecto que ha dominado las categorías de índole más general asequibles al hombre en su cualidad de ente reflexivo. En este papel trasciende los accidentes de edad y localidad y se sitúa al nivel del proceso histórico mismo. El hombre, pues, es capaz, en el caso de que sus conceptos sean de una generalidad suficiente, de captar con una ojeada todo su pasado y prever el futuro. El hombre en este caso es el «hombre genérico», la encarnación de la humanidad como un todo, y su comprensión no sólo se refiere a este o aquel aspecto de la historia, sino al objeto del proceso mismo. Al lograr esta perfección la filosofía se eleva a la comprensión del pasado y de la realidad presente, considerándose así que incorpora el principio racional que lucha por situar la existencia de conformidad con su propia esencia. Sin embargo, Hegel mantuvo que esta meta había sido ya alcanzada, y que la lucha había concluido. Marx reafirmó, por el contrario, el credo revolucionario que medía el progreso por el logro de sus fines últimos, la libertad y la autoridad. Su «hombre genérico», que es también «hombre autónomo», sólo accede al verdadero *status* en un «reino de libertad» que dejó atrás el Estado racional de Hegel, y puso término al reino del constreñimiento y a la tiranía de la necesidad material.

Este reino es la sociedad sin clases. Al imaginarlo, Marx, combinaba con un golpe inconsciente de genialidad el sentimiento romántico de una armonía natural con la imagen idealizada de la

polis clásica. Esta imagen, tal como la transmitió la literatura europea, pertenecía tradicionalmente al legado de un humanismo y liberalismo aristocráticos que nunca había entrado seriamente en contacto con la vida política hasta que la revolución francesa lanzó a los líderes radicales de la Ilustración a escena. Como los revolucionarios, aunque sin éxito, lucharon por traducir el programa radical a términos reales, Marx —y siguiéndole todos los marxistas verdaderos— consideró su breve reinado como un giro histórico decisivo y como la verdadera inauguración de la época moderna. No tuvieron una acogida semejante a las revoluciones inglesa y americana de los siglos XVII y XVIII, aunque todas fueron igualmente decisivas para dar nacimiento al mundo moderno, porque no habían venido acompañadas de una emancipación igual de la concepción teológica del mundo. Conforme a la perspectiva marxista, la consecución de la libertad implica la adopción de una postura intramundana. En el siglo XIX adquirió este problema una importancia decisiva para la intelectualidad rusa, debido a que se había adentrado a participar en la herencia de la Francia revolucionaria. El marxismo se convirtió en un credo en Rusia, mientras que en Alemania tuvo que contentarse con desempeñar la función de una filosofía. Alemania, aunque había constituido tradicionalmente el hogar de la especulación metafísica, había procedido a su ruptura con el medievalismo de forma más gradual, y por esta razón la socialdemocracia alemana adoptó frente a la religión una actitud más tolerante. El marxismo, en su fase clásica o alemana, carecía del impulso revolucionario y del carácter totalitario que iba a adquirir en Rusia.

Conforme a una visión convencional, compartida tanto por marxistas como por otras tendencias, hay que considerar este nuevo fenómeno como uno de los aspectos de la aparición del capitalismo en el siglo XIX. Según esto el marxismo constituye a la vez una teoría de la revolución industrial en su fase europea y una ideología del movimiento socialista en su lucha por la democracia. Si bien lo bastante plausible dentro de lo que cabe aplicarla, esta interpretación no logra explicar qué fue lo que convirtió al marxismo en instrumento de la revolución total y de la reconstrucción en tierra rusa, ya que no alemana. En particular, pasa por alto el hecho de que el capitalismo moderno revolucionó la sociedad europea una vez que había sido ampliamente secularizado, o dicho de otro modo, toda vez que se asentó sobre una base racional. El desarrollo económico de la última época de la Edad Media y del Renacimiento no llegó a realizar nada de este género; mientras que incluso en el siglo XVII la «revolución burguesa» de Inglaterra se vio complicada en una lucha

religiosa que representaba a todas luces algo más que pura fantasía. No fue hasta finales del siglo XVIII cuando la disolución de la tradicional concepción religiosa del mundo dio paso al secularismo moderno, y fue entonces cuando la Revolución Francesa proclamó una concepción de la política totalmente nueva en cuanto a la aplicación de los principios racionales a los asuntos humanos. Esta quiebra determinó toda la historia de Europa del siglo XIX, y estampó su sello en el liberalismo y socialismo a la vez. A pesar de sus ideas antitéticas sobre la sociedad, esos dos movimientos son ideológicamente gemelos; surgen casi simultáneamente de la crisis intelectual con la apertura del siglo. Al principio el liberalismo, mediante su asociación con la entonces por poco tiempo triunfante clase media, fue más capaz de explotar las fuerzas liberadas por la revolución industrial; luego lo sustituye el socialismo que se adhiere a la revolución del proletariado. Pero las dos corrientes están entremezcladas desde el principio, y nadie más que el marxismo, afirma la realización del programa humanista común. Únicamente con la transformación del comunismo ruso en la ideología oficial de un régimen totalitario, el marxismo queda realmente desgajado de este contexto y separado de sus orígenes europeos occidentales, y la reacción a esta derivación dentro del campo comunista dio pronto lugar a una nueva forma de «revisiónismo», que trata una vez más de volver a ganar el espíritu libertario del mensaje socialista original.

Pero aunque en Europa oriental devino el instrumento y la ideología de la revolución «total», el marxismo actuó asimismo como la teoría del movimiento socialista obrero, cuyos objetivos eran más limitados y prácticos que los fines proclamados por la filosofía. Y en tercer lugar, facilitaba la explicación causal derivada de la economía clásica de un proceso que transformaba efectivamente en todo el mundo la estructura de la sociedad. En esta vertiente insufló vida a la sociología, y fundió la teoría económica con su propia y peculiar doctrina de las fases históricas. La fusión operó sin embargo, a un nivel que da por sentado, al igual que su contemporáneo el liberalismo, la permanencia de aquella misma ordenación a la que atacaba la revolución social: la hegemonía occidental, la civilización burguesa y el imperio del derecho. Por tanto, en el siglo XX el marxismo sufre la suerte del liberalismo: se le considera insuficiente en cuanto teoría de la sociedad posburguesa, que no tiene ya un centro único, y cuyas estructuras cada vez más rígidas resisten las tendencias a la igualdad social y a la unificación del trabajo físico e intelectual. A la luz de esas condiciones, el humanismo de Marx termina por aparecer utópico; mientras que a su programa político lo defor-

man los regímenes totalitarios en el núcleo preindustrial del mundo moderno. La pretendida totalidad del comunismo se revela como una distorsión grotesca de la sociedad industrial, en cuanto que existe necesariamente en todas partes bajo las condiciones de la época moderna. Al mismo tiempo, la limitación del socialismo democrático a las modestas dimensiones de un ensayo sobre planificación económica, destruye la mística de un movimiento que identificó su próximo triunfo con la emancipación de la humanidad del reino de la necesidad. De aquí que el marxismo —que se concibió originalmente como la «unión de teoría y práctica»— se enfrenta ahora al dilema experimentado por la filosofía desde sus orígenes: también se convierte en el refugio de ideales y valores no conseguidos en el campo real, y acaso incapaces de obtener. El socialismo se suma al liberalismo en cuanto tentativa de dejar a salvo el programa humanista original bajo condiciones hostiles tanto a la libertad como a la igualdad. La sociedad planificada y centralizada de nuestro tiempo, ofrece menos oportunidades a los radicales de cualquier especie de las que permitía el siglo XIX, aunque aumente, sí, el índice de avance tecnológico y elimine los obstáculos materiales mayores del progreso humano. La libertad, lejos de imperar sin riesgo, está amenazada desde su propia cuna, mientras que la racionalidad ha demostrado que es compatible con el despotismo. El marxismo, en su continuo retroceso de las certidumbres de la era liberal, se desintegra en cuanto sistema, aunque conserva su importancia en cuanto instrumento de análisis. Paradójicamente, su vertiente más incisiva se vuelve ahora contra las pretensiones ilusorias formuladas en su nombre por regímenes que intentan representar el logro de sus fines.

Al volver la vista atrás sobre la centuria que dio a luz a este movimiento contra el orden establecido, nos sentimos hoy menos impresionados por su carácter revolucionario que por su neta, aunque inconsciente, inconformidad con los principios establecidos de la época. La gran división representada por las dos guerras mundiales, la revolución rusa, y el surgimiento del totalitarismo en sus diversas modalidades, nos ha separado de una era en la que las certezas fundamentales de la cultura burguesa liberal eran compartidas incluso por sus propios enemigos. Marx y Mill tenían más aspectos entre sí que cualesquiera de ellos con los pensadores representativos de la siguiente generación, por no referirnos ya a los de nuestra propia época tormentosa. Los postulados básicos de mediados del siglo XIX reflejan la confianza que tiene en sí misma una civilización cuyos críticos radicales todavía estaban adheridos a las ideas y valores que sólo apare-

cieron realmente problemáticos a partir de 1914. Juzgada por las directrices actuales, hay que considerar la época victoriana como un período de una estabilidad casi sin paralelo, al menos para la clase media, y los críticos de esa clase todavía pertenecían a ella, aun cuando no perteneciesen efectivamente, como Engels, a los miembros de la propia burguesía industrial. Es característica común a todos ellos una cierta simplicidad y unanimidad. Incluso sus manifestaciones más revolucionarias tienen la apariencia de un recurso a las certezas indiscutibles de la época: libertad, autonomía, racionalidad, democracia. Las heridas de la gran conmoción de la Revolución Francesa habían quedado resañadas; el gran cataclismo ruso aparecía aislado en el horizonte, y se esperaba que sirviese para ratificar lo que al mundo había enseñado Francia, y no que inaugurase una era totalmente nueva. Es esta combinación de una certeza fundamental, e incluso de una complacencia, en las ideas y luchas radicales lo que imprime su sello en lo que una vez transcurrido el tiempo puede designarse ahora con el nombre de la época dorada de la burguesía europea.

Al generalizar las ideas elaboradas por esta era de expansión material y fermentación ideológica, el materialismo histórico llegó al resultado paradójico de tornar consciente al siglo de sus propios logros. El capitalismo recibió su verdadera imagen, y no siempre lisonjera, desde luego, a través de las obras del más imponente de sus críticos. La grandeza y el horror de su logro han quedado registrados para siempre porque Marx caló a un nivel más profundo de la realidad que el descrito por los panegiristas oficiales. Al proceder así, prestó a la sociedad burguesa un servicio cuya importancia sólo se hace visible ahora en el momento en que se ha desintegrado esta sociedad. Pero por el mismo motivo falseó el futuro inmediato. En el siglo xx burguesía y proletariado han sido «sustituidos» por una unidad más elevada que no es la del socialismo tal como se lo concebía en 1848. La agonizante sociedad clasista de la centuria liberal resulta haber estado demasiado estrechamente ligada a su centro geográfico de Europa occidental para servir como modelo de la segunda fase global de la revolución industrial. La escala a que los acontecimientos han tomado forma ha empuqueñecido las dimensiones de la era victoriana. Sus pequeñas guerras entre grandes naciones, sus conflictos violentos sobre problemas limitados, las certidumbres intelectuales y morales de sus figuras de vanguardia, pertenecen a una época ya desvanecida.

Esta transformación no se ha expresado con mayor profundidad que en la desaparición de la típica fe izquierdista en la unión de teoría y práctica. La era liberal se inauguró con un

estallido utópico sin igual y —tras un intervalo impuesto por la derrota parcial de la Revolución Francesa— experimentó un segundo apogeo en la Alemania de mediados del siglo XIX. Los pensadores avanzados de la época confiaban en que el reinado del pensamiento estaba a punto de ser sustituido por un triunfo de la voluntad, por un revolucionar la realidad por medio de la acción:

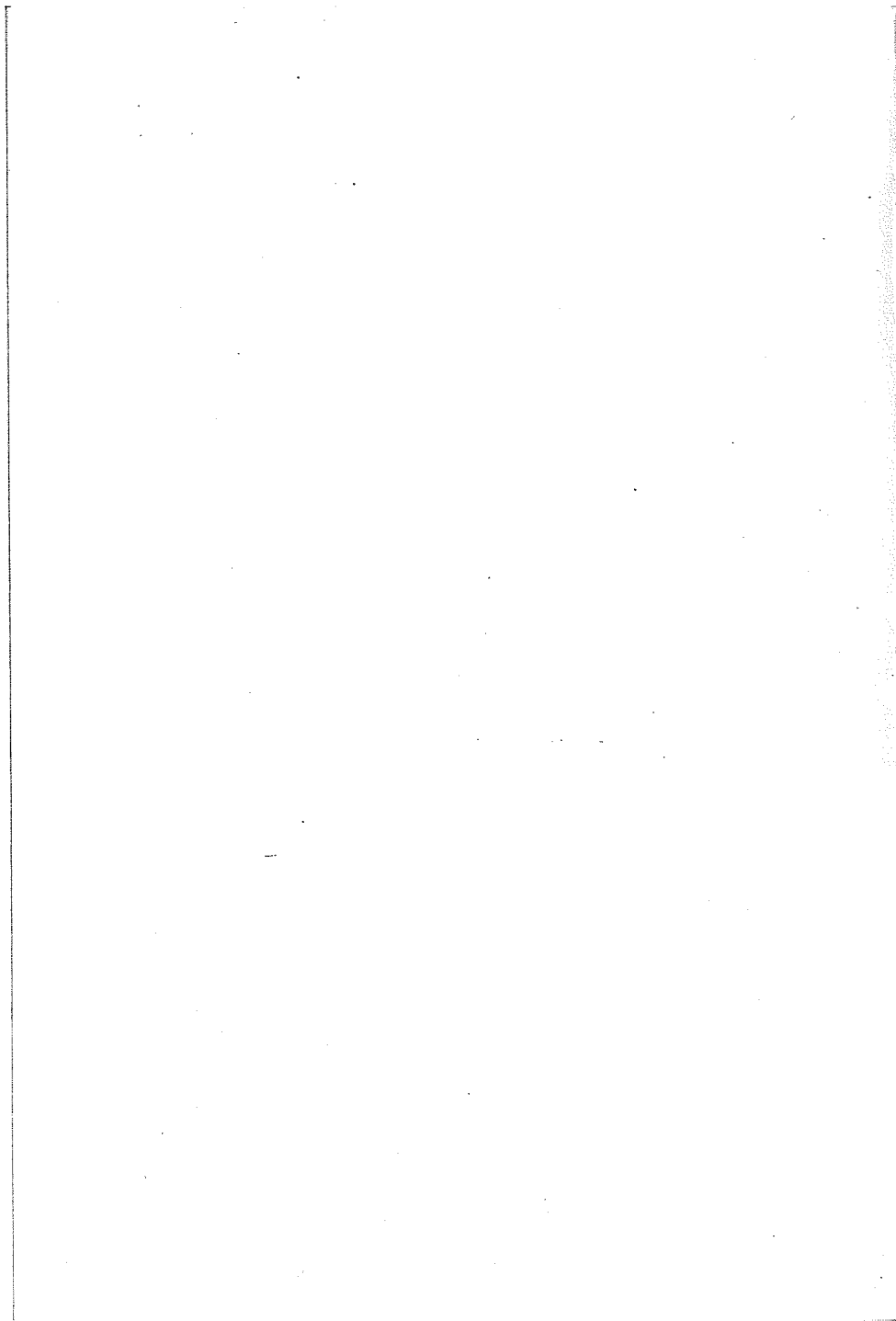
Constituye una ley psicológica el que, una vez que ha sido liberado el espíritu teórico, se traduce en una energía práctica que surge, en cuanto *voluntad*, del reino de las sombras de Amentes y se desarrolla sobre el mundo de la realidad exterior¹.

Con este acto la filosofía realiza su fin y deja al mismo tiempo de existir, suponiendo su desaparición el nacimiento de un mundo en el que se ha colmado el vacío entre el ideal y la realidad. Aunque el descendiente de la metafísica alemana y del idealismo juvenil, ésta sólo constituía la formulación más inopinada de una fe que discurre a lo largo de todo el período que va de la Revolución Francesa a la Rusa, ligando el segundo levantamiento con el primero, y culminando en el descubrimiento de que tras los más esforzados intentos el abismo entre realidad e ideal sigue tan infranqueable como siempre.

A mitad de camino entre esas dos fechas cruciales el compromiso victoriano ofreció a los radicales de la época una oportunidad de transformar en ciencia la filosofía. El sistema marxista es una respuesta a esta alternativa tanto como su negación. Responde a la realidad de la sociedad burguesa occidental con un análisis crítico de la economía que, luego de un gran rodeo, presenta las conclusiones que ya había formulado brevemente en la «teoría crítica» anterior a 1848. Esas conclusiones, retocadas adecuadamente y modificadas, las adoptó el movimiento socialista obrero, y quedaron verificadas según todas las apariencias con la catástrofe de 1914-18. Esta última, sin embargo, aunque asestó un golpe mortal a la civilización europea, no logró transformar Europa en una comunidad socialista. Los acontecimientos demolidores que puso en acción se considera ahora que han abocado a la destrucción virtual de la sociedad que dio paso a la revolución industrial. Con lo que el marxismo se desintegra de la

1. Marx, *Doktordissertation*, MEGA I/1, pág. 64. Tr. cast. *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, Ayuso, Madrid.

única manera deseable en un sistema que representa la unión de su propia teoría con la práctica de un movimiento revolucionario: sus realizaciones se muestran incompatibles con sus objetivos finales, que así desvelan su esencia fundamentalmente metafísica, es decir, trascendental e irrealizable. Lo que sigue en pie es, por un lado, la parodia de esos objetivos en una realidad que representa su negación efectiva, y por el otro, la *caput mortuum* de una gigantesca creación intelectual cuya esencia vital ha quedado incorporada a la conciencia histórica del mundo moderno, mientras deja la cáscara representada por el «materialismo dialéctico» para los ideólogos de una nueva ortodoxia. En el ocaso de la época liberal, de la que el marxismo constituye a la vez la crítica y la reflexión teórica, este resultado confirma la verdad de su propia percepción de la lógica de la historia; mientras transfiere a un futuro incierto la antigua visión de un mundo que ha quedado libre.



INDICE

Prólogo	7
Nota sobre las fuentes	9
Introducción	
Una nota sobre metodología	13

PRIMERA PARTE

LA HERENCIA

1789-1840

1. El idealismo alemán	23
2. El radicalismo filosófico	33
3. El socialismo incipiente	41

SEGUNDA PARTE

LA SÍNTESIS MARXISTA

1840-1848

1. La lógica de la historia	53
2. La crítica de la sociedad	62
3. La doctrina de la revolución	73

TERCERA PARTE

LA PRUEBA DE LA REALIDAD

1848-1871

1. La cuestión alemana	89
2. Nacionalismo y democracia	101
3. El socialismo y el movimiento obrero	116

130. ^{199 52100}
Prof. Ant. Assunção

4. La Primera Internacional	127
5. La Comuna	140
6. La revolución permanente	151

CUARTA PARTE

LA TEORÍA DE LA SOCIEDAD BURGUESA

1850-1895

1. La vertiente victoriana	161
2. El materialismo histórico	171
3. La sociedad burguesa	185
4. Economía política	194
5. La economía marxista	209

QUINTA PARTE

EL SOCIALISMO MARXISTA

1871-1918

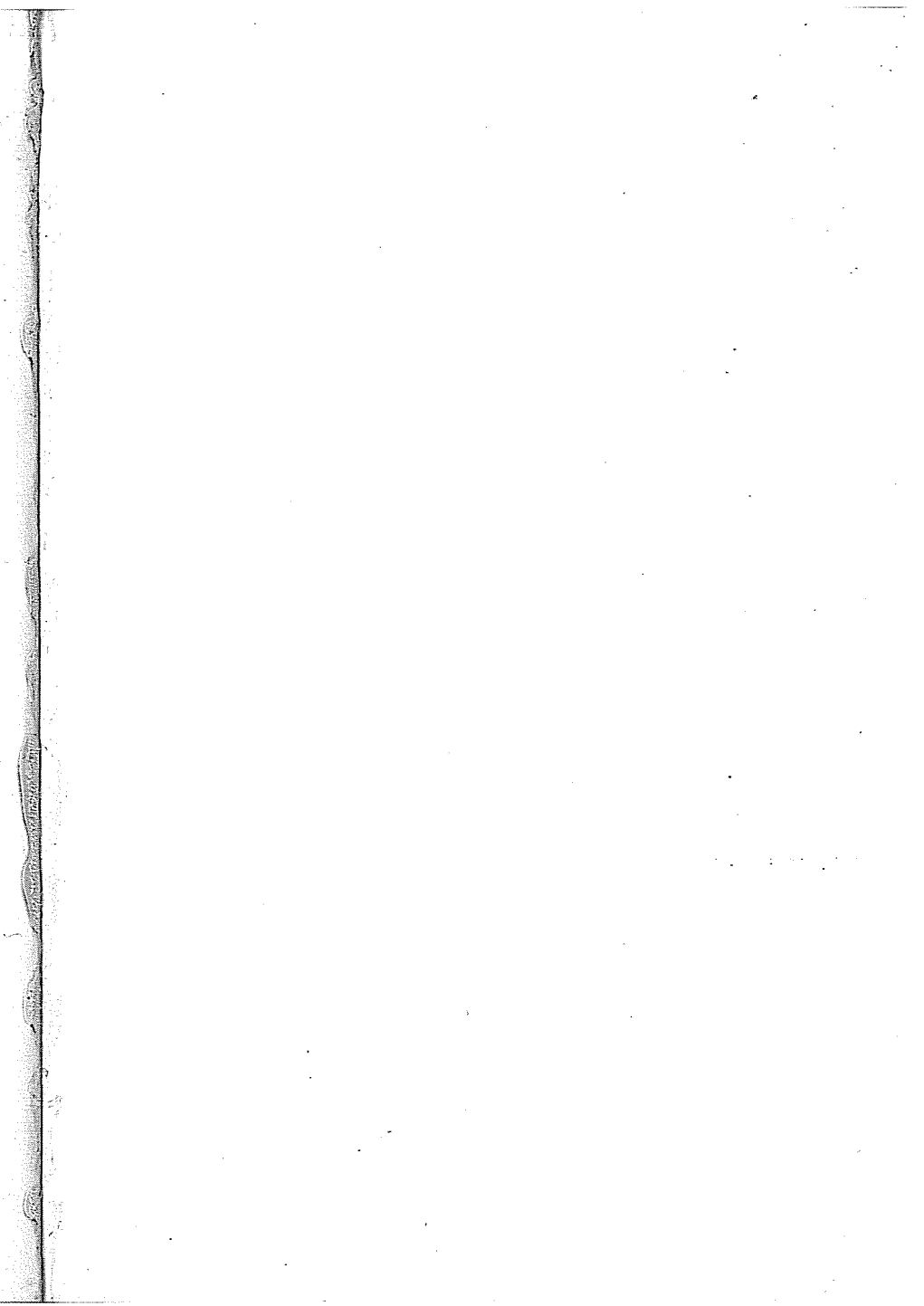
1. Carácter general del período	239
2. Marxismo, anarquismo, sindicalismo	260
3. Engels	273
4. El materialismo dialéctico	284
5. Kautsky	301
6. Los revisionistas	322
7. Los radicales	347
8. Lenin	372

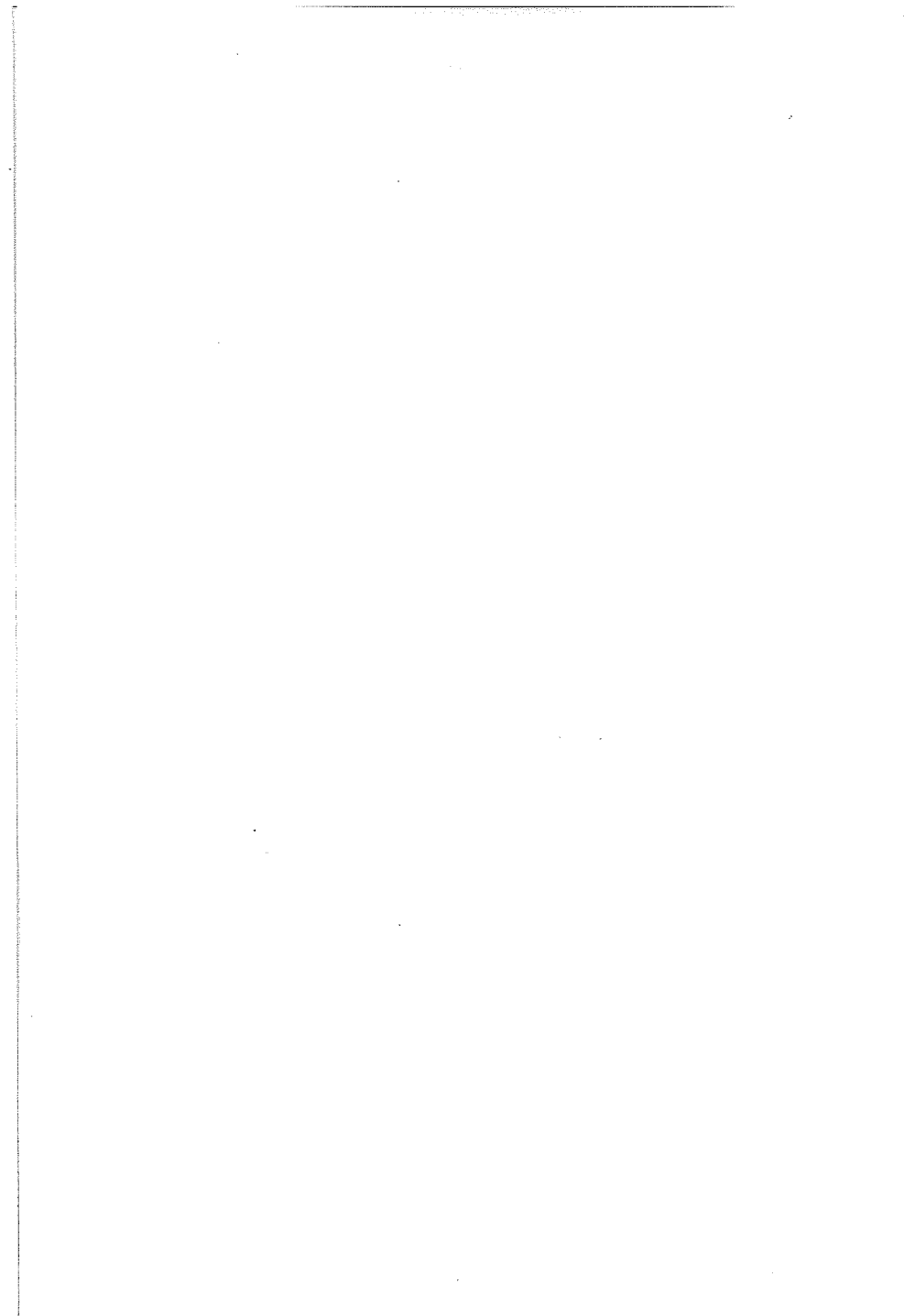
SEXTA PARTE

LA DISOLUCIÓN DEL SISTEMA MARXISTA

1918-1948

1. Guerra y revolución	405
2. Estado y sociedad	418
3. Socialismo y conflicto de clases	432
4. Más allá del marxismo	446
Conclusión	455





Este libro —excepcional por su extensión, ambiciones y altura intelectual— es la síntesis de una vasta recopilación de materiales, muchos de ellos confinados hasta ahora en archivos para investigadores.

El período abarcado se extiende desde 1789 hasta nuestros días y está estudiado bajo la perspectiva dual de la interacción entre la teoría y la historia, perspectiva que resulta muy iluminadora respecto a las tensiones existentes en el marxismo.

De entre las numerosas reseñas sobre este libro hemos seleccionado las siguientes:

«Es uno de los mejores libros, si no el mejor, sobre este tema y un modelo para todo historiador» (*The American Historical Review*).

«La aplicación del método analítico marxista a la teoría marxista proporciona interesantes resultados y todo estudioso tendrá una deuda considerable con el autor por su esfuerzo pionero. El libro, además, está bien escrito y con claridad, una virtud no muy frecuente en la literatura sobre este tema» (*The Economist*).

George Lichtheim es ya conocido por el lector en lengua castellana por su libro *Los orígenes del socialismo*, editado también en Anagrama.